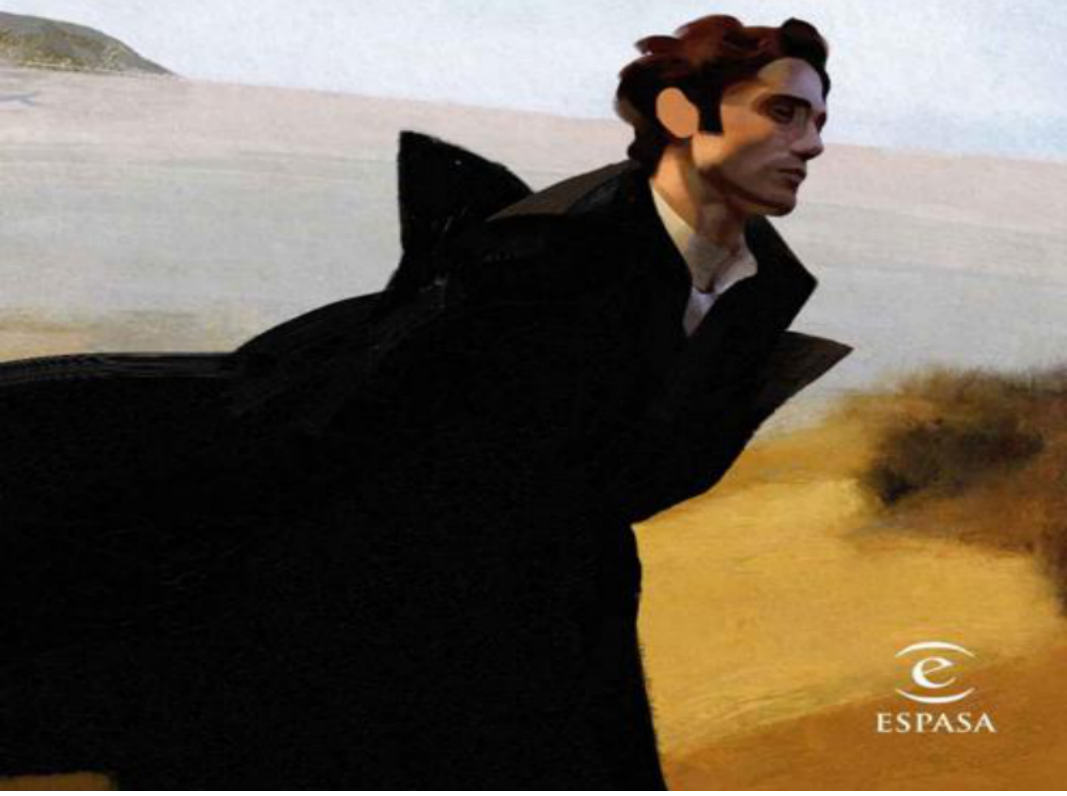
EL TIEMPO VENCIDO

Leopoldo Salinas



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Mapa
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
EPÍLOGO
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

A finales de 1918, el Imperio Austrohúngaro se desintegra lentamente como consecuencia de su derrota en la Primera Guerra Mundial.

Tras cuatro años de conflicto ininterrumpido, Felipe Neudorf, hijo bastardo del archiduque Luis Salvador de Austria —y uno de los oficiales más jóvenes del Imperio— vuelve a su Mallorca natal tras sobrevivir a la última contienda del frente italiano: la batalla de Caporetto.

En ella ha fallecido su padrino: Mateo de Babenburg, coronel del 9º Regimiento de Húsares y duque de Hallstatt. Un hombre de principios inquebrantables.

A su regreso, nada es como esperaba.

En la isla, el nombre de su padrino está maldito. En 1914, horas después de embarcar, fue acusado de asesinar brutalmente a Catalina Horrach. Tan bella como compleja, Catalina era la única hermana de un prominente empresario mallorquín y la prometida del conde de Algaida, un arrogante aristócrata arruinado.

En una Mallorca de principios del siglo XX —donde la tradición choca irremediablemente contra el progreso— Felipe tendrá que abrirse paso a través de la mentira, el desprecio y el silencio para descubrir la verdad. A veces con inteligencia y otras, las que más, recurriendo a una violencia que había jurado dejar atrás.

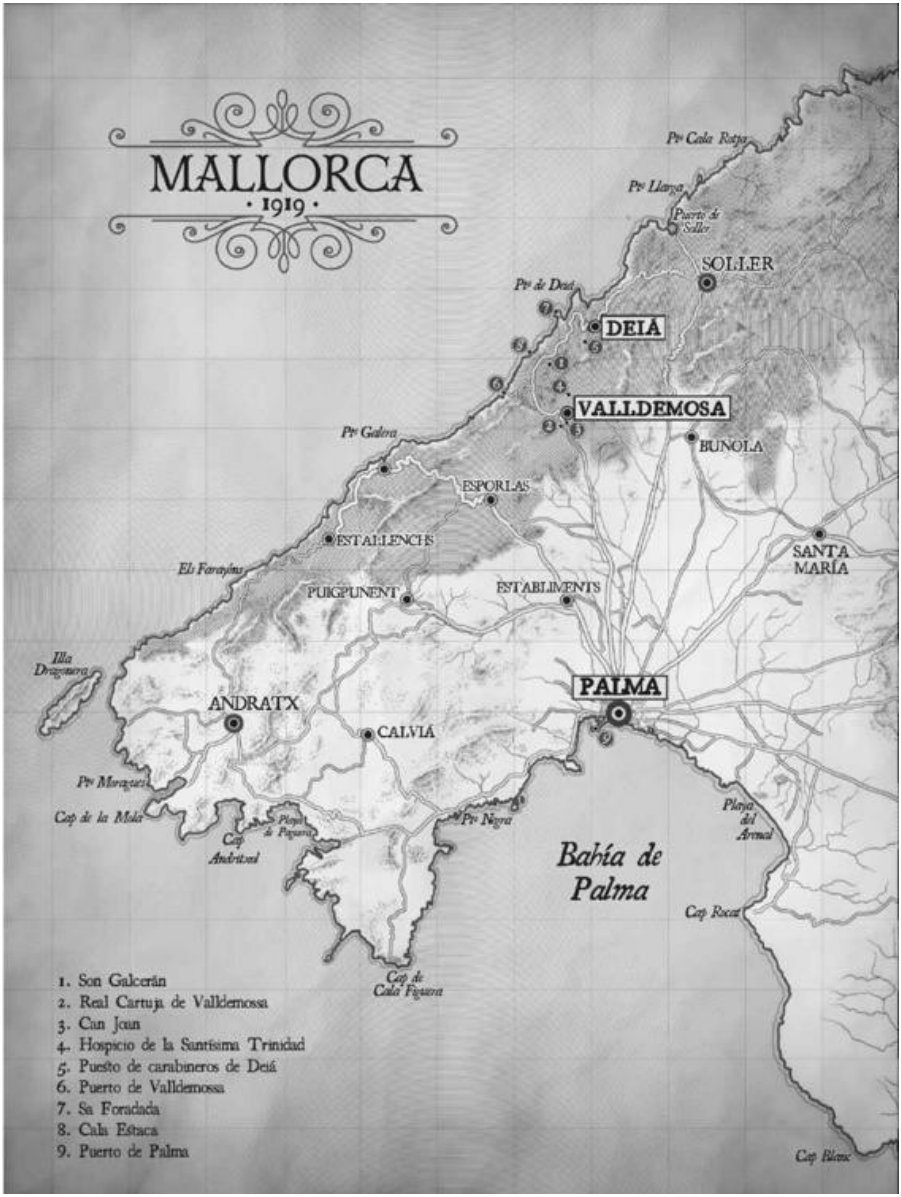
El tiempo vencido

Leopoldo Salinas

Para Ana,
mi maravillosa mujer

No se sobrevive a las mujeres. Las lleva uno colgando del corazón como esas latas que se ponen en los tubos de escape de los coches de los recién casados y acaban dejando un muro en mitad de tu vida separando lo que eres de lo que fuiste.

MANUEL JABOIS, *Irse a Madrid y otras columnas*


MALLORCA
· 1919 ·
Pto Cala Rotja
Pto Llarga
Puerto de Soller
SOLLER
Pto de Deiá
DEIÁ
VALLDEMOSA
BUNOLA
Pto Galera
ESPORLAS
ESTALLENCHS
SANTA MARÍA
Els Farayóns
PUIGPUNENT
ESTABLIMENTS
Illa Dragonera
PALMA
ANDRATX
CALVIÁ
Pto Moragues
Cap de la Mola
Cap Andritxol
Playa de Paguera
Pto Negra
Playa del Arenal
Bahía de Palma
Cap Rocat
Cap de Cala Figuera
Cap Blanc
1. Son Galcerán
2. Real Cartuja de Valldemossa
3. Can Joan
4. Hospicio de la Santísima Trinidad
5. Puesto de carabineros de Deiá
6. Puerto de Valldemossa
7. Sa Foradada
8. Cala Estaca
9. Puerto de Palma

Capítulo 1

Trento, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

El eco de la retirada de la caballería enemiga aún resonaba en las montañas.
—Cuando acabe todo esto, ¿volverás a Mallorca? —preguntó Babenburg.
—Espero que sí —respondió Neudorf, mientras aspiraba lentamente el humo de un Moeris—. ¿Y usted?
—No creo que pueda volver —dijo encogiéndose de hombros.
—¿Por qué?
Babenburg hizo girar a su caballo para darle la espalda al campo de batalla y lo dirigió hacia el campamento austrohúngaro.
—Lo entenderás cuando regreses.

Mar Mediterráneo, 1919

Aún era de noche cuando Neudorf subió a cubierta. El mar estaba en calma y el velero cortaba las olas sin prisa, como un artesano paciente, meciéndose sin miedo en la oscuridad. Localizó a Cosimo apoyado en la regala y se aproximó a él.

—Es imposible dormir en este barco —dijo el italiano a modo de bienvenida.

Hablaba un español retorcido, aprendido en tres meses de conversaciones con Neudorf; pero conjugaba bien los verbos y había asumido sin esfuerzo, con la naturalidad de un académico, las particularidades del idioma.

—Mañana llegaremos a Mallorca.

—*Non vedo l'ora*. ¿Cuánto llevamos embarcados?

—Casi dos semanas.

Cosimo soltó un bufido tranquilo.

—No entiendo cómo aún sigo vivo.

Cosimo tenía treinta y dos años, cuatro más que Neudorf. Su pelo era rubio oscuro, como cuando los rayos del sol atraviesan las nubes grises. Tenía una nariz rota y torcida de boxeador, la mandíbula cuadrada y los labios carnosos. Dos finas cicatrices —líneas casi rectas — le surcaban la mejilla izquierda, desde la sien hasta la mandíbula, como la estela de un barco. Hablaba despacio y gesticulaba con languidez. Sus ojos azules eran claros y despejados. Medía un metro ochenta y cinco, y tenía las manos grandes y fuertes, sin apenas espacio entre los dedos.

Neudorf le dedicó una mirada rápida y sonrió.

Era un hombre que obligaba a levantar la vista.

Habían zarpado dos semanas antes desde Nápoles. En noviembre de 1918, el frente italiano del Imperio austrohúngaro había colapsado tras la derrota sufrida en la batalla de Vittorio Veneto. Como oficial del ejército vencido, a estas alturas, Neudorf estaría muerto o, en el mejor de los casos, apresado, si no hubiese sido por Cosimo.

Habían pasado todo el mes de diciembre ocultos en Trieste. Un barco los había llevado por el Adriático hasta Bari, donde habían cruzado la península para llegar a Nápoles y contemplar, por fin, el Mediterráneo. Tras cuatro días de negociaciones, Cosimo había conseguido que un vapor mercante de cerámica llevase a Neudorf hasta Mallorca.

En principio, sus caminos se separaban allí. Pero algo en las miradas afiladas que dirigían los marineros italianos a Neudorf hizo que Cosimo decidiera acompañarlo hasta la isla. Llovía el día que zarparon, y llovía cuando atisbaron el puerto de Palma.

No entiendo cómo aún sigo yo vivo, pensó Neudorf.

Tampoco lograba explicarse por qué, el que hasta hace unos meses había sido su enemigo, había tomado la decisión de ponerle a salvo.

Cosimo era, o había sido, *maggiore* de un escuadrón de *arditi* del Regio Esercito italiano. Una unidad tan valerosa como letal.

No entendía aquella decisión, pensó, observando su rostro anguloso.

Aquella determinación.

—No insistas —cortó el italiano, como si le hubiese leído el

pensamiento. Neudorf parpadeó sin decir nada. Cosimo chasqueó la lengua y sonrió—. Conozco esa mirada y sé lo que viene a continuación. *Sono ancora indebitato*. Aún sigo en deuda contigo.

—Sigo vivo gracias a ti.

El otro negó con la cabeza y amplió su sonrisa.

—Evité que te mataran —dijo con calma—. Vosotros me salvasteis la vida.

Neudorf asintió despacio, levantó la cabeza y contempló el mar. Las nubes ocultaban la luna y apenas había luz. Solo el rumor de las olas rompía el silencio.

La idea era que el *maggiore* regresase a Italia en el primer barco que encontraran. Así quedaría saldada su deuda.

—Trata de descansar —dijo el italiano, incorporándose—. Mañana será un día intenso.

Aún no había amanecido cuando atracaron. A pesar del frío húmedo de enero, el puerto de Palma era ya un hervidero. Tras el armisticio entre las potencias europeas, la actividad en el Mediterráneo había decaído, pero el continente estaba arrasado y la necesidad de manufacturas y productos frescos, así como el contrabando con África, mantenían ocupados a los comerciantes mallorquines.

El barco accedió lentamente al puerto, esquivando los pequeños *llaüts* que transportaban mercancías a tierra por varias pesetas. Bajo el olor predominante de la brea y el sudor, se percibían aromas más sutiles como aguardiente, canela, café y tabaco.

Cosimo y Neudorf descendieron por la pasarela con calma, embozados en capas de lana, maldiciendo el frío. Gracias a los contactos del primero en Nápoles, ambos vestían como los campesinos de la zona: camisa blanca de un lino agujereado, amplios pantalones de algodón marrón y maltratados zapatos de cuero. Del hombro de Cosimo colgaba un petate de campaña de lona verde, donde guardaban una manta raída, los uniformes de ambos y sus escasas pertenencias.

—*Mal di terra* —masculló molesto el italiano tambaleándose.

Neudorf contempló el puerto en silencio. Todo seguía igual. Pero todo era distinto.

Había abandonado Mallorca en abril de 1914 y tres meses después, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, las declaraciones de guerra se habían sucedido hasta involucrar a todas las potencias europeas. Tras cuatro años de trincheras, muerte absurda y violencia descarnada, el optimismo era como las viejas postales que se guardan en el fondo de un baúl para evitar pensar en tiempos mejores.

Rodeada de un pinar interminable que se perdía tierra adentro, Palma —a diferencia de otras ciudades— seguía en pie. La catedral y el palacio de la Almudaina coronaban la bahía como un matrimonio cansado pero orgulloso. A ojos de Neudorf, el blanco de las casas había perdido su rabiosa intensidad, como si a los edificios también les costase levantarse cada mañana. Pero aquella sutil decadencia contrastaba con el bullicio del puerto. Los barcos se hacinaban en los muelles, donde el desánimo se combatía día a día.

La gente trabaja, pensó Neudorf, para no perder la esperanza.

Cerró los ojos y aspiró lentamente por la nariz, como recuperando un aroma que había perdido, un olor que había olvidado. Cosimo le observó envuelto en un respetuoso silencio.

—Hubo días en los que pensé que jamás regresaría —dijo Neudorf, abriendo los ojos, sin poder ocultar una sonrisa.

—No todos pueden decir lo mismo —respondió el *maggiore* acompañándole en aquella alegría incierta.

El aludido asintió, reflexivo.

—Imagina volver a casa y que todo esté bombardeado.

—La guerra —murmuró el italiano con aquella sonrisa sombría despuntando en sus labios— se abrazó con entusiasmo al principio, pero ahora, una vez acabada, uno se da cuenta de que nadie ha ganado.

—Habrá más —concluyó Neudorf, mientras comenzaba a andar —. Igual de despiadadas. Y te equivocas —añadió—, siempre ganarán los mismos.

A pesar de la alegría del regreso, Neudorf percibió hostilidad en el ambiente.

Vio a un conocido, pero este desvió la mirada. La basura se amontonaba en el muelle de la Riba y guardias privados, pagados por los propios empresarios, vigilaban los almacenes de harina y carbón. Había tensión y desconfianza.

—Antes no era así —explicó Neudorf, señalando con la cabeza a los guardias—. Se limpiaban las calles todas las mañanas y el puerto era la parte más segura de la ciudad.

Pasaron por delante de la Comandancia de Carabineros, un edificio que custodiaba la entrada del puerto cimentado en piedras grises de sillería, con un estilo indefinido entre lo medieval y el barroco. Neudorf le explicó a Cosimo que era el cuerpo encargado de la vigilancia de las aduanas y las fronteras. Dos carabineros hacían guardia en la puerta. Lucían un uniforme azul oscuro, botas altas y una gorra cilíndrica.

Neudorf frunció el ceño, sin dejar de andar, mientras contemplaba la dinámica del puerto. Había algo diferente. Como si todo aquel ajetreo —los estibadores que descargaban los barcos, los vendedores de pescado, los marineros borrachos y los carpinteros esforzados— encerrase una clave que no llegaba a entender.

—¿Quién lo controla ahora? —preguntó a bocajarro a un estibador ya entrado en años, que supervisaba a los más jóvenes.

A pesar de los esfuerzos de los carabineros, el Mediterráneo siempre había sido de los contrabandistas. Y como no podía ser de otra manera, Palma era su entrada principal. La última vez que había estado allí, Babenburg le explicó el frágil equilibrio que existía entre lo ilegal y la justicia. Por lo general, siempre había habido diferentes zonas de influencia con sus correspondientes rencillas y traiciones.

Pero esta vez había cierta organización, observó Neudorf.

Como si un dios astuto hubiese dispuesto que, en aquel momento, una pareja de carabineros que hacía su ronda ignorase la última dársena del puerto, donde un nervioso capitán intercambiaba aparatosamente alcohol por un cajón de armas.

El viejo observó la escena con la apatía cansada de un verdugo que contempla la enésima ejecución del día y, al girarse, exhibió una sonrisa desprovista de dientes.

—¿El puerto? —exclamó con sorpresa fingida—. Aquí es imposible controlar nada.

Neudorf le deslizó dos pesetas entre sus dedos callosos y el antiguo estibador se rascó la cabeza, mirando con disimulo a ambos lados.

—Ausias May —murmuró—. La Gran Guerra trajo prosperidad durante un tiempo, pero subieron los precios y, con ellos, la codicia...

Fue el único que se supo aprovechar de la situación.

Neudorf no reconoció el nombre. Agradeció la información con una inclinación de cabeza y atravesó la lonja seguido por Cosimo, alejándose del puerto.

—¿A dónde vamos? —preguntó el italiano mientras contemplaba admirado los palacetes de la ciudad vieja.

—Al notario.

—¿Eres un hombre importante, Felipe?

El aludido sonrió al escuchar su nombre. Cosimo había decidido, desde el principio, llamarle así. En Mallorca, todo el mundo le conocía por aquel extraño apellido alemán que el archiduque había decidido para él: Neudorf.

Tenía veintiocho años. Era de estatura media, y los años de combates y privaciones se adivinaban en su físico bien definido y en la firmeza de sus pasos. En su rostro brillaban unos oscuros ojos verdes, en los que se adivinaban algo de tristeza y, también, algo de audacia. El pelo moreno y rizado le caía por la frente con la despreocupación de quien se había enfrentado a la muerte y la había esquivado.

En él se resumía la violencia de la guerra y la serenidad de quien no ha perdido la esperanza.

—Mi padre lo fue —reconoció encogiéndose de hombros—, pero yo no soy nada más que un bastardo.

—¿Cuándo me contarás tu historia? —le preguntó fingiendo exasperación.

—Después. Delante de un buen vaso de vino.

—Uno, dice... Pienso beberme la taberna entera.

Neudorf sonrió a medias y se paró delante de un portón de madera noble, de casi dos metros de altura.

—Aquí es —dijo, invitándole a entrar.

El interior del palacete era húmedo y sombrío, pero estaba lujosamente decorado. Un tímido fuego trataba de calentar el recibidor. En una esquina de la estancia, tras una pequeña mesa de madera, un joven pasante levantó la mirada de lo que parecía un libro de derecho romano.

—Soy Felipe Neudorf —saludó—. Estoy aquí para solicitar una copia del testamento del archiduque Luis Salvador de Austria; y del de Mateo de Babenburg, duque de Hallstatt.

El pasante se levantó, musitó un breve saludo y los acompañó

hasta el despacho del notario. Los dos soldados accedieron a la estancia en silencio. Neudorf expectante y el *maggiore* tratando de disimular su sorpresa.

—Buenos días —saludó el funcionario, poniéndose en pie y estrechándoles las manos.

La estancia era elegante y un generoso fuego, mejor alimentado que el anterior, templaba con éxito el frío invernal. El pasante murmuró una despedida y cerró las puertas, dejándolos solos.

—Celebro volver a verle, señor Neudorf —continuó el notario—. El duque de Hallstatt hablaba maravillas de usted. Lamento su pérdida. Por favor, siéntense.

Los aludidos dejaron los petates en el suelo y tomaron asiento. Cosimo no pudo evitar un sonoro suspiro. Neudorf apreció cómo un pequeño temblor aparecía en las manos del notario mientras expandía varios documentos sobre la mesa de caoba.

—Respecto a su alteza imperial... siento informarle de que no le mencionó en su testamento.

Neudorf asintió con calma, ignorando las gotas de sudor que corrían por la frente de su interlocutor.

—¿Y Babenburg? —dijo al fin, tras un largo silencio.

El notario recuperó el aliento y se permitió una sonrisa complaciente.

—El duque de Hallstatt le lega su finca de Son Galcerán, con todo lo que hay en ella. Así como la titularidad de las cuentas a su nombre en el Banco de Crédito Balear, en el Monte de Piedad de Palma y la Caja de Ahorros de Inca.

Neudorf asumió la noticia sin demostrar ninguna alegría. Sin exteriorizar ningún pesar. Cosimo, a su derecha, le observaba con una preocupada intensidad, tratando de descifrar sus sentimientos.

—¿Lo dejó por escrito? —preguntó, tranquilo, exhalando un suspiro que parecía que llevaba años atrapado en sus pulmones.

—Por supuesto —carraspeó el notario mientras rebuscaba en un cajón.

Extrajo un portafolios de cuero oscuro. Se notaba que era de buena calidad. Las costuras eran resistentes y las hebillas, de plata. El interior estaba forrado con un satén liso y brillante.

—Aquí podrá encontrar toda la documentación: el testamento firmado, el inventario de bienes, el registro de la propiedad, los sellos

y timbres fiscales... Y, además, hay dos cartas —murmuró, atento a su reacción—. Se depositaron en fechas diferentes: noviembre de 1913 y enero de 1914. Como puede comprobar usted mismo, ambas están selladas.

Todo el aplomo que Neudorf había conseguido transmitir, por un segundo, pareció desmoronarse. Recogió las cartas con cuidado y apreció el lacre con el escudo de su padrino. Su nombre estaba escrito en tinta verde con la elegante caligrafía de Babenburg.

Cerró los ojos, inspiró profundamente y devolvió el portafolios.

—Le agradecería que lo custodiase hasta mañana —murmuró, rehaciéndose—. Pasaré a recogerlo antes de partir a Valldemossa.

—No tiene por qué preocuparse —se apresuró a decir, algo confundido, el funcionario—. Hay... —añadió— una cosa más. Algo que debía transmitirle verbalmente.

Neudorf lo conminó a continuar y el notario carraspeó.

—La frase es: «Todo está en la caja fuerte».

Los dos hombres esperaron, pacientes, su reacción. Neudorf se encogió de hombros y le quitó importancia con un gesto.

—Supongo que se refiere a su despacho de Son Galcerán.

Se levantó y los otros le imitaron. Tenía ganas de abandonar aquel lugar. Se disponía a irse cuando pareció, de pronto, recordar algo.

—¿Usted sabe por qué Mateo de Babenburg abandonó Mallorca? —preguntó.

El notario no pudo evitar que una oleada de calor le atravesara el rostro, enrojeciendo sus mejillas.

—¿Para luchar por el Imperio austrohúngaro? —consiguió balbucear.

Neudorf le sostuvo la mirada y el notario les invitó, educadamente, a marcharse. Tenía asuntos urgentes que tratar, dijo.

Alcanzaron el exterior con alivio, agradeciendo el aire gélido y el cielo despejado.

—¿Qué acaba de ocurrir ahí dentro? —preguntó Cosimo con una sonrisa extrañada.

El aludido comenzó a andar mientras trataba de recuperar la serenidad.

—Me ha podido el desánimo —dijo tras cruzar varias calles.

—¿Por la herencia? —preguntó el italiano.

Neudorf negó con la cabeza.

—Las cartas —explicó— representan la certeza de que Babenburg está muerto.

—¿Y lo de abandonar la isla?

La pregunta se quedó flotando en el aire mientras ambos caminaban en silencio. Sus pasos resonaban en las estrechas paredes de las calles. Al cabo de unos minutos, Neudorf pareció reponerse.

—Vamos a la Rambla. Me gustaría comprar algo.

Giraron a la derecha y accedieron a un amplio paseo, custodiado por altos plátanos de sombra. Las ramas dejaban entrever los balcones de las lujosas casas modernistas. Había gente, aunque no tanta como en el puerto.

—Es pequeña —sentenció Cosimo, admirando los edificios—, pero es una ciudad bellísima.

El comentario arrancó una triste sonrisa a Neudorf.

—Allí —dijo, señalando un pequeño puesto de flores.

Encargó un ramo de violetas de montaña y hierbas de Santa Margalida para el día siguiente y Cosimo no pudo reprimir una carcajada jovial.

—Vaya, vaya —murmuró socarrón—. ¿Hay que pedirle perdón a alguien por tantos años de ausencia?

Felipe sintió un pinchazo en el estómago al recordar sus ojos rasgados, aquel amor inexperto y desesperado que no había conseguido olvidar, pero trató de deshacerse de la melancolía.

—Ojalá —respondió más animado—. No hay nadie preparado para aguantar tantos años de cartas e incertidumbre. Son para mi abuela.

—¿Vivías con ella?

—Prácticamente me criaron entre ella y Babenburg.

El italiano asintió, reflexivo, como tratando de imaginar la situación.

—¿Un duque y una abuela educando a un *ragazzo*?

Era ya casi mediodía y el sol reinaba en lo alto del cielo. Avanzaron hasta el final de la Rambla, cruzaron la plaza Mayor y giraron hacia Santa Eulalia.

Neudorf asintió con media sonrisa en los labios. Aquello, desde luego, era de lo más peculiar. Pero, a pesar de todo, aunque solitaria, había tenido una infancia feliz.

Observó de soslayo al italiano y abrió la boca, buscando las palabras adecuadas.

—Es... Es complicado. O por lo menos lo fue.

Cosimo le dedicó una mirada incierta.

—No tienes por qué contármelo —dijo, conciliador—. Todos tenemos nuestros fantasmas.

Felipe buscó las cerillas en su bolsillo, sacó una caja negra de cigarros y se encendió uno. Cosimo le observó sin decir nada y él aprovechó el breve lapso de la primera calada para ordenar sus pensamientos.

—Soy el hijo bastardo del archiduque Luis Salvador de Austria —comenzó—. Un noble austriaco, decimonoveno en la línea de sucesión al trono imperial, que se instaló en Mallorca en 1872.

—Sé quién es —reconoció el italiano, tratando de disimular su asombro—. O quién fue. Nació en Florencia; y era una leyenda en todo el Mediterráneo. Siento su muerte.

Le agradeció sus palabras con un gesto de cabeza y se permitió unos segundos antes de continuar.

—Mi madre enloqueció al darme a luz y la internaron en el hospicio de la Santísima Trinidad, cerca de Valldemossa. Al ser un bastardo, mi padre no podía permitir que viviera con él, por lo que le encomendó mi educación a Mateo de Babenburg, un noble que solía acompañarlo en sus viajes. El archiduque construyó Son Galcerán y se la regaló. Ahí viví toda mi infancia, junto con Babenburg y la familia de mi madre: mi abuela Luisa y mi tío Luis.

Llegaron a la plaza de Santa Eulalia y rodearon en silencio la iglesia gótica que le daba nombre.

—Siento lo de antes —susurró Cosimo, algo compungido.

—¿A qué te refieres? —preguntó, extrañado.

—Lo de las flores. Reírme de ellas.

Neudorf le quitó importancia con la mano.

—Supongo que ella también se reirá —reconoció—. Babenburg le traía un ramo cada semana... Creo que es la primera vez que yo le compro flores.

Le dio una última calada al cigarro y alzó la vista para contemplar el campanario de la iglesia. El italiano prefirió observar las figuras de dos jovencitas que iban cogidas del brazo y sostenían cestas cargadas de frutas y hortalizas.

—Demasiado tiempo en el mar —murmuró para sí mismo, siguiéndolas con la mirada—. ¿Y por qué Neudorf? —preguntó de repente.

El otro pestañeó, sorprendido.

—No lo sé —admitió—. A los bastardos siempre se les pone el apellido de su madre. En este caso no fue así.

El *maggiore* frunció los labios y soltó un largo suspiro mientras observaba a otro grupo de mujeres que conversaban en la entrada de la iglesia. Neudorf entendió, por fin, los deseos que recorrían la sangre caliente del italiano.

—Vamos —dijo mientras se encendía otro cigarro—. Conozco un sitio cerca de aquí. Bebamos todo ese vino que has propuesto antes.

La taberna no estaba ni muy llena ni muy vacía. Era casi mediodía y los payeses acudían a la fonda a comer y a hacer negocios. El suelo estaba cubierto de tierra y olía vagamente a sudor. En una de las mesas, un francés y un mallorquín discutían a gritos por una carga de fruta que había llegado en mal estado. Había tres marineros alemanes desmayados en el suelo, apoyados contra la pared. Prostitutas de todas las edades se paseaban entre las mesas, apoyándose en el hombro de los clientes con los ojos tristes y la boca entreabierta.

En una de las esquinas, lejos del francés, que cada vez se estaba poniendo más rojo, Neudorf y Cosimo terminaban su tercera botella de vino.

—Jamás pensé que afirmaría esto —dijo el italiano con los ojos entrecerrados y una sonrisa cansada— *ma non posso più*. Estoy, definitivamente, borracho.

Se giró hacia la mesonera y le agarró por la cintura con delicadeza.

—Este vino es excelente —susurró con soltura, sin un rastro de alcohol en su pronunciación.

La otra se dejó hacer.

—La gente de por aquí no sabe apreciarlo —murmuró, sonriente, inclinándose hacia el italiano.

—Yo no soy como la gente de por aquí.

—No sé si debería de creerte.

Cosimo observó con ojo experto la apatía de su compañero y se deshizo del abrazo con elegancia.

—Podremos comprobarlo más tarde —concluyó sin dejar de sonreír.

La mesonera se alejó mordiéndose los labios y el italiano recuperó la seriedad.

—*Alta voce.*

Neudorf parpadeó varias veces, como volviendo de un lugar que solo él podía ver.

—¿Cómo?

—En Sicilia, cuando tenemos alguna preocupación, la expresamos en voz alta. Los problemas son menos graves explicados con palabras; y se les puede atacar mejor. Hay algo que te preocupa... Cuéntamelo.

El otro frunció los labios y asintió.

—Está bien. Antes te he contado el principio, pero no el final.

Felipe suspiró, apoyo los codos en la mesa, bajó el tono de voz y continuó.

—Sospecho que, tanto mi padre como Babenburg, eran agentes del imperio. Babenburg conocía de antemano todos los detalles de la guerra que se habría de librar en Europa; y estaba preparado.

—¿En qué sentido? —se atrevió a interrumpir Cosimo.

—Austria-Hungría se había anexionado Bosnia y Herzegovina; el Imperio alemán construía una armada capaz de rivalizar con la Royal Navy y Francia anhelaba sus territorios de Alsacia y Lorena perdidos en 1871 a manos germanas. Europa era un polvorín y Babenburg estaba siempre al tanto de las últimas noticias.

Se interrumpió para imaginar la situación, el caos diplomático que tuvo que ser aquel periodo. Bebió de su copa y dejó que su mirada vagase por el local con una melancolía renovada.

—A principios de 1914 me informó de que en mayo tendría que volver a Austria. Ostentaba el rango de general en el Ejército austrohúngaro, y tenía hombres que dirigir en caso de conflicto.

Neudorf se giró para pedir otra botella de vino, encendió el enésimo cigarro del día y dejó caer los hombros, permitiendo que todo el miedo, que toda la incertidumbre que había arrastrado desde entonces, le empantanaran el pecho.

—Todo estaba organizado y yo tendría que acudir a su llamada si el imperio entraba en guerra. Pero una madrugada, a finales de abril,

entró en casa como una exhalación y me dijo: «Nos vamos».

Levantó la vista y clavó sus ojos verdes en los de Cosimo.

—Estaba nervioso, desencajado. Cargamos con lo esencial y descendimos a pie a la Foradada, un puerto natural donde nos esperaba un pequeño vapor.

Exhaló el humo del tabaco y se recostó en la silla, como agotado por el esfuerzo de recordar.

—Abandonamos Mallorca con una discreción que rozaba lo criminal. No tuve tiempo de despedirme de nadie... Y nunca supe por qué. Cuando le preguntaba, siempre me respondía: «Lo sabrás cuando regreses».

El italiano se inclinó hacia delante. Archiduques, nobles y secretos entre pinares imposibles y edificios modernistas. Tanto Mallorca como aquella historia lo tenían fascinado.

—Y, de momento, ¿alguna conclusión?

El aludido se dejó caer en la silla tras un suspiro.

—La gente me reconoce, pero me evita. —Suspiró—. El notario estaba tenso... Hay algo que no encaja.

—¿Escribiste a tu abuela durante la guerra? ¿A tu tío?

Neudorf ladeó la cabeza con desgana. Los ojos rasgados que lo perseguían aparecieron, otra vez, en su mente. Había escrito a su familia, sin embargo, nunca a ella. Estaba borracho y sintió cómo la melancolía que habitaba en su pecho se iba deshaciendo como el azúcar en el agua.

—Me respondían a las cartas —reconoció—, pero nunca contestaron a mis preguntas.

Cosimo sonrió con tristeza. Habían encontrado un barco que partía al día siguiente, por la tarde, a Sicilia. Aquellas eran sus últimas horas juntos.

—Supongo que tienes una conversación pendiente con ellos —aventuró el italiano.

Felipe asintió con desgana.

—Pero no hoy —afirmó con vehemencia—. Hoy tenemos que celebrar que estamos vivos.

El italiano alzó con entusiasmo el vaso lleno de vino.

—Y que aún podemos luchar.

Unos golpes insistentes resonaron en la habitación. Neudorf entreabrió los ojos con cuidado. Un ventanuco dejaba pasar la luz de un amanecer invernal y pudo contemplar, casi en penumbra, la humilde estancia en la que se encontraba postrado.

Una pensión, pensó mientras se incorporaba con dificultad.

La resaca le alcanzó como un ariete y se tambaleó. No estaba acostumbrado a beber así. Los golpes volvieron a llenar el cuarto de urgencia.

—Maldito vino —masculló mientras se llevaba la mano a la frente—. ¡Voy!

Comprobó que el petate verde se encontraba con él y antes de abrir la puerta se preguntó cómo habría acabado Cosimo. Recordó, de pronto, ráfagas de la noche anterior y se sonrió. Estaba seguro de que bien acompañado.

Un hombre algo mayor que él, de unos treinta y cinco años, le esperaba en el pasillo. Era delgado y un poco más alto que él. Su rostro era huesudo y alargado; y llevaba un parche de seda en el ojo izquierdo, lo que le daba un aura de violencia incierta, como de pirata resuelto pero delicado.

—¿Felipe Neudorf? —preguntó.

Había zozobra en su mirada; y también algo familiar. Vestía con pulcritud y cierta elegancia. Neudorf evaluó sus respuestas.

—Soy yo —contestó al fin—. ¿Qué ocurre?

El otro pareció esperar algo que no llegaba y al final se decidió.

—Mi nombre es Donato Levi —dijo con calma—. Soy el *batle*, el alcalde, de Valldemossa. Le llevo buscando toda la noche.

Una de las puertas contiguas se abrió y salió la mesonera que les había atendido el día anterior, seguida de Cosimo, que se tuvo que inclinar para pasar por el umbral. Ambos reían mientras el italiano le manoseaba los pechos.

—Buenos días, encanto —saludó Levi, sin inmutarse.

La aludida enmudeció, balbuceó una excusa y desapareció escaleras abajo.

—No se preocupe —continuó el *batle* dirigiéndose al italiano, ignorando la daga que había aparecido en su mano—. Podrá explayarse en sus artes amatorias otro día. Hoy nos conciernen temas más urgentes.

Se volvió hacia Neudorf borrando la diversión de su rostro.

—Siento que nos reencontremos en estas circunstancias. Me temo que no traigo buenas noticias.

Lo dijo con calma, aunque apretando ligeramente los dientes. Los tres guardaron silencio hasta que se decidió a continuar.

—Ha habido un incendio en Son Galcerán.

Neudorf sintió cómo las piernas le fallaban.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar.

—Aún no sabemos cómo ha podido ocurrir —respondió—, pero parece que ha sido provocado.

Cosimo se situó junto a su compañero.

—Tengo un carruaje en la puerta —añadió, solícito, Levi—. Puedo llevarlos.

Neudorf pareció volver en sí.

—¿Cómo está mi abuela?

El *batle* necesitó respirar profundamente antes de responder.

—La abuela Luisa está en el Trinidad, inconsciente —dijo al fin —. No sabemos si se recuperará.

Capítulo 2

Alpes Cárnicos, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

> Los cañones enemigos retumbaban en la distancia, envueltos en el humo de sus propios disparos.
> Babenburg tenía la espalda apoyada en la pared rugosa e inestable de la trinchera.
> —La gente no quiere la verdad, Felipe. La verdad es incómoda y despiadada. La gente prefiere certezas soportables... Aunque sean mentira.

Valldemossa, 1919

Los pinares se sucedían mientras el traqueteo del carruaje mecía a sus ocupantes. Levi apoyaba el rostro en su mano derecha, visiblemente aburrido; Neudorf se había instalado en un preocupado silencio que combatía fumando; Cosimo contemplaba el lento devenir del paisaje con una mal disimulada curiosidad.

A pesar de la insistencia de Felipe, el italiano había decidido no embarcar y acompañarlo a Son Galcerán. Aquello le había cogido desprevenido. Aunque le debía la vida, el *maggiore* no dejaba de ser un extraño.

Se removió, inquieto, en el asiento del carruaje, y su mirada se posó en el *batle*. Tenía un aire familiar, le recordaba a alguien, pero Neudorf no consiguió ubicarle.

—Queda una hora, más o menos —calculó, volviendo al presente y recordando el incendio de Son Galcerán—. ¿Qué cree usted que ha ocurrido?

Levi suspiró abruptamente, cansado de tanta impostura.

—Déjate de formalismos, Felipe, ¿quieres? —dijo algo molesto—. Jugábamos de pequeños en Valldemossa. Los chavales nos hacían las mismas putadas. A ti te llamaban «bastardo» y a mí «maricón»... ¿De verdad no te acuerdas de mí?

Neudorf le observó con los ojos abiertos, como si le viera en aquel momento por primera vez. Aunque siempre fue algo mayor, Donato Levi había sido uno de los pocos niños de Valldemossa que no le había dado la espalda.

—¡Levi! —exclamó—. Claro que me acuerdo. Ahora sí, aunque... estás cambiado.

Una sonrisa triste apareció en el rostro del *batle*. Además de lo de su ojo, estaba más delgado. Más consumido.

—Lo sé —dijo bajando la voz mientras se tocaba distraídamente el parche de seda—. Tú también lo estás, querido. Supongo que el tiempo es implacable.

Varias preguntas crecieron en la boca de Neudorf, pero se contuvo. Aunque se conocían —y habían sufrido una infancia similar — nunca habían tenido una relación cercana.

No sabía si podía confiar en él.

Sacudió la cabeza, modeló el tono y planteó de nuevo la cuestión que le carcomía por dentro.

—¿Podrías decirme qué ha ocurrido?

Levi se encogió de hombros, como disculpándose de antemano.

—La verdad, no lo sé —reconoció—. Me despertó Matías Posse, el capitán responsable de la Guardia Civil, en medio de la noche. Me encontró en el mismo estado que vosotros esta mañana —añadió con naturalidad—. Habían conseguido apagar el fuego, aunque una parte de la casa había ardido.

—¿Cuál? —quiso saber Neudorf.

—El ala sur. La cocina, el almacén y la despensa.

Felipe se mordió los labios.

—¿Y mi abuela?

El *batle* murmuró una maldición.

—Estaba durmiendo y el humo le llenó los pulmones. Cuando me fui aún no habían conseguido que despertase.

Cosimo se incorporó, esbozando una sonrisa taimada. Un lobo no habría sonreído mejor.

—¿Cómo supo usted que Felipe estaba en Palma?

Levi alzó las cejas, se cruzó de piernas y trató de disimular su indignación.

—Supongo que hay una cuestión previa: ¿usted quién es?

Su voz seguía siendo suave, pero había una profunda oscuridad en su ojo. Una tormenta incontenible.

El italiano no se amilanó.

—Mi nombre es Cosimo Quadra —dijo con calma.

Entrecerró los ojos, oscureciendo el azul claro de su mirada; y las cicatrices de su rostro parecieron brillar. Cualquiera podía adivinar que eran heridas de la Gran Guerra, obtenidas en el combate cuerpo a cuerpo. Marcas que le acompañarían toda la vida y que susurraban, a cualquiera con el que se cruzase, quién había sido y de lo que era capaz.

Neudorf lo observó pensando que, cuando se lo proponía, aquel gigante siciliano podía destilar un aspecto serio, peligroso y arrogante que contrastaba con su habitual buen humor.

Ajeno a él, Cosimo se inclinó hacia delante, sin dejar de observar a Levi, y permitió que algo de violencia resbalara por sus palabras.

—Le repetiré la pregunta: ¿cómo supo usted que Felipe estaba en Palma?

Felipe apreció, sorprendido, cómo el *batle* le sostenía la mirada con su único ojo; y cómo estaba igual de dispuesto que el italiano a llegar a las manos. No había miedo en su actitud, tan solo resolución. También algo de divertida curiosidad.

—Levi —intercedió Neudorf, disponiéndose entre ambos, evitando una reyerta innecesaria—. ¿Cómo sabías que había llegado a Palma?

Tardó unos segundos en responder, aún con media sonrisa en la boca.

—No sé cómo un oficial austriaco acaba en Mallorca con un soldado del Regio Esercito —dijo mientras dejaba escapar la tensión de su cuerpo, se recostaba y señalaba con el mentón a Cosimo—, pero me cae bien.

Tratando de suavizar el ambiente, Felipe sacó su caja negra de Moeris y ofreció al *batle* un cigarro. Lo aceptó, aunque frunció el ceño al observar las letras doradas en alemán.

—Moeris —explicó Neudorf, mientras se lo encendía—. Manufacturados en El Cairo e importados por Austria. Únicamente los

oficiales teníamos acceso a él. Me contaron que la fábrica se arruinó tras el colapso del imperio... —añadió tras esbozar una sonrisa triste —. Una pérdida más.

Los tres se quedaron en silencio, arrullados por el traqueteo del carruaje. Al cabo de media hora, giraron en una curva del camino de tierra y Valldemossa apareció, imponente, en lo alto del valle.

—No puede ser —musitó Cosimo.

La belleza del paisaje logró disipar, por un breve instante, la desconfianza del italiano. Levi se incorporó para contemplar la pequeña ciudad que regía.

—El pueblo más elegante del Mediterráneo —dijo con una sonrisa.

Enclavado entre dos valles, las casas blancas se fundían con la vegetación y parecían surgir de la propia tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó el siciliano, señalando un campanario que sobresalía por encima de todos los tejados.

—La cartuja de Valldemossa —murmuró Neudorf.

Levi asintió.

—Fue el palacio de los breves reyes de Mallorca —explicó el *batle* —. Se cedió a los monjes cartujos alrededor del 1400, que construyeron celdas en los salones, un refectorio en la prisión y una iglesia en la cocina; y tras la desamortización de Mendizábal en 1837 pasó a manos privadas. Actualmente es propiedad de la familia Sureda.

Se giró para contemplar la expresión arrobada del italiano y volvió a recostarse, complacido.

—Si quiere visitarla, no habría ningún problema.

Cosimo estudió la expresión apática de Neudorf y le agradeció a Levi la proposición con un gesto de cabeza. Veremos más adelante, parecía decir.

Cruzaron el pueblo y se dirigieron hacia el norte.

Neudorf observó las calles de Valldemossa y sintió cómo se le encogía el estómago.

No había sido fácil.

Creció como un bastardo educado en la más estricta etiqueta. Leía a los clásicos, practicaba la esgrima, montaba a caballo, escribía poesía y tocaba el piano; y hablaba varios idiomas con soltura.

Con un pie en la cultura y la disciplina de Son Galcerán y con

otro en la Valldemossa rural y escéptica, los mallorquines no habían sabido etiquetarle. Su infancia había estado siempre rodeada, a partes iguales, de un aura de leyenda y de una luminosa soledad.

Al principio, los niños de Deià y Valldemossa le dejaban jugar con ellos. Buscaban tesoros por el monte creyéndose piratas, o formaban dos equipos que se perseguían por todo el pueblo. Pero, conforme fueron creciendo, las habladurías de los adultos fueron permeando en la personalidad inestable de los más jóvenes, lo que desembocó en un sentimiento ambiguo hacia Neudorf. Comenzaron a llamarle «el bastardo» y se las ingeniaban para que se escondiese en lo más profundo del bosque mientras ellos regresaban a sus casas. A veces, pasaban horas hasta que se daba cuenta de que estaba solo. Cuando volvían a verse, lo trataban como un animal peligroso que en cualquier momento podía decidir devorarles. Le temían y le odiaban como se teme y se odia a un tigre o a una plaga. Consideraban que no era uno de ellos; y Neudorf no era tan extrovertido como para hacerles cambiar de opinión.

Por lo que hubo un día en el que, simplemente, dejó de intentarlo.

Descubrió, entonces, la biblioteca de Babenburg. Era un cuarto amplio y luminoso, en el segundo piso de Son Galcerán, que hacía las veces de despacho. Una estancia rectangular, con estanterías de libros en ambas paredes y un gran ventanal al fondo desde el que se veía el Mediterráneo.

Olía a cuero, a grandeza y a soledad, recordó.

Allí, gracias a la orientación del duque de Hallstatt, descubrió las novelas de aventuras y, con ellas, a héroes de todo tipo. Héroes voluntarios o involuntarios; simpáticos, callados, cobardes, inteligentes, hastiados de la vida o empeñados en sobrevivir a toda costa. Descubrió a Héctor y a Ulises. A Jenofonte. A D'Artagnan. A Ivanhoe. A Ojo de Halcón, a Uncas y a Chingachgook. A los arponeros del *Pequod*. Tipos a los que cualquier chaval de catorce años le gustaría tener al lado para seguirlos al fin del mundo; y, de alguna manera, creció arropado por todos ellos.

Fue tiempo después, en la guerra, donde comprendió que conceptos como el honor, la patria o el coraje eran palabras vacías que utilizaban los políticos para justificar sus fracasos. En la guerra solo había miedo y cansancio.

Y, a veces, se dijo, actos puntuales de humanidad.

Aquello le produjo una tristeza inesperada, por lo que agitó la cabeza para ahuyentar el sentimiento.

Enfrente, Levi observaba cómo humeaba el cigarro egipcio entre sus dedos, como reflexionando sobre todo lo que acababa de pasar.

—Esto es una isla... —concedió el *batle* al fin, mirando a Cosimo —. Supe que Felipe había vuelto a Mallorca porque, ayer por la tarde, un payés llegó a Valldemossa diciendo que había creído ver al ahijado de Babenburg. Y que iba acompañado de un coloso italiano... Se lo contó a todo aquel que quiso escucharle en Can Joan, la taberna de la plaza. Esa misma noche ardía Son Galcerán.

Los tres se quedaron en silencio, rumiando cada uno sus propias conclusiones.

—Exageraba —añadió Levi, de pronto.

—¿Cómo? —preguntó Neudorf.

Una sonrisa indómita, desprovista de esperanza, se dibujó en el rostro del *batle*.

—El italiano —explicó, señalando a Cosimo— no es tan grande.

Llegaron a Son Galcerán a mediodía. Ya desde la entrada, el frescor del campo se mezclaba con el reciente olor a madera quemada. Neudorf saltó del carruaje antes de llegar al final del camino y corrió hacia el edificio. Cosimo le siguió a duras penas, maldiciendo los estragos del alcohol.

—No entiendo nada —resopló cuando lo alcanzó.

Neudorf se giró para mirarle, extrañado.

—¿A qué te refieres?

El italiano dejó que su mirada recorriera la casa de dos pisos de paredes blancas y ventanas con postigos verde oscuro. El sonido del agua de una fuente llegaba hasta ellos como un rumor lejano. En la fachada no se apreciaban los estragos del incendio, y la terraza —soleada y bien amueblada— invitaba al reposo y a la lectura. Unas escaleras de piedra, adornada con un pasamanos de círculos concéntricos, comunicaban las terrazas superior e inferior con sencillez. Los destellos de una pequeña alberca, al final del recinto, oscilaban con el suave viento de poniente.

El Mediterráneo invadía el paisaje como un dios indiferente e infinito.

—Eres heredero de este paraíso —alcanzó a afirmar, arrobado por la belleza del lugar—. Eres un hombre afortunado.

Neudorf le agradeció las palabras con una sonrisa cohibida. Una mujer los esperaba al final de las escaleras.

—¡Señorito! —exclamó.

Pronunció aquella palabra como si fuese una frase entera.

María Miquela rondaba los cincuenta años. Llevaba viviendo en Son Galcerán desde que se construyó. Nacida en Inca en una familia acomodada, entró en la casa como cocinera, pero acabó haciendo de todo. Desde asistir como doncella a la abuela Luisa a cuidar el jardín. Incluso planteó comprar un carruaje y dirigir ella misma los caballos, pero Babenburg se negó.

Enérgica, indiscreta y dicharachera; todo el mundo en Valldemossa sabía que era incapaz de guardar un secreto.

Neudorf no pudo evitar un alivio sincero cuando la abrazó.

—María Miquela, por favor —dijo—. No me llame señorito.

Aunque incendiada, los cimientos de Son Galcerán seguían intactos.

—¡Cómo ha crecido! —exclamó ella, ignorándole.

Tenía el pelo corto, olía a ropa recién lavada y le faltaban dos muelas. Aquella alegría reconfortó a Felipe. Presentó a Cosimo y a Levi mientras la mujer arrancaba el petate del hombro del italiano y les hacía entrar en la casa sin dejar de hablar.

—Menos mal que el señorito ha vuelto —jadeó tras subir las escaleras, mientras observaba a Cosimo de refilón—. Esta casa lleva vacía demasiado tiempo.

Todo estaba tal y como él lo recordaba. Los muebles del porche. La cristalera que daba paso al interior de la casa. La descuidada enredadera que trepaba por la fachada. Los dos sofás beige enfrentados junto a la gran chimenea del salón. El mueble bar de estilo *art déco* —que su abuela detestaba porque le daba a la casa un aire anticuado— hasta arriba de botellas de alcohol. Los cuadros que Babenburg compraba en cualquier lado. Los jarrones con flores secas. Las lámparas de gas y las grandes velas derretidas. Aquel olor a cera mezclado con lavanda, hojas de pino, resina y sal.

—Todo está en su sitio —masculló, como para sí mismo.

—¿Y qué esperaba? —gritó María Miquela, indignada, desde otro cuarto.

Al preguntarle por el incendio, el buen humor de la criada se apagó. Al dormir en uno de los edificios adyacentes, no oyó nada. Le despertaron los gritos de Fornés y la Guardia Civil.

—El fuego se extinguió solo —relató ella—. Fue breve pero intenso.

—¿Mi tío Luis estaba aquí?

María Miquela asintió. El miedo le cruzó los ojos como un corzo atravesaría un campo de trigo. Con indolencia y rapidez.

—Fue el primero que lo vio.

Cosimo y Levi la observaron expectantes.

—Vamos a verlo —sugirió Neudorf.

El fuego había destruido el final de la cocina y prácticamente toda la alacena, donde se guardaban las conservas y los troncos de madera. Las llamas habían lamido las paredes hasta el segundo piso y el alero del tejado se había derrumbado. Los tres hombres observaron la escena con distancia y silencio.

Felipe reconoció con ojos tranquilos la cocina.

Al cabo de varios segundos, se acercó al umbral de la alacena, se agachó y recogió uno de los cristales rotos. Se lo llevó a la nariz y frunció el ceño. Olía a aceite.

Babenburg había prohibido las lámparas de aceite en Son Galcerán. Siempre contaba cómo había visto un barco arder violentamente en medio de la noche debido a una fuga.

El gas es explosivo, solía decir. El aceite ardiendo es imparable.

—Es curioso... —murmuró.

—¿El qué? —preguntó Cosimo, acercándose.

Neudorf se incorporó despacio, envuelto en una lejana concentración.

—Fue un accidente —sentenció—. Y el asaltante era zurdo.

El siciliano enarcó las cejas sin comprender, y Felipe señaló los cristales en el suelo.

—Era de noche —explicó—. Entró en Son Galcerán alumbrándose con una lampara de aceite. Su idea, seguramente, era registrar el despacho de Babenburg, pero un ruido lo puso en guardia y se giró bruscamente, golpeando la lámpara contra el marco de la puerta... Solo un zurdo puede golpearlo a esta altura, en esta dirección. —

Neudorf iba señalando los lugares mientras hablaba.

—¿Cómo sabes que iba hacia allí? —preguntó Levi, sorprendido.

Neudorf se encogió de hombros, como si fuese algo de lo más simple.

—Solo hay cristales en el otro cuarto —aclaró—. La lámpara iba por delante... Al girarse, el aceite quemó esta parte de la chimenea. Y corrió hacia el exterior, huyendo del fuego...

—Por eso no llegó al despacho de Babenburg —reflexionó Cosimo.

Felipe asintió.

—Quien quiera que entrase en Son Galcerán era zurdo —concluyó.

—Y un manazas —añadió Levi, aún fascinado por el descubrimiento.

Recorrieron el resto de las estancias en silencio. El siciliano caminaba despacio, sin disimular su asombro. Cada vez que cambiaban de cuarto, empequeñecía la estancia con su presencia.

—Nunca había visto unos techos tan altos —comentó con alegría mal disimulada—. Es más —añadió alzando el dedo índice—, nunca había estado dentro de una casa tan grande.

Neudorf sonrió.

—Mi padre la mandó construir cuando yo nací... Dicen que la única patria de un hombre es su infancia. De ser así, Son Galcerán es mi última trinchera.

El italiano asintió, evocador, como si comprendiese perfectamente aquella comparación; pero el peligro innato de aquel recuerdo lo devolvió furiosamente al presente.

—¿Dónde está Levi? —preguntó con ojos escépticos.

Ambos volvieron sobre sus pasos y encontraron al *batle* en el salón, frente al mueble bar, con una botella de alcohol entre las manos.

—Un Bowmore —murmuró con ojos encendidos, volviéndose hacia ellos—. Una de las destilerías escocesas más antiguas del mundo.

Cosimo emitió un gruñido desaprobador, pero Neudorf lo ignoró y se acercó.

—Nos vendrá bien —dijo, cogiendo la botella de *scotch*.

María Miquela apareció, de repente, con una bandeja con tres

vasos de un elaborado cristal de bohemia y una cubitera de plata. Neudorf acompañó a la criada a la cocina y cuando volvió, Cosimo se acercó a él.

—No me fio de él —murmuró disgustado.

Felipe asintió distraído mientras empuñaba un sacacorchos.

—Bebamos —propuso con calma.

Los tres hombres salieron al porche, se sentaron en los sofás blancos y contemplaron el mar en silencio. Levi hundió la nariz en la copa, aspirando el alcohol con deleite, con el ojo cerrado, como un pirata satisfecho al salir de la cárcel; y Neudorf encendió un cigarro con parsimonia. A pesar de que ya era mediodía, hacía frío.

—No hay nada mejor en la vida que un buen alcohol y un buen amante —afirmó el *batle* recostándose—. Por el amor —brindó con una sonrisa.

—Por la vida —dijo Neudorf, haciendo resonar el cristal.

Levi alzó las cejas y asintió.

Tal vez, pareció decir.

Un largo silencio se instaló entre ellos hasta que Cosimo se decidió a hablar.

—Es usted un soldado —masculló, mirándole a los ojos.

El alcalde de Valldemossa pareció recuperar su presencia.

—¿Lo pregunta o lo afirma?

—Lo pregunto —concedió el italiano—, pero sé que lo es.

El otro frunció los labios y negó con la cabeza.

—Lo fui —sentenció quitándole importancia—, sin embargo, eso quedó atrás.

Cosimo se encogió de hombros.

—Uno nunca deja de ser un *soldato*.

Levi no pudo reprimir una carcajada.

—Señor Quadra, querido mío —dijo mientras trataba de aplacar el enfado de su interlocutor—, combatí en África durante muchos años, y cuando volví a Mallorca, a mi isla, me juré que mi pasado no comprometería mi futuro. —El *batle* se detuvo para oler de nuevo el alcohol, inspiró profundamente y continuó—: Conozco demasiado bien el peaje. Lo veo en vuestros ojos. No pienso cargar con esa culpa —afirmó, recostándose de nuevo—. Ahora solo aspiro a vestir con elegancia, a beber bien y a encontrar todas las noches un hombre fiel en mi cama.

El italiano dio un respingo ante aquella revelación y Neudorf se sonrió. Levi contó que sus padres fueron temporeros catalanes asentados en Mallorca y que había sido homosexual desde que nació. Nunca se había avergonzado de ello y lo había ostentado como una bandera, generando todo tipo de comentarios en la isla. Seis años mayor que Neudorf, se alistó en el Ejército en 1909 para huir de la claustrofóbica sociedad mallorquina y luchar en Melilla contra las cabilas rifeñas.

—¿Cuándo regresaste? —preguntó Neudorf, sonriendo aún.

—No llega a un año. A mediados de 1918. Para morir de calor, prefiero hacerlo rodeado de pinos.

—¿Mala experiencia?

Levi le devolvió la sonrisa.

—Si alistarte es la peor de las decisiones... imagínate hacerlo en el Ejército español —reconoció mientras se servía un segundo vaso de *scotch*—. Gordos con bigote, absolutos incompetentes, encantados de conocerse, gritando órdenes contradictorias y sudando profusamente... —El *batle* chasqueó la lengua—. No entiendo cómo este país aún sigue en pie.

El aire se quedó suspendido durante un instante. El sol les calentaba los rostros. Los vasos medio llenos. El humo del cigarro.

Todo era armonía.

—Supongo que por la Infantería —aventuró Neudorf, tras pensarlo detenidamente.

Levi le dirigió una mirada divertida a Cosimo y, tras un largo segundo, asintió.

—La mejor del mundo.

Felipe le dio una larga calada al Moeris y cruzó las piernas.

—¿Quién está investigando el incendio? —preguntó.

Habían pasado de un tono distendido a una conversación entre militares. El *batle* organizó bien la respuesta antes de comenzar a hablar.

—Te lo mencioné antes. Un capitán joven de la Guardia Civil: Matías Posse. Le destinaron a Valldemossa hace cinco o seis años, creo. Tú debías de estar aún aquí. —Vació el vaso en un último trago y suspiró—. Guapo e inexperto... Completamente mi tipo.

—Creo que lo recuerdo —murmuró Neudorf.

Levi hizo un mohín con la mano.

—No como a mí.

Felipe trató de explicarse, pero el alcalde le detuvo con una sonrisa sincera. Acto seguido se levantó con agilidad y se dirigió a las escaleras.

—Tengo un compromiso —anunció—. Gracias por el *scotch*.

Neudorf dejó el vaso en la mesa y se pasó la mano por la barbilla. A pesar del alcohol, tenía la garganta seca.

—Levi, ¿tú sabes qué ocurrió?

El aludido interrumpió su descenso. Cuando se dio la vuelta, su único ojo destilaba un sombrío recelo.

—¿A qué te refieres? —respondió, prudente.

Felipe cambió de posición en el sofá y, al no encontrar la postura, se levantó.

—Hace tiempo, Babenburg me confesó que no podía volver a Mallorca —reveló—. Sin embargo, no me explicó el porqué. En el puerto, la gente me reconoce, pero me evita... El incendio —añadió señalando la casa—. Hasta María Miquela está tensa con mi regreso. —Dio un paso adelante y clavó los ojos en el *batle*—. ¿Qué ocurrió, Levi? —preguntó de nuevo.

Este desvió la mirada con el rostro ensombrecido. Se acercó de nuevo y se sirvió el tercer vaso de *scotch*. Cosimo observó sus movimientos con la misma mirada con la que un león habría seguido a su presa.

—Francisco de Cardona se iba a casar con Catalina Horrach —afirmó el alcalde tras un suspiro.

—Sé quién es Cardona —aseguró Neudorf—. Un noble mallorquín. El conde de...

—Conde de Algaida —completó Levi.

—¿Y qué ocurre con él?

El *batle* se encogió de hombros y se permitió una sonrisa triste, como sabiendo de antemano el dolor que iba a infligir.

—Aparte de que es un cretino, no ocurre nada con él. El problema fue Catalina.

Neudorf frunció el ceño.

—No recuerdo a ningún Horrach.

Levi recurrió al coraje de otros tiempos para sostenerle la mirada.

—El hermano tiene varias empresas de calzado —explicó—. Yo aún estaba en África, pero a cualquiera que le preguntes, te contará

que Catalina Horrach murió asesinada hace casi ya cinco años, el mismo día que tú y Babenburg abandonasteis la isla.

Neudorf se dejó caer en la silla. Cosimo soltó una maldición.

—¿Quién la mató? —preguntó Neudorf al cabo de varios segundos.

Levi comprobó que María Miquela no estuviese cerca, apoyó los codos en las rodillas y suspiró.

—Nunca se le pudo juzgar —respondió—. Mateo de Babenburg huyó antes de que pudiese responder a cualquier pregunta.

CAPÍTULO 3

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—¿Qué sabes de la vida, Felipe?
—Que es dura e injusta —respondió Neudorf.
Babenburg negó con la cabeza, mientras esbozaba una sonrisa.
—Tenemos que hablar más sobre esto... —murmuró—. La vida es simple. Somos nosotros los que decidimos complicarla.

Son Galcerán, 1919

Había pasado casi una hora desde que Levi se había despedido y Neudorf seguía sin decir nada. Ensimismado, con el vaso medio lleno aún en la mano, contemplaba el Mediterráneo con expresión ausente, como si le hubieran arrebatado el último motivo que le quedaba para seguir avanzando. Cosimo, a su lado, le observaba con preocupación. María Miquela, imaginando la conversación, había recogido el vaso de Levi y se había retirado prudentemente.

Neudorf agitó la cabeza y miró al italiano con ojos ensombrecidos.

—No puede ser —murmuró, levantándose—. Es imposible.

Los rayos del sol atravesaban las nubes con la desgana de un jornalero que ha perdido la esperanza. Hacía un frío húmedo que atravesaba, poco a poco, la ropa, y comenzaba a clavarse en los pulmones.

Cosimo contempló el cielo y suspiró. Era un día triste.

Neudorf se levantó y se aproximó, despacio, a las grandes escaleras que llegaban a Son Galcerán. El siciliano lo siguió.

—Babenburg supervisó la construcción de la casa y fue el que las encargó —explicó Neudorf, acariciando la balaustrada de piedra—. Se

basó en el escudo de armas de su familia. Los círculos del pasamanos representan monedas de oro.

—¿Monedas? —repitió el *maggiore* extrañado.

Felipe asintió.

—Los Babenburg tuvieron que huir de Constantinopla cuando cayó en manos turcas, en 1453, y se refugiaron en Austria, que formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico. Las monedas conmemoran cada una de las veces que rechazaron traicionar a los austriacos a cambio de oro.

Cosimo apreció la zozobra y recorrió con la mirada el edificio y los jardines.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

Neudorf se agachó para coger una piedra y la lanzó al estanque.

—Cuando nací, mi madre empeoró drásticamente y el archiduque, mi padre, decidió quitarse de en medio. Tuvo dos únicos gestos con la familia destrozada que dejaba atrás: pagar la construcción de Son Galcerán y nombrar a Babenburg mi tutor.

—Todo un detalle —masculló Cosimo.

Felipe esbozó una sonrisa triste.

—Babenburg nació en Viena y, siguiendo la tradición familiar, se alistó como oficial en la Kriegsmarine: la Armada austrohúngara. Pasó la mayor parte de su juventud entre el Adriático y el Egeo. Participó en la represión del levantamiento de los bóeres, en China. Era amable y reflexivo... Y como viste en la batalla de Caporetto —añadió dirigiéndose al italiano—, solía tener encontronazos con la plana mayor. Mi teoría es que cuando dejó el Ejército, el archiduque lo reclutó como espía.

Cosimo arrancó una hoja de brezo y comenzó a jugar con ella entre los dedos.

—¿Y no le costó instalarse tan lejos de su hogar?

Neudorf contempló el jardín como se observa una tormenta en el mar: con distancia y recelo.

Lo echaba de menos.

Todo Son Galcerán destilaba su esencia.

Babenburg había llegado por primera vez a Mallorca con treinta años, invitado por el archiduque; y, al cabo de unas semanas, una limpia mañana de mayo, cazando conejos en la Tramontana, decidió que su etapa en el Ejército había llegado a su fin.

Aun así, no dejó de viajar por el Mediterráneo hasta que Luis Salvador de Austria le pidió que se encargara de la educación de Neudorf.

Nadie entendió las razones por las que había aceptado. Y él nunca las explicó.

Diseñó él mismo los planos de Son Galcerán y dirigió su construcción con precisión germana. Orientó la fachada hacia el mar y dobló la altura de los techos para que en verano la brisa del atardecer recorriese las estancias como un dios errante. Para las noches de invierno, instaló una gran chimenea en el salón principal que calentaba unos conductos de agua que atravesaban los tabiques de la casa.

La abuela Luisa siempre contaba que cuando terminaron las obras y el último trabajador abandonó la finca, se sentó en el porche, se dejó caer en uno de los sofás, se encendió un habano y contempló el horizonte, exhausto pero satisfecho. Luminosamente feliz.

—No creo en el amor a primera vista —dicen que murmuró—, pero esta inmensidad...

La voz de Babenburg sonaba grave —ronca, rasgada— y hablaba con una dicción lenta y comedida, como si tuviese que pagar por cada palabra. Era ateo declarado, escéptico, de opiniones directas y buen conversador. Frecuentó discretamente a varias solteras de la isla, aunque nunca se le conoció una relación estable.

Podía pasarse horas fumando habanos y hablando del pasado. De Arquímedes, de Marco Aurelio, de los emperadores persas, de la caída de Constantinopla, de la batalla de Trafalgar. Le gustaba debatir sobre estrategia, y, cuando se hablaba de algún conflicto, su frase favorita era una cita de Sun Tzu: «El arte de la guerra es someter a tu enemigo sin luchar».

A los cincuenta años había renunciado, definitivamente, a la rancia sociedad mallorquina y, después de las clases con Neudorf —que impartía personalmente—, fumaba, leía o navegaba, y daba largos paseos contemplativos por los pinares que rodeaban Son Galcerán.

A pesar de la nostalgia, Neudorf sonrió.

—Los mallorquines decían que el archiduque estaba enamorado de Mallorca —dijo al fin—, sin embargo, nunca conocieron la pasión de Babenburg por esta isla.

Cosimo le dedicó una segunda mirada a la casa, al estanque y a

los jardines. Como en las llamas del fuego o en el movimiento de las olas, en Son Galcerán había una sutil armonía que entendía y que no sabía explicar.

—No le conocí —aventuró, mientras se pasaba los dedos por las dos cicatrices de la sien—, pero parecía un hombre de honor. Lo demostró tras la batalla de Caporetto. No lo imagino asesinando a una mujer.

Neudorf apretó los dientes.

—El 17 de abril de 1914 abandoné Mallorca por el miedo irreflexivo que vi en los ojos del hombre al que llegué a querer como a un padre. Él no la mató —dijo con una rabia renovada— y descubriré quién lo hizo.

Se giró hacia Cosimo y los dos soldados se observaron en silencio.

—Fue Babenburg el que te perdonó la vida —afirmó Neudorf—. Ayúdame... y tu deuda estará saldada.

El italiano dejó caer las hojas de brezo, se cuadró con las manos detrás de la espalda y una sonrisa salvaje le atravesó el rostro. Por un instante, Neudorf se preguntó si las camas de Son Galcerán soportarían su peso.

—Me gusta este sitio —murmuró el *maggiore* con voz tranquila y dispuesta, como si ya hubiese tomado la decisión antes, al escuchar a Levi—. Te ayudaré —concluyó—. No habría hecho falta ni que me lo pidieses.

Neudorf asintió con un nudo en el estómago. Salvo con Babenburg, en cuatro años de guerra no había sentido aquella camaradería.

—Gracias —murmuró mientras se desprendía de aquel extraño sentimiento y se ponía en marcha—. Nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó el italiano sorprendido.

—Al hospicio. Quiero ver a mi abuela y... —dudó, buscando la palabra apropiada— saludar a mi madre. Necesitamos caballos.

Cosimo levantó las cejas.

—No parece que haya muchos por aquí —observó con una sonrisa escéptica.

Desde que habían llegado, en el puerto y en el camino a Son Galcerán, el italiano había advertido que los mallorquines se movían en mulas. Los caballos, como en el resto de Europa, eran para la aristocracia y la burguesía.

Neudorf ignoró el comentario, descendió por las escaleras de piedra, abrió una pequeña puerta lateral enclavada en la tapia —diferente a la principal— y siguió andando, pendiente abajo. Cosimo lo siguió a trompicones.

Atravesaron un bosque de pinos, y cuando el italiano iba a preguntar hacia dónde demonios se dirigían, llegaron a una casa humilde y destartalada, al borde de un acantilado. Tenía la base de piedra; las paredes y el tejado eran de madera. Las ventanas eran irregulares y el techo estaba un poco hundido. Aun así, las vistas sobre el Mediterráneo no tenían nada que envidiar a las de Son Galcerán.

El *maggiore* atisbó varios caballos —todos negros, excepto uno blanco— en una cerca convenientemente disimulada a mano izquierda, pero se cuidó de decirlo en voz alta.

Sentía el peligro en la piel.

Un hombre abrió la puerta violentamente, sosteniendo un Mauser 98 con una extraña mezcla de dejadez y frialdad.

—¿Qué cojones queréis? —bramó alzando el arma a media altura.

Cosimo se quedó quieto. Los separaban doce metros. Calculó el tiempo que tardaría en echar mano a una de sus dagas y ponerse a cubierto, y la rapidez con la que aquel energúmeno podría accionar el fusil alemán; pero Neudorf se adelantó sin amilanarse.

—Luis, baja el arma —dijo con calma—. Soy yo, Felipe.

El aludido entrecerró los ojos, pasaron unos segundos eternos y, al fin, soltó una carcajada.

—¡Felipe! —exclamó sin dejar de reír, dejando el fusil en el quicio de la puerta—. Tienes a toda la isla cuchicheando sobre tu regreso —añadió con alborozo—. ¡Me preguntaba cuando vendrías a ver a tu viejo tío!

Se fundieron en un sentido abrazo y cuando se separaron los dos tenían los ojos brillantes.

—Cosimo, te presento a Luis Fornés —dijo Neudorf—, el hermano de mi madre. Mi tío.

Ambos se estrecharon las manos mirándose a los ojos, evaluándose.

A su mirada intensa, casi burlona, le acompañaba siempre su media sonrisa.

Fornés calzaba unas alpargatas nuevas, una camisa blanca

desteñida por el sol y unos pantalones rotos que no llegaban a cubrir sus largas piernas.

Tenía cuarenta y dos años —le sacaba catorce a Neudorf—, sin embargo, parecían menos. Era un poco más alto que su sobrino, y algo más corpulento; y aunque no era guapo, tenía buena presencia. Además de la barba negra, que llevaba varios días sin afeitar, lucía el pelo largo y moreno recogido en un moño; y tenía unas manos finas que parecían hechas para esculpir mármol o tocar el violín.

Aunque las utilizaba para todo lo contrario.

Fornés era un alma libre, entregada a las mujeres y al dinero fácil. Se ganaba la vida al margen de la ley, pero era, a su manera, noble y atento.

Sobre todo, con Neudorf.

Si Babenburg hizo la función de padre, Fornés hizo la de hermano mayor.

En las puertas de la adolescencia, el joven culto y taciturno en el que se había convertido Neudorf atraía las miradas de las muchachas mallorquinas, despertando recelos más que fundados. Con apenas dieciséis años, en Can Joan, un marido borracho y celoso le dio su primera paliza.

Aquella noche, con el labio abierto y el pómulo partido, decidió intercalar la estricta educación de Babenburg con la inquietante indolencia de su tío.

—No dejes que te intimiden —le decía Fornés—. Mantén la calma. No hay nada que acojone más que un hombre tranquilo.

Con él aprendió a pelear.

Le enseñó a cazar, a encender fuego y a borrar su propio rastro en el monte. Y también fue el que le instó a perder la virginidad con una prostituta en el puerto de Palma.

Le introdujo —a veces con demasiada brusquedad— en el mundo real, pero forjó su carácter y le ayudó a dejar atrás al niño inseguro que Neudorf había sido, y a confiar en sí mismo.

Con esa nueva determinación se ganó el respeto de los que antes lo habían despreciado; y fue así como conoció a Carmen.

Neudorf desterró el último pensamiento y le preguntó a su tío por el incendio de Son Galcerán. Los ojos de Fornés se oscurecieron al mencionar el tema.

—Fui el primero en verlo... Y el que avisó a los Carabineros y a la

Guardia Civil. Esos capullos tardaron más de una hora.

—¿Y la abuela?

El aludido cogió un palo del suelo y lo lanzó con rabia por el acantilado. Había cierta desesperación en sus gestos.

—Llegué tarde —dijo al fin—. La saqué a rastras y aún no se ha despertado. Está en el Trinidad.

Les contó también su encuentro con Matías Posse. Tío y sobrino coincidieron en su inexperiencia. Hasta la desaparición de un perro le quedaría demasiado grande.

Tras hablar del guardia civil, ambos se quedaron en silencio.

Neudorf sabía por las cartas de su abuela que las cosas no estaban bien entre los dos. Esa era una de las razones por las que su tío vivía en aquella cabaña, cuyo terreno pertenecía a Son Galcerán.

Fornés volvió la vista a las rocas y se mordió los labios. Como si se arrepintiese de haber lanzado aquel palo.

—Fue provocado —masculló, convencido—. Estoy haciendo averiguaciones por mi cuenta —dijo, mientras se volvía para mirar a su sobrino—. Daré con los cabrones que hicieron esto... Te mantendré al tanto.

Neudorf asintió. Sabía que su tío no se llevaba bien con la autoridad y que su entorno estaría mejor informado. Pero se abstuvo de compartir con él sus averiguaciones.

—Luis —dijo, cambiando de tema—, necesitamos un par de caballos. La cuadra de Son Galcerán está vacía.

Fornés chasqueó la lengua.

—¡Caballos! —exclamó, recuperando un poco el humor—. Puedes coger cualquiera —dijo señalando la cerca que tenía detrás—. No hay prisa en devolverlos, pero no puedo regalártelos; pertenecen a Ausias May.

Su sobrino enarcó las cejas, sorprendido. Era la segunda vez desde que había llegado a Mallorca que escuchaba su nombre. Fornés se permitió su vieja sonrisa de truhan, pero algo había cambiado en su antigua expresión.

Estaba más tenso. Menos seguro de todo.

—¿Quién es el tal May? —preguntó Neudorf.

Fornés se apoyó en la pared de su cabaña y soltó otra carcajada, pero esta vez no fue tan limpia como la anterior. Cosimo se cruzó de brazos, impaciente.

—Dicen que es el último pirata del Mediterráneo... —respondió, sin quitarle el ojo al italiano.

—Seguro —replicó Neudorf.

Su tío ignoró la pulla y se encogió de hombros.

—Le conocí cuando los dos empezábamos con el tabaco —explicó —. Hizo conmigo varios trabajos, pero era diferente... El cabrón tenía iniciativa, pero, sobre todo, buen olfato. En 1914, cuando abandonaste la isla —dijo señalando con la cabeza a su sobrino—, ya controlaba toda la producción tabaquera en Marruecos.

Neudorf cambió su escepticismo por curiosidad. De contrabandista local a dirigir toda la distribución de Mallorca había un camino largo y peligroso. Ausias May tenía que ser inteligente. Inteligente y despiadado.

—Ahora está ampliando sus intereses —continuó Fornés, disfrutando de la expresión de su sobrino—. Es dueño de dos astilleros en Valencia y una refinería en Barcelona... Y acaba de comprar la Isleña Marítima, la compañía que cubre el transporte entre las Baleares y la península.

El estómago de Neudorf le dio un vuelco.

El padre de Carmen trabajaba para la Isleña. No debía de estar contento con aquel cambio.

—¿Y ahora trabajas para él? —preguntó, evitando darle demasiadas vueltas a ese tema.

Fornés descargó el Mauser y desapareció un segundo dentro de la cabaña, volviendo sin él. A Neudorf le dio la impresión de que allí había alguien más. Pero no dijo nada.

Su tío esbozó una sonrisa taimada.

—Ya sabes, Felipe, lo de siempre... Negocios.

—Espero que no sean tan turbios como los de antes.

Fornés soltó una carcajada, mientras los guiaba hacia la cerca.

—Aunque los terratenientes y empresarios se pongan una camisa limpia y zapatos nuevos, los negocios siempre son turbios, querido sobrino.

—¿Qué fue de la reputación? ¿De convertirte en un hombre de provecho?

Su tío le dedicó una mirada triste.

—Soy lo que soy, Felipe. Renuncié, hace tiempo, a cualquier tipo de redención —afirmó sin perder la sonrisa, mientras abría la valla—.

La esperanza es una hija de puta que solo me ha llevado a callejones sin salida.

Cosimo escogió el único caballo blanco y Neudorf, uno negro y joven; y los ensillaron.

—No creo que necesites dinero —dijo Luis, guiñándole un ojo a su sobrino, a modo de despedida—, pero si quieres trabajo, ya sabes dónde puedes encontrarme.

Dejaron atrás la cabaña y se adentraron en la arboleda. En el monte hacía frío y el italiano se envolvió en una manta de lana mientras el trote tranquilo de los caballos les adormecía. Olía a hierba mojada, a musgo y a resina; y los pájaros cantaban en las copas de los árboles, indiferentes a los problemas que los hombres dirimían en la tierra. Subieron lentamente por una cuesta de tierra y, a lo lejos, entre los pinos, apareció de nuevo Valldemossa.

—¿Por qué no vive en Son Galcerán? —preguntó el *maggiore* de pronto, mientras se acercaban al pueblo.

Neudorf cerró los ojos para respirar el aire de la montaña. Al cabo de varios segundos los abrió de nuevo.

—Discutió con mi abuela hace unos meses. Mi tío tiene... —dudó, pero comprendió que entre ellos no debía haber secretos—... tiene un problema con el juego —admitió—. Apostó más de lo que tenía. Mi abuela saldó la deuda, pero lo echó de casa.

Cosimo soltó un silbido.

—Espero sinceramente que tu abuela mejore —murmuró con admiración—. Tengo muchas ganas de conocerla.

Neudorf sonrió a su vez.

—En la misma carta ella me contó que, aun así, no se había ido muy lejos. La cabaña que has visto era un antiguo refugio de pastores. Está dentro de la finca de Son Galcerán. Reparó el techo y se instaló allí.

El italiano abrió la boca, pero se lo pensó mejor. El gesto no pasó desapercibido para Felipe. Ambos empezaban a conocerse.

—Suéltalo —le animó.

Cosimo chasqueó la lengua y él lo observó con calma, casi divertido. Aunque el caballo era grande, parecía que el italiano iba montado en un perro.

—¿Pudo hacerlo él?

Aquello pilló de improviso a Neudorf.

Buscavidas, rufián, contrabandista... Cualquiera de esas profesiones se quedaría corta para definir a Luis Fornés.

Siempre había tenido buena relación con su tío, pero había pasado demasiado tiempo como para que pudiese afirmar que lo conocía. El hombre cariñoso y bromista que le había ayudado a crecer parecía haberse convertido en una persona distante y algo derrotista.

Ante la paciente mirada de Cosimo, habló de su infancia y de cómo Fornés había actuado de hermano mayor. Cómo le había ayudado a enfrentarse al mundo en su adolescencia.

Compartió también la sensación que había tenido de que había alguien más en la cabaña; y lo mal que sonaba tener cualquier negocio con Ausias May.

—No lo sé —reconoció, al final.

El italiano asintió y no dijo nada. Fornés no le caía mal. Pero tampoco bien. Era poco transparente. Brusco, pero inteligente. El tipo de persona que siempre ocultaba algo.

El sonido de los cascos los arrullaba y el vaivén equilibraba la resaca.

Neudorf sintió cómo le ardían las manos, pero no le dio mucha importancia. El frío de la sierra contrarrestaba la incandescencia de su cuerpo. Cosimo estaba más acostumbrado a aquella sensación. Le gustaba beber, pero, sobre todo, le gustaba aquel ligero mareo al día siguiente. Le permitía pensar. Repasaba a todas las personas que había conocido aquel día: Donato Levi, María Miquela y Luis Fornés.

Y se acordó, de repente, del notario.

—El portafolios —masculló, rompiendo el silencio— sigue en Palma.

Neudorf salió de su ensimismamiento y soltó una maldición.

Por un instante, había conseguido olvidar aquellas dos cartas lacradas.

Localizó la altura del sol en el cielo y calculó la hora.

—Quedan tres horas para el anochecer —concluyó—. Si nos da tiempo, iremos después. Así podrás volver a ver a tu mesonera —añadió con chanza.

El italiano negó con la cabeza, quitándole importancia. El gesto lo mareó.

—A las mujeres es preferible darles de menos, que de más.

Felipe se encogió de hombros. Cosimo iba a preguntarle algo

cuando una antigua puerta de madera desvencijada, enmarcada en un arco de piedra, apareció a la izquierda del camino. Neudorf asió las riendas del caballo y lo dirigió hacia ella.

—El hospicio de la Santísima Trinidad —anunció, mientras descabalgaba y empujaba el portón—. Lo llaman, simplemente, el Trinidad. Aquí pasé la mitad de mi infancia, visitando a mi madre cada semana.

Soltó la última frase de una tacada, ignorando el escalofrío que le subía por la espalda.

Odiaba aquel lugar.

El hospicio era un antiguo convento que las monjas cartujas habían reformado a principios del siglo XIX para acoger a los niños que las madres —generalmente mujeres de payeses o pescadores— no podían mantener. Con el tiempo, la calidad de la educación ganó popularidad y la clase alta mallorquina comenzó a enviar a sus hijos ilegítimos, acompañados de generosas donaciones.

Esto permitió a los cartujos ampliarlo tras la primera guerra de Cuba.

La Guerra Larga, como la llamaron más tarde, duró desde 1868 hasta 1878. Diez penosos años donde varias compañías de mallorquines abandonaron su isla en el Mediterráneo para morir en otra isla del Caribe. Los más afortunados volvieron a casa, pero lo hicieron hechos pedazos, física y espiritualmente.

Los cartujos acogieron y trataron a los lisiados y a los heridos; pero, sobre todo, dedicaron un gran esfuerzo a los soldados que no consiguieron regresar del todo.

Un ala entera del hospicio fue reservada a una veintena de combatientes que habían perdido la cabeza. Pero la voz corrió por España y, al cabo de varios meses, familiares de toda la península, desesperados, enviaron a sus seres queridos al Trinidad, con la esperanza de recuperarlos.

Los llamaban los Extraviados, porque pocos volvían.

Los huérfanos crecían rodeados de toda aquella locura con naturalidad. Incluso algunas de sus actividades eran pasear con ellos o asearles. Pero para el resto de la isla, el encanto que rodeaba el hospicio desapareció; y con él, las donaciones.

El Trinidad rozaba la decadencia cuando internaron a Antonia Fornés. La pulcritud, incluso la elegancia, del antiguo convento había

dado paso a un edificio lúgubre. Las sucesivas obras de ampliación se habían centrado en optimizar el espacio y, por consiguiente, reducir la luz.

La falta de recursos obligó a reducir el personal, y la atención y la limpieza del hospicio decayeron.

Solo se quedaron las monjas.

Aquellos jóvenes que habían internado hacía ya casi treinta años, languidecían en sillas de ruedas desvencijadas, vestidos con harapos, con la mirada perdida y la saliva colgándoles de la comisura de los labios.

Eso los más tranquilos.

De los diecinueve pacientes que quedaban cuando iba a visitar a su madre, uno en particular aterraba a Neudorf.

Nunca habían preguntado su nombre, así que Babenburg, en un intento de mitigar el temor de su ahijado, le había asegurado que, en el fondo, lo que quería aquel tipo era podar los cipreses de la entrada, y por eso gritaba de aquella manera. Que sus carcajadas eran de pura desesperación. Le bautizaron el Jardinero.

Jardinero tenía aún el pelo negro, aunque apenas le quedaban dientes. Rondaría los cincuenta años, pero seguía siendo ágil. Decían que ya era un sádico antes de marcharse a la guerra; un joven cruel que mataba a perros y gatos lentamente, solo por verlos sufrir.

En Cuba, sus superiores descubrieron sus habilidades y le encargaron la parte más rastrera de una guerra: la represión de civiles.

Y lo asumió de tal manera que, cuando volvió a Mallorca, completamente desnortado, asesinó a una prostituta y dos marineros. Hicieron falta ocho guardias civiles para detenerle.

Vivía aislado en una celda, pero era imposible no oír su risa desquiciada.

Neudorf recordó las carcajadas nocturnas. El miedo que sentía. La mirada fija del Jardinero. Aquella certeza de que, si estuviese libre, le degollaría como a un cordero.

De pequeño iba casi todos los días a ver a su madre. Pero aquel ambiente, junto al progresivo deterioro de las conversaciones, le desalentó.

Antonia Fornés se envolvía en un lejano mutismo, con la mirada perdida en un punto inconcluso de la pared, y no hablaba durante horas.

Con el tiempo, Neudorf aprendió a odiar el Trinidad. Despreciaba su decadencia, la falta de luz, el estoicismo cansado de las monjas, la ausencia absoluta de esperanza.

Antes de abandonar Mallorca, apenas iba una vez al mes.

Una hilera de cipreses descuidados guio a los recién llegados hacia un edificio de dos plantas, rodeado de un sombrío jardín, cuya entrada estaba dispuesta bajo unos soportales. La humedad les envolvió como un sudario.

—Es un lugar triste —murmuró Cosimo, atento a cómo sus palabras reverberaban en los arcos de piedra.

—Un hospicio, un hospital y un asilo, todo en un mismo edificio. Lo administran las monjas cartujas y depende del altruismo de los mallorquines y del Gobierno, en ese orden —explicó Neudorf—. No puede ser alegre. No se lo permitirían.

Una religiosa entrada en años les recibió. Los saludó con indiferencia, mandó a uno de los niños a recoger sus caballos y ella misma les condujo hasta una habitación de la segunda planta. Antes de entrar se giró hacia ellos con expresión severa.

—Está muy débil —murmuró sin exteriorizar ningún sentimiento —. No la agoten.

Los dos asintieron y accedieron a la estancia. La abuela Luisa rondaba los ochenta años y sus facciones permitían adivinar que había sido una mujer hermosa. Sus cabellos oscilaban entre el rubio y el plateado. Yacía boca arriba sobre una desvencijada cama de madera. Su respiración era apenas perceptible, pero parecía tranquila, en paz.

En aquel momento, Neudorf se arrepintió de no haber venido antes a verla.

Se acercó con cuidado, le cogió la mano y le besó la frente.

—Hola, abuela —susurró—. Soy yo, Felipe. He vuelto a casa.

Los dos contemplaron en silencio el rostro impasible de la anciana.

—No se alegra mucho de verte —musitó Cosimo, ahogando una sonrisa triste.

Neudorf iba a responder cuando se abrió la puerta y una mujer vestida de blanco accedió como una exhalación.

—¡Buenas tardes, Luisa...! —exclamó, antes de reparar en la presencia de los dos visitantes—. ¿Quiénes son ustedes?

Lo preguntó clavando su mirada en ellos. Se cubría la boca con

una mascarilla de tela y la potencia de su mirada les dejó, por unos segundos, sin palabras.

Neudorf se repuso antes que su compañero.

—Sentimos haberla asustado —balbuceó—. Me llamo Felipe y Luisa es mi abuela.

La recién llegada le escrutó con intensidad, entrecerrando los ojos.

—¿Y él? —preguntó señalando al italiano con la barbilla, mientras se quitaba la mascarilla.

Era rubia, tenía el rostro ovalado y sus ojos azules refulgían como el reflejo del mar a mediodía. Tenía la piel pálida, salpicada de lunares oscuros, y ostentaba una sonrisa descreída que confería a su rostro un escepticismo cansado. Como si llevase viviendo en el mundo mil años y estuviese agotada de lidiar con la crueldad del ser humano.

El italiano, animado por la visión de aquella belleza, recuperó el aplomo.

—Me llamo Cosimo Quadra —se presentó, galante—. Soy un... compañero de armas de Felipe. ¿Cómo se llama usted?

—Salomé —dijo, cortante—. Salomé Martí.

—Pues permítame decirle que es usted la enfermera más bella de todos los hospitales del Mediterráneo.

La aludida puso los ojos en blanco y rio entre dientes.

—Deje de hincharse como un pavo o explotará —soltó a bocajarro—. Soy la doctora Martí y estoy a cargo de esta paciente.

—¿*Dottoressa*? —interpeló el aludido, incapaz de reprimir la pregunta—. ¿Una mujer?

Salomé dejó escapar un suspiro y se acercó a él despacio, como un felino a su presa.

—Se lo repetiré despacio, señor Quadra, para que su diminuto cerebro de macho italiano lo entienda: doctora Salomé Martí. Hija y nieta de médicos. Judía, chueta para más indicaciones, y la mejor cirujana de toda la isla.

Satisfecha, dio un paso hacia atrás y se dirigió a Neudorf, que contemplaba la escena con una sonrisa en los labios.

—¿Me acompaña fuera, por favor?

Más que una pregunta, aquello era una orden. Los dos salieron al pasillo envueltos en un silencio tenso. Salomé respiró profundamente y comenzó a andar por la galería. La balaustrada daba a un patio

interior, lleno de plantas, donde los internos paseaban vigilados por varias religiosas.

—¿Es usted el hijo de Antonia Fornés?

Si aquella doctora sabía algo de la historia de Babenburg, no lo exteriorizó.

—Así es. ¿Cómo está?

—Bien —reconoció ella—. Estable. Pero, ya sabe...

El otro asintió aliviado. Su madre estaba mayor y, en su estado, apenas se movía. No hacía ejercicio ni le daba el sol en la cara. Durante los casi cinco años que había estado fuera, había vivido con aquella inquietud constante.

Sabía que podía perderla en cualquier momento.

—¿Y mi abuela?

Los ojos de Salomé perdieron fuerza.

Parecía que detrás de aquella máscara inflexible, se dijo Felipe, había algo de ternura.

—Respiró demasiado humo —reconoció, al fin—. Está en coma. No sabría decirle si despertará o no. Tan solo podemos esperar.

—Entiendo —masculló, dejándose invadir por la melancolía—. Gracias por todo, doctora.

—Puede llamarme Salomé.

Neudorf calibró la edad de la joven y estimó que no tendría más de treinta años.

—He de marcharme —dijo ella, de pronto, recordando dónde estaban—. Tengo otros pacientes que atender.

Se despidieron y él observó con curiosidad cómo se alejaba por el pasillo. No era normal ver a una médico en aquel lugar. Y menos, tan joven. Y tan dispuesta.

Tras unos segundos de debate sobre visitar a su madre, volvió sobre sus pasos.

—¿Ya nos vamos? —preguntó el italiano mientras se ponía de pie, aún afectado por las palabras de Salomé—. ¿Y tu madre?

Un amargo escalofrío recorrió la espalda de Neudorf.

—Mañana —masculló—. Tenemos que ir a Palma.

Deshicieron el camino con la idea de llegar a las cuadras del Trinidad.

Cuando pasaron por el ala que lindaba con el hospicio, Cosimo, atraído por el griterío, se asomó a uno de los arcos y observó el patio.

Alrededor de unos treinta niños de diferentes edades jugaban y corrían en todas las direcciones. Todos vestían el mismo uniforme andrajoso blanco y azul marino, similar al de los pacientes del ala de los Extraviados. Todos parecían ocupados, excepto una niña sentada en una esquina con lo que parecía un libro entre los brazos. No tendría más de cinco años. Como si se sintiese observada, la niña levantó la vista y los dos soldados pudieron apreciar sus profundos ojos azules. De un azul más oscuro e insondable que el de Salomé.

La niña sonrió y los saludó con la mano. En el aquel momento la misma monja que les había recibido les interceptó presa de un visible mal humor.

—¿Qué hacen aquí solos? —preguntó con aspereza.

Cosimo dio un involuntario paso hacia atrás.

—La doctora Martí no ha podido acompañarnos —explicó Neudorf.

La religiosa soltó un bufido y les pidió que la siguieran.

—En qué momento aceptamos a esa chueta como médico —dijo como para sí misma.

—¿A qué se refiere? —preguntó, el italiano, interesado.

—Es demasiado independiente —declaró la monja—. Demasiado libertina...

Al pronunciar la última frase pareció darse cuenta de algo. Se giró hacia ellos y les apuntó con el dedo como si fuese una escopeta.

—¿No serán ustedes también admiradores?

Ahora fueron los dos los que dieron un paso atrás. La religiosa intimidaba más de lo que estaban dispuestos a reconocer. Neudorf alzó las manos, tratando de apaciguarla.

—Únicamente hemos venido a ver a mi abuela —se excusó atropelladamente.

Aquello pareció apaciguar a la mujer, que siguió caminando.

—Dicen que últimamente viene un hombre a declararle su amor —masculló—. ¡A un hospicio! Es un completo despropósito. Dicen que es bastante influyente, pero, aun así, ¡es una vergüenza! —exclamó indignada—. Si no fuera tan buena doctora...

Dejó las palabras en el aire como una amenaza y Neudorf decidió no añadir nada más. Cuando llegaron a las cuadras, agradecieron su tiempo a la temible monja y recuperaron sus monturas. Recorrieron a pie y en silencio —con las riendas en la mano— el camino custodiado

por los cipreses maltratados. Atravesaron la puerta de madera y Cosimo recuperó la alegría al dejar aquel lugar atrás.

—¡Vaya carácter!

—¿El de quién? —preguntó Neudorf.

—¡El de todo el mundo! —rio Cosimo—. El de la doctora, la monja... ¡todas!

Felipe sonrió. El italiano tenía razón. Salía del Trinidad abrumado por tanto temperamento. Aquello le hizo pensar en la fuerte personalidad de su abuela y su alegría se apagó un poco.

Se disponía a montar en su caballo cuando se quedó petrificado.

—¿Qué está pasando? —susurró con voz tensa.

Cosimo, alerta, siguió la dirección de su mirada.

Un carruaje se había detenido en la puerta del Trinidad y el rostro congestionado del notario apareció en la puerta. Bajó las escalerillas de un salto y se plantó delante de ellos con el ánimo derrotado, frotándose las manos como un poseso.

Fue Neudorf el que rompió el silencio.

—¿Qué hace usted aquí?

El notario perdió el último color que le quedaba en el rostro y trató, sin éxito, que las lágrimas no corrieran por sus mejillas.

—Vengo de Son Galcerán, la criada me indicó dónde podía encontrarle —explicó.

—¿Y bien? —exigió Neudorf.

El funcionario pareció hacerse aún más pequeño.

—No sé cómo ha podido ocurrir —farfulló sin ganas, evitando el contacto visual—. No me lo explico.

Los dos hombres esperaron, sin disimular su irritación y su desprecio, a que el otro encontrara el valor para continuar. El notario consiguió rehacerse y miró a Felipe con los ojos entornados, disculpándose con el cuerpo entero.

—Ayer por la noche, forzaron la puerta de servicio y entraron en la notaría...

La espalda de Neudorf se puso en tensión, pero controló el impulso de coger a su interlocutor por las solapas de su elegante levita.

—¿El portafolios?

El notario clavó la mirada en el suelo.

—Dejaron el resto de documentación... pero las cartas de su

padrino, el duque de Hallstatt, han desaparecido.

Capítulo 4

Caporetto, frontera Imperio Austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

> Tras encender el puro, Babenburg contempló, pensativo, el paisaje que los rodeaba.
> —Primera lección —masculló tras una larga calada—: vivir es como escalar una montaña. Hay que hacerlo poco a poco. Una decisión tras otra. Si miras hacia abajo, el vértigo te paraliza; si miras hacia arriba, te invade el desánimo. Paso a paso, Felipe. Día a día. Son los pequeños esfuerzos los que marcan la diferencia.

Son Galcerán, 1919

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte de Son Galcerán, arrancando destellos sosegados de la superficie voluble del mar, mientras el cielo estallaba en un melancólico malva anaranjado.
Cosimo y Neudorf contemplaban el espectáculo de colores, en silencio, derrumbados en los sofás del porche.

María Miquela apareció en el salón. Iba vestida como para atravesar una ventisca.

—Me voy al Trinidad, señorito —anunció—. Allí cuidaré mejor de la abuela Luisa.

Neudorf observó a la criada como si fuese una aparición.

Abrió la boca para pedirle que no lo llamase señorito, pero ella lo interrumpió.

—Lo siento, señorito... Pero llego tarde. He de llegar antes de que se haga noche cerrada y no pueda ver nada. Venga mañana al hospicio y le contaré todo.

Se notaba que María Miquela no sabía bien cómo gestionar todo

aquello. En sus ojos había temor y desconfianza.

—Con algo de suerte... —añadió—, su abuela habrá despertado.

Antes de que él pudiera añadir algo más, la mujer se internó en los árboles que rodeaban los jardines de Son Galcerán y en menos de un minuto volvió con una mula. Ante la mirada sorprendida de los dos soldados, abrió con destreza las dos puertas de la cuadra y sacó un pequeño faetón de cuatro ruedas a donde enganchó el animal. En Son Galcerán nunca había habido ningún carruaje —Babenburg siempre se negó a que un caballo tirase de cualquier tipo de vehículo—, por lo que la abuela Luisa lo debía de haber comprado después de que Babenburg y Neudorf abandonaran la isla.

María Miquela restalló las riendas sobre el animal y el faetón cogió velocidad.

Es normal, pensó Neudorf, mientras veía a la criada alejarse.

Tras casi cinco años de discreción y ostracismo, el pasado le estallaba en las manos. Seguramente, a causa de todo aquello, la abuela Luisa y María Miquela habían tenido que soportar una suerte de destierro por parte de los mallorquines.

Todo por culpa de Babenburg y Catalina Horrach, reflexionó. Pero ¿por qué?

El sonido de los cascos de la mula se perdió en la lejanía.

—Leí una vez que el Mediterráneo fue camino de naves negras, de legiones romanas y de héroes zarandeados por dioses mezquinos —suspiró Neudorf, mientras se encendía un Moeris—. Y que sus atardeces le reconcilian a uno con la vida, especialmente, si uno ha sido soldado. —Se giró hacia Cosimo con expresión derrotada y continuó—: No siento esa serenidad. Tan solo siento rabia.

El italiano se sirvió los restos de la botella de *scotch* que Levi había empezado aquella mañana y se recostó, meditabundo, con el vaso apoyado en su estómago.

—La frustración suele aparecer cuando no entendemos qué está ocurriendo —afirmó.

La frase fue secundada por una cansada exhalación de Neudorf.

El italiano se incorporó, dejó el vaso en la mesa y dio una fuerte palmada.

—Recapitulemos —dijo con vehemencia, tratando de animarse—. Catalina fue asesinada el mismo día que abandonaste la isla y se ha culpado de su muerte a Babenburg. —Felipe asintió, invitándole a

continuar—. Alguien entró en Son Galcerán la noche que llegamos a Palma, provocando un incendio accidental, y, al día siguiente, alguien robó las dos cartas de Babenburg... Que no sabemos lo que contienen.

—¿Pretenden intimidarme? —se cuestionó el afectado en voz alta.

El *maggiore* se encogió de hombros, complacido al ver que el otro reaccionaba.

Entre balbuceos, el notario les había contado cómo había descubierto el portafolios con las hebillas de plata rotas encima de la mesa de su despacho. Aunque desordenado, el contenido estaba intacto; solo se habían llevado las dos cartas.

Cuando le preguntaron que cómo alguien podía conocer de su existencia, el notario reconoció, entre las lágrimas, que quizá lo había comentado demasiado alto en una taberna.

Neudorf pareció recuperar el aplomo.

—O que me falte información —apuntó, reflexivo.

Tras comprobar los estragos causados por el incendio, Neudorf había subido al despacho de Babenburg, en la primera planta. En su cabeza martilleaba la frase que le había confiado el notario en su primer encuentro: «Todo está en la caja fuerte».

Pero cuando hizo girar vacías veces la rueda con la combinación correcta y abrió la pequeña puerta blindada, solo había encontrado facturas de las adquisiciones de los cuadros que Babenburg solía comprar a pintores ingleses.

Tuvo que dominar la formidable sensación de impotencia que le trepaba por las manos para no romper nada.

—En el fondo, da igual —sentenció Cosimo, haciéndole volver al presente—. Tenemos que recuperar la iniciativa. Hay que elegir.

—¿A qué te refieres?

El italiano sonrió con ferocidad y sus cicatrices se contrajeron un poco.

—Tenemos que decidir en qué nos centramos primero —afirmó con decisión—. Catalina o las cartas.

Neudorf dio una calada al cigarro y dejó que el humo abandonase lentamente sus pulmones.

Lo primero era Carmen, pensó.

Cuanto se enteró de que la guerra en Europa era inminente, ella acompañaba a su padre en uno de sus viajes, por lo que Felipe le hizo

llegar una carta donde rompía su relación. En cualquier momento tendría que acudir a la llamada a filas del Ejército austrohúngaro y llegó a la conclusión de que sería injusto para ella someterle a aquella incertidumbre.

Pensaba despedirse antes de su partida, explicárselo todo. Pero no tuvo tiempo.

Babenburg tuvo que escapar aquella fatídica madrugada. Y, aunque ahora entendía el por qué, el recuerdo de todo aquello le llenaba de amargura.

No la había olvidado.

Su recuerdo era tan potente como la mañana en la que abandonó la isla con su nombre en los labios.

Se permitió una última mirada melancólica al Mediterráneo y se centró en el planteamiento de Cosimo.

—Catalina —declaró—. Hay que averiguar quién la mató.

—Perfecto —dijo el italiano ajeno a su nostalgia—. Siguiente paso: ¿con quién vamos a hablar?

Neudorf se llevó la mano a la barbilla, pensativo.

—No va a ser agradable, se odiaba con Babenburg... Y ya escuchaste a Levi.

—Nada en todo esto va a ser agradable —asumió Cosimo—. ¿Quién es?

—El prometido de Catalina Horrach: Francisco de Cardona.

—¿El conde?

—El mismo.

El italiano apuró el *scotch* y se levantó.

—Duerme y descansa —dijo con los ojos brillantes—. Mañana nos vamos de caza.

Neudorf se vio a sí mismo cabalgando por el bosque que rodeaba Vittorio Veneto. Sintió cómo la funda del sable le golpeaba la pierna izquierda. Sudaba profusamente y su pecho estaba a punto de estallar. El sable le pesaba y tenía la voz ronca de gritar. A su espalda, los gritos de los italianos sonaban cada vez más cerca. Tiró de las riendas y se detuvo un segundo, comprobó las balas que quedaban en su pistola y comenzó a cabalgar de nuevo.

El camino parecía despejado y, por un segundo, creyó que podría conseguirlo.

Escuchó el rumor de un río a su derecha y supo que estaba cerca. Su caballo se impulsó en un montículo, pero la tierra cedió y Neudorf se precipitó al suelo. Trató de incorporarse, pero sus manos se hundieron en el fango. Bajó la mirada, pero en vez de barro, sus manos estaban atrapadas entre los cuerpos del 9.º Regimiento de Húsares del Ejército austrohúngaro. Los cuerpos de sus hombres.

Se despertó ahogando un grito, maldiciendo en alemán, con la frente perlada de sudor.

Tardó varios segundos en entender que se encontraba a salvo, en Son Galcerán. Aún era de noche cuando salió a la terraza con un cigarro entre los dedos.

—¿Vittorio Veneto? —preguntó Cosimo, desde el sofá.

Un pequeño fuego —en un soporte de hierro fundido— calentaba al italiano. Neudorf dominó su sobresalto y asintió, sentándose a su lado.

—Veo sus rostros sin vida, sin ninguna expresión, pero siento cómo me gritan. Unos me exigen venganza, otros solo lloran; hay algunos que se ríen, los que menos, aceptan su destino con resignación.

—La maldición de los que sobreviven —musitó el italiano.

Ambos se quedaron en silencio durante casi una hora, perdidos en sus propios remordimientos, hasta que la luz incipiente del sol hizo retroceder a la oscuridad y el fuego se extinguió.

Ambos comenzaban a desperezarse cuando el sonido metálico de la puerta principal les alcanzó. El *maggiore* se puso de pie despacio, con las rodillas flexionadas y empuñando una de sus dagas.

Neudorf observó las correas de cuero que cruzaban el cuerpo de Cosimo. Había descubierto qué significaba aquello de la peor de las maneras.

Los *arditi* eran la unidad de choque del Regio Esercito. Estaban especializados en el combate cuerpo a cuerpo, por lo que, más allá de una pistola, apenas utilizaban armas de fuego. Dos correas de cuero les atravesaban el pecho, y de cada costado colgaban dos dagas; cuatro en total. Tenían la empuñadura de madera, doble filo y las hojas medían veinte centímetros. Eran largas y estilizadas como el cuello de un cisne; y poseían la belleza brillante y cruel de las armas

diseñadas con paciencia.

Los *arditi* caían sobre las trincheras austrohúngaras como tormentas eléctricas. Eran escogidos por su arrojo y combatían con la furia ancestral de las legiones romanas. Sus incursiones eran letales. Neudorf tuvo que instruir a sus hombres en el manejo del cuchillo y la bayoneta en las distancias cortas para que no fuesen un trozo de carne que recibía, estupefacto, cuchilladas en la oscuridad.

Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa amarga. En la guerra solo sobrevivían los desalmados y los que aprendían rápido.

Cosimo había sido el *maggiore* de un escuadrón de *arditi;* y jamás se separaba de sus dagas. El día anterior se las había quitado para que no llamar la atención en el puerto, pero aquella mañana volvían a estar en su sitio. Un tintineo constante lo acompañaba allá a donde fuese, como las campanas de una iglesia que anuncian un funeral.

Todo aquello encajaba, de alguna misteriosa manera, con su risa rápida y su humor afable. Neudorf agradeció tenerlo de su lado.

—Tranquilo —le susurró al italiano—. Si viniesen a por nosotros, ni los oiríamos llegar ni entrarían por delante.

Los dos dejaron atrás la terraza y se asomaron a las imponentes escaleras que ascendían desde la entrada. Un hombre joven, con el pelo corto, ojos claros y saltones, comenzó a subir los peldaños. Se envolvía en una capa verde militar que parecía nueva y le llegaba por debajo de las rodillas. Era de mediana estatura y tenía la nariz afilada. Parecía nervioso, pero trataba de disimularlo. La capa de Guardia Civil contrastaba con las alpargatas gastadas que calzaba. Neudorf imaginó que aquel no era el uniforme oficial.

Cuando terminó de subir las escaleras estaba jadeando.

—Buenos días —resopló el joven, algo intimidado, sin dejar de mirar a Cosimo—. Soy el capitán Posse, de la Guardia Civil... Estoy a cargo de la investigación del incendio.

Lo dijo señalando la casa con el mentón, casi pidiendo perdón por ello.

—¿A qué se debe su visita tan pronto, capitán? —preguntó Neudorf mientras le estrechaba la mano.

Posse esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

—Hoy... tenía guardia en Valldemossa —explicó—. De regreso a casa, pasé por Son Galcerán... Y decidí entrar, por si estaban ustedes despiertos.

Hablaba con largas pausas entre las palabras, pero, después de cada silencio, sus frases cogían velocidad, como si fueran cuesta abajo. Era algo más joven que Neudorf. Tenía el pelo castaño, los ojos verde oscuro y una nariz triangular perfectamente definida. Aun así, era atractivo. Sus dientes ordenados le conferían a su sonrisa una tranquilizadora armonía. Neudorf se preguntó si aquella tierna inseguridad era real o pretendida.

—¿Qué sabe del incendio? —preguntó sin invitarle a entrar.

Cosimo se apoyó en la barandilla, con aire distraído, sosteniendo aún su daga. Posse le observó con precaución y tragó saliva.

—Todo indica... que fue provocado —dijo tras elegir bien sus palabras, despacio al principio, acelerado al final—. El fuego se originó en la cocina... Y el daño está muy concentrado.

Neudorf se llevó la mano a la nuca y se rascó la cabeza, molesto. Si el tono de su voz fuese un poco más agudo, solo lo podrían escuchar los perros. De un vistazo supo que Cosimo opinaba lo mismo.

Echaba de menos un cigarro entre los dedos. Pero era demasiado pronto.

—¿Por qué cree que fue provocado?

El capitán carraspeó y cambió el peso de pierna, incómodo.

—El incendio se concentra en la cocina —repitió—. No parece que la intención... fuese que toda la casa ardiera. Y no falta nada de valor. Parece... —dudó—. Una suerte de venganza.

Aquello le interesó. Su vuelta estaba despertando más pasiones de las que esperaba.

—¿Quién cree que podría querer vengarse de mí? —preguntó.

El guardia civil parpadeó con rapidez. Una gota de sudor le atravesó la frente. Demasiado inexperto, pensó Neudorf.

—No de usted —carraspeó—. De su abuela.

Felipe frunció el ceño, algo avergonzado por su vanidad.

—Explíquese.

Posse se llevó la mano a la barba rubia e incipiente que le cubría la cara.

—Luis Fornés —murmuró despacio—. Su tío. No... No se llevaba bien con su abuela.

El tenso silencio de los dos soldados obligó al capitán a desarrollar su última afirmación.

—Hace dos meses... tuvieron una discusión en Valldemossa, en la

plaza, frente a Can Joan —explicó—. Parecía... algo relacionado con dinero.

Neudorf apreció cómo la manera de hablar de Posse incomodaba a Cosimo. Se estaba conteniendo para no saltar sobre el guardia civil y estrangularle con sus propias manos. Una sonrisa triste se dibujó en su rostro.

—Podría ser —reconoció, al fin—. No había contemplado esa posibilidad.

El joven guardia civil desvió la mirada.

—No... No se preocupe —acertó a decir.

El dueño de la casa comenzó a bajar las escaleras en silencio y Posse bajó tras él. Cosimo puso los ojos en blanco, enfundó la daga y los siguió a regañadientes.

—Le ruego que lo investigue, capitán —dijo mientras abría la puerta de la entrada—. Manténganos al tanto.

El guardia civil asintió varias veces.

—Le informaré de cualquier avance.

Los dos hombres observaron en silencio cómo Posse montaba en una mula negra y se alejaba. Cuando desapareció tras un recodo, Cosimo se giró hacia Neudorf.

—Este hombre me saca de quicio —resopló—. ¿Por qué habla así?

Felipe no pudo evitar una carcajada.

El italiano se giró y contempló las escaleras con odio.

—Son demasiado largas y empinadas —farfulló—. ¿Por qué has bajado a acompañarle?

Neudorf amplió la sonrisa.

—¿Preferías que se quedase?

El *maggiore* soltó un improperio en su idioma y dio la espalda a las escaleras. Incluso desde allí se veía una franja azul de mar. El sol deshacía los últimos jirones de la madrugada.

—¿Fornés? —preguntó de pronto—. No es santo de mi devoción, pero creo que aún sé leer a las personas. Él no fue.

Neudorf comenzó a subir las escaleras hacia Son Galcerán.

—¿Dónde has aprendido esa expresión? —preguntó.

Cosimo se encogió de hombros.

—En una taberna —jadeó con impaciencia—. Dime, ¿de verdad crees que tu tío fue capaz de incendiar Son Galcerán?

Neudorf sacó un Moeris de su caja negra y lo encendió despacio mientras se volvía a sentar en el sofá de la terraza y negaba con la cabeza.

—No lo sé —reconoció—. He visto a un indeseable exponerse a las ametralladoras italianas para proteger a su caballo y he presenciado cómo un honorable general traicionaba a sus hombres por dinero... El verdadero carácter de un hombre se revela cuando se enfrenta a la adversidad.

Felipe observó al siciliano de soslayo. Seguía sin entender los motivos que lo habían llevado hasta allí; pero recordó cómo su padrino lo había salvado de una muerte segura. Aquello justificaba la deuda que se empeñaba en saldar. Y convertía a los dos —a Babenburg y a Cosimo— en hombres de honor.

Pero tiene que haber algo más, se dijo Neudorf.

Algo de lo que huir. Un pasado a dejar atrás.

Su cabeza comenzó a imaginar posibles crímenes en la lejana isla de Sicilia, pero se dio cuenta de que le daba igual.

Se giró hacia él y le puso la mano en el hombro.

—Eres la única persona en la que confío —declaró.

Cosimo, algo azorado, le quitó importancia con un gesto.

—No sé si deberías...

Pero Neudorf lo interrumpió.

—Prefieres morir a traicionarte a ti mismo —afirmó.

La gravedad sorprendió a Cosimo, pero le sostuvo la mirada.

—Exactamente igual que tú, Felipe —dijo con ojos brillantes.

Neudorf apretó los dientes.

—Dos soldados contra un mundo deshonesto.

Una sonrisa tranquila y sincera apareció en el rostro del italiano.

—Dos amigos —matizó.

Neudorf asintió despacio, disfrutando de aquel instante.

Se dejó invadir por el bosque que rodeaba Son Galcerán. Por el canto de los pájaros y el rumor de las fuentes; por el sol invernal que bañaba el paisaje con aquel fulgor cansado, con aquella luz herida; y se sintió afortunado.

—Vamos —dijo, mientras se dirigía a las cuadras—. Es hora de que esta isla se enfrente a sus fantasmas.

Cosimo le siguió con paso decidido.

—¿Francisco de Cardona? —preguntó el italiano con una sonrisa

salvaje.

—Francisco de Cardona —afirmó Neudorf, cerrando los puños.

CAPÍTULO 5

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—Segunda lección —afirmó Babenburg —: nunca sabrás si alguien es un imbécil hasta que se vuelva rico.

Valldemossa, 1919

La finca se encontraba a las afueras de Valldemossa, en la ladera de una de las montañas que la rodeaban. Una tapia separaba los campos de olivos del camino. Encontraron la puerta abierta. El acceso hasta la casa principal estaba bastante cuidado. Se notaba que habían arrancado recientemente las malas hierbas, podado los árboles y limpiado los adornos de piedra.

El camino ascendía penosamente y los caballos comenzaron a resoplar. Varios grupos de jornaleros se afanaban en los vastos cultivos que comprendía la posesión. Los aperos de labranza eran antiguos, pero de buena calidad. Las plantaciones estaban limpias y ordenadas; y los olivos, almendros y limoneros parecían fuertes y saludables. Los bueyes estaban bien alimentados. Toda la finca rebosaba prosperidad. El cielo estaba despejado y hacía sol, y su luz invernal caía sobre el campo como lluvia fina.

Neudorf frunció el ceño.

La última vez que había oído hablar del noble, cinco años atrás, estaba a punto de perderlo todo.

Cosimo no pudo evitar una sonrisa escéptica y afilada.

—Se creen mejores que los demás —observó—. Pero, privados de sus privilegios, los aristócratas son unos inútiles. —El italiano se percató tarde de su error—. Perdona, Felipe —añadió, ruborizándose —. No me refería a todos los nobles, solo algunos, ya sabes...

Neudorf se había afeitado y parecía más joven. Vestía una

chaqueta de lana color azul marino de buena calidad. La camisa era azul celeste y llevaba una corbata gris de punto. Los pantalones eran beige de corte entallado.

El soldado desaliñado del día anterior había desaparecido.

Cosimo, a su lado, llevaba una chaqueta verde de Babenburg y los pantalones de su uniforme, que eran los únicos que le servían. Ambos formaban una curiosa pareja.

Felipe le quitó importancia con un gesto de cabeza, pendiente del resuello de su caballo.

—No soy ningún aristócrata.

El italiano observó disimuladamente su atuendo.

—¿Y el título de Babenburg?

El otro se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió con calma—. Y la verdad, no me importa.

Cosimo se mordió los labios y decidió cambiar de tema.

—¿Por qué no se llevaban bien Babenburg y Cardona?

Neudorf esbozó una sonrisa triste.

—Los Cardona siempre fueron unos aristócratas influyentes en Mallorca... hasta que llegó Francisco —explicó—. Hijo único, nadie sabe muy bien cómo lo consiguió, pero en apenas unos años, dilapidó toda la fortuna familiar. Negocios ruinosos, compras impulsivas...

—Un fenómeno —completó el italiano.

Se notaba que estaba disfrutando. Le encantaban esas historias de imbéciles donde la vanidad no estaba a la altura del talento.

—Cuando se quedó sin dinero, los bancos se plantearon quitarle la casa —continuó Felipe—. Cardona tuvo que vender tierras poco a poco, hasta que casi se quedó sin nada... Supongo que el matrimonio con Catalina sería una manera de recuperarse.

Cosimo puso los ojos en blanco.

—La historia más vieja del mundo —afirmó.

Neudorf asintió mientras pensaba en Babenburg. En cómo podía haberse visto involucrado en todo aquello. Un matrimonio concertado entre una familia de empresarios y otra de aristócratas.

—Pero alguien la mató antes —dijo en voz alta—. Tenemos que averiguar por qué.

La casa del conde de Algaida apareció entre los árboles, como un bastión, enclavada en lo alto de las rocas. Era un edificio grande de tres pisos, casi una fortaleza, con almenas y varias terrazas. Las

paredes blancas estaban recién pintadas y las tejas no tenían más de dos años. El cristal de las ventanas reflejaba el sol con la indolencia de los nuevos comienzos. Una de las torres que Neudorf había visto, años atrás, desmoronarse se había vuelto a levantar.

Los dos soldados cruzaron un arco de piedra, por el que trepaba una enredadera, sin dejar de admirar la casa del conde.

—Pues no le debe ir tan mal —acertó a decir Cosimo con la boca abierta.

—No lo entiendo —reconoció Neudorf.

El siciliano consiguió cerrar la boca y desmontó.

Habían llegado al patio que daba al acceso a la casa. Los cascos de los caballos resonaron en el amplio empedrado arrancando de las sombras recuerdos antiguos. En el centro, un pozo de piedra recogía el eco de cada sonido y lo magnificaba. En uno de los lados, un elegante ciprés, recto y bien cuidado, parecía que trataba de hundirse en el cielo.

Todo estaba en su sitio; y, a pesar de la antigüedad de sus muros, la vivienda resplandecía en un lujo sólido e imponente.

El italiano cubrió todo el patio con la mirada.

—¿Antes no era así?

Antes era una ruina, pensó Neudorf. La viva imagen de la decadencia. La mitad de las ventanas estaban rotas y Cardona no tenía dinero ni para reparar el tejado. Cuando abandonó Mallorca, el edificio parecía estar a una tormenta de convertirse en polvo.

Pero no le dio tiempo a responder.

Un joven criado salió a su encuentro y recogió las riendas de los dos caballos. Neudorf pidió ver al señor de la casa y un mayordomo les condujo a través de un largo pasillo en el que a los lados solo se veían estancias vacías. A pesar del espacio, el interior del edificio estaba caldeado. Había grandes tapices cubriendo las paredes, alfombras con dibujos exóticos, mesas de caoba y trofeos de caza. El suelo era de mármol ajedrezado y, mientras avanzaban, sus pasos resonaban como en el interior de un silencioso convento.

Neudorf pensó en el Trinidad.

El mayordomo abrió una puerta a mano derecha y los dejó a solas.

Encontraron a Cardona derrumbado en una butaca alta y mullida, con la mejilla apoyada lánguidamente en la mano izquierda.

Contemplaba el fuego de la chimenea con lejanía, como si no estuviese allí. El noble aún era joven —rondaría los cuarenta y cinco años—, pero la vida disoluta le había pasado factura.

Tenía un rostro redondo, con una gran papada que le cubría el cuello e incluso se apoyaba en su pecho. Una nariz hinchada y roja, surcada de venas, contrastaba con su piel blanca y sus ojos acuosos. El pelo, antes negro como el betún, le empezaba a clarear por la frente. Los botones de su chaleco apenas conseguían contener su prominente estómago. Parecía un cerdo embutido en un vestido de domingo.

Ajeno a aquel escrutinio, Cardona se irguió en la butaca y les dedicó una mirada altiva, como preguntándose por qué tenía que recibir a aquellos dos indeseables.

Antes de hablar, se pasó la lengua por unos labios grandes y carnosos.

Cosimo no pudo evitar un escalofrío.

—Bienvenidos —dijo al fin el conde, desperezándose.

Además de arrastrar las palabras con cierto patetismo, era gangoso.

El italiano contuvo una carcajada y desvió la mirada. El noble le dedicó una larga mirada a sus cicatrices antes de dirigirse a Felipe.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, señor Neudorf? Pensé que estaba usted en Austria-Hungría... Bueno —añadió con una sonrisa pringosa—, o lo que queda de ella.

Le costaba pronunciar las erres. Había pronunciado Austria-Hungría como lo haría un francés. Con dos gorgoteos cortos. El joven esbozó una mueca forzada.

—Cualquiera que sepa un poco de historia sabe que todos los imperios tienen su auge y su caída —comentó, tranquilo, dando un paso adelante—. Los imperios y las familias.

Cardona apretó los labios y en sus ojos comenzó a aparecer la oscuridad que había tratado de disimular desde el principio.

—Desde luego —reconoció—. Al final, siempre son las mujeres y sus bastardos los que echan todo a perder.

A pesar de cómo había pronunciado «mujegues», a Cosimo se le borró la sonrisa de la cara. Neudorf lo tranquilizó con la mirada.

—Le presento al señor Quadra. Un compañero de armas y un amigo.

El italiano saludó con un gesto rápido de cabeza y tomó asiento

sin que nadie se lo ofreciera.

Cardona le observó con desprecio.

—¿Qué quieren? —escupió.

Felipe, aún de pie, se acercó a la chimenea mientras sacaba de la caja negra de Moeris un cigarro. Lo encendió, le dio una calada ceremoniosa y exhaló el humo.

—Parece que le van bien las cosas, señor conde.

—¿A qué se refiere?

Neudorf se encogió de hombros.

—Árboles cuidados, jornaleros trabajando puntualmente los campos, ventanas nuevas, un tejado sin goteras... No siempre fue así, señor conde.

Le gustaba cómo sonaban esas dos últimas palabras. Eran como dos disparos a sangre fría. El noble aguantó el tipo. Era de esa clase de personas que se cree más inteligente de lo que es; y su ignorancia no le permitía apreciar el peligro.

—Ahorro y trabajo duro —dijo, esbozando una sonrisa de carnicero.

La papada se le había hinchado como un globo al pronunciar «ahoggo».

Neudorf soltó el aire por la nariz, como si hubiese entendido la broma, pero no le hubiese hecho demasiada gracia.

—Incluso se prometió —murmuró tomando asiento junto a él. Cardona se removió en su butaca. Iba a decir algo, pero Felipe lo interrumpió—: ¿Cómo era Catalina Horrach? —preguntó a bocajarro.

Hasta Cosimo se puso tenso. Las mejillas del noble se encendieron. Neudorf se cuidó de mostrar la sonrisa que le nacía en los labios. Sabía reconocer a un cobarde. Y lo más importante: sabía cómo apretarles.

—Algunos dicen que fue usted quien la mató —añadió.

El delicado carmesí del rostro de Cardona pasó a rojo furibundo. Por un momento, Felipe pensó que iba a estallar.

—¡Yo! —exclamó—. ¡Cómo se atreve!

—Eso dicen —repitió el otro sin perder el aplomo.

El conde hizo amago de levantarse, pero su propio peso se lo impidió. Su expresión destilaba una cólera contenida a duras penas.

—Fue Babenburg el que asesinó a mi prometida —gorgoteó.

Pronunció el apellido con una vibración gutural. De su boca salió

algo como «Babenbugg».

—¿Por qué? —quiso saber Neudorf, ignorando la sonrisa de Cosimo.

Cardona soltó un bufido.

—¡Cómo que por qué! —exclamó alzando los brazos—. Porque había decidido abandonarlo. Porque había decidido casarse conmigo.

Un silencio material, frío y pesado como el mármol, se instaló en la pequeña habitación. Varias gotas de sudor corrieron por la frente del conde. Cosimo se había inclinado hacia delante, siguiendo la conversación en silencio.

Neudorf tuvo que frenar la tempestad que se había formado en su cabeza.

—¿Babenburg y Catalina eran amantes? —preguntó tras reunir toda la serenidad de la que fue capaz.

La determinación en los ojos de su interlocutor se redujo un punto.

—Supongo que sí... —vaciló, pero se dio cuenta de que no podía dudar—. ¡Claro que lo eran!

Neudorf registró aquella incertidumbre. Era imposible que Babenburg tuviese una amante tan joven. El conde consiguió incorporarse, se acercó al mueble bar y se sirvió un dedo de aguardiente.

—¿Por qué no está tan seguro? —preguntó Felipe, yendo tras él.

Había olido la sangre. No lo iba a dejar escapar.

—¡Deje de seguirme como un perro! —chilló el noble, dando un paso a un lado.

La vibración de la ge se había acentuado y la papada le temblaba como un flan.

Neudorf redujo la distancia sin dejar de mirarle a los ojos. El conde tenía razón. Aquello era una batida. Un sabueso persiguiendo a un jabalí.

—¿Por qué no está tan seguro? —insistió.

Cardona se pegó a la pared, acorralado. Le faltó soltar un gemido. Felipe percibió que así no iba a obtener ninguna respuesta así que cambió el tono y la pregunta.

—Háble me de Catalina.

El conde se relajó. Y pareció darse cuenta, en aquel instante, de que estaban en su propia casa y que no tenía por qué soportar todo

aquello. Parpadeó varias veces antes de responder.

—Era... —se pasó otra vez la lengua por los labios, y Cosimo se revolvió en su asiento—. Tenía carácter —aseguró.

Con el vaso lleno aún en la mano, el noble volvió sobre sus pasos, se sentó en su butaca y se lanzó el aguardiente a la garganta. Neudorf, aún de pie, no le siguió. Quería que creyese que había retomado el control.

—¿En qué sentido? —preguntó con calma.

Cardona echó un vistazo rápido a la puerta y comenzó a juguetear con el vaso vacío.

Nos queda poco tiempo, pensó Neudorf.

—Era independiente y temperamental... —reconoció—. Desde que se enteró de que su hermano había organizado la boda, le amenazaba constantemente con revelar intimidades familiares... También gritaba sin ningún pudor a Martorell.

Aquello era interesante. Neudorf apoyó el codo en una cómoda con aire displicente. Quería que el conde olvidara la amenaza implícita en sus preguntas.

—¿Los hermanos Horrach no se llevaban bien?

La espalda de Cardona se puso aún más tensa. La relación entre los dos hermanos no debía de ser muy buena. El noble se dispuso a llamar al mayordomo, pero Neudorf se adelantó.

—¿Se refiere al padre Martorell? —preguntó, tratando de cambiar de tema.

—El mismo —afirmó con brusquedad.

El tono había cambiado. Su frente seguía perlada de sudor, pero había una decisión inesperada en sus ojos claros y acuosos. Era plenamente consciente de que Neudorf no tenía ningún derecho a someterle a aquel escrutinio.

Se incorporó en la butaca y tiró de un cordón dorado. El mayordomo abrió inmediatamente la puerta.

—Los señores ya se iban.

Cosimo se levantó con apatía. El encuentro había comenzado siendo algo cómico, pero, una vez concluido, le había dejado un regusto amargo. El gorgoteo del conde se había ido impregnando de desprecio. Le habría gustado abofetearle, pero sabía que entonces, de alguna manera, Cardona habría ganado.

Neudorf se reunió con él en la puerta.

—Ha sido una conversación interesante —dijo, volviéndose hacia su anfitrión—. Gracias por su hospitalidad —añadió con una sonrisa escéptica.

La expresión de alivio del noble se transformó en ira.

—No vuelvan por aquí —masculló.

Felipe asintió sin perder la sonrisa.

—Nos veremos por Valldemossa.

El mayordomo, un hombre joven con la mirada vacía, los invitó a seguirle y los dos soldados volvieron al patio donde les esperaba un criado con sus monturas. Recogieron las riendas y se dirigieron colina abajo, a pie, envueltos en un silencio reflexivo.

Neudorf pensaba en las dos afirmaciones del conde.

La primera era la supuesta relación de Babenburg con Catalina.

La segunda, la mala relación de los hermanos. El hecho de que Juan Horrach hubiese organizado el matrimonio con Cardona, pensó, no habría ayudado demasiado. Especialmente, se dijo, con una mujer de carácter.

Habían abandonado la finca y recorrían un camino de tierra que los llevaba a la sierra cuando Neudorf se giró hacia el italiano.

—¿Qué opinas? —preguntó.

El aludido abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe.

Un grupo de al menos ocho hombres apareció en el borde del camino. Parecía que los estaban esperando y algunos iban armados con escopetas. Cosimo se puso inmediatamente alerta, mientras acariciaba una de sus dagas, ocultas bajo la chaqueta.

Uno de ellos, de estatura media y compacto, como un bloque rectangular de paja prensada, se adelantó con las manos alzadas, forzándoles a detenerse.

Neudorf aprovechó la distancia para dirigirse al *maggiore*.

—Nada de peleas —susurró—. Yo no voy armado.

—¿Y si nos atacan? —murmuró este exasperado, apartando la mano de la daga.

Recibió una silenciosa negación como respuesta.

El bloque de paja dio unos pasos más y Felipe creyó reconocerle. Era uno de aquellos niños de Valldemossa que había llegado a odiarle sin entender muy bien por qué.

En sus ojos había una intensidad animal y sanguinaria.

—Buenos días —saludó, dando una lenta palmada.

Ninguno de los dos respondió. Se limitaron a observarle con calma, expectantes.

Dos hombres más se adelantaron y Cosimo se revolvió en la silla, pero Neudorf le dedico una mirada conminándole a tener paciencia. No iban a matarlos en medio de un camino.

O eso esperaba.

La luz invernal confería al campo un aspecto fantasmagórico.

Un tipo calvo y robusto, embutido en un abrigo de piel cuyos botones parecían que iban a salir disparados al menor movimiento, trató de coger las riendas de los caballos, pero el siciliano le apartó la mano con delicadeza.

Otro, que no pasaría el metro y medio de estatura, escupió al suelo y con una sana precaución, les pidió que desmontaran.

El Gigante-calvo y el Gnomo, les apodó Neudorf, tratando de animarse, anticipando lo que aún estaba por venir.

El resto del grupo estaba varios pasos más atrás, observando la escena con las escopetas apoyadas en el hombro. Neudorf se fijó en dos hombres que, por su altura, sobresalían del grupo. No parecían españoles.

Tras considerarlo un instante, los dos soldados se bajaron de los caballos sin soltar las riendas.

Flanqueado por el Gigante-calvo y el Gnomo, el tipo compacto dio un paso adelante. Era más bajo que Neudorf. Tenía los ojos oscuros, el pelo castaño y una expresión simple y malvada. Vestía como un payés que ha ganado algo de dinero. Sobre una camisa de lino desgastada lucía un chaleco nuevo de seda verde.

—Me llamo Miquel Terra —saludó el bloque de paja con voz rasgada—. Soy el secretario de Juan Horrach.

Neudorf controló su instinto. Aquel hombre le recordaba la etapa más oscura de su infancia.

—Me acuerdo de ti —escupió como saludo y conclusión.

Terra exhibió una hilera de dientes manchados.

Aquello era la sonrisa de un desequilibrado, pensó Neudorf.

El bloque de paja se acercó despacio y sin mediar palabra le soltó una bofetada. Cosimo no pudo evitar lanzarse hacia él, pero las manos del Gigante-calvo le inmovilizaron.

—Yo también —dijo con satisfacción.

El Gnomo se puso a dar chillidos de excitación hasta que Terra le

silenció con la mirada. El secretario de Juan Horrach se volvió hacia Felipe.

Allá vamos, se dijo Neudorf, aspirando profundamente, rezando para que Cosimo lograse controlarse.

—Eres el bastardo más famoso de esta puta isla —masculló Miquel, con cierta admiración, pero también con desprecio—. Tenía ganas de volver a verte.

La segunda frase vino acompañada por un puñetazo en el estómago que le dobló por la mitad. Antes de que pudiese incorporarse, un segundo golpe impactó contra su pómulo izquierdo. Felipe apoyó una rodilla en el suelo para no perder lo que le quedaba de equilibrio.

El sabor familiar de la sangre le llenó la boca. Una sonrisa acudió a sus labios, pero la reprimió enseguida. Se preparó para el tercer impacto, pero Terra comenzó a andar a su alrededor con petulancia.

—Un mallorquín bastardo, educado como un noble —continuó—, que habla tres idiomas y ha sido condecorado varias veces por sus méritos militares en el Ejército austrohúngaro. Lástima que tu esfuerzo no sirviese para nada, ¿verdad?

Neudorf se limpió la sangre de la comisura de los labios y se incorporó.

—Cinco —resopló mientras se incorporaba.

—¿Cómo dices? —preguntó Terra, encarándose.

—Cinco idiomas —explicó con calma—. Español, mallorquín, alemán, francés e inglés. Y me defiendo en italiano —añadió, guiñándole un ojo a Cosimo.

Este, inmovilizado por el Gigante-calvo, frunció los labios, preocupado. Miquel se llevó la mano a la espalda y desenfundó con rapidez un cuchillo de caza.

Neudorf sintió el golpe acompañado de un dolor frío y agudo. Dio un paso atrás y cuando bajó la vista contempló, a través del corte en la chaqueta, cómo la piel de su brazo izquierdo se dividía en dos y la carne de la parte inferior se desprendía. Durante un segundo creyó ver el blanco del hueso. La sangre comenzó a salir a borbotones y el azul de la chaqueta se tiñó rápidamente de rojo oscuro.

El Gnomo contempló la escena con ojos nerviosos y excitados, sonriendo como un loco.

Cosimo consiguió zafarse, arrancó la tela seca que quedaba de la

manga de Neudorf y realizó con habilidad un torniquete.

Le temblaban los labios de rabia, pero los ojos vidriosos de su amigo pedían mesura.

—El señor Horrach te pide amablemente que no revuelvas la muerte de su hermana —murmuró el secretario a su espalda, sonriendo como una serpiente, mientras envainaba el cuchillo—. Esto solo ha sido un aviso.

Hizo una seña con la cabeza y sus hombres se retiraron.

—Si queréis seguir respirando, largaos de aquí cuanto antes.

Cosimo se incorporó y ayudó a Neudorf a montar. Tiró de las riendas e hizo girar a los caballos.

—Presiona con fuerza —pidió el italiano mientras se alejaban, señalando con la cabeza el brazo herido—. Es una herida profunda.

Felipe asintió.

—¿Sabes llegar al Trinidad?

Cosimo miró alrededor, haciendo memoria, repasando los caminos, trazando un mapa imaginario.

—Sí —respondió al fin—. Aguanta.

—He sufrido heridas peores —dijo Neudorf, con un amago de sonrisa.

El pómulo se le había comenzado a hinchar y la piel de alrededor del ojo se teñía, cada vez más, de un amarillo amoratado.

—Ya... —cortó Cosimo.

—Estás enfadado —murmuró el herido.

El italiano se giró hacia él con los ojos abiertos.

—¡Por supuesto que estoy enfadado! —exclamó—. ¿Nada de peleas? ¿Y le sueltas lo de los idiomas?

Neudorf apretó los dientes y contuvo el dolor. Sangraba profusamente y la tela no contenía la hemorragia.

—Hay que galopar —dijo como para sí mismo.

El italiano olvidó su enfado, analizó la herida con ojo militar y asintió.

Felipe afianzó las riendas con la mano derecha y clavó los talones en los costados del caballo. Tardaron veinte minutos en alcanzar el hospicio y, para entonces, había perdido mucha sangre. Cosimo le ayudó a desmontar tratando de disimular su preocupación y accedieron al edificio casi a rastras. Dos monjas se apresuraron a tender al herido sobre una camilla y a aplicar vendas limpias sobre la

herida.

Neudorf, casi desmayado, se dejó hacer.

—¿Por qué no les hemos plantado cara? —preguntó el *maggiore* con tristeza—. Ahora parecemos un par de charlatanes. Dos oficiales de retaguardia —suspiró—. Una presa fácil.

El herido entreabrió los ojos y una sonrisa atravesó sus labios contraídos por el dolor. Había sido un día productivo. Le dolía la cabeza, pero estaba tranquilo. Alzó la mano derecha y cogió a Cosimo de la muñeca.

—Esto es una guerra más... —murmuró, mirándolo a los ojos—. Quien resiste, vence.

El italiano farfulló una maldición y él amplió su sonrisa.

—Cosimo... Gracias... —añadió antes de desmayarse.

Por primera vez en su vida, no se sentía solo en Mallorca.

Capítulo 6

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

> —¿Por qué lección vamos? —preguntó Babenburg.
> —Por la tercera —afirmó Neudorf.
> Babenburg asintió y cerró los ojos mientras le daba una calada a su habano.
> —Tómate tu tiempo en calibrar a una persona. Hazlo despacio, sin prisa. Es en los pequeños gestos donde uno desvela su ambición y sus debilidades.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Cuando Neudorf abrió los ojos, lo primero que vio fue a Cosimo, dormido, en una de las butacas desvencijadas de la habitación. A la olvidada sensación de agradecimiento, le siguió un relámpago de dolor. Bajó la vista y contempló su brazo izquierdo en cabestrillo, vendado desde el hombro hasta el codo. Había restos de sangre en su camisa destrozada.

Masculló un lamento ahogado y el italiano se removió en su sueño, sin llegar a despertarse.

Se abrió la puerta y accedió la doctora Salomé Martí, luciendo unos anteojos que magnificaban su mirada azul.

—¿Cómo se encuentra? —susurró, tratando de no despertar a Cosimo.

A pesar del dolor, Neudorf pudo apreciar el aroma que desprendía la joven. Llevaba un perfume que olía a agua fresca de jazmín. Cosimo pareció captar también aquella esencia y abrió los ojos, dando un respingo.

—¡Doctora! —balbuceó, incorporándose de cualquier manera.

—Un buen compañero —reconoció Salomé con aquella sonrisa imprecisa, dirigiéndose al herido—. No se ha separado de usted en toda la noche.

El *maggiore* se irguió, frotándose los ojos, y se acercó a la cama.

—¿Cómo lo ve, doctora?

No quedaban bien aquellas formalidades en la boca del italiano. Estaba tenso y observaba los labios de Salomé como si fuesen un espejismo. Ella le ignoró y se inclinó sobre Neudorf.

—Es un corte limpio —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, concentrada en la herida—. No ha tocado ningún nervio y solo ha dañado la parte superficial del músculo. Ha tenido mucha suerte. —Tras aquellas palabras, un pesado silencio se instaló en la habitación—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Martí al fin.

Los dos soldados cruzaron una mirada rápida.

—Un cable suelto —masculló el italiano— en el puerto de Valldemossa.

Salomé entrecerró los ojos y les observó decepcionada.

—Miren, no es que sus asuntos me quiten el sueño, pero es una herida de arma blanca. De un cuchillo de caza, tal vez; pesado, con la hoja ancha y manejado con pericia —comentó mientras se volvía hacia Neudorf—. Ándense con cuidado. Mallorca ha cambiado desde que usted abandonó la isla. Y para mal, me temo.

Tras toda aquella seguridad, Felipe creyó reconocer en sus ojos una sombra de preocupación. Se recostó en la cama, alargó la mano derecha hasta la silla donde descansaba su chaqueta y alcanzó un Moeris. Cosimo le ayudó a encenderlo.

—Quiero saber quién asesinó a Catalina Horrach —reconoció despacio—. Y por qué.

Salomé dio un paso atrás de manera involuntaria. El gesto no les pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Señor Neudorf —dijo con voz firme—, la muerte de Catalina fue muy oscura. Fueron días de miedo y desconfianza. No remueva el pasado.

La cercanía de la doctora había desaparecido. Felipe entrecerró los ojos. Era lo mismo que le había sugerido Miquel Terra, el secretario de Juan Horrach.

—Y qué pasa con Babenburg —preguntó en voz alta.

Ella dejó caer los hombros.

—Me imaginaba que diría algo así —suspiró, mientras se giraba hacia la puerta.

Neudorf se planteó hacerle más preguntas, pero estaba claro que quería abandonar aquella habitación cuanto antes. Salomé estaba cogiendo el picaporte cuando Cosimo se incorporó en su butaca.

—¿Sugiere alguna alternativa? —preguntó, suspicaz.

La doctora esbozó una sonrisa de leona cansada.

—¿La hay?

Comentó que se pasaría más tarde para ver la evolución de la herida y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

Felipe aprovechó para darle una larga calada al Moeris.

Una vez sus pasos dejaron de escucharse en el pasillo, el italiano se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó en voz alta.

Su compañero frunció lo labios.

—Está claro que sabe algo —asumió—. Lo averiguaremos... —dijo mientras se incorporaba en la cama—, pero todo a su tiempo.

Cosimo dejó de andar y se giró hacia él. Una sonrisa radiante, como traída de la infancia, apareció en los labios del italiano.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Neudorf.

—Antes... cuando estabas inconsciente, he estado hablando con Salomé —respondió, tratando de imprimirle normalidad a la frase—. Y le he preguntado por el religioso que mencionó Cardona.

Le gusta la doctora, reflexionó Neudorf. O le intimida. Que viene a ser prácticamente lo mismo.

—¿Y bien?

Cosimo apoyó un hombro en la pared, ufano, casi orgulloso.

—El padre Bernardo Martorell es el responsable del Trinidad —explicó sin dejar de sonreír—. Su despacho está aquí, en la tercera planta.

Neudorf asintió. Recordaba a Martorell. Cuando abandonó Mallorca, era el párroco de San Bartolomé, la iglesia de Valldemossa. Tenía la nariz aguileña y los ojos oscuros y hundidos como dos pozos. Era muy leído, altivo y prepotente; y solo le interesaba el poder. Despreciaba a la gente de a pie y era atento y servicial con los aristócratas y los empresarios.

No desperdiciaba la oportunidad de afirmar que Valldemossa era un escalón más en su ascenso social.

El hecho de que cinco años después dirigiese el Trinidad indicaba que aquel indeseable no había cambiado.

Neudorf se quitó con la mano derecha la sábana que lo cubría y apoyó los pies en el suelo, estremeciéndose al frío contacto de la madera.

—Vamos a hacerle una visita.

Tras comprobar que su abuela seguía estable y que María Miquela había salido a hacer unos recados, abandonaron la celda y recorrieron el Trinidad sin prisa, en dirección al despacho de Martorell. Se disponían a bajar por unas grandes escaleras de piedra cuando una pregunta resonó en el pasillo como un cañonazo.

—¿Quiénes sois?

Cuando los dos se giraron, se encontraron a la niña de los ojos azules que habían visto sola en el patio del hospicio. Apenas tenía cuatro o cinco años, y bajo el brazo llevaba un libro. Probablemente el mismo que sostenía entre las manos el otro día. Sus ojos resplandecían en un oscuro azul cobalto.

—Somos... —comenzó Neudorf, dubitativo.

—Somos dos soldados —completó Cosimo, con calidez—. ¿Alguna vez habías conocido a alguno?

La niña asintió con la cabeza, observando sus cicatrices con curiosidad.

—¿Sois soldados buenos o soldados malos? Dicen que los Extraviados eran todos soldados malos.

Al hablar, su boca desveló dos extraordinarios dientes frontales, desmesurados para sus labios, que le hacían cecear.

El italiano compuso su expresión más sincera.

—Somos de los buenos. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

Sus ojos azules recelaron, pero la cría no se amilanó.

—Francisca —respondió con coquetería infantil—. Pero mis amigos me llaman Xisca.

Neudorf, que se había mantenido en un segundo plano, decidió intervenir.

—¿Te gusta leer, Xisca?

La niña contempló el pequeño volumen que ahora sostenía en su mano izquierda.

—Estoy aprendiendo... —reconoció.

Esta vez fue Felipe el que sonrió. No sabía explicarlo, pero se

reconocía en la audacia de Xisca. Le caía bien aquella niña.

—¿Qué libro es? —preguntó Cosimo.

Ella pasó las páginas como si fuese la primera vez que lo veía.

—Es un libro griego —dijo con voz insegura—. Tiene dioses y héroes. —Neudorf intuyó el título, pero supuso que era una versión resumida, pues el libro no era muy grueso—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó la pequeña, señalando el brazo vendado y la cara del soldado.

El aludido se tocó involuntariamente la barbilla con su brazo sano.

—Me caí.

—Ah —respondió Xisca, poco satisfecha con aquella respuesta.

Cosimo amplió su sonrisa. La niña era despierta.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el italiano.

Pero antes de que ella pudiese contestar, se abrió una puerta y apareció otra monja con cara de pocos amigos, que les volvió a preguntar qué hacían ahí parados.

Cuando Cosimo fue a señalar a Xisca, esta había desaparecido sin dejar rastro.

Neudorf llamó con los nudillos a la puerta entreabierta y una voz cansada les conminó a pasar. La estancia era fría y oscura, y las contraventanas apenas dejaban pasar la luz matinal de enero. El cura estaba inclinado en una mesa destartalada, revisando lo que parecían ser las cuentas de la institución. Desde que Felipe podía recordar, el Trinidad había sido dirigido por el padre Homs y, durante veinte años, Martorell había vivido a su sombra en el hospicio.

Homs, a pesar de haber alcanzado ya los setenta años, aún estaba lleno de vitalidad. Era carismático y entregado, y todo el mundo le quería. Cosimo había averiguado que había sido destituido hacía ya cinco años y que Martorell había sido designado como su sucesor. Las malas lenguas decían que había recurrido a confesiones de hombres poderosos para asegurarse la dirección del hospicio.

Aquel cura, pensó Neudorf mientras observaba su nariz de cuervo y su piel color ceniza, era de todo menos un santo.

—Buenos días —saludó con curiosidad Martorell, observando el

brazo vendado—, ¿en qué puedo ayudarles?

Los recién llegados se presentaron y el sacerdote pareció bajar la guardia al enterarse de quién era Neudorf.

—Conocí a su padre —aseguró tras repetir, uno por uno, los veinte títulos imperiales del archiduque—. Fue un gran hombre. Ayudó mucho a esta isla. Ya lo creo que sí.

Se veía que disfrutaba al pronunciar «ducado» o «línea de sucesión». Se le iluminaban los ojos como a un niño al manosear una moneda de oro.

Felipe ignoró toda aquella deferencia impostada y agradeció sus palabras con un gesto.

—Veo que ha habido grandes cambios en mi ausencia —observó.

Martorell se encogió de hombros y sonrió con suficiencia, mientras daba patadas nerviosas en el suelo.

Cosimo se imaginó lo que venía a continuación, pero evitó suspirar en alto.

—El Trinidad llevaba tiempo estancado —comentó el religioso—. Presenté un plan de mejoras —añadió, frunciendo los labios con suficiencia— y desde Palma se tomó la mejor decisión para el hospicio.

Si no necesitara la información, Neudorf le habría dado un tortazo.

—¿Estaba aún peor de lo que está ahora? —preguntó el italiano, sonriente.

El sacerdote lo fulminó con la mirada.

—Así es —respondió, molesto.

Cosimo levantó las manos como señal de disculpa y se dejó caer en la silla, sin perder la sonrisa. Neudorf lo habría abrazado.

—¿Cómo van las cosas ahora en el Trinidad? —preguntó.

Pretendía exactamente lo que ocurrió.

Martorell comenzó a detallar las mejoras que se habían llevado a cabo en el hospicio desde que él llegó. Mencionó a todas las familias ilustres que lo habían felicitado, pronunciando sus nombres como si fuesen viejos amigos.

Decía cosas como: «Mis queridísimos marqueses de Peratallada» o «Mi buen amigo y mejor empresario, Biel Duran».

Soportaron durante veinte minutos vaguedades sobre los cambios en el personal, incrementos de presupuesto y medidas poco concretas

que no se veían por ningún lado. Neudorf se abstuvo de comentar que encontraba el Trinidad más oscuro, más sucio, con menos recursos y peor gestionado; así como de mencionar a su madre.

El cura podría haber seguido media hora más si Cosimo no hubiera bostezado.

—Muy interesante, padre —afirmó Neudorf—. Gracias por compartir con nosotros los pormenores de su gestión.

—Seguro que los marqueses de Peratallada están muy satisfechos con usted —añadió el siciliano.

Martorell lo miró como si hubiese insultado a su madre. Felipe se mordió los labios y trató de concentrarse.

—Ha mencionado todo lo que ha cambiado el Trinidad desde que usted llegó en 1914 —comenzó—, pero lo que a nosotros nos interesa es algo que ocurrió precisamente aquel año... ¿Sabe de qué le estoy hablando?

Mientras formulaba la pregunta, Neudorf apreció cómo el color se retiraba del rostro del religioso, pasando de gris ceniza a un horrible amarillo lechoso. La vanidad dio paso a un miedo inconcluso que lo encogía en su silla a pesar de sus esfuerzos.

—No le sigo —balbuceó.

Toda la pomposidad se había esfumado. Neudorf se inclinó hacia delante.

—Ya lo creo que sí, padre. Catalina Horrach, ¿le suena de algo?

—Fue un horrible asesinato —susurró el religioso.

Dos gruesas gotas de sudor comenzaron a resbalar por su frente.

—¿Qué puede contarnos de ella? —preguntó Neudorf.

Martorell estaba encajonado tras su escritorio. No podía huir como había hecho Salomé. El religioso juntó los dedos de las dos manos y trató de rehacerse.

—Poca cosa —reconoció—. Tengo mucho que hacer —comentó mirando los papeles encima de la mesa—. ¿Les importaría volver en otro momento?

Neudorf supo que estaba intentando ganar algo de tiempo. Pero no se lo iba a conceder.

—¿Qué puede contarnos de Catalina? —insistió.

El sacerdote le dedicó una mirada llena de odio que podía funcionar con sus feligreses, pero no con Neudorf.

—Era una mujer... —comenzó —. Cómo decirlo... demasiado

moderna.

—¿En qué sentido?

—Era morena, alta y espigada —detalló Martorell—. Tenía los ojos claros, ni verdes ni marrones, y el pelo corto. Todos los hombres, desde Valldemossa a Palma, estaban enamorados de ella... —suspiró mientras se persignaba—. Y ella, que Dios la perdone, se dejaba querer.

El gesto fue demasiado teatral. Tanto Cosimo como Neudorf permanecieron callados. El cura, incómodo, cambió de posición y continuó.

—Cuando su hermano, Juan Horrach, le comunicó su decisión de desposarla con el conde de Algaida, Catalina se negó. Él la envió aquí, al Trinidad, pero trató de escapar varias veces. El padre Homs, mi predecesor, la recluyó en el ala de los Extraviados... La idea era retenerla hasta su boda con el conde.

Neudorf alzó las cejas al escuchar el nombre del anterior responsable del Trinidad. Hasta él se había prestado a aquella locura.

—Una joven retenida a la fuerza en el Trinidad, para casarla con un desconocido, por voluntad de su hermano... —resumió, sin disimular su asombro—. ¿En qué estaban todos pensando?

Martorell alzó el mentón y trató de encontrar en sus pulmones la soberbia que lo había abandonado. Sus ojos se hundieron un poco más en la oscuridad.

—¿Qué sabrá usted de gestionar almas descarriadas? —escupió, con una sorprendente vehemencia—. No se atreva a juzgar los designios del Señor.

Cosimo sonrió. Aquello sí que era una contraofensiva. Si hubiese sido creyente, se habría puesto a temblar.

Neudorf ignoró la magnífica hipocresía de Martorell y evitó desviarse.

—¿Qué pasó la madrugada del 19 de abril de 1914?

El cura soltó un suspiro resignado y se incorporó. Neudorf supo que estaba valorando sus opciones. Qué partes de la historia contar.

Dio un paseo reflexivo por la estancia y se dirigió a la ventana, abriéndola. La luz invernal inundó el despacho, confiriéndole un aspecto aún más hostil.

—A primera hora de la mañana, una de las monjas dio el aviso de que Catalina no estaba en su cuarto. Mandaron a un criado a la finca

de su hermano, donde casualmente yo celebraba los maitines. En Deià dimos con los chiquillos que la encontraron... Llegamos a tiempo para acompañarla en su último aliento.

—¿Cómo murió? —quiso saber Neudorf.

Por primera vez, aquella historia comenzaba a tener respuestas.

—Dos disparos —murmuró Martorell sin ocultar su cansancio.

—¿Y cree usted que Babenburg habría sido capaz de algo así? —preguntó Cosimo.

Felipe le puso la mano al italiano en el antebrazo. Aún faltaban varias piezas. Martorell había comenzado a farfullar con los ojos llenos de furia, pero Neudorf lo interrumpió.

—¿Dónde ocurrió? —inquirió a bocajarro.

El cura se mordió los labios antes de responder y Neudorf se preguntó cuál sería la magnitud del secreto que estaba tratando de ocultar, las palabras que estaba evitando.

—Fue en medio del campo, en una colina desde la que se ve el mar... cerca de la Foradada. Los chavales escucharon los disparos y avisaron a los carabineros.

Cosimo pareció recordar algo.

—¿Los carabineros no se encargan únicamente de las fronteras y del contrabando?

—Así es —reconoció Neudorf, entrecerrando los ojos, sin saber bien a dónde quería llegar.

—¿Por qué no se llamó a la Guardia Civil? —preguntó el italiano.

Los dos soldados se giraron hacia Martorell y este apretó los dientes. Con toda su soberbia, no debía de ser fácil someterse a aquel escrutinio.

—Todo ocurrió cerca del mar. De los puertos y calas que vigilan los carabineros. Ellos se hicieron cargo de la investigación, a pesar de las quejas de la Guardia Civil.

Neudorf ladeó la cabeza, confundido. Era la Guardia Civil la que se encargaba de la seguridad pública, la aplicación de la ley y la resolución de conflictos. Los carabineros se limitaban a vigilar las fronteras y controlar las aduanas. Aquello no tenía sentido.

—¿Quién se hizo cargo de las pesquisas?

El cura se cruzó de brazos con decisión, como dando a entender que aquello era lo último que les iba a contar.

—El responsable del cuartel de carabineros de Deià, el más

próximo al incidente —zanjó —: el teniente Vicente Lerena.

Martorell no estaba dispuesto a decir nada más, pero a Felipe no le importó. Aquella conversación había sido útil. Le agradeció la información y se levantó, imitado por Cosimo. El alivio de Martorell se podía pintar en un cuadro.

La mayoría de las veces se pierde, pensó Neudorf, pero hay días, reflexionó, los que menos, en los que uno está dispuesto a plantarle cara al mundo.

Y entonces vence.

Capítulo 7

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—Felipe, ¿te consideras una persona consecuente?
—Supongo que sí —respondió Neudorf, tras pensarlo unos segundos.
Babenburg asintió.
—Cuarta lección: hay cosas de las que eres responsable, aunque no seas culpable.

Valldemossa, 1919

Can Joan era un edificio de piedra, de dos plantas, con una puerta alta de madera y contraventanas verdes. Había sido construido por el padre del propietario y derrochaba un estilo indiano, con bellos acabados en la fachada. El interior era amplio y fresco, y durante el día lo frecuentaban los payeses de la zona. Estaba situado enfrente de la cartuja de Valldemossa, en la plaza que la precedía, y allí acudían, cada noche, lo más granado de la pequeña ciudad.
Donato Levi estaba sentado solo en una mesa de la terraza paladeando un ron importado de Cuba, perdido en sus pensamientos, cuando aparecieron en la plaza Cosimo y Neudorf. Les hizo un gesto con la mano y les invitó a sentarse, ignorando la mirada de desconfianza del italiano.

—Buenos días —saludó—. ¿Qué ha ocurrido?

Lo dijo señalando con su único ojo las heridas de Neudorf. Había pasado un día desde su encuentro con Miquel Terra. El ojo se le había hinchado y la piel comenzaba a adquirir un tono oscuro y violáceo. El brazo estaba rígido y le dolía a cada movimiento.

El aludido apartó una silla y se derrumbó en ella.

—La vida, Levi —dijo dejando escapar el aire—. La vida.

El otro asintió despacio y mojó los labios en la copa.

—Al final, todo se reduce a matar o morir.

Había una profunda tristeza en sus gestos de pirata cansado. Felipe le observó despacio, llegando a la conclusión de que ya estaba algo borracho.

—¿No es demasiado pronto? —preguntó señalando con la cabeza la botella de ron.

El *batle* esbozó una sonrisa triste.

—Las cosas se acaban cuando se acaban.

Cosimo se sentó a su lado y, abandonando toda reserva, sin decir nada, le puso la mano en el hombro. Levi se giró, algo sorprendido, hacia él y agradeció el gesto.

—Pensaba que no se fiaba usted de mí —acertó a decir.

El italiano se encogió de hombros.

—Sigo sin hacerlo —dijo, permitiéndose media sonrisa—, pero nadie merece un desamor.

Neudorf les observó con curiosidad.

Quién habría dicho que detrás de aquel despiadado soldado de asalto se escondía un italiano empático y sentimental.

Quién habría dicho, se dijo sin evitar una sonrisa, que este italiano acabaría siendo su amigo.

Levi respiró profundamente.

—Soy un veterano de África —murmuró como para sí mismo—. Estuve casi diez años despedazándome con los moros. Estoy condenado a no ser feliz.

Cosimo le quitó importancia a todo aquello.

—A lo mejor debería probar con algún musulmán —comentó bajando la voz.

Levi no pudo evitar una carcajada y el brillo volvió a su expresión.

—O con un italiano —exclamó divertido, guiñándole el ojo.

Las mejillas del *maggiore* se encendieron y, al intentar cambiar de posición, perdió el equilibrio y se cayó de la silla.

Neudorf se levantó, tratando de controlar las carcajadas, y ayudó al italiano a incorporarse. Una vez ubicado este, se acercó a la barra y volvió con dos cervezas.

—No vamos a permitir que bebas solo —dijo encendido.

El alcalde le dedicó una mirada agradecida y una suave calma se

instaló entre ellos.

—¿Quién era? —preguntó Cosimo, ya recuperado, tras varios minutos de silencio.

El *batle* dejó escapar un suspiro diferente —sin nostalgia, cargado de determinación— y les explicó que era el hijo de un pescador del puerto de Valldemossa. Que el padre los había descubierto y que, horrorizado, lo iba a mandar a Barcelona, con sus tíos.

—El amor... —prosiguió, filosófico, acariciándose el parche— el amor es esa bruma sobre la siembra, al amanecer, que desaparece con las primeras luces del día. Un puto espejismo. Pero, a la vez... a la vez es real... Y casi siempre duele.

Hablaba con el corazón encogido, destilando un profundo desconsuelo.

—No he conocido a nadie que salga entero de una historia de amor —aseguró el *maggiore* con una seriedad inusual en él—. Siempre hay cicatrices. Pero, con el tiempo, uno suele darse cuenta de que mereció la pena.

—No sé... —respondió Levi, frotándose el mentón—. Me puedo imaginar lo que viene ahora: Valldemossa en armas contra su alcalde, diciendo que soy un sodomita y un degenerado que corrompí al chico. —Los labios le temblaban, pero consiguió dominarse—. En este país, si no es a través de la Iglesia, no se puede ser libre. Lo entiendo... pero estoy cansado.

Cosimo frunció los labios y asintió, apoyándole.

—Además —añadió Neudorf, tratando de animarle—, la gente dice que eres el mejor *batle* que ha tenido Valldemossa en décadas.

Aquello se lo había confiado María Miquela en cuanto Levi abandonó Son Galcerán.

Los habitantes del valle parecían ignorar deliberadamente las inclinaciones sexuales de su alcalde a cambio de su buena gestión. Era estricto, pero justo, y sus políticas económicas y sociales habían sido, desde el principio, apropiadas.

El aludido negó con la cabeza y chasqueó la lengua, desencantado.

—No soy bueno —comentó—. Lo que ocurre es que mis predecesores eran pésimos. Gente corrupta y pendenciera. La clase política de este país debería ser erradicada. —La alegría inicial dio paso a la amargura, pero Levi la alejó con un rápido gesto de mano—.

¿Y vosotros? —preguntó, forzándose a olvidar—. He oído que habéis perdido unas cartas.

Cosimo abrió los ojos, escandalizado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —cuestionó con brusquedad, olvidándose de todos los formalismos.

Levi se sonrió con calma. Empezaba a entender la naturaleza explosiva del italiano.

—Cosimo, querido, siempre olvidas que esto es una isla.

Neudorf apreció el tuteo y se alegró por dentro. Aquellos dos hombres, tan distintos, estaban destinados a llevarse bien.

—¡Me da igual que esto sea una isla! —exclamó—. ¿Cómo lo sabes?

El interpelado se encogió de hombros. Parecía más sereno. El cambio de rumbo de la conversación le permitía relegar su corazón roto a un segundo plano.

—Los notarios son gente orgullosa —explicó— y no suelen subir a Valldemossa. Un notario en el hospicio... tenía que haber una buena razón. Y la gente, obviamente, habla.

Neudorf decidió jugársela.

—¿Por qué deberíamos de confiar en ti?

El *batle* le dedicó una mirada insondable con su ojo sano. Una mirada harta de explicarse; una mirada que resumía toda una vida de incomprensión.

—No tenéis que hacerlo —dijo, al fin—. Sinceramente, vuestros problemas me importan una mierda... Pero sé quién eres, Felipe —murmuró—. Detrás de esa fachada de tipo duro, sé que eres buena gente.

Neudorf se inclinó hacia delante, interesado. El ojo morado le confería un aspecto amenazador.

—¿Por qué lo crees?

Levi, tirado en su silla, dio otro pequeño sorbo a su vaso, aparentemente ajeno al escrutinio de su interlocutor.

—Ya te lo dije... —comenzó el *batle*—. A ti te llamaban «bastardo»... y a mí «maricón», «sodomita», «invertido»... pero no siempre se quedaban solo en las palabras.

La voz de Levi se había teñido de una brillante amargura.

—Era invierno —continuó—. Tenía once o doce años cuando un grupo de adolescentes, jaleados por los chavales del pueblo, me rodeó.

Fue unas calles más abajo —dijo, señalando con desinterés una dirección inconclusa—. Por aquel entonces existía la inteligente teoría de que el agua fría obraría el milagro de corregirme. De volverme un hombre de verdad...

Fue Cosimo el que le conminó a seguir.

—¿Y qué ocurrió?

Neudorf se encendió un Moeris y le ofreció otro a Levi, pero lo rechazó.

—Era una callejuela sin salida —explicó con rabia contenida—, y ellos eran demasiados. Comenzaron a lanzarme palanganas de agua helada mientras me insultaban. No pude o no supe reaccionar. Cuando se les acabó el agua me dejaron allí, tendido junto a una pared de piedra, temblando... Y completamente empapado. Se fueron todos corriendo, felicitándose por su actuación. Todos menos uno.

Sus miradas se encontraron y Neudorf apreció un profundo desconsuelo.

A pesar de toda la indolencia que Levi se esforzaba en transmitir, había algo roto en su mirada. Había perdido algo que nunca más podría recuperar.

—No tenías ni cinco años —dijo, mientras esbozaba media sonrisa—. Te quitaste el abrigo y me lo ofreciste.

El *batle* se llevó la copa a los labios y la vació de un trago, deleitándose en el fuego que resbalaba por su garganta y lo arrastraba todo a su paso.

Dejó el vaso en la mesa, soltó un eructo y sonrió.

—Si puedo ayudaros, os ayudaré. Eso es todo.

Neudorf lo observó en silencio, conmovido. El Moeris humeada en sus dedos, intacto.

Al cabo de unos segundos, se giró hacia Cosimo. Aún no, parecían decir los ojos del italiano; y él sintió lo mismo. Aunque algo de tanteo les podría ayudar.

—Efectivamente —dijo Neudorf—, las cartas han desaparecido.

No tenía sentido esconder lo obvio.

—¿Quién podría tener interés en ellas?

Levi se llevó las manos a la nuca y se estiró en la silla como un gato. Había vuelto a su humor habitual. Apático, bromista e indiferente a todo. Como si hubiese sido otro el que había contado la historia del agua helada.

—Si te soy sincero, cualquiera —reconoció.

Aquello parecía demasiado amplio.

—¿Por qué cualquiera? —preguntó Cosimo.

El *batle* se giró extrañado hacia Neudorf, y al advertir en él el mismo desconcierto que el italiano, comprendió que tampoco sabía nada. Le dedicó una mirada rápida a la botella de ron y se levantó con torpeza.

—Vamos a necesitar más alcohol.

Cuando regresó, los dos soldados le recibieron con ojos expectantes. Levi se tomó su tiempo. Se sirvió una copa y le pidió a Felipe el Moeris que antes no había aceptado. Se lo encendió, aspiró una bocanada de humo, se sirvió más ron, y comenzó.

—Babenburg, tu padrino, llegó a Mallorca hace ya casi treinta años. Unos dicen que era un noble austriaco que formaba parte de la camarilla de tu padre, Luis Salvador de Austria, y que, al igual que él, quedó prendado de Mallorca. —Levi expulsó el humo de los pulmones y sonrió como un lobo—. Algunos creen que era un espía... y otros, los que más, que había venido a esta isla a esconder algo. Como los antiguos piratas, imagínate. Un tesoro en medio del Mediterráneo.

Cosimo soltó un bufido, pero no dijo nada. Levi continuó.

—Babenburg desaparecía con frecuencia varios meses al año y siempre volvía en barco con varios arcones.

—¿Con baúles? —preguntó Neudorf, extrañado.

El *batle* chasqueó la lengua.

—No exactamente. El barco solía ser más grande de lo habitual. La gente intuyó desde el principio que la principal razón de aquel tamaño era que debía poder transportar los contenedores de Babenburg. Tenían una altura de dos metros y un largo de cuatro o cinco. Los descargaban por la noche, en el puerto de Valldemossa, aprovechando la oscuridad, pero...

Dejó la frase en el aire y miró a Cosimo.

—Esto es una puta isla —concluyó este.

Levi celebró el comentario con una palmada y una sonrisa, y le dio otra calada al Moeris antes de bajar la voz.

—Las malas lenguas dicen que aquello era una distracción. Que en la Foradada fondeaba un barco de mayor calado, y que contenedores aún más grandes se descargaban en mitad de la noche. Nadie sabe qué contenían ni dónde han ido a parar. A día de hoy, el

cargamento de Babenburg es un misterio... —susurró con los ojos encendidos—. Una leyenda.

Se interrumpió, divertido, paladeando la estupefacción de Neudorf y el asombro de Cosimo.

—Su paradero es la gran incógnita de los que pretenden vivir de las riquezas ajenas —concluyó el *batle*.

Neudorf reflexionó sobre todo lo que acababa de escuchar. No le sorprendía que los mallorquines elucubraran sobre las verdaderas razones que habían llevado a Babenburg a la isla. Él mismo creía que su padrino era un espía, pero de ahí al traslado de un tesoro...

Teniendo en cuenta lo real que era el asesinato de Catalina y la implicación de Babenburg, todo aquello del tesoro le sonaba a fábula local.

—¿Qué cree la gente que había en los arcones? —preguntó.

El alcohol había comenzado a hacer mella en Levi. Tenía los ojos vidriosos y la sonrisa licuada. Emitió un sonido a medio camino entre la carcajada y el desmayo.

—¿Tú qué crees, Felipe, libros? —exclamó, haciendo un aspaviento y derramando el ron por segunda vez—. Monedas, joyas, piedras preciosas... ¡Oro! Eso es lo que Mallorca espera que sea. Oro para poder abandonar esta isla de mierda o comprarse una casa lejos de sus vecinos. Oro para poder casarse con esa campesina que es el amor de su vida. Oro para matar a su hermano, para gastarlo en alcohol. ¡Oro para escapar! —vociferó—. ¡Para vivir! —Se derrumbó triunfal en la silla, exhausto por el esfuerzo—. Al final —murmuró con melancolía—, el tesoro de Babenburg no es más que la ilusión de poder ser dueños de nuestro destino. Ese anhelo es el que ha robado tus cartas, Felipe. Podría ser cualquiera. Solo tienes que buscar a alguien que sea lo bastante audaz para llevarlo a cabo.

Neudorf decidió encenderse un segundo cigarrillo.

No creía en la existencia de aquel tesoro. El robo de las cartas estaba relacionado con la muerte de Catalina, pero no le contradijo. Estaba demasiado borracho. Cosimo, a su lado, tenía la mirada perdida en el paisaje. Neudorf imaginó que reflexionaba sobre lo que acababan de escuchar.

El oro y la aventura. Ser dueños de nuestro propio destino.

Barrió con la vista las terrazas del valle que había sido su casa y que, por fin, había recuperado. Observó el verdor salvaje de los pinos

mientras sentía el aire helado que les cortaba el rostro, y se alegró de haber regresado en aquella época del año.

Prefería mil veces el frío invernal al calor sofocante del verano.

Por uno de los laterales de la Cartuja, a través de los jardines, salió una joven embozada en un viejo abrigo de piel y la cabeza cubierta por un pañuelo. Tenía los ojos almendrados y una nariz griega, triangular, que le confería al rostro una belleza inquietante. Varios mechones de pelo castaño le caían sobre los hombros mientras se mordía los labios y maldecía en voz baja la temperatura.

—Esa es... —dijo Neudorf, sin acabar la frase.

Levi siguió la dirección de su mirada incompleta y asintió. A pesar de no haber estado en la isla cuando sucedió, parecía estar bien informado.

—Carmen Feliú —afirmó con voz queda—. El amor de tu vida.

CAPÍTULO 8

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—¿Estabas enamorado? —preguntó Babenburg.
Esta vez, Neudorf no tuvo ninguna duda. Sabía a quién se refería su padrino.
—Sí —respondió.
Babenburg sonrió.
—En el amor, no hay alternativa, Felipe. Te destruye. Te cambia. Te empuja hacia delante... —dijo con ojos evocadores—. Siempre se lleva algo de ti. Y siempre, como una marea caprichosa, te devuelve algo que creías olvidado.

Valldemossa, 1919

Los tres hombres observaron cómo Carmen bajaba la cuesta sin reparar en ellos. Tras un instante de vacilación, Neudorf se levantó como un resorte y fue tras ella. Las imágenes comenzaron a agolparse en su cabeza mientras recorría los metros que los separaban. Trató de pensar en lo que iba a decir —en lo que le iba a contar—, pero, de repente, se quedó sin tiempo.
Ella se giró despacio, con curiosidad, y cuando le reconoció una sonrisa perfecta partió el día en dos pedazos.

Él sintió un impacto seco en el estómago, como si le hubiesen golpeado. Aquellos ojos de color cobre resumían todos los atardeceres del mundo. El pelo recogido bajo un pañuelo, la frente despejada y aquellos labios —que nunca había conseguido olvidar— pronunciando su nombre.

—¡Felipe! —exclamó, risueña, mientras se lanzaba a abrazarle—.

¡Estás vivo!

Había una alegría desesperada en sus palabras, como si hubiese abandonado cualquier esperanza de volver a verle. La tensión de Neudorf se deshizo y le devolvió una sonrisa azorada.

—No es tan fácil matarme —dijo, arrepintiéndose al segundo.

Carmen frunció el ceño y le golpeó el hombro, divertida.

—Cualquiera lo diría viéndote el brazo —observó, dando un paso hacia atrás—. ¡Y la cara!

Neudorf se llevó la mano al ojo. Aún estaba hinchado.

—Si te sirve de consuelo, el otro acabó perfecto. Ni le toqué.

Ella soltó una limpia carcajada —que a él le pareció demasiado corta— y le dedicó una mirada ambigua.

—Sigues igual que siempre.

Lo dijo en un tono neutro, como si recuperase la distancia y pidiese perdón por aquel arrebato de alegría.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Neudorf, tratando de recuperar la emoción inicial.

La joven se encogió de hombros, se dio la vuelta y comenzó a andar.

—¿Me acompañas?

Él la alcanzó sumido en un silencio reflexivo, mirándola de reojo. A pesar de su origen humilde, Carmen vestía y andaba con elegancia. Había cierta inocencia en sus movimientos, como si los problemas mundanos no la alcanzasen y solo ella fuese capaz de percibir la belleza latente en los pequeños detalles que la rodeaban.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Carmen le dedicó una mirada llena de curiosidad.

—Bien, ya conoces esta isla. Es imposible aburrirse.

—¿Trabajas en la Cartuja? —aventuró, señalando hacia atrás con el pulgar.

La aludida forzó una risa corta, apagada.

—¿Siempre haces tantas preguntas?

Habían pasado de una alegría inicial e involuntaria a una distancia irremediable. Neudorf recordó, de pronto, que aún sostenía un Moeris entre los dedos. Le dio una calada y se dio unos segundos para recuperar el aplomo, mientras se recordaba que no hay que ganar todas las batallas, tan solo las decisivas.

Los pasos de ambos resonaban en el adoquinado y Carmen

ralentizó el ritmo.

—¿Ya está? ¿No dices nada más?

Él la observó con calma, sin dejar de andar. Tomándose su tiempo.

—Estás guapísima —dijo al fin, sin esperar nada de vuelta.

Ella no pudo evitar sonreír. No pudo evitar conmoverse.

—¿Cómo es la guerra?

Neudorf dejó escapar el humo por la boca mientras pensaba. Una cosa era vivirla y otra, muy diferente, resumirla en tres palabras.

—Sucia, injusta y cansada —respondió.

—¿Injusta?

Felipe asintió.

—La gloria y el heroísmo que venden los periódicos no es más que propaganda. Los valientes, por lo general, acaban en el cementerio.

—¿Eso quiere decir que tú has sido un cobarde?

La cuestión era afilada y ella lo sabía. Había un desafío implícito en sus ojos. Una provocación.

—He sido de todo —dijo con distancia.

—¿Y cómo sobreviviste?

El aludido no puedo evitar sonreír y se acordó de Babenburg. Aquello que decía de que hay que saber elegir la persona que eres en función de la batalla. Era algo que alguien que no hubiese combatido jamás entendería. La guerra es una nebulosa gris donde la bondad y la audacia se mezclaban, sin problema, con la infamia y toda la bajeza del ser humano.

—Escogiendo bien cuando luchar.

Carmen le miró de otra manera, percibiendo la ausencia de tensión. Como tratando de entender aquella profunda desesperanza.

—Trabajo en la Cartuja —le confirmó al fin.

Neudorf siguió andando, sin preguntar nada más, apurando lo que quedaba del cigarro, sin casi mirarla.

—Ayudo a los Sureda en las gestiones domésticas, pero, sobre todo, con sus hijos.

El matrimonio estaba compuesto por Joan Sureda y Pilar Montaner. Un antepasado de Sureda había adquirido el palacio tras la desamortización de Mendizábal en 1835 y, desde entonces, se había convertido en la residencia principal de la familia. Desde que la pareja

había vuelto de Madrid, el edificio se había convertido en un lugar de encuentro de tertulias, fiestas y discusiones sobre el arte y la cultura.

—¿Cuántos hijos tienen ya?

—No lo sé —reconoció Carmen, soltando una carcajada—. ¿Ocho? ¿Nueve? Demasiados.

Neudorf observó cómo las casas cada vez se espaciaban más y Valldemossa daba paso a los pinares que la rodeaban. Carmen volvía a su casa, en las afueras; y él sintió de pronto un miedo que no había querido reconocerse hasta ese momento.

—¿Y tú?

Carmen frunció los labios.

—¿Yo qué?

Sabía a qué se refería, pero quería escucharlo de su boca. Quería que lo preguntase. Neudorf se concedió unos segundos mientras trataba de acallar el bombeo desesperado de su corazón.

—¿Te has casado?

Ahora fue ella la que alargó la respuesta. Desvió la mirada y siguió andando, en silencio, mientras cruzaba los brazos por debajo del pecho, evitando un escalofrío.

El silencio de todas las mujeres resumido en un instante, pensó, desesperado.

—Sí... —dijo al fin, mientras Felipe se rompía en miles de fragmentos de sangre, hueso y hielo—. Tomaste una decisión. No tuve más remedio.

Aunque Carmen se había esforzado en pronunciarlo con una trabajada indiferencia, las dos últimas frases sonaron como un reproche que llevaba demasiado tiempo atrapado en sus pulmones.

Con veintitrés años recién cumplidos y habiendo leído demasiados libros de caballería, sabiendo que la guerra era inminente, Neudorf había decidido cortar su relación. En su cabeza, todo encajaba con el ideal de honor y caballerosidad. Habría querido explicárselo con calma, pero la inesperada partida con Babenburg se lo había impedido.

Los dos siguieron caminando, aumentando instintivamente la distancia entre ellos. Él tratando de encontrar las palabras adecuadas para tanto desconsuelo.

De pronto, ella le dio un puñetazo en el hombro derecho, en el bueno. No tenía mucha fuerza, pero sí la necesaria.

—Es broma, idiota —dijo, sin dejar de reír—. Tenías que haber visto tu cara.

—¿Cómo...? —preguntó Neudorf, descolocado.

Carmen seguía riendo. Había una luz incandescente en sus ojos. Como si un fuego ancestral le insuflase aquella alegría, aquel descaro.

—Ni estoy casada, ni tengo hijos —respondió al cabo de unos segundos, aún divertida—. Pero no te hagas ilusiones. No pienso quedarme en Mallorca.

Lo dijo mientras apretaba los dientes, con algo de rabia. Sin rastro de aquella combustión espontánea.

—¿Y a dónde quieres ir?

Ella dejó escapar un suspiro y se recompuso.

—Pilar, la mujer de Sureda, es pintora y desde hace tiempo sostiene que tengo grandes dotes para el arte.

—¿Pintas? —preguntó él, sorprendido.

Carmen asintió.

—Pilar estudió en Madrid con Sorolla, uno de los mejores pintores españoles actuales y quiere mandarme con él.

Neudorf se sintió, de pronto, algo desplazado. Sabía apreciar el arte —le habían instruido en todas las humanidades desde pequeño— pero, después de cinco años de barbarie, aquel ya no era su mundo. La sensibilidad le había abandonado como las palomas abandonan el nido. De una manera abrupta y definitiva.

—¿Podría ver alguno de tus cuadros? —logró preguntar.

Algo en él había acudido en su ayuda. Algo que le habían enseñado hace mucho tiempo. Un instinto que había perdurado.

La joven le dedicó una mirada extrañada.

—¿De verdad?

—Claro —respondió—. Me encantaría adivinar tus influencias. Si Monet te parece un genio o un imbécil. Esas cosas.

Carmen se detuvo y le miró a los ojos, evaluándole de nuevo. Neudorf le sostuvo la mirada sin decir nada, tratando de no descomponerse. Con una sonrisa de soldado cansado.

—¿Qué sabes tú de Monet? —le desafió.

Ahora fue Felipe el que soltó el aire por la nariz, divertido, mientras volvía a andar. Había recuperado el control.

—Olvidas quién fue mi tutor —dijo con algo de distancia—. Quien me enseñó todo lo que sé.

Ella se revolvió.

—Sé perfectamente quién fue. Y también sé por qué se marchó de Mallorca. Y digo *marchar*, por no decir huir.

La conversación había cambiado. Y ambos lo sabían. Había un reproche hueco en todo aquello.

—Él no fue —dijo Neudorf, apretando los dientes.

—¿Y por qué huyó? ¿Por qué no se quedó y explicó su parte de la historia?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió con aspereza—, pero voy a averiguarlo.

Carmen se deshizo del enojo y dejó escapar un suspiro.

—Lo siento… —murmuró—. El destino de Catalina podría haber sido el de cualquiera de nosotras.

Los ojos le brillaban mientras trataba de controlar el temblor de sus labios. Otro —alguien que no la conociera bien— podría haber interpretado miedo. Neudorf supo que era rabia.

—Conocí a Babenburg —continuó ella—. Era una buena persona, pero eso es algo que ya no se puede decir en voz alta. Es un nombre prohibido.

Neudorf asintió mientras tiraba al suelo el cigarro apagado y lo aplastaba con el pie.

Dejará de serlo, pensó.

Se adentraron en un pinar y una ráfaga de viento hizo que ella buscara su cercanía.

—¿Tiene algo que ver con él? —murmuró Carmen, señalando con el mentón su brazo vendado.

Neudorf se llevó la mano derecha a la venda, casi por impulso, y esbozó una sonrisa triste mientras reprimía el impulso de encenderse otro Moeris.

Cada vez le quedaban menos.

—Las consecuencias de remover el pasado —masculló.

Iba a añadir algo más, pero ella lo interrumpió.

—¿Pensabas en mí? —preguntó a bocajarro.

Se giró para mirarla. Hasta aquella pregunta todo había sido un juego de espejismos entre dos amantes que se conocen demasiado bien. Carmen le escudriñaba con unos ojos tan encendidos que deslumbraban. Tenía el rostro serio, casi inquisidor. Había lanzado la pregunta como quién suelta lastre, y se mantenía impasible, atenta a

su reacción, como un cazador acechando a su presa.

No hay mentira en este fuego, alcanzó a pensar él.

Las imágenes de aquel verano ya irrecuperable, cuando todo parecía posible y se miraban a los ojos como dos náufragos, le alcanzaron de repente. Entonces, relajó los hombros y le dedicó una sonrisa desarmada, diferente a todas las anteriores. No lo había sentido hasta ese momento: había, por fin, regresado a casa.

—No lo habría logrado sin tu recuerdo.

Lo dijo sin ningún propósito. Lo dijo porque era verdad. Porque en Vittorio Veneto, lo que le sacó de aquel infierno fue las ganas de volver a verla. Lo dijo porque había sobrevivido para volver a sumergirse en aquellos ojos de cobre imposible. Lo dijo porque se le escapó, porque se le cayó de los labios. Lo dijo porque había murmurado su nombre en medio de la desesperación de cada batalla. Lo dijo porque la necesitaba.

Y también lo dijo porque quería que ella lo supiese.

Carmen hizo un mohín y comenzó a andar de nuevo, tratando de disimular una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Eso era exactamente lo que quería escuchar, soldado.

Neudorf se quedó observándola mientras se alejaba. Sabía que la conversación acababa ahí; que no debía insistir.

Carmen se detuvo antes de desaparecer por el último recodo del camino y se giró.

—Habrá más preguntas —declaró a modo de despedida.

Felipe le dedicó una sonrisa limpia. Una sonrisa que hacía tiempo que no utilizaba.

—No lo dudo —dijo sintiéndose de nuevo joven e invencible—. Llevo cinco años sabiendo las respuestas.

Capítulo 9

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—Quinta lección: levántate siempre para dar la mano.

Valldemossa, 1919

Neudorf dobló una esquina y divisó Can Joan. Ya no había gente en la terraza y supuso que Cosimo y Levi se habían resguardado en el interior del local. Mientras recorría las calles vacías, observó el cielo y, a pesar de las nubes grises, concluyó que sería poco más de las tres de la tarde. La luz del día comenzaba a declinar y todo estaba envuelto en una calma apacible.

Aunque artificial, pensó.

Valldemossa estaba sumida en un silencio suave y antinatural. Un sosiego que no existía en el interior de las casas. Su regreso había despertado cierta inquietud. La gente murmuraba como lo hacían los soldados antes de un asalto: con miedo e incertidumbre.

Estaba dispuesto a llegar hasta el final. Y Mallorca lo intuía.

Llegó a Can Joan aún conmovido por el encuentro con Carmen. Algo había despertado dentro de él y no sabía exactamente qué era.

Sentía una luminosa tristeza, teñida de algo de alegría, como cuando un libro se acaba.

Pensó en los ojos relucientes de Carmen y sonrió.

No todo estaba perdido.

Entró en el local y unos gritos le sacaron de sus pensamientos. Cosimo y Levi estaban completamente ebrios.

—¡Felipe! —exclamó al verle el italiano.

Su rostro estaba enrojecido, lo que magnificaba la blancura de sus dos cicatrices. Trató de levantarse, pero perdió el equilibrio y volvió a sentarse ayudado por Levi. Neudorf pidió una cerveza fría y

se unió a ellos aún pensativo.

Cosimo le escrutó intensamente con los ojos vidriosos.

—Háblame de ella —exigió arrastrando las palabras.

Neudorf sonrió con cautela.

Se habían conocido la primavera de 1913, en el puerto de Valldemossa, cuando volvía de navegar con Babenburg.

Su padre había sido capitán de la marina mercante y había vuelto a Mallorca para hacerse cargo de su única hija cuando murió su mujer. En aquel momento tripulaba el Lulio, uno de los vapores de la Isleña Marítima —la naviera que había adquirido recientemente Ausias May— y cubría los transportes de pasajeros entre la península y las Baleares.

Cuando había pocos pasajeros en la ruta a Barcelona, al salir de Palma hacía una parada en el puerto de Valldemossa, bebía tranquilamente un vino aguado contemplando las elegantes líneas del Lulio fondeado en la distancia y, al cabo de media hora, partía.

Babenburg y Neudorf llegaron a la taberna en el mismo momento en el que le servían su vaso de vino tinto; y allí estaba ella.

Su padrino saludó al capitán y este les presentó a su hija, invitándoles a acompañarlos.

Carmen tenía los ojos claros, de un encendido color cobrizo, y la sonrisa rápida. El sol, además de broncearle la piel, había pintado pequeñas pecas en el puente recto de su nariz. Llevaba un vestido verde, el pelo salvajemente despeinado e iba descalza.

Neudorf tenía veintidós años —dos más que ella— y nunca había sentido aquella falta de aire en los pulmones.

No era virgen. Su tío, al cumplir dieciocho años, le había llevado a uno de los burdeles del puerto de Palma.

—Para que no hagas el ridículo más adelante —le había dicho.

Pero, aun así, lo hizo.

Persiguió a Carmen durante meses y ella se dejaba hacer. Le divertía aquel joven culto y solitario que le escribía poemas y, sobre todo, que era guapo y no lo sabía.

Ocurrió, como suelen ocurrir estas cosas: en verano.

Un atardecer de junio, sosegado y nada caluroso, tras contemplar cómo el sol se hundía en el mar, Carmen apoyó la cabeza en el hombro de Neudorf y este se giró con cuidado, como si fuera a espantar a un animal salvaje. Tras varios segundos de silencio e

indecisión, se besaron.

Se sucedieron los paseos por los pinares interminables, bebiéndose los ojos, y las largas jornadas en barco.

La primera vez que hicieron el amor fue tras una travesía a Cabrera, una de las islas menores del archipiélago balear. Aquel día lloviznaba y el cielo estaba cubierto por densas y amenazadoras nubes grises, pero Carmen se empeñó en cruzar con el Nereide el pequeño estrecho que separa las dos islas.

Neudorf accedió a regañadientes y, en medio del recorrido, la tormenta arreció. Tardaron casi dos horas en atravesar las olas que los separaban de la bahía y, cuando fondearon el barco, Cabrera estaba desierta.

Los dos estaban exhaustos, completamente empapados. Carmen decidió desnudarse y cuando él la imitó, la tensión dio paso a una pasión desesperada. Mientras contemplaba aquel cuerpo desnudo, cincelado por algún dios benévolo, Neudorf supo que estaba enamorado.

Tras cuatro meses de romance idílico, llegó el otoño. Y con él, la petición de la Isleña al padre de Carmen de cubrir un viaje a Puerto Rico. El capitán se llevó a su hija y, lo que en principio iba a ser una travesía de dos meses, pasó a ser un recorrido por todo el Caribe de casi un año.

A pesar de la distancia, siguieron escribiéndose. El conflicto en Europa parecía inevitable y Neudorf decidió enviarle a Carmen una carta de despedida. Cuando Babenburg le despertó aquella madrugada y se dispusieron a abandonar la isla, Felipe lo hizo con el recuerdo de Carmen aún en los dedos.

Pensando en si algún día volvería a verla.

Cuando terminó la historia, Levi, sorprendentemente entero, alzó la botella.

—Por los amores imposibles —brindó.

Cosimo alzó su vaso con brusquedad, casi a regañadientes, derramando parte de su contenido.

Un cómodo silencio se instaló entre ellos. La luz del sol desapareció entre las nubes grises y la taberna, a pesar de las velas, se llenó de penumbra. El alcalde abrió la boca para decir algo, pero la puerta de Can Joan se abrió y su ojo sano se puso en tensión. Neudorf se giró, alerta, mientras escuchaba el susurro deshecho del *batle*.

—Si es más guapo, me muero.

La tensión se disipó al reconocer a Matías Posse.

Había hablado con su tío, Luis Fornés, sobre el capitán de la Guardia Civil.

Quién podía conocer mejor a la autoridad, se había dicho Neudorf, que el contrabandista que intentaba burlarla todos los días.

Posse apenas había superado los veinticinco años. Su padre era el boticario de un pueblo del interior de Mallorca y su familia siempre había vivido bien.

Con dieciocho años había tratado de entrar en la Armada como oficial, pero la modesta influencia de su padre solo dio para la Guardia Civil.

Decían que arrastraba, desde entonces, cierta inquina hacia todo lo que flotase en el mar, pero aquella rabia —así como su entera dedicación al cuerpo— había conseguido que en el cuartel de Palma le ascendiesen a capitán.

Por lo que Fornés sabía, era un hombre solitario, de gustos corrientes. No jugaba, apenas bebía y no se le conocía ninguna novia reciente.

Esto último era una de las comidillas del valle.

Su cabello era de un rubio apagado, casi castaño, y, a pesar de su físico algo endeble, Posse tenía unos ojos saltones, verde claro y cargados de melancolía, que le conferían un aire inteligente y afectuoso. Sonreía de lado, como con desinterés y escepticismo; y Neudorf podía entender que aquella expresión, junto con el uniforme verde ceñido, la capa, el hablar pausado y aquella desgana calculada, volviese locas a las mujeres.

A las mujeres y a Levi.

Estaba a cargo de la región sur de la Tramontana y tenía bajo su supervisión a ocho hombres, todos mayores que él, lo que había generado varias disputas que Posse no había sabido zanjar del todo.

Aun así, estaba acostumbrado a lidiar con traficantes de tabaco y peleas domésticas. La violencia cotidiana y visceral de una isla. Su tío opinaba que aquello del incendio de Son Galcerán era distinto a todo lo anterior y que lo estaba superando.

Neudorf observó que el joven capitán iba vestido con el uniforme verde de la Guardia Civil. Se acercó con cautela, algo tenso, con una mirada oscura. Cosimo le miró entre la bruma del alcohol y acertó a

emitir un gruñido ronco. Levi le regañó como a un hijo.

Compórtate, se oyó de fondo.

El guardia civil trató de sonreír, pero le salió una mueca ambigua.

Felipe se puso en pie para darle mano.

—Buenos días —saludó, dándose cuenta en aquel instante de que había bebido más de la cuenta.

Posse le devolvió el saludo, murmurando algo de que ya casi era por la tarde y preguntando si los podía acompañar. Neudorf se dispuso a responder, pero Levi se le adelantó, ofreciéndole con un gesto una silla vacía.

El capitán pidió vino aguado y apoyó, casi desafiante, los codos en la mesa. Neudorf percibió aquella tensión tan característica, tan familiar. El guardia civil dio un sorbo lento a su vaso y se permitió un suspiro.

La incertidumbre antes de la batalla, recordó Felipe.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

El interpelado le sostuvo la mirada y se dispuso a responder, pero la voz de Levi les interrumpió.

—Felipe, no nos aburras con tus minucias —masculló—. Matías, cariño, cuéntanos, ¿hay alguna mujer en tu vida? —El guardia civil no pudo evitar sonrojarse y negó con la cabeza, sin decir nada—. ¡Ay, el amor! —exclamó el *batle*, algo celoso—. ¿Qué ocurre últimamente? ¿Qué le pasa a esta isla?

Lo dijo mirándole de reojo, como conteniendo las ganas inmensas que tenía de abrazarle.

El guardia civil lo ignoró.

Respiró profundamente, como cogiendo aliento para sumergirse, y cuando se dispuso a hablar derribó con el codo el vaso de vino de Cosimo. El líquido se derramó sobre los pantalones del italiano a la vez que el cristal estallaba en mil pedazos contra el suelo. Los cuatro se levantaron al instante para contener los daños.

Mientras Cosimo intentaba que Levi dejase le limpiarle el pantalón a manotazos, el mesonero trajo otro vaso y una botella de vino llena.

Cuando se volvieron a sentar, todo parecía estar en su sitio, salvo por el enfado del *maggiore*. Posse lo aguantó con estoicismo, atravesándolo como se cruza una tormenta, y lo intentó de nuevo.

—Su... tío —dijo, tratando de no moverse, y dirigiéndose a Neudorf—, Luis Fornés...

El aludido asintió en silencio y preguntó con voz queda que qué ocurría con él.

—Trabaja para... Ausias May —concluyó bajando la voz.

—Eso ya lo sabíamos —le interrumpió Cosimo con una agresividad apenas controlada.

Posse se removió en la silla y Felipe pidió paciencia al italiano con la mirada.

—Por lo visto... ha comenzado a frecuentar a una prostituta... que trabaja en un burdel del puerto de Palma. —Se interrumpió un segundo, confirmó que nadie decía nada y continuó—: Dicha mujer, parece que... ha salido ambiciosa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Neudorf.

El capitán alargó la mano para alcanzar su vaso y ganar tiempo, pero al beber el primer sorbo se atragantó y comenzó a toser. Levi aprovechó para darle un par de golpes en la espalda.

Joven y torpe, pensó Neudorf.

Posse balbuceó varias disculpas y todos le quitaron importancia.

—La amante de mi tío —dijo Neudorf, tratando de recuperar el hilo.

El guardia civil se limpió las lágrimas de los ojos y asintió.

—Betania... —afirmó, permitiéndose una de aquellas breves e inseguras sonrisas que ya empezaban a caracterizarle—, y parece que Fornés... está enamorado.

Esto último lo dijo mirando al *batle*, con ojos divertidos, buscando su complicidad.

—¡Válgame Dios! —exclamó Levi con exageración, llevándose las manos a la cara—. ¡Otro! Y yo sin mi joven pescador. No hay derecho.

Cosimo, a su lado, apoyado en un codo, borracho y aburrido, secundó el comentario.

Neudorf se incorporó hacia delante. Recordaba el sentimiento de que había alguien más en la cabaña de su tío. Todo aquello cuadraba con el relato del guardia civil.

—¿Qué ocurre con la tal Betania? —preguntó con interés.

Posse recuperó el hilo.

—Le exige regalos... Ropa, joyas, perfumes... —explicó, pasándose la mano por la barba recortada—. Aunque Fornés vive

bien... no le da para todo.

Se interrumpió, indeciso, pero Neudorf lo animó a continuar.

—Dicen que tuvo una discusión con su madre por este tema... y que tuvo que irse de Son Galcerán. El resultado...

Dejó que sus últimas palabras flotaran en aire como las gaviotas planeando en el puerto.

Cosimo y Levi miraron de soslayo a Felipe. Este estaba recordando las palabras de su tío sobre el joven.

Quizá tenga razón, pensó.

Quizá la investigación del incendio de Son Galcerán le quedaba grande.

—¿De verdad cree a mi tío capaz de incendiar Son Galcerán? —preguntó al fin, clavando los ojos en él.

Por primera vez desde que había llegado, Posse se irguió en su asiento.

—Tiene un motivo... —aseguró—, y acceso a la casa.

Neudorf se dejó caer en la silla.

Se resistía a darle credibilidad, pero el guardia civil tenía razón.

Y, de todas formas, pensó, siempre era interesante tener información sobre su tío. La otra cara de la moneda.

—Capitán —murmuró Neudorf, bajando la voz—, Luis Fornés puede parecer una persona afable... pero es peligroso. Todo este tema requiere una saludable discreción. Siga así.

Posse tragó saliva y asintió.

—Descuide... Gracias... Iré con cuidado.

Felipe levantó el vaso un palmo de la mesa y alzó las cejas. Cosimo y Levi lo entendieron como un brindis modesto, Posse, como el final de aquella conversación. Masculló una despedida rápida y se marchó.

Levi le siguió con la mirada.

—Hasta tiene buen culo —suspiró.

El *batle* se giró hacia Neudorf.

—¿Tu tío? —preguntó, alzando las cejas—. Nunca lo habría dicho —masculló—, pero por lo que dice tiene sentido.

Sacó un Moeris de la pitillera y lo encendió con parsimonia. Dejó que el humo le llenara los pulmones y después lo soltó lentamente, como tratando de deshacerse de la ansiedad que le crecía en el pecho.

—Levi, me caes bien —dijo con voz queda—, pero aún no puedo

confiar en ti.

El alcalde aceptó el comentario con una nostalgia hacía tiempo asumida.

Cosimo abrió la boca, aunque no dijo nada. Sabía que el alcohol magnificaba los sentimientos y nublaba las precauciones. No quería afirmar nada que no pudiera sostener al día siguiente.

Felipe se dio cuenta de que su desconfianza había roto el extraño equilibrio que se había establecido entre los tres.

Le dolía, pero sabía que era necesario.

—Espero que esto no salga de aquí —añadió con voz firme.

El *batle* aspiró profundamente y cerró el ojo. Cuando lo abrió, la nostalgia había dado paso a un profundo cansancio.

—No te preocupes —aseguró con más aspereza de la que pretendía.

Neudorf se levantó mientras ignoraba la mirada de Cosimo, cargada de reproche.

—Buenas tardes, Levi.

El italiano le imitó, puso una mano sobre el hombro del *batle* y siguió a su amigo.

Salieron de Can Joan y recuperaron los caballos que les había dejado Fornés.

Que pertenecen al tal Ausias May, se dijo Cosimo, apuntando mentalmente preguntar por él más tarde.

Aunque aún era pronto, la oscuridad se cernía lentamente sobre la Tramontana. Los pinares que separaban Valldemossa de Son Galcerán comenzaban a llenarse de sombras y el italiano aprovechó el silencio para tratar de ordenar sus ideas.

—Has sido un poco brusco —dijo al fin.

Tenía la voz pastosa. Neudorf se llevó instintivamente la mano al corte que le había hecho Miquel Terra y se giró en la montura para contemplar el brillo moribundo del mar.

—Puede ser —respondió.

Cosimo le contempló durante un segundo. La luz herida del atardecer le bañaba el rostro. Tenía el pelo largo y despeinado, y a pesar del frío únicamente llevaba una camisa blanca arremangada y un jersey de lana alrededor del cuello. La serenidad de un héroe antiguo, alcanzó a pensar.

Se sintió algo intimidado, pero recordó el pasado que les unía.

Aquella carrera a través de un bosque italiano —parecido al que estaban recorriendo— para salvar la vida. La generosidad de Babenburg, el coraje desesperado de Neudorf.

El temor dio paso al orgullo. A un raro sentimiento de pertenencia que nunca había experimentado.

Se volvió para mirar de nuevo a Neudorf y supo que siempre podría hablarle con sinceridad.

—Le acaban de romper el corazón —insistió—. Levi merecía algo de comprensión.

Neudorf levantó las cejas, sorprendido.

—Pensaba que no te fiabas de él —comentó.

El italiano frunció el ceño.

—Y sigo sin hacerlo... Pero hoy... no tenías por qué ser tan franco.

Felipe soltó una carcajada.

—¡Te cae bien!

Cosimo se revolvió en la silla de montar.

—¡No! —exclamó, mientras maldecía aquel sopor a medio camino entre borrachera y cansancio—. Simplemente... No se puede fingir ese dolor. Nada más.

Neudorf asintió en silencio. Cosimo tenía razón.

—¿Alguna vez te han roto el corazón? —preguntó. El *maggiore* dio un respingo—. Perdona —añadió Felipe, rápidamente—. No quiero meterme donde no me llaman.

Jamás habían hablado de eso. Todo aquel tiempo juntos. Más de cuatro meses de viaje a través de Europa, pensó Neudorf, aquel sentimiento fraternal, de auxilio mutuo, de sostén... y casi no se conocían.

Cosimo sacudió la cabeza, como quitándole importancia.

—No me lo han roto —dijo al fin—. Se lo rompí yo a alguien, hace ya mucho tiempo. Antes de la guerra. Y creo... Nunca lo había pensado hasta ahora... Creo que me lo rompí también a mí mismo. —Guardó silencio un instante y luego masculló—: Maldito vino.

Neudorf no pudo evitar sonreír. Al menos, se dijo, está claro que todos tenemos nuestros fantasmas.

—El alcohol suelta las palabras —observó—. Desenreda el alma.

El italiano asintió mientras se frotaba los ojos.

—No me fío de Levi. Aún no. Pero...

Neudorf le miró y, a pesar de la oscuridad, creyó ver esperanza.

—Aún no —repitió Cosimo con firmeza—, pero llegado el momento me gustaría pelear a su lado.

Era ya de noche cuando llegaron a Son Galcerán. El siciliano se había quedado dormido sobre el caballo y Neudorf le ayudó a descabalgar. Los dos subieron despacio, uno a uno, los peldaños de lo que Cosimo ya había bautizado como la Escalera de las Monedas.

—Joder con las Monedas —resopló al llegar arriba.

Se despidió balbuceando una serie de frases inconexas. Llegó a su habitación tanteando las paredes y se derrumbó en la cama.

María Miquela seguía en el Trinidad, pero en algún momento del día se había pasado por Son Galcerán para prepararles la cena.

A pesar del alcohol, Felipe no tenía hambre.

Se encendió un cigarrillo y salió a la terraza. Había luna llena.

Apoyado en la baranda de piedra se dio cuenta de que apenas había pasado una semana desde que había regresado. Rememoró su encuentro con Levi, la visita a Cardona y la mirada asesina de Terra. Se llevó la mano al brazo izquierdo y un horrible deseo de poner las cosas en su sitio comenzó a subirle por el cuello, pero consiguió controlarlo. Para apartarlo de su mente, recordó la segunda conversación con Salomé y cómo la doctora había evitado hablar del asesinato de Catalina.

—Sabe algo —dijo en voz alta.

Siguió avanzando en su mente y acabó en la conversación con el padre Martorell. Despreciaba todo lo que representaba aquel hombre, pero había compartido con ellos más de lo que cualquiera habría podido esperar.

Juan Horrach había prometido a su hermana con Francisco de Cardona, conde de Algaida, y para asegurar que el matrimonio se llevaba a cabo, había encerrado a Catalina en el Trinidad.

Cuando trató de escapar, alguien había conseguido interceptarla... y la había matado de dos disparos.

Era impresionante, reflexionó, que el padre Martorell, por lo general siempre del lado de los poderosos, hubiese compartido con ellos toda aquella información. Como si temiese que Neudorf pudiese

convertirse en alguien importante en Mallorca y quisiese congraciarse con él de manera preventiva.

El pensamiento le arrancó una sonrisa, pero se concentró en su siguiente paso.

La situación del conde había mejorado sustancialmente tras la muerte de su prometida. Así como la posición del religioso, que había ocupado la dirección del Trinidad.

Aparentemente, todos los implicados parecían haber salido ganando. Necesitaba más piezas antes de llegar a alguna conclusión lógica.

Dio unos toques en el cigarro para tirar la ceniza y un punto rojo se perdió en la oscuridad.

Vicente Lerena, recordó en voz baja.

Era el carabinero que había llevado la investigación de Catalina Horrach. Algo del todo inusual.

Neudorf miró al cielo y calculó que debían de ser las seis de la tarde. Aún era pronto.

Debería estar despierto, murmuró entre dientes.

Se puso un abrigo, ensilló al caballo y recorrió el camino que separaba Son Galcerán del puesto de carabineros de Deià.

Las nubes comenzaban a ocultar la luna cuando divisó el cuartel en lo alto de una colina. Había luz en las ventanas y aquello lo animó. Al menos, alguien estaría despierto y el viaje no habría sido en balde.

Comenzó la ascensión con calma, midiendo las fuerzas de su caballo, murmurando las frases que iba a utilizar, anticipando la aspereza del carabinero.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando, de pronto, algo pareció moverse en la oscuridad. Quizá fue el viento, la vacilación del caballo o tal vez el sonido de su propia respiración. No lo supo con certeza, pero sintió como una violencia incipiente crecía en aquel instante.

Cualquier otro se habría extrañado, pero él había combatido en una de las contiendas más sanguinarias del siglo xx. Se había adentrado en la noche y asesinado en silencio a guardias somnolientos. Había emboscado a los italianos en las montañas, en praderas desiertas, en recodos imposible de los caminos. Había engañado para matar y había sobrevivido a la vorágine de cada batalla.

Era un soldado.

Y la parte de sí mismo que aún seguía en guerra con el mundo hizo que se lanzara al suelo.

Y un segundo después, un disparo partió en dos la oscuridad.

Capítulo 10

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914

—¿Estás enfadado, Felipe?
Neudorf no respondió.
Las órdenes que habían recibido del Alto Mando eran absurdas.
Babenburg sonrió, comprensivo.
—Sexta lección: nunca tomes las decisiones de otros como algo personal.

Deià, 1919

La mano que estrechó Neudorf para levantarse era grande y áspera. Se encontró, de frente, con un rostro achatado, casi triste, pero con expresión severa.

Aunque artificial, pensó.

—¿Está bien? —le preguntó Vicente Lerena.

Les rodeaban otros cuatro carabineros. Todos armados con sus fusiles, embozados en sus capas, escudriñando la oscuridad con ojo experto. Buscando un movimiento que delatase al agresor de Neudorf.

—¿Tiene alguna idea de quién le ha disparado? —inquirió Lerena a bocajarro.

El cuerpo de carabineros se encargaba de la vigilancia de las fronteras y las costas españolas. En Mallorca principalmente combatían el contrabando.

Neudorf estudió con ojo militar al teniente y a sus hombres.

Eran tipos rudos y fogueados que sabían lo que hacían. Cuando los traficantes mallorquines eran descubiertos no huían ni abandonaban la mercancía.

Amagó una sonrisa pensando en su tío.

Los contrabandistas como Luis Fornés solían pelear.

—No lo sé —respondió Neudorf, mientras se sacudía el polvo.

La herida del brazo izquierdo se había abierto y sangraba. Tenía el nombre de Miquel Terra en los labios. Especialmente después de su conversación con el padre Martorell, pero descartó compartirlo con él. No tenía sentido.

Lerena le dirigió una mirada inescrutable.

—Sígame —ordenó.

Flanqueados por los carabineros, aún en guardia, recorrieron la distancia que los separaba de la colina donde estaba emplazado el cuartel. Una vez arriba, la luna estaba en lo alto del cielo despejado y Neudorf contempló cómo el Mediterráneo se expandía a sus pies.

El enclave perfecto para controlar el mar.

El cuartel era un edificio a punto de desmoronarse. Miserable, pequeño y funcional.

Olía a cuero mojado, a sudor y a sopa de cebolla.

Estaba compuesto por una oscura cocina cuya pared tenía salpicaduras de comida, un cuarto con literas para los carabineros y un salón grande que habían dividido en dos. Unas estanterías de madera que llegaban hasta el techo separaban las dos estancias.

La estrechez le recordó a Neudorf a los camarotes de un barco.

A través de los libros mal encuadernados e informes mohosos, se intuía un pequeño despacho con un catre. Supuso que aquel sería el cuarto del responsable del destacamento.

Lerena soltó un suspiro de alivio al recibir el calor de la chimenea. Se despojó con calma de la capa gris oscuro que le cubría los hombros y con un par de gestos ordenó a sus hombres que volvieran a sus posiciones. Era alto y delgado; atlético. Tenía el pelo gris y rizado. La luz del fuego perfiló un rostro cuadrado y mal afeitado, donde reinaban unos profundos ojos tristes.

Rondaba la cuarentena.

Neudorf le observó en silencio. En las hombreras rojas de su chaqueta azul apreció una estrella dorada de cinco puntas junto con una franja dorada. Los galones de teniente. En su cartuchera, la pistola reglamentaria de los carabineros: la semiautomática Campo Giro.

Vicente Lerena era la viva imagen de un hombre vencido. Un guerrero cansado que se resistía a aceptar que ha perdido.

Pero qué ha perdido, se preguntó.

—Su nombre —exigió el carabinero cuando estuvieron solos.

—Felipe Neudorf.

Si sabía quién era, el teniente no lo demostró.

Descolgó un pellejo de cuero de la pared y bebió lo que parecía ser licor de hierbas. Se limpió la boca con la manga y se lo ofreció, pero él lo rechazó.

—¿Y qué coño hace aquí? ¿A estas horas?

El tono era áspero. Distante.

Neudorf se llevó la mano al brazo izquierdo, aún dolorido, y decidió ir al grano.

—Catalina Horrach.

Lerena liberó el aire de sus pulmones apáticamente. Como dejándose atrapar por el cansancio que le rodeaba.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero saber cómo murió.

—¿Para qué? —interpeló con brusquedad.

Neudorf le sostuvo la mirada, pero no dijo nada. El hecho de que acusaran a Babenburg de aquel asesinato le caldeaba la sangre.

—Entiendo... —murmuró el carabinero, comprensivo, mientras fruncía los labios y miraba a su alrededor.

La estancia era pequeña y tan acogedora como una perrera. Las paredes eran de piedra gastada y el suelo estaba cubierto de pieles andrajosas de las que emanaba un áspero olor a rancio. El fuego crepitaba en una chimenea antigua y espaciosa, pensada para calentar todo el recinto. Había tres bancos de madera a su alrededor, formando una especie de círculo.

Lerena le señaló uno de ellos, mientras se sentaba en otro.

—Fue una muerte extraña —concedió al fin.

Neudorf creyó apreciar un brillo singular en su mirada. Algo que se removía al final de aquellos ojos llenos de melancolía.

Poco a poco, se dijo.

—¿Fue usted quien la encontró?

El carabinero comenzó a golpear con un dedo la madera del banco. Era una de esas personas fibrosas, llenas de energía que, incluso en reposo, necesitan movimiento.

A Neudorf le dio la sensación de que estaba sentado al lado de un mortero a punto de explotar.

—No exactamente —dijo, sin dejar de golpear el banco—. A las ocho de la mañana, unos chavales de Deià subieron al cuartel y dieron el aviso. Andaban enredando por el monte y oyeron dos disparos.

Lerena no añadió nada más, pero él había aprendido a esperar. Sabía que el silencio era el mejor combustible para alguien que no quiere hablar.

Tras unos segundos eternos, el teniente soltó uno de sus ya característicos suspiros cansados y, a regañadientes, continuó:

—Guiándose por el ruido, encontraron a Catalina en el suelo. Desangrándose.

Apretó los puños y se miró los nudillos, como preguntándose qué podía hacer con ellos.

—Cuando llegamos aún vivía, pero estaba inconsciente. Había perdido mucha sangre. Demasiada.

—¿Qué pasó?

El carabinero recuperó el pellejo y volvió a beber. Aquello parecía calmar la nitroglicerina que le recorría las venas. Levantó por primera vez la vista y clavó sus ojos en los de Neudorf.

—Le dispararon dos tiros por la espalda: uno mientras andaba y otro en el suelo. A sangre fría.

Lo dijo todo con una velocidad controlada. Como si se hubiese aprendido aquella frase de memoria.

Felipe apreció un profundo resentimiento en el carabinero.

—¿Quién le acompañaba?

Lerena enunció con voz queda los nombres de las tres personas que, además de él, acudieron aquella madrugada: el padre Martorell, el conde de Algaida y Juan Horrach.

Neudorf trató de imaginarse la escena.

Catalina en un charco de sangre, blanca como la leche y con los labios morados, con la mirada perdida, delirando, mientras alguien le cogía de la mano y le susurraba que todo iba a salir bien.

Aquello era lo peor de todo, se dijo. Mentir a un moribundo.

Trató de esquivar la furia del carabinero y pasó a la ofensiva. Le interesaba el hermano de Catalina.

—¿Cómo se comportó Juan Horrach?

Lerena entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Si había un dolor real —explicó Neudorf—. O más bien alivio.

Una sonrisa triste apareció en los labios secos de su interlocutor.

—Sabe, hacía mucho que no hablaba de esto —confesó—. Durante años me acompañó esa visión. Mis manos llenas de sangre...

la mirada vacía de Catalina.

El carabinero se levantó y se acercó a una de las estanterías. Pasó los dedos por las voluminosas carpetas de cartón, acariciándolas como si fuesen perros. Las fechas estaban escritas a lápiz, en vertical.

—1914 —anunció, extrayendo la carpeta indicada.

Dos fotos idénticas cayeron lánguidamente al suelo. Los dos hombres las observaron como si fuesen una aparición. Desde el suelo, una Catalina Horrach de veinticuatro años les devolvía una deslumbrante sonrisa.

Neudorf reaccionó primero y se agachó, cogiendo con delicadeza las dos imágenes.

Era un primer plano del busto de Catalina. Llevaba un vestido oscuro y el pelo moreno suelto por detrás de los hombros. Posaba de lado, con coquetería. Tenía los ojos brillantes. No llevaba pendientes, y como única joya lucía una medalla redonda de plata con un zafiro engarzado. Era en blanco y negro, pero casi se podía apreciar el azul oscuro e intenso de la gema.

—¿Cuándo se tomó esta fotografía? —preguntó Neudorf.

Lerena emitió otro de sus suspiros. Parecía que su cuerpo le concedía una tregua cuando el aire abandonaba los pulmones.

—El día anterior a su fuga. En su cuarto.

Neudorf estudió una vez más la imagen y apreció el desafío en los ojos de Catalina. Miraba atentamente a la cámara, como si supiese que por fin iba a dejar todo aquello atrás. En su expresión había una determinación animal.

—¿Le importa que me quede con una? —preguntó, mientras, sin esperar respuesta, se guardaba una de las fotografías en el bolsillo interior de su chaqueta.

Lerena abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Se concentró en la carpeta que aún sostenía entre las manos y, al cabo de varios segundos, aceptó la segunda foto que le alcanzaba Neudorf.

—Parece mentira que hayan pasado cinco años.

Era el primer arrebato de nostalgia que manifestaba.

—Al final, todo pasa —añadió Neudorf, sonriendo a medias.

El carabinero asintió.

—Cuando llegué, su hermano, Juan Horrach, trataba de contener la hemorragia ante la mirada espantada de Martorell —recordó, mientras se sentaba.

—¿Por qué llegaron antes?

Neudorf conocía la respuesta y, además, sabía que estaba poniendo a prueba su paciencia, pero cualquier detalle era importante.

La verdad, se dijo, se suele ocultar en los silencios.

Lerena cambió de posición en el banco.

—Descubrieron que Catalina no estaba en su celda a las siete de la mañana —explicó con calma— y el padre Homs mandó a un criado a avisar a su hermano y a su prometido. Horrach estuvo casi dos horas dando vueltas por el monte, buscándola... Y en Deià se encontró con los chavales que habían venido a dar el aviso. El conde llegó el último.

Dejó la carpeta en el banco, a su lado, y en sus manos apareció un bloque de madera y una pequeña navaja.

—No pudimos hacer nada —zanjó.

Había comenzado a cortar pequeños trozos de madera, que caían indistintamente en el suelo. El carabinero tallaba con movimientos rápidos y concentrados, ajeno a todo, como si aquella liturgia le ayudase a evitar los remordimientos.

Felipe le dejó hacer hasta que Lerena emitió otro suspiro.

—En uno de los puños encontramos una carta de Babenburg.

Por segunda vez, se miraron a los ojos.

Neudorf le devolvió una mirada dura, casi desafiante. Una mirada que resumía los cuatro años de guerra e incertidumbre que llevaba en la memoria.

Una mirada que gritaba que Babenburg no había matado a Catalina Horrach.

Lerena pareció leerle el pensamiento. Dejó la talla y la navaja en el banco, cogió una hoja de la carpeta y se la tendió a Neudorf.

—Como puede ver —señaló— en ella hay una serie de indicaciones para escapar del Trinidad y encontrar un barco fondeado en la Foradada.

Era una tarjeta rectangular. Estaba arrugada y tenía restos de sangre seca. En la cabecera aparecía el nombre completo de Babenburg y su título. Más abajo, la letra de su padrino explicaba todo lo que el carabinero acababa de mencionar.

La expresión de Lerena era impenetrable. Desde que había llegado, era la primera vez que Neudorf lo veía completamente quieto.

—Comprobamos la letra —añadió—. Coincide con la de Babenburg.

Neudorf se pasó la lengua por los labios y se recostó en el banco de madera, dándose cuenta, de repente, de lo incómodo que era.

Buscó en su chaqueta, extrajo un Moeris y tras ofrecer otro al carabinero —y este rechazarlo— se lo encendió con una cerilla. Exhaló el humo mientras recogía la breve pero curiosa mirada del carabinero hacia la caja de tabaco.

—¿Cree que Babenburg asesinó a Catalina? —preguntó abruptamente.

Lerena se permitió otro suspiro. El hombre que suspiraba demasiado, pensó Neudorf.

Estaba enfadado y trataba de que no se le notase. Pero aquel esfuerzo era tan inútil como intentar que alguien no se enterase de que estaba lloviendo.

El carabinero le echó un vistazo a su trozo de madera, pero pareció descartarlo.

—Yo no creo nada, señor Neudorf —murmuró con gravedad—. Únicamente sé cosas. Sé que Mateo de Babenburg envió una nota a Catalina Horrach instándola a fugarse del Trinidad. Que ella murió tras dos disparos, con aquella nota en la mano. Y que, acto seguido, él abandonó la isla sin dar ninguna explicación. Eso es lo que sé.

Un principio de pánico apareció en los pulmones de Felipe. Esta vez fue él el que decidió respirar profundamente varias veces mientras ordenaba sus ideas.

—¿De qué calibre era la pistola?

La pregunta descolocó a Lerena.

Abrió la boca para responder, pero decidió comprobarlo entre los papeles que contenía la carpeta.

—Las dos heridas eran de revólver y eran bastante grandes. Las balas que extrajimos tenían 11 mm de calibre.

Neudorf recogió la carpeta y ojeó los papeles mientras se acariciaba el mentón con la mano derecha.

Salvo en contadas ocasiones, Babenburg apenas había mostrado su arma en Mallorca. Era una Roth-Steyr semiautomática de fabricación checa. La recordaba bien porque la había visto después, casi a diario, durante los cuatro años que duró la guerra.

Fue la pistola con la que abandonó la isla.

—La pistola de Babenburg tenía 8 mm de calibre —respondió Neudorf.

Lerena pareció decidirse y cogió de nuevo la navaja y el bloque de madera.

—Podría haber utilizado otra arma —dijo, encogiéndose de hombros, mientras tallaba de nuevo.

Más pequeñas trazas de madera se precipitaron al suelo.

Si el carabinero no hubiese tenido una navaja y él el brazo inmovilizado, Neudorf lo habría golpeado.

Volvió a pasar los papeles y leyó el atestado policial en diagonal, como buscando un clavo al que agarrarse. Algo le llamó la atención.

—¿La joya desapareció? —preguntó, mientras releía el informe.

Aquello pareció sacar de su trance al carabinero.

—Así es —gruñó.

Ignoró la irritación de Lerena como se ignoran los ladridos de un perro y volvió la vista a la documentación. Pasó varias páginas más, leyendo por encima los testimonios, la descripción de las evidencias, la autopsia... y desistió.

—Gracias por su tiempo, teniente —dijo tendiéndole de vuelta la carpeta.

Lerena le acompañó a la puerta y se despidieron. Estrechar la mano del carabinero fue como agarrar un trozo de hielo.

Neudorf agradeció abandonar el cuartel y se llenó los pulmones de aire. El ambiente dentro del edificio era casi irrespirable.

El aire gélido de la noche le impactó en la cara como una bala de cañón.

Le dolía todo lo que acababa de escuchar. Le dolía y le frustraba. Aún no tenía nada sólido.

El amor y el deber, reflexionó mientras se dirigía a por su caballo.

La tristeza y la verdad.

Alzó la vista y contempló sin prisa la oscuridad de la noche. Las estrellas titilaban en el cielo. Estaba cansado, pero se sentía bien. Los ojos de Carmen seguían clavados en su pecho como dos flechas. Tenía la sensación de que todo estaba aún por llegar.

A veces, se dijo, lo único que nos queda es esperar.

Pensó en Babenburg y sus sabios consejos y sonrió.

Guardar la esperanza intacta dentro uno mismo. Y acudir a la batalla con los dientes apretados, el alma limpia y el corazón dispuesto.

Capítulo 11

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

> —¿Echas de menos navegar, Felipe?
> Neudorf asintió.
> —Para una persona libre —afirmó Babenburg— la ruta óptima entre dos puntos nunca debería ser la más corta.

Puerto de Valldemossa, 1919

La carretera que unía Valldemossa con su puerto era de tierra y estaba llena de curvas. El ciclismo era uno de los deportes más populares de isla y, a pesar de la crisis que había traído el final de la guerra, se podía comprar una bicicleta por treinta o cuarenta pesetas. Era normal ver a mallorquines subiendo y bajando el camino del puerto de Valldemossa, cubiertos de sudor, en cualquier época del año.
La sombra de los pinos y su característico olor a resina invadían el recorrido; y unos pequeños muros de piedra guardaban los recodos más peligrosos. Aun así, una vez al año, un caballo se encabritaba y el carro, con su payés y la mercancía encima, se precipitaba al vacío.

Era una carretera concurrida, por eso Neudorf desde pequeño se había acostumbrado a atravesar el bosque que separaba Son Galcerán del mar. Una vez en la costa, recorría un sendero hasta llegar al puerto.

Habían salido cuando aún era de noche y Cosimo se había quejado durante todo el camino, mascullando que lo del mar se lo dejaba a los peces. Que él era un soldado de Infantería, que prefería la tierra firme.

—El mar es como una mujer —le había dicho su amigo mientras atravesaban el bosque.

—¿Traicionero? —resopló el italiano.

Neudorf sonrió y negó con la cabeza.

—Caprichoso —dijo, deteniéndose un instante para contemplarlo a su derecha.

Se giró hacia Cosimo, que le alcanzó jadeando.

—Pensaba que marchabas durante días sin apenas dormir... —murmuró Neudorf.

El *maggiore* se apoyó en un árbol tratando de recuperar el aliento. El sudor le resbala por la sien, haciendo brillar sus cicatrices.

—Eso era antes —resopló—. Antes del vino, la comida y las mujeres mallorquinas. No sé quién es más peligroso. Si tu querido mar o ellas.

Alcanzaron el puerto al amanecer.

Las casas de los pescadores habían crecido alrededor del estuario natural, como si un dios las hubiese amontonado como bloques de juguete. Todas eran de piedra clara de color arenoso, con tejas de barro cocido y contraventanas verdes.

El mar estaba en calma y las olas lamían con suavidad la costa. A pesar de que aún era temprano, unos quince marineros curtidos —vestidos con botas altas, guantes, jerséis de lana y chubasqueros negros— se preparaban para salir a faenar. Un pequeño rompeolas protegía a los barcos atracados, formando, casi sin querer, una piscina natural.

Cuando los dos soldados alcanzaron el muelle, los pescadores dejaron de coser la red que estaban arreglando y los observaron con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Causando sensación... —murmuró Cosimo—. Como siempre.

Uno de los marinos, ya entrado en años y de aspecto severo, se acercó a ellos. Llevaba un gorro azul marino. Tenía unas arrugas que parecían trincheras y unas manos grandes y callosas, ásperas como un desamor.

—Buenos días —saludó en mallorquín—. ¿Qué hacéis aquí?

Neudorf le estudió durante un largo segundo.

—Venimos a navegar.

El hombre se giró para observar el puerto y se rascó la cabeza. Cosimo pensó que aquellos dedos debían de tener la suavidad de una piedra pómez.

—¿Con qué barco?

Lo dijo con una sonrisa simple y seca. Sin un ápice de presunción. Como si de verdad le interesase la respuesta. A su espalda, el resto de

pescadores seguía con recelo la conversación.

—En el Nereide —respondió Neudorf con calma.

El viejo marino arrugó el ceño. Abrió la boca para contestar, pero Neudorf dio un paso adelante.

—Mi tío se ha encargado de él durante los últimos cinco años —dijo mientras se acercaba un paso más al pescador y bajaba la voz—. A partir de ahora lo haré yo.

No había amenaza en sus palabras. Tan solo firmeza.

El viejo bajó la vista y encontró cinco billetes de cien pesetas en su mano.

—¿Felipe Neudorf? —preguntó, mirándole a los ojos.

Había sorpresa en su voz. Y una extraña satisfacción en la mirada.

El aludido asintió.

—Fui amigo de tu padrino —afirmó con una sonrisa diferente—. Bienvenido a casa.

El marino hizo una seña al resto de pescadores. Estos, relajados, volvieron a la red.

—Puedes llamarme Ismael —dijo con voz ronca—. Ismael Galerna. Si necesitas algo del puerto, cualquier cosa, pregunta por mí.

Neudorf le agradeció las palabras con un gesto y este se alejó.

Los dos soldados recorrieron el pequeño embarcadero. En uno de los extremos había amarrado un elegante cúter de madera de once metros con el casco azul marino.

Gracias a Dios, pensó, su tío lo había mantenido.

El barco se mecía lentamente en las aguas cristalinas. En la popa, escritas con letras doradas, se leía el nombre que había mencionado.

—¿Por qué Nereide? —quiso saber Cosimo.

—Las nereidas son las ninfas del Mediterráneo y solo se dejan ver cuando acuden a ayudar a sus navegantes —explicó Neudorf—. Babenburg siempre decía que antes de salir a navegar, hay que encomendarse a ellas. —Felipe pasó la mano por la madera pulida de la amura—. Te he echado de menos —susurró.

Subieron a la embarcación y tras comprobar que todo estaba firme y en su sitio, soltaron amarras y se hicieron a la mar.

Dejaron el puerto de Valldemossa a su derecha e izaron las velas. El viento hinchó el aparejo y el barco se escoró y cogió velocidad.

—¿Estás seguro de que sabes tripular este cascarón? —preguntó

el italiano, agarrándose al mástil—. ¡Se está inclinando!

Neudorf cazó la mayor y amuró el barco al viento, ganando velocidad.

—Crecí navegando —dijo sonriendo—. No hay nada como ver Mallorca desde el mar.

Cosimo, ya amarillo, lo dudó en voz alta. Y a pesar del mareo, no pudo evitar admirar el paisaje.

Una sucesión infinita de pinares se alzó ante ellos como una pared imposible. Todo era naturaleza. La inmensidad del mar amplificaba la grandeza de la cordillera, contrastando el azul oscuro del agua con el soleado verde y gris de las montañas.

A pesar del viento, no hacía frío; la luz invernal de enero les calentaba. Una calma lenta y necesaria se instaló entre ellos. Un silencio acompañado que justificaba todos los pesares de la existencia.

Habían matado y habían sobrevivido para poder estar allí. Ambos lo sabían y lo apreciaban.

Sabían que todo aquello era un regalo.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo Cosimo como para sí mismo, dejándose invadir por la belleza del lugar.

Neudorf, al timón, con su Moeris en los labios, sonrió satisfecho.

Llegaron a la altura de Son Galcerán, que desde el agua apenas se apreciaba, y a orillas del mar, Felipe señaló una pequeña bahía circular.

—¿Ahí es donde supuestamente descargaba Babenburg su tesoro? —preguntó el siciliano.

Él negó con la cabeza.

—Eso es Cala Estaca —detalló—. Está justo a los pies de Son Galcerán. Eso de ahí —dijo señalando con el dedo un punto inconcluso del follaje— es la cabaña de mi tío. Fue refugio de piratas y amparo de contrabandistas —explicó Neudorf, con una sonrisa afilada—. Bien defendida es inexpugnable desde el mar, e inaccesible desde tierra. Para fondear allí es necesario conocer bien los bajíos. Hace tiempo que los carabineros dieron por imposible controlarla. Es más sencillo vigilar los senderos de la sierra.

Cosimo soltó una carcajada.

—Cualquiera diría que tu familia admira lo ilegal, Felipe.

Él le devolvió una sonrisa.

—Admiramos la audacia.

Neudorf maniobró hasta que no pudieron acercarse más.

Unas rocas alargadas, pulidas por el viento del mar, protegían la bahía. En la distancia, se adivinaban varias casetas de pescadores excavadas en la piedra. Neudorf hizo visera con la mano derecha para proteger sus ojos del sol y frunció el ceño. Había diez puertas, más o menos. Cada una de un color diferente.

No dijo nada en voz alta, pero en su mente resonaba como una campana la idea del tesoro de Babenburg.

Cuando la corriente empezó a arrastrarlos a tierra, viró y puso proa al noreste, siguiendo la línea de la costa.

—Vamos al sitio que mencionó Levi —comunicó a su camarada.

Tras veinte minutos de travesía, una pequeña península surgió enfrente de ellos.

—La Foradada —anunció mientras maniobraba para fondear.

Una lengua de tierra en forma de ele, cubierta de pinos, se adentraba solitariamente en el mar. El final ascendía por encima del resto, terminando en una mole rocosa con un agujero en el centro.

Neudorf redujo la velocidad y largó el ancla, inmovilizando el barco.

—En mallorquín —explicó, señalando con la cabeza la abertura circular en las rocas— una foradada es un agujero. De ahí el nombre.

Cosimo contempló el lugar, al abrigo del viento, con el mar en calma y varios caminos adentrándose en la sierra. Había más cobertizos excavados en la roca, todos cerrados con puertas de diferentes colores desgastados. Neudorf le explicó que eran cuevas donde los pescadores de la zona guardaban las barcas y los aparejos.

—Un puerto natural —reflexionó el italiano en voz alta.

Felipe asintió, complacido.

—Cala Estaca el almacén —dijo, señalando con el pulgar a su espalda—, Sa Foradada el puerto.

Cosimo comentó lo complicado que lo tenían los carabineros españoles. En Sicilia no había tanta vegetación. El contrabando había que hacerlo de noche. En Mallorca, observó, se podía descargar aprovechando la oscuridad y transportar el cargamento durante el día, recorriendo los caminos al amparo de los pinos.

—Y entiendo —aventuró— que tu tío Luis conoce todo esto como la palma de su mano.

—Mejor que las gaviotas —aseguró—. Fue él quien me enseñó a

orientarme en el monte.

—Y ahora quiere robarte.

Pretendía sonar gracioso, pero le salió un lamento amargo.

El aludido esbozó una mueca triste. Se resistía a compartir el planteamiento del capitán Matías Posse, pero no podía negar que tenía sentido.

—O el conde de Algaida o Miquel Terra... Quién sabe.

Cosimo agitó la cabeza.

—¡O todos, Felipe! —exclamó, desesperado—. ¿Es que no te preocupa? En esta isla estáis todos locos.

Neudorf perdió la vista en el horizonte interminable. Le dio una calada al Moeris y dejó salir, poco a poco, el humo de sus pulmones.

—Primero Catalina —murmuró—. Luego todo lo demás.

El Mediterráneo reducía la inclemencia del invierno. Cosimo trató de pescar algo, sin éxito; y dieron buena cuenta del almuerzo que les había preparado María Miquela: pan con sobrasada, queso, carne de cordero y coca de patata. Todo lo acompañaron con vino.

Al terminar, el italiano suspiró satisfecho. Y acto seguido, se durmió.

El Nereide oscilaba suavemente, mecido por el oleaje y Neudorf aprovechó las últimas horas de luz para ordenar sus ideas.

Catalina, el conde de Algaida, Juan Horrach, Miquel Terra, Salomé, el padre Martorell...

Todo era un ruido sordo e impreciso que no llegaba a comprender del todo. Contempló el mar y cerró los ojos; trató de respirar más despacio.

Necesitaba una voz tranquila que apagase el mundo.

Del mar vienen y al mar se dirigen los héroes, se dijo Neudorf.

Era algo que había leído hacía ya demasiado tiempo. No recordaba de quién.

Fue con su tío, navegando no muy lejos de allí, cuando descubrió que aquel azul inabarcable tenía algo de bálsamo. Algo de remedio. Como si contemplar su inmensidad hiciese pequeños los desvelos de los hombres. Apenas tenía diez años.

Neudorf inspiró profundamente.

El viento olía a madera, a resina y a sal. Todo parecía lejano.

Permaneció así un rato. Concentrado en su respiración. Escuchando cómo las olas rompían en las rocas.

Cuando el sol comenzó a declinar, se estiró con ojos renovados y despertó a Cosimo.

—Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde a la fiesta —anunció Neudorf.

El italiano, aún somnoliento, se revolvió en la cubierta.

—¡Fiesta! —exclamó, sin poder ocultar su alegría—. ¿Qué fiesta?

Felipe se permitió una sonrisa misteriosa, jugando con la paciencia del italiano.

—La familia Sureda da una fiesta en la Cartuja, enfrente de Can Joan —reveló—. La invitación llegó ayer por la noche.

Aquella mañana, antes de partir, había conseguido hablar con María Miquela.

La criada apenas sabía nada concreto sobre el asesinato de Catalina; únicamente estaba al tanto de habladurías descabelladas, como que una gitana había predicho un año antes su muerte o que aún se oían sus lamentos en los bosques que rodeaban Deià.

Una vez esclarecido el tema, el recelo inicial de María Miquela se había transformado en una alegría sincera. No sabía ni quería disimular su entusiasmo por volver a tener a Neudorf en casa. Estaba encantada de que Son Galcerán volviese a estar habitada. Le había entregado la invitación junto con el almuerzo. Y le había susurrado, cómplice, que su regreso estaba causando sensación entre las chicas del valle.

Neudorf llevaba preguntándose toda la mañana si Carmen habría tenido algo que ver con aquello.

—Los Sureda... —repitió Cosimo, tratando de recordar—. ¿Ahí no trabajaba Carmen?

Felipe trató de evitar que su sonrisa se ensanchara, pero le resultó imposible.

—Bueno —dijo su amigo complacido, recostándose en la bancada de madera, mientras cerraba los ojos—, esperemos que haya mujeres tan hermosas como ella.

CAPÍTULO 12

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

> —Decía Epicteto que lo que hay que salvar es el presente —afirmó Babenburg—. La vida es un destello efímero entre dos oscuridades. Todo lo que dejas atrás es, para siempre, irrecuperable.

Valldemossa, 1919

La Cartuja, iluminada gracias a la luz eléctrica —de reciente instalación—, se recortó ante ellos desafiando a la oscuridad que la rodeaba.

Al antiguo monasterio, de planta cuadrada, se le había añadido un edificio más bajo, rectangular y alargado, pensado para acoger las pequeñas estancias de los monjes. Tras varias ampliaciones y reformas, la Cartuja reunía las condiciones para ser una abadía, un palacio o una fortaleza.

A pesar de todas las alteraciones era un edificio orgulloso que desprendía armonía. Un equilibrio sereno, que parecía invitar al visitante a calibrar el paso del tiempo a partir de sus muros.

Se puede envejecer bien, parecía decir la Cartuja, si asumes el cambio como algo propio.

Estaba rodeada de una cuidada vegetación repartida en varias terrazas y jardines. El lejano gorgoteo de las fuentes confería al lugar el frescor y el aislamiento necesario para evocar un paraíso perdido y recuperado.

La noche había traído consigo el frío. Un frío húmedo que atravesaba la ropa y se instalaba en las articulaciones y en el alma.

Se acercaban a una de las entradas laterales cuando Cosimo se quejó por enésima vez.

—Habría preferido un frac —murmuró, observando con envidia el elegante atuendo de Neudorf—. Este uniforme...

El uniforme de los *arditi* era de un oscuro verde caza. El cuello de la chaqueta lucía unas llamas negras, distintivo de su unidad. Una de sus cuatro dagas descansaba inocentemente en su funda, colgando del cinto como fruta madura. Una mancha de sangre ajena, ya seca, se extendía por la manga izquierda y por parte del pecho, disimulada parcialmente por la insignia de oro al Valor Militar.

No hablaba de aquella condecoración, pero se sentía orgulloso de ella.

—Las dagas, dos cicatrices y esta medalla —solía decir—. Así me pagó Italia por cuatro años de barbarie...

Lo repitió mientras se rascaba el cuello, incómodo.

Había engordado y la camisa blanca se le clavaba en la carne como un alambre. Los botones dorados de la chaqueta estaban a punto de salir despedidos en cualquier dirección.

—Este uniforme representa otra época —masculló, completando la frase.

Neudorf le dio la razón.

—No te cabía otra cosa —explicó con media sonrisa, mientras le colocaba la corbata negra.

—Qué vergüenza —exclamó el italiano—. Dejaré de comer. ¡Lo juro!

—Y yo de fumar —se burló Felipe, mientras le daba una calada a su Moeris—. Vamos, llegamos tarde.

Mostraron su invitación, cruzaron los jardines de la Cartuja y se adentraron en el interior del edificio. Los pasillos, a pesar de su austeridad, eran amplios y elegantes. Los techos se elevaban más de tres metros sobre el suelo, y las sencillas paredes encaladas y las baldosas de barro cocido evocaban a otros tiempos donde aquellas estancias eran recorridas por monjes silenciosos de camino a su oración.

Atravesaron la penumbra de unos soportales en un precioso patio interior y llegaron a un enorme salón bien iluminado. Dos grandes chimeneas, en las que podría haber cabido Cosimo sin apenas encorvarse, caldeaban el ambiente.

Babenburg y el anfitrión habían sido amigos. Neudorf había visitado la Cartuja en numerosas ocasiones, pero era la primera vez

que accedía a la parte más íntima del edificio.

Joan Sureda y Pilar Montaner flanqueaban la entrada y se adelantaron a saludarles. Neudorf agradeció que los golpes de la cara casi hubiesen desaparecido.

—¡Felipe! —exclamó el marido demasiado alto, cogiéndole de las manos.

Joan Sureda era el único heredero rico mallorquín que no lo parecía. Tenía una frondosa barba morena, la cara blanca y alargada, y unos modales exquisitos que contrastaban con su apariencia descuidada. Además, estaba sordo como una tapia, por lo que solía gritar.

Su mujer, Pilar, era un poco más alta que él y también vestía de manera sencilla. Tenía la cara redonda y una mirada decidida, sin embargo, viendo la efusividad de su marido, se mantuvo prudentemente en un segundo plano.

Sureda se acercó aún más a Neudorf y trató de bajar la voz, a pesar de ello, sus palabras resonaron por todo el salón.

—Siento lo de Babenburg —exclamó en su peculiar susurro—, en esta casa le teníamos mucho cariño. Escúcheme, hago bien pocas cosas, pero sé calar a la gente. Ya lo creo que sí. Babenburg era un hombre bueno. Es imposible que hiciese algo así.

Aunque la persona más alejada no hubiese prestado atención, lo habría escuchado.

El italiano se puso rojo. Neudorf ignoró la oleada de miradas y sonrió al anfitrión con aprecio.

—Se lo agradezco, señor Sureda.

Presentó al *maggiore* y se perdieron entre la gente. Habría unos veinte invitados y ninguno les dirigió la palabra. Cosimo observó, de reojo y admirado, cómo Neudorf mantenía el aplomo.

—¿Conoces a toda esta gente? —le preguntó.

Neudorf cogió dos copas de champán y le ofreció una.

—A la mayoría —reconoció—. Artistas buscando un mecenas, nobles sin dinero, sindicalistas venidos a más, empresarios, cazafortunas... Nos hacen un favor no hablando con nosotros.

Cosimo recorrió la estancia con la mirada y le dio un codazo en el brazo malo a Neudorf.

—Mira —dijo señalando con la cabeza el fondo del salón.

El conde de Algaida, vestido con pulcritud, conversaba

distendidamente con otros dos hombres.

—Uno es un banquero de Palma —precisó Felipe—. El otro, un prestamista judío.

—¿Negocios turbios?

Neudorf asintió sin ganas.

—Puede ser. Pero no me encaja... Es un hombre demasiado simple.

El italiano percibió algo en el fondo de sus ojos como se intuye una luz al final de un túnel.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó con curiosidad.

En la mirada de Felipe había un desafío incierto. Una compleja alegría.

Durante la hora de camino desde Son Galcerán a la Cartuja, Neudorf le había contado a Cosimo la conversación con Vicente Lerena.

La muerte de Catalina, la actitud de Juan Horrach, la nota de Babenburg, el calibre de la pistola...

Neudorf extrajo la caja negra del bolsillo interior de su chaqueta y maldijo al apreciar que se le estaban acabando los Moeris. Se puso el penúltimo en los labios y encendió una cerilla. Exhaló el humo y le dedicó una ambigua sonrisa a Cosimo.

—Provocarle —sentenció.

Se disponía a andar en su dirección cuando una voz femenina pronunció su nombre.

Se giró sabiendo que siempre había estado allí, a su espalda, entre la violencia y lo que es demasiado bueno para ser verdad.

—Carmen —susurró, como si su nombre fuese un antiguo misterio.

Ella le devolvió una mirada de esas de las que solo las mujeres son capaces.

—Supuse que vendrías —dijo, resuelta—. ¿Quién es tu amigo?

El aludido no esperó a que le presentasen.

—Cosimo Quadra —anunció—. *Maggiore* del Regio Esercito.

Acompañó sus palabras de una pequeña inclinación de cabeza y el gesto de besarle la mano.

Carmen le observó detenidamente, divertida.

—Compañeros de armas, entiendo.

Cosimo se encogió de hombros y las costuras del uniforme se

tensaron un poco más. Los botones de su camisa temblaron del esfuerzo.

—Enemigos, la mayor parte del tiempo... —explicó en un español casi perfecto—. Pero el duque de Hallstatt, Babenburg, me salvó la vida en Caporetto.

—Un detalle por su parte —concedió la joven con una sonrisa indescifrable.

Él enarcó las cejas.

—La guerra, por lo general, es absurda, sucia y despiadada —se giró hacia Neudorf y le apoyó la mano en el hombro—, pero hay hombres que la ennoblecen.

Felipe agradeció sus palabras en silencio. Iba a responder, pero los anfitriones interrumpieron la conversación indicando que la cena estaba ya servida.

Todos los invitados atravesaron una de las puertas laterales y accedieron a una estancia más recogida que la anterior donde una alargada mesa reinaba en el centro. No había luz eléctrica, por lo que se habían encendido los candelabros. Y aunque el salón estaba bien iluminado, había algo de lúgubre en las sombras que proyectaban las llamas.

Entraron en silencio, algo sobrecogidos. Tratando de mantener vivas las conversaciones, pero, conforme la oscuridad los rodeaba, bajaban inevitablemente la voz.

Neudorf aprovechó la penumbra para observar a Carmen.

Lucía un vestido azul marino, ceñido en la cintura, simple pero elegante. Tenía el pelo recogido en un elaborado moño, que dejaba despejado su rostro ovalado y magnificaba sus ojos rasgados. Como única joya llevaba un collar de piedras negras —hematites, pensó— y guantes del mismo color.

Trató de controlar el impulso de abrazarla y se giró. Encontró a Cosimo junto a la mesa, leyendo detenidamente los pequeños carteles que había sobre cada plato.

—Una vez más —murmuró el italiano cuando Neudorf llegó junto a él—, el destino.

Señaló el otro lado de la mesa con la cabeza y Felipe vio el nombre y el título del conde de Algaida escrito en una de las tarjetas. Lo tenían sentado enfrente.

—Puede ser... —dijo mientras le devolvía el saludo a Sureda y

este le guiñaba un ojo.

Bajó la vista de nuevo y, a la derecha de la tarjeta del noble, leyó el nombre que necesitaba. La única persona que tenía el desparpajo necesario para manejar la tensa situación que estaba a punto de tener lugar.

El destino, recordó.

—Buenas noches, pareja —saludó Donato Levi, mientras reconocía su nombre en la tarjeta que Neudorf acababa de leer—. Aún me dura la resaca del otro día. Espero no haber dicho muchas tonterías. Lo del hijo de aquel pescador...

Cosimo le quitó importancia con la mano.

—No recuerdo *niente*.

El *batle* de Valldemossa se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

—Necesito una copa... —resopló mientras se dejaba caer en la silla y llamaba a un camarero— antes de que empiece este espectáculo.

Neudorf sonrió. Levi era más alto que la media —aunque un poco más bajo que Cosimo—, pero con la edad había adelgazado hasta extremos preocupantes. El *batle* decía que era la melancolía. Aunque lo cierto es que apenas comía y se pasaba el día enfrascado en las gestiones diarias de Valldemossa.

El traje que llevaba aquella noche le quedaba ancho de espaldas y llevaba la corbata casi desabrochada, pero había algo en su actitud que lo volvía elegante. Como si el hecho de que no le importara la impresión que podía causar en los demás lo elevara por encima del resto.

El parche de seda remataba su aspecto, confiriéndole un aire enigmático y despreocupado.

Un camarero apareció con un vaso de *scotch* con un hielo y Levi se mojó los labios mientras cerraba el ojo.

—Perfecto —murmuró.

Neudorf sintió cómo Cosimo se tensaba y miró alrededor.

Salomé Martí, la doctora del Trinidad encargada de su abuela, se despidió de dos invitados y se dirigió hacia ellos.

Llevaba un vestido verde agua y el pelo rubio suelto. Neudorf apreció que la prenda era de una seda de muy buena calidad. Las miradas de varios hombres acompañaron a la doctora hasta la mesa.

Incluido Cosimo.

—¡Qué coincidencia! —saludó mientras se sentaba al lado del *batle*.

Se notaba que no estaba del todo cómoda. No esperaba encontrarlo allí.

Antes de sentarse, Sureda se acercó como un zorro.

—Levi —ordenó cariñosamente, poniéndole la mano en el antebrazo—, cuéntales cómo va tu plan contra Ausias May.

—¿Ausias May? —preguntó Felipe, inclinándose hacia adelante interesado.

Joan soltó una carcajada cómplice y se alejó con rapidez, mientras el alcalde lo observaba como un tendero a un chaval que le ha robado una manzana: con odio e impotencia.

Salomé pareció interesarse en el tema y Neudorf le dedicó una mirada cargada de curiosidad. Fuera del Trinidad, la doctora parecía olvidarse de la batalla que sostenía contra el hermético gremio de los médicos y volvía a su esencia. Una mujer despierta, interesaba en todo lo que ocurre a su alrededor.

—Si no es mucha indiscreción... —murmuró mirando a Levi—, a mí también me gustaría escucharlo.

El otro se encogió de hombros con una sonrisa derrotada.

No hay secretos con las mujeres, parecía decir, pero qué importaba.

—No te preocupes, querida. Estamos entre amigos. —Volvió a mojar los labios en el *scotch*—. Al principio, Ausias May hizo bastante dinero con el tabaco. Todo el mundo piensa que así montó su imperio, aunque, en realidad, lo más valioso de todo aquello fueron los contactos.

El *batle* había bajado la voz y susurraba sin dejar de mirar a los lados.

—Durante la Gran Guerra, consolidó su fortuna con el contrabando de material militar y se coronó suministrando combustible a los submarinos de los dos bandos. Esto provocó un conflicto internacional —añadió con una sonrisa impresionada—. Los británicos tuvieron que intervenir y el Gobierno español acabó expropiando Cabrera. Dicen que es para usos militares, pero en verdad es para que May no la utilice como almacén y punto de encuentro.

—Un estratega —observó Cosimo, admirado.

—Un indeseable —lo contradijo Salomé.

Sus ojos azules se habían oscurecido como una tormenta.

Neudorf le dio un codazo al italiano para que dejara de observarla con la boca abierta; y este se recompuso como pudo, tirando una copa llena de vino tinto.

—Lo siento —farfulló ruborizado mientras Salomé le observaba secar el mantel, divertida.

La doctora se giró hacia Levi, instándole a continuar. Este recuperó la palabra con una ceremoniosa floritura.

—Y ahora, el muy canalla, quiere ser político —murmuró—. Está moviendo hilos para que lo elijan diputado a Cortes por Palma, con la Izquierda Liberal, compitiendo contra el propio Antonio Maura, el presidente del Gobierno...

Dejó que sus palabras fueran cayendo sobre los presentes como hojas secas.

—¿Y tienes un plan para evitarlo? —preguntó Salomé.

El *batle* dejó escapar un suspiro.

—No es un plan en sí —explicó—, simplemente...

Su afable sonrisa se esfumó cuando el último comensal se unió a ellos.

Francisco de Cardona, conde de Algaida, observó la mesa como quien contempla un potro de tortura.

—Señor conde —saludó Levi—. ¡Qué auténtico privilegio!

El noble se dejó caer en la silla con una elegante desgana.

—Por favor, no grite —exigió, trabándose entre la ge y la erre—. No estamos en una taberna.

Cosimo sonrió al escuchar cómo pronunciaba «tabegna».

Parece un sapo francés con traje, reflexionó.

El frac apenas disimulaba su flacidez. Llevaba el pelo moreno y escaso peinado hacia atrás. Sus labios brillaban como si estuviesen encerados.

El alcalde puso su ojo sano en blanco y apuró el *scotch*, bebiéndoselo de un trago.

—Voy a necesitar otro de estos —masculló.

Antes de que sirvieran el primer plato, una de las criadas se acercó a Salomé y le comunicó que una emergencia la requería en el hospital. La doctora se levantó algo azorada, se disculpó con los anfitriones y abandonó el salón.

Cosimo no pudo evitar una maldición y Levi, atento, sonrió.

—Ah, el amor —dijo como para sí mismo.

Cardona miró al italiano de soslayo, con desprecio, dejando escapar una risa hueca.

—¿Tiene algún problema, señor conde? —murmuró este de mala manera.

El noble apreció el enojo del italiano y amplió aún más su sonrisa de batracio.

—Muchos, la verdad, Cecilio, gracias por preguntar —respondió relajado mientras jugaba con una miga de pan.

—Su nombre es Cosimo —se adelantó Neudorf, intuyendo la rabia del italiano.

Cardona se encogió de hombros.

—Cosimo, Cándido, qué más da. Todos ustedes son igual de insignificantes.

Levi soltó una carcajada contenida y el conde se giró hacia él con ojos oscuros.

—Y usted —dijo, mientras la saliva se le acumulaba en la comisura de los labios— hablando de amor... ¿Qué amor puede sentir un desequilibrado como usted? ¡Debería hablar de egoísmo! Y atender mejor a sus deberes como *batle* en lugar de pasarse el día corrompiendo a la juventud con sus prácticas aberrantes.

Levi sostenía su tercera o cuarta copa de *scotch* en la mano y fruncía los labios con calma, ajeno a la tensión, como sopesando la sugerencia del conde.

—Puede ser —reconoció con una sonrisa triste y el ojo vidrioso.

Neudorf sintió cómo el *maggiore* se revolvía y decidió tomar la iniciativa.

—Cualquiera diría que la muerte de su prometida le ha venido bien, señor conde.

Todo, por un instante, se detuvo.

La mirada brillante de Levi, la cólera imprecisa de Cosimo, el sólido rencor de Cardona. Todo quedó flotando en el aire como las luces inciertas de un amanecer.

La calma inhóspita antes del furor de la batalla.

—¿Disculpe? —balbuceó el conde.

Neudorf recrudeció el tono.

Algo no encajaba en la prosperidad de Algaida. Las ventanas

nuevas, el tejado reparado, la casa recién pintada. La torre reconstruida. Aquello era mucho dinero. Y cuando él abandonó la isla, las finanzas del conde estaban al borde de la bancarrota.

—Digo —afirmó despacio—, que no deja de ser curioso cómo la muerte de Catalina Horrach lo ha salvado de la ruina.

El conde apretó los dientes.

—Una palabra más...

Neudorf no le prestó atención.

—Me gustaría entenderlo, eso es todo. Cómo un noble arruinado, sin empresas, sin apenas patrimonio, consigue recuperarse después de dos décadas dilapidando la herencia familiar.

Si las miradas atravesasen la carne, Francisco de Cardona ya le habría matado varias veces. Toda la mesa, los veinte comensales, se habían quedado en silencio. Unos presenciaban la escena con la boca abierta, otros rehuían el contacto visual. Sureda, al fondo, a pesar de no oír nada, seguía la conversación con curiosidad, como un pintor que da dos pasos hacia atrás para contemplar su obra.

Neudorf creyó ver a Carmen en uno de los extremos sonriendo.

El destino de Catalina podría haber sido el de cualquiera de nosotras, le había dicho la primera vez que se volvieron a ver.

Aquello era una venganza general. Una manera de poner las cosas en su sitio.

El mal crece, parecían decir sus ojos, cuando renunciamos a pelear.

El conde pasó, de pronto, de la indignación a la jovialidad. Parecía controlarse mejor aquel día. Dio una palmada en la mesa y se levantó, reuniendo en su persona todas las miradas.

—He rozado la indignación —explicó con la mirada limpia, sin apenas resentimiento— pero, de pronto, he recordado que lidio con un bastardo. —El ambiente era tan tenso como la cuerda de una guitarra —. No se puede convertir a un cerdo en un caballo —continuó Cardona— por mucho que se le eduque en las mejores cuadras.

Varios miembros de la rancia aristocracia mallorquina se sonrieron, secundándolo.

—Bueno —le interrumpió Cosimo—, usted ha pasado de caballo a cerdo. No lo veo tan complicado.

—¡Ja! —bramó Sureda con el dedo índice extendido.

Todo el mundo percibió cómo Pilar, su mujer, le daba una patada

y este, tras el susto inicial, se hundió en su asiento, avergonzado por su salida de tono.

Cardona le miró como quien observa a alguien comer con las manos.

—En qué momento permitimos que estos pueblerinos se sentaran a nuestra mesa... —dijo como para sí mismo.

Alguien al fondo se indignó, pero el conde ignoró la protesta. Alzó las manos y se dirigió a toda la cena.

—Mi prometida, nuestra querida Catalina Horrach, fue asesinada a sangre fría por el padrino y mentor de este... —se interrumpió un segundo, buscando la palabra adecuada—. De este descastado. —Se dirigía indistintamente a ambos lados de la mesa, abarcando toda la sala, como un político en una asamblea. Sus labios gruesos y brillantes oscilaban como un salmón. El toque gangoso había casi desaparecido. Hablaba con fluidez y toda la cena le escuchaba—. No permitiré que en mi presencia se falte a su memoria —sentenció.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se dispuso a irse, pero la voz de Neudorf reverberó en todas las esquinas del salón.

—Lo averiguaré.

La amenaza alcanzó la espalda de Cardona como una flecha. El conde se giró y, por un instante, se sostuvieron la mirada con tanta intensidad que el aire vibró.

Al cabo, el noble soltó una risa ahogada.

Definitivamente, pensó Felipe, era otra persona. No se parecía nada al noble cansado y pusilánime que habían visitado el otro día. Algo le había insuflado confianza.

—Si le da tiempo... —murmuró entre dientes, antes de perderse tras el quicio de la puerta.

Una incómoda apatía se instaló en los presentes. Todas las miradas iban de Neudorf a Sureda, acompañadas de un suave murmullo que fue creciendo hasta alcanzar el techo.

Ajeno a todo, Neudorf observó con atención a uno de los invitados. Los ojos de Cardona se habían detenido durante un segundo de más en él. Era un tipo joven y elegante. Tenía el pelo castaño y una mirada perspicaz. Conversaba distraídamente con alguien que tenía enfrente. Su sonrisa dejaba entrever una dentadura perfecta.

Le susurró a Levi una pregunta rápida y este asintió con seriedad. Había algo de preocupación en su expresión. Aquello había ido

demasiado lejos.

A su alrededor, la velada parecía estar tocada de muerte, pero Pilar Montaner reaccionó a tiempo.

Mandó traer los segundos y presentó ceremoniosamente a Joaquín Sorolla. Además de su mentor, era uno de los pintores más famosos de España. Sorolla tenía la nariz alargada y parecía que se abría paso a través de su frondosa barba. Rondaba los sesenta años, pero se conservaba bien.

A pesar de que la amenaza de Cardona seguía resonando en su cabeza como una piedra cayendo por un barranco, Neudorf recordó que Carmen había mencionado a Sorolla, y que pensaba mudarse a Madrid para pintar en su taller.

El pensamiento le encogió el estómago.

Tras varios temas superficiales de conversación, llegaron los postres, el humo de los puros y la displicencia del alcohol; y Cosimo le dedicó a Felipe una mirada que resumía todo el tedio del mundo.

Por qué seguimos aquí, preguntaban sus ojos cansados.

Neudorf sonrió.

—Ya está bien por hoy —murmuró.

Se despidieron de Sureda con un gesto de cabeza a una distancia prudente —mientras Pilar les ignoraba deliberadamente— y recogieron sus abrigos. Felipe preguntó por Carmen, pero, para su decepción, le indicaron que había ido a atender a uno de los hijos del matrimonio.

Abandonaron la penumbra del salón rodeados de indiferencia.

Mientras recorrían el mismo jardín por el que habían llegado a la fiesta, encendió su último Moeris y soltó una bocanada de humo como quien da un portazo.

—Vaya noche —dijo entre dientes, casi sonriendo.

Cosimo caminaba a su lado en silencio. Por primera vez en mucho tiempo lo notó preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Neudorf.

El italiano pareció volver de un lugar oscuro.

—Te ha amenazado.

Neudorf frunció los labios y bajó la vista para contemplar su brazo en cabestrillo.

—Estaba Juan Horrach —murmuró, recordando el vistazo de Cardona al tipo de la sonrisa perfecta—. Me lo ha confirmado Levi.

Esos dos tienen algo entre manos.

El italiano se encogió de hombros.

—Puede ser... —afirmó mientras acariciaba distraídamente la daga que colgaba del cinturón de su guerrera—. Sea lo que sea, te lo aviso ya: no volveré a quedarme quieto.

Neudorf sonrió.

Después del encontronazo con Miquel Terra, no hacer nada sería un suicidio. Debían estar preparados para cualquier cosa. Especialmente después de las palabras del conde. Aunque se esforzaba en no parecerlo, también estaba preocupado.

Tenían que descubrir cuanto antes qué había pasado con Catalina Horrach.

—Está lloviendo —se quejó Cosimo contemplando el cielo—. Lo que nos faltaba.

Habían salido de la Cartuja y se disponían a atravesar Valldemossa. Una lluvia fina caía sobre el pueblo como una antigua maldición. No habían querido montar para no arrugarse la ropa. Son Galcerán estaba a una hora andando del pueblo y, a pesar de la sugerencia de Cosimo de utilizar el faetón de la abuela Luisa, Neudorf había decidido ir y volver a pie.

—La próxima vez, también podemos venir descalzos —sugirió el italiano de mal humor.

Doblaron una esquina y adivinaron, a lo lejos, la plaza donde estaba Can Joan. El sonido de voces animadas llegó hasta ellos. Decidieron callejear para resguardarse bajo los tejados, cuando una silueta compacta surgió de entre los árboles, cortándoles el paso.

—Buenas noches, señor bastardo.

Neudorf y Cosimo observaron cómo a los lados varias sombras tomaban posiciones. El italiano se volvió hacia su compañero y desenfundó las dagas. No había rastro de su mal humor. Sus dos cicatrices, pálidas como la luz de la luna, resplandecían en la oscuridad.

—Espero que se haya traído al gordo del otro día —dijo en voz alta, con los ojos brillantes.

Neudorf tiró el Moeris al suelo y lo apagó cuidadosamente con la punta pie.

—Buenas noches, señor Terra —saludó, mientras se llevaba la mano derecha a la espalda y extraía un cuchillo Bowie de veinticinco

centímetros con mango de madera.

Acarició la doble hoja y el aire vibró de una manera siniestra.

La confianza de los seis hombres que los rodeaban menguó. No esperaban aquella reacción. Aquella frialdad.

La lluvia arreció.

Tras un primer vistazo, Cosimo susurró que únicamente Terra llevaba un arma de fuego; y se sonrió al intuir el miedo en sus ojos.

Neudorf asintió, se ajustó el vendaje de su brazo izquierdo y dio un paso adelante, sonriendo como un lobo.

—Me preguntaba cuándo volveríamos a vernos.

Capítulo 13

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—Séptima lección: quien resiste, vence.

Valldemossa, 1919

Neudorf ladeó la cabeza, ignorando el violento latido que repercutía en su sien y, de pronto, sintió calma. Tenía la íntima certeza de que aquella batalla sería la última. Que luchar más ya no sería necesario.

Hizo oscilar el cuchillo, casi por instinto, y la hoja cortó el aire, arrancándole una lúgubre vibración.

El ánimo de los cinco hombres de Terra flaqueó.

Cosimo ya había localizado al Gigante-calvo —el dueño de aquella risa infantil— que alzó las palmas de las manos, como pidiendo perdón de antemano, intuyendo la embestida que estaba a punto de recibir.

A su lado, el Gnomo le reprendió en voz baja.

Neudorf dio un paso hacia delante, flexionando las rodillas, plenamente dispuesto, cuando un rugido rompió la antesala del combate.

—¡Alto!

La voz estaba investida de una urgencia controlada.

Neudorf se giró despacio y reconoció a Donato Levi atravesando la lluvia apresuradamente. Llevaba el parche mal colocado —dejando al descubierto una maraña de carne oscura— pero, a pesar de todo el alcohol que había ingerido aquella noche, su ojo sano destilaba autoridad.

—No quiero saber qué estaba a punto de ocurrir —dijo mientras se limpiaba las gotas de la cara y dirigía una rápida mirada al Bowie de Neudorf—, pero es tarde, señor Terra, ¿no le parece?

Cosimo soltó una maldición y enfundó sus dagas con aire

fastidiado.

—El señor Terra, que por lo general es muy gallito, casi se caga en los pantalones —dijo sonriendo de lado.

El *batle,* lejos de compartir su entusiasmo, le reprendió.

—Valldemossa no es una gran taberna, señor Quadra. Debería aprender a comportarse.

Cosimo iba a responder, pero Felipe le interrumpió.

—Tiene razón, Levi —dijo con voz queda.

El Bowie había desaparecido. Neudorf se giró hacia Miquel.

—Lo que tenemos entre manos con el señor Terra... ya lo resolveremos más adelante.

La mirada del secretario destilaba un odio ancestral. A pesar de la oscuridad, Neudorf apreció su rostro congestionado.

—¡Ni más adelante, ni nada! —bramó Levi, encarándose con Terra, clavándole el índice en el pecho—. Si ocurre cualquier cosa, cualquier accidente... un hombre con un tajo en la cara, otro con una pierna rota... ¡Lo que sea! —exclamó, girándose hacia Neudorf— les haré a los dos responsables.

Cosimo soltó un bufido.

—Díselo a ese *stronzo* —murmuró a media voz, algo intimado por el tono del *batle*—. Él nos estaba esperando.

Levi se acercó a él con una advertencia en la expresión y el italiano dio un paso atrás.

Terra aprovechó para recomponerse.

—Solo queríamos divertirnos un poco en Can Joan, señor *batle* —dijo mientras hacía una seña a sus secuaces—. Pero el italiano... ya sabe.

El alcalde se giró hacia él.

—No —dijo más calmado—. No lo sé. Ni me interesa. Piérdase, señor Terra. Le quiero fuera de mi vista.

Este hizo una inclinación de cabeza, como dando el desplante por recibido y prometiendo no olvidarlo. Comenzó a andar calle abajo, rodeado de sus hombres.

—¡Nos volveremos a ver, señor bastardo! —se despidió alzando la mano.

Neudorf sonrió como para sí mismo.

—Eso espero —murmuró, sintiendo el peso del Bowie a su espalda.

Levi ignoró la última frase. Se colocó el parche y les hizo un gesto a los dos soldados.

—Venid conmigo —dijo aún enfadado, dirigiéndose hacia un carruaje que esperaba a cierta distancia—, os llevo a casa.

Abandonaron Valldemossa en silencio, acompañados por un suave traqueteo que desdibujaba el tiempo. Las gotas repicaron en el techo del vehículo. Dos truenos retumbaron en el cielo.

Pobres pescadores, pensó Neudorf. Las tormentas en alta mar son como las batallas en una guerra. Nunca sabes si vas a volver.

La tensión se fue deshaciendo poco a poco. Un viento frío y húmedo atravesó las ventanas del carruaje y Cosimo se arrebujó en su chaqueta, maldiciendo por lo bajo.

Fue Levi el que rompió el silencio.

—No podéis hacerlo delante de todo el pueblo —musitó.

Los dos soldados se inclinaron hacia adelante, esperando a que continuase.

El *batle* suspiró.

—Lo sabes perfectamente, Felipe —explicó—. La violencia, aunque tengáis razón, no exculpa a Babenburg a ojos de los mallorquines. Necesitas pruebas, no más sangre. El espectáculo de hoy...

—Era necesario —afirmó Neudorf—. Aun así...

La frase quedó suspendida en el aire.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cosimo.

El aludido se pasó la mano por la cara rasurada mientras reflexionaba.

—En la reacción del conde —admitió—. El otro día, en su casa, no se sentía tan seguro. No había tanta... soberbia.

—¿Fuisteis a verle? —preguntó Levi.

Neudorf le contó la conversación que habían mantenido con Cardona. Su impresión sobre la casa. Sus respuestas esquivas. Su actitud poco concreta.

—Hoy parecía un hombre diferente —reflexionó.

—¿Un hombre preparado? —aventuró el *batle*.

—Puede ser —dijo Neudorf en un susurro. Se llevó la mano al interior de la chaqueta y se dio cuenta, en aquel instante, de que se había quedado sin Moeris.

Levi interpretó el gesto y le ofreció un cigarrillo sin marca.

—No es austriaco —aseguró con media sonrisa—, pero funciona igual.

Neudorf inundó sus pulmones de humo y dejó pasar el tiempo, sin prisa, mientras se mordía el labio.

—¿Sabes de dónde saca Cardona el dinero?

Los cascos de los caballos llenaban la oscuridad. Levi puso los pies en el asiento libre que tenía enfrente, lo miró y se encogió de hombros.

—Dicen que él y Horrach han hecho varios negocios juntos. Nadie sabe cuáles.

—¿Cardona podría haber acudido a May? —preguntó Neudorf.

Levi soltó el aire por la nariz, como si aquello fuese lo más gracioso que hubiese escuchado en toda la noche.

—Lo dudo —dijo entre dientes—. Ese cabrón no se junta con incompetentes.

Cosimo pareció volver de su enfado.

Le apetecía la escaramuza contra aquellos patanes y Levi se la había estropeado. Empuñar las dagas le había devuelto algo que creía haber perdido.

—¿En qué consiste su plan contra ese contrabandista? —preguntó el italiano.

No le había tuteado y Levi esbozó una sonrisa agridulce. Se incorporó en el asiento y un suspiro cansado surgió de sus pulmones antes de hablar.

—May se ha dado cuenta de que la mejor manera de consolidar su posición económica es controlando la política —declaró—. Lo quiere hacer a través del Partido Liberal, el partido político del conde de Romanones.

Levi les explicó que, en octubre de 1918, Antonio Maura había renunciado a la presidencia del Consejo de Ministros debido a la inestabilidad política del país y los intentos de Alfonso XIII de influir en la toma de decisiones.

Aquello había dado vía libre al conde de Romanones.

A pesar de su discurso progresista, el aristócrata era uno de los mayores terratenientes de España y estaba utilizando su influencia para fomentar el clientelismo y sostener a la élite. Aquello no había sentado nada bien a un movimiento obrero que, día a día, ganaba más fuerza y que veía en estas prácticas un obstáculo para el progreso

social y económico. Su mandato había estado plagado de constantes tensiones políticas y sociales.

Las próximas elecciones estaban programadas para finales de 1920 y Maura volvía a presentarse.

—El problema —continuó el *batle*— es que la llave para ser diputado por Palma siempre recae en Valldemossa. Hay mucho terrateniente con grandes extensiones de cultivos y quien promete el trigo más barato, tiene su voto.

—¿Así de simple? —preguntó Neudorf.

Levi chasqueó la lengua y dejó deslizar la espalda por el asiento.

—La siembra comienza el 15 de febrero. En menos de un mes. A partir de ahí, todo es tiempo y precio.

—¿Y qué pretende hacer? —preguntó Cosimo.

Una sonrisa iluminó el rostro del *batle* y mientras hacía una pausa teatral se miraba las uñas.

—Traer trigo en dos semanas —afirmó al cabo de varios segundos— por la mitad de precio.

—¿Vas a presentarte para diputado? —le interpeló Neudorf, divertido.

El *batle* se revolvió en su asiento.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó—. Le quito los votos a May para dárselos a Maura.

Este último propugnaba la revolución desde arriba. Su objetivo era regenerar las instituciones y combatir el caciquismo.

—Y, además —añadió Levi con ojos brillantes—, Maura es mallorquín.

El italiano asintió, convencido.

—¿Cómo podríamos ayudarle?

Levi alzó la mano e hizo un delicado movimiento de muñeca.

—Lo siento, Cosimo querido —dijo con retintín—. No sé si aún puedo fiarme de vosotros.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Como quiera —masculló cruzándose de brazos.

Neudorf les observó complacido. Tenía apoyado el codo derecho en el marco de la ventana y sostenía el cigarrillo entre los dos dedos.

Podrían llegar a ser amigos, pensó.

Pero hacía falta tiempo. Tiempo y confianza.

Se cogió una hebra de tabaco que tenía en la lengua y la tiró por

la ventana. Aquellos cigarros se parecían a los Moeris como un fusil a una escoba. En el bolsillo de su chaqueta, al lado de la caja vacía, estaba la foto de Catalina.

Fuera del carruaje la lluvia seguía cayendo con violencia.

—Lerena —dijo Neudorf, de pronto—. El otro día fui a verle.

—¿El carabinero? —preguntó Levi, enarcando las cejas.

Felipe asintió.

—¿Qué opinas de él?

El *batle* se encogió de hombros.

—Ese hombre vive perpetuamente irritado —observó—. Pero es efectivo. ¿Qué te contó?

Neudorf rememoró la conversación mantenida. Especialmente lo de la nota de Babenburg en la mano de Catalina.

Había algo allí que no encajaba.

No alcanzaba a entender por qué su padrino había dejado todo aquello por escrito.

¿Por qué ayudaba a Catalina a escapar del Trinidad? ¿A dónde iba aquel barco?

Levi percibió su frustración.

—Podríais hablar con Margalida —sugirió el *batle*.

—¿Con quién? —pregunto Cosimo.

—Margalida Basabe —precisó Levi—. Fue compañera de habitación de Catalina en el Trinidad antes de que trasladasen a la joven asesinada al ala de los Extraviados. Apenas habla del tema, pero quién sabe... A lo mejor la presencia de un italiano le alegra el día y se pone a cantar como un ruiseñor.

Cosimo refunfuñó en su esquina. A pesar de la oscuridad, Neudorf supo que el rubor cubría sus mejillas. No llevaba bien los piropos de otros hombres.

El resto del viaje lo hicieron en silencio. Era noche cerrada cuando llegaron a Son Galcerán. Levi se apeó con agilidad del carruaje y se encaminó hacia la entrada encogido en su abrigo, maldiciendo la lluvia.

Cosimo aprovechó para acercarse a Neudorf.

—No he querido decírtelo antes —dijo señalando con la cabeza a Levi—, pero he podido ver el arma de Terra.

Le animó a continuar con un gesto.

—Es un Smith & Wesson —detalló el italiano—. Un número siete.

Lo conozco bien.

—¿Y qué pasa con él?

Cosimo se mojó los labios con la lengua.

—El otro día —continuó—, Lerena te contó que las balas que extrajeron del cuerpo de Catalina tenían un calibre de 11 mm.

Se interrumpió un segundo y cogió aire, como quien se lanza al mar.

—El revólver de Terra es el mismo calibre —dijo al fin.

Neudorf asintió despacio, pensativo. Iba a decir algo cuando Levi, ya en la entrada, dio un respingo.

Los dos soldados le alcanzaron al momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó el italiano con la cara empapada.

El alcalde sostenía parte de la cerradura en las manos.

—Han forzado la puerta —dijo con voz queda—. Alguien ha entrado en Son Galcerán.

Capítulo 14

Monte Podgora, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—Odias el desorden, ¿verdad?
Neudorf observó a Babenburg sin saber a dónde quería llegar.
—Prefiero lo metódico.
—Yo también —afirmó su padrino—. Pero la vida no espera a nadie ni a nada. Debes encontrar confort en el caos.

Valldemossa, 1919

La fachada de la casa estaba envuelta en una densa penumbra, acentuada por los pinos que la rodeaban. La luna estaba oculta tras unas nubes grises que descargaban sobre la isla una lluvia racheada y fría; y la tranquila y soleada Son Galcerán, aquella noche, les recibía albergando en su quietud una amenaza implícita.
Cosimo y Neudorf avanzaron con las armas desenvainadas y la lluvia corriéndoles por el rostro, dispuestos, mientras Levi les seguía de cerca, como parapetándose tras ellos.

Quién diría que fue soldado, pensó el italiano, evitando comentarlo en voz alta.

El agua de la fuente resonaba en la oscuridad, por encima del aguacero, impidiéndoles percibir otros sonidos. A diferencia de la Cartuja, la electricidad aún no había llegado a Son Galcerán. Su iluminación dependía de velas y de lámparas de gas.

Neudorf subió rápidamente los peldaños de las Monedas, alcanzó la terraza principal, se desprendió del abrigo y encendió dos quinqués.

Una luz porosa dio forma a los muebles, a las puertas y a las paredes; y la tensión se redujo.

Por lo menos, pensó, no nos vamos a acuchillar a ciegas.

Con las lámparas encendidas accedieron al interior. Una suave brisa, a su espalda, les atravesó, arrancándoles un escalofrío.

—La puerta trasera está abierta —murmuró Felipe.

Gracias a Dios, pensó, María Miquela estaba en el Trinidad, cuidando a la abuela Luisa. Rezando fervorosamente para que despertase.

Avanzaron habitación a habitación con los dientes apretados, iluminándolas una a una, revelando el desorden al que habían sido sometidas. Había cuadros descolgados, estanterías volcadas y cajones tirados en el suelo. Su contenido, variopinto y desordenado, alfombraba cada estancia.

—Tened cuidado —dijo Levi, alumbrando el suelo.

Había huellas de barro húmedo por todas partes.

Más tarde, decidió Neudorf. Primero había que revisar toda la casa.

En el primer piso, el cuarto más maltratado era el despacho de Babenburg. Habían volcado una de las estanterías y los libros cubrían uno de los sofás y se desparramaban por el suelo. Felipe se acercó a la caja fuerte y observó con alivio que estaba intacta. No habían conseguido abrirla.

Bajaron por las escaleras y alcanzaron la parte de atrás. Neudorf cerró la puerta que daba al exterior y el viento que transitaba por la casa cesó.

—Nadie —masculló Cosimo, bajando los brazos, cansado de tanta adrenalina.

Neudorf se quedó observando el portón que acababa de cerrar. Se agachó y recogió del suelo una mascarilla médica de tela blanca, pensada para cubrir nariz y boca.

Había sido usada recientemente y los tres se quedaron observando el objeto en silencio. Felipe se la llevó a la nariz y cerró los ojos. Olía a una flor que ya había sentido antes, pero no lograba ubicar dónde.

—¿En qué piensas? —le interpeló Levi.

Neudorf dejó salir violentamente el aire por la nariz. También estaba agotado.

—Nos han oído —explicó con voz ausente, como calibrando todas las opciones—. Acaban de huir, pero es imposible seguirles la pista por el bosque con esta lluvia. Supongo que se cubrieron los

rostros para, en el caso de ser descubiertos, evitar que los reconociesen.

Lo dijo con una mezcla de asombro y rabia.

—¿Cómo sabes que son varios? —quiso saber Cosimo.

Felipe les hizo una seña para que le siguiesen y volvió a uno de los salones.

—Un hombre y una mujer —precisó mientras se inclinaba para alumbrar el suelo.

Varias pisadas de barro, que iban perdiendo consistencia conforme se adentraban en la casa, decoraban las baldosas del suelo. Se apreciaba, a simple vista, que había dos tamaños diferentes de pie.

—Esta —dijo indicando una de las huellas— es una horma de alpargata con plataforma. Por su tamaño diría que es de una mujer. La otra es una bota de campo. No es un pie demasiado grande, pero diría que es de hombre.

Por lo demás, las pisadas no tenían nada que las hiciese especiales. Ni una marca, ni un dibujo concreto. Nada a lo que aferrarse.

Neudorf se sumió en una reflexiva abstracción y se desplazó como en trance, buscando indicios.

—Las huellas acceden a la casa por aquí —dijo señalando la cristalera rota que daba al jardín—. Lo primero fue el despacho de Babenburg. El resto de las habitaciones las registraron de manera sistemática —concluyó—. Sabían que no tenían mucho tiempo.

Un pesado silencio se instaló entre ellos.

—¿Qué buscaban? —preguntó Cosimo.

Neudorf dirigió una mirada cansada a Levi, y este entendió.

—El tesoro de Babenburg —respondió el *batle* entre dientes.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire como volutas de humo.

—Las cartas deben de mencionar algo... —murmuró Neudorf.

Se quedó pensando con media sonrisa en la boca, consciente de que los asaltantes no habían encontrado lo que buscaban.

Gracias a Dios, Babenburg no daba puntada sin hilo.

Los otros dos le miraron con curiosidad.

—Pero no entienden su contenido —esclareció—. Únicamente saben que «todo está en la caja fuerte». Por eso han venido aquí, al origen. Y lo han revuelto todo.

—¿Una... *lettera codificata*? —preguntó el italiano extrañado.

Neudorf se encogió de hombros.

—Algo así.

El *batle* dio una palmada, desapareció en el salón contiguo y volvió con la misma botella de Bowmore que él mismo había abierto cuando les trajo a Son Galcerán.

—Discúlpame, Felipe, soy un maleducado, pero necesito una copa —dijo mientras se servía un dedo de alcohol y suspiraba —. Vaya nochecita me estáis dando.

Cosimo le imitó, pero se sirvió una copa de vino tinto.

Levi salió de la casa y pidió a su cochero que avisara a la Guardia Civil. Cuando volvió, los tres tomaron asiento en el amplio salón principal, rodeados de tapices, cuadros, mesitas de cartas y esculturas tirados por el suelo de cualquier manera.

El *maggiore* encendió la chimenea y se dejó caer en uno de los sofás como un fardo.

Tras varios minutos en silencio, el alcalde rompió el cómodo letargo en el que se habían sumergido.

—¿Fornés y su... compañera? —planteó como una posibilidad.

—Su fulana —matizó Cosimo.

Levi le dirigió una mirada desmayada.

—Muy sutil, querido, gracias.

Neudorf no pudo evitar sonreír.

—No creo que haya sido mi tío.

El *batle* se inclinó hacia delante y se sirvió otro dedo de alcohol.

—¿Por qué no?

Cosimo se revolvió, incómodo, por su insistencia. Felipe se encogió de hombros.

—A mi tío no le hace falta romper una ventana para entrar en Son Galcerán... Y tiene todo el tiempo del mundo para registrarla.

Levi se recostó, de nuevo, entre los cojines.

—Puede ser... —aceptó—. Pero un hombre enamorado no tiene estilo —añadió vaciando la copa de un trago—. Solo tiene un fin.

Para cambiar de tema, Neudorf le preguntó a Levi por Margalida Basabe y el *batle* les contó su historia. Cuando acabó, los tres hombres se quedaron envueltos en un confortable silencio hasta que fuera se escucharon las ruedas del carruaje y un relincho nuevo, de caballo joven y nervioso. Unos segundos después, con su tricornio y envuelto

en una pesada capa verde, Matías Posse atravesó la puerta principal de Son Galcerán completamente empapado.

Tenía los ojos rojos y hundidos. Sus movimientos eran lentos y su postura cansada. La cabalgada le había dejado sin resuello y estaba sudando.

Lucía una mirada tensa y preocupada.

—Buenas... noches —saludó con más convicción de la que transmitía.

Neudorf le agradeció su presencia y le alcanzó uno de los faroles.

—Con cuidado —le advirtió.

El guardia civil alzó el quinqué —descubriendo las pisadas del suelo— y se detuvo en seco.

—Huellas —alcanzó a decir.

—Desde que entraron —precisó Felipe—, pero es un calzado muy común.

Posse se agachó y tocó el barro de una de las pisadas con el dedo índice, manchándose. A través de la fatiga de ambos, Neudorf pudo apreciar su asombro.

El capitán se incorporó, rápido, sin añadir nada más.

—¿Por dónde entraron?

Levi se unió a la conversación.

—Forzaron la cancela y rompieron un cristal.

Posse dio una vuelta sobre sí mismo, calculando la distancia entre la entrada y la salida.

—¿Llegaron a verlos? —preguntó.

Neudorf volvió a apretar los puños con impotencia.

—No. Huyeron por la puerta de atrás cuando nos oyeron. Hemos encontrado esto.

Le tendió la mascarilla de tela blanca que habían hallado. Este la recogió con ojos inexpresivos. Estaba más callado de lo habitual aquella noche.

Felipe lo miró esperando encontrar en su expresión alguna respuesta.

No lo quería reconocer, pero se sentía expuesto. Aquella era su casa. Su refugio. Todo lo demás podía desmoronarse, pero él siempre podía volver a Son Galcerán.

O eso pensaba. Todo aquello le hacía sentirse vulnerable. Las batallas siempre se habían dado en lugares remotos, lejanos, y eran

otros los que perdían sus casas.

Aquel era un sentimiento nuevo. Una fragilidad diferente.

Y no le gustaba.

Sintió cómo una oscura rabia crecía en su interior, pero trató de ignorarla. No podía dejarse llevar por el impulso.

Escuchó, casi como desde otro mundo, cómo Posse pedía ver la puerta trasera. El guardia civil estaba nervioso, pero trataba de disimularlo.

Es demasiado joven, pensó Neudorf. Demasiado inexperto.

Se esforzaba en parecer profesional, en transmitir confianza, pero no dejaba de ser un chaval con demasiada responsabilidad sobre sus hombros.

El contrabando de Luis Fornés, las cacicadas de Ausias May, la sórdida condescendencia del conde de Algaida y el resto de los terratenientes y aristócratas de la zona, los industriales como Juan Horrach y sus intereses económicos.

Todo era un gran ajedrez donde cada uno buscaba sacar la mejor tajada y, en medio, un guardia civil que quería ser militar, torpe a veces, sin apenas barba, tratando de imponer la ley.

Son lógicas sus ojeras, pensó Neudorf, suavizando la mirada, proponiéndose tener más paciencia.

Llegaron a la cocina y el guardia civil alzó el quinqué, alumbrando los restos del incendio. Aunque ya habían reparado el tejado, las paredes seguían carbonizadas y la alacena estaba completamente destruida.

—Madre... mía —murmuró.

De noche, la escena era aún más perturbadora. Posse señaló su quinqué.

—Menos mal... que este no es de aceite —comentó, ausente.

Neudorf fue a decir algo, pero el guardia civil se giró y abandonó la casa. Fuera había dejado de llover.

Los tres hombres le observaron moverse mientras inspeccionaba la hierba que antecedía al bosque.

—Guapo y entregado —dijo Levi como para sí mismo, mientras miraba a Cosimo y alzaba las cejas.

El italiano gruñó y miró hacia otro lado, incómodo.

—Aquí hay algo —dijo de pronto el capitán, mientras estiraba el brazo.

Todos se acercaron. Posse sostenía entre los dedos una hoja doblada, manchado de tierra y musgo.

Milagrosamente seca a pesar de la lluvia.

—¿Dónde estaba? —preguntó Neudorf mientras la desdoblaba.

El guardia civil se giró.

—Ahí —dijo señalando el hueco que había en el tronco de una joven encina—. Es como si...

—Como si quisieran que lo encontráramos —terminó Neudorf.

Posse asintió, extrañado. Cosimo puso la mano en el hombro de su amigo.

—Felipe... —le interpeló con voz queda, señalando el papel.

El aludido se quedó quieto, consciente de aquel tacto familiar, del color, de los recuerdos que desprendía.

Aunque el sobre había desaparecido, Neudorf supo que era una de las dos cartas de Babenburg.

—¿Por qué? —acertó a decir Levi tras los primeros segundos de conmoción.

Su pregunta quedó en el aire.

Neudorf desdobló la carta con cuidado y leyó su contenido.

Trató de reprimir el temblor de las manos, pero apenas lo consiguió. El resto dio un paso atrás, dándole espacio.

—Tenías razón —dijo con una sonrisa triste, mirando a Cosimo.

—¿En qué? —preguntó este.

Neudorf le tendió la carta.

—Está en clave —dijo—. Puedes leerla en alto.

El italiano dirigió a Levi una mirada de desconfianza, pero obedeció.

8 de enero de 1914

Son Galcerán

Mi querido Felipe:

Espero y deseo que las revelaciones de la primera carta no te hayan abrumado. Solo somos dueños de nuestros silencios. Cuando fuiste mayor, era demasiado tarde; y yo tenía demasiado miedo. Confío que algún día sepas perdonarme.

Respecto a mi legado, soy consciente de que, pese a todo mi cuidado, su traslado a la isla ha despertado habladurías; alentando, cómo no, cierta codicia. Por lo que temo que esta carta acabe en las manos equivocadas.

Como siempre: llave y cerradura.

La llave está bajo el puerto de Palma. La cerradura, bajo las ruinas de un imperio.

Suerte.

Cosimo le dedicó una mirada preocupada a Neudorf y Levi se llevó la mano a la barbilla, extrañado.

—Babenburg ya intuía lo que podía pasar —murmuró—. ¿Te dicen algo estas palabras?

Qué no me dicen, pensó Neudorf, sin entender del todo a qué revelaciones se refería su padrino.

Se reprochaba, cada minuto, haberle confiado las cartas al notario. No haberlas abierto en el momento en el que las recibió y leerlo todo a la vez.

Pero no se atrevió.

Aquello era lo último que le quedaba de él. Y, de alguna manera, no quería admitir que su presencia, después de aquellas dos cartas, se desvanecería para siempre.

Ojalá hubiese tenido más tiempo, pensó. Ojalá me hubiese despedido antes de la batalla de Vittorio Veneto. Ojalá le hubiese dicho que todo lo que soy se lo debía a él.

Ojalá, pensó Neudorf mientras ahogaba un lamento, estuviese aquí, conmigo. Ayudándome con su mirada paciente y su voz profunda a resolver este puto misterio.

Cosimo percibió su zozobra y se aproximó a él.

—No desesperes —le susurró mientras de nuevo le ponía una mano en el hombro—. Hay tiempo. La respuesta llegará.

Felipe negó con la cabeza.

—No estoy tan seguro.

Posse y Levi se dirigían hacia la casa, en silencio, conscientes de que Neudorf necesitaba intimidad. Cosimo alzó los ojos para contemplar Son Galcerán y sonrió.

—Todo está ahí —murmuró—. Solo debes tener paciencia.

Las nubes habían desaparecido y la luna brillaba sobre el Mediterráneo, arrancándole suaves destellos argentados. No había viento, pero la mar estaba rizada, y la luz bailaba en las olas con una cadencia hipnótica y serena.

Cuando Posse y Levi se fueron, habían tratado de ordenar algo la casa. No querían que, cuando María Miquela volviese al día siguiente, se llevase otro disgusto.

Bastante tenía ya la pobre mujer con aquella casa de locos.

Cosimo y Neudorf se afanaron en colocar los muebles y poner de nuevo en su sitio los colchones. Los libros estaban tirados por el suelo y los cajones desordenados.

En una de las paredes del salón principal había cuatro cuadros —grandes y rectangulares— que los intrusos habían descolgado para comprobar que no había nada detrás. Los cuatro representaban paisajes muy parecidos. Barcos abarloados en el puerto, en distintas posiciones, a diferentes horas del día. Lo curioso de todos ellos era la técnica. Con trazos rápidos pero precisos, el artista representaba tanto los matices de la madera y el hierro como los del atardecer.

Utilizaba las sombras para dar volumen a los objetos. El mar era un compendio de colores que resumía a la perfección el brillo del agua y el misterio de la luz.

Cuando Cosimo sostuvo uno de ellos con las dos manos, lo contempló con detenimiento.

—Es hermoso... —murmuró—, pero pesa demasiado —añadió, mientras lo alejaba un poco más—. El marco es demasiado ancho.

Neudorf se acercó por detrás.

—Son de Sargent, un pintor americano —explicó, algo ausente—. Babenburg lo conoció en uno de sus viajes por el Mediterráneo. Siempre que podía, compraba sus cuadros.

Tras terminar de ordenar la casa, la tensión dio paso a un sombrío cansancio que les pesaba en el cuerpo como una bola de hierro. Salieron a la terraza para despejarse. Hacía un frío húmedo que se atrincheraba en los huesos como los franceses en el Somme, así que Cosimo encendió una pequeña hoguera sobre un soporte de hierro. Los dos soldados, arrebujados en sus abrigos, contemplaron el oscuro horizonte, sumidos en un silencio reflexivo.

Neudorf echó de menos un cigarrillo entre sus dedos.

—¿Crees que mi tío sería capaz de algo así? —le preguntó, sin girarse, al italiano.

Posse, antes de irse, insistió en seguir de cerca a Luis Fornés. Coincidía con Levi en que tenía la información necesaria y los motivos suficientes para intentarlo. No habría sido inteligente descartarlo sin más. Cosimo se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo entre dientes.

Mi propio tío, pensó Felipe, sin creérselo del todo.

Por otro lado, sabía que Miquel Terra volvería. Revivir el tema de Catalina había destrozado el precario equilibrio en el que se había instalado la isla y todos los implicados se agitaban. Tras el espectáculo de la cena, era obvio que Horrach le había ordenado intervenir.

Recordó la sombría mirada del secretario, el odio que destilaba. La venganza que prometían sus gestos.

Habrá guerra, pensó. Otra vez.

Observó cómo Cosimo contemplaba el horizonte y, por un segundo, se preguntó si aquello merecía la pena. Si Babenburg necesitaba que su honor fuera repuesto.

Neudorf cambió de posición y soltó un suspiro. Sabía la respuesta.

Pero cuánta muerte, se dijo, hemos de atravesar para llegar a la verdad.

—¿Es demasiado tarde como para dejarlo estar? —preguntó en voz alta, como para sí mismo.

Cosimo salió de su ensimismamiento y le miró con curiosidad.

Se le habían puesto los ojos melancólicos, como si estuviera pensando en alguien, como si echara de menos algo.

—¿Y Babenburg? —preguntó, adivinándole el pensamiento.

Su ahijado se encogió de hombros.

—Está muerto —murmuró, y al decirlo sintió una punzada en el estómago—. No creo que le importe.

El italiano esbozó una sonrisa tan triste como su mirada.

—¿Y a ti?

Ambos sabían la respuesta.

No, pensó Neudorf. No podría.

En aquel momento, algo dentro de él giró y encajó, como un mecanismo antiguo.

Después de tanto desconsuelo, su alma exigía una reparación.

—Justicia —dijo a media voz.

Cosimo le observó sin decir nada, como animándole a continuar.

—Aunque solo sea por una vez —añadió apretando los dientes—. Para que no paguen ni los justos ni los humildes ni los ingenuos... Que el dinero no salve a los poderosos.

Pensaba en la indolencia estúpida del conde de Algaida.

Pensaba en la soberbia de Juan Horrach. En su ambición y en su egoísmo. En todo lo que había propiciado la muerte de su hermana.

Pensaba en su padre. El archiduque. En la arrogante distancia que siempre les había separado. En la rabia que, poco a poco, se empezaba a reconocer.

Pensaba en su madre, en su mirada vacía y desamparada. En la locura irremediable que encerraba.

Pensaba en su tío, en la posibilidad de que estuviese intentando robarle lo último que le quedaba de Babenburg.

Y pensaba, también, en Carmen.

En sus ojos rasgados, en su voz.

En el amor que no creía merecer, pero que, aun así, necesitaba.

Una ancha sonrisa iluminó el rostro de Cosimo mientras observaba, al otro lado del fuego, la determinación de su amigo.

—Es importante saber por qué luchas —murmuró con los ojos encendidos.

Neudorf se recostó en su silla, tranquilo pero dispuesto.

Mañana será otro día, pensó.

Sentía una viva resolución en el pecho que le calentaba aún más que el fuego.

Iba a llegar hasta el final.

No lo sabía aún, pero aquella decisión iba a llenar de cadáveres los pinares de la sierra de la Tramontana.

Capítulo 15

Monte Podgora, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

> —Octava lección: la única razón para apuntar a alguien con un arma es para disparar.

Valldemossa, 1919

Las primeras muertes iban a llegar a la mañana siguiente.

Era un día típico del enero mallorquín, frío pero despejado. Había llovido antes del amanecer y el campo estaba cubierto de una brillante capa de agua. No había viento y, lejos de la sombra de los árboles, el sol reconfortaba lo justo para entrecerrar los ojos y dejarse llevar por el rumor del mar.

El clima invitaba a la calma y a la introspección. A paseos largos por la costa y a conversaciones alrededor del fuego.

A beber vino.

A disfrutar del amor.

Amplitud y soledad, había pensado Neudorf, al contemplar el Mediterráneo.

Pero el presente le requería concentrado.

Aún era temprano cuando Cosimo abandonó a caballo Son Galcerán.

Se dirigía a Sóller, un pueblo pasado Deià, enclavado en un valle, aislado del resto de la isla por las montañas, a orillas de una amplia bahía.

Iba a visitar a Margalida Basabe, la compañera de Catalina Horrach en el hospicio.

El día anterior, mientras esperaban a Posse en Son Galcerán, Levi les había contado que Margalida tenía unos cincuenta años. Había

ingresado en el Trinidad porque sufría una grave epilepsia. Su marido había sido marino. Una mañana salió a faenar, pero el barco nunca volvió. Se perdieron cinco almas aquel día; y, siendo Sóller un pueblo pequeño, las mujeres de los desaparecidos se enlutaron y se recluyeron en sus casas.

En el caso de Margalida, aquella estricta dignidad —aquel dolor enterrado y no reconocido— había dado paso a agudos espasmos que sufría en la soledad de su casa.

Fue su sobrino quien la encontró un día tirada en el suelo.

Había llegado al hospicio unas semanas después que Catalina. Convivieron juntas durante dos meses hasta que trasladaron a la joven al ala de los Extraviados.

—Cuando trascendió que Babenburg había asesinado a Catalina —había explicado el alcalde—, Margalida regresó a su casa y se confinó. Tanto los carabineros como la Guardia Civil fueron a hablar con ella, pero no consiguieron nada.

Ella sabía la verdad y no quería exponerse, había pensado Neudorf al escuchar todo aquello.

Cosimo tenía instrucciones muy claras: ser sincero. No ocultar nada.

Felipe sabía que no había nada que pudiese esconderle a la viuda de un marinero.

Lo había criado una: su abuela Luisa.

El italiano se había marchado hacía una hora, Neudorf le dio una última calada a un cigarro mal prensado y se dispuso a salir.

Él tenía una tarea algo más complicada que llevar a cabo: hablar con el hermano de Catalina, Juan Horrach. El poderoso industrial del calzado mallorquín.

Él y Ausias May pertenecían a una generación de campesinos y artesanos que, a través de diferentes caminos, había decidido forjarse su propio destino.

Mientras May suministraba petróleo ilegal por la noche, Horrach cerraba lícitos contratos por el día. El ejército francés y el alemán necesitaban cantidades ingentes de botas para sus soldados y, a través de varios contactos en los consulados correspondientes, el empresario en ciernes aseguró varias remesas para el humilde taller de su padre.

Aquella oportunidad, unida a su visión de negocio, le permitió invertir en mecanización, siendo uno de los primeros zapateros en

dejar de lado la artesanía y apostar por un sistema industrial de producción. En 1919, Calzados Horrach tenía dos fábricas de zapatos, una de cuero y otra de goma, y daba empleo a casi doscientas personas.

Juan Horrach había recibido un taller en Palma y, a base de tenacidad y desesperación, se había convertido en uno de los industriales más prominentes de la isla.

Tras el asesinato de Catalina, abandonó la ciudad con su mujer y se había recluido en una casa de campo a las afueras de Valldemossa.

—El matrimonio apenas participa en eventos sociales —le había explicado Levi—. Juan va una o dos veces por semana a Palma, donde Calzados Horrach tiene su sede, y poco más.

Tristeza y contemplación, pensó Neudorf mientras ensillaba el caballo.

Atravesó el bosque en su montura evitando los caminos. Tras el encontronazo con Terra, Cosimo y él habían asumido que la guerra había empezado.

Rodeó Valldemossa amparado por la sombra húmeda de los pinos. El dolor del brazo izquierdo había remitido un poco, aunque aún estaba lejos de estar curado. De vez en cuando, una brisa gélida le envolvía y un escalofrío le recorría la espina dorsal, pero no le importaba.

Aquella sensación le recordaba que estaba vivo.

Aún era temprano cuando llegó a la finca.

La verja de hierro estaba abierta y la casa principal se intuía desde el camino. Neudorf se adentró sin desmontar. Recorrió el camino que unía la entrada con la residencia y admiró el edificio. Parecía una villa francesa, con las paredes blancas y el tejado de pizarra. Tenía dos pisos con grandes ventanales —rectangulares y simétricos— orientados hacia el mar.

Una hiedra cubría uno de los laterales, y los setos que la circundaban estaban recién podados.

Las amplias escaleras de piedra, la frescura de la fachada, el brillo de los cristales.

No había nada que desentonase.

Al final, pensó, recordando el sutil desorden de Son Galcerán, la administración de una casa es el reflejo de la disciplina del dueño. De la armonía de su alma.

Desmontó con cuidado, pegando el brazo izquierdo al cuerpo y, justo cuando sus pies tocaron el suelo, un hombre con cara de pocos amigos apareció a su lado, sobresaltándole.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó sin rodeos.

El tipo tenía la cara cuadrada y la nariz partida de un boxeador. Llevaba las manos desnudas, pero Neudorf lo intuyó armado.

—Me gustaría hablar con Juan Horrach —explicó con calma.

—Nadie le ha invitado —observó el Boxeador, ignorando su respuesta—. ¿Por qué ha entrado sin avisar?

Felipe sintió ganas de terminar de partirle la nariz, pero, dado el estado de su brazo, consideró que no era buena idea.

—La puerta estaba abierta.

Los dos contemplaron durante un segundo la verja, abierta de par en par, y Neudorf percibió cómo el Boxeador empezaba a impacientarse. Y lo último que le interesaba aquel día era una pelea.

El hombre se llevó la mano a la espalda y Neudorf levantó la mano derecha extendida, la única que tenía sana, para pedirle paciencia.

—Mi padrino tenía varias deudas con él —inventó sobre la marcha—. No sé si está al tanto, pero me gustaría discutirlo con él.

El Boxeador pareció entonces entender al tipo que tenía delante. No suponía ninguna amenaza. Era, simplemente, otro proveedor más con cuentas pendientes y pocas horas de sueño.

—Para temas de negocios —resolvió con hosquedad— vaya a Palma, a la oficina de Calzados Horrach. Alguien lo atenderá.

Neudorf, aliviado, compuso su mejor sonrisa, inclinó la cabeza a modo de agradecimiento y se dirigió al caballo sin mirar atrás. Mientras volvía a montar, la puerta principal de la casa se abrió y un hombre elegantemente vestido cruzó el umbral. Él ya estaba encima del caballo y se estudiaron sin discreción.

Era el tipo de la sonrisa perfecta que había visto en la Cartuja el día anterior. Levi les había contado que el matrimonio evitaba los eventos sociales, pero habían acudido a la cena de los Sureda. Felipe entendió que Horrach había ido para sostener a Cardona.

Para infundirle seguridad.

Neudorf decidió que era la típica persona que cuando saludaba sonreía con la mirada vacía y apretaba la mano de más.

Un hombre con las ideas claras, aventuró.

Miquel Terra era su secretario. Y, por lo que veía con el Boxeador, el empresario se rodeaba de hombres broncos, tan dispuestos a la refriega como un niño a comer con las manos.

Se planteó tentar a la suerte y dirigirse a él, pero tenía el brazo en cabestrillo; e intuyó que el Boxeador estaba buscando cualquier pretexto para partirle el otro.

A pesar de la distancia que los separaba, los ojos de Horrach lo seguían con una penetrante curiosidad, como si estuviese decidiendo qué hacer con él. Se observaron en silencio hasta que Neudorf atravesó la entrada principal y lo perdió de vista.

El regreso a Son Galcerán lo hizo sumido en sus pensamientos.

Qué tipo de personalidad tendría alguien que nació en un hogar humilde y que a base de trabajo había llegado tan lejos.

¿Qué tipo de relación tenía con su hermana?

Por un lado, la prometió al conde en contra de su voluntad y la encerró en el Trinidad meses antes de la boda. Pero, tras su muerte, se recluyó lejos de la ciudad y permitió que Cardona participase en sus negocios.

¿De qué huye?, se preguntó.

Horrach, les dijo Levi, siempre había tenido un alma algo atribulada. Una sensibilidad herida. Como si su antigua condición de niño pobre le pesase a la hora de relacionarse.

Pero a él le había parecido todo lo contrario. No se mostraba como un ser atormentado.

Horrach era un hombre hecho a sí mismo, que parecía haber asumido todo lo que conllevaba el dinero.

Las noches sin dormir, los aduladores, los remordimientos, la soledad, los coches de caballos y las casas de estilo francés.

Su residencia era más elegante que Son Galcerán, pensó con algo de envidia.

Quizá los jardines no, pero la arquitectura era pulcra y refinada. Había cierta grandeza en sus simetrías, en las escaleras de piedra, en la hiedra, en sus grandes ventanales.

Descabalgó antes de traspasar la puerta forzada de la entrada a Son Galcerán. Seguía pensando en la casa de Horrach cuando se los encontró.

Cuatro hombres.

Mierda, maldijo para sí mismo, recriminándose la distracción.

No esperaba que actuasen tan rápido.

Neudorf pudo reconocer al Gigante-calvo, al Gnomo y a los dos extranjeros cuyas cabezas sobresalían del grupo, pero no vio a Miquel Terra.

Un batallón de castigo, reflexionó, mientras daba gracias a un Dios en el que no creía porque aquella mañana se hubiese decidido a llevar el Bowie a su espalda y un revólver con seis balas en el abrigo.

El Gnomo le saludó con aquella sonrisa suya demasiado forzada, como si la violencia tuviera un punto de lujuria.

Tres hombres aparecieron a su espalda, cortándole la huida.

Una emboscada en toda regla, rectificó Neudorf.

En la guerra, cuando les informaban de que en algún pueblo alejado del frente varios oficiales italianos se habían reunido para celebrar una boda o un nacimiento, enviaban a un equipo de soldados escogidos para aguarles la fiesta.

Una vez le pidieron a Neudorf que dirigiera una de aquellas encerronas, pero se negó.

Bastante deshonesta era la guerra como para utilizar las contadas alegrías del enemigo para acabar con su ánimo.

—El cazador cazado —canturreó alegremente el Gnomo con una voz aguda y estridente.

Neudorf calculó la distancia que le separaba de los cuatro hombres —en concreto del Gigante-calvo— y se permitió media sonrisa.

—Parece que Horrach no está muy contento —murmuró.

El Gnomo frunció el ceño y le señaló amenazadoramente con el dedo.

—Vais a...

En el momento en el que empezó la frase, Neudorf soltó las riendas del caballo. Se dio la vuelta mientras extraía el Bowie de su funda y de un tajo limpio le rebanó la garganta al idiota que tenía a su espalda.

Por un segundo el principio de la tráquea le asomó por el cuello, mientras la cabeza se inclinaba lentamente hacia atrás, la carne se abría y la sangre salía a borbotones. Antes de que se derrumbase en el suelo, Neudorf se pasó el cuchillo a la mano izquierda, olvidando el dolor que le recorría el brazo, se giró, sacó el revólver y apuntó al Gnomo.

Durante un instante, sus miradas se cruzaron.

Felipe apuntó a la cabeza y apretó el gatillo.

Pero el percutor se encasquilló.

—Joder —masculló, dejando caer el revólver y empuñando de nuevo el Bowie con la mano derecha.

El Gigante-calvo reaccionó rápido y se abalanzó sobre él con violencia, pero Neudorf le esquivó y se lanzó hacia el sicario —menos corpulento— que venía por su izquierda.

Le clavó la hoja en la ingle y se abrió paso a través de la carne rajándole el estómago. El hombre soltó un quejido sordo y cayó de rodillas, agarrándose los intestinos para que no se desparramaran por el suelo.

Neudorf se giró resoplando, esquivó un lento puñetazo del Gigante-calvo, avanzó dos pasos y le lanzó el cuchillo a otro de sus esbirros, acertándole en el corazón.

Tres muertos, contó, casi felicitándose.

Solo quedaban los dos extranjeros, el Gnomo y el Gigante-calvo.

Neudorf se encontraba entre ellos y la entrada a la casa.

Se giró para enfrentarlos cuando escuchó una detonación y una bala le atravesó el costado.

Cayo al suelo y trató de levantarse, pero el Gigante-calvo lo inmovilizó.

El Gnomo, a cinco pasos de distancia, sostenía en la mano su pistola, aún humeante tras el disparo.

Tenía los ojos trastornados y una mueca desquiciada le cruzaba el rostro. Sobrepasado por aquella carnicería, había disparado por pura inercia. No se esperaba una frialdad semejante; aquella eficiente y entrenada capacidad para matar.

Neudorf se llevó las manos a la herida y presionó con fuerza para evitar perder sangre. La bala había salido por detrás y no parecía haber tocado ningún órgano importante.

Aun así, pensó calibrando la rabia del Gnomo, no sé cómo voy salir de esta.

—Al final —dijo por decir algo, ignorando el dolor y tratando de ganar tiempo— se ha quedado buena mañana.

El Gigante-calvo le miró sorprendido mientras extraía el Bowie del pecho de su compañero y se lo colocaba en el cuello a Neudorf.

—Has... has matado a mis amigos —balbuceó como un niño.

Felipe se encogió de hombros y pensó en las ganas que tenía de fumarse un Moeris. Un último deseo antes de dejar todo aquello a medio hacer.

Un Moeris y volver a ver a Carmen.

—Vinieron ellos a que los matara —dijo con gravedad y sin desviar la mirada, sintiendo cómo otro apretaba la hoja contra su cuello.

El Gnomo pareció volver de su conmoción y corrió hacia él.

—¡Eres un animal! —chilló, apoyándole el cañón del revólver en la sien.

Neudorf evitó una sonrisa y se incorporó un poco, apoyando la espalda en el muro exterior de Son Galcerán.

Tendrías que ver a Cosimo, pensó casi con nostalgia. Él os habría despachado a todos sin que os diese tiempo a disparar.

Sintió una profunda pena en el pecho al pensar que lo dejaría solo en aquella isla.

Al menos, se consoló, tendrá a Levi.

—Ha matado a tres de los nuestros —volvió a gemir el Gigante-calvo, tratando de contener las lágrimas.

Lo afirmó sin dejar de presionar la hoja afilada contra su cuello. Los dos extranjeros contemplaban la escena desde la seguridad de su altura. Como si nada de aquello tuviera que ver con ellos.

El Gnomo se alejó un paso mientras seguía apuntando a Neudorf con el revólver, pero, antes de disparar, dudó.

Y aquellos dos segundos firmaron su sentencia de muerte.

—¿A qué esperas...? —sollozó el Gigante-calvo.

Antes de que terminara la frase, un segundo disparo partió la mañana en dos y la cabeza del Gnomo estalló en mil pedazos.

Su cuerpo se derrumbó entre convulsiones y el Gigante-calvo se puso en pie para encarar a una figura alta y delgada que surgía de entre los pinos.

Neudorf entrecerró los ojos para ver mejor, pero la sangre ajena le cubría los párpados.

El Gigante-calvo levantó el cuchillo como un autómata y trató de ganar velocidad, pero el recién llegado elevó el cañón de la escopeta y descargó su segundo cartucho en el pecho de su atacante.

Neudorf, a su espalda, recibió una lluvia de sangre, vísceras y fragmentos de hueso.

Solo pudo apreciar cómo las siluetas alargadas de los dos extranjeros huían por el bosque.

El coloso salió disparado hacia atrás por el impacto y aterrizó, entre estertores, al lado del cuerpo menudo y descabezado del Gnomo.

De pronto, todo fue silencio.

Los pájaros piaban en la distancia y el viento había empezado a soplar. El sol seguía caldeando la tierra con la misma intensidad y Neudorf sintió, a pesar de la sangre que lo cubría, sus cálidos rayos en la cara.

Olía a carne desgarrada, a pólvora, a humo y a hierro.

Escuchó unos pasos sobre el camino de tierra y trató de incorporarse.

—Tranquilo —le dijo una voz familiar.

Felipe se limpió la sangre de los ojos y vio aquella sonrisa tranquila y astuta que le había acompañado toda la vida.

Relajó los hombros y soltó una carcajada corta, casi escéptica, liberadora.

Su tío, Luis Fornés, le acababa de salvar la vida.

CAPÍTULO 16

Monte Podgora, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—Observa cómo las personas reaccionan frente a la incertidumbre —afirmó Babenburg—. Su verdadero carácter se revela ante la adversidad.
—¿Cómo? —preguntó Neudorf.
Babenburg sonrió.
—Conocerás al hombre por el tamaño de las cosas que le preocupan.

Valldemossa, 1919

Cosimo entró en Son Galcerán como una exhalación.

Fornés había limpiado la tierra de la entrada y recogido los cadáveres, pero no había que ser un lince para saber que allí había pasado algo. Especialmente cuando se podían apreciar varios disparos en el muro de la entrada, había un reguero de sangre que subía por los peldaños de las Monedas y las puertas de Son Galcerán estaban abiertas de par en par.

Encontró a Neudorf recostado en el sofá del salón principal y a su tío inclinado sobre él.

Extrajo una de sus dagas, saltó por encima de un escritorio con sorprendente agilidad y se abalanzó sobre el contrabandista sin mediar palabra.

—¡Cosimo! —gritó Neudorf—. ¡No!

El italiano interrumpió el movimiento cuando el brazo ya estaba a media altura. Tenía la daga empuñada hacia abajo, dispuesta para atravesar la carne de Fornés como si fuera mantequilla.

Estaba serio, concentrado, como si volviese a estar en una trinchera y lo que tenía delante fuese un austriaco.

Sus cicatrices parecían estar a punto de explotar, confiriéndole un aspecto aún más temerario.

La voz de su amigo interrumpió el trance.

Y la sonrisa tranquila del contrabandista le confirmó que había llegado tarde a la refriega.

Bajó los brazos con destreza y ahogó una maldición.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber, deshaciendo la tensión.

Pero su mal humor se esfumó cuando descubrió que Felipe estaba sangrando. Se acercó y examinó la herida con calma.

—Un disparo limpio —concluyó el italiano, incorporándose—. Has tenido suerte.

Fornés rasgó otra sábana blanca y continuó vendando a Neudorf. Cosimo se apartó con expresión contrariada, envuelto en un silencio reflexivo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo.

Neudorf esbozó una sonrisa cansada y pidió un cigarro, pero nadie le hizo caso.

—Una emboscada —masculló.

—¿Otra?

Sus ojos estaban encendidos. No quedaba rastro de aquel italiano afable que disfrutaba de Mallorca.

—Parecemos principiantes, Felipe —murmuró, impotente.

Había más cosas que quería decir, inquietudes que quería gritar. Pero Fornés, el principal sospechoso del robo de las cartas, el incendio y posterior saqueo de Son Galcerán, estaba ahí delante, con ellos. Y acababa de salvarle la vida a su sobrino.

Qué locura es esta, manifestaba la expresión silenciosa y contrariada de Cosimo.

Neudorf percibió su desconsuelo, pero sabía que no podía hablar de más. Fornés también lo advirtió.

—Parecéis dos tortolitos —afirmó con su habitual sonrisa canalla —. Felipe, ¿qué coño os traéis entre manos? Los de la emboscada, el enano y el gigante por lo menos, eran de Valldemossa... Puedo hacer desaparecer los cuerpos, pero la gente hará preguntas.

Neudorf recordó los ojos verdes y saltones de Matías Posse, el guardia civil.

—¿Por qué cojones han estado a punto de matarte?

—No es asunto tuyo —gruñó Cosimo.

Fornés soltó una carcajada corta y afilada.

—Creo que empezó a ser un puto asunto mío en el momento en el que le volé la cabeza al enano. Justo ahí. Así que repetiré la pregunta: ¿por qué querían matarte?

Felipe se pasó la lengua por los labios secos y pidió, por segunda vez, un cigarro. Su tío le alcanzó uno de los suyos y se lo encendió con una cerilla.

—¿Y bien? —preguntó levantando las cejas.

—Catalina Horrach —afirmó Neudorf, soltando el aire de la primera calada.

La sonrisa de Fornés se empañó un poco.

—Catalina —repitió en un susurro. Se llevó la mano a la barba de tres días y le miró con ojos diferentes, como traídos de otra época—. ¿Juan Horrach quiere matarte?

La pregunta era lógica. Miquel Terra era el hombre de confianza y matón particular del empresario. Neudorf se encogió de hombros.

—Al parecer me quería vivo... pero se torció el tema.

Su tío no le devolvió la sonrisa. Su jovialidad había desaparecido.

—¿Crees que Babenburg no asesinó a Catalina?

Lo preguntó mirándole a los ojos. Él le sostuvo la mirada.

—No lo creo. Lo sé.

Luis chasqueó la lengua.

—Dicen que el viejo la visitaba casi todos los días en los Extraviados.

—No le llames así —exigió Neudorf.

Fornés observó su enfado como se escucha ladrar a un cachorro.

—No sé qué cojones se traían entre manos —completó—, pero desde luego ahí había algo raro.

—Estamos en ello —respondió su sobrino con una voz glacial.

Aquello de que Babenburg visitase a Catalina en el Trinidad lo había dejado descolocado, y su tío no parecía querer colaborar. Tendría que averiguarlo de otra manera.

Consciente de la repentina tensión, Cosimo llevó lentamente la mano izquierda al interior del abrigo y manoseó su daga. Fornés percibió el gesto y se giró hacia él.

—No hará falta, espagueti —dijo con divertido desprecio—. La próxima vez procura no llegar tarde.

Se encaminó a la entrada de la casa con parsimonia y, con la

mano en el picaporte, se dio la vuelta.

—Me desharé de los cuerpos —exclamó— y vosotros dos procurad manteneros con vida.

Un aire frío recorrió los pasillos de Son Galcerán cuando Fornés abrió la puerta. Fuera, había empezado a llover. El portazo reverberó unos segundos y todo volvió a ser silencio. Cosimo trató de recuperar su optimismo.

—Lo siento —murmuró compungido—. Me pudo el enfado... Es la segunda vez que nos sorprenden.

—No habrá una tercera —afirmó Neudorf, cerrando los ojos, dolorido.

María Miquela, aún blanca del susto, apareció en la puerta con una bandeja sobre la que traía una botella de vino y tres copas. Estaba cocinando tranquilamente cuando los dos hombres entraron en el salón; y fue ella la que trajo con sorprendente celeridad unas sábanas viejas para taponar la hemorragia.

En sus ojos se perfiló la decepción cuando vio que Fornés ya se había ido. Dejó la bandeja y parecía que iba a marcharse, pero se giró hacia Neudorf.

—Debe tener cuidado, señorito. No quiero que me dejen sola otra vez. ¿No puede pedirle a su tío que vuelva a casa?

Siguió hablando descontroladamente durante cinco minutos, quejándose de la cantidad de cosas que había que hacer en Son Galcerán, de lo orgullosos que habían sido siempre la abuela Luisa y su hijo Luis, de lo que echaba de menos a Babenburg.

—Era la única persona con algo de juicio en esta casa —aseguró.

Neudorf le pidió que por favor fuese discreta con todo lo que había pasado aquel día y ella se ofreció a no decir nada durante dos semanas.

—A partir de ahí —declaró antes de irse—, no puedo prometer nada.

El italiano la observó alejarse con una sonrisa. María Miquela le caía bien.

Se llenó una copa de vino y echó otro tronco en la chimenea. Cuando se sentó frente a Neudorf, lo hizo sin dejar de observarle.

—Tienes una pinta horrible —murmuró, sonriente.

Felipe estaba desnudo de cintura para arriba. Una venda limpia le rodeaba el estómago, cubriendo la herida de bala del costado. Aún

llevaba vendado el brazo, sostenido en un cabestrillo improvisado.

Cosimo le alcanzó una manta.

—¿Qué tal con Margalida? —le preguntó Neudorf.

La expresión del italiano se ensombreció.

—*Cavolo!* —exclamó—. Con todo esto se me había olvidado.

—¿Qué ha pasado?

Le dedicó una mirada rota, una mirada preocupada y respondió:

—Margalida falleció ayer.

—¿Qué? —preguntó Neudorf, incorporándose.

El italiano cambió de posición en el sofá.

—Parece que murió plácidamente en la cama. Cuando llegué, la mitad de Sóller estaba en el entierro.

Se recostó, le dio una calada al cigarro que le había dado su tío y miró al techo.

No puede ser casualidad, pensó.

—¿Conseguiste hablar con alguien?

—Con su sobrino. Los ataques habían remitido y Margalida estaba bien de salud. Fue una sorpresa para todos.

—Una sorpresa muy conveniente para quien asesinó a Catalina.

Los dos hombres se quedaron en silencio.

—¿Qué opinas? —preguntó Neudorf.

El italiano inspiró profundamente y dejó que el aire abandonase sus pulmones poco a poco antes de responder.

—Que la han asfixiado —murmuró—. Fueron primero a por Margalida. Un cabo suelto. Y después a por nosotros.

—No les ha salido bien del todo —añadió Felipe.

—¡Gracias a Fornés! —exclamó Cosimo desesperado.

Acababa de entender que todo aquello era más serio de lo que parecía. Estaban dispuestos a matar y a morir para que nadie removiese la muerte de Catalina.

La clave, se dijo Neudorf, está en el Trinidad. En lo que ocurrió allí. Tenían que hablar con todos lo que trabajaban en el hospicio en aquella época.

Neudorf asintió despacio. Recibían golpes, pero no sabían quién los dirigía. Las batallas no eran tan evidentes como en una contienda entre dos países. Y aquella incertidumbre asustaba.

—¿Quieres seguir con todo esto? —le preguntó a Cosimo—. Al fin y al cabo, esta no es tu guerra.

El italiano apoyó los codos en las rodillas y le miró fijamente.

—Como vuelvas a hacerme esa pregunta, te mato yo. ¿Entendido?

Neudorf asintió agradecido.

Acto seguido comenzó a relatarle su visita fallida a Juan Horrach y la exigencia que su tío le había hecho.

Cosimo se irguió como un ciervo que escucha una rama romperse en el bosque. Se inclinó sobre la mesa y se sirvió la tercera copa de vino. Esta vez hasta arriba.

—¿Qué tipo de exigencia? —preguntó.

Tras ayudarle a llegar a la casa y cortar la hemorragia, Fornés le había preguntado por Donato Levi.

—Necesito que averigües una cosa —le dijo.

No habían sido las palabras, sino el tono, la gravedad de sus ojos, lo que había preocupado a Neudorf.

Te he salvado la vida, parecía decir su tío. Ahora necesito que me ayudes con esto.

No era un favor personal. Era un ruego.

Había, además, cierta advertencia en su expresión. Como si le estuviese pidiendo que no se lo tomara a la ligera. Como si hubiera más gente interesada en todo aquello.

—¿Ausias May? —preguntó Neudorf.

Había sido la primera vez en su vida que había apreciado temor en la expresión de su tío. La sonrisa afable y despreocupada había desaparecido.

—Tengo una deuda que no puedo pagar —explicó Fornés—. Si soluciono esto...

—Te perdonarán el dinero —completó Felipe.

Su tío asintió. En ningún momento le había mirado a los ojos.

—Levi pretende traer un cargamento de trigo a Valldemossa. Necesito saber el cuándo y el cómo.

Neudorf había fruncido convincentemente el ceño.

—¿Trigo? —mintió.

Fornés había ignorado la pregunta.

—El cuándo y el cómo, Felipe —insistió—. Mallorca ha cambiado desde que te fuiste... —Lo dijo con la fatalidad de un oráculo griego—. May tiene una amante —añadió— y es más peligrosa que él. No confíes en nadie.

Estaba insistiendo en la importancia del trigo de Levi cuando Cosimo había aparecido como una exhalación.

Hacía tiempo que había pasado el mediodía y en el salón de Son Galcerán no había mucha luz. La estancia estaba caldeada y de la cocina llegaba un sabroso olor a lentejas.

Desde una de las paredes, los cuatro cuadros de Sargent dominaban la penumbra.

El italiano se llevó la copa de vino a los labios, pero la dejó ahí, sin beber, mientras pensaba en todo lo que acababa de escuchar.

Unos golpes apresurados resonaron en la entrada.

Malhumorado, cogió el revólver de Neudorf de la mesa y abrió.

En el exterior se encontraba el cochero de Levi, el mismo que les había traído a Son Galcerán la noche anterior. Llevaba un abrigo negro largo, con seis botones dorados, y se cubría con una capa encerada para combatir el viento y la lluvia.

Se quitó el bombín de lana e inclinó un poco la cabeza como saludo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cosimo, mientras escondía el arma a su espalda y mirada a los lados—. ¿Dónde está Levi?

El cochero destilaba urgencia. Carraspeó antes de hablar.

—Su excelencia está en Palma y se encuentra bien. Está acompañado por el capitán Posse, de la Guardia Civil —dijo tratando de ocultar su nerviosismo—. Me ha enviado a recogerles.

El italiano arrugó el ceño.

—¿Para qué?

El cochero volvió a carraspear.

—Han detenido al padre Martorell —explicó—. Intentaba abandonar la isla.

Capítulo 17

Monte San Michele, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—¿Tienes miedo, Felipe?
Mentir no servía de nada.
—Claro —afirmó Neudorf.
Babenburg le puso la mano en el hombro.
—El coraje no es la ausencia de miedo. El coraje es apretar los dientes y plantarle cara al destino.

Palma, 1919

Cosimo y Neudorf se bajaron del carruaje entre el palacio real de la Almudaina y la catedral. Estaba atardeciendo y los estibadores, mezclados con marinos, transportistas y empresarios, comenzaban a cenar animadamente en las fondas del muelle.

Los caballos, enganchados a los carros cargados de mercancías, esperaban pacientemente a que los tratos se cerraran.

Neudorf había conseguido dormir un poco en el trayecto. El traqueteo del camino le había abierto la herida y la sangre comenzaba a empapar la venda. Cuando se apeó del carruaje estaba algo mareado, pero se obligó a prestar atención a las conversaciones que los rodeaban.

Dos marineros franceses discutían por una prostituta; un capitán de barco le negaba el pasaje a Barcelona a una mujer desolada; un empresario negociaba a gritos los costes del transporte del corcho con un armador.

Los barcos se mecían suavemente al abrigo del espigón; y el catalán, el italiano y el marroquí se mezclaban con naturalidad con el olor a brea, madera y fruta.

—La humanidad se resume en cualquier puerto del Mediterráneo —murmuró Cosimo, admirando cada escena.

El cochero les indicó el antiguo edificio barroco que albergaba la Comandancia de la Guardia Civil y accedieron por un lateral, dejando el bullicio del puerto a sus espaldas.

Levi y Matías Posse les esperaban al final de un largo pasillo.

Neudorf se admiró, una vez más, por la juventud del guardia civil. Sus ojos verdes, ligeramente saltones, delataban un nerviosismo mal disimulado.

—Intentó comprar un billete a Barcelona... por el doble de precio —explicó Posse con sus pausas habituales—. Y al capitán del barco... le pareció raro.

—¿Por qué? —inquirió Felipe.

—Conocía al padre Martorell —respondió—. El religioso... rechazó el billete de vuelta.

—Estaba tratando de huir —concluyó Cosimo.

Él asintió.

La pregunta es de quién, se dijo Neudorf.

—Por aquí... —dijo señalando la puerta.

Bernardo Martorell vestía una sotana negra —sin alzacuellos— y llevaba sobre los hombros una capa del mismo color. Una gran cruz de plata asomaba entre los pliegues de la ropa. Estaba sentado en una sala que debía de ser el despacho de algún oficial recién ascendido. El mobiliario consistía en unas estanterías con apenas libros, un viejo escritorio de madera cubierto de restos de cera y tres sillas.

A pesar de que había una ventana que daba al puerto, el despacho era oscuro. Alguien había encendido dos velas, confiriendo a la escena un aire aún más lúgubre y lastimero. En algún lado una gota golpeaba rítmicamente el suelo.

Una voluminosa maleta descansaba a los pies del sacerdote.

Hacía un frío húmedo que se colaba en los huesos y, al sentarse, Neudorf sintió cómo un ya familiar escalofrío le recorría la espalda. A su lado, Cosimo ahogó una maldición mientras se encogía y metía las manos en los bolsillos.

Martorell les dedicó una mirada compungida, de disculpa anticipada, como un político al que han pillado robando el dinero de un hospital.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Felipe, tratando de que no

se notase el desprecio que sentía.

El cura se encogió de hombros, abatido, y sus mejillas temblaron. No había rastro de la petulancia de su primera conversación.

Engreído en el poder, cobarde en la adversidad, pensó Neudorf.

Por individuos como él se perdían guerras. Y, lo que es peor, morían hombres valientes.

—¿Por qué trataba de abandonar Mallorca?

Martorell comenzó a hablar atropelladamente, concatenando frases sin sentido.

Un viaje urgente para consolar a un familiar moribundo en Aragón. Una médico chueta dirigiendo el hospicio. Lo complicado de comprar un billete. La brusquedad de los marinos. El poco respeto hacia un clérigo.

El esfuerzo de arrastrar una maleta de ese tamaño, pensó Neudorf.

No había ni empezado la conversación y ya estaba harto de ese hombre. Iba a interrumpirle, pero Cosimo perdió la paciencia antes.

—Cállese de una vez, *codardo disprezzabile*.

Su voz grave retumbó en las paredes del despacho como una carga de caballería.

El detenido miró a Posse e hizo un amago de indignarse, pero los ojos duros del italiano consiguieron que se lo pensase dos veces. El guardia civil no dijo nada.

—¿De quién está huyendo? —preguntó Cosimo tras varios segundos de silencio incómodo.

Neudorf sonrió a través del dolor.

No había preguntado de qué, había ido directamente al quién. Martorell se dejó caer en la silla, sabiéndose vencido.

Se había dado cuenta, también, de la herida de Neudorf.

—La muerte de Catalina fue más compleja de lo que ustedes imaginan —gimió.

La puerta se abrió y un guardia civil solicitó la presencia del capitán.

Este se levantó, balbuceó una excusa y abandonó el despacho, mientras el cura lo seguía con una mirada desamparada.

No me dejes solo, parecían suplicar sus ojos.

Felipe se limpió el sudor de la frente. Estaba cansado y sentía que no aguantaría mucho más.

—¿Por qué huía? —insistió en cuanto se cerró la puerta.

—¡Margalida! —exclamó mientras alzaba las manos como si aquel nombre fuese una plegaria—. ¡Margalida Basabe!

—¿Qué pasa con ella?

Martorell exhaló un largo suspiró y dejó caer los hombros.

—Falleció ayer —masculló—. Dicen que murió plácidamente en la cama, pero la han asesinado. Yo...

Se interrumpió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Y de miedo, pensó Neudorf.

—¿Usted, qué? —exigió saber Cosimo.

Ante todo, el italiano despreciaba a los cobardes.

—Yo soy el otro cabo suelto —sollozó Martorell, hundiendo el rostro entre las manos—. Soy el siguiente.

Cosimo y Neudorf se miraron con extrañeza.

—¿Por qué? —preguntó Felipe.

Trató de controlar las ganas de que tenía de zarandear al cura y respiró profundamente. La cabeza le comenzaba a dar vueltas. No iba a aguantar aquella escena mucho más.

Martorell comenzó a llorar, hundido en la desesperación. Cosimo hizo un gesto exasperado con las manos, a lo siciliano, y resopló.

Neudorf rebuscó en el interior de su abrigo y extrajo la foto de Catalina.

—Padre... —murmuró con la voz más comprensiva que pudo fingir—. Necesitamos saber qué ocurrió.

El interrogado interrumpió las lágrimas, cogió el retrato y sacó de un bolsillo unos pequeños anteojos para verlo mejor. Una apacible nostalgia se dibujó en sus ojos.

—Esta fotografía se hizo el día anterior a su fuga —recordó—. Entre las familias con posibilidades, es normal intercambiar retratos de los novios. Su hermano compró ese colgante expresamente para la ocasión. Encargó una réplica de un antiguo collar propiedad de una amiga, la excelentísima duquesa de...

—Por favor, padre, no nos aburra con sus estupideces —escupió Cosimo—. Vaya al grano.

El religioso parpadeó, sorprendido. Debía de ser la primera vez en su vida que no le dejaban terminar una frase como aquella. Carraspeó un par de veces, como habituándose a la nueva situación, y continuó.

—Tras la sesión, Catalina se quedó con él. Supongo que Juan se lo dejó para aplacar la furia de aquella niña. Dios la tenga en su gloria —murmuró, persignándose—. Se suponía que... la siguiente vez que se lo pondría sería en su boda con el conde de Algaida.

Pronunció el título calibrando la reacción de Cosimo. Esta vez, el italiano no se inmutó.

Neudorf hizo un esfuerzo para girarse y contemplar la fotografía. Las gotas de sudor se precipitaban por su frente como si tuviesen prisa por llegar a las cejas.

—¿Qué pasó con él?

Martorell frunció los labios sin dejar de mirar la fotografía.

—Al día siguiente, cuando... cuando la encontramos... Ya no lo tenía. Tampoco estaba en su habitación.

Felipe sabía que a los prisioneros había que preguntarles cosas que conocían. Información que podían compartir sin dobleces.

A los italianos, por ejemplo —antes de que empezaran los gritos —, les preguntaban por la comida: las provisiones que les daban, la calidad del pan, la última vez que habían comido pasta, los detalles del plato que mejor preparaba su madre.

Eso conseguía que el interrogado estuviese cómodo. Que le brillasen los ojos.

Que bajara la guardia.

—¿Cómo huyó?

El sacerdote dejó escapar el aire por la nariz. Se estaba tranquilizando.

—Nunca averiguaron cómo consiguió abrir la puerta de los Extraviados. Supongo que es algo que sabría Margalida —explicó—. Huyó de madrugada, por la cocina, la única puerta del Trinidad abierta a esas horas. Había un caballo en la cuadra convenientemente ensillado. No sé cómo pudo cabalgar dado...

—¿Quién tenía acceso a los caballos? —interrumpió Cosimo.

Martorell se encogió de hombros.

—Supongo que cualquiera —reconoció—. El Trinidad es un hospicio, no un cuartel. No disponemos de medios para realizar un control tan estricto.

El color había regresado a sus mejillas sonrosadas. Le brillaba la parte superior del labio, donde se le había acumulado el sudor, pero, por lo demás, volvía a estar cómodo, convenientemente relajado.

Neudorf se inclinó hacia delante. Sentía un molesto hormigueo en los brazos y tenía las manos frías.

—Dígame, padre, ¿Babenburg visitó alguna vez a Catalina?

El cura levantó la vista y pareció volver a la realidad. Su expresión se ensombreció, pero mantuvo la compostura.

—Venía dos o tres veces a la semana a visitar a su madre, Antonia Fornés —dijo señalando a Neudorf—. Y aunque Catalina no podía acceder al salón principal, más de una vez los descubrí cuchicheando a través de la puerta de su... habitación.

Felipe intuyó que la palabra que había acudido a sus labios era «celda».

Aquello le sorprendió. Desde el principio creyó entender que Catalina estaba recluida en el Trinidad, pero que podía moverse a sus anchas por el recinto. Sin embargo, acababa de descubrir que no tenía ningún tipo de contacto con el resto del hospicio. El hecho de que compartiese habitación con Margalida Basabe ahora tenía más sentido.

Las dos mujeres estaban encerradas en una celda.

—¿Por qué estaba aislada? —preguntó con voz pastosa.

Pero Martorell, esta vez, no se amilanó. Simplemente negó con la cabeza.

—La familia Horrach esconde un secreto terrible —dijo casi en un susurro—. Puede parecer una persona apacible, pero Juan Horrach es un monstruo... Si voy a hacer esto, necesito que la Guardia Civil garantice mi seguridad.

Antes de que nadie pudiese responder Neudorf se desplomó, casi inconsciente, en el suelo.

Cosimo abrió la puerta y Levi, que había estado esperando pacientemente fuera, se lanzó a sostenerle, pidiendo agua a gritos.

Al cabo de unos segundos, Posse llegó a la carrera con un odre.

—Hay que llevarlo al Hospital General de Palma —dijo el *batle*, tras mojarle los labios y comprobar que estaba herido—. Es el más cercano.

El *maggiore* negó con la cabeza.

—El único seguro es el Trinidad.

Levi le sostuvo la mirada durante un segundo y asintió. Sospechaba qué había ocurrido.

Mientras Cosimo trataba de tranquilizar a Martorell, el alcalde y

su cochero trasladaron al herido hasta el carruaje. El italiano se llevó aparte a Posse y le detalló la situación.

El capitán de la Guardia Civil lo miró como si le acabase de pedir que lloviese.

—¿Protección? —preguntó sin convicción—. ¿De... Juan Horrach?

Cosimo le cogió bruscamente del brazo. El gesto no le gustó al guardia civil.

—Baje la voz —masculló el italiano entre dientes—. Hágalo —ordenó— y veremos a dónde nos lleva.

Su amigo le habría dicho que la política no era lo suyo, pero no disponía de más tiempo. Y él no pensaba dejarle solo en el hospicio.

Levi le apremió desde el carruaje.

—Deme su palabra de honor —exigió Cosimo a Posse.

El guardia civil se mordió los labios.

—Dos días —concedió—. Hasta que escuchemos... todo lo que tiene que decir. A partir de ahí... ya veremos.

El siciliano se permitió una sonrisa rápida como despedida y corrió hacia el vehículo. El cochero restalló las riendas por encima de los caballos y abandonaron el puerto de Palma al galope.

Levi tendió a Neudorf en el asiento y le quitó el abrigo, descubriendo su camisa empapada de sangre.

—¿Y ahora qué demonios ha pasado? —gritó a Cosimo mientras trataba de taponar la herida.

Neudorf estaba pálido y balbuceaba frases inconexas.

—Una emboscada —resumió el italiano, con ojos desamparados.

Al *batle* no le hizo falta preguntar de quién.

Se irguió sobre el asiento y pidió a su cochero que fuese más deprisa.

Tardaron cincuenta minutos en llegar a Valldemossa y diez minutos más en alcanzar el hospicio.

Pero para el herido fue una eternidad. Tenía el pelo empapado en sudor y las voces le resultaban lejanas. Aunque, a pesar del dolor y de las náuseas, a pesar de la garganta seca y del fuego en los pulmones, sus pensamientos siempre acababan en Carmen.

Estaba agotado. Quería tumbarse junto a ella y dormir durante dos semanas seguidas.

El carruaje atravesó la entrada del Trinidad sin reducir la

velocidad. Varios huérfanos abandonaron el camino de tierra y les lanzaron piedras. El cochero les insultó sin apartar la vista del edificio y, una vez lo alcanzaron, clavó los caballos en la puerta.

Apearon a Neudorf entre Cosimo y Levi y, ayudados por dos monjas, le trasladaron al quirófano.

A partir de ahí, Felipe solo vio luz.

Los rostros aparecían y desaparecían en su campo de visión. Sentía cómo varias manos le tocaban la herida abierta, pero no había dolor, solo un profundo cansancio.

Así que esto es morir, pensó.

La cabeza le daba vueltas y comenzó a vomitar. Alguien le puso una toalla mojada en la frente y el contraste del agua con su frente abrasada le hizo estremecerse. Sintió cómo se le escapaba el aire de los pulmones y se desmayó.

Cuando abrió los ojos ya era de noche. Trató de incorporarse, pero un dolor agudo en el abdomen le hizo cambiar de opinión. Estaba solo en la habitación. Era muy parecida a la que había ocupado hacía unos días, cuando Terra le había herido en el brazo.

Era la segunda vez que se desmayaba en menos de una semana.

Lo cubría una manta rugosa plagada de manchas difuminadas que habían sobrevivido a treinta años de lavados semanales; y estaba, como siempre, desnudo de cintura para arriba.

Escuchó unos pasos amortiguados en el pasillo y observó cómo Cosimo cruzaba con aire distraído el umbral de la puerta.

El italiano se dio cuenta de que estaba despierto y se quedó clavado a los pies de su cama.

No había ninguna expresión en su rostro.

—Jamás me vuelvas a dar un susto así —dijo con voz grave.

Neudorf comenzaba a balbucear una disculpa cuando María Miquela surgió detrás el italiano.

—Gracias a Dios —murmuró.

Se lanzó sobre él sin ningún tipo de cuidado y le dio un largo y sentido abrazo.

—Entre todos van a conseguir matarme a disgustos.

Neudorf trataba de no moverse bajo la criada cuando Salomé

apareció en la puerta. Su suave fragancia de jazmín inundó la habitación.

Cosimo dio un salto hacia atrás, tratando de fingir indiferencia. La médico le dedicó una mirada ambigua antes de dirigirse al enfermo.

—¿Cómo se encuentra?

Felipe aún sentía náuseas, pero el mareo y el sudor habían desaparecido. Le dolía la herida, pero ya había dejado de sangrar.

—¿Otro accidente? —preguntó ella—. No quiero saberlo —añadió levantando una mano que hizo enmudecer a Cosimo—. Esto no acabará bien. Nunca acaba bien.

En su voz había un enfado mal disimulado.

Neudorf intuyó que se debía al desperdicio de tiempo y recursos del Trinidad por culpa de su obstinación.

Contempló la expresión de su rostro y se preguntó si en aquella irritación había algo más.

Definitivamente, pensó, tenía una conversación pendiente con la médico sobre Catalina.

Cosimo abrió por segunda vez la boca para hablar, pero Salomé levantó el dedo índice. Sus ojos azules eran un mar embravecido.

—Hagan lo que quieran —dijo girándose hacia Neudorf—, pero ahora hay alguien más que depende de ustedes.

Este se irguió en la cama, extrañado, y preguntó:

—¿A qué se refiere?

María Miquela se permitió una sonrisa; y ella suavizó el gesto antes de decir:

—La abuela Luisa ha despertado.

Capítulo 18

Monte San Michele, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

> —Este mundo ha olvidado el valor de la palabra dada —reflexionó Babenburg—. A menudo, las personas hablan sin pensar y luego olvidan lo que han dicho.
> Babenburg se giró para mirar a los ojos de su ahijado. Aquella lección era importante.
> —Promete con moderación, Felipe... Y cumple siempre tu palabra.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Hacía tiempo que había anochecido y en los pasillos del Trinidad la luz de las velas volvía las sombras inestables.

Cosimo empujaba la silla de ruedas en la que se había instalado Neudorf siguiendo el paso enérgico de María Miquela y Salomé. Aún estaba débil y la médico le había prohibido moverse, pero tras media de hora de discusión —y viendo su obstinación— accedió.

El disparo en el costado y el tajo del brazo izquierdo no conseguían difuminar la culpabilidad que sentía.

Desde su regreso a Mallorca, había evitado, deliberadamente, el Trinidad.

Y lo que era aún peor: no había visitado a su madre.

Tenía la vana esperanza de que su estado de hubiese mejorado algo, pero no había conseguido enfrentarse a la realidad.

Mientras no lo viese, no existía el deterioro. El paso del tiempo no había ocurrido.

En aquel momento, Antonia Fornés rondaría los cincuenta años. Nunca habían sabido su edad con exactitud. La última vez que

Neudorf la había visto tenía el pelo largo y blanco. Su rostro, coronado por unos profundos ojos verdes, conservaba el atractivo de cuando era joven, y apenas tenía líneas de expresión.

Cómo va a tener, recordó Neudorf con el corazón encogido, si hace casi veinticinco años que no sonríe.

Ocupaba una habitación en el ala de los Extraviados y era la única mujer. Pasaba los días sentada recta en una silla, en silencio, mirando por la ventana. El resto de los internos la ignoraban.

Aquellas visitas eran largas, tristes y monótonas.

No había felicidad ni siquiera reposo. Tan solo una apacible pero constante decadencia.

Salvo las dos veces que lo habían herido, no había ido a visitar a su abuela.

Y ella lo sabía.

En cuanto abrió la puerta, percibió sus ojos cargados de reproche.

—Vaya, vaya —dijo frunciendo los labios, desde su cama—, el nieto pródigo. —La abuela Luisa era todo lo contrario a su hija. Tenía una mirada penetrante y el cuerpo pequeño pero compacto, como si estuviese acostumbrado a sufrir privaciones; a aguantar lo extremo—. Estarás triste —añadió sin hacer amago de abrazarle.

Felipe ladeó la cabeza.

—¿Por qué, abuela?

—¡Por qué no me he muerto! —exclamó—. ¡Desagradecido! Yo a las puertas de la muerte y has venido a visitarme dos veces. ¡Dos! Con todo lo que yo he hecho por ti. ¿Qué ha hecho ese austriaco contigo durante todos estos años? ¡Yo no crie a un impresentable!

Desde siempre, Babenburg y la abuela Luisa habían discutido. Encontraban cierto encanto a los afilados comentarios del otro. Ella le llamaba «el austriaco», y su padrino, «la pescadera».

Era, para ellos, un deporte cariñoso que los demás nunca llegaron a entender del todo.

Neudorf abrió la boca, pero no supo qué decir. Cosimo, a su lado, asintió complacido. Aquella era, exactamente, la bronca que esperaba que le echasen.

Luisa se giró hacia la médico.

—Salomé, cariño, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Un hijo idiota y un nieto desconsiderado. ¿Qué es lo siguiente?

La doctora se acercó y le tocó la frente, comprobando que no

tenía fiebre.

—¿Un novio? —preguntó María Miquela.

Luisa soltó un bufido.

—Los hombres solo sirven para regalar flores.

Cosimo no pudo evitar una risa corta. Le gustaba aquella mujer. Hasta postrada en una cama era peligrosa. La abuela le dedicó una mirada curiosa.

—¿Y tú quién eres, hombretón?

El italiano dio un paso adelante e hizo media reverencia.

—Cosimo Quadra —saludó—. Compañero de armas de su desconsiderado nieto. *È un vero piacere.*

Felipe, a su espalda, puso los ojos en blanco.

—¡Un galán italiano! —exclamó Luisa, de buen humor—. Éramos poco y parió la abuela. No yo, por supuesto. Otra abuela. Bastante tengo ya con esta familia de locos.

Entornó los ojos y volvió a fulminar a su nieto con la mirada.

—Lo que me recuerda que aún no has visitado a tu madre.

Neudorf miró a su vez a María Miquela y la criada desvió la mirada y se encogió de hombros como si aquello no fuera con ella.

—Abuela...

—¡Ingrato!

—Señora Luisa —la amonestó la criada—, si continúa así, el señorito no vendrá a visitarla.

—¡Pues que no vuelva, María Miquela! —clamó la anciana—. ¿De qué lado estás, traidora?

Mientras seguía poniendo el grito en el cielo, Cosimo sonrió a su amigo.

—No me esperaba este genio —susurró el italiano.

Él levantó las cejas.

—Ya verás cuando esté de mal humor.

La abuela Luisa acabó con su retahíla de improperios y Salomé anunció que iban a dejarla descansar.

—¿A ella o a nosotros? —murmuró Cosimo, aún fascinado por aquella mujer combativa.

Se despidieron mientras la anciana seguía discutiendo con María Miquela y, una vez fuera, Salomé pidió que la siguieran. Recorrieron los pasillos alumbrándose con un viejo quinqué de aceite y al doblar la última esquina, junto a la puerta del antiguo despacho de Martorell, se

perfiló una pequeña silueta sentada en el suelo, con su eterno libro en las manos.

—Xisca, es muy tarde —le riñó con cariño Salomé—. Tienes que irte a dormir.

Neudorf admiró la intrepidez de aquella niña. Cada vez que acudían al Trinidad, aparecía por algún lado, desafiando a todas las monjas del recinto.

—Hoy no tengo sueño —protestó la pequeña.

Cosimo se acuclilló junto a ella.

—Creo que eres una niña valiente —murmuró—, pero hasta las niñas valientes tienen que descansar.

Felipe nunca había visto al italiano hablar así. Parecía que los niños pequeños sacaban de aquel gigante siciliano su lado más tierno. Salomé no pudo evitar sonreír.

Xisca, ajena a los complejos mecanismos de los adultos, le dedicó a Cosimo una mirada como traída de las profundidades del océano.

—¿Vais al ala de los Extraviados?

El *maggiore* se giró para pedir ayuda a Neudorf y este se aproximó a ellos.

—Xisca —dijo—, si te cuento un secreto, ¿te irás a dormir?

—Sí —respondió.

—¿Me lo prometes?

La pequeña asintió varias veces con una sonrisa inquieta.

—En el ala de los Extraviados —comenzó Neudorf— no hay solamente soldados. También hay una mujer.

Los ojos de Xisca se abrieron de par en par.

—¿Y por qué nunca la he visto?

Él sonrió.

—Porque nunca sale al patio. No pasea. Se sienta junto a una ventana y observa.

—¿Puedo conocerla? —preguntó la niña.

Neudorf alzó la vista para comprobar la reacción de Salomé y ella asintió.

—Si me prometes que te vas a dormir, otro día podemos ir a visitarla.

—¡Lo prometo! —masculló, poniéndose en pie.

—Buenas noches, Xisca —murmuró Salomé.

La niña comenzó a correr por el pasillo y, antes de desaparecer

en la oscuridad, se giró y se despidió con la mano.

—¡Buenas noches!

Los tres se despidieron con una sonrisa en los labios. Entonces la doctora abrió la puerta del despacho de Martorell, encendió un quinqué y volvieron, todos, a la realidad.

—Supongo que estarán enterados —dijo al sentarse tras el gran escritorio de caoba.

Cosimo asintió.

—Ahora es usted la responsable del Trinidad —afirmó orgulloso, como si fuese su marido.

La luz temblaba tras la pantalla de la lámpara, confiriéndole a la doctora una belleza irreal. Sus ojos azules se habían oscurecido, contrastando aún más con la palidez de su piel y su cabello rubio.

El italiano dejó escapar un suspiro y Neudorf le dio con la rodilla en el muslo, exigiéndole concentración.

Salomé ignoró el gesto y puso las manos sobre la mesa. Sus labios se habían convertido en una fina línea que acentuaba la seriedad de su rostro.

—Señor Neudorf —dijo casi con esfuerzo—, ahora que su abuela ha despertado, he de darle el alta y pedirle, muy a mi pesar, que se la lleve a casa.

Felipe fue a protestar, pero ella levantó la mano.

—Soy consciente de que aún está débil y de que requiere atención médica, pero conozco de memoria las cuentas del Trinidad y me temo que el padre Martorell siempre ha sido... digamos... demasiado optimista.

—¿En qué sentido? —preguntó él.

La doctora cogió una pluma estilográfica que probablemente había pertenecido a su antecesor y comenzó a pasársela entre los dedos.

—En el de siempre —reconoció—. Llevamos meses, por no decir años, sin renovar el material. Al padre le encantaba alardear con condes y empresarios sobre su gestión, pero la realidad es que faltan vendas, sábanas limpias, guantes de goma, material para la esterilización y la desinfección y, sobre todo, medicamentos.

Neudorf se llevó la mano al mentón, pensativo.

Su familia estaba en deuda con el Trinidad. Y a partir de ahora, el dinero estaría en buenas manos.

—¿Le vendría bien una donación?

Salomé soltó la pluma y contempló los papeles que tenía delante. La gravedad de la doctora había dado paso a un profundo cansancio. Incluso el rubio de su pelo estaba más apagado.

—El dinero estaría bien para reformas —suspiró—, pero apenas hay material médico disponible en el mercado. Después de la guerra, los hospitales están llenos de soldados rotos.

La doctora aprovechó el silencio para concluir la conversación. Los despidió recordándole a Neudorf que la abuela Luisa podría quedarse un par de días más y, sobre todo, que tenía que visitar a su madre.

—Tienes que ir a ver a tu madre —repitió Cosimo, de vuelta ya en el cuarto.

A pesar de la reticencia de Neudorf, Salomé había insistido en que se quedaran, al menos una noche, en el Trinidad. No se lo había dicho a la doctora, pero tras la refriega con los hombres de Horrach no se sentía seguro en ningún lugar salvo en su casa.

Aun así, cuando llegaron a la habitación, se alegró de no haber intentado volver a Son Galcerán. Se derrumbó en la cama mientras el italiano hacía lo mismo en una pequeña butaca. Ambos estaban agotados.

La abuela Luisa ya estaba dormida, por lo que María Miquela los acompañó mientras cenaban.

La criada estaba de un humor de perros tras discutir con la anciana.

—Esta mujer... —murmuró como para sí misma— es peor que un lunes sin café.

Para subirse a sí misma la moral, compartió con ellos el cotilleo del día —la esposa de un agricultor de Valldemossa se había fugado con un juez de Palma—, colocó los maderos en la estufa de leña y cuando decidió que todo estaba como ella quería, los dejó a solas.

El humor de Cosimo estaba tan apagado como el de Salomé y Neudorf lo notó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Este sacó una pequeña petaca de la casaca que su amigo nunca había visto.

—¿Y eso?

El italiano se encogió de hombros.

—Es para emergencias —masculló, ofreciéndosela.

Felipe se llevó la petaca a los labios y sintió cómo el *scotch* le abrasaba la garganta y le calentaba los pulmones. Reconoció el alcohol. Era el Bowmore que Levi aprovechaba para arramplar cuando pasaba por su casa.

El fuego crepitaba en la estufa y a través de las ventanas se intuía cómo el viento barría con violencia las copas de los pinos.

Neudorf se alegró por segunda vez de no haber vuelto a Son Galcerán.

La envergadura del italiano empequeñecía la estancia. Al verlo ahí, parado, pensativo, delante de la ventana, pensó que los ejércitos romanos que conquistaron todas las orillas del Mediterráneo tuvieron que estar liderados por hombres como él.

—He de contarte algo —murmuró el *maggiore*.

A pesar del dolor, Felipe se irguió en la cama.

Cosimo se sentó frente a él. Nunca lo había visto tan serio.

—Nunca te he hablado de mi pasado, de antes de la guerra, porque es algo de lo que no me siento orgulloso —confesó—. Algo que quiero dejar atrás... pero conozco tu historia —añadió con ojos brillantes— y creo que es justo que tú también conozcas la mía.

Neudorf se había quedado sin aire.

—No hace falta...

Pero el italiano lo interrumpió. Se lanzó el *scotch* a la garganta, sin que apenas tocara la lengua, y soltó un suspiro de satisfacción.

—Antes de alistarme... —comenzó— pertenecí a la mafia siciliana. Prácticamente desde que nací, trabajé, extorsioné y maté para la Cosa Nostra.

Al día siguiente, los dos hombres recorrieron el Trinidad en silencio. Localizaron el despacho de Salomé y se detuvieron delante de la puerta.

La luz se descolgaba sin fuerza por los arcos de piedra. La neblina flotaba en el ambiente como un río fantasmal. Hacía más frío en los pasillos del hospicio que en el exterior. Como si la soledad bajase un par de décimas la temperatura.

Un día más, pensó Neudorf, mientras respiraba profundamente el

aire gélido y se alegraba de seguir vivo.

Le dirigió una última mirada a Cosimo y este asintió.

Felipe golpeó la madera con los nudillos y, al escuchar la suave contestación de la doctora, abrió la puerta. Dentro los recibió una sorprendida Salomé.

—Buenos... días —saludó ella, sin entender muy bien aquella visita.

Estaba envuelta en una manta y tenía un pequeño brasero a sus pies. Si hacía frío en los pasillos, aquel despacho debía de estar a la misma temperatura que la Antártida. A pesar de que el aire le dolía al entrar en los pulmones, Neudorf pudo apreciar su esencia de agua fresca de jazmín.

—Buenos días, doctora —respondió, mientras los dos tomaban asiento—. Hemos estado pensando en lo que nos comentó ayer.

Salomé alzó las cejas.

—¿Y...?

Felipe cruzó con cuidado las piernas y miró a su amigo.

—¿Podría hacernos una lista? —preguntó el italiano.

—¿Perdone? —consiguió decir la doctora.

Cosimo juntó las manos como un político.

—Durante la Gran Guerra —explicó—, mi familia ayudó al Ejército italiano aportando material sanitario. Eran conscientes de que la higiene es esencial para evitar enfermedades y prevenir los contagios.

El día anterior, ambos habían llegado a la misma conclusión. Si le revelaban el origen del material, era probable que no lo aceptase.

Una brillante curiosidad apareció en la mirada azul de Salomé.

—¿También tienen medicinas? —preguntó esperanzada.

—Así es —afirmó el italiano—. Ahora mismo está todo almacenado en Palermo. Si le encaja, podemos poner un cargamento a su disposición.

Ella se recostó en el asiento y se mordió los labios, indecisa. Intuía que tramaban algo, pero el Trinidad necesitaba desesperadamente todo aquello.

Preguntó por las cantidades y Cosimo detalló las unidades: unas doscientas batas, cuatrocientas sábanas, mantas, kilómetros de vendas, agujas, jeringuillas de metal y, por supuesto, medicamentos antiinfecciosos.

—Los fármacos han sido fabricados por Bayer —matizó el italiano—, un prestigioso laboratorio alemán.

Salomé se rindió a la evidencia. Necesitaba todo aquello.

—Dos semanas —sentenció—. La abuela Luisa podrá quedarse lo que precise, pero necesito todo lo que tienen en Palermo, o en donde sea, en dos semanas.

Aquello encajaba con lo que habían comentado la noche anterior. La abuela Luisa y María Miquela debían quedarse un tiempo más en el Trinidad. Al menos hasta que descubrieran quién había asaltado la casa.

Cosimo asintió.

Era la primera vez que Neudorf lo veía tan seguro delante de ella. No supo discernir si la doctora temblaba de frío o de algo más. Había cierta tensión en sus miradas.

La sonrisa del italiano habría derretido un iceberg.

—Lo tendrá.

Salomé se levantó con demasiada brusquedad y los acompañó a la puerta.

Una de sus primeras medidas era optimizar los turnos de las monjas. Algo que habían exigido durante años y que Martorell había ignorado sistemáticamente.

Quería implementarlo aquella misma mañana.

Los soldados se despidieron y, una vez fuera, Neudorf le dio un codazo a Cosimo.

—¿Ampollas de Bayer? —preguntó enfadado—. ¿Sabes lo que va a costar eso?

El italiano soltó una carcajada satisfecha.

—Me lo imagino... y me alegro —declaró—. Será poco en comparación con todo lo que ha hecho el Trinidad por tu familia.

Neudorf aceptó el reproche con una sonrisa. Tenía razón.

—Me gusta trabajar contigo, Felipe —masculló el italiano, mientras trataba de que los dientes no le castañeasen.

Su voz calmada atravesó el frío como una flecha cruzando el cielo.

—A veces, parece que lo evitas —añadió—. Te lo tomas con tiempo... pero, al final, siempre haces lo correcto.

Las palabras de Cosimo resonaban dentro de Neudorf mientras subía las escaleras del ala de los Extraviados. El disparo en el costado le molestaba menos de lo que esperaba, pero, aun así, cojeaba un poco.

Hacer lo correcto, pensó. Aunque sea tarde.

A pesar de que apenas acababa de amanecer, su madre ya se encontraba, vestida y aseada, junto a la ventana de la gran sala central que hacía de salón común. Varios internos deambulaban a su alrededor. Uno estaba de pie, de cara a la pared. Otro observaba con fijación enfermiza un vaso de agua y un anciano alto y espigado reía en alto y agitaba las manos cada veinte segundos.

Aunque con Extraviados diferentes, Neudorf había vivido aquella escena cientos de veces. Pero se obligó a mirarla con otros ojos.

Había cierto equilibrio en aquel pequeño universo. Como si cada uno de ellos tuviera una función y dependiera de todos mantener la armonía.

Saludó a las dos monjas que vigilaban la estancia y se acercó a Antonia Fornés.

—Hola, madre —dijo en un trémulo susurro.

Le habían cortado el pelo y ahora lo llevaba por encima de los hombros. El paso del tiempo no había hecho mella en ella, aunque estaba un poco más delgada. Su expresión era serena y apenas tenía arrugas en el rostro. Seguía sentándose con una magna rectitud. Sus ojos capturaban el verde de los pinos mallorquines en un atardecer crepuscular.

El mismo color que los de Neudorf.

—Siento no haber venido antes.

Antonia percibió el sonido y la proximidad, y se giró para observar durante un segundo a su hijo.

En su mirada había una curiosidad distante y puntual, pero no lo reconoció.

Enderezó el cuello para volver a mirar por la ventana y dejó escapar un suspiro.

Felipe sintió cómo una profunda melancolía le oprimía el pecho y, por un instante, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Aguanta, se dijo. Por ella. Por ti.

Su madre —según decía todo el mundo— siempre había sido una mujer fuerte y risueña, pero tras dar a luz había sufrido una profunda depresión que la había dejado postrada en la cama durante meses.

Cuando consiguió ponerse en pie, ya no era la misma.

Son Galcerán estaba en pleno proceso de construcción y, mientras la casa iba cogiendo forma, Antonia fue perdiendo, paulatinamente, su humor y su maravilloso sentido de la realidad.

Al principio, no parecía tan grave. Superada la depresión, era capaz de mantener actividades básicas y conversaciones breves. La abuela Luisa no se cansaba de afirmar que su recuperación era cuestión de tiempo.

Neudorf tenía cinco años el día que fueron juntos a la pequeña playa de piedras de Deià, acompañados por Babenburg.

Su madre se metió en el agua con él y, de pronto, su rostro perdió la expresión y comenzó a nadar hacia el horizonte.

Varios pescadores tuvieron que ayudar a su padrino a sacarla del agua ante la aterrada mirada de su hijo. Antonia aullaba con desesperación, como un animal, y, a pesar de su corta edad, supo que había perdido a su madre.

Al cabo de un año —y siempre vigilada— Antonia se había sumido en un obstinado mutismo del que solo salía en contadas ocasiones. La abuela Luisa se negó a aceptarlo durante meses, pero al final se rindió ante la evidencia de que entre Babenburg y ella no podían procurarle a su hija todos los cuidados que necesitaba. Ni los médicos ni las monjas podían dejar el Trinidad para dedicarse únicamente a cuidar a una paciente, por lo que decidieron internarla en el hospicio.

Las monjas diagnosticaron una catatonia severa. Un psiquiatra de Barcelona, demencia precoz.

Tras la confirmación médica, Antonia Fornés fue reubicada, como una paciente más, en el ala de los Extraviados.

Neudorf respiró profundamente y le cogió de la mano.

—He pasado cuatro años en el frente —murmuró—. Ahora entiendo mejor a todos tus compañeros.

Era verdad. Los Extraviados, en su gran mayoría, eran antiguos soldados de la guerra de Cuba que no habían podido soportar los horrores de la contienda.

Felipe recordó su primer combate.

Y qué dice eso de mi alma, pensó.

Guiado por el estoicismo de Babenburg, había asumido la violencia como una herramienta necesaria. La ecuación más simple

del mundo: matar o morir.

A pesar de que su madre parecía ajena a sus palabras, le contó todo.

El temblor constante en las manos, el penetrante olor a carne quemada, el miedo a morir.

Le contó cómo había matado por primera vez. Cómo había sobrevivido a la desesperación y cómo había evitado la locura.

La logística militar, la arrogancia de los oficiales, la eventual ausencia de esperanza.

La eventual ausencia de esperanza, se repitió en voz baja.

Como en aquel hospicio. Como en la vida.

Le contó todo. Sin sutilezas ni ambigüedades.

Le contó todo y se sintió libre.

Antonia Fornés no reaccionó cuando su hijo le dio un beso en la mejilla de despedida, pero él creyó ver un destello de orgullo en sus ojos.

Abandonó el ala de los Extraviados con el ánimo trastocado. Diferente. Redimido.

Caminaba tan absorto en sus pensamientos que apenas escuchó a Cosimo.

—¡Felipe! —tuvo casi que gritar el italiano.

Neudorf volvió en sí y reconoció el antiguo claustro del Trinidad.

Era mediodía y estaba nublado. El frío —húmedo e inclemente— se coló a través de su ropa y le mordió las heridas.

Matías Posse acompañaba al *maggiore*.

El guardia civil se frotaba las manos y parecía más nervioso y taciturno que de costumbre.

Y Neudorf comprendió.

—No... —acertó a decir.

Cosimo sacudió la cabeza. Sus ojos traslucían una impotencia salvaje. Tenía los nudillos blancos de cerrar los puños.

—Parece que... —comenzó, aún desquiciado por la noticia—. Parece que el padre Martorell se ha suicidado.

CAPÍTULO 19

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—¿Qué crees que ha pasado aquí? —preguntó Babenburg, señalando el rastro aún reciente de un animal en medio del monte.

Neudorf se inclinó sobre el caballo para ver mejor.

—¿Que hace varias horas pasó un ciervo? —aventuró.

Babenburg chasqueó la lengua e indicó una huella en concreto.

Había menos profundidad en uno de los cuartos traseros, como si el animal no lo apoyase del todo. Felipe siguió el rastro hasta los arbustos y descubrió sangre en las hojas de una encina.

—Está herido —afirmó—. Alguien le estaba dando caza.

Su padrino asintió.

—No creas todo lo evidente, Felipe. Aprende a deducir.

Valldemossa, 1919

Posse había ocultado al padre Martorell en una casa a las afueras de Valldemossa.

Era un pequeño edificio de una sola altura. Tenía la pintura blanca desconchada y el tejado necesitaba una reparación urgente. El muro de la entrada estaba rodeado de un rosal y para llegar a ella había que atravesar una humilde huerta abandonada.

El lugar perfecto para esconderte, pensó Neudorf. O que te maten.

Se giró para mirar a Cosimo y supo que él opinaba lo mismo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Felipe.

Tras descabalgar, el guardia civil les guio a través de la huerta y abrió la puerta principal de la casa. Los tres hombres atravesaron el umbral con la gravedad con la que se accede a una catedral o a un cementerio.

Un pequeño recibidor daba paso a un salón casi vacío. Las paredes eran de ladrillo antiguo. Las brasas —aún candentes— reposaban en una chimenea de piedra situada en una esquina.

Como mobiliario solo había una mesa de madera enfrente de la chimenea, un armario, cuatro sillas y una cama con un colchón de paja. Una de las sillas estaba volcada en el suelo, en el centro de la estancia. Sobre ella se mecía el cuerpo inerte del padre Martorell, colgado de una de las vigas.

La corriente hizo oscilar los pliegues de la sotana del religioso, confiriendo a la escena un aspecto inquietante y antinatural.

Tenía el rostro azulado, el cuello encogido y la lengua fuera, como si hubiese tratado de atrapar el aire que le faltaba.

Los ojos estaban inyectados en sangre y desencajados.

—Lo traje de Palma... directamente aquí —explicó Posse—. Viajamos... cuando anocheció. Le escolté personalmente... parecía dispuesto y confiado.

Dio unos pasos cortos, indecisos, sin atreverse a acercarse al cadáver.

—Por la mañana... vine a verle. Llamé a la puerta... pero no contestó nadie. Me lo encontré tal y como ven.

Neudorf trató de ignorar la exasperación que sentía ante aquellas pausas absurdas.

—¿No dejó a nadie, a algún hombre de confianza, para vigilarle?

El guardia civil pareció empequeñecer. Estaba mirando al suelo cuando respondió.

—No lo consideré... necesario.

Es demasiado joven, se repitió Felipe, pero el enfado estaba ganando la batalla.

—Es un grave error por su parte, capitán —murmuró Cosimo a su espalda.

La frase le alcanzó como un disparo. Asintió y no dijo nada.

Neudorf decidió que era imposible fingir aquella zozobra. Echó otro vistazo a la habitación y se acercó al cuerpo de Martorell con

curiosidad científica.

El italiano apreció de soslayo cómo Posse disimulaba las arcadas.

—¿La primera vez? —le preguntó, compadeciéndose.

Él asintió con ojos llorosos.

—Todo es hacerse —murmuró Cosimo, mientras se encogía de hombros.

El guardia civil dejó escapar un quejido sordo.

Lo macabro de la situación magnificaba su juventud. Ampliaba su inocencia.

—Le encendí el fuego... —masculló con impotencia.

Felipe flexionó las rodillas y examinó el suelo.

—¿Alguien, algunos de sus hombres, un superior, sabía que usted vendría aquí con Martorell?

Posse se cubrió la boca con la mano, conteniendo otra arcada.

—Nadie... —dijo en un hilo de voz, tartamudeando más de lo normal—. Dada la situación... creí que... era lo más conveniente.

O mentía, lo que viendo su reacción era poco probable, o le habían seguido.

Se decantó por la segunda opción.

Se incorporó con dificultad y cogió las manos del sacerdote. El guardia civil no pudo mantener más la compostura y salió intempestivamente. Se dobló sobre una valla carcomida y comenzó a vomitar.

—Bastante ha aguantado —decidió Cosimo—. Yo estuve dos días llorando.

—¿Tú? —preguntó Neudorf extrañado, sin ocultar una mueca escéptica.

El italiano frunció los labios, extrajo una de sus dagas y asintió mientras pasaba los dedos por la hoja.

—Nadie nace siendo soldado —dijo con nostalgia—. Tuve que aprender rápido en Sicilia.

Neudorf contempló el cadáver del religioso con distancia, preguntándose en qué lugar de la frontera entre Italia y Austria había perdido su humanidad.

—No sobreviven los más fuertes —declaró con melancolía, pensando en los Extraviados—. Sobreviven los que aprenden a reconciliarse consigo mismos.

Su compañero soltó una carcajada corta y amarga.

—¿Los que saben por qué matan? —preguntó el italiano.

O por quién, se dijo Neudorf.

—Algo así —concedió—. Hay que romperse para saber de qué estás hecho.

Cosimo cruzó el salón y se dejó caer en una de las sillas.

—Se me ocurren formas menos violentas de averiguarlo.

Felipe rodeó el cadáver y se acercó a la cuerda trenzada que lo mantenía colgado de la viga.

—Puede ser —reconoció—. Pero ya sea en la guerra o en medio de una isla —dijo señalando a Martorell— el alma humana se reduce a esto.

Cosimo estaba disfrutando de la conversación.

Sentía que todo aquello le estaba descubriendo a un Neudorf diferente. Un Neudorf que volvía, poco a poco, a su esencia.

—¿A qué, Felipe? —le preguntó.

Este le devolvió una expresión dura. Una mirada concentrada.

—A que la vida es una batalla —respondió—. Y que quien no lo entiende acaba o muerto o sometido.

—No sé qué es peor —dijo Cosimo.

Felipe sonrió.

Sacó un cigarro y una caja de cerillas. Al rasgar el fósforo, el humo cubrió el ligero olor a descomposición que empezaba a planear en el ambiente.

—Sí que lo sabes.

Dio una vuelta más alrededor de Martorell y esperó a que Posse regresara. El guardia civil entró limpiándose la boca con la manga del uniforme mientras balbuceaba una excusa.

—No se suicidó —anunció, lanzándole la caja de cerillas.

El capitán la cogió en el aire, con un gesto automático, y al procesar la información frunció el ceño. Cosimo se levantó exhalando un largo bostezo, como dándole a entender que había necesitado demasiado tiempo para llegar a aquella deducción tan obvia.

—Murió junto a la chimenea —explicó Neudorf—. Asfixiado.

Posse hizo un esfuerzo sobrehumano por recuperar la compostura. Recorrió la estancia en silencio, tratando de llegar a la misma conclusión y, al cabo de dos minutos infructuosos, se giró hacia él y se rindió.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Cosimo evitó una sonrisa.

—Hubo un forcejeo —aclaró Neudorf, acercándose al cadáver—. En las manos de Martorell hay unos profundos arañazos que no tenía el día anterior. La espalda de la sotana está manchada de ceniza, lo que sugiere que rodaron por el suelo.

Rodeó al sacerdote y señaló sus hombros.

—Parece que, a pesar de su cobardía, peleó —concluyó—. Las costuras de la espalda están rotas. Pero lo más importante...

Felipe puso de pie la silla y se subió a ella.

—Le colgaron cuando ya estaba muerto —sentenció—. Le pasaron la soga por el cuello y tuvieron que izarle a pulso. Hay un profundo rozamiento en la madera. ¿Cuánto pesaría? —se preguntó en voz alta.

—¿Cien kilos? —aventuró Cosimo.

Neudorf asintió.

—¿Tú podrías haberlo hecho solo? —preguntó al italiano.

El *maggiore* chasqueó la lengua.

—A duras penas —reconoció, dolido.

Rodeó una vez más el cadáver, abstraído, casi en trance.

—Y, además... —murmuró.

Los dos hombres se inclinaron hacia delante, pendientes de sus palabras.

Neudorf localizó la maleta en una esquina, intacta y una sonrisa triste acudió a sus labios.

—Le han robado la cruz de plata que llevaba colgada del cuello —dijo al fin—. Si comparamos la nota de despedida con las cuentas del Trinidad, la caligrafía será diferente.

Posse colocó las dos manos a ambos extremos de sus caderas y soltó un suspiro cansado.

—¿Quién?

No había pretendido sonar brusco, pero no era una pregunta.

Era una exigencia.

El joven tembloroso había dado paso a un guardia civil con la mirada dura y decidida. Cosimo ladeó la cabeza, sorprendido. Neudorf se encogió de hombros.

—Ayer dijo que él era el otro cabo suelto en la muerte de Catalina. Hay alguien empeñado en que no se sepa qué pasó. Si no fuese por su descuido, ahora mismo estaríamos escuchando todo lo

que el padre Martorell tenía que contar.

La fragilidad de Posse se transformó en una rabia mal contenida.

—¿Y por qué... siempre está usted en medio? —explotó—. Todo iba bien... hasta que usted regresó.

Había desesperación en su voz. El enfado aumentaba el tiempo entre las pausas. Aquello debía de ser frustrante para él. Neudorf contó hasta tres antes de responder.

—Capitán, tiene usted que entender que se acusa a Babenburg de un crimen que no cometió. Y, mientras esté en mi mano, no voy a permitirlo.

—Muchos... no opinan lo mismo —replicó Posse, apretando los dientes.

Felipe cruzó los brazos y trató de serenarse.

—Lo sé. Por eso voy a demostrar que se equivocan.

El guardia civil soltó una carcajada escéptica.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Enfrentándose... a toda la isla? En Deià... cinco hombres han desaparecido. ¡Cinco! El mismo día... que usted aparece herido en Palma —dijo señalando al costado de Neudorf —. Podríamos... empezar por ahí.

Cosimo dio un paso hacia delante. Su rostro también había cambiado. No había sacado las dagas, pero tenía los ojos de un legionario romano rodeado de bárbaros.

Una palabra más, parecía decir su mirada, y serán seis los hombres desaparecidos.

Posse se dio cuenta, en aquel momento, de su inferioridad numérica y reculó.

—Eso por no hablar del incendio de Son Galcerán, el registro, un tesoro oculto, cartas desaparecidas... —farfulló de corrido, mientras retrocedía hasta la puerta—. Mientras no esté dispuesto... a compartir sus secretos, no cuente... con la Guardia Civil, señor Neudorf. Está usted... solo.

Atravesó el umbral y salió al exterior.

—Volveré... con mis hombres —gritó mientras se alejaba—. ¡Lárguense de aquí!

Cosimo y Neudorf observaron cómo desaparecía entre los pinos.

El italiano se dejó caer otra vez en la silla.

—¿Y este? —preguntó.

Neudorf se encogió de hombros.

—La tensión... —murmuró como para sí mismo—. El miedo.

Pero no era solo eso, pensó.

Cosimo apreció su batalla interna y le dedicó una mirada cargada de expectación.

—¿Pero? —preguntó.

Felipe se apoyó en una de las columnas de madera y contempló, una vez más, cómo el cadáver de Martorell se mecía como un péndulo en medio del pequeño salón.

—Creo que él es quien está buscando el tesoro de Babenburg —dijo al fin.

El siciliano soltó una risa escéptica, esperando el siguiente comentario, pero la sonrisa se borró de su rostro cuando apreció que su amigo hablaba en serio.

—¿Posse? —preguntó con incredulidad.

Neudorf asintió despacio, mientras terminaba de encajar todas las piezas en la oscuridad de su mente.

Cosimo se llevó las manos a la cabeza y trató de reflexionar, sin éxito. Se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor de Martorell.

—Centrémonos, ¿quieres? —dijo el italiano al cabo de la decimosegunda vuelta.

Se detuvo, mareado, y volvió a derrumbarse en la silla.

—Primero, ¿quién ha matado a este hombre? —preguntó mientras lo señalaba con las palmas de las manos.

Neudorf se sentó en la mesa de madera y exhaló un suspiro.

Estaba agotado. Sentía cómo el sudor comenzaba a perlarle la frente. Se llevó el cigarro a los labios y aspiro el humo, pero la nicotina no mitigó el cansancio.

—¿Terra? —aventuró—. Pocos en esta zona serían capaces de algo así.

El *maggiore* se quedó pensativo. Aquello sonaba razonable.

—Lo último que mencionó el cura fue que la familia Horrach guardaba un terrible secreto —continuó Felipe—. Supongo que ese secreto explica la muerte de Catalina.

—Y Juan Horrach no quiere cabos sueltos —concluyó Cosimo.

Neudorf expulsó lentamente el humo de los pulmones mientras contemplaba el cadáver de Martorell. Se presionó el disparo y emitió un quejido sordo; y concluyó que se movería mejor con un bastón.

Pero no pensaba darle esa satisfacción a nadie.

Bajó de la mesa con un pequeño salto y se dirigió hacia la puerta.

—No sé si podremos llegar a demostrarlo... —dijo mientras abandonaba la casa—. Pero tiene sentido.

Cosimo se apresuró a seguirle. No le gustaba aquella sensación de estar a solas con un cadáver.

—¿Y lo de Posse?

Los dos caballos de Ausias May les esperaban pacientemente bajo los pinos. Neudorf desanudó las riendas, puso el pie izquierdo en el estribo, cogió impulso y cayó con los dientes apretados sobre la silla de montar.

Varias gotas de sudor rodaron sobre la crin del animal.

Cosimo le observó preocupado.

—¿Estás bien?

Neudorf asintió con los ojos cerrados, mientras controlaba la respiración. Al cabo de varios segundos, clavó los talones en el costado del animal y los dos soldados se adentraron en la montaña.

El viento corría por la sierra como un lobo hambriento. Los pinos, fríos y solemnes, flanquearon su camino como centinelas orgullosos. Cosimo inspiró profundamente aquel olor a musgo, tierra y madera mojada, y agradeció todas las decisiones que lo habían llevado hasta allí.

Hacía veinte minutos que habían dejado el cadáver de Martorell atrás, cuando Neudorf rompió el inhóspito silencio de la Tramontana.

—Babenburg consideraba que las lámparas de aceite eran muy peligrosas —explicó—. Por lo que todos los quinqués de Son Galcerán son de gas. El primer día, cuando reconocimos los restos del incendio, encontré los cristales rotos de la lámpara que había provocado el fuego... Era una lámpara de aceite.

—¿Llevaron su propia iluminación?

Neudorf asintió.

—Después —continuó—, en la cocina, le pregunté a María Miquela si desde que nos fuimos había comprado alguna lámpara de aceite...

El italiano lo miró como si hubiese afirmado que los cerdos hablaban.

—¿Y casi te mata?

—Casi se despide en ese momento —respondió Felipe—. Me dijo qué cómo se me ocurría plantearle eso.

Cosimo soltó una carcajada corta.

—Qué mujer...

Neudorf cambió de posición en el caballo.

—El otro día —comenzó— cuando asaltaron por segunda vez Son Galcerán, al descubrir las huellas, Posse se quedó paralizado... Ahora tiene sentido.

El *maggiore* se revolvió, impaciente. Veinte minutos en silencio habían sido demasiados.

—¡Deja de hacerte el interesante, Felipe, por Dios! ¿Qué tiene sentido?

Este sonrió a medias. Aun así, se tomó su tiempo.

—No le di más importancia hasta que pasamos por la cocina. Posse llevaba un quinqué de gas. Uno de Son Galcerán. Al contemplar los restos del incendio se sorprendió y me dio a entender que sabía que la lámpara que lo había provocado era de aceite.

—¿Qué dijo exactamente?

El italiano seguía su razonamiento con escepticismo.

—«Menos mal... que este no es de aceite» —repitió Neudorf, incluyendo las pausas—. Lo dijo señalando su quinqué.

—Pero igual que lo viste tú —objetó— lo pudo ver él cuando acudió por primera a Son Galcerán, tras extinguirse el incendio. Mucho antes de que llegáramos nosotros.

Neudorf aceptó la duda con deportividad.

—Puede ser... Puede ser... Por eso hoy le he lanzado la caja de cerillas.

Aquello cogió a Cosimo completamente desprevenido.

—¿La caja de cerillas? —repitió, extrañado.

Su caballo relinchó y tiró de las riendas. Cuando controló al animal se volvió hacia su amigo, expectante.

—Cualquier movimiento instintivo, como coger algo en el aire, se hace con la mano dominante. Es la mano que tiene mayor habilidad y destreza —explicó con calma—. Posse ha atrapado la caja...

—Con mano izquierda —completó el italiano.

La desconfianza había dado paso al asombro. Neudorf recordó su razonamiento de que, por cómo se había desarrollado, el fuego lo había provocado un zurdo.

Cosimo le conminó a continuar, admirado.

—Además —prosiguió—, fue Posse quien encontró el mapa. Dijo

que estaba en el hueco de un árbol, pero la carta estaba seca.

Neudorf se irguió en el caballo con cuidado. La herida del costado cada vez le molestaba más. El mar, al fondo, aparecía y desaparecía entre los árboles.

—Creo que la llevaba consigo —sentenció—. La colocó él. Culpar a mi tío era una maniobra para que la investigación y las sospechas recayeran en otro.

Cosimo abrió los ojos. La mención de Fornés le había recordado algo.

—Entonces... ¿la mujer?

Aquel era el punto al que no quería llegar Felipe. Sabía que su hipótesis no le iba a gustar al italiano.

—La mascarilla de tela que encontramos olía a agua fresca de jazmín.

Había reconocido el perfume, por fin, aquella mañana en el Trinidad.

—Solo puede ser una persona...

Y Cosimo comprendió.

No sabía por qué, pero aquellos ojos azules, aquella firmeza femenina, aquella seductora naturalidad, se le había clavado, sin saberlo, en el alma.

—No fue ella —alcanzó a decir el italiano con una voz oscura, traída de otro mundo—. No puede ser.

Neudorf se mordió los labios.

—Es lo más lógico, Cosimo... —murmuró—. No dejes que los sentimientos te nublen la razón.

Su compañero le devolvió una mirada cargada de amargura y decepción. Una mirada que nunca le había visto.

Pero necesitaba que Cosimo comprendiese. Necesitaba a Cosimo a su lado.

—Salomé abandonó la cena una hora antes de que acabase. Tú mismo lo viste. Una criada le avisó de que la requerían en el Trinidad. Posse la esperó fuera de la Cartuja y tuvieron casi dos horas para registrar Son Galcerán. Cuando nos oyeron entrar, huyeron por el bosque.

El italiano dejó caer la cabeza sobre el pecho y soltó un suspiro.

—¿Por qué harían algo así? —se preguntó en voz alta.

Neudorf se pasó los dedos por la sien, apartándose el sudor

incipiente, tratando de ordenar bien las palabras.

—¿Por el dinero? ¿Deudas? —enumeró con cautela—. No lo sé, la verdad... Es lo que tenemos que averiguar.

Un frío viento de poniente se llevó sus palabras. Era mediodía y el campo estaba mojado. Algún payés de una finca cercana había encendido su chimenea y una columna de humo cortaba el cielo en dos.

Conforme se aproximaban a Son Galcerán, el arrullo del Mediterráneo les arropó, empequeñeciendo su nostalgia.

—Felipe —dijo Cosimo, de pronto—, ¿nunca descansas?

Había algo de admiración en la pregunta. Algo de sombro. Neudorf llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y, con la mano, se sujetaba la herida del costado. Sudaba por la frente, pero su mirada era fresca, despejada.

El aludido se concedió una sonrisa triste.

—Me gustaría —dijo casi en un susurro—, pero el mundo no me deja.

Cosimo le observó con cautela, como midiendo de nuevo al hombre que montaba a su lado. Sorprendido por aquella capacidad de pelear sin perder el aplomo, sin descuidar la serenidad.

Quizá esa es la clave, se dijo. El combate reflexivo. La violencia controlada.

Observó la expresión tranquila de Neudorf y se sintió a salvo.

Aquella inteligencia iba por delante de todos los demás.

Le dedicó un último pensamiento a Salomé y decidió desterrar sus ojos azules de su melancolía.

Atravesaron la entrada de Sol Galcerán y subieron los peldaños de las Monedas. A pesar del dolor de sus heridas, Neudorf pasó distraídamente la mano por los círculos de piedra, deleitándose con el tacto. Al atravesar la terraza y abrir la puerta de la casa, Cosimo se agachó y recogió un sobre dirigido a su amigo. Este lo abrió y, al leer su contenido, su expresión pasó de la apatía a la agitación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó intrigado.

Felipe le tendió la carta. El italiano nunca le había visto una sonrisa tan ancha.

—Carmen —le explicó, antes incluso de que empezara a leer—. Dentro de dos días salimos a navegar.

Capítulo 20

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1915

—Novena lección: no pienses demasiado. La alegría requiere presencia.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Eran casi las ocho de la mañana y los pasillos del Trinidad estaban envueltos en una siniestra quietud. La luz comenzaba a despuntar en el exterior, pero el hospicio seguía sumido en las sombras. El frío, húmedo e intenso, atravesaba la ropa como la hoja de una espada.

Los pasos de Neudorf resonaron en la oscura concavidad del claustro.

Se adentró con seguridad en uno de los corredores y abrió una puerta con cuidado.

Frente a él, reconoció el amplio salón del ala de los Extraviados.

La mayoría de los internos seguían dormidos, por lo que flotaba una extraña calma en el ambiente. Al fondo, como siempre, frente a un gran ventanal, envuelta en varias mantas, estaba sentada su madre.

Habían pasado dos días desde su primera visita. Tras descubrir que Mallorca era un lugar más peligroso de lo que pensaba, había decidido combatir el sentimiento de rechazo que lo embargaba cuando iba al hospicio.

Ya no era un adolescente distante y solitario.

Era un soldado. O, por lo menos, lo había sido.

Y estaba decidido a aprovechar el tiempo. Especialmente con su madre.

Dio unos pasos y, de pronto, su mente volvió al pasado. Recordó una mañana de invierno, hacía ya veinte años, cuando contempló aquella sala por primera vez. Era mediodía, justo antes de comer, y el

salón se asemejaba más a un combate que a la planta de un hospital. Había veinte Extraviados y todos, sin excepción, gritaban.

Las monjas —siempre superadas por la circunstancia— trataban de controlarlos, pero los internos se habían abandonado a un extraordinario entusiasmo, que parecía estar motivado por una silenciosa presencia femenina. La primera desde que los habían ingresado.

Neudorf recordó el miedo que sintió. La húmeda ansiedad que le trepó por los brazos. El espanto de un niño de ocho años al pensar que, a partir de aquel momento, su madre viviría allí.

Con el tiempo, aprendió a asumir aquella situación. Entendió el porqué. Y un día, en su adolescencia, aceptó que su familia era diferente a la del resto. Que no había alternativa. Que no debía sentir dolor, tan solo afecto.

Desde entonces, todo cambió.

Mientras caminaba con calma hacia la ventana de Antonia Fornés lo sacudió un escalofrío.

En Caporetto, en Karst, en Trieste, en Vittorio Veneto. En todos aquellos sitios había creído que no volvería a ver a su madre. Que no regresaría a Mallorca.

Pero lo había conseguido.

Se acercó a ella, la saludó y le dio un beso en la mejilla. No esperaba mucho más, pero, de pronto, su madre giró lentamente el rostro y en sus ojos vio comprensión.

Vio lucidez.

—Felipe... —murmuró.

Durante un segundo, no reaccionó. Se la quedó observando como si fuese un espejismo. Pero ella buscó su mano y se la apretó.

—Madre... —susurró con un nudo en la garganta—. ¿Eres tú?

Desde que ingresó en el Trinidad, Antonia Fornés había encontrado el camino de vuelta en contadas ocasiones. Y nunca duraba más de un par de minutos.

—Claro que soy yo, hijo —respondió—. ¿Quién iba a ser si no?

El estómago le dio un salto al vacío. Trató de controlar las lágrimas que le llenaban los ojos y forzó una sonrisa.

—Has crecido mucho —continuó ella—. ¿Dónde has estado?

Neudorf se sentó en una silla contigua para ocultar el temblor de piernas.

—He estado... viajando por Europa, madre —murmuró—. He vivido en Viena, he visitado los Alpes... He recorrido Italia.

—Ah —suspiró Antonia con ojos lejanos—. Dicen que Roma es precioso.

Neudorf soltó una carcajada maravillada.

—Lo es, madre. Quiero que sepa... —balbuceó emocionado—. Quiero que sepa que siempre la llevo a usted conmigo.

Una sonrisa amplia y sincera cruzó el rostro de la mujer.

—Lo sé, hijo mío —susurró mientras alzaba la mano y le acariciaba la mejilla—. Siempre fuiste un niño serio y esforzado. Disfruta de la vida, Felipe... Hazlo por los dos.

Él asintió.

—¿Cómo está Babenburg? —preguntó de pronto, algo inquieta—. ¿Y la abuela? ¿Y mi hermano, Luis?

El corazón de Neudorf se contrajo un poco, pero logró que la melancolía no llegase ni a su voz ni a sus ojos.

—Están todos bien —mintió—. Te echan de menos.

—Yo también a ellos —murmuró, más serena—. Echo en falta la voz tranquila de Babenburg, el olor de sus habanos... El viento en la cara, el mar desde Son Galcerán... ¿Cuándo saldré de aquí, Felipe?

Lo preguntó mientras se incorporaba, tensa, con una voz algo desquiciada, y supo que tenía que continuar mintiendo. Que alterarla no serviría de nada.

—Pronto, madre. No se preocupe.

Antonia se dejó caer en la silla y se arropó con las mantas.

—Estoy cansada de este salón —masculló—. La gente grita demasiado... Estoy cansada del frío, de la comida, de la soledad, de...

Su voz se fue apagando poco a poco, como un tren que se aleja en el horizonte y, de pronto, enmudeció. El brillo de sus ojos se apagó y su mirada se perdió, de nuevo, en algún punto del paisaje.

Neudorf se limpió las lágrimas e inspiró profundamente.

Le dio un beso en la mejilla y abandonó el ala de los Extraviados como un soldado que deserta de su Ejército. Sucio y apesadumbrado, sin mirar atrás.

Recorrió los pasillos como un autómata. Iba pensando en lo poco que recordaba la dulzura de su madre antes de todo aquello, cuando escuchó un llanto infantil detrás de una columna.

Rodeó la estructura de piedra y, a pesar de que la silueta tenía la

cabeza hundida entre las rodillas en la oscuridad, reconoció a Xisca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, sentándose a su lado.

Ella alzó la vista y se sorbió la nariz.

—Nada —dijo la niña, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos enrojecidos.

Neudorf intuyó al instante de qué se trataba. Conocía de primera mano la crueldad de los niños.

—¿No quieren jugar contigo?

La pequeña le dedicó una mirada sorprendida y avergonzada.

—Y, además... me han quitado el libro... —añadió entre suspiros —. Dicen que soy rara... —sollozó— porque siempre estoy leyendo... ¡Pero es que me gusta!

Él sonrió y no pudo evitar acariciarle la cabeza. Había sentido en sus carnes aquel extraño repudio. Un rechazo tras el que se escondía el miedo atávico de aquellos niños hacia lo que no comprendían.

Una niña que lee, pensó Neudorf. Los chavales tienen que estar aterrados.

—Leer libera, Xisca —susurró—. Nunca dejes de hacerlo.

La niña asintió sin mucha convicción y lo observó con detenimiento.

—¿Vienes de visitar a la mujer de los Extraviados?

Felipe asintió.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

Neudorf dudó, pero, tras un suspiro, le volvió a preguntar si era capaz de guardarle un secreto. Tras varios cabeceos insistentes de la niña, claudicó.

—La mujer es mi madre —reconoció.

Xisca frunció los labios, menos sorprendida de lo que él esperaba.

—Tienes suerte —apuntó con tristeza, desviando la mirada al suelo—. Yo nunca conocí a la mía.

La niña comenzó a escarbar la piedra del suelo con la punta del pie y Neudorf no supo qué responder.

—¿Te gustaría visitarla? —le preguntó, de pronto.

Xisca le devolvió una mirada azul brillante.

—¿De verdad?

Neudorf se incorporó y ella lo imitó.

—Con dos condiciones —se oyó decir mientras levantaba el dedo índice—. No se lo puedes contar a nadie e irás siempre acompañada

de mi abuela.

Iba a añadir a Salomé, pero recordó con amargura que la doctora era una de las dos personas que habían asaltado Son Galcerán.

La niña llevaba asintiendo desde que Felipe había empezado a hablar.

—¡Prometido! —exclamó, exultante.

Y antes de que Neudorf pudiera añadir nada más, salió corriendo.

Cuando abrió la puerta de la habitación de su abuela, el cuarto estaba caldeado gracias a las brasas que Cosimo había colocado bajo la mesa camilla. Aunque aún era pronto, el italiano tenía dos cartas apretadas contra el pecho y se mordía los labios.

La abuela Luisa, recostada contra la almohada, sostenía la baraja. Ella y María Miquela esperaban pacientemente a que el italiano —sentado en la silla, al lado de la cabecera de la cama— decidiese qué hacer.

Plantarse o pedir una más, pensó Neudorf, deduciendo que su abuela le había introducido en el juego de la veintiuna.

Su abuela vestía un batín de seda y tenía anudado en el cuello un pañuelo de flores. Estaba perfectamente peinada y lucía unos anteojos de medialuna que se habían deslizado por el puente de su nariz hasta la punta, dándole un aire de contable aplicado.

Cada vez estaba mejor, pero, dadas las circunstancias, prefería que permaneciese con María Miquela en el Trinidad, a que las dos estuviesen solas en Son Galcerán.

La abuela atisbó cierta turbación en los ojos de su nieto y se giró hacia él, olvidando el juego.

—Felipe, cariño, ¿está todo bien?

El enfado inicial había dado paso a un cariñoso y continuo reproche que tenía únicamente el objetivo de que su nieto pasara más tiempo con ella.

Neudorf trató de quitarle importancia con un gesto, pero no lo consiguió.

Cosimo olvidó la tensión de la partida y se unió al interrogante silencioso de la abuela.

—Antonia —capituló Neudorf, controlando el temblor de su voz —. Me ha reconocido.

La abuela Luisa dio un respingo.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Cuéntanoslo todo.

Felipe se sentó en el borde de la cama y se dio cuenta, en aquel instante, de lo cansado que estaba.

—Sus ojos —explicó— tenían un fulgor diferente, una lucidez que no había visto nunca. Como si siempre hubiese estado ahí.

Relató la conversación, tratando de recordar cada detalle. El tiento en sus preguntas y la sencilla alegría en cada una de las respuestas de su madre.

Estaba conmovido.

Había olvidado aquel sentimiento de euforia. Aquella sensación de que todo es posible.

La abuela Luisa se obligó a controlar el entusiasmo y le dedicó una mirada cargada de ternura y tristeza.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó, apenas en un susurro.

Neudorf dejó caer los hombros.

No había alegría, pero tampoco abatimiento. Solo cansancio.

—Cinco minutos —dijo con los ojos brillantes—. De pronto, su sonrisa se fue apagando, poco a poco. Su interés decayó. Y, al final, se giró para mirar por la ventana... y todo volvió a ser como antes.

La abuela Luisa se colocó las gafas con el dedo índice y tragó saliva.

—Bueno, qué esperabas —aseguró mientras recogía la baraja de su regazo—, esa hija mía siempre fue muy misteriosa. A lo mejor quería ver cuánto insistías. Quién sabe...

Neudorf les relató también la conversación que había mantenido con Xisca. El libro que le habían robado y la promesa que le había hecho.

—Conozco a esa niña —declaró María Miquela—. Es un encanto. Y a la señora Luisa le vendría bien un lazarillo —añadió con guasa.

La anciana se revolvió en la cama.

—Alguien que no hable tanto como tú... —masculló.

Felipe concluyó que reírse de cualquiera de las dos cosas era lo más parecido a un suicidio y decidió mediar.

—Creo que a Xisca le vendría bien... El resto de los niños la ignoran.

Aquello pareció pulsar la tecla correcta en el corazón de la abuela Luisa.

—No se hable más. Tú, siciliano —gruñó encarándose a Cosimo, cambiando abruptamente de tema—, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres otra

carta?

Él, sin saber bien qué hacer, pidió otro naipe.

Era curioso ver en aquella posición a un *maggiore* italiano. Con las cicatrices cruzándole la sien, sentado frente a dos señoras mayores, contemplando con cierta inquietud sus cartas.

Una satisfecha sonrisa apareció en el rostro de la anciana.

—¡Ja! ¡Te pasaste! —anunció—. Gana la banca. Me debes cincuenta pesetas.

Neudorf no tuvo más remedio que rehacerse.

—Abuela, no te debe nada. Le estabas explicando el juego.

La aludida se giró hacia su nieto con los ojos revestidos de un oscuro reproche.

—¿Y tú qué sabes de nuestro acuerdo? —bufó—. Este atractivo siciliano, compañero tuyo de armas, me ha retado. ¿Es o no es así, señor Quadra?

Cosimo compuso una sonrisa compungida. Parecía un crío al que habían pillado molestando a las vacas.

—Es cierto —admitió de mala gana—. Llevo más de veinte minutos perdiendo.

La abuela Luisa mezcló con habilidad la baraja y se la ofreció a Neudorf, invitándole a cortar.

—Dos pesetas por apuesta —cantó como un verdadero tahúr—. No se puede doblar. Convendría que introdujeras a tu amigo en el arte de contar cartas.

Neudorf se giró hacia Cosimo.

—¿Has perdido cincuenta pesetas? —preguntó, asombrado.

La abuela Luisa chasqueó la lengua mientras se recostaba con satisfacción en la almohada.

—Más bien, las ha regalado.

Felipe no pudo evitar una carcajada.

—Tendrás que pagárselas —conminó a Cosimo.

—¡Ya lo creo! —saltó la abuela.

El italiano se incorporó indignado.

—*Un debito è un debito* —gruñó en voz baja, como si no quisiese que nadie más se enterara de aquella situación—. Y un Quadra siempre cumple.

La anciana le observó con curiosidad. Algo le rondaba la cabeza. Cualquier otra persona habría evitado hacer preguntas indiscretas.

Pero ella no era cualquier persona.

—¿Y tú qué haces aquí, Cosimo, cariño? ¿No te espera nadie en Sicilia?

Él habría dado el mismo salto si alguien hubiese disparado en la habitación.

Se giró hacia ella completamente ruborizado.

—Es una conversación...

Miró a Neudorf como un náufrago que atisba un barco en la lejanía.

—Es una conversación que tenemos pendiente, abuela —dijo, acudiendo a su rescate—. No seas cotilla.

La abuela Luisa se revolvió en la cama.

—¡La cotilla es María Miquela! —exclamó, señalándola—. Yo simplemente me intereso por tu amigo.

La criada sonrió a medias, como tomándoselo como un cumplido. La anciana se recostó de nuevo sobre los almohadones y una extraña familiaridad se instaló entre ellos. Felipe ocupó el único sillón que estaba libre y soltó un suspiro.

A pesar del reposo de los últimos dos días, aún le molestaban las heridas.

En su infinita sabiduría, su abuela le observaba con atención, intuyendo que venían más preguntas.

Y su instinto rara vez fallaba.

Neudorf se incorporó en el asiento.

—Abuela, María Miquela —comenzó—, necesitamos información.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada rápida. La criada debía de haberla puesto en contexto nada más despertar.

Él trató de resumir la situación.

—Desde que llegamos...

La abuela Luisa puso los ojos en blanco. Odiaba los preámbulos.

—Déjate de rodeos, ¿quieres, Felipe? —masculló—. Una ya tiene una edad. ¿Supongo que querrás saber más sobre esa desalmada?

El adjetivo extrañó a Neudorf, que lo repitió, convirtiéndolo en pregunta.

—Desalmada, buscona, mala pécora —explicó, recreándose—. Hay muchos atributos con los que podríamos definir a Catalina Horrach.

—¡Y ninguno bueno! —añadió María Miquela.

Aquello pilló a los dos soldados completamente desprevenidos. Se habían imaginado muchas cosas y habían deducido otras, pero jamás habrían esperado esto.

Se notaba que esta era la especialidad de María Miquela y estaba disfrutando.

Neudorf las instó a continuar. La anciana cambió de posición en la cama y alzó la vista al techo para recordar.

—Los hermanos Horrach crecieron siendo pobres —comenzó—. Pobres no es la palabra —rectificó—, crecieron siendo humildes.

Con un gesto, dio paso a María Miquela.

La criada les explicó que Juan, un joven tímido y trabajador, tras la muerte de sus padres en un trágico accidente en un coche de caballos, se deslomó durante años para actualizar la zapatería que había heredado y dar de comer a su familia. Aquel muchacho huraño, que apenas socializaba por decisión propia, siempre había sentido una predilección casi enfermiza por su hermana, a la que trataba de proteger a toda costa.

Catalina era su antítesis.

Era sociable, divertida y ocurrente, pero, sobre todo, era una mujer hermosa. Intensamente atractiva.

Llevaba siempre el pelo despeinado. Bebía como un jornalero y fue la primera mujer en Mallorca que se hizo un tatuaje. Una pequeña ancla en el interior del brazo izquierdo.

Sentía una extraña fascinación por los marineros y con apenas dieciséis años, las malas lenguas la situaban en el centro de varias trifulcas en el puerto de Palma.

Juan trató siempre de enderezarla, pero le resultó imposible.

No le importaba el dinero y las amenazas resultaban inútiles ya que siempre encontraba a alguien dispuesto a invitarla a una copa o a acogerla en su casa.

—No había cumplido los veinte años y ya se la veía en compañía de hombres con una reputación... complicada —relató María Miquela.

Desaparecía semanas y volvía al valle cubierta de joyas.

Con el tiempo y apenas sin esfuerzo, Catalina se convirtió en el escándalo regional de Valldemossa.

—Una auténtica calamidad —precisó la abuela Luisa—. Además, era afilada... Muy suspicaz. Se le veía en aquellos ojos tristes. Había algo roto en aquella chica. No sé si creció en ella tras la muerte de sus

padres o fue algo natural. Pero destilaba malicia.

Neudorf no se esperaba todo aquello.

Salvo por su relación con Carmen, había vivido siempre aislado de la sociedad mallorquina. Para él todo aquello era nuevo. Nunca había oído hablar de la familia Horrach. Y mucho menos de la fama de Catalina.

La pregunta era por qué Babenburg se había visto implicado con alguien así.

La abuela Luisa, ajena a la sorpresa de su nieto, se interrumpió un segundo y le pidió agua a Cosimo. El italiano se la sirvió en el vaso que tenía en su mesilla.

—Todo aquello, unido a su belleza, solo podía acabar en desastre —concluyó la anciana.

—¿Cómo conoció Babenburg a Catalina? —preguntó Neudorf—. ¿Por qué le ayudó a escapar del Trinidad?

Le estaba costado procesar toda aquella información. La anciana carraspeó para aclararse la garganta.

—Babenburg, ese austriaco engreído, nunca me lo contó —se lamentó—. Decía que me iría de la lengua. Que se lo contaría a María Miquela mientras jugábamos a las cartas. Y que eso era lo mismo que gritarlo delante de Can Joan un domingo después de misa. ¡Por quién me tomaba!

María Miquela resopló.

—Con todo lo que hicimos por él...

Neudorf no podía dar crédito a lo que escuchaba. Entre la abuela Luisa y María Miquela podrían haber montado el mejor servicio de espionaje de todo el Mediterráneo. Y el menos discreto.

—Hombre... —intercedió— algo de razón tenía.

La anciana ignoró el comentario.

—Supongo que se conocieron en el ala de los Extraviados —aventuró—. Cuando Babenburg iba a visitar a tu madre... Lo único que me contó es que cuando la trasladaron a los Extraviados, Catalina estaba recluida en una celda y que hablaban a través de la puerta. Había estado a punto de casarse con un carabinero y que aquello fue lo que precipitó la boda con Cardona.

Aquello hizo que Neudorf se pusiese de pie.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó con un tono más alto de lo habitual.

Las dos mujeres se encogieron de hombros. Su red de contactos no llegaba a tanto.

—Nunca lo supimos —reconoció la anciana—. Babenburg no me lo dijo. Solo me contó que el carabinero estaba loco por ella... mientras que Catalina... simplemente, quería cabrear a su hermano.

La abuela Luisa miró a Cosimo y alzó las cejas, como señalando lo evidente.

—Una fulana, vamos —afirmó el italiano.

Ella se dio una palmada en el muslo y soltó una risa corta y afilada.

—¡Lo ha dicho él! —exclamó divertida, señalándolo como una colegiala.

Se inclinó hacia Cosimo y le cogió de las manos.

—En cuanto me pagues las cincuenta pesetas puedes venir a verme siempre que quieras.

Cosimo le agradeció las palabras con una sonrisa y le prometió pagarle y volver a verla, en ese orden.

Neudorf puso los brazos en jarras y repitió la pregunta.

—Abuela, es importante, ¿nunca te dijo cómo se llamaba el carabinero?

Volvió a recostarse en la almohada y dejó escapar lentamente el aire por la nariz, mientras se mordía la lengua y dirigía, otra vez, la mirada al techo.

—Oh sí, espera —exclamó—. ¡Ahora me acuerdo!

Dejó que el silencio se alargara varios segundos y, al contemplar la expectación de su nieto, sonrió como una pantera sin dientes.

—Se llamaba Babenburgnomelodijo —murmuró—. Y el apellido era Yatelohedichoantes.

Neudorf descendía a caballo por el sinuoso camino del puerto de Valldemossa. Iba solo, prestando atención a la fina arena que cubría el camino, vigilando que las patas de su montura no resbalaran.

La herida del costado le dolía, pero trató de ignorarla.

Si quería hacerlo todo, no disponía de mucho tiempo.

Una vez acabada la última caja, había asumido que no fumaría Moeris nunca más. Antes de bajar al puerto había pasado por la

cabaña de su tío y le había comprado dos cosas que necesitaba de manera urgente: tabaco picado de contrabando y una pistola que no se encasquillase.

Luis Fornés le había vendido una Colt M1911. Una semiautomática americana diseñada por John Browning. Siete cartuchos de 11,43 mm de calibre y seguro manual.

La última maravilla de la ingeniería, había dicho Fornés.

Para el tabaco, en Son Galcerán había encontrado varias pipas de Babenburg, por lo que escogió la menos utilizada. Una de elegante madera olivo, casi blanca, con la caña recta y la boquilla rectangular.

Antes de volver a montar había llenado ya la cazoleta y se había entregado, de nuevo, al humo.

Fumar le permitía pensar.

Y, descendiendo por aquel camino, rodeado de pinos y con las olas del Mediterráneo rompiendo a sus pies, pensaba en Catalina Horrach.

En ningún momento la había imaginado como la persona que había descrito su abuela. Aquello complicaba todo un poco más. Por no hablar de la boda que había mencionado.

¿Quién era el carabinero que había estado a punto de casarse con Catalina?

Habían asesinado a Margalida Basabe y al padre Martorell para evitar que determinados secretos saliesen a la luz. Secretos que tenía que averiguar.

Y, por otro lado, estaba el asalto a Son Galcerán. ¿Qué hacían Posse y Salomé juntos?

Había demasiadas preguntas. Demasiada incertidumbre.

Aspiró el humo de la pipa con avidez. Como si se estuviese quedando sin aire. Tenía la sensación de que seguía a ciegas, pero, sobre todo, que se estaba quedando sin tiempo.

Llegó al final del camino y vislumbró el puerto de Valldemossa. Echó un vistazo al cielo y calculó que serían las once la mañana. El Nereide se mecía suavemente en el puerto.

Se encaminó a las casas de los pescadores y preguntó por Ismael Galerna a una señora mayor que observaba el día como un guardia ferroviario veía pasar los trenes. Estaba sentada en una silla de mimbre en la puerta de su casa. Esta le indicó que su residencia estaba dos calles más arriba.

Llamó con los nudillos a la puerta y fue el propio Ismael quien le abrió. Tras la sorpresa inicial, le hizo pasar sin apenas despegar los labios. Accedieron a un humilde salón, decorado con redes de pesca y antiguos aparejos náuticos.

El olor a cebolla que salía de la cocina se mezclaba con el de la madera húmeda y el salitre.

Ismael se sentó frente a Neudorf y este observó su rostro ancho, casi sin cuello, su frondosa barba plateada y sus ojos acuosos, aclarados probablemente por el viento y la sal del mar. Las arrugas surcaban su rostro como ríos secos. El poco pelo que le quedaba lo llevaba peinado hacia atrás.

El marino abrió sus ásperas manos y encogió los hombros.

—Tú dirás.

Neudorf supuso que, por edad y oficio, hacía tiempo que Ismael había renunciado a los formalismos. Decidió ir al grano.

—Vengo de parte de mi tío —explicó—. Necesito al joven más espabilado que conozca. No correrá peligro —aseguró—. Tan solo preciso información.

El hombre exhibió una sonrisa descreída.

—La información es peligrosa —afirmó.

Sin añadir nada más, se levantó, salió al pasillo y pronunció un nombre.

Un chaval de apenas quince años apareció en el salón.

Era delgado, no muy alto, de pelo moreno, con ojos traviesos pero inteligentes, y el rostro lleno de pecas.

—Mi nieto Tomeu —presentó el viejo marino—. Le sobra capacidad y es de confianza. Si no te importa —añadió dirigiéndose a Neudorf—, me gustaría entender de qué va todo esto.

Él asintió.

Confiaba en su discreción, pero, sobre todo, confiaba en los contactos de su tío.

Tras comprarle el tabaco y la pistola, Neudorf le había pedido a Fornés un contacto para seguir a una persona. Su tío había esbozado una sonrisa de tiburón resabiado.

Le dio el nombre del viejo marino al que él ya había conocido, y le recordó el favor que le había pedido.

La deuda que tenía con May. Los votos de Maura. El precio de los terratenientes. El trigo que pretendía traer Levi a Valldemossa. El

cuándo y el cómo.

Efectivamente, se dijo Neudorf, la información es peligrosa.

Tomeu tomó asiento y Felipe se concentró en la conversación.

—Necesito que sigas a un guardia civil —explicó despacio—. ¿Puedes hacerlo?

Claro que podía hacerlo.

Neudorf lo apreció en la tranquila disposición de sus ojos, en sus músculos relajados. En la plácida apatía que desprendía.

Tomeu asintió sin dudar.

—¿Algo en concreto?

Felipe dejó escapar el aire por la nariz y sonrió. Le gustaba aquel chaval.

—Principalmente, si aparece husmeando en la Foradada.

Ocuparon los siguientes diez minutos con los detalles y cuando todo estuvo listo, Neudorf deslizó cien pesetas en la mano desprevenida de Tomeu.

—Para los gastos —explicó—. Cuatrocientas cuando hayamos terminado.

Se levantó, abandonó la casa y, en cuanto estuvo fuera, puso más tabaco en la cazoleta de la pipa y lo encendió con una cerilla.

Le dio una profunda calada y contempló el horizonte.

Estaba despejado y había una ligera brisa. El día invernal perfecto para navegar.

Hizo un pequeño movimiento para tantear la herida del costado y comprobó que el dolor le seguía limitando. El brazo seguía en cabestrillo, aunque cada vez lo podía mover más.

Comenzó a murmurar una maldición, pero, de pronto, la vio.

Y el dolor y las dudas; el miedo y la incertidumbre —todo— desapareció.

Había matado para llegar a aquel momento.

Se había abierto paso a través de la muerte para navegar por el Mediterráneo, una mañana soleada de enero, con Carmen Feliú.

Capítulo 21

Caporetto, frontera Imperio Austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—Décima lección: nunca desperdicies la oportunidad de estar callado.

Mar Mediterráneo, 1919

El viento incidió en las velas y el Nereide se escoró a sotavento. Neudorf viró levemente a babor y el barco ganó velocidad.

En la regala, descalza, Carmen contemplaba el mar y sonreía.

Llevaba unos pantalones blancos y anchos, de marinero, probablemente de su padre, estrechados en la cintura por un elegante cinturón de cuero. Había arremangado el dobladillo, dejando ver unas alpargatas burdeos con un poco de tacón, que se quitó en cuanto subió al barco. Para combatir el frío, traía un jersey azul marino de lana y cuello vuelto; y encima una casaca del mismo color.

Una auténtica marinera, había pensado al verla, embelesado.

Y no solo en apariencia.

Una vez a bordo, apenas había necesitado sus indicaciones para izar el foque y soltar amarras.

Carmen había caminado con seguridad por la cubierta, comprobando que todo estaba en su sitio. Una vez salieron a mar abierto, afirmó la escota de la mayor y tomó asiento en uno de los bancos, contemplando la infinidad selvática de la Tramontana, dándole la espalda a Neudorf.

Así navegaron durante dos horas. Con las velas desplegadas y en silencio.

Ocurre, en los barcos, un efecto que es difícil de encontrar en otro sitio. El tiempo se dilata y las distancias se vuelven inabarcables.

Un velero en el Mediterráneo, con el viento preciso y el paisaje apropiado, es una tregua.

Un armisticio.

No se habla, porque no hace falta. Porque todo está dicho.

No se habla porque, sea cual sea la batalla, se quedó atrás, en tierra.

Y por un pequeño intervalo de tiempo uno es libre y todo es posible.

Neudorf pensaba en todo aquello mientras contemplaba la espalda relajada de Carmen. La primera vez que se habían besado había sido cerca de Son Galcerán. En uno de los miradores que se alzaban sobre el Mediterráneo.

—No va a pasar nada —había asegurado ella al saludarse.

Y el chaval inexperto en mujeres que era él la había creído.

Habían paseado durante horas, atravesando los rayos de sol estivales de aquel verano incandescente. Neudorf sentía la urgencia de un adolescente que empieza a entender el mundo; y ella se movía con la cadencia innata de una mujer que sabe lo que quiere. Él escuchaba atentamente mientras ella hablaba de aventuras en países remotos y de pintores. Habían bebido el agua fresca de una fuente y habían visitado las ruinas de una ermita. Al llegar al mar, los dos habían enmudecido. Carmen se giró y le dedicó una mirada cargada de electricidad.

—Entonces, ¿qué?

Felipe la había observado sin entender. Ella dio un paso hacia él.

—¿Cuándo vas a besarme?

Neudorf sonrió al recordar todo aquello.

Viró a babor, entrecerró los ojos porque el sol le deslumbraba y se sintió vivo.

Vivo y afortunado.

Ahora entendía la obsesión de Babenburg por aquel barco, por aquellas vistas, por aquel momento.

Ella se giró y le miró con aquellos ojos de cobre encendido. Los mismos con los que le había preguntado que cuándo la iba a besar.

Estaba radiante, pero pareció recordar algo que le ensombreció el gesto.

—¿Qué está pasando? —preguntó, señalando con el mentón el costado de Neudorf.

La herida del disparo se había abierto y su camisa estaba algo manchada de sangre.

Se llevó la pipa a la boca para ganar tiempo.

—Catalina —declaró mientras se encogía de hombros, como si aquel nombre justificara todo.

Carmen se levantó y se sentó junto él —a la altura del timón— atravesándole con la mirada.

—¿Y crees que merece la pena?

De pronto, Neudorf se sintió cansado. Llevaba haciéndose esa pregunta desde que recibió la primera cuchillada de Miquel Terra.

Relajó los hombros y se perdió en sus ojos. En ellos había rabia, recelo y preocupación.

Quiso acariciarle la mejilla, pero se contuvo.

—Hay ciertas cosas que siempre la merecen.

Lo dijo con tristeza. Con un vértigo incierto en el estómago que no sabía explicarse del todo. Estaba allí, con ella, en medio del mar, y no entendía aquella zozobra.

O es miedo, se dijo. Pura cobardía.

—No debí escribirte esa carta —afirmó al fin.

Carmen le sostuvo la mirada.

—No —concluyó—. No debiste hacerlo.

No había acritud en sus palabras. Tan solo la constatación de un hecho.

Neudorf recordó la convicción que lo había llevado a hacerlo. La distancia que los separaba. La guerra que se avecinaba, el conflicto en el que había decidido participar. Lo improbable del reencuentro. La espera. El cansancio. La más que probable resignación.

—No merecías toda aquella incertidumbre.

Ella frunció los labios, como considerando la validez de aquel argumento. Sus ojos, algo oscurecidos, buscaron el amparo del mar.

—Prefiero ser yo la que toma las decisiones, Felipe. No que las tomen por mí.

La proa del barco se mecía de arriba abajo mientras cortaba pacientemente las olas. El viento ululaba en las velas y el sol les calentaba la cara. El verde oscuro de los pinares contrastaba entre el profundo azul del mar y el azul melancólico y grisáceo del cielo. Una delicada tristeza cubrió la distancia que los separaba.

Neudorf empezaba a darse por perdido cuando Carmen, sin dejar de contemplar el horizonte, se apoyó en él y se hizo un ovillo.

—Te he echado de menos —murmuró.

Y sus palabras sonaron sinceras.

La proximidad hizo que la mente traicionera de Neudorf evocara los recuerdos de Cabrera. Aquella tarde solitaria donde ella decidió desnudarse. Su cuerpo terso, sus labios, la rigidez de su espalda, la sal sobre su piel.

Ignoró el dolor que le recorría el cuerpo y le pasó el brazo derecho por encima de los hombros.

—Éramos demasiado jóvenes —añadió Carmen.

Ahora fue él quien sonrió.

Fornés siempre decía que, ante la duda, el silencio espoleaba a las mujeres.

—Puede ser —reconoció, mientras le acariciaba el pelo.

Ella se giró y se encontró sus ojos verdes perdidos en el horizonte y media sonrisa colmada de nostalgia.

Ajeno a aquel escrutinio, Felipe alzó el brazo y señaló una extensión de tierra adentrándose en el mar.

—La Foradada —anunció.

Maniobró hasta colocarse a una distancia prudencial de las rocas y largó el ancla. Al lado del pequeño puerto artificial, Neudorf echó un vistazo rápido a los cobertizos excavados en la roca, cerrados a cal y canto, y un camino que serpenteaba hasta la sierra.

La península en forma de ele que se adentraba seiscientos metros en el mar y, al final, se erigía una roca con un gran agujero en el medio.

Carmen contempló la oquedad y se giró hacia él.

—¿Sabes que el hueco se debe a un cañonazo?

Neudorf respiró profundamente mientras aseguraba la cadena. Conocía la historia, pero negó con la cabeza.

—¿De quién?

Ella sonrió complacida.

—Una guerra entre corsarios norteafricanos y cristianos. Hace cuatrocientos años. Los piratas se habían refugiado en el puerto y los mallorquines, para sorprenderlos, decidieron disparar sus cañones a través de las rocas con la esperanza de que al menos una bala las atravesase.

Se interrumpió un segundo para calibrar su interés y este le conminó a continuar.

—Una sola bala de cañón atravesó el peñón —dijo señalando la

abertura— y alcanzó el barco de los corsarios, hundiéndolo.

Neudorf colocó sobre la mesa de madera de teca una botella de vino, dos vasos de cristal, embutido, fruta y queso.

—Demasiada suerte —dijo mientras sonreía—. ¿No crees?

Carmen chasqueó la lengua.

—*Audentes fortuna iuvat* —afirmó desafiante.

Neudorf entrecerró los ojos y sonrió. No esperaba escuchar latín aquella mañana.

Ella sirvió dos vasos de vino y recorrió con la mirada el fondeadero.

—La Foradada siempre me ha recordado a ti —declaró—. A ti y a Babenburg.

Neudorf asintió.

—No es Cabrera... —aventuró—, pero tiene su encanto.

Pero era mentira. Para Neudorf, la Foradada siempre había tenido un algo especial. Una curiosa formación rocosa, coronada de pinos, a medio camino entre lo misterioso y lo extraordinario.

En aquella ensenada, Babenburg le dio sus primeras lecciones de navegación. Allí había contemplado el horizonte durante horas y acompañado a viejos pescadores en sus faenas. Allí había esperado siempre a que su padrino regresara de sus viajes, pues en aquel puerto natural es donde siempre recalaba, como primer contacto con la isla, antes de dirigirse a Palma. Y también, según Levi, allí había descargado, durante años, su tesoro.

Carmen pareció leerle el pensamiento.

—Dicen que era aquí donde Babenburg descargaba su tesoro.

No le sorprendió la afirmación. Si Levi lo sabía, ella también lo tenía que haber oído.

—¿Tú también crees en esa leyenda?

Ella frunció los labios, como sin darle más importancia al tema, y le dio un golpe suave con el hombro.

—¿No vas a beber conmigo? —preguntó mientras señalaba los vasos.

Neudorf volvió a llenar la pipa de tabaco y la encendió. A pesar del dolor del costado, se inclinó para recoger la copa.

—¿Desde cuándo pintas? —la interpeló al recostarse de nuevo.

La pregunta llevaba días dando vueltas en su cabeza. Durante el verano que habían pasado juntos, no le había mencionado nada. El

hecho de que no se lo hubiese contado le pesaba más de lo que estaba dispuesto a reconocerse.

Porque, en realidad, se dijo, apenas la conocía.

Carmen se llevó el vaso a los labios.

—Es una larga historia —explicó evasiva—. En ella hay una niña que no entiende del todo el mar y un pintor que se lo explica...

—Pero no me la vas a contar —afirmó él.

Carmen le dedicó una larga mirada.

—Aún no te lo mereces.

Neudorf comprendió que no era el momento de insistir.

—¿Qué estás pintando ahora? —preguntó, cambiando de tema.

Una enigmática sonrisa atravesó el rostro de la joven. Le arrebató la pipa de las manos, le dio una profunda calada, y dejó que el humo abandonase lentamente sus pulmones.

—La soledad de un soldado... —describió— en una guerra que no es la suya.

Felipe se recostó en el banco y mojó los labios en el vino.

—¿Y que se acuerda de una mujer?

Ella ladeó la cabeza.

—Puede ser —reconoció—. Pero puede que no mucho. Puede que no lo suficiente.

Neudorf sonrió, otra vez, de lado, a media luz.

—Todo soldado combate con el nombre de una mujer en los labios.

—¿Y por quién peleabas tú? —preguntó, desafiante.

El viento le despeinaba el pelo y el cobre de sus ojos ardía como una fragua.

—Ya lo sabes.

Carmen se inclinó hacia delante, abriendo la boca.

—Recuérdamelo.

Neudorf se incorporó para hundirse en sus labios, pero el movimiento fue demasiado brusco y el brazo izquierdo le falló. El vaso se le escurrió entre los dedos y chocó contra la cubierta, derramando el vino.

Ella soltó una carcajada, pero reaccionó con rapidez.

—¡Torpe! —exclamó mientras contenía el líquido—. Espero que, al menos, disparases bien.

El mejor tirador de todo el maldito Ejército, pensó Neudorf. Pero

no lo verbalizó, furioso consigo mismo, avergonzado por su torpeza.

Los dos se afanaron el limpiarlo todo, y cuando recuperaron el equilibrio la tensión se había disuelto.

Carmen sirvió más vino y se recostó de nuevo, pero el viento roló y empezó a refrescar. Las nubes perdieron altura y el cielo pasó de un gris lánguido a un negro amenazador. Neudorf ahogó un suspiro y pronunció las palabras que no quería escuchar, mientras comprobaba la situación del ancla.

—Se está formando una tormenta —observó—. Tenemos que volver.

Cualquier otra persona habría protestado, pero la joven entendía lo que aquellas nubes significaban. Incluso, había cierto temor en sus ojos. Sabía que no tenían mucho tiempo antes de que el mar se volviese impracticable. Abandonaron el abrigo de la Foradada y deshicieron la travesía, en paralelo a la costa, mientras una lluvia fina y racheada les alcanzaba de lado.

Llegaron a Cala Estaca cuando las olas, picadas, comenzaron a alcanzar los tres metros de altura y Neudorf tuvo que virar a estribor —alejándose de la costa— para cogerlas por la amura y no volcar.

Carmen, hija de marino, apreció la maniobra. Y supo que el temporal los había alcanzado.

—¿Y refugiarnos en Cala Estaca? —gritó a través del viento.

Neudorf, con los nudillos blancos de aferrar el timón, negó con la cabeza. Con aquel viento intermitente podían chocar contra las rocas, y ya estaban a menos de dos millas del puerto de Valldemossa. Además, las heridas lo volvían lento, restándole agilidad.

—Media hora —murmuró como para sí mismo.

Ambos estaban empapados y las olas, ya furiosas, comenzaron a barrer la cubierta. Mientras trataba de recoger el foque, Carmen perdió el equilibrio en una de las embestidas y Neudorf le lanzó con urgencia un cabo.

—¡Olvida la vela! —chilló—. ¡Átate!

Ella tiritaba mientras hacía un nudo en una cornamusa y volvía junto a Felipe. Justo en aquel momento una ola de seis metros alcanzó al Nereide por el costado.

Carmen soltó un grito ahogado, cargado de espanto, pero él consiguió cruzar el timón y el barco se enderezó. Cortaron con la proa otras dos secuencias de olas más pequeñas y el puerto apareció tras la

columna de agua, pero un cambio brusco de viento volvió a zarandear el barco y un chasquido partió la tempestad en dos.

Neudorf se apartó la lluvia del rostro y contempló la vela mayor rasgada.

Ahora dependían del foque y de su pericia. En ese orden.

Carmen le dedicó una mirada desesperada, pero él le devolvió una sonrisa sosegada, tranquilizadora. La herida del costado había vuelto a sangrar y le dolía el brazo izquierdo; pero no lo necesitaba.

Ya habían sobrepasado por babor el puerto de Valldemossa, por lo que podían intentarlo. Hizo girar el timón y se encomendó a las nereidas del Mediterráneo. Las olas pasaron de la amura a la aleta de estribor y empujaron al Nereide hacia el embarcadero. Ciñó el foque y consiguió abrirse paso a través del viento y de la lluvia.

—Vamos —animó al barco, entre dientes.

Observó a Carmen y no supo si le corrían gotas de agua o lágrimas de terror por las mejillas. Se había quitado la casaca azul y el jersey de lana, completamente mojado, se le pegaba al cuerpo, realzando su figura.

Neudorf agitó la cabeza, como deshaciéndose de aquellos pensamientos, y se concentró en la maniobra. El pueblo comenzó a congregarse en el pantalán, a través del viento escucharon sus gritos de ánimo. Las olas batían el rompeolas con furia, arrastrando al barco. En un último esfuerzo largó el foque y la vela se hinchó; Carmen gritó, el Nereide se escoró y tras un hábil golpe de timón, el barco atravesó la bocana del puerto, rozando el muelle de piedra; y el oleaje, de pronto, se detuvo.

Capítulo 22

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—El perdón es algo noble, pero no es siempre necesario.
—¿Por qué? —preguntó Neudorf.
—No todo el mundo lo merece.

Puerto de Valldemossa, 1919

El fuego crepitaba en la chimenea del pequeño salón. La humedad se mezclaba con un intenso olor a cebolla que venía de la cocina, donde una voz femenina canturreaba. Neudorf sostenía una taza con un caldo humeante entre las manos. A su lado, embozada en una gruesa manta, Carmen aún tiritaba.

Ismael, algo más apartado, los contemplaba en silencio.

Una vez el Nereide había atravesado la bocana, los habitantes del puerto se habían lanzado a sus barcas y le habían acompañado hasta su amarre. Dos pescadores subieron a bordo para ayudar a un aterido Neudorf en la maniobra.

Otros tres —los más mayores— habían ayudado a Carmen a descender a tierra. Las mujeres los despojaron con rapidez de la ropa empapada y los envolvieron en mantas secas.

Ismael los había hecho llevar a su casa, donde el fuego ya estaba encendido.

Sus ojos, rodeados de arrugas, observaban a Neudorf con un reproche tintado de interés.

Pocos hombres en el puerto de Valldemossa habrían resuelto mejor aquel lance.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó, al fin, rompiendo la quietud.

Su voz grave reverberó en las paredes y Neudorf se lo imaginó en

el puente de un buque pesquero bramando órdenes a sus hombres, dirigiéndolos a través de una tormenta.

Se giró lentamente hacia el viejo marino y se encogió de hombros.

—El mar tiene estas cosas.

Ismael se llevó a los labios un maltratado cigarro y se lo encendió con el extremo de un madero.

—El fondo del Mediterráneo está lleno de idiotas que se creen marinos.

Neudorf no pudo evitar sonreír.

—Puede ser —admitió.

El viejo tenía razón. En invierno, con el viento y las borrascas, el mar se volvía impredecible. Tendría que haberlo previsto.

Pero aquellos ojos rasgados lo habían vuelto descuidado. Lo habían vuelto audaz.

—Hemos tenido suerte —añadió, mientras observaba de soslayo el perfil de Carmen.

Su cuerpo le pedía proximidad, pero se mantuvo quieto.

—Suerte y pericia —murmuró el marino, suavizando el tono.

Él no respondió.

Sentía la distancia de Carmen. Y no sabía si era enfado o conmoción.

Hasta para la hija de un marino, siempre había una primera vez.

El momento en el que uno entendía que el mar era despiadado.

La madera crujía en el hogar y Neudorf cerró los ojos un segundo, rememorando el agua embravecida, el aura mortal que desprendía. Los golpes de viento en la botavara. La violencia de las olas cubriendo el Nereide.

Y aun así...

A pesar del miedo, el magnetismo seguía intacto.

Escuchó como el viejo se levantaba y abrió los ojos, volviendo al salón.

—Un carro va a subir a Valldemossa —explicó el marino—. Va poco cargado y puede llevarlos.

Tras confirmar que el caballo de Neudorf iba bien atado a una de las traviesas traseras, los dos se acomodaron, entre varios sacos de patatas, en la parte de atrás. Iban aún envueltos en dos pesadas mantas.

Ismael les pidió que las dejaran en el carro al llegar a Valldemossa y se despidió con la mano.

El joven que conducía la carreta restalló las riendas sobre la vieja mula que tiraba de ella y el vehículo comenzó su ascensión. Las casas del puerto se fueron haciendo cada vez más pequeñas hasta que desaparecieron entre los pinos.

Neudorf calibró la expresión de Carmen —que seguía callada— y se mordió el labio.

La diferencia entre la audacia y la temeridad, reflexionó.

Extrajo el brazo y lo pasó por encima de los hombros de Carmen, atrayéndola hacia él. Esperaba alguna resistencia, pero ella se dejó hacer.

—¿Estás bien? —preguntó Neudorf al cabo de un rato.

Ella se encogió de hombros y se giró para mirarle. La luz entusiasta que había exhibido en la Foradada había dado paso a una curiosidad animal.

—Has cambiado —murmuró casi con respeto.

Neudorf sintió cómo sus ojos se le clavaban en el alma.

Puede ser, se dijo.

Todo cambia cuando se mata para sobrevivir. Babenburg se lo había advertido.

Algo dentro de nosotros se apaga. O se rompe.

O se pierde.

Comprendes, por fin, que el mundo es un lugar salvaje e incierto, y que quien está dispuesto a vivir, ha de luchar.

La justicia y el honor no siempre prevalecen, pensó, recordando la muerte de su padrino.

Para no volverte loco has de aceptar que, a veces, las cosas se tuercen. Y que la única venganza que te queda es sobrevivir para recordar a aquellos que no lo consiguieron.

Pensó todo aquello, pero era incapaz de verbalizarlo.

Y menos con Carmen.

—Todo el mundo cambia —dijo con una sonrisa triste, algo ausente, algo rota.

Carmen le acarició el rostro.

—Has perdido algo de luz —murmuró como para sí misma—, pero has ganado aplomo.

Neudorf extrajo uno de los dos cigarros que le había dado Ismael

y lo encendió con una cerilla. Aspiró el humo y cerró los ojos, disfrutando del tacto de Carmen bajo la manta, del viento frío que le cubría el rostro.

—He tenido miedo —confesó la joven.

Y al decirlo, ambos supieron que se había quitado un peso de encima.

—Pero tú... —continuó, buscando las palabras apropiadas— en tus ojos solo había serenidad... como si supieras...

Neudorf soltó el humo por la nariz y asintió. Sabía a lo que se refería.

—Como si supiera que todo iba a salir bien.

—Eso es —suspiró ella.

La ambigüedad del azar, pensó Neudorf. La determinación del alma.

—Una vez, en Trieste, en el Adriático, la flota austrohúngara interceptó un pequeño navío que colocaba cargas de profundidad a la salida del puerto —relató Felipe—. Navegaban sin bandera ni uniforme. La tripulación consistía en doce diablos, la mayoría mercenarios ingleses, probablemente contratados por Italia para desestabilizar a la Kriegsmarine en el Mediterráneo. Al no formar parte del Ejército enemigo, no se les consideró prisioneros de guerra y se firmó su fusilamiento para el día siguiente.

El cobre reluciente de los ojos de Carmen se apagó un poco, pero le conminó a continuar.

—Aquella última noche —prosiguió—, el capitán, un veterano de la Royal Navy de la guerra de los bóeres, consiguió abandonar el camarote donde le retenían y liberó a sus hombres. Incendiaron la cocina y se hicieron fuertes en uno de los almacenes. Disparaban poco, para no malgastar munición, pero disparaban bien; y tardamos tres horas en rodearles y reducirles.

Se interrumpió para observar a Carmen y esta le reprendió.

—¿Y qué pasó? —apremió ella.

—Cuando se rindieron, nos dimos cuenta de que los únicos tras las barricadas eran el capitán y su contramaestre. Mientras nosotros estábamos allí, ocupados con ellos, sus hombres habían desaparecido en la oscuridad a golpe de remo.

—¿Se sacrificaron por ellos? —preguntó, incrédula.

—Así es.

—¿Por qué?

Neudorf se llevó de nuevo el cigarro a los labios y la brasa brilló.

—Le hice esa misma pregunta al capitán.

—¿Y qué te respondió? —insistió.

Los reflejos del fuego que había provocado aquel capitán inglés sobre el agua aparecieron otra vez frente a él. Apareció, también, su rostro maltratado por el viento, sus tranquilos ojos azules, su frente perlada de sudor.

Su sonrisa cansada y sincera.

—*Fate shuffles the cards, but we are the ones who play* —repitió Neudorf—. El destino reparte las cartas, pero somos nosotros los que las jugamos.

—¿Prefirió salvar a sus hombres que huir él? —preguntó Carmen.

Él asintió.

—La vida es azar, puro caos —murmuró—. Lo único que controlamos son nuestras decisiones.

Al día siguiente, pese a las protestas de Neudorf, el alto mando austriaco ordenó la ejecución del capitán inglés y su contramaestre. Murieron con serenidad. Sabiendo que sus hombres habían conseguido huir.

Un escalofrío recorrió su espalda al recordarlo.

—Puede que no lo consigas —añadió—, pero siempre hay que intentarlo... El viento, las olas, el mar... Lo único que dependía de mí eran el timón y las velas. No sabía si esta mañana íbamos a acabar en las rocas, pero tenía que intentar devolverte a tierra.

Carmen le dedicó una profunda mirada cargada de anhelo, naufragios y secretos.

Era la segunda vez aquel día que Felipe se inclinaba para besarla, para morderle los labios y descansar, por fin, entre sus brazos; pero la voz del joven que dirigía la carreta los interrumpió:

—Ya hemos llegado.

El carro se encontraba entre Can Joan y la Cartuja. Y ellos no se habían enterado.

Carmen se apartó, ruborizada, mirando hacia los lados. Se deshizo de la manta y descendió con rapidez. Él la siguió con menos entusiasmo. Recuperó las riendas del caballo y agradecieron al joven el viaje.

Mientras el carro se alejaba, ella se giró, cabizbaja.

—He de irme...

Neudorf asintió y no dijo nada. Le creció un impulso en las manos de buscar el segundo cigarro que guardaba en el bolsillo, pero lo contuvo.

Carmen se acercó, se puso de puntillas y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Gracias... por devolverme a tierra —aseguró entornando los ojos.

Ahora sí, sacó el cigarro y se lo encendió.

—Siempre que lo necesites —dijo a través del humo.

Ella dudó un segundo, pero no añadió nada más. Se dio la vuelta y desapareció en los jardines de la Cartuja.

Felipe dejó caer la mano que sostenía el cigarro y miró al cielo.

Estaba cansado, pero aún tenía que hacer una cosa.

Algo que requería toda su atención.

Un último esfuerzo, se dijo, mientras exhalaba un suspiro y visualizaba la conversación.

Tenía que reconciliarse con Matías Posse.

El cuartel de la Guardia Civil estaba emplazado a las afueras de Valldemossa. Era un edificio rectangular de dos plantas, serio y estatal, carente de ornamentación, que había sido excavado parcialmente hacía cincuenta años en la falda de la montaña.

Debido a la lluvia y a la humedad, la tierra había seguido el curso de la gravedad, rodeando el edificio y dando la sensación de que el cuartel surgía del suelo.

Los habitantes del valle lo llamaban la Madriguera.

Neudorf atravesó el umbral con una sensación extraña. Lo había visto durante toda la vida, pero nunca había accedido a él.

Preguntó por el capitán Posse y esperó pacientemente de pie.

Unos pasos rápidos resonaron en el pasillo principal y supo que era él.

El guardia civil dobló la esquina y le dedicó una mirada dura y silenciosa. Había tensión en sus ojos. Sus labios eran una línea dura y fina y tenía los puños apretados.

—Señor... Neudorf —saludó sin tenderle la mano.

El aludido compuso una expresión dócil y le siguió hasta una habitación aséptica, iluminada por una lámpara de gas, preparada para reuniones rápidas e interrogatorios. Posse tomó asiento y él lo imitó.

El guardia civil se cruzó de brazos y dejó que su espalda resbalase por el respaldo. En sus ojos había indolencia y algo de curiosidad.

—¿Qué puedo... hacer por usted? —dijo al fin.

No había ventanas y el aire estaba cargado; y la lámpara hacía bailar finas sombras sobre la pared. La silla de Neudorf crujió cuando se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

Se dio unos segundos para ordenar sus ideas. Sabía lo que había ido a hacer.

Tenía que ser convincente.

—Capitán... —comenzó—, he venido a pedirle perdón.

Aquel alarde de humildad cogió por sorpresa a Posse, que se incorporó un poco y entrecerró los ojos, suspicaz.

—Tenía razón —continuó, ignorando su reacción— no he sido del todo franco con usted... y me gustaría subsanarlo.

Los ojos verdes del capitán se abrieron, inseguros, sin saber bien qué decir.

—La Guardia Civil... siempre estará... a disposición de la verdad, señor Neudorf —consiguió balbucear.

No tengo ninguna duda, pensó Felipe, mientras trataba de que aquel profundo escepticismo no se reflejase en su expresión.

Se permitió una sonrisa casi avergonzada, cruzó los dedos e inspiró profundamente.

—A Catalina la asesinaron por la espalda de dos disparos —explicó—. Durante años se creyó que fue mi padrino, Mateo de Babenburg.

Se interrumpió un segundo y calibró la mirada de su interlocutor. Buscaba, quizá, algo de desconfianza, pero sus ojos mostraban únicamente interés.

—Vicente Lerena, el carabinero que se encargó de la investigación —continuó Neudorf— me confió que las balas que le extrajeron correspondían a un calibre de revólver de 11 mm.

Esta vez Posse sí que entornó los párpados y Neudorf supo por qué. Lerena era un apellido riojano. Era un forastero. Su palabra, en aquella isla, no valía nada.

—¿Y...? —preguntó el capitán.

Incluso en los monosílabos había pausas.

—Babenburg tenía una Roth-Steyr de 8 mm —respondió Felipe con paciencia—. Una pistola semiautomática con la que abandonó la isla.

El capitán se llevó la mano a la barbilla y pasó los dedos por su barba rala e incipiente.

—Por lo que sé... se encontró una nota... con las indicaciones de Babenburg —observó Posse, suspicaz—. Pudo asesinarla... con otro revólver y deshacerse del arma...

Él se había hecho, días atrás, la misma pregunta.

—Babenburg no tenía ningún motivo.

Lo dijo casi como para sí mismo. Posse entrecerró los ojos.

—Sin pruebas... eso es mucho... suponer, señor Neudorf.

El aludido se encogió de hombros.

—Catalina amenazó varias veces a su hermano con airear secretos familiares. La primera vez la encerró en el Trinidad, aislada del resto de los internos, salvo Margalida Basabe. La segunda vez, la confinó en el ala de los Extraviados... La tercera vez la mató.

Los labios del guardia civil se curvaron en una mueca cansada y definitivamente descreída.

—Una historia... fascinante.

Neudorf inclinó la cabeza.

—Una historia descabellada, sin duda —accedió—, salvo por un detalle.

Lo dijo con teatralidad. Levantando levemente el dedo índice. Sonriendo como un tahúr.

—¿Cuál...? —quiso saber Posse, sin ocultar su curiosidad.

Felipe juntó las manos con displicencia y se recostó en la silla. La exhibición había casi terminado.

—Que Miquel Terra, el secretario de Horrach, tiene un revólver Smith & Wesson Orbea n.º 7 —esclareció con calma— que dispara, precisamente, balas de 11 mm.

Aquello hizo reflexionar al guardia civil.

—¿Tiene la autopsia?

Neudorf la había visto, de pasada, en la carpeta de Lerena.

—Se la conseguiré —aseguró, levantándose de la silla.

Se dirigió a la puerta y, antes de abrir, se giró con ojos

reminiscentes.

—Se me olvidaba —dijo bajando la voz— el tema de Fornés... Tenía usted razón —mintió—. El otro día le vi merodeando por Son Galcerán.

El capitán se inclinó hacia delante, concentrado en sus palabras.

—Pero mi tío se equivoca de lugar —continuó—. La carta que encontramos... En fin, no creo que nada de lo que menciona esté allí.

Un relámpago imperceptible atravesó los ojos de Posse. Pocos lo habrían advertido, pero él lo estaba esperando.

—¿Dónde... cree que puede estar? —preguntó con una calma impropia de él.

Neudorf evitó la sonrisa de lobo estepario que amenazaba con perfilarse en su boca.

—En la Foradada —murmuró.

Sin esperar respuesta, abandonó la habitación y enfiló el pasillo para salir del edificio.

La herida del disparo le dolía al andar, provocándole una leve cojera. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y lucía una expresión cansada. Casi melancólica.

El coraje cansado de un león herido luchando contra una manada de hienas.

Pero no estoy solo, pensó, esbozando media sonrisa. Esta vez no.

Sus pasos resonaron en las paredes desconchadas del cuartel y su mente volvió a los ojos de Posse.

Un hombre es dueño de sus mentiras, pero no de su mirada.

El miedo, la duda, la ambición. Todo estaba ahí, si sabías verlo.

Neudorf había visto todo aquello en el iris verde e indeciso del capitán.

Irá a la Foradada, pensó.

Y el mundo se convirtió, por un segundo, en un lugar peligroso y salvaje; y él sintió que era uno de los pocos que sabía dominarlo.

Capítulo 23

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—Estás inquieto —afirmó Babenburg.

El Ejército austrohúngaro se preparaba para pasar a la ofensiva. En cualquier momento recibirían la orden de atacar las posiciones italianas. Aquella incertidumbre podía hasta con los nervios más templados.

—Puede ser —reconoció Neudorf.

Su padrino le puso la mano en el hombro.

—Lo estás, Felipe —murmuró—. Yo también lo estoy... Y no pasa nada. Es una señal de debilidad preocuparte por no mostrar signos de debilidad.

Son Galcerán, 1919

Al día siguiente, el cielo estaba envuelto aún en una suave penumbra cuando Neudorf salió a la terraza de Son Galcerán. Las estrellas titilaban, desafiantes, sobre la superficie tranquila del mar, mientras las nubes pasaban del gris sombrío a un violeta luminoso. El aire era frío y cortaba como una espada. El sol era solo un indicio en el horizonte.

Sorteó los sofás de la terraza y se apoyó en la balaustrada de piedra, protegido por una gruesa manta de lana. El mármol de los escalones de las Monedas relucía a pesar de la penumbra. La brasa del cigarro era un punto de luz naranja en la oscuridad.

No había dormido bien aquella noche. Le ocurría con frecuencia antes de cada escaramuza. Ya estaba acostumbrado. Cruzaba las manos sobre el pecho y cerraba los ojos; esperando pacientemente a que el sueño lo alcanzara. Repitiéndose, una y otra vez, que por lo

menos los músculos estarían descansados en el fragor del combate.

Y, aun así, aquello era diferente. La inquietud era desigual.

El enemigo no vestía otro uniforme ni hablaba otro idioma; y no le disparaba cada vez que se encontraban. Ni siquiera se había dispuesto enfrente, en perfecto orden de batalla.

Esta vez la contienda llegaría como una tormenta de verano: sin preaviso.

Y tenían que estar preparados.

Se llevó el cigarro a los labios y la brasa se avivó.

Tras su conversación con Posse, al salir del cuartel Cosimo lo estaba esperando. Charlaba con una de las secretarias. La funcionaria apoyaba el rostro en una mano mientras se perdía —sonriente y embelesada— en los duros rasgos del italiano.

Salieron juntos al exterior y Felipe le relató la conversación con Posse.

Había una preocupación sincera en los ojos de su amigo cuando acabó.

—Y así, de pronto, todo empieza... —murmuró, sombrío.

Y tenía razón, pensó Neudorf.

Habían alterado el precario equilibrio de la isla. Tenían que estar dispuestos a pagar el precio.

En la oscuridad de su mente aparecieron el Gnomo y el Gigante-calvo.

Cosimo lo había puesto al corriente sobre los cinco hombres de Terra desaparecidos. Cortesía, añadió, de la secretaria con la que lo había sorprendido hablando.

La funcionaria le había confiado que la Guardia Civil estaba preocupada. Pero no por ellos.

La guerra por el control del contrabando del tabaco se había recrudecido. Miembros destacados de las diferentes familias involucradas desaparecían sin dejar rastro o se descubrían sus cuerpos en Valencia o Argel cosidos a puñaladas.

Se había asumido que los cinco hombres desaparecidos eran los últimos cadáveres de una larga lista.

Una lista que apuntaba siempre a la misma persona: Ausias May.

Tras la maniobra de la Isleña Marítima, estaba preparado para asumir todo el contrabando procedente de África. Tan solo tenía que ocuparse de sus competidores.

Y, algunas veces, cuando la extorsión o el dinero no conseguían el resultado esperado, recurría a la fuerza.

Pero no eran más que conjeturas, matizó Cosimo.

May se preocupaba mucho de no dejar rastro y la Guardia Civil no tenía nada contra él.

Justo entonces, el *maggiore* exhibió una sonrisa afilada y Neudorf supo que habían llegado al punto que les interesaba.

Por lo visto, continuó, Miquel Terra era ambicioso.

Además de trabajar para Horrach, ofrecía puntualmente sus servicios para transportes y recogidas ilegales de tabaco. Solía colaborar con una de las familias rivales y la desaparición de cinco de sus hombres confirmaba a la Guardia Civil la guerra abierta que se estaba llevando a sus espaldas.

Por lo menos, sentenció el italiano, esa parte está cubierta.

Felipe contempló la oscura inmensidad que tenía ante él y apretó los puños.

El Gnomo y el Gigante-calvo se aparecían en sus sueños.

Matar en la guerra era una cosa, pero esto...

Trató de recordarse que el honor de Babenburg merecía todo aquello; aunque algo, al final de aquella afirmación, no le convencía.

—Ahora hay que llegar hasta el final... —le susurró al alba.

Se mordió los labios secos, ateridos por el frío, y se arrebujó en la manta. Un largo escalofrío le recorrió la espalda.

Y así es como empieza.

Las palabras del italiano resonaron en su cabeza como un presagio.

Y, aun así, no tenían nada.

—¿Cómo sabes que fue Terra?

Se lo había preguntado Cosimo aquella tarde, mientras regresaban a Son Galcerán. Ambos recordaban el cadáver de Martorell meciéndose en medio del salón. Los signos de lucha, la desesperación de sus manos crispadas.

Él se había encogido de hombros.

—¿Quién si no?

Comprender el motivo, reflexionó Neudorf.

«Juan Horrach es un monstruo», había confesado el religioso.

Estaba claro que el empresario tenía un secreto. Y estaba dispuesto a matar para ocultarlo. Incluso a su propia hermana.

La brasa del cigarro parpadeó una última vez y se extinguió.

El sol comenzaba a ascender en el horizonte y las sombras retrocedían. El cielo, herido de un malva anaranjado, daba la bienvenida al nuevo día.

Le dio la espalda al Mediterráneo y se adentró en la casa para hacer café.

Si no se puede parar, se dijo, hay que seguir.

Como decía Belmonte: «Antes la cornada que un paso atrás».

Neudorf se sonrió. Iban directos a la cornada.

Aquella mañana quería ir a ver a Lerena para hablar sobre la relación de Catalina con un carabinero.

Cosimo resoplaba. El cuartel de los carabineros de Deià estaba situado en un promontorio desde donde se contemplaba toda la costa de la Tramontana.

El lugar idóneo para vigilar las idas y venidas de los barcos, pensó Neudorf mientras admiraba el paisaje. La atalaya perfecta.

La última vez que estuvo allí alguien le había disparado. Ahora intuía que, probablemente, había sido Posse.

Había sido una amenaza velada. Un disparo preventivo, sin intención de herir.

Un poco de presión para facilitar los errores, reflexionó.

Una fría llovizna acompañaba al viento, incomodando la ascensión, y Felipe encogió los hombros bajo la capa engrasada cuando una gota se deslizó por su cuello. El camino estaba enfangado y habían decidido descabalgar por la inestabilidad de la pendiente. El barro había cubierto sus botas, volviendo sus pasos lentos y pesados.

Vislumbró, a través de sus pestañas cubiertas de agua, el cuartel de piedra de los carabineros y se animó pensando en el fuego que, probablemente, estaría encendido.

—Un poco más —masculló, tratando de dar ánimos a Cosimo.

El italiano maldijo entre dientes.

—Lleva siendo un poco más desde hace una hora —farfulló sin resuello—. Está siendo el peor día de mi vida.

Neudorf no pudo evitar una sonrisa. No añadió nada y se concentró en que las patas de su caballo no resbalasen en el fango.

Una cálida gota de sudor se precipitó al suelo desde su frente. En su costado, la herida del disparo —aún abierta— le ardía por el esfuerzo del día anterior en el Nereide. Y sentía el brazo izquierdo entumecido.

Lerena, dijo para sí mismo, tratando de no pensar en el dolor.

Como siempre, Levi había sido quien había completado el perfil del carabinero.

El *batle* se había presentado la tarde anterior en Son Galcerán con una botella nueva de Bowmore. Había llegado a sus oídos la pericia marinera de Neudorf, y pensó que le vendría bien algo de *scotch*.

—Qué bochorno... —se disculpó, mientras sustituía la botella casi vacía que él mismo había abierto el primer día que llegaron a Son Galcerán—. ¡Prácticamente me la he bebido yo!

Una vez relajados frente al fuego de la chimenea, Levi les contó quién era Vicente Lerena.

Tal y como había imaginado Neudorf, era originario de La Rioja; y descendía de una familia vieja venida a menos.

Decían que había sido anarquista —un miembro destacado de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1870— y que había participado en las frecuentes escaramuzas internas contra los marxistas, así como en las revueltas de Andalucía.

Había ingresado en el Cuerpo de Carabineros tarde, pasados los treinta años, lo cual era del todo inusual.

De talante reflexivo y reservado, castigado para su edad —tenía cuarenta y dos años— le destinaron a Mallorca en 1908. Llegó a la isla envuelto en un luminoso misterio.

El hombre que suspiraba demasiado, recordó Neudorf, mientras calibraba la cantidad de barro que había adherida a sus botas.

Se llevó la mano al corazón y sintió, a través de la ropa, la fotografía de Catalina Horrach. Una de las dos imágenes que se habían desprendido de la carpeta del informe de Lerena. Rememoró la conversación que habían mantenido.

La nota de Babenburg. Los dos disparos de un revólver de 11 mm. La medalla con el zafiro engarzado que Catalina lucía en el cuello y que, probablemente, había robado su asesino. El carabinero con el que Catalina había querido casarse antes de que su hermano la prometiese con el conde de Algaida.

Pensaba en todo aquello cuando alcanzaron la cima.

—¡Por fin! —exclamó el *maggiore*.

Un carabinero, desde la entrada de la casa cuartel, les dio el alto. Neudorf se presentó y preguntó por Lerena. El guardia les informó que el teniente había salido a primera hora a reconocer la costa y volvería a lo largo de la mañana.

—Podemos esperar dentro —afirmó el italiano, sin ocultar su desesperación.

Ambos estaban empapados. En aquella colina, sin apenas obstáculos, el viento se había convertido en una corriente fría y afilada que cortaba el día como una guadaña. El agua estaba por todas partes.

El centinela —joven y sin experiencia— dudó, pero supo percibir la tranquila decisión que desprendían aquellos dos desconocidos. Cuando el carabinero abrió la puerta del mismo salón donde Neudorf había hablado con Lerena la primera vez, Cosimo exhaló un sonoro suspiro.

La chimenea estaba encendida y el ambiente era denso y caldeado. En uno de los lados se encontraba la estantería llena de libros, a través de cuyos huecos se vislumbraba el pequeño despacho del riojano.

—No se puede decir que tenga mucha intimidad, murmuró Cosimo.

—No se muevan de aquí —ordenó el joven carabinero, sin saber bien qué más añadir.

El *maggiore* le aseguró que no lo harían mientras se quitaba las botas y colocaba los pies enfrente del fuego.

Una vez solos, tras unos minutos de reposado silencio, el italiano volvió en sí.

—¿Cuál es el plan? —susurró.

Neudorf se levantó del banco de madera e inspeccionó el despacho contiguo.

—Confirmar que él es el carabinero que iba a casarse con Catalina.

El italiano lo miró sin comprender del todo.

—¿Y qué pretendes conseguir con eso?

Desde el despacho de Lerena se escuchaba perfectamente lo que se hablaba en el salón. Felipe abandonó el pequeño habitáculo y se sentó de nuevo junto a él.

—Una reacción.

Cosimo se cruzó de piernas y comenzó a masajearse la planta del pie derecho.

—Es un plan que deja mucho que desear...

Neudorf asintió.

—Lo sé —aceptó—. Pero hay que intentarlo.

Y si, efectivamente, era Lerena...

No podía imaginar cómo habría sido enfrentarse a una situación así. Catalina desangrándose ante su impotencia.

Carmen apareció, inevitablemente, en la cabeza de Neudorf. Llevaba sus ojos de cobre fundido clavados en la piel. La imaginó sonriendo, de lado, descalza, vestida con aquella ropa de viejo marino y sintió una punzada en el estómago.

Entendía ahora los suspiros del carabinero. El aura de guerrero vencido. La serena desesperanza en la que se había instalado.

No había nada ni nadie que pudiera salvarle.

Instalados en una confortable apatía, acompañada del crepitar de la madera, no supieron cuánto tiempo había transcurrido cuando la puerta se abrió de repente, dejando entrar el despiadado frío invernal.

Lerena atravesó el umbral como un soldado que regresa a casa tras una campaña demasiado larga; envuelto en su sempiterna capa gris, sujetando un Mauser en la mano derecha, la pistola Campo Giro en la funda, un cuchillo de caza en el costado y cubierto de agua. Su pelo rizado goteaba como una toalla mojada.

El carabinero destilaba autoridad. Su rostro cuadrado y mal afeitado parecía más afilado, más curtido. Sus ojos, antes tristes, eran ahora dos profundos pozos de recelo.

—¿Qué quieren? —preguntó sin saludarlos.

Su voz sonó grave e inquisitiva. La inflexión de un enemigo dispuesto a defenderse.

Neudorf esbozó una sonrisa apaciguadora.

—Me gustaría hablar con usted, teniente.

Lerena colgó la capa y la semiautomática Campo Giro y tomó asiento con una pretendida distancia.

Felipe inspiró profundamente antes de empezar a hablar.

—He oído lo de la guerra por el contrabando de tabaco —comenzó, cauto—. Espero que no le esté dando mucho trabajo.

El carabinero torció el gesto y escupió al suelo. Había dejado el

Mauser apoyado en la pared más cercana. A mano. El cuchillo seguía en su funda.

—Vaya al grano —dijo con sequedad—. ¿Qué quiere de mí?

Meditó un instante antes de responder. No entendía aquel cambio repentino de actitud. Aquel furioso despertar. Pero no podía permitirse un paso en falso.

—¿Ha ocurrido algo que...?

Lerena dio un golpe en el banco, interrumpiéndole.

—Señor Neudorf —gruñó con voz contenida—, tengo una costa que vigilar y hombres que dirigir. No me haga perder el maldito tiempo.

Había cierta ansiedad en sus palabras. Ganas de acabar con todo y con todos. Así que decidió arriesgarse.

—Creo que sé quién mató a Catalina —murmuró.

Trató de decirlo despacio, pronunciando con cuidado cada palabra. Buscando el desconcierto, pero Lerena sonrió con indiferencia.

—No me diga —dijo mientras una risa seca se le escapaba entre los dientes.

Las sombras del fuego alargaban sus facciones, confiriéndole un aspecto afilado, un aire casi animal. Sus ojos brillaban en la penumbra.

Se inclinó hacia delante y Neudorf —sin perder de vista el cuchillo que le colgaba de la cintura— pudo sentir su aliento.

—¿Quién? —preguntó sin dejar de observarle.

Felipe trató de serenarse. En el cuartel habría cinco o seis carabineros y él contaba con Cosimo. En el peor de los casos podrían abrirse paso a través de ellos.

Ignoró la penetrante mirada de su interlocutor y se recostó en el banco.

Ahora fue él quien sonrió.

—Antes me gustaría entender algo —musitó.

Lerena frunció el ceño, sorprendido.

—Apuesto a que sí.

Y, en aquel momento, Neudorf comprendió que ambos sabían lo que le iba a preguntar. Un detalle así no podía pasar mucho tiempo desapercibido.

—Usted tuvo una relación con Catalina antes de que se

prometiera con el conde de Algaida.

El carabinero se dejó caer en el banco.

—No sé de qué me está hablando.

Lo pronunció con los dientes apretados. Como si la mera mención de aquel suceso le calentase la sangre.

Se levantó, entró en su despacho y volvió con su talla de madera. Lo que antes parecía un simple tronco, ahora había tomado forma: comenzaba a apreciarse un barco. Lerena desenfundó el cuchillo y empezó a darle tajos distraídos y precisos a la madera. Neudorf le observó sorprendido. El carabinero demostraba saber manejar el arma, pero, sobre todo, que disponía de cierta sensibilidad artística.

El barco que iba surgiendo poco a poco de la madera, aunque aún rudimentario, apuntaba a la elegancia de las cosas hechas con paciencia.

Pequeñas lascas de madera comenzaron a caer al suelo.

Neudorf insistió.

—¿Por qué le abandonó?

La luz violenta de los ojos del carabinero se había calmado. El guerrero abatido que había conocido la última vez volvió a aparecerse ante él.

—No me gustaría tener que repetirlo —dijo con una placidez que helaba la sangre—. Tengo muchas cosas que hacer.

Hasta Cosimo se puso tenso. Neudorf ahogó un lamento y aceptó que aquello no había funcionado como esperaba.

—Necesito la autopsia de Catalina —dijo, asumiendo la derrota.

Lerena parpadeó dos veces, desconcertado.

—¿Cómo?

—El informe que se realizó tras su muerte —explicó con tiento—. Lo vi el otro día en la carpeta.

El carabinero se recostó, pensativo, en el asiento de madera, sin dejar de sostener el cuchillo en la mano derecha y la talla en la izquierda.

Comenzaba a hacer calor en la estancia y Lerena se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor.

—¿Para qué?

Neudorf se desabrochó el primer botón de la camisa.

—Necesito saber quién lo elaboró —explicó—. Todo se reduce al calibre de las balas que mataron a Catalina.

Por un segundo, los ojos de Lerena brillaron tanto que estuvieron a punto de romperse. Tras un instante que condensó varias horas, el carabinero soltó un suspiro.

—Imposible —dijo al fin—. La autopsia ha desaparecido.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada.

Neudorf trató de respirar profundamente antes de responder, pero el otro se le adelantó.

—Y ahora, si me disculpa, he de volver al monte —afirmó, tajante.

Felipe no se movió.

—¿Cómo es posible que haya desaparecido?

Lo dijo con la voz quebrada de indignación. Contra su propia voluntad, estaba temblando.

Lerena le dedicó una mirada rabiosa.

—¿No me ha oído? —masculló.

Neudorf se levantó con los puños apretados. Sentía una impotencia abismal. A su lado, Cosimo lo imitó sin perder de vista el cuchillo que el carabinero aún empuñaba.

Felipe se llevó la mano al cuello y se masajeó los músculos.

—Gracias por su tiempo —dijo con toda la cortesía que fue capaz.

Lerena no contestó. La vena de su frente estaba a punto de estallar. Parecía estar esperando una pregunta más de Neudorf para clavarle el cuchillo u ordenar que los fusilasen.

Los dos soldados abandonaron el cuartel despacio, sin perder de vista al carabinero. Una vez fuera, suspiraron con una mezcla de alivio y resignación. Ambos estaban sudando.

—Ha ocultado la autopsia —afirmó Felipe, convencido.

Cosimo lo miró como si no fuese consciente de la reyerta que acababan de evitar.

La lluvia había perdido empuje y el sol surgía lentamente tras las nubes, cubriendo la Tramontana de una luz quebradiza.

Neudorf comenzó a andar con decisión hacia los caballos.

—Lerena está encubriendo a Horrach —declaró—. Tenemos que averiguar por qué.

CAPÍTULO 24

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—Felipe, ¿te consideras un caballero?
Neudorf dudó.
—No lo sé.
Babenburg se recostó y contempló el horizonte.
—Ser un caballero es hacer lo contrario a lo que te apetece. Ser un caballero es sufrir. Y eso sirve para beber, para luchar y para vivir.

Puerto de Valldemossa, 1919

La luz tranquila del ocaso arrancaba destellos dorados en la superficie del agua, mientras el cielo se teñía de rosas anaranjados. En el estuario, los últimos pescadores se afanaban en recoger sus aparejos y cubrir sus *llaüts* tras un duro día de faena. Los niños jugaban entre las casas del puerto y sus madres los vigilaban, sentadas, desde los bancos de la plaza.
Nadie habría dicho que por la mañana había diluviado.

El rumor sosegado de las olas acompañaba las conversaciones distendidas del pequeño pueblo pesquero, ya acostumbrado a aquellos días donde, a pesar de la lluvia y del invierno, al atardecer, la vida ofrecía una tregua.

Todo estaba en calma.

Y Neudorf observaba el horizonte desde la terraza de Ca Patró, la única taberna abierta del puerto.

La regentaba un marino cojo con una pierna de madera, que renqueaba al pasar entre las mesas. Les había contado varias veces cómo la combinación de un golpe de viento desafortunado y un cabo suelto le había arrancado, de cuajo, la extremidad.

Cosimo le había escuchado, paciente, hasta que una joven, desde otra mesa, le había dirigido un par de miradas evocadoras. Tras un breve intercambio de cumplidos, la chica, divertida por el español roto del italiano, había accedido a dar un paseo.

Neudorf se sonreía mientras acariciaba el vaso de vino medio lleno y pensaba en su juventud.

Tenía veintiocho años, pero su alma estaba cansada. Había visto demasiado como para confiar en la raza humana. El equilibrio de la humanidad era precario; y la gente no lo sabía. Vivía de espaldas a aquella evidencia. Recordó cómo uno de sus soldados más tímidos y afables había acuchillado a un compañero por una bota de agua.

El verdadero carácter de un hombre se revela ante la adversidad, se dijo Neudorf.

La guerra llevaba las convicciones al límite. Y, por lo general, el resultado era decepcionante.

Su única certeza era su familia. Son Galcerán y aquella isla. Pero sus habitantes, a ambos lados de la sociedad, se empeñaban en recordarle que no pertenecía a su mundo.

Debajo de aquel rostro sin arrugas había algo que nunca había encajado en Mallorca. Algo que siempre le había hecho sentir como un forastero.

Un apátrida, reflexionó.

Buscó dentro de sí mismo, esperando encontrar la rabia que siempre lo había acompañado, pero solo descubrió aplomo.

Le daba igual que no le aceptasen. Que no le tuviesen en cuenta.

En Caporetto había perdido a su tutor, pero había ganado un amigo. A pesar de todos los silencios, de todas las frases incompletas y de la pretendida distancia en la que se solía envolver, Cosimo se había convertido en alguien importante en su vida.

Mallorca se le antojaba diferente con él en ella. Más segura. Menos peligrosa.

Y, aunque cualquier relación con Luis Fornés siempre sería compleja, también estaba su familia. La madurez en la que se adentraba le permitía apreciar la seguridad que le transmitían su tío y la lúcida compañía de su abuela.

Eso, la vista del mar desde Son Galcerán... y Carmen.

Sus ojos de cobre se hundieron como el espolón de una galera en su estómago.

Era curioso, pensó, cómo en la guerra no se había permitido pensamientos sobre el futuro. La muerte era tan cotidiana como la lluvia o el amanecer. El objetivo diario era sobrevivir. Que ninguna de las múltiples balas disparadas encontrara tu cuerpo. Burlar aquella geometría definitiva donde vivir o morir dependía de la suerte, la precaución y la experiencia.

Pero la guerra terminó, murmuró como para sí mismo.

Y estoy vivo.

Las olas rompían contra el malecón en una cadencia suave y acompasada, y el cielo se vestía, sin prisa, de malva y violencia, para su batalla diaria con la oscuridad.

Una sonrisa le atravesó el rostro.

Era agradable estar vivo y que los ojos de una mujer te robasen el aliento.

Ahora, se dijo, deshaciéndose de la incertidumbre, tengo que aprender a pensar en el futuro.

El sonido de unos pasos a su espalda le devolvió al presente.

Se giró lentamente mientras llevaba la mano derecha al Bowie escondido bajo la levita, en el costado, pero se relajó al reconocer a Tomeu.

El nieto de Ismael le contempló con distancia, precavido. Neudorf le ofreció un asiento y el otro obedeció en silencio mientras le clavaba sus profundos ojos negros. Acababa de cumplir quince años, pero ya tenía mirada de guerrero, pensó Neudorf. Moreno y delgado, algo pequeño para su edad, con la piel tostada por el sol. Era buen material para el contrabandismo isleño.

Los dos se observaron, en silencio, durante un interminable minuto y, al final, Tomeu cedió.

—Aún no tengo nada —dijo casi en un susurro.

Había algo de congoja en sus palabras, pero se mantuvo firme.

Neudorf le quitó importancia con la mano. Le había encomendado que siguiese a Posse, el capitán de la Guardia Civil, por si aparecía en la Foradada.

Pero precisaba algo más.

Vicente Lerena, el carabinero encargado de investigar la muerte de Catalina, había ocultado la autopsia. Él estaba convencido de que no la había destruido. Era demasiado arriesgado y, en el caso de que un superior quisiese revisar el informe, sería demasiado complicado

explicar su desaparición.

Por lo tanto, había escondido el documento hasta que la situación se calmase.

Felipe repitió el nombre del carabinero en voz alta.

—¿Lo conoces? —preguntó.

Tomeu se encogió de hombros.

—Claro.

La respuesta le hizo sonreír.

Diligente y audaz, pensó.

Le describió el informe y le pidió que siguiese al carabinero y lo encontrase. Podía estar escondido en su casa, en el cuartel o en cualquier otro sitio.

—No te expongas de más —le aconsejó—. Lerena es un tipo a punto de explotar. No pasa nada si no lo encuentras... Me bastaría con saber qué lugares frecuenta.

Tomeu asintió, casi distraído, como calculando sus siguientes pasos. Neudorf extrajo una bolsa de tela de su bolsillo y la deslizó con naturalidad en la mano del chaval.

—Esto es para ti. Si tú no se lo cuentas a tu abuelo, yo tampoco lo haré.

El chaval ocultó el pequeño tesoro bajo la camisa de lana llena de remiendos y le dedicó una sonrisa amplia y sincera.

—Cuente conmigo —zanjó, mientras se ponía en pie.

Le siguió con la mirada mientras se alejaba y sintió una punzada de nostalgia por su juventud perdida. Por aquella inocencia. Cuando todo era posible y el mundo era un lugar virgen e inexplorado lleno de aventuras.

Pero también de amargura, reflexionó. La otra cara de la moneda. La melancolía tras la batalla; la certeza de que la vida es dejar atrás versiones de uno mismo que ya no volverán jamás.

Elegir y renunciar, pensó, mientras observaba el vaso vacío.

El alcohol le había sumido en un placentero sopor que magnificaba las sensaciones que traía consigo el ocaso del día. Llamó al tabernero —la madera de su prótesis resonó contra el suelo mientras se acercaba— y pidió *scotch*. Acababa de mojarse los labios cuando el segundo hombre que esperaba aquella tarde apareció ante él.

—Felipe... —saludó Levi, sorprendido.

—¡Qué sorpresa! —fingió Neudorf, incorporándose.

Pero no había nada de desconcierto dentro de él. Sabía que encontraría allí al *batle*. Su tío le había salvado la vida y se había encargado de los cuerpos del Gnomo y sus hombres.

Estaba en deuda, le recordó el contrabandista. Y esa deuda exigía un pago: información sobre el trigo que Levi pretendía importar a la isla.

—Cuándo y cómo —había exigido Luis Fornés.

La expresión de su tío no admitía ninguna excusa; y Neudorf lo sabía.

Levi solía ver el atardecer desde Ca Patró, en el puerto de Valldemossa, desafiando a todo y a todos contemplando, desde lejos, hasta que lo enviaran a Barcelona, la faena del joven pescador.

El trabajo esforzado de su amor imposible.

Superada la sorpresa inicial, el alcalde pidió otro *scotch* y preguntó si podía acompañarle.

—¿A qué debo agradecer tu presencia? —le interpeló.

Su ojo sano le observó con curiosidad y algo de suspicacia.

Felipe ahogó el remordimiento que le subía por la garganta y se encogió de hombros.

—Hemos salido a navegar —mintió mientras señalaba el puerto con la cabeza.

Levi preguntó por Cosimo y sonrió con melancolía cuando escuchó el último lance del italiano.

—Que lo disfrute —murmuró el *batle*, entristecido—. Él, que puede.

El sol se comenzaba a poner en el horizonte y Neudorf entrecerró los ojos. A lo lejos, los pescadores tiraban de la última barca, sacándola del mar.

—¿Es uno de ellos? —preguntó. Levi le devolvió una mirada desesperada—. Nos lo contaste en Can Joan... —explicó Felipe—, aquel día que bebimos demasiado.

Los gritos de los niños jugando en la orilla se mezclaban con las exclamaciones esforzadas de los marinos. Uno de ellos se apartó un poco, limpiándose las manos y Levi se estremeció mientras asentía y recordaba, o fingía recordar.

—Todo pasa —dijo al fin—. Pero mientras pasa... duele.

Neudorf asintió mientras pensaba, sin poder evitarlo, en Carmen.

En los errores que cometemos. En asumir que la clave en la vida es asumir la pérdida y confiar en el porvenir.

—Tiempo y dinero —masculló.

—¿Dinero? —preguntó Levi, extrañado.

Neudorf se permitió una sonrisa sincera.

—Para alcohol —dijo—. Para olvidar.

Levi dirigió de nuevo la mirada a la playa.

—Para no sentir — añadió tras un suspiro —. Para no pensar.

Se quedaron ambos un rato en silencio. Contemplando cómo la luz agonizaba y la oscuridad iba ganando terreno sobre la superficie voluble del mar. Las nubes del cielo se precipitaron tras el ocaso y el viento comenzó a soplar. La melancolía dio paso a la realidad y las madres comenzaron a llamar a sus hijos para volver a casa.

—¿Sigue en pie lo del trigo? —preguntó Neudorf de pronto, como si lo acabase de recordar.

Levi se cruzó de brazos.

—Aún no sé si puedo confiar en ti —anunció el alcalde, con ironía.

A sus ojos había vuelto aquel fuego distante que lo llenaba todo de calidez. Felipe evitó la desazón que le crecía en el pecho y forzó una sonrisa afable.

—Aun sin explicaciones —dijo con apatía impostada—, siempre puedes contar con nosotros.

Levi pareció calibrar la respuesta. Advirtió que no quedaba *scotch* en ninguno de los vasos y pidió otra ronda. Cuando llegaron las nuevas copas, ya era de noche.

La inevitable oscuridad, pensó Felipe, algo borracho. Algo abatido.

El *batle* se mojó lo labios, dejó el vaso en la mesa y lo miró.

—Controlan las carreteras de Palma a Valldemossa porque esperan que lo traiga por tierra —explicó con una sonrisa distraída—, pero lo haré por mar.

Neudorf contó hasta diez.

—¿Necesitas ayuda?

El otro negó con la cabeza.

—El grano ya está en Palma y tengo el barco. Un carguero francés. Navegará de noche... En una semana todo estará en Valldemossa.

Neudorf acalló una última voz interior que lo llamaba miserable y miró a los ojos al hombre que estaba traicionando. Aun así, al final de la oscuridad, una luz se encendió en su cabeza.

—Ya sabes dónde puedes encontrarnos.

Lo dijo pensativo, mientras manoseaba la idea que se le acababa de ocurrir. Sin saber si era factible o si estaban aún a tiempo.

El alcalde le cogió de las manos y le dedicó una sonrisa sincera, desprovista de malicia, colmada de gratitud.

—Lo sé —murmuró conmovido—. Gracias, Felipe.

El sol era un disco rojo y lejano que se hundía en el horizonte mientras la noche se esparcía por el mundo. La agonía del día dio paso a la incertidumbre. El tabernero masculló desde la barra que pronto tendría que cerrar. Cuando Levi dejó unas pesetas sobre la mesa y se levantó para dedicarle una última mirada al joven marino, Neudorf bajó la cabeza y sintió cómo algo antiguo e importante —algo irremplazable— se le rompía dentro del pecho.

Capítulo 25

Karst, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

> —Como decía Sun Tzu: «Interrumpe sus provisiones. Ataca inesperadamente. Aparece donde no puedan ir. Dirígete hacia donde menos se lo esperan».

Palma de Mallorca, 1919

Tres días después, el día era gris y lloviznaba.

Neudorf contuvo un escalofrío y se arrebujó bajo la capa engrasada. El caballo iba a paso tranquilo, controlado, para no resbalar en el lodo inestable del camino. Cosimo, a su lado, maldijo en voz alta por enésima vez.

—El paraíso... —farfulló enfadado—. No he visto llover así en la *mia vita*.

Mallorca tenía esas cosas. El clima templado de la isla se regulaba con aquellos aguaceros invernales. Sus habitantes habían aprendido a convivir con ellos. Algo que el italiano no terminaba de asimilar.

—Solo hay dos opciones —le había explicado Neudorf—: o esperar, o atravesarlos.

Y por supuesto, había respondido el italiano, visiblemente molesto, ellos dos no iban a esperar a que escampara.

Era aún temprano y la bruma matinal comenzaba a disiparse. Los primeros edificios de Palma —casas humildes de un solo piso— aparecieron tras una fina cortina de lluvia. Cuando entraron en la ciudad, todo estaba cubierto por una reluciente capa de agua, y la gente volvía a conquistar, palmo a palmo, la calle.

Accedieron por el norte, dejando a su espalda la estación del ferrocarril de Sóller —que Neudorf había visto inaugurar antes de la Gran Guerra— y se adentraron en la parte vieja. El paseo de la

Rambla les recibió con una luz herida y atemporal; y Cosimo no tuvo más remedio que olvidar su enfado para maravillarse con los edificios modernistas que la flanqueaban.

—Parece París —acertó a decir, arrobado por la singular belleza de las fachadas.

Neudorf frunció el ceño.

—¿Has estado alguna vez en Francia?

El *maggiore* parpadeó varias veces, sin dejar de admirar las líneas curvas y asimétricas —casi naturales— que lo rodeaban.

—Jamás —reconoció, encogiéndose de hombros, con una sonrisa afilada—, pero seguro que se parecen.

La Rambla desembocó en el Borne y, entre los edificios, se distinguió el puerto.

Tras los muelles, el Mediterráneo inundaba el horizonte.

Las gaviotas graznaban, hambrientas, sobre sus cabezas, mientras cada vez más carruajes invadían la ciudad. Los turistas —principalmente europeos adinerados— se mezclaban sin reservas con fruteros, vendedores de calzado, chiquillos desatendidos y campesinos que transportaban sus productos del campo a la ciudad.

Cuando llegaron al puerto, Neudorf calculó que serían las diez de la mañana; el murmullo urbano había crecido hasta convertirse en un clamor.

La última vez que estuvieron allí, le recordó Cosimo, él se había desmayado en la Comandancia de la Guardia Civil y Bernardo Martorell aún estaba vivo.

—No me lo recuerdes —masculló, llevándose casi sin pensarlo la mano a la cadera—. Si eso no hubiera sucedido a estas alturas tendríamos menos preguntas y más certezas.

Mientras lo decía, se rascó el brazo izquierdo. Era su primer día sin cabestrillo. Lo movía lento, cuidando de no abrir la herida, pero estaba eufórico. Se estaba recuperando bien. Lo único que ahora empañaba su ánimo era recordar la afirmación realizada por Martorell sobre Juan Horrach poco antes de morir.

Un monstruo, había dicho el sacerdote.

Qué había hecho Horrach, reflexionó Neudorf, para ganarse aquel curioso título.

Andaba perdido en aquellos pensamientos cuando sintió cómo una mano le rozaba el costado, cerca del bolsillo. Acostumbrado a la

sensación —y casi por inercia— dejó caer el brazo derecho y el dorso de la mano impactó contra la mejilla de un chaval que no tendría más de quince años. El golfillo, alto y espigado, se apartó unos pasos, sorprendido, pero el desconcierto viró al segundo en un odio visceral y desesperado. Una profunda rabia de clase.

Felipe se arrepintió de la violencia de su reacción —esperaba a alguien más mayor— y le lanzó varias pesetas.

—Ellos son mejor presa —le dijo en mallorquín, mientras señalaba disimuladamente a una pareja de turistas, probablemente franceses, que contemplaba el Borne con ojos asombrados.

El zagal le agradeció la recomendación con un gesto indiferente, se acarició el mentón, aún dolorido, y desapareció entre la gente. Neudorf se giró hacia Cosimo y este de devolvió una sonrisa desarmada.

—Eres un blando, Felipe.

El aludido se encogió de hombros.

Se puso de pie en los estribos y, cuando localizó el lugar indicado, desmontó.

Los dos soldados guiaron a sus caballos a través del bullicio y, pasada la lonja, alcanzaron un almacén algo más grande que el resto. El edificio estaba vigilado por hombres armados contratados, indudablemente, por los dueños del almacén.

El que parecía dirigir a aquella improvisada cuadrilla les dio el alto.

—Buenos días, caballeros —articuló con unos sorprendentes buenos modales—. ¿Qué desean?

El tipo vestía un tres piezas gris de buen corte, aunque algo usado. Llevaba un sombrero de hongo y una cadena de plata descolorida que se hundía en el bolsillo izquierdo del chaleco y que, iba unida, supuso Neudorf, a un reloj del mismo material. Posiblemente robado.

Le rodeaban seis hombres. No iba armado, pero destilaba autoridad.

Alguien acostumbrado a la violencia, pensó, estudiándole.

Un gánster de provincias venido a más.

Intuyó a Ausias May en las maneras de aquel hombre. En su vanidosa seguridad. Pero Cosimo era italiano y allí la mafia era casi tan importante como la Iglesia. Y en algunas zonas, incluso más.

—Un cargamento de Palermo —precisó el *maggiore*.

Sus ojos eran duros y tranquilos, y la blancura de sus cicatrices casi reflejaba la luz del sol.

La familia de Cosimo siempre había estado involucrada —en mayor o menor medida— en la Cosa Nostra, una histórica organización criminal que tenía como base de operaciones la isla de Sicilia. El italiano había contactado con uno de sus antiguos compañeros a través de un mercante que cubría el comercio entre las dos islas.

Tras el diligente pago de Neudorf a través de un banco florentino, la Cosa Nostra había enviado el material médico al puerto de Palma.

Sabía que Ausias May, o cualquiera de los contrabandistas mallorquines, respetarían ese envío. Y no le intimidaba ni la situación ni las maneras pretenciosas de aquel matón.

El gánster se llevó la mano al mentón, pensativo.

—No hemos recibido nada de Sicilia —dijo mientras se encogía de hombros y una sonrisa taimada le cruzaba el rostro.

Mallorca se ha llenado de idiotas e insensatos, pensó Neudorf. Cosimo había relajado los hombros e inclinado la cabeza hacia delante, señal de que estaba dispuesto a llegar al contacto físico. Él se adelantó.

—¿Cómo se llama? —preguntó al gánster, tratando de deshacer la tensión.

El otro sacó pecho con suficiencia y cambió el peso de pierna.

—Julio Maneu.

Neudorf sacó su pipa apagada y se la llevó a la boca.

—Bien, señor Maneu —dijo casi en un susurro—. Supongo que conocerá usted a Luis Fornés.

El silencio incómodo del gánster le confirmó que había dado en el clavo. Era un hombre de Ausias May y conocía, indudablemente, la trayectoria de Fornés.

—Es mi tío —precisó—. Se podría decir... que me educó.

La seguridad de Maneu y sus hombres se resintió un poco, pero aún había algo de desafío en sus ojos. Neudorf sabía que, si quieres que un enemigo no luche a la desesperada, tienes que darle una salida digna. Una opción lógica.

—Tanto Aduanas como la Comandancia de Carabineros han confirmado la procedencia y su recepción —explicó con calma,

mientras daba un paso hacia delante y deslizaba dos billetes de cincuenta pesetas en la mano de Maneu—. Espero que esté todo en orden.

Maneu arrugó los billetes en su puño y desvió la mirada.

—No tarden —masculló, aún orgulloso, dejándoles paso.

Esta vez fue Cosimo el que sonrió.

—Descuide.

Una vez dentro, Neudorf comprobó que el cargamento estaba completo: desde el material sanitario —vendas limpias, batas blancas, guantes de goma y jeringuillas de vidrio— hasta los medicamentos alemanes. Los más codiciados del mercado. Y también sacos de arroz.

Los dos soldados contemplaron con orgullo la torre de cajas y fardos de casi dos metros y se sonrieron, satisfechos. Hicieron llamar al cochero que habían contratado y, entre los tres cargaron, con cuidado, un carro descubierto tirado por dos caballos.

—Ya está todo —afirmó Cosimo sudoroso, mientras cubría el cargamento con una lona.

Felipe asintió y se subió al pescante.

—Primero a la Comandancia —le indicó al cochero.

El aludido hizo restallar las riendas y las ruedas del carro chirriaron hasta coger inercia. Abandonaron el recinto por una de las puertas laterales y, en la distancia, el italiano observó cómo Julio Maneu les seguía con la mirada.

La Guardia Civil y el Cuerpo de Carabineros compartían la Comandancia del puerto de Palma. La fachada barroca del edificio le recordó la refriega con el Gnomo y el Gigante-calvo y el posterior interrogatorio de Martorell, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

El carro se detuvo frente a una segunda puerta, más pequeña que la principal, por la que se accedía al ala de los carabineros, y Neudorf se bajó con cuidado. La herida del costado le palpitó con violencia. Cosimo ocupó su sitio en el pescante.

—¿Tienes el dinero? —le preguntó Felipe.

Su amigo asintió tranquilizándole con la mirada y, sin añadir nada más, le indicó al cochero con un gesto que continuase. El puerto de Palma consistía en una lengua de tierra artificial —enfrente de la lonja— que se adentraba en el mar. La Comandancia se encontraba al principio, por lo que todo lo que se descargase en los muelles tenía que pasar por allí.

Neudorf contempló cómo el carro se perdía en el trajín diario de prácticos, gritos, cabos y grúas de los barcos amarrados, mordió la pipa —aún apagada— y entró en el edificio.

Hacía aún más frío en el interior y un segundo escalofrío le recorrió la espalda.

Un carabinero salió a su encuentro y, tras la presentación de Neudorf, lo acompañó a un amplio y luminoso despacho ubicado en la segunda planta. Lo mejor de la estancia era el gran ventanal desde donde se veía todo el puerto. A la derecha se intuía el final de la bahía de Palma, con los pinos casi tocando el agua, y, como telón de fondo, el horizonte azul.

Un hombre se sentaba de espaldas a todo aquello.

Lucía el mismo uniforme que Lerena, aunque mejor conservado. La chaqueta azul oscuro con el cuello rojo y detalles grises en las mangas estaba desabrochada. Se inclinaba sobre unos papeles con aire reflexivo, pero se levantó con vitalidad inesperada y una sonrisa canalla en los labios.

—¡Señor Neudorf! —exclamó—. Por fin nos conocemos.

Demasiado joven, pensó Felipe.

La Comandancia de Carabineros de Mallorca dependía de Barcelona, pero dada su importancia geográfica, Baleares funcionaba como una entidad casi independiente. El hombre que tenía delante apenas había cumplido los treinta y cinco años. Para llegar a comandante de carabineros, aquel tipo o era el hijo de alguien o, peor aún, era un animal inteligente y ambicioso.

—Comandante Guillem Santa Ponsa —dijo, presentándose—. Puede llamarme Guillem.

Neudorf le estrechó la mano con prudencia. Entre otras cosas, uno de sus subordinados era Vicente Lerena.

—¿Necesita fuego?

Añadió el carabinero, señalando su pipa apagada.

Felipe asintió y mientras Santa Ponsa le acercaba unas cerillas comentaron la situación del puerto y el espacio que había ganado con la construcción de un nuevo muelle.

—Era necesario —estableció el comandante—, aunque el verdadero problema no es la mercancía legal.

Neudorf asintió y los dos hombres se quedaron en silencio.

Mallorca era la escala necesaria para el contrabando entre África

y Europa, y el Cuerpo de Carabineros —con salarios bajos y medios siempre insuficientes— se encargaba de interceptarlo. No era raro ver a oficiales evitando ciertas calas días determinados; y, más tarde, celebrar la Navidad con un pavo que no se podían permitir.

Había que ir con cuidado, se dijo.

—Me gustaría agradecerle la rapidez con la que se ha gestionado la situación de mi cargamento, comandante.

Sin dejar de sonreír, Santa Ponsa se echó hacia atrás en su butaca y colocó las manos sobre el pecho. Era la suya una sonrisa expectante, hecha de silencios y perspectiva.

—Material médico para el Trinidad —dijo, quitándole importancia—. Qué menos que agilizar los trámites.

Había algo de sarcasmo en sus palabras. Algo de terminemos ya de una vez.

—Hay servicios esenciales a los que nunca deberían faltarles fondos —respondió Felipe.

—Qué me va a contar a mí —suspiró su interlocutor.

Ahí está, se dijo Neudorf. La grieta. El punto de apoyo. El camino de vuelta.

Le dio una larga calada a la pipa y soltó lentamente el humo antes de hablar.

—¿Cómo podría ayudarle?

Al otro lado de la mesa, la sonrisa del comandante pasó de vacuo escepticismo a verdadero interés. Un punto de luz en aquellos ojos oscuros que lo observaban como un cazador.

—Ese peso no debería recaer en los ciudadanos, señor Neudorf. No se preocupe.

Inteligente y ambicioso, se repitió, casi admirado.

No quería dinero. El dinero es temporal. Las deudas son eternas.

—Estoy a su disposición —zanjó Neudorf.

—Lo recordaré.

El comandante se levantó —imitado por Felipe— y se estrecharon la mano de una manera diferente. Como dos socios que esperan volver a verse.

Santa Ponsa lo acompañó a la puerta del despacho y le deseó con calidez un regreso seguro a Valldemossa.

Cuando abandonó la Comandancia, Cosimo le estaba esperando enfrente, subido al carro, con las riendas en la mano. El viento de

pleamar ondeaba la lona que cubría el material destinado al Trinidad.

—¿Y el cochero? —preguntó mientras se subía al pescante.

—Lo he despedido —explicó el italiano—. Recogerá el carro mañana por la tarde, en Son Galcerán.

Neudorf asintió y no añadió nada más. Pensó en Ausias May y en la gente que podía llegar a tener comprada. Era más seguro así.

—¿Y lo otro?

Al verbalizarlo en voz alta, hizo real la traición a Levi, y una punzada de remordimiento le encogió el estómago. Cosimo apreció la zozobra.

—El vapor con el casco oxidado y bandera francesa, al final del todo —explicó, sin señalarlo—. El capitán ha aceptado el dinero.

Felipe se giró para observar el final del muelle y suspiró.

—Todo saldrá bien —murmuró Cosimo.

El otro se encogió de hombros.

—Todo saldrá —matizó—. Veremos si bien o mal.

El *maggiore* chasqueó la lengua y con un golpe de muñeca hizo avanzar a los caballos. El carro traqueteó y se puso en movimiento. Esta vez no querían atravesar Palma. La premisa era abandonar la ciudad por la costa. Dejaron atrás la lonja y recorrieron el litoral en silencio.

Estaban a punto de cruzar el río que separaba la ciudad de lo que había sido extramuros, cuando Cosimo lo vio.

—Mira —susurró, indicando cautela—. Miquel Terra.

El secretario de Horrach discutía acaloradamente con una mujer.

Neudorf iba a sugerir apretar el paso para dejarlos atrás cuando el corazón le dio un vuelco.

—Para el carro —exigió.

Su compañero iba a protestar, pero la expresión de Felipe era oscura como una tormenta. En cuanto redujo la velocidad, saltó al suelo. Sin entender del todo qué ocurría, el italiano dirigió a los caballos fuera del camino y, de pronto, todo tuvo sentido.

La mujer con la que Terra discutía era Carmen Feliú.

Capítulo 26

Karst, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

> —Si no consigues dominar tu circunstancia, la circunstancia te dominará a ti.

Palma de Mallorca, 1919

Antes de que Neudorf los alcanzara, Carmen lo vio.

Sus ojos se abrieron de par en par y Miquel Terra, extrañado, se giró para entender qué ocurría. Debido al disparo en la cadera y a la herida del brazo aún por cicatrizar, su carrera era irregular. A Terra le dio tiempo de soltar un agudo silbido y dos hombres, apostados en una esquina, se interpusieron entre ambos. Felipe reconoció a los dos extranjeros que habían huido en la trifulca de Son Galcerán. De cerca eran más imponentes de lo que parecían, pero no redujo la velocidad.

En el último momento, eligió al menos fornido, inclinó el hombro izquierdo y bajó la cabeza, mientras extraía con la mano derecha el Bowie —la Colt M1911 había quedado atrás, en el carro, en el bolsillo de su abrigo—, pero el tipo amortiguó el golpe con habilidad mientras el otro le inmovilizaba.

—*Halt!* —exclamó el último.

Neudorf se revolvió, pero el hombre le sujetó con firmeza. La orden en alemán aún resonaba en su cabeza cuando Terra se acercó con cautela. Le precedía una expresión desencajada. Los ojos le vibraban de tal manera que parecía que iban a salir despedidos en cualquier dirección.

—Bastardo, hijo de puta —escupió—. ¿Dónde están mis hombres?

Neudorf no pudo evitar la visión de la cabeza del Gnomo explotando tras el disparo a bocajarro de su tío. El recuerdo de aquella

sonrisa truncada le perseguía por las noches.

Quería insultar a Terra, pero no dijo nada. Se limitó a sostenerle la mirada.

Carmen sujetó al secretario del brazo.

—Por favor... —comenzó.

Pero este se apartó con brusquedad. Felipe trató de soltarse, pero lo único que consiguió es que sus captores le sujetaran con más fuerza. El corte del brazo le ardía y el disparo del costado había comenzado a sangrar de nuevo. Los hombres de Terra le condujeron a un callejón.

No eran como los mallorquines —poco más que aprendices de contrabandista—, que le habían asaltado a la entrada de Son Galcerán. Aquellos dos tipos sabían lo que hacían.

Vieron a Fornés antes que nadie, razonó Neudorf, y decidieron huir.

Alemanes en Mallorca, alcanzó a pensar, mientras escuchaba cómo el más joven maldecía en su idioma.

Los dos eran rubios con los ojos azules. Parecían hermanos. Apenas tenían vello facial. Ambos eran fornidos y su mirada denotaba una simpleza que compensaban con una agresividad excesiva. Como si la violencia equilibrase lo poco que pensaban.

Neudorf no podía moverse, pero, aun así, cuando se adentraron entre los dos edificios se irguió, mirando de frente a Terra con los dientes apretados.

Impotente, Carmen se giró y se alejó corriendo. El secretario amplió su siniestra sonrisa.

—Por fin solos —murmuró con avidez contenida.

El coraje es necesario, pero suele ser puntual. Terriblemente limitado.

Al otro lado del arrojo, pensó Felipe, siempre está el cansancio. Especialmente con aquellos ojos de fragua alejándose a través de la gente. Abandonándole.

Neudorf bajó los brazos justo en el momento en el que Terra empuñaba su propio Bowie.

—Debí haberte ensartado aquel día en casa del conde —masculló.

Terra flexionó las piernas y alzó el cuchillo en el mismo instante que el puño de Cosimo impactaba en su mejilla izquierda. El secretario de Horrach salió despedido contra el muro de ladrillo.

Felipe aprovechó la confusión para deshacerse del alemán más

joven y saltó sobre su tobillo. Un sonido seco, de hueso partido, llenó el callejón; y mientras el hombre caía al suelo entre alaridos, el italiano se lanzó de frente sobre el segundo, rompiéndole la boca.

El tipo se desplomó, inconsciente, como un fardo.

A su espalda, se escuchaban los quejidos sordos de su hermano pequeño. Se palpaba el tobillo sin saber qué hacer. El pie formaba un ángulo imposible con la pierna. Cosimo se giró y le descargó una potente patada en la mandíbula.

Y, de pronto, todo fue silencio.

—Eres insufrible, Felipe —resopló el italiano al cabo de varios segundos, mientras se llevaba las manos a la cadera y contemplaba a Terra—. Siempre por libre. Tendría que haber dejado que este *stronzo* te despachase.

Él no estaba de humor.

—¿Dónde está el carro? —preguntó con ansiedad mal disimulada.

Cosimo señaló con la cabeza el otro lado de la calle donde el chaval que Neudorf había abofeteado vigilaba el cargamento con una sonrisa triunfal en la cara.

Felipe dejó escapar un suspiro de alivio. Se sentía, de pronto, exhausto.

Me he dejado llevar por el impulso, pensó. Por la ira. Babenburg estaría decepcionado.

Sé dueño de tus inclinaciones, solía decir su padrino.

El secretario, en el suelo —aún aturdido—, se llevó la mano a la mejilla mientras trataba de entender qué había pasado. Se incorporó a duras penas, dolorido, y apoyó la espalda contra el muro de ladrillos.

—Os mataré —farfulló.

Neudorf cerró los ojos e inspiró profundamente.

Sé dueño de tus inclinaciones, se repitió.

Se acercó a él y le propinó un contundente puñetazo en la nariz. Un sonoro crujido confirmó que el hueso se había roto. Lágrimas de dolor, rabia e impotencia recorrieron el rostro de Terra. La sangre comenzó a mancharle la camisa.

—Tú no vas a matar a nadie —dijo Neudorf con calma—. Pronto... todo habrá acabado.

Recogió el Bowie del suelo y, por un momento, disfrutó del terror en los ojos del secretario de Juan Horrach antes de devolverlo a su funda.

En aquel instante, Carmen reapareció en la entrada del callejón. Venía despeinada y sin resuello. La preocupación magnificaba la luz avellanada de sus ojos.

La seguían Guillem Santa Ponsa y un destacamento de carabineros.

Era la primera vez, aquel día, que Neudorf observaba a Carmen con detenimiento.

Vestía con aquella elegante sencillez que le cautivaba.

Llevaba el pelo castaño suelto, unas alpargatas sin tacón, un vestido largo de color azul apagado, ceñido en la cintura, y un jersey de lana gris.

Se detuvo, estupefacta, al ver a los tres hombres tendidos en el suelo.

—¿Cómo? —alcanzó a decir.

En su voz había sorpresa, pero también miedo. Felipe trató de suavizar su mirada, pero no consiguió olvidar el hecho de que Terra estaba discutiendo con ella.

El tema era sobre qué.

Por un segundo contempló la posibilidad de que ella lo estuviera traicionando.

—Parece que se las ha arreglado usted solo, señor Neudorf —observó el comandante, mientras evaluaba con ojo experto a los caídos—. Tenía a la señorita Feliú muy preocupada.

Cosimo carraspeó, ofendido, y Felipe cambió de postura, incómodo.

Dos hombres estaban inconscientes en el suelo y otro más tenía la nariz rota. Solo había una salida del callejón y estaba obstaculizada por los carabineros.

No le gustaba aquella situación. Estaban en manos de Santa Ponsa.

—Supongo —continuó este, sin perder su sonrisa canalla— que todo está resuelto.

Parecía disfrutar con todo aquello. Con Terra en el suelo y Neudorf acorralado.

Favor número dos, parecían decir sus ojos.

Y habrá más, pensó Felipe. Todo tiene un precio.

—¿No tienen un cargamento que entregar? —preguntó el comandante, mientras alzaba las cejas, conminándoles a reaccionar.

Cosimo dio un respingo al comprender que los estaba dejando marchar, pero Neudorf pareció recordar algo.

—Una cosa más —masculló.

Se inclinó de nuevo hacia Terra y rebuscó en sus bolsillos mientras el otro se dejaba hacer sorprendido. Encontró lo que buscaba y se incorporó, sosteniendo entre los dedos un revólver Smith & Wesson Orbea, con la culata de nácar.

Ante el asombro de Santa Ponsa, abrió el tambor, extrajo una de las seis balas de 11 mm y se la guardó en el bolsillo. Después, cerró el arma y se la cedió al comandante, que la recogió sin entender bien de qué iba todo aquello.

Neudorf, por primera vez aquella tarde, sonrió.

—Necesito algo más de tiempo —dijo, mientras se ponía en la boca la pipa apagada—, pero considérelo una prueba.

—¡Yo no la maté! —exclamó Terra desde el suelo, descompuesto.

Todos se giraron hacia él.

—¿A quién, señor Terra? —preguntó Neudorf.

El secretario de Horrach enmudeció, furioso. Se había traicionado a sí mismo.

Felipe, satisfecho, se despidió con un gesto del comandante y se dispuso a irse, pero se encontró de frente con los ojos encendidos de Carmen.

Durante un segundo, el mundo se detuvo, y Felipe quiso hacerle mil preguntas.

Qué hacía allí esa mañana, por qué discutía con aquel hombre; si pretendía, otra vez, romperle el corazón...

La guerra se asemeja a un mercader astuto que intercambia unas virtudes por otras. La serenidad por la inquietud. El coraje por el miedo. La prudencia por el arrojo.

En el silencio de Neudorf estaban todos los sentimientos que no sabía explicar.

—Carmen... Yo...

La decepción nublaba la mirada dorada de ella.

—Ahórrate las excusas, Felipe —dijo desviando la mirada y haciéndose a un lado.

Neudorf se alejó como un madero arrastrado por la corriente. Sin saber cómo justificar aquella rabia inesperada.

Lanzó varias pesetas al golfillo que custodiaba el cargamento e

ignoró sus preguntas sobre la pelea. Cosimo se sentó a su lado, en el pescante, consciente del silencio taciturno que envolvía a su amigo y cogió las riendas.

—¿Al Trinidad? —preguntó el italiano con suavidad.

Él asintió distraído. El carro traqueteó y se puso en movimiento; y supo en aquel instante que, cada metro que avanzaban, era un metro más que se alejaba de Carmen.

Capítulo 27

Karst, frontera Imperio Austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—¿Te arrepientes de algo, Felipe?

Neudorf frunció los labios. Únicamente se arrepentía de una cosa.

—¿Y usted? —contratacó.

Babenburg soltó una profunda carcajada.

—Ya lo creo que sí —reconoció—, pero no cambiaría ninguna de mis decisiones.

Lo dijo con una sonrisa nostálgica.

—En igualdad de condiciones, elige siempre lo que conlleve una buena historia.

Valldemossa, 1919

Doblaron una loma y Valldemossa apareció al fondo, encajonada en el valle, orgullosa y atemporal. La torre de la cartuja clavándose en las nubes grises del cielo.

Comenzó a llover otra vez y Neudorf se incorporó para asegurarse de que la lona que cubría el carro protegía la mercancía.

—Está empezando a calar —murmuró preocupado.

Cosimo le quitó importancia.

—No debe de quedar más de una hora.

Los dos caballos que les había prestado Luis Fornés —propiedad de Ausias May— iban atados a la parte trasera del carro y trotaban con indiferencia. Un silencio incómodo planeaba entre los dos soldados.

Neudorf trató de encender su pipa, pero desistió.

—Lo siento —dijo al fin.

Cosimo se removió en su asiento. Las cicatrices aún le palpitaban.

—¿Por qué?

Ambos miraban al frente, evitando el contacto visual. Felipe bajó la cabeza e introdujo la mano en el bolsillo, donde el tacto frío de la bala de 11 mm de Terra le insufló algo de ánimo.

—Antes... —explicó— me dejé llevar por la rabia.

El coraje es sencillo en la guerra. Tan solo hay que ignorar el miedo. Lo complicado es recurrir a él en lo cotidiano. Enfrentarse a un error. Pedir perdón a un amigo.

El italiano suavizó su expresión.

—Mi padre nunca fue... —comenzó— nunca fue una buena persona.

Neudorf le miró sin comprender del todo, pero recordó la respuesta del siciliano a su abuela cuando le preguntó qué hacía tan lejos de su casa.

La duda se convirtió en certeza.

Aquella era la conversación que tenían pendiente.

—Vivíamos en Palermo, en una casa con dos habitaciones —continuó—. Era un edificio antiguo, muy pequeño... pero estaba enfrente del mar. Mi padre trabajaba en el puerto. Era demasiado *stupido* para ser ambicioso, pero no tanto como para no darse cuenta. Por las tardes se emborrachaba para esquivar su ineptitud, se arrastraba hasta casa y se dormía. Aquello sucedía en los días buenos.

Neudorf guardó la pipa en uno de los bolsillos del abrigo y se giró para escucharle. Él miraba al frente, sin perder de vista el camino.

—Luego estaban los días malos —explicó con un encogimiento de hombros—. Una vez al mes, más o menos, llegaba a casa gritando incoherencias, tiraba las cosas al suelo, golpeaba las paredes... y pegaba a mi madre.

Felipe le observó inmóvil.

—Ella lo sabía gestionar —prosiguió—. Esquivaba con delicadeza sus golpes, lo sujetaba, le susurraba cosas al oído. Era un ritual al que mi hermano y yo nos acabamos por acostumbrar. Una vez al mes, mi padre llegaba a casa, rompía cosas y mi madre, con una paciencia infinita, le tranquilizaba y le acostaba en la cama.

Seguía lloviendo y unas gotas frías se deslizaron por el cuello de Neudorf. Dejaron Valldemossa a la derecha y se internaron en el bosque. Las copas de los árboles amortiguaron el agua que caía del cielo.

A pesar de que era mediodía, había poca luz.

—Pero un día, todo se torció.

Cosimo había tardado varios minutos en continuar y su voz estaba teñida de dolor.

—Mi padre llegó a casa como siempre, pero había algo diferente en sus ojos, en sus palabras. Una rabia que nunca habíamos visto. No se contentó con destrozar lo poco que teníamos. Esta vez, las dulces palabras de mi madre no bastaron. La golpeó en la cara con saña, rompiéndole la nariz. Mientras sangraba, desubicada y sin saber qué hacer, mi padre la derribó de una patada en el estómago. Una vez en el suelo, completamente enajenado, la agarró del cuello y comenzó a asfixiarla.

Hacía tiempo que Felipe había dejado de escuchar el traqueteo del carro. Su pecho contenía todo el aire de la Tramontana.

—Cosimo... —murmuró—. ¿Qué pasó?

El italiano sonrió a pesar del desconsuelo.

—Mi hermano tenía quince años. Tres más que yo. Al escuchar los gritos sofocados de mi madre, abandonó nuestro cuarto y saltó sobre la espalda de mi padre, golpeándole con toda la fuerza que su edad le permitía.

El caballo piafó mientras cabeceaba y Cosimo afirmó las riendas. Pasó una eternidad hasta que volvió a hablar.

—A día de hoy —suspiró— sigo sin entender qué hacía ahí ese *martello*. Ese martillo. Nunca lo había visto. Estaba tirado en el suelo. Con las demás cosas que habían volado por los aires. Mi padre se giró a medias y, al apoyarse en el suelo para encarar a mi hermano, su mano lo encontró casi por casualidad.

Bajó la mirada un segundo, mientras las lágrimas le recorrían las mejillas.

—Fue un golpe seco —murmuró—. Un golpe que resonó en toda la casa. Siento que aún puedo oírlo. Reverbera en mí desde entonces. Mi hermano quedó tendido en el suelo de nuestra cocina con los ojos abiertos y el cráneo partido. Murió a pesar de los gritos histéricos de mi madre. Murió a pesar de mis súplicas. Murió a pesar de la mirada estupefacta de mi padre y sus ridículas excusas.

Ahora había rabia en sus palabras. Una extraordinaria ira contenida.

—Los primos de mi padre pertenecían a la Cosa Nostra y le

ayudaron a ocultarlo. Todo pasó como un desgraciado accidente doméstico. A los dos meses, mi madre se suicidó. Dicen que no pudo sobrellevar la pena. Pero yo sé que fue por odio. Odio hacia sí misma por no haberlo impedido. Por no haber huido a tiempo. Odio por tener que convivir con aquel *miserabile*. Tras el funeral, me uní a la Cosa Nostra. No he vuelto a ver a mi padre nunca más.

De pronto, enmudeció. La lluvia había cesado y los dos soldados se quedaron en silencio, sintiendo en los huesos la humedad de la sierra. Olía a resina y las ruedas del carro se hundían en el barro. Los caballos sudaban envueltos en una nube de vapor.

Neudorf sacó la pipa y consiguió encenderla tras utilizar varias cerillas. Se llenó los pulmones de tabaco y dejó salir el humo poco a poco, como ganando tiempo, antes de hablar.

—Lo siento —murmuró.

Cosimo volvió a encogerse de hombros. Su rostro se había serenado. Sus ojos volvían a tener aquel brillo tranquilo y dispuesto.

—Fue hace mucho tiempo —declaró.

Neudorf le estudió con calma.

—Jamás te había oído hablar tanto —observó.

Un amago de sonrisa atravesó el rostro de su amigo, que giró la cabeza hacia la izquierda. Entre los pinos se adivinaba el mar. La luz grisácea del día había dado paso a un azul tranquilo y esperanzador.

—Han pasado diecinueve años. Hoy era su cumpleaños.

El italiano soltó un largo suspiro.

—Cuando llegamos a Mallorca y Levi te informó del incendio en Son Galcerán... No embarqué a Sicilia porque no quería volver —confesó—. Estoy cansado de tanta violencia. Luego...

Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas.

—Por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz. Aquí, contigo. Con tu familia... No quiero que la rabia te arrastre. Eso es todo.

Neudorf bajó la mirada, avergonzado. Tenía razón. El asesinato de Catalina y la culpabilidad de Babenburg estaban haciendo mella en su aplomo. Algo que la guerra no había conseguido. Se estaba dejando llevar por el impulso. Por la rabia.

Resolverlo se había convertido en algo más personal de lo que pensaba.

—Gracias —dijo Neudorf—. Por todo.

Cosimo ensanchó su sonrisa de guerrero cansado.

—Reconozco el sentimiento —murmuró.

—¿Cuál? — preguntó Neudorf, extrañado.

La mirada del italiano estaba envuelta en una tranquila solemnidad.

—El aislamiento —aclaró—. La soledad.

Neudorf asintió en silencio.

No esperar nada de nadie, pensó. La vida como un lento discurrir de acontecimientos sin apegos ni esperanza.

Hasta aquí, se dijo. Hasta ahora.

Estaba pensando en cómo decirle a aquel coloso italiano la gratitud que sentía, el sentimiento de pertenencia que, por primera vez en su vida, le embargaba, cuando él se adelantó.

—Te considero un hermano —dijo de pronto.

Y Felipe no pudo evitar una sonrisa salvaje.

—Es mutuo —masculló sorprendido, azorado, incluso, por aquella felicidad inesperada.

Cosimo puso a Neudorf la mano en el hombro y no hicieron falta más palabras. No habrían sabido expresarse mejor. El carro abandonó el bosque y, en la distancia, se perfiló el Trinidad. Tras la lluvia, la presión del día había disminuido. Olía a hierba mojada y, a pesar del frío, Felipe se sintió optimista al contemplar el paisaje que los rodeaba.

A su alrededor, el verde oscuro del bosque se le antojó como una promesa.

A pesar de los años, nada había cambiado en Mallorca. Ni el rumor de las olas, ni el horizonte, ni los caminos de tierra. La vida se ralentizaba envuelta en aquella hermosa lejanía. En medio del Mediterráneo —a ocho horas en barco de la guerra y la depresión— había un paraíso atemporal.

El tiempo vencido, pensó Neudorf, por el amor, la belleza y la esperanza.

Cosimo, a su lado, como leyéndole la mente, sonrió a medias.

—No hay alegría sin dolor.

Neudorf se llenó los pulmones de humo y asintió en silencio mientras pensaba en Carmen y en Miquel Terra; en su madre y Babenburg; en Catalina Horrach, y en las dos heridas —aún abiertas— que adornaban su cuerpo.

—Supongo que ese es el trato —reafirmó.

Atravesaban la puerta de piedra del Trinidad cuando Cosimo soltó un largo suspiro.

—Salomé... —musitó—. ¿Sigues creyendo que fue ella?

Felipe se encogió de hombros.

—Es probable.

—No me encaja —reflexionó el italiano en voz alta.

La única prueba que tenían contra ella era una mascarilla. Neudorf no insistió, pero intuía que Salomé ocultaba algo.

—Si no tienen nada —concluyó— pronto intentarán algo más. Tenemos que estar atentos.

Dejaron a su izquierda el edificio principal y se dirigieron al almacén. Tres monjas les ayudaron a descargar. Tras asegurarse de que colocaban el arroz en la parte más seca del edificio, guardar el carro y proveer a los caballos de agua y heno, se adentraron en el Trinidad. Atravesaban el jardín del claustro cuando Xisca los interceptó.

—¡Hola, Felipe! —saludó, ufana, surgiendo de entre los setos.

Los dos soldados se sorprendieron, pero al reconocerla no pudieron evitar una sonrisa.

La niña vestía un abrigo pequeño y andrajoso sobre el uniforme blanco y azul de siempre. Felipe pensó que, aparte de material médico, el Trinidad también necesitaba ropa para los niños.

La pequeña se quedó observando al italiano sin saber qué decir y Neudorf comprendió el dilema.

—Mira, Xisca —dijo, cogiendo a su amigo por el brazo—, este italiano grande y bonachón se llama Cosimo.

—Ya lo conocía —aseguró ella, sonriendo algo avergonzada, mientras se apartaba el pelo de la cara—, pero no sabía su nombre... ¿Hablas italiano?

Cosimo fingió una pequeña reverencia.

—*Certo che lo parlo* —susurró—. Felipe me contó lo de tu libro...

La mención a aquella pérdida ensombreció, aún más, los oscuros ojos azules de Xisca. Pero Cosimo, sin perder la sonrisa, metió la mano en el abrigo y sacó un pequeño paquete.

—Así que te he traído un regalo.

Su sonrisa se ensanchó al apreciar la sorpresa tanto en el gesto de Xisca como en el de Neudorf.

—Traidor... —susurró el último.

Cosimo ahogó una carcajada mientras la niña extendía sus pequeñas manos con cuidado, como si tuviese miedo de que fuese a esconder el paquete de nuevo. Una vez lo tuvo en su poder, le dedicó una mirada que podía haber derretido la Antártida.

—Es la primera vez que me hacen un regalo... —reconoció en voz baja.

Deshizo con delicadeza el nudo de la cuerda que lo envolvía y admiró la calidad del papel que lo cubría. Con dedos trémulos, desdobló las esquinas y descubrió una caja de madera.

—Esta tapa se desliza —indicó el italiano al apreciar su confusión.

La niña retiró la pieza de madera y en el interior de la caja, entre virutas, descansaba una peonza de hojalata.

Xisca la extrajo con cuidado, como si sujetase una corona de piedras preciosas. La peonza era ovalada y blanca, y en la parte visible, sobre un fondo verde, tenía pintados cinco caballos, en distintos momentos del trote. Tanto la base como la parte superior —donde se debía impulsar con los dedos— eran rojas.

El azul oscuro de sus ojos brillaba como el cielo de una mañana de junio.

—¿Cómo funciona?

Cosimo se agachó junto a ella, cogió el extremo rojo con dos dedos y lo hizo girar. Xisca soltó un grito emocionado mientras observaba cómo la peonza giraba, estática, sobre el suelo. Una vez se quedó sin impulso, la pequeña lo intentó un par de veces hasta que consiguió ponerla en movimiento sin ayuda.

—Voy a enseñársela a mis amigos —dijo—. ¿Queréis venir?

El *maggiore* hizo como que se lo pensaba.

—Otro día, ¿vale?

Xisca salió disparada hacia una de las puertas, pero, de pronto, se detuvo y se giró hacia ellos.

—Muchas gracias —murmuró con timidez.

Y emprendió la carrera de nuevo, dejándolos solos. Neudorf le lanzó un silencioso reproche a Cosimo y él, esta vez, se rio en voz alta.

Una vez dejaron de escuchar el eco de los pasos de la niña, se dirigieron —ambos con una sonrisa— al despacho de Salomé Martí, la nueva encargada del Trinidad.

—Enhorabuena —la felicitó Felipe una vez se sentaron.

El despacho del fallecido Martorell, antes relativamente pulcro, ahora estaba desordenado, lleno de papeles. Un fonendoscopio y varios pares de guantes se mezclaban con los documentos esparcidos por la oscura mesa de caoba. La doctora levantó la mirada y sus ojos azules se magnificaron tras unas lentes gastadas.

Tenía aspecto cansado y Neudorf volvió a preguntarse si aquella mujer menuda era capaz de mentir tanto y tan bien.

—Gracias —suspiró ella—. Entre los pacientes, la organización del personal y todas las decisiones de proveedores, gastos y logística... nunca pensé que el trabajo sería tan intenso. Juzgué mal a Martorell.

Una persona compleja, pensó Neudorf. Diferente.

La aspereza inicial se había reducido en la Cartuja, en aquella cena con Levi. Y después, aún más, con la propuesta de traer material médico al Trinidad. Ahora se les revelaba como alguien que reconocía sus errores. Una doctora en un mundo de hombres que mostraba, sin tapujos, sus flaquezas.

Y, aun así, se dijo, era hermosa.

Envuelta, además, en aquel halo de quien se dedica a su pasión.

Quizá, por todo eso, Cosimo se había rendido a su encanto.

Felipe le aseguró a Salomé que el Trinidad estaba en buenas manos y preguntó por su abuela. Cuando la doctora le indicó que mejoraba cada día, él le dirigió una mirada a Cosimo y este entendió. El italiano entrelazó las manos y se incorporó hacia delante en la silla.

—El material médico y los medicamentos ya están en el Trinidad —explicó—. Llegaron esta mañana. Bien dosificados tendrán para algo más de un año. Están ya descargados en uno de los almacenes. También hay algo de comida.

Neudorf nunca había visto esa seriedad en sus gestos. Aquella concentración. Salomé apreció la inflexión y sus ojos se entornaron, pendientes de sus palabras.

—¿Lo dice en serio?

El italiano esbozó una sonrisa sincera y extrajo de su chaqueta un papel doblado varias veces.

—Aquí tiene el inventario —dijo, alcanzándoselo—. Puede comprobarlo usted por sí misma.

Salomé recogió la lista y sonrió de vuelta, sin desprenderse de su incredulidad.

Era el momento perfecto para dejarlos solos.

Felipe balbuceó una excusa y abandonó el despacho sin dar tiempo a que ninguno de los dos protestara. Recorrió los pasillos, cruzándose con monjas y huérfanos, y llegó al ala de los Extraviados, donde su madre, de cara a la ventana, contemplaba en silencio las montañas.

La mano de Antonia Fornés estaba fría cuando Neudorf se la cogió, pero, sin apartar la mirada, se la apretó de vuelta.

Aunque sabía que no le oía, el hijo comenzó a relatarle sus miedos y sus derrotas. La búsqueda de la verdad sobre Catalina. El precario equilibrio en el que estaba instalado. Le contó, también, la conversación con Cosimo. La confusa decepción que sentía hacia Carmen. Todos aquellos sentimientos que estaba experimentando por primera vez.

Le habló durante media hora y cuando se levantó y se disponía a visitar a su abuela, se encontró con el rostro desencajado de Cosimo.

—¿Qué ocurre?

El *maggiore* le pidió que le siguiese.

—Tienes que oír esto —anunció con el aliento entrecortado.

Volvieron sobre sus pasos a la carrera. Salomé seguía sentada en su despacho, tras la gran mesa de caoba, pero la quietud había desaparecido. El cansancio se había transformado en aprensión.

—Pensé que lo sabían —se excusó, turbada.

—¿Saber el qué? —preguntó Neudorf, tratando de contener la ansiedad.

La doctora bajó la mirada y se estremeció.

—Cuando Catalina murió… —dijo en un susurro— estaba embarazada de siete meses.

Capítulo 28

Trieste, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—Di siempre la verdad. No hay mejor almohada que una buena conciencia.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Según Vicente Lerena, únicamente cuatro personas habían presenciado la agonía de Catalina Horrach: su hermano, Martorell, el conde de Algaida y él.

Había omitido intencionadamente a la quinta: Salomé Martí.

—¿Por qué? —preguntó Neudorf.

Tras varios segundos, esta consiguió controlar el temblor de sus manos.

—Juan Horrach nos amenazó a todos los que estábamos allí —explicó—. Nadie podía saber lo del embarazo.

—¿Y por qué nos lo cuenta ahora?

Cosimo censuró a Neudorf con la mirada. Estaba siendo demasiado duro. Ella no lo sabía, pero se estaba jugando la vida confiándoles todo aquello.

Ajena a ellos, la doctora cruzó las manos sobre la mesa de caoba.

—Han traído antibióticos al Trinidad... —Las palabras le temblaban un poco—. Supongo que... quiero ayudarlos, pero tienen que prometerme una cosa —añadió, esta vez con voz firme. Su expresión se había vuelto solemne—. Todo lo que les cuente tiene que quedar entre nosotros.

Los dos soldados asintieron. Sabían que su seguridad dependía de ello.

Salomé Martí inspiró profundamente y comenzó a hablar.

Unos chavales escucharon los dos disparos y descubrieron a Catalina. Acto seguido advirtieron a los carabineros de Deià.

Consciente de la gravedad de la joven, antes de dirigirse al monte, Lerena acudió al Trinidad en busca de un médico.

Se encontró con el carabinero cuando ella ya salía del hospicio, a las ocho y media de la mañana; y se habían puesto en marcha al instante. Cuando llegaron, Juan Horrach trataba de contener la hemorragia ante la mirada espantada del padre Martorell.

La doctora, equipada con vendas limpias, yodo, fórceps, torniquetes y un tubo respiratorio, apartó al hermano y se dispuso a salvarle la vida a Catalina. El último en presentarse fue su prometido, Francisco de Cardona, conde de Algaida.

—Llegué demasiado tarde —suspiró. La doctora desvió la mirada al sentir cómo su voz se quebraba sin remedio—. Había perdido mucha sangre —añadió— y ya estaba inconsciente. El pulso era muy débil...

Cosimo pasó el brazo por encima del escritorio y colocó su mano sobre las de Salomé. Ella, sorprendida, alzó su mirada azul cobalto, encontrándose con la sonrisa tranquila del italiano. Aquello pareció darle fuerzas.

Se deshizo con delicadeza del contacto, se limpió las lágrimas e inspiró profundamente.

En la adversidad, pensó Neudorf, se revela el temple.

—Taponé las heridas lo mejor que pude —continuó la doctora, más serena— y me llevé a Juan Horrach aparte.

El azul de sus ojos se ensombreció.

—A lo largo de mi carrera he tomado decisiones difíciles... pero ninguna como la que le tuve que plantear a él.

Se tomó su tiempo y Felipe cambió de postura, conteniéndose, para no gritar. Cosimo, a su lado, esperó pacientemente.

El mundo al revés, alcanzó a pensar Neudorf.

—Había que elegir —dijo Salomé, al fin—: Catalina o el bebé.

—¿Cómo reaccionó Juan? —preguntó el italiano.

Ella se mordió los labios. Sus ojos brillaban como un edificio en llamas.

—Espero que a lo largo de lo que me queda de vida no tenga que enfrentarme a esa decisión —masculló—. Juan trató de mantener la compostura, pero aquello era demasiado... Hasta para él. Tras un minuto en silencio, tuve que presionarle. Y, como no reaccionaba, le abofeteé. —Desvió la mirada hacia el suelo, avergonzada, tras

reconocerlo—. Tenía que tomar una decisión —se justificó en un hilo de voz.

Neudorf contó hasta cinco antes de hablar.

—¿Qué decidió Horrach? —preguntó con tiento, como con miedo a romper un equilibrio que no entendía del todo.

Salomé se limpió las lágrimas que volvían a correr por sus mejillas y se rehízo por enésima vez.

—Eligió a Catalina —masculló.

Fuera, tras las ventanas, el día se dirigía lentamente hacia el crepúsculo, llenando el despacho de sombras. Cosimo se levantó y prendió una lámpara de aceite que colgaba del techo. Los contornos se desdibujaron, oscilando a la luz temblorosa de la llama. Felipe se sintió de pronto cansado. El disparo de la cadera se le hizo incómodo. Un molesto hormigueo le recorría el brazo izquierdo.

Sacó la pipa apagada del bolsillo y la observó con tristeza. No le quedaba tabaco.

Salomé apreció el gesto.

—Creo que tengo algo que le podría servir —dijo mientras rebuscaba en los cajones de la gran mesa de caoba.

Al cabo, se alzó con dos habanos y una sonrisa aliviada.

Se alegraba de aparcar, aunque fuese por un instante, la muerte de Catalina Horrach. Se los ofreció a los dos soldados, pero Cosimo lo rechazó con elegancia.

Neudorf chasqueó una cerilla y una densa humareda los envolvió, relajando, de alguna manera, la situación.

—Eligió a Catalina —repitió la doctora, recuperando el hilo. Algo había cambiado en sus ojos. La emoción había dado paso a una pragmática resolución—. Pero era demasiado tarde —añadió—. Había dejado de respirar y cuando le volví a buscar el pulso no se lo encontré. En aquel momento, decidí salvar al bebé.

Los dos soldados se inclinaron hacia delante.

—Gracias a Dios —explicó— había cogido un bisturí. Con las tijeras, rasgué el vestido de Catalina. Los cuatro hombres que presenciaban la escena me miraron horrorizados, pero no había tiempo que perder. En aquel momento, el bebé se estaba asfixiando. Hice una incisión en la parte inferior del abdomen de Catalina, separé la carne y, cuando localicé el útero, hice otra incisión.

Cosimo la observaba petrificado. Neudorf sintió cómo la sangre le

abandonaba el rostro.

—Lerena se apartó un poco —explicó Salomé—. Martorell rezaba con ojos cerrados mientras Horrach contemplaba la escena conmocionado y Cardona contenía las arcadas. A esas alturas —matizó — todo era sangre. Introduje las manos en el vientre de Catalina para encontrar el cordón umbilical y lo seguí hasta el feto. Creo que lo primero que palpé fueron los pies. Rodeé a la criatura como pude y la extraje con cuidado, arrastrando consigo la placenta y todo el líquido amniótico.

Salomé se interrumpió un segundo. No había aprensión en ella. Narraba los hechos como si le estuviese dando una clase a unos estudiantes. Sin omitir palabra técnicas ni detalles.

—No respiraba —continuó, ajena a los dos rostros descompuestos que la observaban—. Corté el cordón umbilical y coloqué al bebé en suelo, sobre la ropa deshecha de su madre. Estaba morado y encogido. Le masajeé con suavidad el pecho durante varios minutos y le insuflé aire en los pulmones a través de la boca...

El silencio se hizo eterno. La luz vacilaba tras el cristal de las lámparas, ensombreciendo el rostro de Salomé. Neudorf mantuvo el habano inclinado, consumiéndose lentamente, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Fue Cosimo el que reunió el valor para atravesar el humo y romper aquella extraña apatía.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó sin estar convencido de querer saber la respuesta.

Salomé parpadeó en la oscuridad. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No lo consiguió.

Los dos hombres dejaron caer los hombros a la vez, abatidos. Fuera ya era de noche.

—Dejé el cadáver en los brazos de Juan Horrach, que lo observaba como si fuera una aparición, y, por puro reflejo, aunque ya no hacía falta, le cosí el vientre a Catalina. La sangre me llegaba hasta los codos. Su piel había perdido el color y se volvía rígida por momentos. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Había placidez en su expresión. Recuerdo pensar que, por lo menos, no había sufrido.

Los ojos de Salomé volvieron a brillar en la penumbra.

—Los cuatro hombres me observaron trabajar en silencio. Cubrí

como pude el cuerpo de Catalina con su ropa destrozada y le coloqué un chal sobre el rostro. Cuando terminé, Cardona se había tenido que sentar y Juan Horrach lloraba en silencio. Lerena lo observaba todo desde la distancia. Fue ahí cuando se acercó al cuerpo y extrajo del puño la nota de Babenburg.

—¿Qué pasó después? —preguntó Cosimo.

La doctora suspiró. Sus manos cambiaron de postura.

Las mismas manos, pensó Neudorf, que habían tratado de salvar a Catalina Horrach.

—Horrach le pidió a Lerena que detuviese a Babenburg y que consiguiese un carro —respondió—. Lerena se marchó y, al cabo de una hora, apareció la carreta. Cargamos los dos cuerpos entre todos... Dicen que Horrach los enterró en el bosque, detrás de su casa. Que el lugar está señalado únicamente con una cruz de madera... Y que siempre hay flores frescas a los pies de la tumba.

Cosimo se irguió en su asiento y miró a su amigo con ojos fascinados. Ninguno de los dos se había planteado la posibilidad de un embarazo. Un elemento que explicaba todo lo demás. Que, incluso, le daba una mayor complejidad al problema. Especialmente al encierro de Catalina en el Trinidad durante siete meses, antes de la boda con el conde de Algaida.

—*Mamma mia*... —acertó a decir el italiano.

Neudorf golpeó suavemente el habano con el pulgar y la ceniza cayó en el cenicero.

—No debe ser fácil rememorarlo —murmuró—. Gracias por contárnoslo... ¿Le importa que le haga algunas preguntas? —planteó con toda la delicadeza de la que fue capaz.

Salomé se dejó caer un poco en la silla y asintió.

—¿Le extrajeron las balas a Catalina?

—Yo no lo hice —afirmó—. Nadie pudo hacerlo. Su hermano la enterró esa misma noche.

—¿Realizó usted la autopsia?

—Así es —reconoció ella—. La escribí en el momento, pero no incluí el embarazo. Horrach había dejado claro que no debía quedar ninguna prueba.

—¿Pero aparecía su nombre?

Salomé lo miró sin comprender del todo, y Neudorf tuvo que explicarse.

—Vicente Lerena nos ocultó su presencia en la escena del crimen. Un par de días más tarde, cuando acudimos al cuartel para revisar la autopsia, esta había desaparecido... Ahora todo tiene sentido. Creemos que está encubriendo a Juan Horrach.

La doctora frunció el ceño.

—Hubo un momento —rememoró—, antes de la cesárea, en el que Juan Horrach fulminó con la mirada a Lerena y masculló algo así como: «Fuiste tú. Tú eres el responsable de todo esto».

—¿Cómo se lo dijo? —inquirió Felipe entrecerrando los ojos, concentrado—. ¿Cuál era el tono?

—Había rabia, odio contenido. Como si lo culpase de todo lo que había pasado.

—¿Decepción? —insistió.

—Puede ser —reconoció ella—. Había mucha tensión... Antes de subir al carro, Cardona se acercó a Juan Horrach y le susurró algo que no pude escuchar. La expresión del empresario pasó de la derrota a la indignación en un segundo. Quiso no gritar, pero no pude evitar oír la respuesta.

—¿Qué dijo? —preguntó Cosimo.

—«Ya hablaremos» —precisó Salomé.

Neudorf se llevó, reflexivo, el habano a los labios. El humo era áspero y costaba aspirarlo bien. Echaba de menos sus Moeris.

Apoyó los codos en la mesa de caoba y echó un vistazo rápido a la joven.

Toda aquella información, aunque probablemente incompleta, era esencial.

Felipe centró sus pensamientos en Lerena. Había tratado de evitar que hablasen con Salomé para proteger a Horrach.

Algo brilló en lo más recóndito de su mente.

—Durante los siete meses que Catalina estuvo confinada en el Trinidad —expuso— ¿vio usted alguna vez a Lerena?

La intensidad de aquella conversación comenzaba a afectar a Salomé. Estaba cansada y al contemplar sobre su mesa todo el trabajo que tenía pendiente soltó un largo suspiro.

—Sí, supongo que sí —admitió, exhausta—. El Trinidad está dentro de su demarcación. Los carabineros suelen pasarse por aquí cada dos semanas.

Neudorf supo que no le quedaba mucho más tiempo.

—¿Alguna vez le vio hablando con alguien en concreto?

La doctora recogió una de las cuentas que había sobre el escritorio y se enfrascó en su lectura antes de responder. Empezaba a haber distancia en sus maneras.

—Prueben con la jefa de cocineras —dijo al fin—. Aunque suene a broma, se llama Magdalena... Magdalena Pons. Ahora que lo dice, un día los descubrí cuchicheando en los fogones. Es algo mayor, pero recuerdo que pensé que el carabinero la estaba cortejando —añadió con una sonrisa triste—, y me alegré por él. Por los dos.

Sabía que rozaba el límite de su paciencia, pero necesitaba hacerle aquella última pregunta. De su respuesta dependían todas las demás.

—¿Quién cree usted que era el padre?

Al otro lado de la mesa de caoba, amparada en la sombra, Salomé dudó. Y aquella vacilación no pasó desapercibida a Neudorf.

—Siempre supuse que el bebé era de Vicente Lerena.

Neudorf recuperó el habano del cenicero —que había mantenido la brasa— y le dio otra larga calada. Un punto rojo anaranjado brilló en la incipiente oscuridad.

No dejaba de recordarse que aquella mujer, con aquel aire cercano y despreocupado que desplegaba casi sin esfuerzo, había entrado en Son Galcerán y robado las cartas de Babenburg.

Se inclinó hacia delante. Intuía que ahí había algo más.

—¿Por qué?

La doctora alzó la mirada al techo, recordando.

—Su reacción... —murmuró—. Es imposible fingir todo ese desconsuelo.

Él asintió.

Aquello era todo lo que necesitaba. Antes de que la doctora los invitase a dejarla sola, se levantó y le agradeció la conversación, mientras se reprochaba su falta de lucidez para ubicar a la doctora en la muerte de Catalina.

—Si me disculpan —añadió sin dejarles hablar a ninguno—, no he llegado a visitar a mi abuela.

Antes de que Cosimo o Salomé dijeran algo, abrió la puerta y abandonó el despacho.

Fuera hacía frío. Las velas iluminaban los pasillos de piedra del Trinidad. Neudorf ahogó un escalofrío que le recorría la espalda y

comenzó a andar para entrar en calor. El contraste con el exterior le había cogido desprevenido.

Tras dar varios pasos se dio cuenta de que aún mantenía el habano entre los dedos, y que todavía humeaba. Se detuvo en uno de los múltiples patios que horadaban la estructura del Trinidad y, en el cielo, pudo contemplar las estrellas.

Soltó el humo lentamente, sin prisa, sintiendo cómo su boca se resentía.

Había aprendido a fumar en la guerra para evitar el hambre. Para no pensar demasiado.

Para arrinconar la esperanza.

Disfrutaba de cada calada porque sabía que un día, simplemente, te quedabas sin tiempo.

Pero ahora era diferente.

En Mallorca fumaba para reflexionar. Para entender qué oscuros pretextos movían a un empresario, a un carabinero, a un contrabandista o a un conde.

O a un guardia civil.

O a una doctora.

Apagó lo que quedaba del habano en la balaustrada de piedra y lo lanzó al jardín mientras le dedicaba una última mirada al cielo estrellado.

Magdalena Pons, pronunció en voz baja.

Pero en realidad estaba pensando en Lerena. En su relación con la cocinera. En su ambiguo vínculo con el empresario.

Una nube de vaho salió de su boca.

Aún estoy vivo, se dijo, observándola. Aún sigo luchando.

Capítulo 29

Trieste, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—¿Cuántas lecciones llevamos? —preguntó Babenburg.
—Nos quedamos en la décima—respondió Neudorf—, pero llevamos muchas más.
—¿Las estás apuntando?
—Claro.
Babenburg asintió.
—Si alguien está haciendo el esfuerzo de ignorarte, no te está ignorando.

Son Galcerán, 1919

Unos rayos de luz desdibujados se colaron por la ventana, despertándole. Las nubes cubrían el cielo y hacía viento. El Mediterráneo estaba picado y las olas batían la costa con furia. En Son Galcerán se oía el rumor sordo de los embates de agua contra las rocas.

Pobres pescadores, pensó Neudorf, imaginándolos como soldados combatiendo contra un mar incansable.

Se encontró a Cosimo en el salón. Había encendido la chimenea y bebía café mientras una lluvia fina repiqueteaba en el vidrio de las ventanas.

—¿Has podido dormir? —preguntó el italiano con voz apagada.

Tenía los ojos hinchados y la manera en la que suspiraba denotaba un profundo agotamiento.

—No mucho —reconoció él.

Sabía cómo se sentían ambos. El día anterior, tras la conversación con Salomé, se había metido en la cama con la certeza de que no iba a pegar ojo. Había demasiadas piezas que encajar.

Demasiadas preguntas sin respuesta, pensó, mientras seguía el olor de café hasta la cocina, donde se encontró a María Miquela.

—¡Buenos días, señorito! —canturreó la criada.

Estaba de buen humor.

Seguramente, pensó Felipe, porque vuelve a Son Galcerán.

El día anterior la abuela Luisa había insistido en regresar a casa; y su nieto no había conseguido disuadirla.

Por lo menos, se dijo, ya tenían a los asaltantes. Era cuestión de tiempo que cometieran un error.

María Miquela preparó dos tazas de café y una pequeña jarra de leche, y colocó todo en una bandeja.

—Tiene ganas de salir del Trinidad... —susurró la mujer.

Neudorf sonrió.

—Seguro que las monjas también.

Ella soltó una carcajada cómplice, cogió la bandeja y le acompañó al salón.

—Es insufrible... —masculló María Miquela en el pasillo—, pero también es única.

Felipe asintió, pensativo. La abuela Luisa, Carmen, Salomé...

Su vida en Mallorca había transcurrido siempre acompañada por mujeres con carácter. Mujeres ajenas a las normas sociales de su tiempo. Mujeres que gestionaban patrimonios, estudiaban carreras o decidían ellas mismas su propio destino.

Mujeres que no le rinden cuentas a nadie, reflexionó Neudorf.

La luz grisácea del día le obligaba a entrecerrar los ojos. Sentía la cabeza embotada y el cuerpo agarrotado. Le dolía la espalda. Quería tumbarse, cerrar los ojos y olvidar todo aquello.

Pero no podía.

La incertidumbre, se dijo, mata más que las balas.

Nadie puede estar continuamente alerta. Necesitaban descansar.

Pero, se volvió a recordar, no podían.

Aquella inquietud venía acompañada por los ojos decepcionados de Carmen. Su último encuentro había hecho saltar todos los puentes por los aires. No esperaba verla discutiendo con Miquel Terra.

Le había podido el ímpetu, y aquello no era propio de él.

Sobre qué estarían hablando, se preguntó, mientras la criada apoyaba la bandeja con los cafés en la mesa y él se tumbaba en el sofá.

El italiano le observó a través de sus ojos entrecerrados y sonrió.

—¿Carmen? —preguntó, cuando María Miquela volvió a la cocina.

Neudorf le devolvió una mirada perpleja. Suspiró y se llevó la taza a los labios.

—No acostumbro a perder los nervios —murmuró.

—Lo sé.

Los dos soldados se quedaron callados, arropados por el crepitar del fuego. Los cuadros de Sargent los rodeaban, como recordándoles que, al final, el sol siempre salía y la belleza siempre triunfaba. Fuera, el viento agitaba con violencia las copas de los pinos.

—¿De qué crees que hablaban? —preguntó Felipe, de repente.

Cosimo se encogió de hombros, como quitándole importancia.

—Estoy seguro de que pronto lo sabrás... Ten paciencia.

Neudorf frunció los labios y cerró los ojos, rendido. Se notaba que su amigo disfrutaba con la situación. Por primera vez era él quien perdía el equilibrio.

—Ayer, Salomé, me propuso cenar.

Si le hubiesen dicho que Son Galcerán volvía a arder, Felipe no se habría levantado más rápido.

—¿Cómo?

Aunque aquello es exactamente lo que esperaba al dejarles solos, aunque no se esperaba que fuese ella la que lo propusiese.

Cosimo apoyó la taza de café en la mesa con una sonrisa esquiva en los labios.

—Ayer, cuando te fuiste, Salomé me...

—Ya lo he oído —respondió, cortante.

—¿Entonces, para qué preguntas? —exclamó el italiano, exasperado.

Neudorf ignoró su enfado.

—¿Eres consciente de que quiere sacarte información? Te recuerdo que fueron ella y Matías Posse los que pusieron Son Galcerán patas arriba.

El *maggiore* puso los ojos en blanco.

—Lo sé, Felipe. Me lo repites cada dos horas.

—¡Porque es peligrosa!

El italiano chasqueó la lengua, ignorándole.

—Por fin algo de diversión... —aseguró como para sí mismo,

mientras se levantaba del sofá y se miraba en uno de los espejos del salón—. Me tienes que dejar ropa —añadió girándose hacia Neudorf —. Algo de Babenburg. No puedo ir a una cita con semejante diosa vestido como un pordiosero.

Felipe se dejó caer en el sofá. Aquello era un caso perdido. Al lado del espejo estaban colgados los cuatro cuadros de Sargent. Cosimo comenzó a decir, por enésima vez, que los marcos eran demasiado anchos para el tamaño de los lienzos cuando Neudorf lo interrumpió.

—De todas formas —dijo—, hay algo que no termina de encajar.

Aquello captó al instante su atención.

—El qué —exigió saber.

Si aquello no hubiese sido importante, Felipe habría sonreído. A Cosimo únicamente le interesaba porque tenía que ver con Salomé.

—El embarazo de Catalina era algo que Horrach quería ocultar — explicó Neudorf—. Así que compró a todos los que estuvieron presentes en su agonía. A Lerena probablemente le amenazó con dejarle sin trabajo. Para Cardona, participaciones en sus negocios. Y a Martorell la dirección del Trinidad... ¿Qué le dio a Salomé por su silencio?

Cosimo reflexionó sobre el tema, pero se rindió.

—No lo sé —aceptó.

Neudorf se estiró en el sofá.

No quería reconocerlo, pero él tampoco lo sabía.

Dormitaron el resto de la mañana y al mediodía el viento había cesado. Las ascuas brillaban aún candentes entre las cenizas de la chimenea. María Miquela les preparó un almuerzo frugal y cuando lo terminaron, Felipe se puso en pie.

—Vamos —declaró con energía renovada.

—¿A dónde? —masculló Cosimo, malhumorado.

Neudorf analizó el cielo mientras se llevaba la pipa apagada a la boca.

—Al Trinidad, a por la abuela Luisa —explicó—. Ayer me pidió volver a casa. Además, tenemos que traer el carro. Hoy lo recogían en Son Galcerán.

La tarde olía a lluvia y a tierra mojada. Unas nubes bajas y grises —como un decorado desangelado— seguían cubriendo el cielo. Había cierta presión en el ambiente.

Aún tiene que llover más, pensó Felipe mientras acompasaba sus movimientos con los del caballo.

Le dolía el cuerpo. La humedad no sentaba bien a sus heridas, pero intentó no pensar en ello. Cruzaron los pinares, de cuyas ramas goteaba el agua como de ropa recién tendida, y llegaron al hospicio. El edificio, ya de por sí oscuro, con aquella luz se volvía amenazador. La lluvia había recluido a los niños y a las monjas en el interior, no había nadie en los jardines. Todo estaba envuelto en un inquietante silencio.

—Lo conozco como la palma de mi mano —dijo Neudorf, señalando el edificio—. Y aun así... hoy tiene algo de siniestro que me encoge el alma.

Cosimo ladeó la cabeza, arrugando sus cicatrices.

—Ya somos dos —murmuró.

Accedieron al convento y sus pasos resonaron, como siempre, en la concavidad de la piedra, magnificando su soledad.

Los pasillos estaban vacíos.

Un rumor infantil les llegó a través de las paredes y Felipe supuso que los niños jugaban en uno de los claustros.

La anciana los esperaba en una habitación medianamente caldeada por un brasero.

—Llegáis tarde —apuntó enfadada, nada más abrieron la puerta.

Estaba recostada sobre la cama. Un libro abierto reposaba sobre su estómago. Estaba perfectamente vestida y sus dos maletas esperaban al lado de la puerta. Todo estaba ya recogido.

—¿Qué habéis hecho toda la mañana? —insistió.

Su nieto sonrió con cariño.

—Holgazanear, abuela.

Ella le dirigió una mirada cargada, a medias, de amor y reproche.

—No tenía ninguna duda, Felipe. Dejando aquí a tu pobre abuela. De verdad, la juventud de hoy en día... Una guerra os haría falta para saber lo que es bueno.

Cosimo abrió los ojos, sorprendido.

—Es... exactamente donde nos conocimos —masculló—. Combatiendo en una guerra.

La anciana hizo un aspaviento, como quitándole importancia.

—Una guerra de verdad, señor Quadra. Ay, qué desperdicio de siciliano. Tan guapo, pero tan simple.

Puso los pies en el suelo y renqueó hasta las maletas, ayudándose de su bastón, pero Neudorf se adelantó y las cogió antes de que su abuela se hiciese con ellas.

—Nosotros las llevamos —dijo mientras le pasaba una a Cosimo.

Felipe evitó la sonrisa que le crecía en los labios al apreciar el visible enfado de su amigo. Seguía atrapado con lo de la guerra de verdad.

Cosimo abrió la boca para rescatar el tema, pero la anciana fue más rápida.

—¿Jugamos esta tarde a las cartas? —le preguntó.

Había desafío en sus ojos, pero también había aprecio. Una curiosa complicidad.

—Le doy la oportunidad de recuperar sus cincuenta pesetas —añadió—. Mucho *debito*, mucho *debito*, pero sigo sin verlas.

El italiano se sonrojó y comenzó a balbucear una excusa. Aquella mujer era demasiado rápida. Más, incluso, que Salomé.

—Esta tarde no, abuela —saltó Neudorf, arropando a su amigo—. Cosimo tiene una cita.

Los ojos de la anciana brillaron de emoción.

—¡Una cita! —exclamó llevándose las manos al pecho—. Es una lástima que no haya llegado cuarenta años antes, señor Quadra. Estaría cenando usted conmigo. ¿Quién es la afortunada?

El rubor del *maggiore* pasó de rojo claro a un intenso bermellón. Esta vez, ni intentó hablar. Neudorf no pudo evitar una carcajada.

—Abuela —consiguió decir entre risas—, lo estás incomodando. ¿No quieres jugar conmigo a las cartas?

Así era la relación con ella. Un continuo saltar de un tema a otro. Sin profundizar nunca del todo en uno. Era su manera de evitar las pequeñas decepciones de la vida; y él lo entendía y lo respetaba. Además, no podían contarle que la cita de Cosimo era con Salomé, la médico chueta que se había encargado de ella durante las últimas semanas.

Se inmiscuiría sin remedio, reflexionó Neudorf.

—A ti ya te conozco —replicó su abuela, rechazando su oferta de jugar a las cartas—. No es nada divertido desplumarte.

Una vez recogido todo, abandonaron la habitación.

Felipe no se sorprendió cuando descubrió a Xisca esperando en la entrada.

—¡Hola! —saludó, radiante.

Los dos soldados le devolvieron el saludo, pero la niña dio un paso hacia un lado, mirando tras ellos.

—Me alegro de que se encuentre bien, abuela Luisa —aseguró.

La anciana sonrió con ternura.

—Xisca me acompaña siempre que voy a ver a tu madre —dijo, guiñándole un ojo a Neudorf—. ¿verdad, pequeña?

La niña asintió con algo de vergüenza.

—Tenemos un trato —continuó la anciana—. Ella me acompaña y yo le enseño a leer.

—Estamos leyendo mi libro —puntualizó Xisca, con orgullo.

—¿Lo recuperaste? —preguntó Felipe.

Xisca se mordió los labios y la abuela Luisa acudió en su ayuda.

—Digamos que hubo un... trueque —explicó con picardía—. Pasteles recién horneados a cambio de un libro estropeado.

Neudorf se inclinó hacia ella, con un punto de admiración en los ojos.

De alguna manera, aquella niña no pertenecía al Trinidad. Era demasiado perspicaz para todo aquello. Xisca le devolvió una mirada profunda e inteligente, y el azul oscuro de sus ojos vibró de algo parecido a la felicidad.

—¿Cómo se llama tu libro? —le preguntó Felipe.

—La *Ilíada* —respondió, sin dudar.

Era el libro que él intuía.

—Cuéntale quién es tu personaje favorito —le animó la anciana con complicidad.

Xisca dudó e hizo un mohín con la boca, pero al final sonrió.

—Ulises.

Neudorf y su abuela intercambiaron una mirada rápida. Desde pequeño, desde que Babenburg comenzó a leerle la *Ilíada* y, posteriormente la *Odisea*, Ulises siempre había sido el héroe que más admiraba. El guerrero al que soñaba, algún día, parecerse.

—Es el más inteligente —acertó a decir.

—Y el más bueno —añadió Xisca ampliando su sonrisa.

Y era verdad.

A diferencia del resto de los héroes —por lo general, egoístas y ambiciosos—, Ulises ante todo era humano. Se preocupaba siempre por sus hombres. Reconocía sus errores y era un guerrero afable, hábil

y atento. Lo que le convertía en el mejor diplomático griego.

Iba a preguntarle a Xisca si conocía la *Odisea*, cuando Cosimo se le adelantó.

—¿Qué tal tu peonza?

Xisca escarbó en uno de sus bolsillos y la extrajo con cuidado.

—Me la intentan quitar todos los días —explicó con cautela—, pero nunca lo consiguen.

Lo dijo con algo de desafío. Sus ojos azules volvieron a vibrar.

La abuela Luisa se inclinó hacia ella.

—Ya sabes dónde hay que darles a los chicos una buena patada para que te dejen en paz... —susurró.

La niña asintió con aplomo.

—¿Te vas? —le preguntó a la anciana, recorriendo con la mirada todos los enseres que cargaban los dos hombres.

La abuela Luisa dobló las rodillas y abrazó a la niña.

—Sí, cariño... pero volveré todas las semanas. Y seguiremos visitando a Antonia juntas.

—Y leyendo —añadió Xisca.

—Eso es.

La pequeña suspiró mientras miraba al suelo. Le daba pena, pero estaba acostumbrada a que la gente se marchase. Se despidió agitando la mano y corrió por el pasillo hasta que dobló una esquina y desapareció.

Una vez Xisca se marchó, la abuela Luisa se colgó del brazo libre de Cosimo para sobrellevar aquella zozobra inesperada que les había invadido a todos.

Por cambiar de tema, trató de sonsacarle a Cosimo con quién iba a pasar la velada. El italiano acabó inventándose que era una costurera de Palma; una belleza de ojos azules que cortaba el aliento. Se cruzaron con varias monjas y todas se despidieron con afecto de la anciana. Neudorf pudo apreciar en la mirada del italiano la aprensión ante la posibilidad de encontrarse con Salomé y rezó para que no apareciese. Si la doctora interactuaba con Cosimo delante de su abuela, esta descubriría la mentira al instante.

El aire frío de la tarde les golpeó en el rostro. Se dirigieron al almacén donde habían dejado el carro y el caballo y, mientras Cosimo cargaba las maletas, él se acercó al almacén donde habían dejado el cargamento.

Todo seguía en su sitio. Intacto.

Satisfecho, Neudorf ayudó a acomodar a la anciana en la parte de atrás.

—Toda la vida cuidándote —se quejó— para que ahora me lleves de vuelta a casa como un saco de patatas.

Cosimo levantó las cejas y no dijo nada.

Los dos soldados se auparon al pescante y el italiano hizo restallar las riendas sobre el caballo. El carro cogió inercia y salieron del Trinidad a buen paso. Felipe se giraba de vez en cuando para contemplar a su abuela.

La anciana se mecía encajonada entre sus dos maletas con los ojos cerrados. Respiraba profundamente por la nariz, deleitándose con el olor a pino y a resina. Una amplia sonrisa magnificaba su serenidad. Estaba contenta de abandonar el hospicio y volver a casa.

—Echo de menos el mar —admitió, de pronto.

Ninguno de los dos dijo nada.

Intuían que era un pensamiento formulado en voz alta, más que un intento de conversación. Y Neudorf lo entendía. No podía explicarlo, pero lejos del mar se sentía vacío. Su alma languidecía sin la contemplación de su vasto horizonte. Sin el misterio de la lejanía.

En Austria, en el frente interior, sentía la distancia que lo separaba del mar. Por eso, en sus días de permiso, viajaba con Babenburg a Trieste, una de las bases principales de la Kriegsmarine en el Mediterráneo.

Aquella querencia le había salvado la vida.

Finalizaban la ascensión de la última cuesta antes de llegar a Son Galcerán cuando divisaron una figura apoyada en el muro de piedra, justo al lado de la entrada. Cosimo se irguió, tenso, y Neudorf introdujo la mano en el abrigo y palpó la culata de su Colt.

Hoy no, por Dios, pensó. No con mi abuela delante.

Tardaron una eternidad en recorrer los doscientos metros que los separaban de la entrada a la casa. Cuando estuvieron cerca, Felipe reconoció la complexión del hombre que los aguardaba y sacó la mano del bolsillo. No iba a necesitar la pistola. La anciana percibió la tensión y se incorporó a duras penas, tratando de entender qué pasaba.

Una sonrisa taimada la esperaba al lado de la entrada a Son Galcerán.

—Buenas tardes, madre —dijo Luis Fornés.

La abuela Luisa lo contempló sin reaccionar. Como si no creyese del todo lo que veían sus ojos. Su hijo llevaba el pelo anudado en la nuca. Vestía con sencillez, con ropa buena, pero gastada. Estaba recién afeitado, como si supiese que era lo primero en lo que ella se iba a fijar. Su mirada era tranquila y dispuesta. La abuela Luisa frunció los labios y tardó varios segundos en responder.

—Ayúdame a bajar —exigió.

El contrabandista dio unos pasos hacia delante, se encaramó al carro con habilidad y la cogió entre sus brazos con firmeza, pero también con cierta dulzura. Y, una vez en el suelo, la anciana recuperó su bastón y se miraron a los ojos.

Fornés fue el primero en romper el silencio.

—Me alegro de que esté bien —murmuró, con los ojos encendidos.

Y la frase sonó sincera.

La anciana chasqueó la lengua y agitó la mano.

—Mala hierba nunca muere —dijo con fingida indiferencia—. Muchos sostienen que fuiste tú el que provocó el incendio.

Lo dijo con dureza, clavándole los ojos, intentando descubrir en su reacción si había algo de verdad en aquello. La sonrisa de Fornés creció, atravesándole la cara como el brochazo de un pintor.

—He hecho muchas cosas —confesó mientras se encogía de hombros— y soy capaz de muchas más... Pero jamás prendería fuego a esta casa —añadió mientras señalaba con el mentón a Son Galcerán— ni dejaría que nadie le hiciera daño a mi madre. Soy un pirata... no un animal.

Así se había definido siempre, pensó su sobrino. Como un pirata. Un corsario que no aceptaba las leyes mundanas de los hombres. Tenía un barco, una guitarra y una amante; un trabajo por el que no rendía cuentas a nadie; y su libertad.

Y todo aquello era más que suficiente.

La abuela Luisa asintió, como aprobando lo que acababa de oír.

Todos los presentes estaban de acuerdo en que Luis Fornés no había incendiado Son Galcerán.

La anciana avanzó con cautela hacia su hijo y, de repente, le rodeó con los brazos. Fornés dio un respingo, pero, superada la sorpresa, le devolvió el abrazo, hundiendo el rostro en su cuello.

Aferrándola con fuerza.

Cuando se separaron, a ambos les brillaban los ojos. Así se perdonaban los mallorquines: con un gesto y sin palabras.

La abuela Luisa se cogió del brazo de Cosimo y él la ayudó a subir por las escaleras de las Monedas. Neudorf y Fornés se quedaron solos y el contrabandista sonrió de nuevo. Aquella tarde estaba feliz; se le notaba. Se acercó a los dos caballos de Ausias May —que esperaban pacientemente atados en la parte trasera del carro— y le acarició el cuello a uno de ellos.

—¿Qué tal se están portando? —preguntó.

Felipe ladeó la cabeza. Se imaginaba la conversación que venía a continuación.

—Son animales nobles.

—Más que los hombres —añadió su tío, pensativo.

El recuerdo de Levi apareció en la mente de Neudorf. Aquella traición le removía las entrañas, pero había tomado una decisión.

—Un mercante francés atracado en Palma —declaró—. El trigo está en la bodega. En sacos de arpillera. Hará la travesía, de noche, dentro de dos días.

El rostro de Fornés había cambiado. Su sonrisa sincera dio paso a una peligrosa concentración.

—¿Puerto de Valldemossa? —preguntó.

Neudorf asintió.

—El capitán ya está engrasado.

Su tío cambió el peso de pierna y le puso la mano en el hombro. Le sacaba casi una cabeza a su sobrino.

—No te arrepentirás —le aseguró—. Quedaos con los caballos. Son un regalo del señor May. Cuando todo esto acabe, le gustaría hablar contigo.

Felipe asintió sin saber qué añadir. Sentía una profunda tristeza en el pecho, pero no podía exteriorizarla.

Fornés se retiró unos pasos, ajeno a la zozobra de su sobrino, y contempló Son Galcerán. Exhaló un suspiro cansado y después volvió a mirar a Neudorf. Por primera vez en mucho tiempo, el afecto había vuelto a sus ojos.

—No debería decirte esto... —comenzó—. La amante de May es la que está detrás del tesoro de Babenburg. He oído que os estáis viendo mucho... Ve con cuidado.

Neudorf sacó su pipa apagada y mordió la boquilla.

Parecía un gesto despreocupado, pero, en realidad, estaba tratando de ocultar su conmoción.

Había descuidado el razonamiento más elemental.

Salomé Martí era la amante de Ausias May.

—No te preocupes —logró articular.

Su tío cabeceó complacido, se dio la vuelta y desapareció en el bosque.

Neudorf se apoyó contra la pared.

Hasta aquel momento, había asumido que Salomé y Posse actuaban por su cuenta para encontrar el supuesto tesoro de Babenburg. El hecho de que la doctora fuese la amante de May, implicaba directamente al contrabandista.

Llenó la pipa de tabaco y prendió una cerilla. Aspiró el humo con fruición y al cabo de un minuto había conseguido calmarse.

Estaba terminando de subir los peldaños de las Monedas cuando la puerta principal se abrió y apareció Cosimo. Llevaba, por primera vez desde que lo conocía, fijador para el cabello. Vestía una americana verde que había pertenecido a Babenburg, camisa azul y pantalones de pinzas beige. Se había afeitado con prisa y varios puntos rojos, de sangre reciente, adornaban su cuello. A pesar de todo, nunca lo había visto tan elegante. Sus ojos azules revelaban un brillo nervioso y emocionado, apenas contenido.

—Perdona, Felipe —se excusó atropelladamente, mientras bajaba las escaleras—. Llego tarde.

La abuela Luisa apareció a su espalda.

—¡Aparta que llega tarde!

Neudorf se hizo a un lado y comprobó la hora en el reloj de pared de la entrada. Las manecillas marcaban las seis y cuarto. Contempló el cielo y apreció que empezaba a oscurecer. Acompañó al italiano a las cuadras y lo ayudó a preparar su caballo blanco.

—Cosimo... —susurró.

Pero el otro no le escuchaba.

—¡No cabalgue o acabará cubierto de polvo! —exclamó la anciana desde la entrada—. Recoja flores por el camino. Escuche más y hable menos. ¡No intente besarla el primer día!

Los dos soldados se quedaron mirando a la mujer sin saber qué decir. La abuela Luisa se encogió de hombros, ignorando su estupor y

se adentró en la casa.

—Hombres... —se la escuchó mascullar—. No tienen ni idea de nada.

El italiano montó e hizo caracolear al caballo.

—¡Deséame suerte! —exclamó desde la altura.

Había ansiedad en sus ojos y Neudorf supo que no iba a escucharle.

Además, pensó, el hecho de que lo supiese podía estropearlo todo.

—Ten cuidado —declaró.

Cosimo se despidió con un gesto de cabeza y descendió la cuesta hacia la salida de la finca. Una nube de polvo envolvió, en la distancia, su figura.

A pesar de la advertencia, el italiano estaba cabalgando.

Tras guarecer el carro en las cuadras, Neudorf entró en Son Galcerán, encendió la chimenea y se dejó caer en el mismo sofá donde había conversado con su amigo aquella mañana.

No podía parar de pensar en el hecho de que Salomé fuese la amante de Ausias May. La cita con Cosimo era más peligrosa de lo que en un principio parecía. Se planteó seguirles, pero supo que aquello era una idea terrible.

Lo único que podía hacer era revolverse en el sofá, inquieto, mientras le daba furiosas caladas a su pipa.

La abuela Luisa, enfrente, no había tardado en encontrar sus útiles de hacer punto y se afanaba con las agujas, en silencio, en lo que parecía un pequeño jersey de lana.

—Para mis bisnietos —dijo de pronto.

Neudorf la miró sin entender del todo y la anciana puso los ojos en blanco.

—En esta casa hay que explicarlo todo —se lamentó—. ¡Para tus hijos, Felipe! Que Son Galcerán es muy grande y está muy vacía. ¿No hay ninguna mujer en tu vida? ¿Qué fue de aquella muchacha, la hija del marino?

Sorprendido con la guardia baja, esta vez fue Neudorf el que se sonrojó. Balbuceó cualquier excusa y, sin saber bien qué hacía, se levantó y se dirigió a la librería de Babenburg.

—Nunca entendí esos marcos tan grandes —murmuró ella a su espalda.

Neudorf se giró, sorprendido.

La abuela Luisa se refería a los cuatro cuadros de Sargent que custodiaban el salón como pequeñas ventanas al mar.

Tanto su abuela como Cosimo tenían razón.

Los marcos eran tan anchos que empequeñecían el lienzo. Eran grandes, antiguos y demasiado elaborados. Su pesadez contrastaba con los finos trazos del pintor americano.

Felipe sonrió.

Le gustaban aquellos cuadros. Le recordaban al mar y a Babenburg. A todas las cosas que estamos destinados a perder y a recordar.

De pronto, recordó algo y abrió el segundo cajón de una de las dos cómodas que flanqueaban el salón. En una esquina, ya abierta y algo abollada, le esperaba pacientemente la última caja de Moeris. La guardó ahí el primer día que volvió a entrar en Son Galcerán y lo había olvidado.

Acepta las cosas a las que el destino te ata, se dijo Neudorf, mientras manoseaba con emoción contenida la pequeña caja negra.

Empezaba a entender la obsesión de Babenburg con Marco Aurelio.

Dejó en el cajón la pipa de madera —en algún momento tendría que volver a ella— y se encendió un cigarrillo.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó lentamente el humo, deleitándose en el peculiar sabor del tabaco egipcio, concentrado en la maniobra de llenarse para después dejar marchar.

Había una última pregunta que lo acechaba como un lobo. Lo llevaba haciendo desde hace tiempo.

—¿Dónde enterraron a Catalina? —preguntó de repente.

La anciana interrumpió su labor y emitió un suspiro cansado.

—Detrás de la casa de Juan Horrach hay un pequeño bosque de eucaliptos. Si lo atraviesas, llegas a una colina no muy escarpada. Al final, hay un pequeño promontorio de piedra desde donde se contempla toda la Tramontana. Es un lugar solitario y precioso. La tumba está señalada con una cruz de madera... Sin nombre.

El fuego comenzaba a caldear la estancia y, a pesar de los techos altos y los grandes ventanales al Mediterráneo, se estaba bien en el salón. Dejó los cuadros a su izquierda y encaró la biblioteca. De pie frente a los libros, Neudorf repasó los títulos que resonaban en su

memoria como un lejano redoble de tambor. Se detuvo frente a un tomo manoseado y reconoció las letras doradas.

Meditaciones, leyó. De Marco Aurelio. El emperador filósofo.

La pérdida, recordó, no es otra cosa que una transformación.

En el ocaso de su vida, Babenburg estuvo obsesionado con él.

Cuántos errores habría evitado, solía decir, si lo hubiera descubierto antes.

Acarició el libro, lo extrajo de la librería y volvió a tumbarse en el sofá frente a su abuela, que esta vez decidió ignorarle. Ambos echaban de menos a Babenburg, pero ninguno tenía el valor de verbalizarlo. En aquel mismo salón el noble austriaco, con su eterno habano entre los dedos —ahumándolo todo—, pontificaba sobre el bien y el mal; sobre la belleza o sobre cómo se repite la historia.

Una vez, un joven Felipe de seis o siete años rompió uno de los grandes ventanales que ahora les resguardaban del viento. Al descubrirlo, su padrino comprobó que no estaba herido y le pidió que le ayudase a recoger los cristales. Cuando terminaron Neudorf le preguntó si no estaba enfadado. A lo que él respondió con una gran carcajada: —He cambiado unos cristales rotos por este recuerdo. Contemplarás este ventanal dentro de muchos años... y pensarás en mí cuando ya no esté.

Fue el 24 de octubre de 1918 cuando los italianos lanzaron la ofensiva. El Ejército austrohúngaro estaba agotado. No había una retaguardia sólida, faltaba material y la moral estaba por los suelos.

De los ochocientos hombres que componían inicialmente el 9.º Regimiento de Húsares, apenas quedaban ciento cincuenta. El resto estaban muertos, heridos o capturados.

Les encomendaron proteger uno de los flancos más castigados pero la caballería no podía operar bien bajo los bombardeos, por lo que Babenburg ordenó replegarse. Cuando llegaron al lago de la Santa Croce, se dieron cuenta de que estaban rodeados. La infantería italiana había superado la línea de defensa de los Alpes, y acudía al combate por la retaguardia.

No había escapatoria.

—Habrá que abrirse paso —masculló Babenburg, evaluando el ánimo de sus hombres.

—Va a ser complicado —observó Neudorf.

Los italianos habían descubierto al regimiento y maniobraban

hacia ellos.

—¿Estás conmigo? —le preguntó su padrino.

Neudorf le devolvió una sonrisa cansada pero dispuesta.

—Hasta el final.

Babenburg se giró para mirar a sus hombres y les soltó una arenga corta pero efectiva: si querían volver a ver a sus familias, tenían que atravesar el bosque de bayonetas que se les venía encima. Después de lo de Caporetto, no podían esperar ningún tipo de clemencia.

Los húsares formaron una línea con sus caballos, cargaron sus armas y desenvainaron los sables.

—*Für Kaiser und Reich!* —exclamaron.

Por el emperador y el imperio, recordó Neudorf.

Pretendían darse ánimos con aquella soflama, pero estaban demasiado cansados. La vuelta a casa se les antojaba lejana; y la muerte era un trámite que acabaría, por fin, con la violencia y las penurias de los últimos cinco años.

Aun así, cargaron con fuerza. Y todo ocurrió demasiado deprisa.

Neudorf nunca supo cuánto duró la refriega.

Cuando quiso darse cuenta, las tripas dejarretadas de los caballos cubrían la hierba de vísceras y sangre, mientras proferían relinchos agónicos. El aire olía a hierro, pólvora y muerte. Varios cuerpos de húsares destrozados por las balas alfombraban la ribera del lago mientras los cada vez menos supervivientes soltaban sablazos y disparaban para abrirse paso y poder huir.

No había compasión. Y nadie se rendía.

Babenburg estaba en el suelo. Dos disparos le habían alcanzado en el estómago; y otro le había arrancado el pómulo. Neudorf estaba a su lado con un tajo en la sien y un brazo izquierdo roto.

—Aguanta —le susurró a su padrino y este esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Vete —dijo al fin—. Escapa.

Dos italianos surgieron del humo y cargaron con sus bayonetas. Neudorf se incorporó para combatirlos, pero una silueta se deslizó con rapidez entre ellos y les cortó el cuello con dos gestos rápidos y precisos.

Neudorf bajó el brazo sin entender del todo.

El *ardito*, el coloso rubio que Babenburg había liberado en

Caporetto, trató de levantar a Neudorf, pero él se negó.

—¡Vete! —exclamó Babenburg.

—No sin usted —farfulló Neudorf, con lágrimas de impotencia en los ojos.

Babenburg le cogió la mano y lo miró a los ojos.

—Felipe... ¡Mírame! —masculló con los dientes apretados por el dolor—. En la vida hay que aceptar las derrotas. —El otro le devolvió una mirada desvalida—. Ha sido un honor... —murmuró el austriaco entre jadeos—. Siempre estaré a tu lado.

El *ardito* le puso la mano en el hombro.

—*Dobbiamo partire*.

Aquello no era una sugerencia. Neudorf parpadeó dos veces antes de advertir que la batalla estaba perdida. Ya no quedaban húsares peleando y los italianos se rehacían. Era cuestión de segundos que fueran a por ellos. Con los ojos anegados en lágrimas soltó la mano de su padrino y el *ardito* lo ayudó a montar en el único caballo que quedaba en pie.

Antes de abandonar el valle, pudo ver, entre el humo que cubría la explanada, cómo los soldados rodeaban a su padrino y hundían en su cuerpo sus afiladas bayonetas.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Babenburg tenía razón.

La pérdida instruye. Enseña a apretar los dientes y a continuar.

Todo ocurre por alguna razón, se dijo, embargado por la tristeza.

Y, mientras tanto, la muerte pasa a través de todo: días, muebles, cuadros, cartas, engaños, nostalgias y naufragios.

Ensartando la vida.

Guiándonos silenciosamente hacia la eternidad.

Capítulo 30

Trieste, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1916

—No escuches para responder. Escucha para entender.

Sierra de la Tramontana, 1919

La claridad incipiente del amanecer descubrió a Neudorf a lomos de Janto. Ahora que Ausias May se los había regalado, había sentido la necesidad de ponerles nombre. Janto y Balio habían sido los caballos que acompañaron a Aquiles en la guerra de Troya. Janto era el negro y Balio, el blanco. Lo consideró apropiado por los colores y porque ambos los acompañaban —a él y a Cosimo— en otra guerra, aunque no fuese a campo abierto.

Se dirigían al Trinidad. Tenían que hablar con Magdalena Pons, la jefa de cocinas. Y sabían que el mejor momento era por la mañana, de madrugada.

Ninguno de los dos había descansado bien la noche anterior.

Cosimo dormitaba a su lado, meciéndose sobre Balio. La cita con Salomé había durado mucho más de lo esperado y había regresado a Son Galcerán borracho, triste y deslumbrado.

—¿Por qué se ha quedado en Mallorca? —le preguntó la doctora.

Habían pasado ya dos horas desde que Cosimo había recogido a la doctora en el Trinidad y habían montado juntos hasta una bodega a las afueras de Valldemossa.

El local tenía seis o siete mesas de madera maciza. Las paredes eran de piedra desgastada y los techos bajos, con vigas a la vista. Olía a tierra, a roble y a uva. Las velas creaban un ambiente íntimo y acogedor que invitaba a los susurros y a las confidencias.

El bodeguero les había servido ya dos jarras de vino que desaparecieron sin que ninguno de los dos se diese cuenta. Evitaron el

tema de la guerra y habían hablado desde la infancia de Cosimo en Sicilia y los estudios de Salomé en Barcelona, a la importancia de vivir frente al mar. Los dos tenían la mirada embriagada y, conforme pasaba la noche, se iban inclinando el uno hacia al otro como troncos de bambú.

La pregunta de Salomé rompió un poco el equilibrio; y Cosimo se tuvo que recordar varias veces que estaba sentado enfrente de la mujer que había robado las cartas de Babenburg y asaltado Son Galcerán.

Para ganar tiempo, le dio un sorbo al vaso de vino, pero cuando lo dejó en la mesa, los ojos azules de ella lo estaban esperando.

El italiano carraspeó.

—No lo sé... —reconoció—. Al principio me quedé porque no quería volver a Sicilia. Ahora... Ahora, simplemente, no me quiero marchar.

Salomé entrecerró los ojos.

—¿No quería volver a casa?

Él se encogió de hombros.

—A veces no hay un lugar al que regresar.

La frase sonó más triste de lo que pretendía. Y el hecho de decirlo en voz alta, enfrente de una mujer hermosa, hizo que la nostalgia que llevaba evitando todas aquellas semanas le explotase en el pecho como una carga de profundidad.

Ella extendió la mano por encima de la mesa y la colocó sobre la de Cosimo. Los dos se quedaron en silencio unos segundos, hasta que el italiano se recordó por qué estaba allí.

—¿Le gusta trabajar en el Trinidad? —preguntó, por cambiar de tema.

Salomé apreció el tono y retiró la mano con delicadeza, observándolo como a un animal salvaje al que hay que darle su espacio.

—Mi padre también era doctor —explicó—. Antes de mudarse a Barcelona, pasó gran parte de su vida en el hospicio. Vivió de primera mano su decadencia... Siempre dice que la mejor escuela para un médico es un hospital sin recursos.

Cosimo vio la oportunidad y no la desaprovechó.

—¿A pesar de las horas intempestivas?

Salomé lo miró sin entender.

—La fiesta de los Sureda, en la Cartuja —explicó el italiano—. Se tuvo que ir por una urgencia.

Observó su reacción como un león agazapado en la sabana.

—¡Ah! Sí... —recordó ella—. Una pulmonía.

—¿De quién?

La doctora esbozó una sonrisa extrañada. Las mejillas de Cosimo empezaron a arder.

—¿Por qué tanto interés? —le preguntó.

En su sonrisa había algo de luz, pero también algo de misterio. El soldado se llevó el vaso de vino a los labios por segunda vez para ocultar su zozobra.

—Me habría gustado que se quedara más tiempo.

Y, mientras lo decía, supo que aquello no era del todo mentira.

La afirmación arrancó una sonrisa amarga a la joven que no le pasó desapercibida.

—Siento si la he ofendido —se apresuró a decir.

A pesar de su experiencia con las mujeres, por primera vez en su vida, se sentía torpe. Le importaba la opinión de la persona que tenía sentada enfrente. La seducción inicial había dado paso a una intimidad a la que no estaba acostumbrado. Le gustaba y le aterraba al mismo tiempo.

Salomé sacudió ligeramente la cabeza.

—A mí también me habría gustado quedarme...

El vértigo no consiguió que Cosimo olvidara su experiencia.

—¿Pero?

Ella hizo un pequeño mohín, parpadeó y le clavó su mirada, y él sintió que alguien le había puesto la zancadilla al tiempo.

—He estado viéndome con alguien hasta hace poco.

El italiano recordó el comentario de la monja el primer día que llegaron al Trinidad. «Demasiado libertina», había dicho.

—¿Un hombre influyente?

La doctora ladeó la cabeza y el siciliano estuvo a punto de tirar el vaso de vino.

Le contó las quejas de la religiosa y, contra todo pronóstico, Salomé soltó una carcajada. Su risa era como un baño en el mar en agosto.

—Es imposible tener secretos en esta isla... —dijo como para sí misma.

Cosimo no tuvo más remedio que recuperar el aplomo.

En cualquier otra situación, con cualquier otra mujer, jamás habría dicho eso. Habría hecho hincapié en lo agradable de aquella cena, en la predisposición que tiene el ser humano para vivir y olvidar, en la noche perfecta que hacía para besarse.

Pero no dijo eso.

Aunque sabía que se estaba perdiendo en un bosque que no conocía, quería que ella lo viese sin ningún artificio.

—Siento la indiscreción —afirmó.

Los ojos de la joven titilaron como dos estrellas solitarias en la oscuridad de la noche.

—No debe sentir nada —dijo, sonriente—. Lo único que tenemos es el presente.

El tono era conciliador, pero el comentario tuvo el efecto contrario en él.

Sabía que iba a dinamitar aquella intimidad que habían cimentado a base de vino y confidencias, pero había acudido a aquella cena para hacer exactamente eso.

El amor, o lo que diablos fuese aquello, podía esperar.

—Antes, cuando nos contó lo de Catalina... —comenzó—. Parece que Horrach compró el silencio de todos los que estuvieron presentes.

La sonrisa de Salomé dio paso a la sorpresa y, después, como si se hubiese puesto una máscara, a una rutilante seriedad. Se notaba que no quería caer en la indignación, pero que lo estaba consiguiendo a duras penas.

—Por favor —pidió con calma—. No quiero hablar de eso... No ahora.

Pero además de todo lo anterior, Cosimo había percibido algo más. Algo que había visto en la expresión de los soldados austriacos cuando su escuadrón caía sobre sus trincheras.

En el azul claro de los ojos de Salomé había miedo.

Tenía la certeza. Solo le faltaba la estocada.

—¿A usted no le ofreció nada?

Sabía cómo iba a acabar todo aquello.

La doctora alzó el mentón y dejó escapar el aire por la nariz, como si, de pronto, se hubiese dado cuenta de que estaba sentada frente a un desconocido.

—Una curiosa manera de terminar una cena, señor Quadra —

murmuró, desafiante—. No. El señor Horrach no me ofreció nada... Y, de todas formas, jamás lo habría aceptado. —Cosimo pensó en decir algo, pero ella aún no había terminado—. Mañana he de madrugar —anunció, levantándose—. Mi casa está aquí al lado. Me vendrá bien caminar sola. Buenas noches.

El italiano empezó a farfullar una disculpa, pero cuando se dio cuenta, Salomé ya estaba saliendo por la puerta. Tras la barra, el bodeguero le dirigió una mirada decepcionada.

El frío de la mañana les mordía la piel. Neudorf no había dormido bien. Había soñado con el parto de Catalina y con todas las posibilidades que rodeaban su asesinato en aquel estado. Le dolía el estómago y la cabeza le daba vueltas.

Lo único que le obligó a rehacerse fue la expresión de su amigo. Habían desayunado y ensillado los caballos en silencio. Abandonaron Son Galcerán aún de noche y no fue hasta que el cielo empezó a clarear cuando el italiano rompió su mutismo.

—No creí que fuera a ser tan difícil... —dijo, taciturno.

Felipe no añadió nada. Solo esperó.

Cosimo se irguió en la silla y se mordió los labios.

—Creo que Salomé es la amante de Ausias May.

Neudorf lo miró, admirado.

El italiano solo sabía que Ausias May tenía una amante y que era peligrosa. Tras una noche a solas con la joven, había averiguado la verdad.

Felipe le contó la conversación con su tío del día anterior.

—Horrach compró a todos los presentes —concluyó—. Salomé no debe de ser una excepción.

Cosimo se permitió una sonrisa abatida.

—No sé exactamente qué es — murmuró —, pero oculta algo.

Neudorf sintió cómo se le encogía el estómago. Jamás había visto aquella melancolía en los ojos de su compañero. Aquella desesperación.

Este chasqueó la lengua.

—Aun así...

—¿Qué? —insistió Felipe.

El italiano alzó la mirada al cielo. El aire que salía de sus pulmones se convirtió en vaho.

—No la imagino haciendo todo eso.

Neudorf pensó en encenderse un Moeris, pero era demasiado pronto.

No se puede forzar más la situación, decidió en aquel instante.

Salomé era la antítesis de Cosimo.

Y, sin embargo, pensó Neudorf, había algo ahí: una chispa entre la doctora judía y el *maggiore* siciliano que lo cambiaba todo.

El amor, el de verdad, siempre encontraba el camino de vuelta. La manera de solucionar las cosas; de salvar los obstáculos.

O eso espero, reflexionó, pensando inevitablemente en Carmen.

—Confía en el destino —dijo con renovado optimismo—. Todo saldrá bien.

La esperanza brilló al final de los ojos de Cosimo. Felipe le dio dos golpes suaves en el muslo y el italiano, más animado, esbozo media sonrisa.

—Hoy te necesito dispuesto y concentrado —añadió.

Se dirigían al Trinidad para hablar con Magdalena Pons, la jefa de las cocineras. Salomé le había recomendado a Cosimo llegar antes del alba, cuando el antiguo convento se desperezaba como un animal dormido y daba sus primeros pasos hacia el día que comenzaba.

Hay algo más, se dijo Neudorf. Lo sentía en las manos. Se lo decía su instinto.

Había algo más.

Algo oscuro y siniestro esperando el momento propicio para ser revelado.

Capítulo 31

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —El dinero es una trampa, Felipe. Nunca nada es suficiente. El ser humano es avaricioso por naturaleza. Siempre quiere más. Solo la austeridad puede librarte del tormento.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Magdalena Pons era, contra todo pronóstico, espigada como un tallo de bambú. Tenía una mirada afilada y sus ojos negros parecían ver dentro de las personas. Sus labios eran finos como una espada y una gran verruga oscilaba de lado a lado, como un barco, apostada en la comisura derecha de la boca. Vigilaba las cocinas del Trinidad como un general supervisa su ejército antes de una batalla: buscando el desorden. Sus empleadas —conscientes de la atención— se afanaban en desplumar pollos y trocear hortalizas a velocidades imposibles. A pesar de lo temprano del día, ya había movimiento: las ollas bullían y los cubiertos entrechocaban entre sí. Olía a caldo de pescado y a especias. Fuera, el cielo clareaba, pero las cocinas, ubicadas en uno de los sótanos del convento, aún seguían sumidas en una apacible oscuridad.

La actitud de Magdalena era relajada. Como si hubiese descubierto que aquel trabajo era únicamente eso: un trabajo.

Estaba sentada en un taburete, inclinada sobre un cubo donde caía la piel de las patatas que iba pelando. Sus movimientos eran mecánicos y precisos. Hablaba sin casi prestar atención al cuchillo. Los dos hombres escuchaban con atención, mientras la cocinera les contaba que no siempre había desplegado aquella tranquila actitud.

—Antes vivía angustiada —explicó—. Todo el día pendiente de lo que podía salir mal. Estaba siempre de mal humor. Hace un año

comenzaron los vahídos, las faltas de aire... La doctora Martí, Salomé, me recomendó evitar la tensión. —Neudorf apreció cómo Cosimo se revolvía al escuchar su nombre—. Al principio, la ignoré —continuó Magdalena—. Pero un día perdí el conocimiento en la despensa. Gracias a Dios —añadió persignándose— no me golpeé la cabeza. —Lo dijo mirando al cielo, como buscando la confirmación de que aquello había sido un milagro—. Desde entonces, bajé el ritmo —concluyó—. Exijo eficiencia... pero evito agobiarme.

Mientras sus manos, tranquilas, pelaban una a una las patatas, sus ojos negros contenían el impulso de quien ha renunciado a su verdadera naturaleza. Aquella mujer, alta y espigada, era puro nervio reprimido. Un dique que soportaba, a duras penas, una tempestad.

Neudorf decidió ir al grano. La cocinera podía soportarlo. Sacó la fotografía que llevaba siempre consigo y se la enseñó.

—¿Conoció a Catalina Horrach? —preguntó a bocajarro.

Los labios de Magdalena se hicieron aún más finos, hasta casi desaparecer.

—Claro —respondió, prudente.

Dos mujeres —las más cercanas— se miraron inquietas, sin dejar de remover el caldo. Ella les dirigió una mirada cansada. Sabía que todo aquello iba a desencadenar mil rumores.

—Aquí hace demasiado ruido —dijo tras un suspiro—. ¿Les importa que busquemos un lugar más tranquilo?

Los soldados la siguieron a través de varios pasillos hasta llegar a una gran despensa. Dos cerdos, abiertos en canal, colgaban de una viga. No había ventanas, pero hacía un frío húmedo que traspasaba la piel. Cosimo se estremeció.

Magdalena se sentó en una caja y ellos la imitaron. Neudorf trató de vencer a la tentación, pero, finalmente, sacó uno de sus últimos Moeris y se lo colocó en los labios. Le preguntó si podía fumar y, tras su confirmación, se lo encendió.

—Era una mujer complicada.

La cocinera no quería perder el tiempo.

No está incómoda, pensó Felipe. Pero quiere acabar cuanto antes.

—Llegó al Trinidad de noche —comenzó—. La acompañaban su hermano y dos personas más. La traían claramente a la fuerza. Lo sé porque me despertaron sus gritos —explicó mientras se pasaba la mano por la boca—. La encerraron en uno de los cuartos de la tercera

planta. Solo podía salir dos veces al día. Al amanecer y al anochecer, pero nadie la veía. Aquí, en la cocina, preparábamos comida y cena especialmente para ella.

Se interrumpió un segundo y se miró las manos, como si echasen de menos el ritmo de pelar patatas mientras ella hablaba.

—Sé que no era una chica ejemplar —concluyó—. Toda la isla lo sabía. Pero no sé qué tuvo que hacer para que la tratasen de aquella manera.

Comprometerse con un conde, pensó Neudorf, y quedarse embarazada de otro hombre.

Pero no dijo nada.

—¿Y Margalida Basabe? —preguntó con calma, tras darle una calada al Moeris.

Magdalena arrugó la nariz.

—Vino después —declaró—. A los dos meses. Unas monjas comentaron que Catalina languidecía como un animal enjaulado. Que no comía ni hablaba y que necesitaba compañía. A Margalida la vi solo un par de veces. Era una mujer apacible, pero triste. Derrotada. Creo que su marido era pescador y desapareció en el mar.

La cocinera era concisa. No dudaba. Como si hubiera planeado de antemano todas aquellas respuestas.

Neudorf esperó, aunque ella no añadió nada más. El italiano le dirigió una mirada contemplativa, como diciendo, y ahora qué. Pero Felipe, al contrario que la cocinera, no tenía prisa. Había aprendido a esperar. A tomarse su tiempo. Apoyó la espalda contra la pared de piedra de la despensa y sintió cómo el frío desequilibraba su temperatura. Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró el humo.

—Imagino que durante aquellos meses conoció usted a Mateo de Babenburg —aventuró.

Magdalena le sostuvo la mirada.

—Sabía quién era —respondió.

Otra vez aquella prudencia. Aquella afirmación a medias como una puerta entornada.

—Era mi padrino —explicó él—. Combatí junto a él durante cuatro años en la Gran Guerra y salvó la vida de Cosimo —añadió, señalando a italiano con la cabeza.

Quería enfrentarla a la evidencia. Que fuese ella quien completase la historia de Catalina. Pero la cocinera controló, una vez

más, los tiempos; enrocándose como una serpiente en una cautela a medio camino entre la altivez y el desafío.

—Lamento su pérdida —murmuró, estoica—. Debió de ser un gran hombre.

Sus profundos ojos negros vibraban. Neudorf la observó admirado. Consciente de que aquella capacidad de autocontrol era inusual y peligrosa. No le quedaba más remedio que el salto al vacío.

—Magdalena... —murmuró con voz suave—. Sabemos que Babenburg y Catalina estuvieron en contacto en el Trinidad. Por eso se le acusa de su asesinato. —La cocinera abrió la boca, pero no dijo nada. Él continuó—: No creo que mi padrino la matase. Tan solo queremos entender cómo fueron los últimos días de Catalina. Comprender quién pudo hacer lo que hizo.

Al terminar la frase, se llevó el Moeris a la boca y le dio una última calada antes de lanzarlo al suelo y apagarlo con la suela del zapato. A pesar de lo mecánico del movimiento, siempre lo hacía con tristeza, sintiendo que, cada vez que uno de aquellos cigarros se consumía, dejaba atrás algo de su pasado.

Algo de Babenburg, reflexionó.

Fumaba por su culpa. Él le introdujo en el tabaco cuando empezó la guerra. Calmaba los nervios y permitía pensar. Tomarse cierto tiempo antes de hablar.

A Felipe no le gustaban los habanos —le mareaban— por lo que su padrino, tras un día de permiso, volvió con un paquete de Moeris. Así fue cómo se acostumbró, antes de cada batalla, a aspirar en silencio el humo de su cigarro. Siempre acompañado por el noble austriaco y su habano.

Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos y se concentró en la expresión de la mujer. Buscaba encontrar algún resquicio en aquella tenaz resistencia, pero no hizo falta.

Dos gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de la cocinera mientras ella lo seguía mirando, impertérrita. Ajena a lo que ocurría en el exterior de su cuerpo.

—Si hubiese sabido cómo iba a acabar aquella niña, jamás habría accedido.

Lo dijo con una voz teñida de tristeza, rabia y remordimiento.

—Necesitaba el dinero —continuó—, y pensé que aquello no le haría daño a nadie.

La culpa, como solía decir la abuela Luisa, es un sentimiento muy potente. Especialmente si no es compartida. Lidiar con ella en soledad consume, como el fuego contenido que devora, poco a poco, la madera. Hasta que te hace cambiar para siempre.

Necesita consuelo, advirtió Neudorf. Una absolución.

Cosimo pareció despertar de un largo letargo. Había llegado a la misma conclusión.

—Usted no tiene la culpa de lo que pasó —musitó.

El dolor rebasó el último límite, Magdalena se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar desconsolada. Fue Cosimo el que se levantó y se sentó junto a ella, pasándole un brazo por encima de los hombros. Confortándola.

Tardó varios minutos en serenarse.

—Babenburg, su padrino —dijo mirando a Neudorf—, me pagaba veinte pesetas al mes para que le cocinase comidas más abundantes y de mejor calidad. También, aunque no me enteraba de gran cosa, tenía que informarle de todo lo que oyese sobre Catalina... No sé por qué lo hacía.

Yo tampoco, se dijo Neudorf.

¿Por qué su padrino se preocupaba por Catalina?

—Aquello no tenía por qué hacer daño a nadie —aseguró el italiano.

Magdalena asintió.

—¿Quién encierra a una mujer, en un hospicio, siete meses antes de su boda?

Felipe se inclinó hacia delante e ignoró la pregunta. Si le dejaba pensar demasiado, llegaría ella misma a la conclusión más lógica.

—Pero alguien más le pagaba por vigilar a Catalina —aseveró con gravedad.

La incipiente confianza de la cocinera se esfumó y desvió la mirada, avergonzada.

—¿Quién? —insistió él.

—¡Ya sabe la respuesta! —exclamó Magdalena desesperada tras una pausa.

Los dos se miraron por fin a los ojos. Los de Neudorf eran serenos y expectantes. Los de la cocinera no conseguían controlar las lágrimas.

No lo sé, pensó, pero no dijo nada. Y, como siempre, esperó.

Tras un largo silencio, ella se recompuso por enésima vez.

—Supongo que el primer paso para purgar un pecado —murmuró, resignada— es reconocerlo... El otro hombre que me pagaba era Vicente Lerena. El responsable del destacamento de los carabineros de Deià.

Ni Juan Horrach, ni Cardona. Ni Miquel Terra, se dijo Neudorf. Vicente Lerena.

Cerró los ojos e inspiró profundamente.

—¿Qué le pedía?

La cocinera, algo más liberada, se encogió de hombros con indiferencia.

—Me pagaba menos... —afirmó, casi ofendida—. Pero quería saber lo mismo que Babenburg. Cómo estaba Catalina. Si comía bien, si estaba tranquila... Nada del otro mundo.

Un padre preocupado, pensó Felipe.

Aquello era importante.

Lerena sabía que Horrach había encerrado a Catalina porque estaba embarazada. Tenía sentido que la impotencia lo llevase a rondar el Trinidad. Y coincidía con las palabras del empresario: «Tú eres el responsable de todo esto».

Neudorf se inclinó hacia delante.

—¿Qué ocurrió el día anterior a la muerte de Catalina? —preguntó, concentrado.

Magdalena, más relajada, alzó la vista para recordar.

—La verdad... —murmuró, evocadora— pasaron muchas cosas.

Había bajado la voz y el sonido reverberó en las paredes de piedra. Los dos cerdos se mecían levemente en la viga, como un péndulo con poco impulso. Neudorf apreció en el aire un sutil olor a cebolla y se dio cuenta, en aquel instante, de que las cajas que los rodeaban estaban repletas de ellas.

Tras reconfortar a la cocinera, Cosimo había vuelto a su sitio. La observaba como un marino contempla un faro en medio de una tormenta.

—El día anterior, el padre Martorell y Babenburg discutieron acaloradamente en los pasillos del Trinidad —explicó—. Como se pueden imaginar, se enteró todo el hospicio. Aquella misma noche... su padrino me ofreció doscientas pesetas por dejar la puerta de la cocina abierta. Por ahí escapó Catalina.

Felipe se llevó la mano a la barbilla, pensativo.

Perder los nervios no era propio del austriaco.

—¿Por qué cree que discutieron?

—No lo sé —reconoció ella—. Yo solo sé que dejé la cocina abierta.

—¿Informó a Lerena?

Magdalena dejó escapar un largo suspiro.

—Sí.

Lo dijo aliviada. Consciente por primera vez de que sus actos no era los únicos que habían desencadenado la muerte de Catalina.

—¿Qué más ocurrió? —preguntó Cosimo, intrigado.

La cocinera se frotó los ojos. Estaba cansada. Todos los estaban.

—A la mañana siguiente, el secretario de Juan Horrach se presentó en el Trinidad.

—¿Miquel Terra? —preguntó Cosimo—. ¿Bajo, con las espaldas anchas y una mirada negra?

La cocinera tragó saliva.

—Ese —confirmó—. Tenía prisa. Llegó a caballo. Entró y salió del Trinidad en menos de diez minutos y abandonó el recinto al galope. Inmediatamente después se descubrió que Catalina había escapado y que faltaba un caballo en la cuadra.

Sabían que Catalina iba a escapar, pensó Neudorf al instante. Por eso Martorell estaba rezando los maitines con Juan Horrach. Porque había ido a avisarle. Por eso mismo, el día anterior, el sacerdote había discutido con Babenburg.

—¿A qué hora fue? —preguntó Neudorf.

Magdalena no dudó.

—A las siete de la mañana, más o menos.

Los chavales de Deià habían escuchado los disparos y encontrado a Catalina alrededor de las ocho. A Terra le habría dado tiempo a alcanzar a Catalina.

Neudorf inspiró profundamente. Cada vez estaban más cerca.

—Gracias por su tiempo —se oyó decir—. Ha sido muy útil.

Tenían todo lo que necesitaban. Felipe se puso en pie y estiró la espalda hacia atrás. La humedad de la despensa lo había entumecido. Cosimo alzó los brazos y bostezó. Los dos soldados cruzaron una mirada y, sin palabras, se entendieron. Ambos estaban satisfechos.

Magdalena, sin embargo, no se movió.

Tenía el ceño fruncido. Como si debatiese internamente si añadir

algo. Neudorf se acercó a ella.

—¿Está bien? —preguntó, colocándole la mano en el hombro.

La cocinera esbozó una sonrisa triste.

—Vi a Salomé cuando regresó al Trinidad.

Lo dijo con una mirada casi evocadora.

—Tenía la mirada perdida... Y venía cubierta de sangre.

Magdalena se puso en pie, ajena a las miradas que la rodeaban, y se dirigió a la puerta de la despensa. Apoyó la mano en el picaporte, pero no lo giró.

—Estaba embarazada, ¿verdad?

Los dos soldados se tambalearon, como si alguien hubiese parado de pronto el mundo.

Ella observó su reacción y con un gesto rápido se limpió las dos lágrimas que le corrían por las mejillas.

Abrió la puerta y se hizo a un lado. Cosimo y Neudorf pasaron sin saber qué decir.

El murmullo apagado de Magdalena resonó en las paredes de la despensa.

—Encuentren al hijo de puta que lo hizo.

Atravesaron la cocina bajo la atenta mirada del resto de cocineras y ella los despidió en la puerta. Una vez fuera, se miraron sin saber bien cómo romper el asombro que los envolvía.

Neudorf abrió la boca para decir algo, pero, de pronto, sintió como alguien le abrazaba la pierna. Cuando miró hacia abajo, descubrió la melena morena de Xisca.

—¡Hola, Felipe! —saludó la niña—. ¡Hola, Cosimo!

El italiano se acuclilló para abrazarla mejor.

—¿Habéis venido a verme? —preguntó con ojos relucientes.

—Claro —le aseguró Felipe—. Hemos venido a ver qué tal estás.

—Y a comprobar que no te han quitado la peonza —añadió su amigo.

Neudorf se giró para observarle mejor. La amenaza implícita en sus cicatrices, toda aquella fuerza y toda su letalidad se convertían en algodón de azúcar cuando ella aparecía. Aquella niña sacaba lo mejor de cada uno. El azul de sus ojos era un bálsamo en medio de toda aquella violencia insensata.

—Ya no lo intentan —aseguró la pequeña con picardía—. ¿Me enseñáis a montar a caballo? —dijo señalando los establos.

El italiano no pudo evitar una carcajada.

—Cuando crezcas un poco.

—Ya tengo casi cinco años.

—Cuando tengas diez.

—Catorce —matizó Neudorf.

Xisca hizo un mohín, pero claudicó.

—¿Lo prometéis? —consultó, alzando los ojos.

Los dos asintieron sin perder la sonrisa.

—Xisca... ¿Eres feliz en el Trinidad? —preguntó Cosimo.

La niña se lo pensó durante dos o tres segundos.

—Creo que sí —respondió al fin—. Aquí están mis amigos. Y la abuela Luisa, cuando viene, me enseña a leer.

El día anterior, en Son Galcerán, el siciliano había planteado en voz alta lo que a todos les rondaba últimamente en la cabeza.

La anciana se había posicionado rotundamente a favor. La única condición que Neudorf había puesto es que ocurriese cuando todo el tema de Catalina estuviese resuelto.

Cosimo le lanzó una mirada a su amigo y este clavó una rodilla en el suelo, poniéndose a la altura de Xisca.

No sabía por qué, pero tenía un nudo en la garganta.

Le habría gustado plantearlo bien. Escoger mejor sus palabras. Pero la vida tenía esas cosas. Un día, de repente, te quedabas sin tiempo.

—¿Te gustaría pasar algún día en Son Galcerán?

La niña frunció el ceño.

—¿Qué es Son Galcerán?

Él sonrió.

—Nuestra casa —explicó—. Donde vivimos la abuela Luisa, Cosimo y yo.

—Hay una biblioteca enorme —añadió el italiano.

La niña, fiel a su naturaleza, dio un paso hacia atrás y los midió como un general que evalúa el siguiente movimiento de sus tropas. Neudorf no pudo reprimir otra sonrisa. Además de inteligencia, aquella niña tenía carácter.

—Lo pensaré —dijo antes de salir corriendo.

Los dos hombres se dirigieron en silencio al establo. Montaron en Janto y Balio y abandonaron el recinto del Trinidad sin decir nada. Cada uno sumido en sus pensamientos. Aquel día habían tenido dos

conversaciones importantes.

Una con Magdalena y otra con Xisca.

Aun así, Felipe se obligó a recordar todo lo que les había confiado la cocinera. Los tiempos y las posibilidades. Todas las alternativas.

Levantó la vista y miró a Cosimo; y este le dedicó una sonrisa cómplice. Los dos estaban pensando lo mismo.

Hacía frío, pero entre ellos había una certeza que los calentaba más que una hoguera.

Magdalena Pons se lo había confirmado.

Miquel Terra, el secretario del prominente empresario de calzado Juan Horrach, se había presentado en el Trinidad aquella madrugada. Al descubrir que Catalina ya no estaba en su cuarto, había salido al galope detrás de ella.

Su pistola era una Smith & Wesson. Un revólver con un calibre de 11 mm.

La vida tiene estas cosas, se repitió Neudorf.

Un día, cuando menos te lo esperas, te quedas sin tiempo.

Capítulo 32

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

—A veces es necesario mentir, Felipe. Y, cuando lo hagas, has de mentir bien. Sin titubear, con entereza.

Era el primer consejo de Babenburg que le sorprendía.

—¿Por qué? —preguntó Neudorf.

Babenburg esbozó media sonrisa. Comprendía la reticencia de su ahijado.

—Por lo general —afirmó—, mueve más una mentira firme que una verdad pensativa.

Can Joan, 1919

Febrero llegaba a su fin y el viento y la lluvia lo sabían. El cielo estaba despejado y el frío no mordía demasiado. El sol de la tarde brillaba con una fuerza renovada. Había cierta esperanza en su luz. Como una promesa de lo que estaba por venir.

La primavera, pensó Neudorf.

Y el pensamiento le recorrió la espalda como una descarga eléctrica.

Hacía cuatro años que no contemplaba el pausado florecer de los almendros. Cuatro años sin apreciar cómo el día se alargaba. Cómo la temperatura ascendía.

En la guerra, prefería el frío. Mantenía a los ejércitos parados. Guarecidos.

Con la luz, todo se volvía violento. Los oficiales se desperezaban y empezaban a exigir resultados. Durante cuatro años había visto cómo el Ejército austriaco se replegaba, cada vez más cansado, a sus cuarteles de invierno. Y cómo todo volvía a empezar sin que nadie se plantease por qué seguían luchando.

Éramos la rabia que nos obligaron a sentir, reflexionó.

Pero, al final, todo acaba antes de lo que esperas. Solo había que ser paciente. Como decía Babenburg: resistir es vencer.

Y habían vencido, razonó, con media sonrisa cruzándole la cara.

Estaban sentados en la terraza de Can Joan. Llevaban los abrigos puestos pero el ambiente era agradable. Cosimo estaba recostado en su silla con los ojos entrecerrados, envuelto en una apacible somnolencia. Había descubierto una cerveza mallorquina —La Rosa Blanca— y se había bebido tres en los últimos diez minutos. Neudorf prefería tener la mente despejada y bebía agua de sifón.

Necesitaba pensar en la paternidad de Lerena y en sus implicaciones. En la relación actual entre Juan Horrach, Cardona y el carabinero.

Un silencio cómodo y reflexivo rodeaba la escena. Pero, de repente, se rompió.

—Sabía que estaríais aquí —dijo una voz conocida a sus espaldas.

Donato Levi, el *batle* de Valldemossa, se sentó sin pedir permiso, ocupando la silla que había vacía. Lucía la mirada triste y estoica que lo caracterizaba. Aquel desdén hacia todo lo mundano disfrazado de humor afilado.

Pidió al camarero una copa de *scotch* con hielo y cuando llegó —por cómo olía— Neudorf identificó que no era escocés. El alcalde también lo percibió, pero no se quejó. Se bebió la copa de un trago y pidió una segunda.

—¿Amor? —le preguntó Cosimo, sorprendentemente amistoso.

El *batle* le dedicó una mirada extrañada y se encogió de hombros.

—La vida, supongo —dijo, soltando un suspiro y sonriendo a medias—. Que siempre decepciona.

Felipe se removió, incómodo. El cargamento de trigo y los caballos que Ausias May le había regalado como pago por aquella información estaban muy presentes en su cabeza. No podía olvidar que, la noche siguiente, el carguero francés iba a recorrer el litoral de la Tramontana para atracar en el puerto de Valldemossa y que los hombres de May lo estarían esperando.

Todo a su tiempo, se dijo Neudorf, forzando su naturalidad.

La última vez que se habían visto había sido en la taberna del puerto de Valldemossa. Aquel día, con los reflejos del atardecer brillando en el agua —y su joven amor prohibido recogiendo sus

enseres tras faenar en alta mar— el *batle* le había confiado su plan.

Y él lo había traicionado.

—Levi —dijo con frialdad—, respecto a lo del trigo... Sabes que si necesitas algo solo tienes que decirlo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras evitó los ojos de Cosimo, que lo observaban como dos brasas en la oscuridad.

Aquello era demasiado, parecía decirle.

El *batle*, ajeno al intercambio de miradas, hizo un aspaviento con la mano, como quitándole importancia.

—Gracias, querido. Está todo controlado —respondió—. ¿Cómo va lo de Catalina?

Levi estaba sorprendentemente sereno. No había dolor en sus ojos. Ni nostalgia. Neudorf supuso que la llegada inminente del trigo afinaba sus sentidos y despertaba su antiguo instinto de soldado. Él conocía esa sensación. Aquella imperturbable frialdad a la que era necesario recurrir antes de una batalla.

—Vamos atando cabos —reconoció—, pero...

Por un instante, dudó y fue Cosimo quien completó la frase.

—Pero nos faltan pruebas.

El *batle* se llevó el vaso a los labios y olió el *whisky* esbozando una sonrisa, plenamente consciente de que no era *scotch*.

—O una confesión —aventuró.

Felipe aguzó el oído. Aquello era interesante.

—¿Acorralarle?

El alcalde sonrió como un zorro.

—Hacerle creer que lo está —murmuró—. Que tienes las pruebas. Que su mejor opción es reconocer lo que hizo.

—¿Cómo? —preguntó Cosimo.

El *batle* se mojó los labios y dejó la copa en la mesa.

Neudorf pensó que la tensión del trigo lo rejuvenecía. Lo volvía peligroso. Ahora entendía cómo aquel hombre, de apariencia frágil, había sobrevivido a la guerra de África.

Lo había subestimado. Levi reunía las cualidades esenciales para liderar a los hombres: templanza, inteligencia y audacia.

—Yo llegué a Melilla en 1909 así que no combatí en la primera guerra del Rif —explicó—. Pero los veteranos, uno de ellos especialmente atractivo, por cierto, siempre contaban la misma historia.

Los dos hombres lo escuchaban con una atención sincera. Él continuó.

—Por poneros en contexto, aquello es lo más parecido al infierno —explicó, rememorando un pasado no tan lejano—. No hay vegetación. El clima es seco y árido. ¡Más seco que los mallorquines! —exclamó con una sonrisa—. Te mueres continuamente de sed, pero tienes que racionar el agua. Durante el día hace un calor asfixiante y por las noches hace un frío polar. Nada es fácil allí —concluyó—. Y todo te quiere matar... Como decía, durante una de las escaramuzas, los españoles capturaron a un bereber de la cabila de Mazuza, una de las más violentas, situada al sur de Melilla. A diferencia de los españoles, los bereberes conocen bien la zona y saben aprovechar su geografía para ocultarse y atacar las líneas enemigas sin apenas ser vistos. Aparecen y desaparecen como fantasmas, los muy hijos de puta —dijo con un punto de admiración.

Era la primera vez que Neudorf le oía decir algo así.

Cosimo, a su lado, asintió.

Levi hablaba de climas extremos, tensión y cuchilladas inesperadas. Aquel era un lenguaje que él entendía, y, por primera vez, sintió que comprendía el humor escéptico del *batle*. Al fin y al cabo, era un mecanismo de defensa como tantos otros.

—España necesitaba lo de siempre: un lugar seguro para desembarcar las tropas enviadas desde la península sin que los degollaran como conejos —continuó—. El destacamento de Melilla intuía que el prisionero conocía la posición de su cabila, pero, cuando lo interrogaron no dijo nada. Incluso después de torturarle, seguía sin decir una palabra.

Levi se permitió un suspiro.

—Da igual el contexto, la religión o el país —comentó—, consuela descubrir que, a veces, aparece alguien que te reconcilia con la raza humana... Aquel tipo prefería morir a traicionar a su clan.

Cosimo había apoyado las manos en la mesa y observaba al *batle* como un niño asombrado. Levi sonrió.

—Tras la última paliza —continuó—, los españoles, desesperados, abandonaron el cuarto donde retenían al bereber. En la sala contigua, la radio del cuartel anunció que el desembarco español había sido rechazado por las cabilas y que España había aceptado un armisticio. Se ordenaba, además, de manera inmediata, que todos los

destacamentos liberaran a sus rehenes.

El día se había detenido. La luz se filtraba entre las ramas de los árboles mientras la tarde declinaba. Dos siglos de Mediterráneo resumidos en aquel instante. Un hombre que narra una historia y otros dos que le escuchan arrobados. Relatos de guerra e ingenio. Leyendas de dioses crueles y héroes involuntarios. Homenajes a la paciencia y a la esperanza.

El alcalde se inclinó sobre la mesa y bajó la voz. Cosimo y Neudorf lo imitaron.

—El teniente volvió a la sala y el prisionero lo recibió con una sonrisa exultante. El español apretó los dientes y, conteniendo la rabia, extendió un mapa sobre la mesa mientras sus hombres liberaban al bereber. «La guerra ha terminado», anunció solemne. El militar añadió que debían escoltarle hasta su cabila e indicó con el dedo la última posición de los rebeldes de Mazuza. El bereber, eufórico, con ganas de reunirse con los suyos, negó con la cabeza y señaló un fuerte abandonado en una montaña, a trece kilómetros de Melilla.

El *batle* enmudeció y Cosimo y Neudorf pestañearon, sorprendidos.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó el italiano.

Levi se dejó caer, otra vez, en la silla y alargó la incertidumbre mientras daba otro trago.

—Fusilaron al rebelde y aquella misma noche atacaron a la cabila de Mazuza, exterminándola. El mensaje que había escuchado era mentira. España no había firmado un armisticio. La guerra no había hecho más que comenzar y las tropas españolas pudieron desembarcar sin ser hostigadas.

El arte de la guerra se basa en el engaño, recordó Neudorf. La máxima de Sun Tzu que Babenburg no perdía la oportunidad de repetir.

El *batle* vació la copa y la dejó sobre la mesa con una curiosa rabia contenida.

—Se puede obtener una confesión imposible —masculló con los ojos encendidos, ajeno a todo—. Solo hay que construir la circunstancia oportuna.

Felipe apreció un movimiento extraño a su derecha —entre los cipreses, almendros e higueras que rodeaban la Cartuja— y creyó ver

a una figura que los observaba en la distancia.

Cosimo, ajeno a todo lo que no fuese la historia de Levi, chasqueó la lengua.

El blanco de sus cicatrices se había oscurecido.

—No es una anécdota de la guerra del Rif, ¿verdad? —Levi le sostuvo la mirada en silencio—. Aquel teniente —continuó— eras tú.

El *batle* trató de no morderse los labios mientras manoseaba el vaso vacío.

—Intenté que no lo mataran —confesó, al fin—. Lo mejor que pude conseguir fue el paredón... Algunos oficiales querían degollarlo.

Los soldados se reconocen en los silencios; en los remordimientos que planean en la mirada. Los amigos que no pudiste salvar, las atrocidades que te obligaron a cometer. Avanzan por la vida como pueden, tirando de un carro demasiado pesado donde se les acumulan los recuerdos y las malas decisiones. Algunos consiguen convivir con su alma. Suelen vivir solos, aislados. Rumiando recuerdos, imaginando una vida mejor. Buscando un consuelo que nunca llega. La redención que nadie les va a conceder.

Otros, los menos afortunados, acaban en la sala de los Extraviados del Trinidad.

—Lo siento —murmuró el *maggiore*, casi avergonzado—. Te medí mal. No volverá a suceder.

Felipe les dejó hacer, complacido. No se le había pasado por alto el tuteo del italiano.

Levi le colocó la mano sobre el antebrazo y le dedicó una mirada agradecida.

—He de irme —anunció el *batle* tras recuperar el aplomo—. Se está haciendo tarde y hay un chaval ahí que, supongo, quiere hablar con vosotros.

Cosimo se giró, sorprendido, pero Neudorf sonrió. Levi era, efectivamente, más peligroso de lo que demostraba. Más audaz que lo que dejaba entrever.

En cuando el *batle* dobló la primera esquina, Tomeu, el nieto del marino del puerto de Valldemossa, apareció entre las sombras moviéndose con cautela. Tenía la mirada despierta y una sonrisa comedida le brillaba en la cara.

Lo ha conseguido, pensó Felipe.

El chaval preguntó con los ojos si se podía sentar. Cosimo le

ofreció una de las sillas y le preguntó si quería beber algo.

—Un vino —pidió con voz controlada.

Estaba nervioso, pero trataba de aparentar firmeza. Neudorf se inclinó hacia él, recordándose que tenía quince años.

—¿Tienes algo? —preguntó con calma.

El joven asintió con orgullo.

—Las dos cosas.

Felipe se recostó en la silla y, tras observar detenidamente su agua de sifón, decidió que necesitaba otra cosa. Llamó al camarero y pidió vino para el chaval y un *scotch* para él.

Pero del de verdad, exigió. No del que le habían traído a Levi.

Mientras el mesonero se retiraba abochornado, encendió una cerilla y prendió un Moeris. Cerró los ojos para sentir mejor el tacto rugoso de la hoja de tabaco en sus labios. El lejano toque de canela que el cigarro escondía. No le quedaban muchos y cada vez que decidía fumarse uno, sabía que era dar un paso más hacia el olvido.

Echó un vistazo al paquete y contó cinco cigarros más.

Cinco momentos decisivos, reflexionó, que exigían uno de sus preciados Moeris.

Agitó la cabeza y se obligó a concentrarse.

Las dos cosas, se repitió entre dientes.

La primera era la trampa que le habían tendido a Matías Posse. Le habían confiado que la carta de Babenburg se refería a las cuevas de los pescadores excavadas en la roca de la Foradada. Ahí es donde supuestamente estaba escondido el cargamento que durante años este desembarcó en la isla. Si el guardia civil era el ladrón de las dos misivas que su padrino le había escrito y una de las dos personas que había registrado Son Galcerán, si inspeccionaba la Foradada sin avisarles, confirmaría sus sospechas.

—¿Apareció? —preguntó Cosimo.

Ninguno de los dos dudaba de aquel razonamiento. Tomeu ganó tiempo dándole un sorbo corto al vino. Frunció el ceño —sorprendido por el efecto del alcohol en su boca— y aceptó el vaso de agua que le ofrecía Neudorf.

—Se presentó ayer, al atardecer —reveló el chaval—. Le seguí desde el cuartel de Valldemossa. Fue solo —añadió—. Hay cinco cuevas y parecía no saber con cuál empezar. Al final, rompió todos los candados con una palanca, pero parecía enfadado... En cuanto cayó la

noche, se marchó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cargada de significado.

Neudorf sintió un ligero vértigo en el estómago. Había ignorado la posibilidad de hacerse con la última carta de Babenburg. Aquel extraño testamento que le había dejado. Ahora la esperanza volvía a calentarle por dentro.

Le dio otra calada al Moeris, alzó la cabeza y soltó el humo hacia el cielo. La cosa iba bien.

La autopsia, pensó.

Ese era el segundo tema que tenían entre manos.

Vicente Lerena la había hecho desaparecer. Aunque ya intuían el por qué.

Al esconder el documento, ocultaban la información que podía hacerlos llegar a la doctora que atendió a Catalina: Salomé Martí.

—Lerena vive en Deià—explicó Tomeu—. Pensé en colarme en su casa, pero... es un carabinero. Si me pillan, me matan.

Su voz infantil no encajaba con la determinación de su mirada.

—Hiciste lo correcto —murmuró Cosimo—. Eso es asunto nuestro.

Los ojos del muchacho observaron al gigante italiano con devoción. Una sonrisa tímida pero orgullosa apareció en sus labios.

—También le seguí hasta el puerto de Valldemossa.

Cosimo y Neudorf lo miraron esperando una explicación.

Envalentonado, se llevó la mano a la espalda y extrajo un paquete arrugado.

—Estaba en su barco, escondido en la sentina. Las hojas están húmedas, pero se pueden leer.

Felipe se inclinó sobre la mesa y cogió la carpeta de cartón. Era del mismo material que las del cuartel. Estaba atada con una cuerda trenzada de cáñamo.

—¿Te colaste en su barco? —preguntó.

La carpeta pesaba más de lo que esperaba. Comenzó a desenvolverla con cuidado. Las hojas estaban algo mojadas.

Tomeu observaba satisfecho la expresión de Neudorf.

—El puerto de Valldemossa no es Deià —sentenció—. Ese puerto es mi casa.

Neudorf pasó las hojas con cuidado, leyéndolas una a una y, de

pronto, se detuvo. Cosimo se puso en pie para ver mejor y tiró sin querer la silla, pero ninguno de los tres oyó el ruido.

Tomeu dio un paso atrás, dejándoles espacio. Neudorf se permitió una sonrisa y el italiano una carcajada asombrada.

Tenían al asesino de Catalina Horrach.

CAPÍTULO 33

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —Todos tendemos a la impaciencia. Queremos olvidar rápido y sentir despacio... Pero siempre es al revés, Felipe. Aprende a resignarte. Deja que las cosas duelan.

Sierra de la Tramontana, 1919

Tanto Janto como Neudorf estaban sudando. Eran las dos de la tarde y a pesar del invierno, aquel día estaba siendo inesperadamente caluroso. Se quitó el abrigo y desvió al caballo fuera del camino.
Sabía que había una pequeña fuente ladera arriba.

Descabalgó y, mientras Janto bebía del pilón, se pasó la mano por la frente para quitarse el sudor. A su alrededor, el mediodía se filtraba entre las hojas de los pinos, los pájaros piaban y todo parecía posible.

También puede ser ansiedad, reflexionó.

Tras la conversación con Magdalena Pons y el paquete que había conseguido Tomeu, creía haber descubierto quién era el asesino. Entendía los tiempos y el motivo. Pero, aunque su intuición se lo gritaba desde el estómago, le faltaban pruebas. Necesitaba algo más.

Pensaba en aquella historia de Levi. La del bereber. En cómo el *batle* le había arrancado la verdad sin violencia. Tan solo inventando el escenario correcto. La dosis de esperanza precisa.

El día anterior, Neudorf había revisado la librería de Babenburg hasta encontrar el libro milenario de Sun Tzu: *El arte de la guerra*.

«Interrumpe sus provisiones, ataca inesperadamente, aparece donde no puedan ir, dirígete a donde menos se lo esperan», recordó de memoria.

Ataca inesperadamente, repitió en voz alta. Dirígete hacia donde

menos se lo esperan.

Se mojó la mano derecha y se la pasó por la nuca, emitiendo un suspiro de alivio. Sentía un hormigueo en el brazo izquierdo y el disparo de la cadera le seguía molestando. Sabía que tenía que ser paciente, pero la recuperación lo desesperaba. Recordó el encontronazo con Terra y sus secuaces alemanes y una rabia fría e imprecisa le llenó el pecho. Si no hubiese sido por Cosimo lo habrían liquidado sin problemas.

Se volvió hacia Janto con los dientes apretados y se obligó a cerrar los ojos y respirar. Pasó la mano derecha por el lomo del caballo —tranquilizándolo y tranquilizándose— y el animal buscó su hombro con el morro. Cualquiera habría dicho que era el animal el que le consolaba a él.

Todo irá bien, parecían decir sus ojos acuosos. Todo empieza. Y todo acaba.

Neudorf le sonrió al caballo y le agradeció el apoyo.

—La vida —masculló mientras volvía a montar— trae siempre compañeros de fatiga inesperados.

Reanudó el camino con un nudo en la garganta. Lo que tenía por delante no iba a ser fácil. Había recorrido bosques en llamas y peleado con el agua por la cintura. Había matado para seguir vivo. Sabía reconocer el rastro de los exploradores enemigos en suelo rocoso, pero no sabía pedir perdón.

Le había costado con Cosimo, tras aquel enfrentamiento con Miquel Terra y los alemanes. El italiano le había salvado, una vez más.

Y aun así...

No le resultaba fácil reconocer que se había equivocado.

Pero es necesario, masculló en voz alta.

No conseguía dormir desde aquel día. Y la principal razón era la mirada decepcionada de Carmen. Desde entonces, todo había sido silencio. Un silencio que le consumía día a día. Se había levantado con la decisión tomada. Estaban cerca del asesino de Catalina. Cerca de los asaltantes de Son Galcerán.

No sabía cómo iba a acabar todo aquello. Y prefería acudir a la batalla sin cuentas pendientes.

Valldemossa surgió en el horizonte, entre los árboles, enclavada en el valle, sólida y orgullosa. El campanario de la Cartuja dominaba el paisaje como una torre de marfil. Neudorf cerró las manos con

fuerza en torno a las riendas de Janto.

—Allá vamos —suspiró, con los nudillos blancos.

Atravesó Valldemossa en silencio. Dejó atrás Can Joan y, tras descabalgar, accedió a la Cartuja por el patio principal. Se presentó y le condujeron por los pasillos vacíos de aquella inmensa y curiosa residencia hasta un gran recibidor rectangular. Trató de hacer memoria de la última vez que había estado allí —en aquella accidentada fiesta con el conde de Algaida—, pero no reconoció la estancia. Los techos eran altos y abovedados, y las paredes eran blancas y estaban cubiertas por tapices desgastados. Apenas varios muebles de madera oscura decoraban el espacio, magnificando su amplitud.

Neudorf se quedó solo, rodeado de aquel silencio inhóspito, con el corazón retumbándole violentamente en los oídos.

—Cuatro días —dijo una voz a su espalda.

Neudorf se giró despacio. Sin prisa. Conteniendo el impulso de romper a hablar. Enfrente de él, descalza, con un vestido viejo color tierra, manchado de pintura, una chaqueta de lana azul marino y un pañuelo del mismo color anudado en la cabeza, lo observaba seriamente Carmen Feliú.

El pelo moreno, despeinado, le rodeaba la cara, enmarcando sus ojos color cobre encendido. Le brillaba la mirada. Y Neudorf se preguntó si aquello era un enfado extraordinario o una alegría reprimida.

No pudo evitar recordar su cuerpo envuelto en ropa mojada al descender del Nereide. Aquella sonrisa que rompía en dos cualquier convicción. Sus labios entreabiertos. El descanso y la felicidad que nunca había dejado de añorar.

Pensaba en todo eso y en su afirmación.

Cuatro días de qué, alcanzó a pensar.

Al apreciar su expresión, Carmen desarrolló el contexto; así como su enfado.

—Cuatro días para venir a disculparte —puntualizó.

Felipe bajó la mirada.

Había arrinconado aquel sentimiento incómodo en el último piso de su mente. Había justificado su dejadez con el tema de Catalina.

En realidad, se dijo, me he comportado como un cobarde.

Hasta ahora.

—Tienes razón —dijo alzando el rostro. Y dio un paso hacia delante. Hacia ella. Hacia sus ojos—. Me he comportado como un idiota.

Carmen lo observaba en silencio. Tenía los brazos cruzados por debajo del pecho y apoyaba todo el peso en la pierna izquierda. Había cierta impaciencia en su postura. Cierta exasperación.

—Eso ha quedado bastante claro —masculló, hiriente.

Una sonrisa triste, a media asta, se perfiló en la boca de Neudorf.

Aquel amor inesperado le había calentado los crudos inviernos en los Alpes. Le había mantenido vivo en el fragor de cada batalla.

Recordó la reciente travesía en el Nereide. Aquel instante donde todo había estado a punto de arreglarse. La tormenta que lo había cambiado todo.

Era demasiado bueno para ser verdad, pensó. Demasiado honesto para alguien como yo.

—Lo siento —dijo, derrotado—. Me pudo el ímpetu... Me dejé llevar por la rabia.

Lo dijo de corazón. Despidiéndose con los ojos. Como alguien que observa un barco zarpar. La luz entraba por los soportales e inundaba la galería. A sus pies, el verde de los árboles y las plantas que daban sombra a los jardines de la Cartuja —jazmines, lavandas y geranios; olivos y cipreses centenarios— se mezclaban con el paisaje de la Tramontana.

Ella, deslumbrada, entrecerró los ojos. Pero nada podía contener su mirada metálica.

—No volverá a ocurrir —concluyó Neudorf.

Inclinó la cabeza en señal de despedida y se giró, volviendo sobre sus pasos. El sonido de sus zapatos sobre las baldosas magnificó su desolación.

—¿No quieres saber mi versión? —preguntó la joven a su espalda.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—Claro —murmuró.

En aquel instante se dio cuenta de que Carmen sostenía varios pinceles en la mano izquierda.

Antes de responder, se llevó el extremo de uno de ellos a la boca y apoyó la madera en los labios.

—Negociaba la venta de un cuadro —explicó—. Horrach mandó

a su secretario, el tal señor Terra, para comprarlo.

Avanzó hacia ella. Su cerebro se había puesto a funcionar.

—¿Por qué en Palma? —preguntó—. ¿Por qué discutíais?

Carmen suspiró, armándose de paciencia.

—El cuadro estaba ya preparado para mandarlo a una galería de Barcelona. Había varios interesados, pero querían verlo en persona —explicó—. En el último momento, Horrach insistió en quedárselo. Bajé a Palma para entregárselo personalmente a Terra... La discusión comenzó cuando, tras zarpar el barco, quiso bajar el precio —dijo encogiéndose de hombros—. Como comprenderás, estaba muy enfadada. Le estaba explicando que el precio no se movía, cuando tú apareciste...

Se sintió como un idiota. Los dedos le pedían un Moeris, pero entendía que no era el momento.

—No lo sabía —reconoció—. Siento haberte estropeado la venta.

Carmen se encogió de hombros, como quitándole importancia, mientras le daba la espalda al sol. Su rostro se sumió en una penumbra esquiva.

—Al final, Horrach no lo compró —admitió—. Y lo mandé en el siguiente barco a Barcelona.

Lo dijo como si estuviese acostumbrada a lidiar con empresarios caprichosos que faltaban a su palabra.

—Lo único que conseguiste es que Terra te odie aún más.

Neudorf se permitió media sonrisa.

—Los enemigos dicen mucho de uno mismo. Más, incluso, que los amigos.

—¿Quién crees que lo hizo? —preguntó Carmen, de pronto.

Él dio un paso atrás, precavido.

En su mente apareció la carpeta que Lerena había ocultado en la sentina de su barco. La prueba definitiva que se escondía entre las páginas de la autopsia.

Los pájaros piaban en los jardines. Carmen y Neudorf se miraron a los ojos y él decidió mentirle.

—Es lo que trato de averiguar.

La conversación había terminado. Ambos lo sabían. Pero ninguno se movió. Ninguno añadió nada más. La brisa recorrió la galería, levantando varias hojas secas del suelo. Carmen entrelazó las manos a su espalda y exhaló un suspiro.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó, de pronto, Neudorf.

Carmen contempló la galería como quien observa el horizonte y sonrió.

—¿Sabes guardar un secreto? —susurró, cómplice.

—Claro.

Lo dijo en el mismo tono, mientras reducía la distancia entre los dos. Al intuirla tan cerca, una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo.

—Me da miedo el mar —declaró ella, con una fragilidad inesperada.

La observó sin entender del todo, tratando de identificar aquel temor en todas las travesías que habían compartido años atrás.

—Nunca lo habría dicho —dijo sorprendido.

Carmen cambió el peso de pierna.

—Cuando tenía catorce años —comenzó—, en uno de los viajes de mi padre, estábamos llegando a Sicilia... y me caí por la borda. Uno de los marineros lo vio, me lanzó un salvavidas y dio la voz de alarma.

—Me contaste esa historia —apuntó Neudorf.

Ella asintió.

—Pasaron dos horas hasta que el mercante pudo dar la vuelta y recogerme. Dos horas en las que estuve aferrada a un flotador de corcho, contemplando la oscura inmensidad del mar bajo mis pies, tratando de no llorar, de no moverme... Nunca volví a mirar el mar igual.

Reconoció el sentimiento. Había conocido a dos náufragos en Trieste. Un torpedo italiano había alcanzado el SMS Szent István, uno de los acorazados más importantes de la Armada austrohúngara. El barco se hundió en menos de cinco horas y la corriente separó a treinta desgraciados, alejándolos de la costa, internándolos en el Adriático. Un día después, cuando un avión de reconocimiento los localizó, solo quedaban ellos dos.

Los conoció tres meses después. Uno de ellos aún conservaba el horror en la mirada. El otro se sentaba, siempre, de espaldas al mar. Los dos hablaban poco. Y ambos coincidían en que, cuando acabase la guerra, se retirarían a las montañas. Que nunca más pisarían un barco.

—Pero volviste a navegar... —apreció Neudorf.

Carmen asintió.

—Siempre que haga buen tiempo —musitó, casi sonriendo.

Contuvo el impulso de acariciarle la mejilla.

—La tormenta del otro día no debió de ser agradable —acertó a decir.

Ella le quitó importancia con la mano.

Sus ojos brillaban en la penumbra de la galería.

—El caso es que, dos semanas después de aquello, tras pasar varios días en Orán, me negué a embarcar de nuevo. Mi padre me dejó a cargo de un amigo suyo, un ingeniero español que supervisaba las obras el puerto. Allí conocí a John Singer Sargent. Un maravilloso pintor americano...

Felipe abrió los ojos y fue a decir algo, pero Carmen continuó hablando.

—... que se mareaba cada vez que pisaba un barco, pero que sentía una fascinación enfermiza por el mar. Por su superficie inestable y siempre cambiante...

—Por el misterio que encierra —murmuró, casi como para sí mismo.

Se le acababa de ocurrir una idea.

Carmen aprovechó una pausa para observarle con curiosidad.

—Allí, con él, aprendí a observar —continuó—. A analizar la perspectiva en cada cuadro, a mezclar colores, a apreciar la batalla entre la luz y las sombras...

Neudorf aspiró aire despacio. Iba a decir algo, pero decidió que era mejor permanecer callado.

La joven ladeó la cabeza.

—He pintado desde entonces —afirmó—. Pero tardé años en llegar a la conclusión de que necesitaba explicar el mundo a través de mis obras.

De pronto, todo encajó en la cabeza del soldado.

Pilar Montaner, la mujer de Sureda, también era pintora. El matrimonio había heredado una de las mayores fortunas de la isla y, como parte del excéntrico mecenazgo que prodigaban, habían convertido la Cartuja para —además de utilizarla como residencia de verano— acoger a artistas consagrados y jóvenes promesas.

—¿Fue Pilar la que te descubrió? —preguntó Neudorf.

Había tristeza en su pregunta. Un dolor absurdo por el pasado que no habían compartido.

Así que esto, se dijo, evitando una sonrisa sorprendida, son los celos.

Era un sentimiento absurdo. Pero era real.

Carmen se apoyó en la balaustrada de piedra, de espaldas al atardecer, y se cruzó de brazos.

—Poco después de que estallara la guerra en Europa, dejé de navegar con mi padre y me instalé en Deià. Malvivía para pagar los lienzos y las pinturas, pero amanecía frente al mar y era feliz... Un día, Pilar apareció en mi estudio y me compró un cuadro.

Una sonrisa evocadora le cruzó el rostro.

—A los dos meses —continuó— tenía mi propio cuarto aquí, en la Cartuja... Y ya sabes cómo son aquí las señoronas. De puertas para fuera, me encargo de sus hijos, pero en realidad... pinto.

Neudorf recordó la conversación en el Nereide.

—¿Cómo va tu cuadro? —preguntó.

Carmen se giró y el sol incidió en sus ojos, incendiándolos.

—¿Alguna vez has visto el estudio de un pintor? —preguntó, esbozando aquella sonrisa imposible de descifrar.

Él frunció el ceño. La verdad era que, a pesar de todo lo que había estudiado y debatido con Babenburg sobre arte, no había estado en ninguno; y su estúpido orgullo —otra vez— le impedía verbalizarlo. Ella interpretó aquel silencio como una negativa.

—Sígueme.

Atravesaron varias estancias hasta llegar a la puerta de una celda algo más grande que las demás. Carmen hizo girar la manilla y accedieron a una amplia terraza con arcos de medio punto. A pesar del espacio abierto, el fuego estaba encendido, y las breves ráfagas de viento eran compensadas con el calor de la chimenea.

Un gran lienzo sobre un caballete de madera reinaba en medio de la sala. Neudorf arrugó la nariz, sorprendido. Olía a aguarrás, a óleo y a madera; y a algo fresco y metálico que no supo identificar. A su derecha varios cuadros terminados estaban apoyados contra la pared. El suelo estaba cubierto por una vieja sábana salpicada de manchas de pintura.

—Bienvenido a mi reino —murmuró Carmen.

Un largo diván sepultado entre grandes almohadones, un pequeño escritorio con un tapete verde y una gran jaula de madera con dos canarios completaban el mobiliario. Tras los arcos de piedra, el verde acorazado de la sierra.

Neudorf avanzó con cautela, embelesado.

La estancia desprendía aplomo. Una sencilla serenidad. A pesar del desorden inicial, todo tenía su sitio y todo encajaba. Había cierta simetría entre el diván y la jaula. Un impenetrable propósito en la posición del escritorio.

Con Carmen observando de cerca sus reacciones, Neudorf se acercó al lienzo que ocupaba el centro del estudio. En él se veía un oscuro atardecer. El cielo era claro, casi amarillo, con unas nubes grises y azuladas que lo ensombrecían. Había, también, humo de un incendio lejano. La escena estaba ubicada en medio del campo, en un sembrado cuyo contorno se difuminaba en la luz moribunda. Un soldado sin rostro, cabizbajo —con un casco de oficial austrohúngaro entre las manos—, contemplaba un sudario de tela sucio y alargado que descansaba a sus pies.

Neudorf se aproximó más, con el estómago encogido.

Frente al soldado, una fosa vacía, de poca profundidad, parecía esperar el cuerpo sin vida que la bolsa envolvía.

Un fusil y un sable estaban tirados en el suelo.

En el cuadro había quietud, cansancio, melancolía. Y había también desesperación.

—La soledad de un soldado... —masculló, sin mirarla, recordando su primera conversación.

—En una guerra que no es la suya —completó ella.

Neudorf apretó los dientes. Aquel era el entierro que no le había podido dar a Babenburg. El cuadro resumía su remordimiento. Su angustia y su desgarro.

No sabía por qué, pero el cuadro lo reconciliaba con todo aquello. Era el homenaje que su padrino merecía. El final que él necesitaba.

—No sé qué decir —alcanzó a decir, girándose.

Dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la pintora. Una sonrisa, húmeda y triste, le inundaba el rostro. El cobre candente de sus ojos iluminándole como un faro en una tempestad.

—Entonces —dijo Carmen, abrazándole con fuerza—, no digas nada.

Capítulo 34

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —Los seres humanos son simples. Simples y frágiles. Llegado el momento, te traicionarán por una idea, por dinero o por amor.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Era casi mediodía cuando Neudorf salió a la terraza. Vestía una chaqueta gris de pana y unos pantalones anchos, que le caían con gracia sobre las botas de cuero pensadas para andar por el campo. No llevaba corbata y el cuello rígido de la camisa azul enmarcaba su rostro, donde se atisbaba un rastro de barba bien cuidada.
A pesar de la frescura que desprendía, apenas había dormido.

No había nadie en el salón. Cosimo estaba sentado solo en la terraza, contemplando el mar.

El día anterior, tras su encuentro con Carmen, se había deshecho del abrazo en silencio y, tras besarla en la mejilla, había abandonado la Cartuja.

Necesitaba pensar.

Aquel cuadro le había afectado más de lo que esperaba. Los recuerdos de la muerte de Babenburg lo habían cogido desprevenido, golpeándole como un ariete.

Una tumba sin nombre, había pensado durante el regreso a Son Galcerán, arrullado por el trote de Janto.

La nostalgia del pasado dio paso a todas las adversidades del presente.

La información que les había proporcionado Tomeu era esencial: tenían al asesino; y una idea descabellada comenzó a formarse en su cabeza.

Cuando regresó de la Cartuja estaba anocheciendo.

—Vamos a desenterrar un tesoro —había anunciado a Cosimo en cuanto entró en la casa.

El italiano, sin hacer ninguna pregunta, se había levantado del sofá y había asentido.

Rebuscaron en los armarios hasta encontrar dos palas —con el mango de madera algo carcomido y el hierro oxidado— y se internaron a pie en la noche. Había luna llena y su luz pálida iluminaba sus pasos. Felipe le susurró a su amigo el plan mientras recorrían el bosque. El italiano le observó con ojos maravillados, pero no dijo nada. El resto del camino lo hicieron en silencio, concentrados. Tardaron dos horas en llegar al lugar indicado. Cuando reconocieron el emplazamiento, comenzaron a cavar.

A pesar del frío, no hacía viento y el cielo estaba despejado. Mas allá de la terraza, el mundo estaba tan quieto y brillante como un lago helado. La abuela Luisa y María Miquela aún no se habían despertado.

Cosimo apreció la sombra de Neudorf y se giró.

—Buenos días, Felipe —saludó—. Espero que hayas descansado.

Él rememoró la escena de la noche anterior.

Los dos soldados en mangas de camisa, con el sudor brillándoles en la frente, amortiguando todo lo posible los golpes contra la tierra. Un, dos. Un, dos. Y el suelo se iba abriendo, poco a poco, bajo sus pies. Hasta que la pala de Cosimo chocó contra madera hueca y los dos supieron que habían encontrado lo que buscaban.

Habían regresado a casa sudorosos y cubiertos de tierra, a las cinco de la mañana. Estaban exhaustos, pero habían decidido abandonarse a la grandeza de aquel instante.

Tenían un plan. Y lo estaban llevando a cabo.

—Ni un poco —reconoció Neudorf.

Cosimo sonrió a medias y se giró para contemplar el paisaje.

—Sabes... —murmuró—. A pesar de la muerte de mi hermano, de la Cosa Nostra, de la guerra... jamás he perdido la esperanza.

A pesar del misterio encerrado en sus palabras, Neudorf lo entendió.

Quizá, se dijo, la felicidad sea esto: respirar en silencio el aire frío del mediodía, la compañía de un amigo, algo de tabaco, contemplar el mar... y la persecución incansable de la verdad.

No renunciar a la luz, reflexionó Neudorf.

Apuró el café y se dirigió al salón principal. Seguía dándole vueltas a la historia de Carmen con Sargent.

Quería pagarle el cuadro del entierro de Babenburg con otro cuadro.

Descolgó con cuidado uno de los cuatro lienzos del pintor y al tratar de desmontar el marco, descubrió que estaba hueco. Tras el hallazgo, subió corriendo al despacho de su padrino.

«Todo está en la caja fuerte», le había dicho el notario. Esa era la frase que Babenburg le había pedido que transmitiera verbalmente a su ahijado.

Y al abrirla, lo único que contenía eran las facturas de los cuadros de Sargent.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cosimo desde la terraza.

Neudorf había bajado con los papeles en la mano y se dispuso enfrente de los cuatro cuadros. Analizándolos uno a uno.

—¿Recuerdas la carta de Babenburg? —le preguntó al italiano—. ¿El acertijo?

Este se levantó y se unió a él en el salón.

—¿Llave y cerradura? —aventuró, aún somnoliento.

Él asintió y le mostró una de las piezas huecas del marco.

—Creo que he encontrado la llave.

Los dos estaban inquietos cuando abandonaron Son Galcerán. Neudorf tenía pensado visitar a su madre por la mañana y ambos convinieron en que el movimiento y el aire libre les vendría bien para pensar.

La Tramontana los acogió como a un viejo amigo, y Felipe se abandonó a la idea de que el tesoro de Babenburg comenzaba a parecer algo más que real. Iba pensando en ello cuando un jinete surgió de improviso de la arboleda cruzándose en el camino.

La figura alzó las manos, divertido, al contemplar las dagas de Cosimo y la Colt M1911 de Neudorf.

—Tranquilos, tranquilos... —masculló con voz queda Luis Fornés, haciendo caracolear al caballo.

Los dos soldados guardaron las armas con cautela mientras el contrabandista se acercaba a ellos con aquella sonrisa de tiburón paciente atravesándole la cara.

—Vaya con los putos militares —exclamó, sonriente—. ¡Siempre esperando una emboscada!

Neudorf lo saludó sin ganas. Comprendía qué había pasado. Por qué su tío acudía a él. Su tío era demasiado alto para el caballo que montaba, y las piernas le colgaban fuera de los estribos. Llevaba un poncho desgastado y un gran sombrero plano de rafia. El pelo largo le caía por los hombros.

—Vengo a informarte de lo que ocurrió ayer por la noche —susurró cuando llegó a la altura de su sobrino—. El capitán francés estaba bien comprado. Todo sucedió sin incidentes.

—¿Al mar? —preguntó Neudorf.

Fornés negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No, Felipe, al cielo. Tiramos los sacos de trigo al cielo.

—Muy gracioso —dijo Cosimo con ojos serios—. De lo mejor que he oído.

El contrabandista le dirigió una mirada aburrida y soltó una pequeña carcajada. Se estaba divirtiendo.

—Ausias May quiere verte —declaró—. No hay prisa, sabe lo que tienes entre manos... Pero quiere verte.

Neudorf ignoró el ofrecimiento, cogió a su tío por el brazo y le preguntó:

—¿Habéis escondido alguna vez mercancía en los marcos de los cuadros?

Este se inclinó hacia delante y frunció el ceño, extrañado tanto por la firmeza de Felipe como por aquella pregunta inesperada, pero, tras llevarse la mano al mentón y reflexionar un segundo, asintió.

—¿Lo sabe la Guardia Civil? —insistió Neudorf.

Fornés esta vez sonrió.

—Lo descubrieron hace años —afirmó—. Hace tiempo que dejamos de utilizar ese sistema.

Felipe le agradeció la información con un gesto rápido. Su tío hizo caracolear de nuevo al caballo y Cosimo pensó que, si el animal fuese un poco más pequeño, iría arrastrando los pies por el suelo.

—Una deuda por otra deuda... —murmuró el contrabandista sin dejar de sonreír—. ¡Estamos en paz, sobrino!

Y antes de que el aludido pudiese añadir nada más, clavó los talones en las ijadas del caballo y se perdió en la bruma matinal del bosque.

—Había olvidado el tema del trigo —fue lo primero que dijo Neudorf.

Sentía un amargo vacío en el estómago. Imaginaba la conversación con Levi que aún estaba por llegar.

—O no lo querías recordar... —murmuró el italiano—. No le des muchas vueltas, Felipe. Todo está en su sitio.

Puede ser, dijo Neudorf, casi como para sí mismo.

Todo tenía sentido. Pero, aun así... El entretanto iba a ser complicado.

Atravesaron las columnas de piedra de la entrada del Trinidad, descabalgaron y, antes de acceder al edificio, se acercaron al almacén para comprobar que todo el cargamento que habían traído de Sicilia seguía en su sitio. Las monjas habían inventariado todo y estaban empezando a darle uso.

Algo más satisfechos, se adentraron en el hospicio y recorrieron los pasillos fríos y desangelados. A pesar de lo intrincado del recorrido, no necesitaban que nadie les guiase. Felipe conocía de memoria el camino hasta el ala de los Extraviados.

Su madre estaba, como siempre, sentada de cara a la ventana. Neudorf esbozó una sonrisa cansada.

—Así contemplabas tú el mar esta mañana —le dijo a Cosimo.

El italiano sonrió.

—Lo bello requiere concentración.

Aunque sabía que no le respondería, le contó a su madre la vuelta de la abuela Luisa a Son Galcerán, su visible mejoría; y cómo la anciana decía que era por estar enfrente del Mediterráneo. Entre susurros, expuso las pistas cada vez más sólidas que tenían sobre el asesino de Catalina y le describió la traición de Posse y Salomé.

Cuando mencionó a la doctora, Cosimo apretó los labios.

—Una mujer compleja —añadió con una sonrisa triste.

Neudorf apoyó los codos sobre las rodillas y soltó un suspiro.

Había cierta nostalgia en las palabras del italiano, pero no podía culparlo. Además de sus infinitos ojos azules, la doctora ostentaba una personalidad diferente, un incendio propio. Y aquello había abierto una brecha inesperada en la soledad de su amigo.

El problema es, se dijo Neudorf, si es mutuo.

Salomé Martí era la amante de Ausias May. Olvidar ese dato podía ser peligroso.

Se giró para observar a su madre y advirtió que los ojos de Antonia se movían, como interesados con todo aquello.

Pero fue un momento fugaz.

Cosimo se alejó para que pudiese despedirse y, juntos, abandonaron el ala. Pensaban regresar a Son Galcerán, pero al salir del edificio, como invocada por algún dios cruel e impertinente, se encontraron de frente con Salomé.

La doctora había cambiado la bata blanca por un vestido de viaje verde oscuro. Llevaba el pelo recogido cubierto por un pequeño sombrero con una pluma, guantes y arrastraba una maleta que debía de pesar lo mismo que ella. El siciliano se apresuró a arrebatársela de las manos.

Los dos se observaron con cautela, como dos enemigos que se encuentran en el campo.

—¿Se va de viaje? —acertó a preguntar Neudorf.

Salomé se giró hacia él sin mirarle del todo.

—A Barcelona —explicó—. A una convención de cirujanos.

Cosimo abrió la boca, pero no dijo nada, y Felipe comprendió que estaba de más.

—Iré preparando los caballos —dijo mientras se alejaba dejándolos solos.

Ambos lo siguieron con la mirada hasta que desapareció tras los almacenes. Cosimo se decidió a hablar.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

El enfado de la doctora se había disuelto. El tiempo y la distancia lo habían vuelto absurdo. No había ni un atisbo de oscuridad en el azul cobalto de sus ojos.

—Cuatro o cinco días —respondió ella—. Depende del barco de vuelta.

A pesar de todo, Cosimo sintió la necesidad de disculparse.

—Lamento mi insistencia el otro día. Fue un comentario desafortunado.

La zozobra de Salomé dio paso a una alegría discreta.

—No se preocupe. Ya está olvidado.

Los labios traicionaron a Cosimo, esbozando una sonrisa no pretendida. Trató de recordarse quién era en realidad esa mujer. Lo que perseguía. Pero no le sirvió de nada.

—A su regreso, me gustaría compensarlo.

Sabía que todo aquello era imposible, que se estaba engañando a sí mismo, pero lo dijo de corazón.

—Más le vale —murmuró la doctora.

La acompañó hasta el coche de caballos que la esperaba en la entrada y colocó sin esfuerzo la maleta en el techo. Se despidieron con un gesto leve, casi cariñoso, pero no dejaron de mirarse hasta que el vehículo desapareció tras el muro de piedra que rodeaba el hospicio.

Neudorf llegó con Janto y Balio justo cuando Cosimo soltaba un largo suspiro.

—¿Todo bien? —preguntó, preocupado.

El italiano se giró sin apenas mirarle.

—No lo sé —masculló.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Felipe, intuyendo la respuesta.

Cosimo montó con agilidad y acarició, distraído, el pelaje blanco de Balio. Tenía la mirada ausente, reflexiva. Trató de ordenar las ideas y al cabo de varios segundos se giró, severo, hacia su amigo.

—¿De verdad crees que es ella?

Neudorf iba a responder que a pesar de que todo indicaba que sí, no tenía certezas. Que tenían que llegar hasta el final para descubrirlo.

Pero, por la misma entrada de piedra por la que Salomé había abandonado el recinto del Trinidad, apareció un jinete al galope.

—El que faltaba —acertó a decir.

La figura se fue haciendo más reconocible conforme recortaba la distancia. A diferencia de otras veces, Levi vestía de cualquier manera, como si se acabase de levantar y se hubiese puesto la ropa arrugada del día anterior. Venía con el rostro crispado y su ojo sano estaba encendido. En cuanto los alcanzó se lanzó del caballo mientras señalaba inquisitivo a Neudorf.

—¡Tú! —gritó.

Cosimo trató de ponerse en medio, pero Felipe lo retuvo. Aquello tenía que ser así.

—Todo el puto día hablando de deber y honor... cuando en verdad eres escoria —escupió el *batle*.

Estaba tan cerca que Neudorf pudo sentir el olor a alcohol en su aliento.

—No sé a qué te refieres, Levi —aseguró, componiendo su mejor extrañeza.

El alcalde soltó una sarcástica carcajada.

—¡Que no lo sabes! —exclamó incrédulo—. Aquella tarde, en el puerto de Valldemossa, me sonsacaste lo de Ausias May. El plan que tenía para evitar que nos desangre como a corderos. ¡El maldito trigo que exigen los terratenientes para no votarle en las elecciones!

Neudorf asintió.

—Me confiaste el plan, es cierto, ¿y qué?

—¿Y qué? —bramó Levi—. Os vieron en Palma, en el puerto —explicó a través de la rabia— y mientras tú y el comandante de los carabineros intercambiabais caricias, tu mayordomo italiano —añadió señalando con desprecio a Cosimo— sobornaba al capitán del mercante francés para que no opusiera resistencia cuando lo interceptaran en el puerto de Valldemossa. Cuando tu tío —incidió, temblando— lo asaltase.

Todo había ocurrido aquella noche. La travesía nocturna del mercante, la espera de los hombres de Ausias May a la entrada del puerto.

El intercambio de dinero y la indiferencia.

Se giró para buscar algún apoyo en Cosimo, pero el italiano miraba al suelo, avergonzando.

—Han lanzado todos los sacos de trigo al mar —suspiró exasperado el *batle*—. Mi salario de varios años. La deuda que contraje. La cosecha del año que viene... La promesa que hice de pelear por un lugar mejor.

Dio dos pasos hacia adelante y se enfrentó a él, clavándole los ojos.

—Da gracias a que Babenburg esté muerto —murmuró—. Así no tiene que presenciar este bochorno. Su ahijado asociado con mafiosos, criminales y contrabandistas.

Felipe le sostuvo la mirada, recordándose que todo aquello tenía tiempos e implicaciones.

Levi chasqueó la lengua impotente y una inmensa tristeza sustituyó a la rabia.

—Este es el mejor ejemplo de cómo se pierde la dignidad —dijo como para sí mismo, mientras se giraba para recuperar su caballo—. De cómo el coraje no dura para siempre.

Capítulo 35

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —Un hombre con suerte se pasa la vida entera avanzando en una misma dirección.

Cuartel de Carabineros de Deià, 1919

El viento envolvía el cuartel de Carabineros de Deià, filtrándose por los huecos mal tapados de las ventanas y los resquicios de las puertas. Fuera, el cielo estaba cubierto de un gris de un oscuro indeterminado y llovía con ferocidad. Los carabineros contemplaban con un alivio desesperado el exterior. Sabían que habían tenido suerte. La mitad de sus compañeros patrullaban la sierra de la Tramontana o vigilaban, en varios barcos, las diferentes calas de la costa. Por lo general, los contrabandistas aprovechaban aquellos temporales para mover a plena luz del día su mercancía.

Si a aquello se le podía llamar día, pensó Neudorf.

La luz mortecina del mediodía le hería los ojos y le obligaba a entrecerrarlos. Las nubes se cernían sobre la sierra como un gigante hambriento, ocultando el sol; y todo parecía estar envuelto en un delicado sudario que no terminaba de deshacerse.

Vicente Lerena acababa de regresar, empapado de agua, de su ronda matinal. Estaba, como siempre, de mal humor. Se había despojado de la capa, de la semiautomática Campo Giro y de las botas mojadas y se había sentado junto al fuego en silencio —con una manta sobre los hombros— dándole la espalda a Cosimo y Neudorf. Su perfil afilado quedaba aún más en relieve, recortado por la sombra oscilante de las llamas. Tenía la mirada fija en el fuego. Como si, gracias a aquella concentración, fuese a secarse más rápido o los dos soldados que respetaban su silencio fuesen a irse antes.

Felipe se armó de paciencia. Aquella era una visita necesaria y no quería ni confesiones ni airear rencores antiguos. Entre otras cosas, el fin de aquella conversación era confirmar que no se había dado cuenta —aún— de que la autopsia que ocultaba en la sentina de su barco había desaparecido.

Lerena se giró a medias. Temblaba un poco de frío. Pero había disposición en sus gestos.

—La última vez que estuvo aquí, señor Neudorf, me dio la impresión de que no se fiaba de mí.

En la visita anterior, le había pedido la autopsia de Catalina Horrach y él le había informado de que había desaparecido. La despedida no había sido del todo amigable.

Felipe unió las dos manos, conciliador.

—No fue mi intención —dijo con firmeza.

El carabinero terminó de girarse y le echó un vistazo rápido a Cosimo, evaluándole.

—Hace cinco años deposité una copia de la autopsia en la Comandancia de Palma —explicó Lerena, encarando de nuevo a Neudorf—. Hace unos días me confirmaron que sigue allí... Si quiere, puedo gestionar que se la dejen ver.

Neudorf trató de que sus músculos faciales no le traicionasen y rezó para que su compañero no pusiese los ojos en blanco o soltase una risa escéptica.

Pero los dos supieron controlarse.

La autopsia que había en la Comandancia probablemente era una copia modificada. No saldría nada del embarazo de Catalina, ni quién la atendió.

—Se lo agradeceríamos mucho —dijo Neudorf, fingiendo entusiasmo—. Tenemos una teoría que nos gustaría comprobar.

Lerena se inclinó hacia delante, interesado.

—Como le dije, Catalina conocía a su asesino, ya que le dio la espalda —explicó Felipe—. Es decir, confiaba en él.

El carabinero lo observaba con la misma mirada penetrante que minutos antes le había dedicado al fuego. Neudorf rompió el contacto visual para coger un Moeris y, mientras encendía con parsimonia la cerilla, contó mentalmente que ya solo le quedaban cuatro cigarros.

—Hubo una persona que apareció por el Trinidad el mismo día que Catalina escapó...

—¿Quién? —exigió Lerena.

Soltó el humo del cigarro, sintiendo como avanzaba, pero parte de su esencia se quedaba irremediablemente atrás —en los campos devastados de la frontera austrohúngara, en el mar Adriático, en la tumba sin nombre que Carmen había inmortalizado en su cuadro— y fue Cosimo el que contestó.

—Julio Maneu —mintió con su suave acento italiano—. Un hombre de Ausias May.

Era el gánster que había tratado de estorbar la recogida del material médico en el puerto de Palma. Los dos soldados habían llegado a la conclusión de que, si su sospechoso estaba lejos del círculo de Horrach, Lerena estaría más dispuesto a ayudarles.

El carabinero dejó escapar lentamente el aire por la nariz. Se deshizo de la manta que lo cubría y acercó las botas al fuego. Comenzaba a entrar en calor.

—Esa fue mi sospecha desde el primer momento —dijo en un murmullo—. Pero la Comandancia acusó a Babenburg y olvidó el tema.

Parecía que el hecho de compartir aquella conclusión lo había agotado.

—Las dos aberturas de los disparos… —continuó.

Pero Neudorf ya sabía a qué se refería.

—Eran de un calibre de 11 mm —concluyó Felipe—. El mismo que el Smith & Wesson de Maneu. Es la última prueba que nos falta.

Era otra mentira a medias. Se habían reunido, pero en ningún momento habían hablado de la autopsia.

—Si coinciden, habrá que detenerlo… —añadió Neudorf, clavando sus ojos en el carabinero—. Y necesitaremos su ayuda.

Lerena arqueó una ceja.

—¿Y la Guardia Civil?

Tenía razón. Los carabineros se habían encargado del asesinato de Catalina porque ellos la habían encontrado, pero el caso tendría que haber sido competencia de la Guardia Civil.

Neudorf se permitió, por primera vez aquel día, una sonrisa cansada.

—Eso nos lleva al segundo problema que queríamos comentarle —explicó con el Moeris entre los labios.

Lerena pareció darse cuenta en aquel momento de que la ropa

mojada aún se le pegaba al cuerpo y pidió que lo disculparan un momento. Volvió vestido con un jersey de algodón gris y un pantalón azul oscuro de uniforme. En las manos llevaba una pequeña navaja y su talla de madera.

Felipe observó con admiración la escultura. Ya no parecía un barco rudimentario. El carabinero se había empleado a fondo y aquello era una pequeña obra de arte.

—Me ayuda a relajarme —explicó mientras pasaba el filo por la figura y arrancaba, con cuidado, varias trazas—. Es un velero que compré. Está en el puerto de Valldemossa.

Lo sabemos, pensó Neudorf. Es el barco donde escondías la autopsia.

—¿Cómo se llama?

En el mismo momento en el que verbalizaba la pregunta, supo la respuesta.

El carabinero levantó la vista, escrutando sin prisa a los dos soldados, pero no respondió.

Su agresiva suspicacia había dado paso a una calma extraordinaria; y Cosimo y Neudorf intercambiaron una mirada rápida. Intuían que se debía al hecho de que su sospechoso no estaba relacionado con Horrach.

Por otro lado, aquello de la talla de madera los había cogido completamente desprevenidos.

—No soy un experto —añadió el carabinero, encogiéndose de hombros—, pero no se me da mal.

Neudorf se descubrió admirando la habilidad de Lerena. Las líneas de la talla permitían evocar sin dificultad un barco de vela de unos diez metros, con su palo mayor y el de mesana. El casco era proporcional a la cubierta, la regala se abría con elegancia en el costado para cerrarse en la amura; hasta había tallado jarcias y obenques diminutos.

Solo le faltaban las velas.

Cosimo le pidió, con un asombro real, verla de cerca y él se la alcanzó con naturalidad.

—¿Qué ocurre con la Guardia Civil? —retomó de pronto.

Mientras el italiano analizaba su destreza, Neudorf le expuso la situación, poniéndole al corriente de la desaparición de las dos cartas de Babenburg, el registro de Son Galcerán y las huellas que habían

dejado los dos asaltantes. Añadió, también —evitando el nombre de Tomeu—, sus sospechas, el seguimiento y el señuelo que habían ideado.

—¿Y quién fue el idiota que apareció en la Foradada? —preguntó Lerena.

Es afilado, se dijo Neudorf. El carabinero parecía eternamente cansado, pero tenía una mente despierta. Y lo estaba demostrando.

Le dio una calada al Moeris y sonrió a medias.

—El teniente Matías Posse —afirmó—. El responsable de la Guardia Civil en Valldemossa.

Lo normal habría sido mostrar sorpresa, pero el rostro de Lerena era impenetrable.

—¿Y su socio es una mujer?

Él asintió.

—¿Quién es?

Cosimo se puso tenso, pero Neudorf fue más rápido.

—Tenemos que ser discretos —murmuró—. Cuando tengamos a Posse, iremos a por ella.

—Hay algo en esta isla... —suspiró Lerena— que vuelve a las mujeres indómitas.

Había algo de luz herida en sus ojos. Volvía a tener la talla entre sus manos, pero estas se habían interrumpido. Chasqueó la lengua con ojos brillantes, bajó la mirada para observar el barco de madera y sonrió.

—Hay cosas que vives sin saber que son irrepetibles —concluyó.

Neudorf se pasó la mano por la cara. De repente, se sentía cansado.

Sabía a qué se refería el carabinero.

—A pesar de todas las desgracias que Pandora liberó —murmuró Neudorf—, cuando consiguió cerrar la caja, mantuvo la esperanza dentro.

Lerena soltó una carcajada seca y escéptica.

—Mi esperanza se hizo añicos hace cinco años —masculló.

Los tres se quedaron en silencio.

Neudorf observó la talla una vez más y le dio una última calada al Moeris.

El barco de Lerena, pensó, el de verdad, el que estaba amarrado en el puerto de Valldemossa y donde había ocultado la autopsia, se

llamaba Catalina.

En algún lugar, una contraventana zarandeada por el viento inclemente golpeaba rítmicamente el quicio que la sustentaba. La lluvia, fuera, arreciaba. El fuego de la estancia había perdido intensidad y el gris del día doblegó, un poco más, la escasa luz que resistía.

El ánimo general se resintió. Y Neudorf creyó, por un momento, que el carabinero iba a lanzar a las brasas su magnífico barco de madera. El Moeris moría entre sus dedos.

Ya solo le quedaban cuatro.

—Siempre que el comandante Santa Ponsa esté al tanto —dijo Lerena, al fin— cuenten conmigo y con mis hombres. —Su voz desprendía una inesperada serenidad—. Así podré acallar, de alguna manera, los remordimientos que me persiguen... —suspiró, mientras observaba la talla—. Todos los fantasmas que me acechan.

Capítulo 36

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

—La verdad siempre está ahí, esperando a que la gente la vea.

Son Galcerán, 1919

Atardecía en Mallorca y, desde Son Galcerán, el sol agonizaba hundiéndose en las nubes grises como una daga reluciente. Había dejado de llover, pero seguía soplando el viento, removiendo el cielo y los recuerdos. Los escalones de las Monedas estaban mojados y su brillo recordaba lo peligroso que era intentar bajarlas. La abuela Luisa estaba sentada en la terraza, envuelta en varias mantas. Decía que necesitaba sentir el frío en el rostro. Que había estado demasiado tiempo encerrada. Trataba de leer un libro, pero el aire le arrancaba, una y otra vez, las páginas de los dedos.

Tras varios intentos fallidos, desistió.

Su nieto la esperaba en salón, leyendo también, hundido en un sillón enfrentado al de Cosimo.

—No te rías, imbécil —rugió la anciana.

Neudorf, sin mirarla, amplió su sonrisa. Tanto Cosimo como él habían insistido en que hacía demasiado viento. Que no iba a estar cómoda y que le convenía reposar. Pero ella se había empeñado en salir. Antes de que abandonase el salón, su nieto le había dicho que volvería antes de una hora.

Solo habían pasado treinta minutos.

La abuela Luisa se acurrucó al lado del italiano, cogiéndole el brazo, sin dejar de mascullar improperios.

—Cosimo, querido —dijo dulcificando el tono—, ¿te importa acercarme el punto?

Felipe la observó con cariño. Su abuela era así. Como una

tormenta de verano: repentina y violenta, pero agradable. La anciana recogió la lana y las agujas de las manos del italiano y se afanó en una pequeña chaqueta gris.

—¿Qué tal lo vuestro? —preguntó de pronto, aún concentrada, sin dejar de entrecruzar agujas.

Neudorf dejó las *Meditaciones* de Marco Aurelio a un lado, se recostó en el sofá con las manos en el pecho. Aún le molestaban las heridas, pero, en general, se encontraba bien. El corte en el brazo había cicatrizado sin problemas y el disparo en el costado le dolía en función del tiempo. La anciana insistía en que la bala había tocado algún hueso. Según ella, sabía predecir la lluvia y su intensidad simplemente por cómo le dolía la cadera.

Mantén la dirección, se recordó él, citando al emperador romano. Evita la impaciencia.

Cosimo, enfrente, le dedicó una mirada sosegada. Apenas habían dormido y los dos estaban agotados.

Pero había un sentimiento nuevo en su pecho.

El fuego en la chimenea, Neudorf leyendo, la abuela Luisa tejiendo. El viento, fuera, barriendo la Tramontana. La oscuridad se cernía sobre el día, pero él ya no tenía miedo. Algún dios generoso le había permitido sobrevivir a la guerra y recuperar el recuerdo del hogar que nunca tuvo.

Por primera vez en su vida sentía un extraño sentimiento de pertenencia.

Se sentía a salvo y, a la vez, expuesto. No quería perder todo aquello.

Aunque jamás se lo diría a Neudorf, tenía ganas de acabar con lo de Catalina. Los secretos de aquella isla —y la violencia que encerraban— eran implacables.

Catalina Horrach, Margalida Basabe y Bernardo Martorell había muerto para ocultarlos.

Pensaba en todo aquello cuando Felipe se incorporó para responder a su abuela.

—Va bien —afirmó con voz cansada—. Aunque...

La anciana redujo la velocidad de las agujas y alzó el rostro, conminándole a continuar. Neudorf cambió de posición en el sofá y soltó un largo suspiro mientras ordenaba sus pensamientos.

Tenían al asesino. Tan solo necesitaban la prueba definitiva. Y ya

estaban en ello.

Intuían que Horrach había incluido en sus negocios al conde de Algaida para que el noble mantuviese en secreto el embarazo de Catalina; Martorell había obtenido la dirección del Trinidad; y Lerena era el padre del bebé muerto. Horrach le habría amenazado con dejarle sin trabajo si decía algo.

La única que parecía no haber recibido nada era Salomé.

Y Horrach no era el tipo de persona que dejaba cabos sueltos.

Además, estaba lo último que había dicho Martorell. Que Juan Horrach era un monstruo.

El hecho de que su hermana le hubiese amenazado con revelar secretos familiares encajaba con todo lo anterior. A Catalina la habían eliminado. Así como a Margalida Basabe y al padre Martorell.

Lo que los llevaba a la última pregunta de todas: ¿qué querían ocultar?

Neudorf sabía que su abuela adoraba a Salomé.

No tenía ningún sentido martirizarla con sus sospechas. Aunque le ocultase ciertos detalles, quería hacerla partícipe de todo aquello. Así que decidió llevar la conversación por otro lado.

—¿Conociste al padre Martorell?

La anciana alzó la vista.

—¿Al padre Inútil? —Cosimo frunció el ceño. No entendía a quién se refería—. Martorell —especificó ella—. Un maravilloso incompetente. El lameculos perfecto.

Neudorf sonrió. Su abuela no había perdido facultades.

—El día anterior a la huida de Catalina, vieron a Babenburg discutir con el religioso.

—¿Por qué? —quiso saber la mujer.

—No lo sé... pero alguien tuvo que abrir la puerta de la celda —explicó su nieto—. Y solo pudo hacerlo Martorell. Era el único que tenía las llaves.

La anciana se encogió de hombros, como diciendo: todo puede ser, con el dinero apropiado de por medio.

—Además... —continuó Neudorf—. Aquel día, Horrach y Martorell fueron los primeros en llegar junto a Catalina.

La abuela Luisa se inclinó sobre la mesa, cogió la copa de vino de Cosimo y la vació de un trago. Y, cuando acabó, emitió un suspiro satisfecho.

—Tiene sentido —dijo—. El padre Inútil era un adulador de manual. Un pusilánime con sotana que se arrimaba al sol que más y mejor calentaba.

Cosimo se giró sin entender del todo y ella puso los ojos en blanco.

—Martorell era un imbécil, pero no era tonto —declaró—. Confesaba a los nobles y a los terratenientes de la Tramontana. Por lo general a cambio de favores. Probablemente, aquella mañana, habiendo dejado la puerta abierta de Catalina y sabiendo que él era el último responsable, acudió a la casa de Horrach con la excusa de confesarle a primera hora.

—¿Por qué? —preguntó Cosimo.

—Porque la coartada es perfecta —añadió la anciana—. Fingió discutir con Babenburg delante de todo el mundo, negándose a abrir la puerta... Pero, en realidad, la abrió... Y estaba con Horrach cuando llegó el aviso del Trinidad. A ojos del empresario, el culpable fue el padre Homs.

Neudorf se llevó la mano al mentón, pensativo.

—Puede ser —musitó—. Y tendría sentido...

—¿El qué? —preguntó la abuela Luisa.

—El día antes de morir asesinado —explicó su nieto—, Martorell me reconoció que Horrach era un monstruo.

La puerta del salón se abrió de golpe y apareció María Miquela.

—¿Habéis hablado con Magdalena Pons? —exclamó.

Los dos soldados la observaron sorprendidos. A la abuela Luisa aquello le pareció lo más normal del mundo.

—¿Estabas detrás de la puerta? —preguntó el italiano, sin dar crédito a lo que acababa de pasar.

La criada ignoró la pregunta.

—Magdalena Pons es la responsable de las cocinas del Trinidad —aclaró.

—Vaya nombre para una cocinera... —murmuró la anciana.

Cosimo miró a su amigo con la boca abierta y la sorpresa aún en los ojos, pero este se encogió de hombros.

Esas dos mujeres eran incorregibles.

Probablemente, María Miquela había estado escuchando la conversación a través de la puerta y no había podido resistirse.

Como el siciliano no reaccionaba, Neudorf trató de recuperar la

conversación.

—Hablamos con Magdalena hace dos días —aclaró—. ¿Qué ocurre con ella?

La criada cogió una copa de vino vacía y se la acercó a Cosimo para que se la rellenara. Si hubiese sido físicamente posible, los ojos de este se le habrían caído al suelo de tanto abrirlos.

—Era íntima del padre Inútil —explicó, tras sentarse en el sofá.

Se la veía cómoda. Aquello era su especialidad.

—El religioso estaba enamorado de ella... —añadió bajando la voz—. Pero la cocinera nunca le correspondió. Al cabo de un tiempo, él se resignó y se hicieron amigos. Fue Martorell el que le dio su primera oportunidad en las cocinas del Trinidad. Si Horrach es un monstruo o si fue Martorell el que dejó abierta esa puerta... ella lo debería saber.

Neudorf comprobó la hora en el reloj de pared —eran las seis de la tarde— y chasqueó la lengua, mientras se incorporaba.

—Hay que volver a hablar con ella.

El italiano se puso en pie como un resorte.

—Iré yo —zanjó—. Tú...

La frase murió en sus labios antes de que la terminara. Recorrió el salón sin saber bien a dónde ir y, cuando se dio cuenta de que no sabía qué estaba haciendo, trató de recuperar su copa de vino de la mesa, pero la anciana la cogió antes.

—Tú, ¿qué? —preguntó mirando a su nieto.

Cosimo dio un paso atrás, como si la mujer quemase. Felipe no tuvo más remedio que intervenir.

—Después tengo... tenemos algo.

La abuela Luisa intercambió una mirada con María Miquela. Como si lo hubiesen ensayado, ambas entrecerraron los ojos y sonrieron a la vez.

—Tienes... —seseó la anciana como una serpiente—. ¿La hija del marino?

Neudorf no pudo evitar ruborizarse.

—Eres un bocazas —le reprendió al italiano.

—No sé mentir... —se defendió el aludido—. ¡Y menos a estas dos!

La abuela sonrió, satisfecha.

—Definitivamente, que vaya al Trinidad el siciliano... —añadió

tras beber un largo trago de vino y recuperar el punto—. Necesitamos a un bebé para toda esta ropa que estoy tejiendo.

Ya era noche cerrada cuando Cosimo llegó al Trinidad a lomos de Balio. Llevaba una gruesa capa cubriéndole el cuerpo y, aun así, sintió cómo un vértigo helado se había instalado en sus huesos.

Había crecido frente al Mediterráneo y sabía lidiar con sus inviernos, pero aquel frío era diferente. Conquistaba, palmo a palmo, la alegría. Mataba por congelación las ganas de continuar.

Apretó los dientes para que no castañeasen y aferró las riendas a través de los guantes, mientras observaba cómo su propio vaho se perdía en la noche.

Pronto acabará todo, masculló en voz alta.

Clavó los talones en las ijadas del caballo y este, tras un relincho, se puso en marcha. La puerta del Trinidad estaba abierta y había varias ventanas iluminadas. Por lo demás, con aquella oscuridad ocultando los matices, cualquiera habría dicho que el hospicio estaba abandonado.

Cosimo no pudo evitar un suspiro cargado de melancolía.

Todo el recinto le recordaba a Salomé. La médico se había instalado irremediablemente dentro de él. Había algo en aquellos ojos azules que le atenazaba el pecho. Algo que no lograba descifrar. Eran cosas sencillas, detalles menores: su manera de andar, de alzar el mentón cuando discutía con Neudorf; la manera de firmar recibos en aquel gran escritorio. Su fuerza. Su resolución. Su dulzura.

Sabía que era la amante de May y que había registrado junto a Posse Son Galcerán, pero, en contra de toda lógica, sentía algo por ella. Y había decidido dejar de culparse por ello.

Mientras se acercaba al edificio adyacente que albergaba las cocinas llegó a la conclusión de que lo único que le preocupaba era si sería capaz de perdonarla.

Le preocupaba porque sabía la respuesta.

En la estancia solo había una mujer removiendo una olla colocada sobre el fuego y le explicó que Magdalena ya se había marchado. Que volvería mañana. Iba a montar de nuevo en Balio cuando se le ocurrió que podía visitar a Antonia Fornés.

Desde que la abuela Luisa había regresado a Son Galcerán, apenas habían ido un par de veces.

Contempló de nuevo el Trinidad, respiró hondo y abrió la puerta principal.

Como si supiese de antemano que iba a llegar, clavada en medio del umbral del hospicio, lo estaba esperando Xisca.

—¿Dónde está Felipe? —preguntó extrañada.

Una punzada de celos le atenazó el estómago, pero alejó aquel sentimiento con la cabeza. La pequeña estaba sentada en el suelo, concentrada en el giro de la peonza que él le había regalado.

—Hoy no ha podido venir —explicó el italiano.

—¿Vas a visitar a su madre?

Asintió sin saber qué más añadir. Con Xisca se le daban mejor los comentarios puntuales que las conversaciones. Tenía dos cicatrices que asustaban tanto a niños como a adultos. No tenía un héroe de la *Ilíada* favorito. Ni si quiera le gustaba leer. Se limitaba a hacerla feliz en silencio.

—He estado pensando... —anunció ella.

—¿En qué? —preguntó Cosimo extrañado.

Xisca soltó un suspiro exasperado.

—En lo de Son Galcerán, hombre. En visitaros.

Él se cruzó de brazos. Aquello le superaba.

—Ah... ¿Y qué has decidido?

A pesar de la oscuridad incipiente, la niña levantó sus ojos azul marino y Cosimo sintió que se sumergía en el mar.

—Iré —anunció con solemnidad—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

Xisca sonrió.

—Que tú me enseñes la casa.

El soldado supo en aquel instante que Xisca jugaba con él como no lo había conseguido ninguna mujer en el mundo hasta la fecha. También descubrió que sería capaz de cualquier cosa por el bienestar de aquella niña.

—Trato hecho.

Ella volvió a concentrarse en su peonza.

—¿Cuándo iremos?

Había hecho la pregunta con desinterés. Sin darle importancia, pero Cosimo se dio cuenta, por primera vez, que estaba fingiendo.

—En primavera —mintió.

La pequeña se levantó y, sin añadir nada más, le dio un abrazo y como siempre se fue corriendo; dejando al italiano pensando en cómo era posible que aquella niña supiera siempre cuándo llegaban al Trinidad.

Cuando sus pequeños pasos se perdieron en la distancia, se concentró en el presente.

Conocía bien el camino hacia el ala de los Extraviados, por lo que, tras perderse solo dos veces, consiguió llegar. Ya era tarde, pero sabía que como la madre de Neudorf no daba problemas, las monjas la dejaban frente a la ventana hasta que conseguían acostar al resto.

Antonia Fornés estaba, como siempre, junto a la ventana. Había varias lámparas de aceite encendidas. La luz mortecina combatía silenciosamente a la sombra, refulgiendo y proyectándose en las solemnes columnas de salón, en el reflejo de las ventanas y en las antiguas paredes de piedra. Se escucharon unos gritos apagados al final del pasillo y Cosimo se estremeció. Se sentó junto a ella y, de repente, su corazón se detuvo.

Donde siempre había encontrado un rostro apagado y sin vida, descubrió una sonrisa cansada y unos ojos relucientes.

—Buenas noches, Cosimo —saludó Antonia Fornés—. Gracias por venir a visitarme.

Su voz era suave y fría como el mármol.

—¿Cómo...? —acertó a decir.

Ella se encogió de hombros con delicadeza. Tras quince años postrada en una silla, sus miembros, lógicamente, estaban débiles. Una sonrisa escueta apareció en sus labios.

—De vez en cuando... vuelvo —susurró.

Dos gruesas lágrimas desbordaron los ojos del soldado y rodaron por sus mejillas. Sabía lo que quería decirle. Lo había practicado mil veces.

—Su hijo me salvó la vida —musitó—. Es un privilegio conocerla por fin.

Antonia extrajo una de sus manos de debajo de la manta que la cubría y acarició el rostro compungido del italiano.

—Y tú cada día se la salvas a él —dijo—. Os necesitabais.

Cosimo asintió, conmovido, pero la expresión de Antonia no permitió más confidencias.

—Escúchame bien —exigió—. Puede que no tengamos mucho tiempo. Sé que estáis investigando la muerte de Catalina.

La melancolía desapareció de un plumazo y él recordó quién era: un *ardito*, un soldado, un guerrero.

—Dos días antes de la muerte de Catalina —continuó ella con urgencia—, Babenburg me confió el porqué de su huida. Por qué se la llevaba lo más lejos posible de esta isla.

Antonia bajó la voz confidente, y cuanta más información escuchaba Cosimo, más abría los ojos horrorizado. Cuando terminó, cogió con las dos manos el rostro del italiano y lo miró fijamente.

—Ve a buscar a Felipe —masculló con rabia— y, entre los dos, haced por fin justicia.

Cosimo recorrió el camino de vuelta en menos de un minuto y abandonó a la carrera el Trinidad. Montó a Balio con presteza y se internó al galope en la noche, apretando los dientes, furioso con su propia raza, llevando consigo la verdad.

El último secreto.

La luz definitiva.

CAPÍTULO 37

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —¿Qué consejo se daría a sí mismo si todo volviese empezar? —preguntó Neudorf.
> Babenburg se llevó la mano al mentón pensativo.
> Aquella era una buena pregunta.
> —Enfréntate a las cosas que te dan miedo —afirmó la cabo de unos segundos—. Haz cada día algo que te haga sentir incómodo.

Son Galcerán, 1919

Neudorf abandonó Son Galcerán media hora antes de que Cosimo, desde el Trinidad, se internara en el bosque como una exhalación.
Carmen había prometido preparar la cena, y él llevaba dos botellas de vino y un regalo. A pesar del frío que hacía, sentía una profunda turbación.

Aunque Mallorca se consideraba a la vanguardia de la cultura y la arquitectura española y cada vez había más independencia femenina en su vida social, el hecho de que una mujer soltera cenase a solas con un hombre en su propia casa haría estallar, sin remedio, toda clase de habladurías.

Y aunque Carmen despreciaba todo aquel juego de falsedad y apariencia, ambos sabían que no era inteligente desafiar —aún— ciertos preceptos. Los mallorquines no estaban preparados.

Neudorf venció el vértigo y se dirigió a la cuadra de Son Galcerán. Encendió la lámpara de gas que había en las caballerizas y apreció la ausencia de Balio, la montura de Cosimo. Se acercó a Janto, oscuro como la noche, y apoyó la frente en su hocico.

—Hoy iremos de otra manera —le susurró al caballo con voz tranquila.

Había decidido no cabalgar. Montar le arrugaría el pantalón de traje gris y sudaría sin remedio la camisa azul. Una chaqueta de espiga verde oscuro y un abrigo largo de lana completaban el atuendo que había elegido para aquella noche. Abrió una puerta de madera y tiró de un eje hasta que el faetón emergió de la sombra.

Entendió, en aquel instante, por qué lo había comprado la abuela Luisa.

A diferencia de la mayoría de los carruajes, este tipo solo necesitaba un caballo.

Pasó el arnés por el cuello de Janto y ajustó las correas. Aseguró las botellas de vino para que no chocasen entre sí y colocó con cuidado, entre los asientos, el voluminoso paquete envuelto en papel de estraza, cubriéndolo con una de sus capas. Cuando decidió que todo estaba en su sitio subió al banco del faetón —sintiendo en la espalda, cruzado en el cinturón, su inseparable Bowie y en el bolsillo del abrigo el Colt— e hizo resonar las riendas.

Atravesó la Tramontana arrullado por el trote tranquilo del caballo, tratando de contener los escalofríos sucesivos que le recorrían la espalda; pensando en que el vino le ayudaría a sobrellevar la angustia. La presión del día había disminuido y en el aire se podía sentir una intensa humedad que presagiaba una tormenta irremediable. Llegó a la Cartuja cuando las primeras gotas empezaban a chocar contra el suelo.

Un trueno, grave y antiguo, resonó en el cielo, y el agua se desplomó sobre Mallorca.

En aquel mismo momento, Cosimo llegaba a Son Galcerán, pero encontró todo apagado. La abuela Luisa estaba ya dormida y Neudorf se había ido. El italiano contempló la lluvia con impotencia y decidió esperar a que escampase. Su amigo tenía que estar al tanto de lo que había descubierto.

Ignorando la inquietud de Cosimo, Neudorf se presentó en la entrada de la Cartuja y recorrió con una ansiedad controlada los pasillos que ya empezaba a conocer. Carmen lo esperaba en la habitación contigua a su estudio, que hacía las veces de cocina y de comedor.

Se saludaron con alegría y cierta emoción contenida.

—Has tenido suerte —observó ella, contemplando la lluvia por la ventana.

Neudorf sonrió.

—Ambos la hemos tenido.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el paquete que él llevaba bajo el brazo.

Felipe estudió con atención la distribución de la estancia. A diferencia del estudio contiguo —el que había visitado la vez anterior — la estancia era un poco más pequeña, pero estaba mejor iluminada. En los arcos de piedra había enmarcadas unas modernas ventanas de vidrio que mantenían caldeada la habitación. Una mesa rectangular ocupaba el centro y en una esquina había una discreta cocina de leña con el fuego encendido. A la derecha, una puerta entornada daba paso a lo que parecía ser el dormitorio de Carmen.

Olía a canela y a azafrán.

Una de las ventanas —la más próxima a la cocina— estaba abierta. La lluvia crecía en el exterior y los rayos refulgían en el cielo. Neudorf se estremeció al pensar en los barcos que en aquel instante surcaban el mar.

Carmen lucía un sencillo vestido de tirantes, ceñido a la cintura, con dibujos azules y blancos; e iba, como siempre, descalza. Sobre los hombros llevaba un jersey de lana gris del que se deshizo enseguida, abandonándolo en una silla.

—Es un regalo —dijo, señalando con la cabeza el paquete.

Ella desató el cordel que lo rodeaba y retiró el papel con cuidado.

—¿Es la primera vez que envuelves algo? —preguntó, tras una pequeña carcajada, al observar el desastre que tenía frente a sí.

El otro se encogió de hombros, devolviéndole la sonrisa.

—Puede ser.

En sus manos tranquilas apareció un cuadro sin marco, algo oscuro, con ligeros toques de luz que lo cambiaban todo. El cielo, lleno de nubes sombrías, amortiguaba el fulgor del atardecer. Un barco —probablemente un vapor— atravesaba un inmenso mar rizado. La superficie brillante de las olas contrastaba con los profundos azules del horizonte.

En la obra, observó Neudorf, había grandeza y soledad. Un fulgor desesperado haciendo frente a la noche inevitable.

Luz y oscuridad, pensó. El equilibrio más antiguo del mundo.

Carmen lo contempló sin decir nada, analizando el contraste, abandonándose al desamparo.

—¿Quién...? —preguntó al fin.

La luz herida del cuadro se había instalado en sus ojos. Felipe tuvo que desviar la mirada para no empezar a temblar.

—El otro día mencionaste a un pintor que conociste en Orán —dijo con cautela.

—Sargent —murmuró, conmocionada.

Él asintió.

—John Singer Sargent —completó despacio—. Babenburg lo conoció en Venecia, en 1882, y, desde entonces, mantuvieron el contacto.

Carmen dio un paso hacia atrás.

—Babenburg siempre dijo que era un genio —continuó—. Y compró sus cuadros y acuarelas durante años. Los cuatro mejores siempre han estado en el salón de Son Galcerán... Ahora solo hay tres.

Los dos se observaron sin reparos. Neudorf apreció que la mesa estaba puesta y que algo burbujeaba en la olla de la cocina de leña, pero no quiso interrumpir la conmoción de la joven.

—No... No puedo aceptarlo —tartamudeó, tras parpadear variar veces.

Felipe sonrió.

—Ya es tuyo.

Carmen volvió a observar el lienzo y en los labios le creció, poco a poco, una sonrisa incrédula.

—Gracias —acertó a decir.

Gracias a ti, pensó Neudorf, recordando el cuadro que ella pintaba en el estudio contiguo. Pero decidió no decirlo.

Carmen colocó el cuadro un caballete vacío y dio dos pasos hacia atrás para observarlo con distancia. Ladeó la cabeza para apreciar los matices y al girarse, su satisfacción dio paso al sobresalto.

—¡La cena! —exclamó de pronto, lanzándose hacia la cocina.

La olla estaba cubierta pero el agua en ebullición había conseguido levantar la tapa y se derramaba por el hierro candente. Ayudada de dos trapos —uno en cada mano— apartó la olla del fuego y resopló.

—Como puedes ver —comentó mientras retiraba la tapa y comprobaba el contenido— la cocina no es mi fuerte.

Se apartó el pelo castaño de la cara con un elegante movimiento y sirvió la cena. Neudorf, sin dejar de observarla, abrió el vino. Era un Château Margaux, un Burdeos que había encontrado en la bodega de su padrino. El aroma afrutado del alcohol se mezcló con las especias. Se sirvió un dedo, mojó los labios para comprobar que no estaba picado y asintió. Estaba perfecto.

Llenó dos copas y le pasó una a Carmen.

—Arroz *brut* —anunció ella, tras una genuflexión fingida—. Espero que no se haya quemado.

Los dos se sentaron a la mesa y la joven le explicó los pormenores de la receta mientras él se perdía en el ámbar reluciente de sus ojos.

Reía, ella, sin ataduras; con todo el cuerpo.

Abría la boca y cerraba los ojos; inclinándose hacia delante mientras apoyaba en el pecho su mano derecha.

Neudorf mencionó lo diferente que era la comida en la guerra, pero Carmen le pidió que evitara las historias tristes. Que, a pesar de la lluvia, aquella era una noche concebida para la emoción y no para la melancolía.

Entonces le habló su abuela, de su humor afilado y volátil, de las cartas que escondía en el sostén para desplumar a sus amigas, de las cinco pesetas que le deslizaba los domingos sin que Babenburg se enterase. Le habló también de cómo se cayó al suelo la primera vez que disparó un arma. De los dos gemelos austriacos que se intercambiaban el nombre para irritar a su capitán. Le contó cómo se había emborrachado tras su primera batalla y que despertó tras las líneas enemigas. Tuvo que esperar al siguiente intercambio de prisioneros entre los dos ejércitos para volver con su unidad. Le detalló, también, el alto al fuego entre los dos frentes en la Navidad de 1914.

—Pero ¿cómo pudo ser? —preguntó ella, fascinada con el hecho de que los dos ejércitos cenasen juntos.

Ya habían terminado el arroz y, de postre, Carmen había horneado una deliciosa coca de patata. Habían abierto la segunda botella de vino y quedaba menos de la mitad.

Neudorf se encogió de hombros.

—Las guerras las empiezan los burócratas inútiles, políticos y generales, henchidos de patriotismo o de avaricia —suspiró—. Pero es el hombre de a pie quien las sostiene.

La joven asintió con la mirada perdida.

—Y el hombre necesita esperanza... —murmuró, pensativa.

Neudorf esbozó una sonrisa triste.

—Saber que algún día —añadió él mientras le daba vueltas a la botella de vino— el horror acabará.

Carmen se levantó y recogió los platos, despejando la mesa. Volvió con una botella de *whisky* sin etiqueta, probablemente de contrabando.

—Me aseguraron que es escocés —dijo mientras servía dos copas y se sentaba a su lado.

Felipe dio un primer trago y, a través del alcohol, apreció el sabor a madera y a humo característico de las destilerías de las Tierras Altas. Sintió, también, cómo el líquido se deslizaba por su garganta y le incendiaba el pecho.

Aquel era un *scotch* sin adulterar. Y era un *scotch* bueno.

La observó con admiración y ella le devolvió una mirada felina.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

Carmen se mojó los labios y negó con la cabeza mientras cerraba los ojos.

—Le prometí a tu tío que no te lo contaría.

Neudorf soltó una carcajada limpia y serena.

—¡Lo sabía!

Ella se acercó despacio, mirándolo a los ojos, con aquella sonrisa indescifrable hecha de distancia, batallas y anhelos.

—Tú no sabes nada, Felipe —susurró mientras le daba un breve beso en los labios.

Su estómago saltó al vacío. Quiso perderse en su carne, pero ella ya se había retirado. Con aquella divertida indiferencia de la que solo son capaces las mujeres, se levantó de nuevo y, de un cajón, sacó un paquete de cigarros. Se encendió uno sin esperar a que él le ofreciera fuego. Neudorf comprendió que, si no quería parecer un pobre hombre cautivado, tenía que hacer algo con las manos.

Sacó su preciada caja negra y contó, con algo de desesperación, los cuatro Moeris que le quedaban. Rasgó una cerilla, el fósforo estalló y el humo le llenó los pulmones, menguando su excitación.

Solo quedan tres, pensó.

—Ahora que ha terminado la guerra, ¿qué vas a hacer? —preguntó Carmen desde la distancia.

Estaba apoyada en la encimera próxima a la cocina. Tenía el brazo izquierdo cruzado por debajo del pecho y sostenía, sobre él, el codo derecho; y, al final, su cigarro humeante. Alzó la cabeza y dejó salir lentamente el humo.

Neudorf suspiró mientras se llevaba la copa a los labios y los mojaba de *scotch*.

—En el frente aprendí a montar y reparar motores de combustión interna —explicó—. Tanto de vehículos, como de aviones y maquinaria. Había pensado...

Se interrumpió un segundo, dubitativo. Aquello era verdad, había pensado en ello. Pero no dejaba de ser una idea remota. Un planteamiento que no había llegado siquiera a aterrizar. Tenía que acabar primero con lo de Catalina.

Después podría plantearse vivir.

—¿Qué habías pensado? —insistió ella, interesada.

La miró como quien contempla algo demasiado bueno para ser verdad.

—Fabricar barcos a motor —dijo, sin creérselo del todo.

Carmen frunció los labios, como considerando la idea.

—Lo complicado sería empezar —murmuró con un sarcasmo velado—, pero supongo que el dinero no es un problema...

Iba a añadir algo más, pero Neudorf, incómodo, decidió cambiar de tema.

—¿Y tú? —preguntó, quizá demasiado deprisa—. ¿A dónde te lleva la pintura?

La joven apuró la copa y se sirvió otra. Ambos estaban borrachos. La realidad se había difuminado. A pesar de la ventana abierta, hacía calor. Se habían desabrochado algo las camisas y los botones. Las formas de Carmen cada vez eran más sugerentes; y el recuerdo del tacto de sus labios hacía crecer en él un deseo cada vez más incontenible.

Carmen cruzó la estancia y descubrió un tocadiscos —oculto tras un pequeño sofá— que Neudorf no había visto hasta entonces. Una sugerente canción francesa inundó la habitación. Tras ponerlo en marcha volvió a su encimera; Felipe no se había movido de su silla.

—En principio, si todo sale bien, me iré a Madrid, con Sorolla. Después... —murmuró—. París, Nueva York... Quién sabe.

Sabía que no debía preguntarlo, pero necesitaba saberlo.

—¿Cuándo te irás?

Ella apagó el cigarro y se acercó, sinuosa, a la lámpara de gas que iluminaba la habitación.

—Una vez, en Oriente, escuché que solo hay una cosa que separa a una persona de otra.

—¿El qué?

La sonrisa de Carmen relució en la noche.

—La luz —susurró.

Y mientras hablaba, apagó la lampara. Se giró hacia él y se deshizo de su vestido, observándole en la penumbra en la más completa y brillante desnudez.

Neudorf se levantó despacio. La tensión había desaparecido.

Sabía lo que tenía que hacer.

Carmen le observó inmóvil, de nuevo apoyada en la encimera, mientras él la alcanzaba. Sus labios se unieron con urgencia y Neudorf la asió con fuerza, sentándola en el mueble y separándole las piernas, mientras sus lenguas por fin se entrelazaban. Ella suspiró y Felipe aprovechó para recorrerle el cuello con besos lentos y cálidos. Carmen le apretó contra él, hundiéndole las manos en el pelo; y Neudorf la rodeó con sus brazos sintiendo cómo los pechos de la joven se endurecían.

Un largo estremecimiento le recorrió el estómago.

Neudorf se inclinó y comenzó a lamerle los pezones mientras sus dedos se hundían en su entrepierna. Y Carmen gimió.

Sin dejar de besarle, deslizó la mano por su estómago hasta introducirla en sus pantalones y sus dedos se cerraron alrededor de su miembro.

Durante un instante, los dos se abandonaron al hecho de darse placer mutuamente.

Finalmente, Neudorf cayó de rodillas y, a través de los suaves muslos de Carmen, se hundió en su sexo. Ella soltó un profundo gemido y se dejó hacer.

Él comenzó a lamerle los labios despacio, introduciendo la lengua rítmicamente en su más profunda intimidad. Encontró el clítoris y lo rodeó sin prisa, humedeciéndolo con la boca, trazando círculos, mientras Carmen con los ojos cerrados se encorvaba poco a poco.

De pronto, un escalofrío le recorrió la espalda y, a través de varios espasmos, Carmen gritó.

Neudorf se inclinó hacia atrás, satisfecho, pero ella le cogió de la mano.

—Ven —suspiró.

Apoyó los pies en el suelo y le obligó a alzarse para besarle de nuevo.

Felipe le mordió los labios y ella le levantó la camisa y deslizó su mano por su estómago hasta alcanzar el pene. Mientras se deshacía del Bowie, sus pantalones cayeron al suelo y ella, sin soltarlo, lo hizo tumbarse en la mesa y comenzó a lamerle el miembro.

Se lo introdujo en la boca, sin dejar de acariciarlo. La habitación estaba iluminada únicamente por el fuego de la cocina. Neudorf trató de incorporarse, pero Carmen, sin aliviar la presión, incrementó el ritmo.

Neudorf sintió que estallaba.

Se deshizo a duras penas, la levantó en el aire y la tumbó en el sofá; y, sin poder contenerse, la penetró. Carmen soltó un profundo gemido y cerró los ojos, abandonándose a la sensación. Él cogió ritmo, embistiéndola, mientras ella se sujetó a su cuello obligándole a hundir la cara en el sudor de su pecho.

Ambos gemían desesperados.

Rodaron sin pretenderlo y acabaron en el suelo. Neudorf se dio la vuelta y ella se sentó a horcajadas sobre él, moviendo de arriba abajo las caderas, clavándose en él, arrancándole los labios.

Felipe apreció que no iba a aguantar más y trató de zafarse, pero Carmen incrementó el ritmo, obligándole a hundirse en ella sin remedio. Neudorf se abandonó al placer y rodaron de nuevo; y tras aumentar la intensidad, Carmen profirió un gemido acompañado de un profundo orgasmo. Cuando sintió que él estaba a punto de explotar, Carmen se apartó y asió su miembro sin perder la cadencia; y Neudorf, tras un último estertor, se derramó sobre ella; cayendo, después, a su lado.

Se observaron en silencio, y sonrieron, incrédulos y exhaustos. Ambos estaban sudando.

Fuera, por fin, había dejado de llover.

A cuatro kilómetros de allí, en Son Galcerán, ajeno a aquella pasión,

Cosimo descubrió que había amainado. Sin perder un segundo, montó de nuevo en Balio y se adentró en la noche.

Estaba agotado y el suelo estaba mojado y resbaladizo, pero apretó los dientes y se inclinó sobre la grupa del caballo para ganar velocidad. Aquello no podía esperar. Tenía que avisar a Neudorf.

CAPÍTULO 38

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

—Dicen que morimos dos veces. La primera cuando dejas de respirar, la segunda cuando alguien pronuncia por última vez tu nombre.
Babenburg esbozó una sonrisa triste.
—Recuérdame, Felipe —dijo mirando el campo de batalla—. Recuérdanos.

Valldemossa, 1919

Las luces de Valldemossa partieron la noche en dos y Cosimo suspiró aliviado. Tenía la capa cubierta de agua y barro y, debajo, la camisa sudada. Balio resoplaba exhausto, dejando escapar largas columnas de vaho por los ollares. Habían recorrido el habitual camino de una hora en menos de veinte minutos.
Había empezado a llover otra vez.

Los cascos de Balio resonaron en las calles vacías mientras el italiano observaba la lluvia golpeando los postigos atrancados de las casas. Solo estaba iluminada la avenida principal con unos precarios faroles de aceite, que luchaban por no apagarse. La intensidad de la tormenta había conquistado la noche, barriéndolo todo, sumiéndolo en la penumbra. Incluso el siempre animado Can Joan tenía las puertas cerradas y las luces apagadas. No había mesas en la calle y todo parecía inhóspito y abandonado.

Y, aun así, se dijo, me gusta.

Le sorprendía el pensamiento, pero era verdad. Le gustaba Mallorca. Le gustaba aquel aislamiento voluntario; la indiferencia isleña frente al mundo. Como siciliano, reconocía el clima y las costumbres mediterráneas, y se sentía cómodo.

Se sentía en casa.

—Si alguna vez la he tenido —murmuró para sí mismo.

Además, pensó, mientras se acercaba a la Cartuja, estaba Salomé. Sabía que era una locura, pero no conseguía quitársela de la cabeza. En lo más profundo de su corazón, alojaba la secreta esperanza de que, al final, todo podría arreglarse. De que todo encajaría.

Sonrió bajo su sombrero empapado.

Quién se lo iba a decir a él. A Cosimo Quadra. El *ardito* que había luchado en la Gran Guerra sin apego a la vida. Que había combatido para no pensar, para huir de su propia existencia, había encontrado, por fin, un lugar en el que asentarse.

Todo se lo debía a la bondad desesperada de Babenburg y a la confianza de Felipe. No lo habría logrado sin ellos.

Se acordó, sin remedio, de Caporetto.

La batalla comenzó el 24 de octubre de 1917, con un intenso bombardeo de artillería seguido de la infiltración de las tropas de asalto austrohúngaras. Las posiciones italianas eran débiles en ciertas áreas, especialmente alrededor de la ciudad.

Y allí fue donde concentraron el ataque.

La rápida ruptura de las líneas de defensa de la zona de condujo a un colapso generalizado en el frente italiano.

El Regio Esercito se retiró de cualquier manera, abandonando víveres, cañones y armas. La caballería austrohúngara los había acosado hasta el río Piave, cerca de Vittorio Veneto, desplazando la frontera casi doscientos kilómetros.

Estaban a las puertas de Venecia.

La ofensiva había sido un éxito.

Babenburg contemplaba a los cuatro *arditi* que su regimiento había capturado. Se encontraban al lado de un bosque cuyos robles, altos y densos, ofrecían una sombra fresca y sosegada, que contrastaba con el campo cubierto de cadáveres que se extendía frente a ellos.

De vez en cuando, se oían disparos aislados en la distancia.

—Ejecución inmediata —repitió el austriaco, sin dejar de observar a los italianos sentados en el suelo, maniatados.

Uno de ellos era Cosimo. Los músculos casi le impedían cruzar los brazos a su espalda; y un teniente había observado que lo mejor sería liquidarlo cuanto antes. Babenburg estudió al *ardito* con detenimiento y este le sostuvo la mirada.

El resto de los oficiales del 9.º Regimiento de Húsares —con

Neudorf entre ellos— contemplaban la escena con el aliento contenido.

Al cabo, su padrino extrajo el cuchillo que colgaba en la funda de su cinturón y sonrió.

—Yo no le temo al coraje —masculló—. Lo respeto.

Y mientras lo decía, cortó las cuerdas que retenían a los italianos. Tras varios segundos de incredulidad, tres de los cuatro *arditi* salieron disparados hacia el bosque; pero Cosimo se levantó y se quedó observando al coronel que lo acababa de liberar. En sus ojos había algo parecido al agradecimiento.

—*Dai, fugga* —murmuró Babenburg—. Vuelve con los tuyos... ¡Vive!

El *ardito* inclinó la cabeza y emprendió la carrera tras los suyos.

Mucho más tarde, Neudorf le contó que, cuando él se perdió en la espesura del bosque, se acercó a su padrino con el rostro teñido de preocupación.

—Puede que esto le traiga problemas —le susurró.

Pero Babenburg soltó una carcajada seca, le quitó importancia con un gesto y dijo: «Felipe, es en las decisiones difíciles donde hay que ser fiel a uno mismo».

La lluvia amainaba y una persona encogida cruzó la calle corriendo, sobresaltándolo. Cosimo se llevó la mano al cinturón para extraer una de sus dagas, pero la sombra se alejó por un callejón.

Cosimo dirigió entonces una mirada impotente hacia la puerta de la Cartuja. Como el resto de las puertas de Valldemossa estaba cerrada.

—*Cazzo* —maldijo entre dientes.

Tiró de las riendas y contempló, impotente, las murallas del palacio. Tras ellas había varias ventanas encendidas, pero no podía arriesgarse a gritar. Ni él ni Felipe debían estar ahí. Hizo caracolear a Balio y decidió rodear el recinto.

Por algún sitio tendrán que entrar, se dijo. O salir, añadió, esbozando una sonrisa ocurrente. Especialmente Felipe.

Descendió una cuesta empedrada —en paralelo a la muralla— vigilando las patas del caballo. A su alrededor, las casas se espaciaron mientras la vegetación aumentaba, fundiéndose con los pinos, los olivos y las encinas de la sierra. Olía a hierba mojada y a resina. Recordaba aquel lugar. Tras su caldeada discusión con el conde en la

fiesta de los Sureda, Neudorf y él habían abandonado el edificio por una de las puertas laterales, no por la principal.

Y creía saber cuál era.

Si no recordaba mal, su amigo le comentó que aquella entrada la solían dejar siempre abierta para el servicio.

Dobló la esquina, dejó atrás la estoica luminiscencia de las farolas de aceite y la oscuridad lo rodeó como un abrazo. Se sintió algo expuesto, pero, al final de la muralla que se perdía en la negrura de la noche, creyó ver el resplandor que indicaba la entrada. Dirigió al caballo en aquella dirección y, de repente, dos sombras surgieron de la noche, interponiéndose en su camino.

En su mano izquierda, tras un movimiento natural, apareció una de sus dagas.

—Pero mira qué sorpresa —dijo la sombra menos corpulenta—. Pensaba que los italianos eran como los gatos y evitaban el agua.

Aunque había tratado poco con él, reconoció la voz seca de Miquel Terra. El otro debía de ser uno de los dos alemanes con los que se había enzarzado Neudorf en Palma. Tiró un poco de las riendas, haciendo caer a la derecha a Balio; y el teutón cojeó hacia atrás, precavido.

Cosimo sonrió en la penumbra.

Era el hombre al que Felipe había roto el tobillo. Su hermano no debía de andar muy lejos.

—Buenas noches, señor Terra —saludó, jovial—. Me sorprende que usted piense, la verdad. No me lo esperaba... pero ya que lo menciona, tiene usted razón. Creo que los romanos llamaban *Mare Nostrum* al Mediterráneo porque, precisamente, no era suyo. Les aterraba el agua.

Mientras hablaba se había girado levemente para comprobar que el camino estaba despejado. A su izquierda estaba la muralla de la Cartuja, a su derecha, disimulada tras una hilera de cipreses, una tapia de piedra lo bastante alta como para que saltarla fuese complicado. El camino tendría cinco o seis metros de ancho.

Extrajo lentamente una segunda daga con la mano derecha y la apoyó sobre su muslo. No sabía por dónde saldría el secretario de Horrach.

—Eres muy gracioso, espagueti... —le espetó Terra.

—Lo sé —reconoció el italiano.

—... pero esta vez os habéis pasado de la raya. Hay que ser muy idiota para profanar esa tumba.

Cosimo sonrió. El plan de Felipe estaba funcionando.

Entrecerró los ojos y percibió la inquietud de Terra a pesar de la oscuridad. No había mucha visibilidad. Las formas eran difusas y las distancias imprecisas. Del secretario, solo intuía la figura enjuta, el contorno del rostro y las manos bajo a capa. A su lado, la silueta delgada e inmóvil del teutón parecía un espantapájaros.

Hacía un frío húmedo y viscoso que trepaba por las piernas y llegaba hasta los huesos. Se planteó maniobrar con Balio y escapar de aquella ratonera, pero lo descartó.

—¿Es tu amante? —preguntó, señalando con la cabeza al alemán.

La rabia de Terra atravesó la noche y el italiano no pudo evitar una breve carcajada.

Sabía qué hacían allí. Estaban esperando a Neudorf para emboscarle. Probablemente lo habían seguido.

Pero su presencia había trastocado sus planes.

Las dos cicatrices le habían comenzado a palpitar.

Cosimo miró alrededor de nuevo, inquieto. La refriega estaba a punto de empezar y no había localizado al segundo alemán. El otro teutón le dio con el codo a Terra, como pidiéndole que tradujese. Este sacudió la cabeza y dijo entre dientes varias palabras de las que Cosimo solo entendió la última: *Gelietber*.

Si hubiese estado ahí Felipe le habría contado que, para un alemán —generalmente de religión protestante— aquel insulto era peor que desear la muerte de toda su familia. Pero Neudorf dormía en el palacio, al otro lado de la muralla, por lo que Cosimo no estaba preparado para aquella reacción.

El aludido desenfundó un revólver, cuyo acero relució en la noche.

—¡Aún no! —rugió Terra, desencajado.

Pero el alemán alzó el brazo y apuntó a Cosimo, que reaccionó de manera instintiva encabritando a Balio.

La detonación quebró la quietud de la noche.

La ventana de la habitación de Carmen estaba orientada en aquella dirección y el estruendo despertó a Neudorf. Por un momento creyó que estaba de nuevo en Austria; que dormía en un catre y que tenía que regresar, una vez más, a una batalla que nunca había

considerado suya.

Carmen, a su lado y con los ojos cerrados, lo tranquilizó.

—Contrabandistas y carabineros —susurró en sueños—. Ocurre a menudo.

Felipe se incorporó. Aquello no había sido una carabina.

—¿Tan cerca? —murmuró.

Lo preguntó sin esperar respuesta. Abandonó desnudo la cama y abrió la ventana. Apenas a treinta metros de distancia, Balio, herido de muerte, se desmoronaba arrastrando a Cosimo con él.

Mientras caía, el italiano lanzó una daga que atravesó el aire silbando como un ave rapaz y alcanzó al alemán, derribándolo.

Uno menos, pensó antes de que el caballo cayera sobre su pierna. Un crujido le recorrió el cuerpo, seguido de un agudo dolor que le llenó los ojos de lágrimas. El italiano lanzó un breve alarido, pero apretó los dientes, concentrado, y aprovechando el último estertor del caballo, consiguió liberarse.

Mientras Terra atendía al alemán, se arrastró hasta uno de los cipreses que flanqueaban el camino.

Un trueno retumbó en el cielo y empezó a llover de nuevo.

Neudorf, en la ventana, escuchó los relinchos agonizantes de un caballo y reconoció el dolor de su jinete.

—¡Cosimo! —exclamó.

Sin perder un segundo, se enfundó los pantalones, recogió del suelo el Bowie y el revólver del bolsillo de su abrigo y, descalzo y con el torso desnudo, ignorando el dolor del disparo en el costado, como un dios cruel y vengativo, empuñando sus armas con violencia, recorrió los pasillos de la Cartuja y salió al patio. La lluvia lo empapó al instante.

Al otro lado de la muralla, apoyando la espalda contra el ciprés, Cosimo se observó la pierna, apreciando a pesar de la oscuridad cómo el fémur, al fracturarse, le había rasgado la piel. El hueso asomaba por encima de la rodilla.

—*Porca miseria*... —masculló, con los dientes apretados, mientras se arrancaba la manga de la camisa y se hacía un torniquete improvisado.

Entre la lluvia que le corría por la cara, la oscuridad y el dolor, no apreció una abertura que había en la tapia por la que surgió el segundo alemán.

Escuchó sus pisadas cuando lo tenía encima.

El teutón observó a través de la cortina de agua el cuerpo tendido en el suelo de su hermano.

Cosimo se llevó la mano al costado y aferró el mango de otra de sus dagas, pero el alemán fue más rápido. Alzó el brazo y descargó dos rápidos disparos en el pecho del italiano.

A menos de diez metros, Neudorf abrió la puerta trasera de la Cartuja y corrió hacia ellos.

Terra había conseguido incorporar al primer alemán. La daga se había hundido bajo el hombro izquierdo, rozando el corazón; pero, a pesar del dolor, podía andar. Renqueantes, se unieron al segundo alemán, atravesaron la tapia y se perdieron en la oscuridad.

El italiano, aún apoyado en el ciprés, los observó alejarse. Sus pulmones perforados emitían un lento silbido por donde parecía escapársele la vida. Le faltaba el aire y Salomé apareció en su cabeza como un destello.

Resistir es vencer, se dijo entre dientes, recordando las palabras de Babenburg.

Una sonrisa dolorida y triste le cruzó el rostro. Él lo había hecho. Burlar demasiadas veces a la muerte. Y justo cuando había perdido la esperanza, había alcanzado aquel paraíso. Los ojos azules de Salomé mitigaron su desconsuelo. La lluvia le empapaba el cuerpo y, a pesar de todo, se sintió afortunado.

Neudorf lo alcanzó con el rostro desencajado. Soltó sus armas y se inclinó sobre él, cogiéndole la mano.

—Cosimo, Cosimo, tranquilo —balbuceó descompuesto—. Todo se va a arreglar.

El italiano trató de contarle el secreto de Horrach, pero solo pudo toser. La boca le sabía a hierro y a sangre.

—No hables, no hables —le ordenó Felipe con los ojos llenos de lágrimas.

Cosimo apretó con fuerza la mano de su amigo y en un último esfuerzo, ignorando el dolor, lo miró a los ojos.

—Felipe... —murmuró—. Gracias.

Entonces, la firmeza le falló, dejó caer la cabeza y, con la lluvia anegando la Tramontana, aquel paraíso remoto donde había conseguido ser feliz, exhaló su último suspiro.

CAPÍTULO 39

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —¿Qué ocurrirá si no ganamos esta guerra? —preguntó Neudorf de pronto.
> Babenburg le dedicó una mirada pensativa y, al final, se encogió de hombros.
> —Tanto en la guerra como en la vida, no todo está perdido si se tiene el valor de reconocer que todo está perdido... y comenzar de nuevo.

Son Galcerán, 1919

Dos días después, como si el cielo compartiese el desconsuelo de Neudorf, seguía lloviendo.

Había amanecido cubierto de nubes y el salón principal de Son Galcerán estaba sumido en la penumbra. La chimenea estaba apagada, resumiendo el ánimo general de la casa. Hacía frío, pero a Felipe no parecía importarle. Había un frío más intenso y más afilado incrustado en su pecho. Un profundo desamparo, una gélida soledad.

La abuela Luisa, envuelta en varias mantas, se acercó, preocupada, a su nieto y le dejó un café negro y humeante frente a él.

—Al menos, bebe algo —le susurró.

El aludido asintió sin escuchar del todo. Estaba tumbado en el sofá y miraba fijamente al techo. Preguntándose por qué había ido Cosimo aquella noche a la Cartuja.

Quiso llorar, pero no lo consiguió.

En la guerra, había perdido a muchos hombres bajo su mando. Había perdido a muchos oficiales superiores y a muchos compañeros. Había perdido, también, a Babenburg.

A veces se preguntaba por qué él había sobrevivido.

Se había acercado demasiado al horror como para creer que había alguna razón en ello. A estas alturas, no creía ni en Dios ni en el destino, ni si quiera en el karma, aquella creencia india donde toda acción tiene su consecuencia. Una especie de equilibrio cósmico que, a la larga, todo lo ordena.

La muerte, pensó con amargura, es aleatoria. Sobre todo, en un campo de batalla. Una suerte de sorteo mortal que te permite sobrevivir a la guerra más sangrienta del siglo para morir en un camino de Valldemossa, una noche sin luna, bajo una lluvia torrencial, apoyado en un ciprés.

Qué hacías ahí, Cosimo, se preguntó de nuevo. Qué era tan urgente como para atravesar la noche y acudir a la Cartuja.

Sabía que tenía que volver al Trinidad y buscar a Magdalena, pero no tenía fuerzas. No encontraba las ganas. Quería pasarse el resto de la vida así: tumbado en el salón de Son Galcerán, en aquella casa fría e inmensa, demasiado vacía sin la presencia del italiano.

Recordó el desastre de Vittorio Veneto, a Cosimo surgiendo del humo, la huida de Italia a través de Trieste, la discusión con Cardona en la fiesta de los Sureda, el encontronazo con Terra en Palma. Y comprendió, en medio de aquel invierno perpetuo que lo rodeaba, que el *maggiore* lo había salvado mil veces, de mil maneras distintas. Física y espiritualmente.

Tras el desconsuelo, apareció la cólera. El odio.

Miquel Terra, repitió entre dientes.

A pesar de la lluvia, lo había visto atravesar la tapia seguido de aquellos dos corpulentos alemanes que lo acompañaban en Palma.

La muerte de Cosimo había sido un accidente imprevisto. Los hombres de Horrach lo estaban esperando a él. Cuando comprobó que su amigo había dejado de respirar, tuvo que recurrir a su frialdad militar para actuar con diligencia.

Sabía que no tenía mucho tiempo.

Accedió de nuevo a la Cartuja y, ante la mirada aterrada de Carmen, preparó el faetón, pasándole de nuevo a Janto el arnés por el cuello.

—Júrame que no tienes nada que ver con esto —le había exhortado, sin dirigirse del todo a ella.

Las lágrimas corrían por sus delicadas mejillas, fundiéndose con la lluvia. Tenía el pelo despeinado, la ropa empapada y también

estaba descalza.

—Cómo puedes preguntarme eso —dijo con un dolor sincero.

Neudorf consiguió mirarla por fin a los ojos.

—Es la segunda vez en una semana que coincides con Terra —observó con una dureza helada y distante.

La joven dio un paso hacia delante, reduciendo la distancia entre los dos.

—Si no acabase de morir Cosimo —dijo con rabia— te cruzaría la cara.

Él asintió. A pesar del dolor, aún sabía reconocer la sinceridad descarnada.

—He de irme —anunció—. No pueden encontrarnos aquí.

El cobre encendido de sus ojos se apaciguó un punto.

—Me encargaré del caballo —murmuró.

Entre los dos alzaron con esfuerzo el cuerpo ensangrentado de Cosimo y lo tumbaron con cuidado sobre el suelo del faetón. Neudorf se vistió de cualquier manera y se envolvió en su capa engrasada; y tras despedirse con un gesto rápido, restalló las riendas sobre Janto y puso el carruaje en marcha, sumergiéndose en el temporal.

Durante la hora y media que duró el viaje, solo recordaba pensar en cómo los pinos de la Tramontana amortiguaban el aguacero. Por lo demás, su mente era un desierto blanco donde no había ni dolor ni porvenir. Tan solo gotas de lluvia estrellándose contra su rostro.

Apenas recordaba la llegada a Son Galcerán, ni cómo había amortajado el cuerpo ni cómo se lo había contado a su abuela y a María Miquela.

A pesar de la tensa relación con su hijo, la anciana comprendió que Felipe necesitaba a Luis Fornés. Y así fue cómo el contrabandista acudió a ellos en mitad de la noche y se encargó de todo.

Neudorf pudo, por fin, abandonarse a su propio calvario.

Habían pasado dos días desde aquella noche.

Con el café aún humeante frente a él, se levantó, se acercó a la estantería donde estaba el alcohol y se sirvió un dedo de *scotch*. La abuela Luisa abrió la boca para recordarle que aún no era ni mediodía, pero se lo pensó mejor y no dijo nada.

Vació el vaso de un trago, contempló el día tras los cristales de las ventanas y soltó un profundo suspiro.

Aquella mañana iban a enterrar a Cosimo.

—¿El director del Banco de Sóller sigue siendo tu amigo? —preguntó, girándose hacia su abuela.

A pesar de todo, se dijo, tenía que continuar.

La anciana lo miró sin comprender del todo, pero al cabo de varios segundos, asintió.

Antes de que Neudorf dijera nada más, la puerta de la entrada se abrió y apareció su tío. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo, magnificando su delgadez y su altura. Llevaba la cabeza cubierta por un ancho sombrero de fieltro y su pelo largo goteaba, empapado, por los hombros.

—Todo está listo —anunció con voz neutra.

Felipe se bebió una segunda copa y sintió cómo el fuego del alcohol se mezclaba en su estómago con un vértigo a duras penas gestionable. Cerró los ojos y dejó escapar lentamente el aire por la nariz. No podía, pero debía hacerlo.

Por Cosimo, por su recuerdo.

Cogió un paraguas azul marino con la empuñadura de madera, atravesó el umbral y el viento y la lluvia lo recibieron como a un antiguo enemigo. La abuela Luisa se colgó de su brazo y, precedidos por Fornés y María Miquela, recorrieron las terrazas de Son Galcerán, cruzaron el pinar que rodeaba la casa y enfilaron el camino que los llevaba al acantilado.

Allí los esperaban Levi, Ismael Galerna —el viejo marino responsable del puerto de Valldemossa— y su nieto Tomeu. Se protegían de la lluvia a duras penas bajo sendos paraguas y vestían convenientemente de luto.

Neudorf se extrañó al verlos, pero no dijo nada. Cuando los alcanzaron, los saludó con un gesto rápido y tanto el *batle* como Ismael le dedicaron una sonrisa triste y compungida. Internamente, su corazón destrozado apreció su presencia.

Con la excepción de su abuela, todos lo que se habían reunido para despedir a Cosimo eran, a su manera, guerreros.

Incluyendo al joven Tomeu.

A su derecha, un ataúd de roble descansaba en el suelo. Frente a todos ellos se abría una fosa que Neudorf ya ni recordaba haber excavado el día anterior; y supuso que la tierra mojada había facilitado el esfuerzo. En uno de los extremos de la sepultura, Fornés había asegurado una antigua cruz de hierro forjado.

Otra tumba sin nombre, pensó, con un nudo en la garganta.

Escuchó unos pasos a su espalda y se giró para observar la expresión desolada de Carmen.

Solo falta Salomé, se dijo.

Abandonó el abrigo del paraguas y la lluvia le mojó el pelo, el rostro y la ropa. Pero no le importó. Había una lluvia más fría y más cruel en su interior.

Se sentía cansado. Pero, sobre todo, se sentía solo.

—Gracias a todos por venir —comenzó, combatiendo palmo a palmo la derrota—. Cosimo habría agradecido vuestra presencia y vuestro dolor. Supongo... —añadió forzando una sonrisa— que hasta habría bromeado.

Los asistentes sonrieron y Neudorf ladeó la cabeza. El viento, la lluvia, el frío... Todo aquello habría molestado al italiano, pero también le habría encantado.

—Cosimo no creía en Dios —continuó—. Por lo que no confío encontrarle en otra vida...

Se interrumpió un segundo y miró al cielo.

Quién sabe, pensó, qué misterios nos aguardan más allá de la muerte. Quién sabe si, ahora mismo, rodeado de sus antiguos compañeros de armas, los estaba observando.

—Pero sé —añadió despacio, evitando que las palabras le temblaran— que lo que me queda de existencia lo llevaré siempre conmigo.

En el fondo da igual, pensó Felipe, si hay algo después o no. Él ya no estaba a su lado y tenía que enfrentarse al porvenir sin su alegría. El único consuelo que le quedaba era vivir por los dos. Y recordarle siempre.

Quería contar que Cosimo le había salvado la vida dos veces. Que era recio, leal y cariñoso. Que sorprendía descubrir tanta serenidad en un cuerpo tan corpulento. Que siempre reía. Que sabía percibir y disfrutar la esencia de cada momento. Que no se dejaba llevar por los prejuicios. Que cuando miraba, miraba dentro; miraba en el alma. Que apreciaba el dolor de cada uno. Que era humilde y compasivo. Que, por él, habría acudido a cualquier batalla.

Que era el primer amigo que había tenido nunca.

Y que, sin él, el mundo era un poco más oscuro y más injusto.

Neudorf respiró profundamente y trató de que la venganza no le

inundase los sentidos. Quería decir todo aquello, pero sabía que no podía. Que era incapaz de empezar y no romperse.

Pero tenía a Babenburg. Y tenía memoria.

Había traducido mil veces aquel poema. Al español y al alemán. Lo sabría recitar en cualquier situación. Incluso en aquella.

Inspiró de nuevo y contempló el horizonte azul. Al final, se dijo, todo acaba en el mar.

—Hace cien años —comenzó— en Inglaterra, Alfred Tennyson, un poeta victoriano perdió a su mejor amigo... Y escribió *Ulises*... Que decía así:

He allí el puerto, el viento hincha la vela;
crecen las sombras en los anchos mares. Marineros míos,
almas que os habéis afanado y forjado junto a mí,
la muerte todo lo acaba, pero algo antes del fin
ha de hacerse todavía, cierto trabajo noble,
digno de los hombres que desafiaron a los dioses.
Aunque mucho se ha perdido, mucho queda aún; y, aunque
ya no somos aquella fuerza que antaño
movió la tierra y el cielo, lo que fuimos, somos:
un espíritu ecuánime de corazones heroicos,
debilitados por el tiempo y el destino, pero con la voluntad decidida
de combatir, buscar, encontrar y no rendirse.

Combatir, buscar, encontrar... Y nunca rendirse, pensó Neudorf, mientras un escalofrío le recorría la espalda. La muerte todo lo acaba, pero algo antes del fin ha de hacerse todavía. Algo que Cosimo y él habían empezado juntos.

—¡Amén! —exclamó Fornés, un poco más alto de lo normal.

Se acercó a su sobrino y le puso la mano en el hombro. Al contrabandista le brillaban los ojos. El poema lo había emocionado. Detrás de él, la abuela Luisa lloraba desconsolada.

—El señor May te envía sus condolencias —dijo Fornés bajando la voz—. Si necesitas ayuda... —añadió con una intensa mirada— sabes dónde encontrarla.

Neudorf se lo agradeció con un gesto y dio un paso hacia el

féretro, ignorando la venganza que le ofrecía su tío.

—Navegar más allá del ocaso —susurró—. Donde se hunden las estrellas de Occidente...

Puso la mano sobre la madera y cerró los ojos.

—Adiós, amigo mío.

Ayudados de dos cuerdas, aceptando la lluvia que los rodeaba, Levi, Ismael Galerna, Fornés y Neudorf hicieron descender el ataúd hasta el final de la fosa. Dejaron que Felipe lanzase la primera palada y, entre los cuatro, cubrieron de tierra la última morada de Cosimo.

Tras él, tan solo quedó la cruz de hierro y el paisaje infinito del Mediterráneo.

Mientras Carmen y María Miquela acompañaban a la abuela Luisa de vuelta a Son Galcerán, el *batle* se acercó a Neudorf.

—He venido por Cosimo —dijo con dureza—. No por ti.

Estaba triste, pero también estaba enfadado. Neudorf le sostuvo la mirada.

—Lo sé. Y, aun así, te lo agradezco.

Levi se acarició el parche mientras entrecerraba su único ojo, conteniendo el impulso que le crecía en el pecho y que Felipe conocía muy bien. Aquella rabia furibunda que había que domar como a un caballo.

—No eres ni la mitad de hombre que él —zanjó.

Y antes de que pudiese responder, el *batle*, empapado, se marchó dejándolo solo.

Ismael Galerna aprovechó su soledad para aproximarse con Tomeu. Tras las condolencias oportunas, el marino le hizo una seña a su nieto y este se armó de un valor impropio de su edad y compartió lo que le habían encomendado descubrir.

—Salomé ha zarpado esta mañana de Barcelona —dijo con aplomo—. El barco hace escala en Valencia e Ibiza. Llegará, como tarde, en cuatro días.

Neudorf agradeció la información y le dio a Tomeu una última instrucción. El abuelo y el nieto lo dejaron definitivamente solo. Entonces, mientras la lluvia le corría por la cara, alzó el paraguas, sacó la pitillera y se encendió uno de los tres Moeris que le quedaban.

—Mañana, si no llueve —dijo en voz alta, como hablando con Cosimo, mientras exhalaba lentamente el humo del cigarro—, empieza todo.

Le dirigió una mirada a la cruz de hierro y decidió, en aquel instante, que cuando todo terminase la sustituiría por una lápida de mármol con el nombre del italiano inscrito en ella.

—No será lo mismo sin ti —murmuró con una tristeza que casi le impedía respirar—. Saluda a Babenburg de mi parte —añadió con un amago de sonrisa—. Y allá donde estéis... deseadme suerte.

Capítulo 40

Caporetto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1917

> —Sé siempre discreto con el dinero, tu vida amorosa y tu siguiente movimiento.

Son Galcerán, 1919

Al día siguiente, a pesar de que la tristeza le pedía tenderse sobre la cama y no levantarse nunca más, Neudorf se despertó al alba, se aseó y preparó café. Molió los granos con parsimonia, sin prisa, mientras el agua hervía. Se sirvió una taza grande y oscura, como una vida sin esperanza.

Fuera, el día amanecía gris, pero había dejado de llover. Los árboles estaban cubiertos de agua y olía a una humedad antigua, como una casa de madera abandonada frente al mar.

Contempló el paisaje a través de los cristales del salón con la taza humeante en la mano y suspiró. El día anterior, cuando todos se habían marchado ya, no supo pedirle a Carmen que se quedara, por lo que la pintora se despidió con un beso antes de que anocheciese y abandonó Son Galcerán en el coche de caballos que la familia Sureda le había prestado. Aquello le valió un reproche silencioso de su abuela y una sonrisa triste y comprensiva de María Miquela.

Quería que se quedase, pensó Neudorf. Su cuerpo se lo exigía. Pero sabía que antes tenía que acabar lo que había empezado. No quería distracciones.

Sus heridas —especialmente el disparo del costado— estaban terminando de cicatrizar. Ignorando la ansiedad del pecho que le pedía un Moeris, se terminó el café de un sorbo y abrió la puerta principal de la casa.

Hacía un frío despiadado. Un frío que se clavaba en el cuerpo

como una flecha.

Bajó las escaleras de las Monedas con cuidado de no resbalar, ensilló a Janto y, en una suerte de pensamientos sucesivos, cayó en la cuenta de que había dejado atrás, frente a la muralla de la Cartuja, el cadáver de Balio. Y que Carmen se había encargado de él.

Los dientes le rechinaron al recordar aquel olvido y chasqueó la lengua, disgustado, mientras hacía el apunte mental de sacarle el tema la próxima vez que hablase con ella.

Clavó los talones en las ijadas del caballo y cruzó la Tramontana con la urgencia que pretendía transmitir. Llegó a Valldemossa sin resuello y la frente perlada de sudor; descabalgó y atravesó con presteza el umbral de la Madriguera, el cuartel de la Guardia Civil en el valle.

—Necesito hablar con el capitán Matías Posse.

Había un apremio apenas contenido en su voz y el guardia civil apareció al instante, somnoliento, tan joven como siempre. Quizá algo más delgado. Con aquellos ojos verdes, brillantes y desesperados, que parecían el follaje de un bosque bajo la luz estival del verano.

Estaba visiblemente cansado. Y había algo de inquietud en él. Algo de expectación. O quizás, algo de miedo.

—Señor... Neudorf —saludó Posse, sorprendido—. ¿Ha ocurrido... algo?

La muerte de Cosimo aún no había trascendido. Y no iba a ser él quien se lo contase a la gente.

—Han tratado de entrar otra vez en Son Galcerán.

Para cualquier otra persona, la vacilación del guardia civil habría pasado desapercibida. Pero él sabía que Posse y Salomé habían asaltado, la primera vez, la casa.

Y que ambos respondían ante Ausias May.

El desconcierto del joven era lógico. La doctora —y amante del contrabandista— estaba en Barcelona. Si no habían sido ellos, ¿quién podía haber tratado de acceder? ¿Otros hombres de Ausias May? ¿Por qué? ¿Había perdido la confianza en él?

Todas aquellas preguntas atravesaron la mirada de Posse. Y Neudorf las contempló sabiendo que, aquella vez, él tenía todas las respuestas.

—¿Esta... noche? —acertó a formular el guardia civil.

Neudorf asintió.

—Creo que he descifrado la carta.

Los ojos de Posse se abrieron como una ventana.

Quería saber dónde estaba el tesoro del noble austriaco, pero no debía parecer desesperado por preguntarlo.

Felipe se quedó callado y sonrió por dentro. Aunque todo aquello era innecesario, estaba disfrutando de aquella frustración.

—La clave era John Singer Sargent —desveló.

—¿Quién...?

—Un pintor —explicó—. Esta noche han intentado robar sus cuadros.

El guardia civil se pasó la mano por su cara pálida y barbilampiña, pensativo; y Neudorf decidió lanzarle algo a lo que agarrarse.

—Se lo comenté el otro día... —murmuró, confidente—. Pero ahora estoy seguro.

Posse lo miró, expectante.

—Creo que ha sido mi tío —concedió Neudorf.

Como en un túnel, la luz brilló al final de los ojos de su interlocutor.

—Tiene... sentido —dijo en voz alta, como para sí mismo, convenciéndose de lo que podía estar pasando—. ¿Quiere... que lo acompañe?

Aquello era exactamente lo que quería.

Que lo acompañase.

Posse corrió a la cuadra y volvió sobre un caballo ruano. Él montó en Janto y los dos recorrieron en silencio el camino de vuelta a Son Galcerán. El capitán lucía su uniforme verde e iba envuelto en una capa del mismo color.

El día había avanzado y la luz, aún débil, caía sobre los árboles como el rocío en los campos de trigo: con una suavidad insistente. Son Galcerán estaba envuelto en una nostalgia sombría y Neudorf, al contemplarla desde el camino, creyó, por un segundo, que su casa también se había puesto de luto.

Descabalgaron, subieron las Monedas y accedieron por la puerta principal. El eco de sus pasos resonó en el recibidor.

—¿Hay alguien... más? —preguntó Posse.

Él negó con la cabeza.

Le había entregado a su abuela una maleta con medio millón de

pesetas en billetes y le había encomendado algo que requería su tacto y su agresividad. La anciana conocía bien al director del Banco de Sóller. Había pasado media vida negociando con él. Primero como tutora de su madre y más tarde como representante de Babenburg. Habían discutido tanto que se habían hecho amigos. Neudorf sostenía que el director estaba enamorado de ella.

María Miquela se había ido con ella, conduciendo el faetón.

—Se han ido esta mañana a Sóller.

La certeza de que Cosimo ya no formaba parte de esa ecuación se le clavó en el estómago como una esquirla de metralla. Y Son Galcerán, por primera vez en su vida, se le antojaba demasiado grande y demasiado triste.

Para quitarse aquel sentimiento de encima, se dirigió directamente al salón. Allí estaban los tres cuadros de Sargent. Dos estaban en el suelo y uno de ellos tenía el marco a medio desmontar. El tercero seguía colgado de la pared.

El guardia civil contempló la escena con detenimiento.

—Parece que el intruso... fue directamente a por ellos —observó.

Él asintió.

No se le escapó el uso del singular. Sabía que Posse querría guiar las sospechas hacia Fornés.

—Se le cayó una de las piezas —dijo Neudorf, señalando al marco desmontado—. El ruido me despertó y bajé armado con una escopeta. Cuando llegué al salón, ya se había marchado.

Posse caminó alrededor de los muebles, como buscando diferentes perspectivas.

—¿Dónde está... el cuadro que falta?

Neudorf no pudo evitar una sonrisa.

Babenburg solía decir que no conocía a ningún zurdo inútil. A pesar de aquella curiosa forma de hablar, el capitán no era una excepción.

—Lo descolgué yo mismo hace tres días. Se lo regalé a una amiga.

El guardia civil alzó las cejas, pero no dijo nada.

Neudorf se acercó al mueble bar y sirvió dos *scotchs*. Aprovechó la liturgia —abrir la botella, colocar los vasos, servir el alcohol— para respirar profundamente y controlar el ritmo acelerado de su corazón.

—¿Qué opina? —le preguntó, señalando los cuadros con el

mentón.

El guardia civil dio una última vuelta de reconocimiento.

—¿Por qué cree... que fue su tío?

Era la pregunta que estaba esperando.

Le preguntó si quería una copa y este la rechazó. Acto seguido, se sentó en uno de los sofás y Posse lo imitó.

Cualquier otra persona no habría apreciado que el guardia civil estaba más tenso de lo normal.

La chimenea, siempre encendida, estaba apagada aquella fría mañana de febrero. Toda la casa lloraba una ausencia que Posse aún ignoraba.

—El otro día, cometí un error —comenzó Neudorf—. ¿Recuerda la carta de Babenburg?

El aludido asintió.

—Llave... y cerradura.

—La llave está bajo el puerto de Palma —completó Felipe—. La cerradura, bajo las ruinas de un imperio.

Bebió un sorbo de *scotch* y dejó el vaso en la mesa. Solo le quedaban dos Moeris. Y aquel no era el momento de fumarse uno.

—Como le dije —continuó—, creo que las ruinas del imperio se referían a la Foradada. A una cueva, oculta a la vista, que hay al final de las rocas. Babenburg siempre decía que aquello era un bastión abandonado. Pero la llave...

Posse se inclinó involuntariamente hacia delante.

Neudorf sabía que él había reventado los candados de los cobertizos de los pescadores, y que no había encontrado nada. Ahora tenía el emplazamiento exacto.

Solo le faltaba la llave.

—Había una frase que mi padrino le había dicho al notario para que me la transmitiera verbalmente: «Todo está en la caja fuerte». Pero cuando la abrí, solo había facturas. No lo entendí hasta hace dos días.

—¿Qué... entendió?

Neudorf evitó la sonrisa que le crecía en los labios.

—Las facturas eran de los pagos de Babenburg a Sargent por sus obras —reconoció, girándose para mirarlos—. La llave está en algún lado... y el mapa es uno de estos cuadros.

Un sólido silencio se instaló entre los dos hombres. Posse se cruzó

de piernas y emitió un largo suspiro mientras ordenaba sus ideas.

—Pero cometí un error —apuntó Neudorf tras darle algo de tiempo—. Todo esto que le estoy contando, lo comenté delante de mi abuela y de mi tío. Dos noches después... Ya sabe.

Felipe supo que todo encajaba en la cabeza de Posse.

Luis Fornés estaba en deuda con Ausias May. Y el contrabandista podía estar intentando hacerse con el tesoro de Babenburg a través de cualquier camino.

Que lo consiguiese Posse o Fornés, le era indiferente.

Pero para el guardia civil era una cuestión de vida o muerte.

Necesitaba adelantarse. Hacerse él con la llave primero.

—Efectivamente —tanteó Posse—, todo... apunta a Fornés.

Neudorf se levantó y se acercó de nuevo a los tres cuadros.

—La llave está bajo el puerto de Palma —repitió de memoria—. No sé si debería de ver algo en estos lienzos, pero por mucho que observo, no lo encuentro.

El capitán recorrió con la mirada las pinturas y tuvo que contener el fulgor de sus ojos. Acababa de entender lo que la carta sugería.

El nerviosismo natural del joven guardia civil aumentó un punto.

—¿Qué vínculo... tenía Babenburg con Palma de Mallorca? ¿Tenía... alguna casa ahí? ¿Un almacén? —carraspeó—. ¿Quizá... una relación?

Felipe se encogió de hombros de la manera más natural que pudo.

—Que yo sepa, la única propiedad en Mallorca de mi padrino era Son Galcerán —murmuró—. Solo iba a Palma a comprar velas nuevas para el Nereide cuando se ajaban y, cada dos o tres meses, a jugar al ajedrez al puerto.

Posse se pasó la mano por el rostro imberbe. El verde de sus ojos parecía que estaba a punto de explotar.

—¿Con alguien... en concreto?

Neudorf alzó la mirada, fingiendo que recordaba algo y se felicitó a sí mismo por sonar tan convincente. Por saber mentir de una manera tan descarada.

—Había un capitán alemán retirado que vivía en una de las calles contiguas a la lonja... Pero no sé si seguirá vivo.

—Deberíamos averiguarlo.

Era la primera vez, pensó Neudorf, que en su frase no había

ninguna pausa.

Supo en aquel instante que el guardia civil había tomado una decisión.

Y él quería dejarle el camino completamente despejado.

—Durante una temporada intercambiaron correspondencia. Puede que en el despacho de Babenburg haya algo —dijo levantándose y perdiéndose escaleras arriba—. ¿Le importa esperar aquí?

—No... se preocupe.

—Deme cinco minutos.

Una vez arriba, abrió la puerta de madera y se adentró en el despacho.

Sin atreverse a sentarse en la silla de nogal, contempló el mar desde el escritorio.

Tenía que darle algo de tiempo a Posse.

Todo era orden y pulcritud. Las dos plumas estilográficas negras, marca Montblanc, reposaban rectas sobre el tapete, una junta a la otra, como dos difuntos. A su lado, un tintero —ya seco— con la característica tinta verde que utilizaba Babenburg.

La misma con la que escribió las dos cartas que Posse y Salomé habían robado, pensó Neudorf.

Aparte de una carpeta repleta de noticias sobre la incipiente guerra en Europa y una lámpara de gas, no había nada más en la mesa. Y, salvo María Miquela, que limpiaba el polvo dos veces a la semana, nadie lo había tocado desde que Babenburg abandonó la isla hacía ya cinco largos años.

Pasó la mano por la oscura madera de caoba y sonrió. Todo aquello desbloqueaba recuerdos que creía olvidados.

Cuando era niño, el despacho estaba en la planta de abajo, pero los árboles, especialmente en verano, ocultaban las vistas al mar desde la ventana. Así que el austriaco lo trasladó al piso de arriba. Neudorf abrió un cajón y varios habanos, ya resecos, rodaron por la madera como troncos en un río. Babenburg se pasaba horas allí leyendo y fumando.

Alzó la mano para acariciar una de las Montblanc, y no pudo evitar ver la hora en su reloj de pulsera. Habían pasado ya ocho minutos. Se dio la vuelta y observó la escalera que lo llevaba al piso de abajo como si le llevase al inframundo.

—*Lasciate ogni speranza...* —murmuró en voz baja—. *Voi ch'entrate*.

Descendió paso a paso los peldaños, conteniendo la respiración, preparado para el asalto; consciente del tacto del Bowie atravesado en el cinturón, a su espalda. Posse lo esperaba con una brillante impaciencia y el abrigo puesto en el recibidor.

—Deberíamos... darnos prisa —comenzó el guardia civil.

Pero Neudorf lo interrumpió levantando un dedo.

—Solo una última cosa —masculló.

Volvió al salón y, seguido del capitán, se dirigió a la pared donde habían estado los tres cuadros de John Singer Sargent que Babenburg había adquirido a lo largo de diez años de amistad.

Se acercó al único que aún seguía colgado de la pared.

En él se podían observar varios barcos amarrados. Una vorágine de mástiles, jarcias, drizas y escotas, que evocaban a la perfección el complejo entramado de un puerto.

La luz y los colores se reflejaban en las aguas tranquilas de la ensenada; y, en la esquina superior izquierda, como un detalle mínimo y apenas perceptible, se podían apreciar las sombras de un edificio.

Era solo un esbozo. Una simple esquina. Pero cualquier mallorquín, en cualquier parte de la isla, habría sido capaz de identificar la construcción que representaba.

—La catedral de Palma —murmuró Neudorf.

Sintió que el aire se volvía denso y peligroso, y cómo Posse, a su espalda, se ponía rígido. Ignorando la tensión, descolgó el cuadro y lo observó.

—Hace unos días, al desmontar el marco de uno de estos cuadros, descubrí un hueco en la base —explicó con calma, mientras aflojaba con cuidado los tornillos posteriores—. Desmonté el resto de los marcos y justo en este encontré una antigua llave de hierro.

Lo dijo mientras dejaba el cuadro en el suelo y quitaba la parte superior del marco.

Posse siguió sus movimientos en silencio. Neudorf ignoró su impaciencia y continuó con la maniobra.

—Poco después —explicó mientras quitaba los laterales del marco— confirmé con mi tío, Luis Fornés, que la Guardia Civil conocía esta artimaña.

El capitán chasqueó la lengua.

—Nunca habíamos...

Neudorf lo interrumpió con una sombría serenidad.

—Esta mañana volví a colocar la llave en la parte inferior del marco y le dejé a solas —explicó—. Quería comprobar si usted intentaría robar la llave.

Posse dio un paso hacia atrás. Había empezado a temblar. Estaba pálido.

—Yo no... —farfulló.

Ignorándole, abrió la última pieza, dejó el lienzo en el suelo y reveló la oquedad.

Estaba vacía.

Sus ojos refulgieron en la penumbra.

—Me temo señor Posse —dijo con voz distante, mientras se llevaba la mano a la espalda y acariciaba el Bowie— que hemos llegado al final.

Capítulo 41

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

> —Una emoción es nuestra cabeza prediciendo el impacto futuro de un evento actual. Y suele estar exagerada o equivocada.

Son Galcerán, 1919

Quizá fue porque el disparo en la cadera aún le restaba movilidad. O quizá porque la tristeza de los últimos días lo había dejado anquilosado. El resultado fue que, antes de que Neudorf siquiera alcanzase el Bowie, Posse le descargó un sólido puñetazo en la mandíbula, que sonó como una sandía chocando contra un muro.
Un impacto, breve y líquido, le cogió desprevenido.

Tiene fuerza, alcanzó a pensar.

No había imaginado tanta potencia en el guardia civil.

Cayó al suelo con violencia, sin apoyar las manos, dejando su cuerpo a merced de la gravedad. Trató de recuperarse y cuando logró enfocar, escuchó cómo Posse abría la puerta principal de la casa y, acto seguido, un disparo.

—¡Alto! —alguien exclamó en el exterior.

El capitán se dio la vuelta y atravesó Son Galcerán como un rayo cruzando el cielo. Mientras se levantaba, con la cabeza aún dándole vueltas, Neudorf vislumbró el revólver que llevaba en la mano.

El sonido de las puertas abriéndose de manera precipitada se fue alejando por la casa hacia la cocina, hasta que Posse alcanzó el exterior. Otros dos disparos rompieron la quietud del día. Las detonaciones, esta vez, encajaban con las descargas de un rifle.

Probablemente de un Mauser, pensó, mientras se llevaba la mano

al mentón y agitaba la cabeza.

Gracias a Dios, se dijo, tanto la abuela Luisa como María Miquela no estaban en la casa.

Se escucharon varias órdenes en el exterior, seguidas de gritos y carreras apresuradas. Felipe salió al porche trasero, bajó unas escaleras de piedra y se reunió con Vicente Lerena.

El carabinero sostenía su pistola automática, aún humeante, en la mano. Él había hecho el primer disparo. Vestía su antigua capa gris sobre el uniforme azul. Llevaba la gorra mal calada, demasiado ladeada hacia la derecha. Sus botas negras se hundían en el barro. Parecía incluso más taciturno que de costumbre. Tenía unas bolsas casi moradas debajo de los ojos y barba de tres días. Su rostro era tan afilado que podía cortar.

—Huye por el bosque —resumió el carabinero, poniéndose en marcha—. Mis hombres lo siguen de cerca.

—¿Necesitamos caballos? —preguntó Neudorf, mirando de soslayo a las cuadras.

Lerena se encogió de hombros sin dejar de andar.

—No llegará muy lejos.

Pero se equivocaba.

Posse conocía la sierra de la Tramontana mejor de lo que ninguno esperaba. Durante dos horas, ocho carabineros a pie lo persiguieron por los pinares cada vez más espesos, sin conseguir que se rindiese. El guardia civil utilizaba poco su revólver, pero lo utilizaba bien. Un carabinero había sido alcanzado en la pierna; y a otro le había dado en el cuello.

Neudorf cojeaba —el disparo en el costado volvía a dolerle— con sus botas de cuero oscuro cubiertas de barro. Lerena andaba junto a él, adaptándose a su ritmo, en silencio. Ambos estaban sudando.

De vez en cuanto, un disparo lejano les recordaba que estaban en una persecución.

—¿Cómo lo supo?

Felipe ahogó una mueca de dolor y se detuvo un segundo para recuperar el aliento. Lerena lo esperó y juntos reemprendieron la marcha. La pregunta del carabinero se revolvió en su mente como un pez atrapado en una red.

—Al principio —jadeó, midiendo sus palabras— fue pura intuición. Después —añadió—, las piezas encajaron.

Lerena torció el gesto.

—Explíquese, cojones.

Felipe recogió una rama mojada del suelo y comenzó a utilizarla como bastón, aliviando el peso de la cadera.

—El incendio lo provocó una persona zurda con una lámpara de aceite.

Las ramas y las hojas crujían bajo sus pies mientras avanzaban. Un carabinero joven, rubio y con la cara redonda, se acercó corriendo e informó a su superior de los últimos movimientos.

Cada vez estaban más cerca. Posse se estaba cansando.

—Tras el asalto a Son Galcerán, llamamos a la Guardia Civil y recorrimos la casa juntos... Al contemplar los restos del incendio, me dio a entender que sabía que la lámpara que lo había provocado era de aceite.

Lerena dejó escapar una risa seca y asombrada.

—¿Y Posse es zurdo?

Neudorf asintió.

—Tenía la sospecha —añadió—, así que le tendí una trampa.

—La Foradada... —completó Lerena—. Pero hacía falta algo más. Un robo.

Esta vez Felipe no respondió. A veces el silencio era más elocuente que una afirmación. Y, teniendo en cuenta todo lo que tenían por delante, no quería hablar de más.

—Muy audaz —concluyó el teniente con un deje de admiración en la voz.

—Y temerario —matizó él.

—También.

Neudorf observó que el aire libre mitigaba el malhumor del carabinero.

Continuaron caminando juntos sin decir nada más. El mismo joven rubio con la cara redonda los alcanzó por segunda vez. Tenía el rostro congestionado y las mejillas encendidas tras aquella inesperada persecución. Felipe le observó la mano. Empuñaba la pistola reglamentaria del cuerpo: la semiautomática Campo Giro.

—Lo tenemos acorralado —anunció.

—¿Dónde? —preguntó Lerena, sin dejar de avanzar.

El carabinero cogió aire antes de responder.

—Se ha hecho fuerte en unas ruinas.

En aquel instante, llegaron a la cima y, a través de los pinos y las encinas mojadas, Neudorf observó los restos de una ermita.

Los cinco carabineros sanos que quedaban —los dos heridos se habían quedado atrás, atendidos por un compañero— circundaron lo que quedaba del edificio con cuidado, con sus rifles en alto, atentos a cualquier movimiento.

De la ermita, quedaban en pie la puerta de piedra, tres de las cuatro paredes, dos arcos desnudos que parecían las costillas del esqueleto de un elefante y una pequeña torre que amenazaba con desmoronarse sobre sí misma.

No se veía al guardia civil, pero Felipe lo intuyó detrás de una montaña de escombros. Se ayudó de la rama que lo sustentaba para avanzar más deprisa y, una vez cerca, se protegió tras el tronco de un pino.

Lerena, ignorando el peligro, se puso al frente de sus hombres.

—¡Capitán Posse! —gritó—. ¡Está usted rodeado! Acabe con esta locura.

Un tenso silencio siguió a aquella afirmación. Todo, por un instante, se detuvo; y Neudorf apreció la rigidez de los carabineros, los rostros concentrados, la serena disciplina que desplegaban.

—¡Capitán! —repitió Lerena.

Felipe advirtió cómo Posse se incorporaba y descargaba su revólver contra el carabinero. Este se desplazó con sorprendente agilidad hacia la izquierda, ocultándose tras uno de los muros de la ermita. Uno de sus hombres, con una metódica frialdad, cerró el círculo mientras devolvía los disparos, cubriéndole.

Neudorf los observó asombrado. Aquellos carabineros sabían lo que hacían. Y se notaba que confiaban en su oficial. Aquel respeto repentino por Lerena amplió el vértigo que sentía en el estómago. Todo lo que venía después podía salir mal. Muy mal.

Dentro de la ermita, el guardia civil apretó el gatillo varias veces sin la consecuente detonación. Su desesperación creció como el musgo en un día de lluvia. Se había quedado sin balas.

—Señor Posse... —masculló Neudorf a media voz—. Ríndase.

Podía imaginar su rostro desencajado. Su angustia. La rabia que lo atravesaba por no haber sido más cauto, menos impaciente.

Podía sentirlo.

Escuchó cómo el guardia civil abría su revólver, metía una bala

en el tambor y lo cerraba. Y supo al instante lo que Posse pretendía.

Lo había visto varias veces durante la Gran Guerra. Soldados que se rompían, enemigos rodeados. Nobles que se sentían humillados.

—¡No! —exclamó, mientras corría hacia la ermita.

Una detonación le retumbó en el pecho y supo que ya era tarde. La luz se estremeció. Una paloma, asustada, emprendió el vuelo; y Neudorf dejó escapar de golpe todo el desconsuelo que retenía en los pulmones.

Al otro lado de los escombros, Matías Posse se había pegado un tiro en la cabeza.

Capítulo 42

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

> —¿Cuál es su principio fundamental? —preguntó Neudorf—. La máxima a la que siempre recurre.
> Babenburg sonrió.
> No necesitaba pensarla. Tras años equivocándose, sabía cuál era la respuesta.
> —Dolor a corto plazo, beneficio a largo plazo.

Sierra de la Tramontana, 1919

Los ojos de Posse aún estaban abiertos cuando Neudorf y Lerena llegaron hasta él. Su iris verde reflejaba las ramas de los árboles y el cielo encapotado. Aún tenía sudor en el rostro. El viento había comenzado a soplar.

Felipe lo observó como quien contempla el incendio de un hospital, con un horror visceral e inexplicable.

El guardia civil había apoyado el cañón en la base de su mentón y había apretado el gatillo. La bala había atravesado el cráneo en diagonal, de abajo arriba y había salido por la parte posterior de la cabeza, abriendo un agujero del tamaño de un puño. La pared estaba cubierta de sangre, trozos de hueso y masa encefálica gris.

Todo a su alrededor era desorden. Caos. Sin embargo, en los ojos de Posse había cierta placidez. Una extraña serenidad. Como si por fin hubiese acabado con toda aquella zozobra, con los engaños. Con todas las mentiras.

Lerena se llevó las manos a la cintura mientras lo observaba y suspiró.

—Demasiado joven —murmuró.

Neudorf dio un paso hacia delante y se inclinó sobre el cuerpo del guardia civil, extrayendo una llave de hierro grande y oxidada que había guardado en el interior de su casaca azul. Acto seguido le cerró los ojos.

—Y todo por un puto tesoro —masculló el carabinero.

—Por la promesa de uno —respondió él.

—¿No cree que exista?

Felipe se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo pensando en la segunda carta de Babenburg.

Si Salomé no la tenía, se habría perdido para siempre. Y con ella las últimas palabras de su padrino. Sintió que aquella certeza le pesaba tanto como una bala de cañón.

—Aún queda la mujer —murmuró Lerena—. No lo olvido.

El teniente dio varias órdenes a sus hombres y, juntos, abandonaron las ruinas. Neudorf sintió de pronto las ganas de fumar, pero recordó que solo le quedaban dos Moeris y lanzó lejos la repentina necesidad de llenarse los pulmones de nicotina.

—Estamos cerca del cuartel —observó.

El carabinero asintió, cansado.

—¿Quiere un café?

Neudorf chasqueó la lengua.

—Creo que nos lo hemos ganado.

Los dos hombres recorrieron el monte en silencio. Dejando que el recuerdo de la muerte de Posse fuese calando en ellos. Ambos sabían que todo era un proceso. Que aquellos ojos verdes les perseguirían durante un tiempo. La muerte era así. Las personas mueren y pasan a la gente más cercana en forma de recuerdos y remordimientos. Parte del alma de Posse se quedaría siempre con ellos. Acompañándolos por las noches. Visitándolos en sueños.

Así era la vida que habían elegido.

El cuartel, sobre la colina, apareció recortado con el mar de fondo. A pesar del cielo gris, con las nubes bajas y amenazadoras como dioses perezosos asomados al mundo, el horizonte era un espectáculo sobrecogedor. A la derecha, la Tramontana, salvaje y agreste, verde y marrón, se perdía en la inmensidad.

Al entrar, Lerena se deshizo de su capa gris y de la pistola. La chimenea estaba encendida y el interior caldeado. Neudorf se sentó en

uno de los bancos de madera y se dio cuenta, en aquel instante, de lo cansado que estaba.

El despacho y el salón estaban separados por estanterías de madera llenas de libros que conferían la falsa ilusión de separación física.

La última vez que había estado allí, el carabinero tallaba su barco de madera y Cosimo lo observaba admirado. Toda aquella acción le venía bien. Le permitía salir de casa y despejarse. Y, también, no sentir, en pequeños intervalos de tiempo, la dolorosa ausencia del italiano.

Lerena se acercó a la chimenea y colocó una cafetera de hierro sobre el fuego, que a los dos minutos comenzó a borbotear. Sirvió el café —negro y denso— en dos tazas sucias de hojalata y alzó la suya.

—Enhorabuena, señor Neudorf —dijo—. Lo ha conseguido.

No había alegría en su voz. Tan solo cansancio.

Felipe lo imitó y bebió en silencio. Sintió cómo el café se deslizaba por su tráquea calentándole el pecho, reconfortándole.

Dejó la taza a su lado, en el banco, arrancándole un sonido metálico, y suspiró.

Todo estaba llegando a su fin.

—El otro día fui a la Comandancia...

La afirmación planeó en el ambiente como un halcón.

—¿La autopsia? —preguntó Lerena con aire distraído, sin dejar de observar el fuego.

Neudorf asintió y se inclinó hacia delante.

—En el informe se detallan las dos balas que se extrajeron del cuerpo de Catalina. Dos proyectiles con un calibre de 11 mm.

Los ojos de Lerena parecieron volver de un largo viaje.

—Me lo contó —concedió—. El mismo calibre de la pistola de Julio Maneu.

Neudorf se miró las manos y suspiró.

El carabinero lo observaba ahora con expectación. Tratando de intuir a dónde quería llegar.

—Un hombre de Ausias May.

—Un contrabandista —apuntó Lerena.

Felipe asintió, aunque lo dudaba. Un contrabandista era su tío, Luis Fornés. Con aquella mirada escéptica, su sonrisa taimada y las manos cansadas de apretar gatillos. Eso era un contrabandista.

Alguien inteligente y dispuesto. Julio Maneu no era ni tan listo. Ni tan audaz.

Pero no dijo nada.

—El caso —prosiguió Neudorf— es que le mentí.

El otro inspiró profundamente y esperó. Los dos hombres se miraron a los ojos.

—No sé qué pistola tiene Julio Maneu —reconoció—. Pero sí sé cuál utiliza habitualmente Miquel Terra.

—Sorpréndame —murmuró Lerena con voz glacial.

—Una Smith & Wesson. Un revólver de metal con la culata de nácar. Una pistola horrible, pero eficaz... con un calibre de 11 mm.

El carabinero lo observó despacio, como si fuese la primera vez que lo veía aquel día.

—Una persona del Trinidad nos confirmó que Terra apareció aquella mañana en el hospicio —continuó Neudorf—. Alguien, probablemente Martorell, había avisado a Horrach de que su hermana iba a tratar de escapar aquel día... Tras comprobar que Catalina no estaba, la siguió al galope.

Lerena cambió de posición en banco de madera.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?

—El hecho de que ocultase la autopsia nos confirmó que estaba tratando de proteger a Horrach y a sus hombres —prosiguió, impasible.

—No tiene ninguna prueba de eso.

Felipe volvió a sentir unas potentes ganas de fumar. Pero las ignoró.

—Puede ser... —admitió—. Puede ser.

El carabinero se levantó y cogió de una estantería su talla de madera. El barco tenía cada vez más detalle. A Cosimo le habría encantado verlo.

Neudorf pensó que, cuando todo acabase, se lo llevaría a su tumba.

El carabinero se dejó caer en el banco y desenfundó su cuchillo de caza, con el que empezó a cortar tiras de madera, perfilando el barco.

—Nunca creí que Babenburg fuese el culpable —dijo sin levantar la vista de la talla.

Sus hábiles manos recorrieron el barco, mientras apreciaba lo que

aún quedaba por hacer.

El cansancio de Neudorf dio paso a un profundo hastío.

—Porque usted siempre supo quién era el asesino —dijo con voz aséptica.

Lerena levantó la vista. Tenía los ojos duros y concentrados. Como los de un jugador de cartas que va a apostar todo su dinero.

—Fue Terra —afirmó.

Neudorf negó con la cabeza.

—No —masculló—. Fue usted.

El silencio en la habitación se volvió denso. Como si el espacio que los separaba se hubiese convertido en aire compacto. En hielo involuntario.

Lerena dejó el barco de madera a su derecha y, sosteniendo aún el cuchillo, los dos hombres se observaron sin decir nada.

El corazón de Neudorf resonó en su pecho como una campana, pero se forzó a inspirar profundamente y a mantener la calma. Sentía el Bowie a su espalda, tranquilizándole. El disparo de la cadera le había dejado de doler.

Podía luchar.

Pero el fuego inicial en los ojos del carabinero se apaciguó.

—¿Por qué cree eso?

Había estado cerca de conseguirlo. No se iba a rendir tan fácilmente.

Volvió a llenarse los pulmones de aire, ganando tiempo, ordenando sus ideas, aquietando sus latidos.

—Algo que no me ha contado es que usted también se preocupaba por el estado de Catalina —murmuró.

Lerena le sostuvo la mirada.

—Nunca me lo ha preguntado.

Neudorf hizo como que no lo escuchaba. No estaba ahí para discutir. Estaba ahí para exponer. Para exhibir.

—Dejó embarazada a Catalina —declaró—. Y su hermano, Juan, la encerró en el Trinidad para que diese a luz en secreto. Así no pondría la boda con Algaida en peligro.

Lerena se irguió en el banco, sorprendido, pero él continuó.

—El día anterior, Magdalena Pons le confió que Catalina pensaba escapar esa noche —explicó—. Un barco la esperaba en la Foradada, así que intuyó el recorrido.

Neudorf inspiró profundamente antes de continuar.

—Fue usted el que la estaba esperando aquella mañana en la colina.

El carabinero lo observó sin decir nada. Atravesándole con aquellos ojos oscuros. Pasándose el cuchillo de mano a mano.

—Ignoro qué fue... —murmuró Felipe—. Una confesión, una mentira, un insulto. No lo sé... Pero creo que algo le hizo perder el control. Y cuando Catalina comenzó a bajar la cuesta, a pesar de estar embarazada, le disparó dos veces por la espalda.

Dejó caer los hombros y estiró las piernas.

—Escuchó a los chavales de Deià acercándose, así que huyó y cabalgó al cuartel. Donde, más tarde, lo encontraron. Todo lo demás, es historia.

Lerena dejó escapar el aire por la nariz. Estaba sonriendo. Era la primera vez que veía esa expresión en su rostro. Había dolor y tristeza, pero también había desafío.

—No tiene pruebas —masculló.

Neudorf se encogió de hombros. Empezaba la función.

—Al principio no —reconoció—. Pero luego me fijé en la fotografía que le hicieron el día anterior a su muerte —dijo mientras la extraía del interior de su abrigo y la observaba— y me fijé en el medallón de plata. En el zafiro.

La expresión de su interlocutor había abandonado la jovialidad y lo escuchaba con atención.

—No estaba en el Trinidad —continuó Neudorf—. Por lo que la conclusión lógica es que el asesino se lo robó.

—Y nunca se encontró —escupió el otro.

—Hasta ahora, señor Lerena.

Ante los ojos atónitos del carabinero, Neudorf extrajo de otro bolsillo la medalla, que refulgió en la penumbra de la habitación.

—Estaba escondido en la sentina de su barco, el Catalina. Junto con la autopsia que me aseguró que había desaparecido —añadió con media sonrisa—. Ahí, como comprenderá, señor Lerena, fue cuando comencé a sospechar.

Fuera, una nube cubrió el cielo y la estancia se oscureció. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea, ajeno a la tensa conversación que estaba ocurriendo en la habitación.

—Asumí que desde el principio había falsificado la autopsia —

explicó Neudorf—. El informe recoge que las balas que se extrajeron eran de un calibre de 11 mm... Pero cometió un error.

El carabinero hizo un silencioso gesto con la cabeza, como invitándole a continuar. Neudorf no supo si era curiosidad o una amenaza. Pero llegados a aquel punto, todo le daba igual.

—Horrach se llevó el cuerpo de Catalina antes de que le extrajeran las balas —prosiguió— y la enterró ese mismo día. Eso demuestra que usted habría mentido.

Neudorf inspiró de nuevo. A pesar del fuego, había humedad en la estancia. Alzó la vista y vio que las vigas de madera estaban algo mojadas. Durante un segundo reflexionó sobre el estado del tejado y las condiciones en las que vivían los carabineros. Pero obligó a su mente a volver aquel monólogo donde Lerena era poco más que un espectador.

—Entonces tuvimos que tomar una decisión poco ortodoxa —dijo encogiéndose de hombros—. La única opción que teníamos, en realidad. Hace una semana, de noche, aprovechando la tierra húmeda tras la lluvia, Cosimo y yo cogimos dos palas, atravesamos el bosque y desenterramos a Catalina.

Lerena dejó el cuchillo en el banco, entrelazó los dedos y cerró los ojos.

—Fueron ustedes —murmuró—. Están locos.

Puede ser, pensó Neudorf, evitando un escalofrío. Recordando el rostro descompuesto de Cosimo.

—Las balas que extrajimos son de un calibre de 9 mm —dijo abriendo la mano y mostrando dos pequeños proyectiles—. El mismo que su semiautomática, señor Lerena. La pistola Campo Giro.

El carabinero levantó la vista y contempló, en la distancia, el arma enfundada en su cartuchera, colgada de un perchero de la entrada, junto a su capa.

—Le costará demostrar todo esto —dijo al fin.

Felipe se inclinó hacia delante.

—Solo quiero la verdad —murmuró consciente de que todo dependía de ello—. ¿Por qué?

El carabinero se cruzó de brazos. Las cartas estaban boca arriba. Ya no era necesario mentir y Neudorf apreció cómo, de alguna manera, Lerena se sentía liberado.

—En realidad —masculló con ojos brillantes— fue su culpa. La de

Catalina. Sabía que yo estaba enamorado de ella. Que habría hecho cualquier cosa por retenerla a mi lado...

Arrastraba las palabras, como si pronunciarlas le produjese un dolor que ya creía extinguido.

—Cuando la intercepté en la colina, al principio se sorprendió.

—¿Qué ocurrió?

Una lágrima recorrió su mejilla, pero la apartó rápidamente.

—Intenté convencerla para que se quedase —explicó con voz contenida—. Podíamos huir juntos... y criar al bebé entre los dos.

—¿Y ella se negó?

—Peor —reconoció Lerena con una mueca airada—. Se empezó a reír... y me dijo que el niño no era mío.

Aquello le sorprendió.

¿Mintió Catalina? Pero, si decía la verdad, ¿quién era el padre?

Dentro de aquella mujer había algo voluble, cruel y complejo.

Neudorf decidió no apretar más. Que fuese él quien lo soltase todo.

Los dos hombres se quedaron varios segundos en silencio, rumiando cada uno sus propias certezas e inquietudes. Felipe pensó en Cosimo, en lo que habría disfrutado de ese momento.

Lerena cambió de posición en el banco.

—Cuando Catalina comenzó a bajar la colina, yo tenía el corazón roto y la mente en blanco. Apreté el gatillo dos veces, casi sin pensar. Lo que pasó después... —dijo tras recuperar el aplomo—. Ya lo sabe.

Neudorf se pasó la mano por el pelo, pensativo. Sin saber bien cómo sentirse. Entendía al carabinero. La vida, a veces, te pone a prueba. Te rompe para comprobar el material del que estás hecho. Pero aquella rabia involuntaria había llegado demasiado lejos; implicado a demasiada gente.

—Gracias —murmuró—. Necesitaba la verdad.

Los ojos de Lerena volvieron a la rigidez del inicio. La cercanía que habían alcanzado se disipó.

—Tendrá que conformarse con eso —dijo el carabinero con severidad—. Jamás confesaré y tendrá que demostrar lo del calibre.

Neudorf asintió.

Estaba exhausto.

Extrajo la caja negra y se colocó uno de sus dos últimos Moeris en los labios. Encendió una cerilla y prendió el extremo del cigarro.

Cerró los ojos para disfrutar aquella primera calada. Tan agridulce. Tan merecida.

—No hará falta —sentenció mientras se levantaba.

El cuartel era un edificio de piedra, pequeño y funcional. Aparte de una oscura cocina, casi siempre vacía, había un cuarto con literas para los carabineros, el pequeño despacho de Lerena y el salón que en aquel momento ocupaban.

Felipe se acercó a la puerta y echó un último vistazo a la estancia.

Abrió la puerta y la luz lo deslumbró un poco. Fuera, los hombres de Lerena esperaban pacientemente con ojos solemnes y las armas dispuestas. Felipe apreció que había varias caras nuevas.

Atravesó el umbral y sintió en el rostro la temperatura glacial del día.

Lo siguió Lerena, sorprendido ante aquella expectación. Él también se dio cuenta de que había más carabineros de lo habitual.

Todos pertenecían a la guarnición de Palma.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó mientras parpadeaba varias veces.

Neudorf se dio la vuelta.

—Sus hombres son rectos, teniente. Rectos y leales. Y no les agrada la idea de tener que detenerle. Pero les disgusta más que sea usted un asesino.

El rostro de Lerena pasó de la palidez a la turbación en un segundo. Le dedicó a Felipe una mirada cargada de odio, pero supo rehacerse.

—Apresadle —ordenó con fingida indiferencia, señalándolo con la cabeza—. Es un hombre encubierto de Ausias May. Ha jugado con nosotros desde el principio.

La orden sonó convincente, pero nadie se movió. Lerena dio un paso hacia el carabinero rubio de rostro redondo, que parecía ser su segundo.

—¿No me habéis oído? —gritó.

Una voz surgió de dentro del cuartel.

—Le han oído, teniente —dijo una voz grave —. Pero yo también le he oído a usted.

Todos se giraron hacia la puerta y, de la oscuridad del cuartel, surgió Guillem Santa Ponsa, comandante en jefe de los carabineros de

las Baleares.

Vestía de uniforme azul. Llevaba la misma chaqueta con los botones dorados y el cuello rojo que Neudorf había visto en Palma. Tenía el pelo peinado hacia atrás e iba descubierto. Su rostro afilado y dispuesto parecía la proa de un barco. Sujetaba el sable con la mano izquierda para que no le golpease la pierna al andar.

Neudorf no pudo evitar una sonrisa aliviada.

Tras el entierro de Cosimo, la última orden que le había dado a Tomeu había sido ir a la Comandancia de los Carabineros en Palma y entregarle a Santa Ponsa una carta escrita por él.

En ella, le había puesto al corriente de todas sus sospechas y le pedía dos cosas.

La primera era que se ocultase, dos días después, en el despacho de Lerena. Desde allí podría escuchar, sin ser visto, la conversación que iban a mantener en el salón.

La segunda, que acudiese con un grupo de hombres desde Palma por si las cosas se ponían feas.

Por la mañana, cuando el destacamento de Deià —dirigido por Lerena— abandonó el cuartel en dirección a Son Galcerán, Santa Ponsa accedió al edificio y esperó.

Sentado en silencio en el pequeño despacho, el comandante lo había escuchado todo.

Se movía con calma, pero sus ojos lo delataban.

Estaba furioso.

—Que alguien le ponga unas esposas —exigió—. Teniente Vicente Lerena, está usted detenido por asesinato.

CAPÍTULO 43

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—Marco Aurelio dijo que la mejor venganza es no ser como tu enemigo —comentó Babenburg—. También lo dice el cristianismo... Pero no estoy de acuerdo —aseguró, dando un puñetazo en la mesa—. A veces es necesario mandar un mensaje al universo. Devolver el golpe. Ajustar cuentas... Recuperar el equilibrio.

Valldemossa, 1919

Neudorf y Santa Ponsa se mecían en silencio, a paso tranquilo, sobre sus caballos. Felipe apuró el Moeris hasta que el cigarro no fue más que un pequeño amasijo de tabaco, lo apagó y lo lanzó al suelo, observándolo como quien lanza una botella al mar desde una isla desierta. El comandante de los carabineros apreció el gesto.

—¿Nostalgia? —preguntó.

El aludido asintió con aire distraído. Aquel hombre además de peligroso era inteligente y detallista. Sabía observar. Y aquello lo incomodaba. Era consciente de que estaba bajo un examen continuo.

—Estoy en deuda con usted —dijo Santa Ponsa.

Tampoco le gustaba estar en deuda con aquel hombre. Pero tenía razón. Un carabinero había asesinado a Catalina Horrach y, lo peor de todo, lo había encubierto culpando durante años a un inocente.

Neudorf debería estar eufórico, pero únicamente sentía un profundo cansancio.

—No se preocupe —masculló—. Era algo que le debía a Babenburg... Y a mí mismo.

Se dirigían a Valldemossa.

Santa Ponsa porque su camino a Palma pasaba por allí. Él porque necesitaba enmendar una decepción.

—Solo tengo una pregunta —mencionó Santa Ponsa cuando las primeras casas aparecieron en el camino.

Neudorf lo miró sin responder, como animándole a continuar.

—¿De verdad han desenterrado a Catalina?

Lo preguntó con admiración y algo de reticencia. Para un civil, aquello era llevar una investigación muy lejos. Y podría traer consecuencias, especialmente por parte de la familia.

Felipe se encogió de hombros.

—Un amigo me contó una vez que para obtener una confesión imposible hay que elaborar la circunstancia oportuna.

Todo se había basado en la historia de Levi. Aquel bereber que traicionó a su cabila sin pretenderlo.

La situación precisa, pensó. El engaño apropiado.

—Cavamos hasta tocar el féretro —admitió—. Pero no lo abrimos. Solo queríamos que la gente creyese que alguien había profanado la tumba... Además, no estábamos seguros de si le habían extraído las balas. Tan solo necesitábamos la duda. No fue difícil conseguir una pistola Campo Giro y disparar las dos balas.

Neudorf se permitió una sonrisa cansada.

—Todo lo demás, lo ha podido escuchar usted en el cuartel.

Santa Ponsa lo observó fascinado.

—Le felicito —dijo al fin—. Necesito oficiales competentes, señor Neudorf. Si algún día se lo plantea...

Felipe frunció los labios y asintió de nuevo.

Tal vez, parecía decir su expresión. Tal vez.

No tenía mucha esperanza en el futuro.

Le faltaba una pieza. Y se estaba quedando sin tiempo.

—Puede que necesite una última cosa de usted —anunció.

Santa Ponsa escuchó con atención su propuesta.

—Es justificable... —concluyó—. Voy a perder la cuenta de los favores que nos debemos.

El comandante se despidió con un saludo militar y puso su caballo al galope, en dirección a Palma. Neudorf contempló Valldemossa como si acabase de surgir de la lluvia y, con el cuerpo, indicó a Janto que avanzara por las calles empedradas hasta llegar a

Can Joan.

En la terraza, solo, sentado en una de las mesas de madera con un vaso de vino a pesar de que aún no era mediodía, estaba Donato Levi, *batle* de Valldemossa.

Contemplaba el viento sobre las copas de los árboles como quien observa las olas del mar: absorto, con una plácida concentración. Parecía triste y relajado. Ajeno a la realidad que lo rodeaba.

Todavía era joven, pero parecía que su cuerpo se había rendido.

La luminosa melancolía que lo envolvía se transformó en desafecto en cuanto lo reconoció. Se sentó en la mesa sin pedirle permiso. El dueño se acercó a preguntarle qué quería y pidió *scotch*.

A pesar de todo, pensó, aún quedaban cosas que celebrar.

—No quiero hablar contigo, Felipe —murmuró Levi con calma.

El aludido dio un sorbo corto al alcohol y dejó el vaso sobre la mesa.

—Solo te pido cinco minutos.

El *batle* le sostuvo la mirada con su ojo sano.

—Nada de lo que me cuentes podrá evitar la decepción que siento —sentenció—. La verdad, lo habría esperado de cualquiera, Felipe... Pero no de ti.

Neudorf asintió. Entendía su enfado. Era cierto que él había localizado el mercante francés que transportaba el trigo de Levi. Y también que se lo había comunicado a Fornés.

El grano con el que pensaba comprar a los terratenientes de Valldemossa para evitar que Ausias May entrase en política había acabado, por su culpa, en el fondo del mar.

La luz y la oscuridad, pensó Neudorf. La batalla más antigua del mundo.

—Te contaron que nos vieron en el puerto —comenzó—. Y que Cosimo habló con el capitán francés del vapor —añadió—. Todo eso es cierto... Pero hay algo más.

Levi suspiró y se cruzó de brazos.

—Me aburres, querido. Ahórrate las excusas. En una guerra siempre se puede elegir. Es, de hecho, lo único que podemos hacer. Elegir bando. Y luchar.

Felipe le dedicó una mirada serena. Estaba de acuerdo con aquella afirmación.

—Aquel día, además de para localizar el barco francés, fuimos al

puerto de Palma porque habíamos recibido un cargamento para el Trinidad —explicó—. Material médico y comida. Una donación al hospicio como pago por atender a la abuela Luisa.

El *batle* se rascó el parche.

—No sé si me he explicado bien cuando te he dicho que no me interesa nada de lo que me cuentes.

Se estaba enfadando, pero Neudorf no pensaba parar. No ahora.

—Mientras yo hablaba con Santa Ponsa, Cosimo cargó el carro y sobornó al capitán francés. Después, trajimos el material al Trinidad. Todo está en el almacén principal. Junto a la cocina.

Levi vació el vino de un trago y se levantó.

—¡No me interesa! —bramó—. No quiero volver a verte, Felipe. Eres un cobarde. No sabes cuidar de tus amigos. Ni siquiera tienes el valor para vengarlos.

Aunque aquel comentario le partió el alma en dos, ignoró la pulla. Levi le dio la espalda y comenzó a alejarse.

—Al depositar los sacos en el Trinidad, dijimos que eran de arroz... pero en el interior hay trigo.

El *batle* se paró en seco, pero no se dio la vuelta.

—Con nuestra ayuda o sin ella, habrían interceptado tu cargamento —continuó Neudorf—. Así que pedimos más... Y aprovechamos el material médico para camuflarlo.

Levi se giró lentamente. Había estupor en su expresión.

—Aún puedes evitar que Ausias May salga elegido diputado.

El alcalde de Valldemossa regresó a la mesa, se derrumbó en la silla y se bebió el *scotch* de Felipe.

—¿Por qué ahora? —preguntó, aún si dar crédito a lo que escuchaba.

Neudorf sonrió. Era una sonrisa desesperada. Una sonrisa cargada de dolor. Una sonrisa que resumía toda la impaciencia que había reprimido.

—Porque puede que me quede sin tiempo —dijo bajando la voz.

El *batle* ladeó la cabeza sin entender del todo. Y él saboreó aquella certeza antes de verbalizarla. Sus ojos refulgían como un tesoro recién descubierto.

—Hoy, esta noche —susurró—, voy a vengar a Cosimo.

Capítulo 44

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

> —No pierdas tiempo en buscarte; ya te reconocerás en la acción y la batalla. Pero cuando te encuentres, sé lo que eres, Felipe. Ten el valor de serlo.

Valldemossa, 1919

La luna era un disco tibio y lejano en el cielo cuando Neudorf saltó la tapia de piedra que separaba el camino de la residencia de Juan Horrach. A pesar de las nubes, la noche estaba iluminada por una luz pálida y endeble. Hacía frío, el viento del día había amainado y había una extraña quietud. Una curiosa expectación.

Realizó la ascensión despacio, procurando no pisar ramas secas.

Recordaba la casa, situada al final de la colina, dominando el valle.

No había luces encendidas y la mansión, recortada en la penumbra, ofrecía un aspecto elegante y relajado, como de cisne dormido.

Una vez alcanzó la cima, dejó a su derecha el edificio principal —donde seguramente dormitaban Horrach y su mujer— y, siguiendo las indicaciones de Levi, recorrió un camino de tierra que bajaba por el otro lado de la ladera. Hacia las dependencias de los jornaleros.

Un punto de luz apareció entre los árboles y Neudorf se detuvo, flexionando las rodillas, escuchando.

El brazo ya había cicatrizado del todo. Y el disparo de la cadera apenas le molestaba.

Se sentía, por fin, después de mucho tiempo, ligero.

Aquella noche, él era la amenaza.

El instinto de soldado tomó el control de su cuerpo y, conteniendo la respiración, avanzó con pasos lentos y metódicos. Se había desprendido del abrigo para moverse mejor. Sentía la Colt M1911 en la cintura, el Bowie a su espalda y las dos dagas de Cosimo colgándole en un costado, debajo del hombro izquierdo. Varias voces se fueron perfilando conforme se acercaba.

Entrecerró los ojos y estudió la pequeña edificación que se recortaba tras los pinos. Era una casa rústica de una sola planta. Una construcción de piedra pensada para alojar a los campesinos que trabajaban las tierras de la finca. Le recordó a la vivienda donde habían asesinado al padre Martorell. Aunque esta era más grande y alargada, y estaba en peor estado que la residencia familiar.

Todo parecía normal, salvo por un detalle: Horrach no tenía tierras que labrar.

Un fuego crepitaba en la entrada. Calentando a las cinco personas que hablaban a su alrededor. Aquellos debían de ser los matones del empresario. Les ofrecía casa y comida a cambio de proteger sus intereses.

Neudorf maldijo entre dientes. No esperaba a tanta gente.

Avanzó despacio hasta unos matorrales, cuidando el silencio de cada pisada; y cuando estaba apenas a diez metros, amparado por la oscuridad, reconoció a uno de los alemanes y al Boxeador que le había impedido el paso cuando intentó hablar con el empresario.

No conocía a los otros tres.

El grupo estaba dispuesto en semicírculo alrededor del fuego, sentados en sillas de mimbre. El alemán los escuchaba hablar en mallorquín sin decir nada. Un bastón apoyado en la silla lo delataba. Era al que había partido el tobillo.

Neudorf dio un paso más y descubrió dos sillas vacías.

Terra y el otro teutón, pensó con un alivio cansado. A pesar de la rabia que le recorría las venas, tenía que actuar con calma.

Por cómo iban vestidos, dedujo que los tres mallorquines eran criados. El personal que se encargaba de la casa de Horrach y que aprovechaba el alcohol y el fuego de Terra y sus mercenarios para calentarse por las noches.

No tenían la culpa de estar allí.

Se oyeron unos pasos en el interior de la edificación y en el marco de la puerta apareció el alemán que faltaba con el brazo en

cabestrillo, seguido de Terra, que llevaba una botella de vino en cada mano.

Neudorf chasqueó la lengua.

No le habría venido mal la destreza de su tío, Luis Fornés.

Se lo había planteado antes de abandonar Son Galcerán, pero había desechado la idea. Le había revelado a Levi el cambiazo del trigo. Recurrir al contrabandista habría sido tentar demasiado a la suerte.

Se deslizó hacia un lado y vio cómo Terra bajaba los escalones, dejaba una botella en el suelo y se disponía a abrir la otra; decidió que no quería esperar más.

Que su suerte estaba en manos del destino.

Levantó la mirada y contempló la luna a través de las nubes.

—Si hay un Dios allí arriba —murmuró—, por favor, hazme rápido y certero.

Extrajo una de las dagas de Cosimo, la sujetó por la punta y se la lanzó con fuerza al alemán que estaba sentado. El metal cortó el aire con un silbido mecánico y letal, como la hélice de un avión, y le alcanzó en la cabeza; con tan mala suerte que impactó con el mango, no con la hoja. El golpe resonó en la explanada, sorprendiéndolos a todos.

Neudorf abandonó la oscuridad como un héroe antiguo, recto como un mástil, con la pistola en la mano derecha y otra daga en la izquierda. Sus ojos eran dos piezas de hierro candente en una fragua.

—Solo quiero a Terra y a los dos alemanes —dijo con voz grave —. Los demás, podéis marcharos.

Terra aún sostenía la botella de vino entre las manos. Tenía la boca abierta y los ojos desorbitados.

El Boxeador se quedó plantado, en su sitio. A Neudorf le pareció ver que sonreía mientras extraía un cuchillo del cinturón.

Los tres criados se levantaron, despacio, pero solo dos corrieron ladera abajo.

El que se quedó empuñó una vieja escopeta.

El alemán que había recibido el impacto de la daga se incorporó tambaleante, ayudado por el bastón, con un reguero de sangre atravesándole el rostro. Terra y el otro teutón sacaron también sus pistolas, pero Neudorf ya había visto suficiente.

Alzó la Colt e hizo dos disparos rápidos. El primero alcanzó en el

cuello al de la escopeta, el segundo impactó en el brazo del Boxeador.

Los dos cayeron al suelo entre lamentos.

Terra y los alemanes abrieron fuego casi al unísono, pero él ya había desaparecido en la oscuridad.

El lisiado se arrancó un trozo de camisa y se vendó la frente para evitar que la sangre le nublara la vista. En el suelo, el Boxeador trató de taponar, sin mucha eficacia, la herida en el cuello del criado.

El secretario de Horrach y los dos alemanes se parapetaron tras unos bloques de paja, un carro y dos barriles que descansaban en uno de los laterales de la casa, mientras peinaban con sus pistolas la penumbra. Al lado del fuego, el criado seguía tratando de respirar a través de la sangre que le llenaba la boca.

Un gorgoteo líquido y desesperado, de vida escapándose por un orificio, llenó el silencio.

Al cabo de dos interminables minutos, el herido expiró, desangrado, y el Boxeador soltó una maldición.

—Estamos demasiado expuestos —murmuró Terra con ojos espantados, sin dejar de apuntar a los árboles—. Deberíamos evitar...

Pero antes de que acabase la frase, un tercer disparo resonó en la noche y alcanzó al teutón lisiado en el estómago. Cayó de rodillas mientras el otro se lanzaba hacia él, gritando en su idioma. Pero Terra lo interceptó y lo apartó de la casa, arrastrándolo a la oscuridad.

Corrieron por instinto, sin una dirección clara, y cuando se habían alejado lo suficiente, se detuvieron. Terra observó las facciones difusas de su acompañante y comprendió que estaba llorando.

—*Herr, bitte, sei bei mir in meiner Zeit der Gefahr* —balbuceó este.

Terra respiró profundamente y trató de serenarse. No se oía nada a su alrededor. Abrió el tambor de su Smith & Wesson Orbea y comprobó que le quedaban cuatro balas. El resto de munición estaba en la casa. Al alemán le quedaban cinco.

—Deberían bastar para acabar con este hijo de puta —dijo entre dientes.

La sorpresa se había difuminado en su pecho. Ahora solo sentía cólera.

A diferencia de los otros dos criados, el Boxeador y Bernat no habían huido. Y ahora Bernat estaba muerto, ahogado en su propia sangre.

Aquel puto bastardo había matado ya a seis de sus hombres.

Y se lo iba a hacer pagar.

Apretó los dedos en torno a la culata de marfil del Orbea y se forzó a prestar atención a su entorno, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Una carrera corta se oyó entre los árboles, y los dos hombres flexionaron las rodillas con las armas en alto, apretándolas con fuerza para no temblar. El sonido había sido cerca, pero a su alrededor no había nadie. O, lo que era peor, no lo habían visto.

La adrenalina llenó de lágrimas los ojos de Terra. El alemán, a su lado, trató de controlar su respiración acelerada. A su espalda tenían la silueta de dos pinos. Enfrente, a treinta metros, como un punto de luz en medio de un océano de oscuridad, el fuego del que se habían alejado.

Y en algún lugar indeterminado de aquel bosque, estaba Neudorf. Acechándoles.

El secretario escupió al suelo. Sentía más miedo del que estaba dispuesto a reconocerse. Neudorf había resultado ser más duro de lo que en un principio cualquiera habría pensado.

Por lo menos, se dijo, tratando de animarse, el italiano estaba muerto.

—Vamos —masculló al alemán, mientras comenzaba a andar en paralelo al fuego.

Si se quedaban quietos, estaban muertos.

—*Sei bei mir in meiner Zeit der Gefahr* —repitió el hombre.

Terra sintió cómo le ardía la sangre en las venas.

—¿Qué cojones dices? —preguntó en voz baja, sin volverse.

Un sonido sordo, como de carnicero cortando carne, sonó a su espalda, seguido de otra carrera. Cuando se giró, lo primero que vio fueron los ojos del alemán, blancos y redondos, abiertos de par en par, como las luces de un automóvil. El mango de un Bowie sobresalía por encima de su hombro izquierdo. De un vistazo, supo que, aunque aún respiraba, el teutón ya estaba muerto. El acero le había atravesado la clavícula, perforado el pulmón y, probablemente, partido la espalda.

El herido trató de hablar, pero solo pudo toser y la sangre salió disparada de su boca.

Por puro reflejo, con el terror haciéndole bailar el pulso, Terra vació su revólver en la dirección de la carrera de Neudorf. Pero ya no había nadie.

—«Señor, acompáñame a la hora del peligro» —gritó Felipe desde una oscuridad incierta—. Eso decía... ¡Pero ya no hay Dios en esta isla, Terra! —añadió—. Solo estoy yo.

El alemán se derrumbó como una montaña de piedras mientras balbuceaba palabras inconexas; y Terra entrecerró los ojos, barriendo el bosque, mientras recogía su revólver. Pero no vio nada. El temblor de sus manos se acentuó.

Había una cólera funesta en la voz de Neudorf. No podía esperar ningún tipo de clemencia.

Sin pensárselo dos veces, corrió de vuelta al fuego. Tenía más posibilidades con un parapeto, luz y munición. Recorrió los treinta metros con el corazón en la boca, esperando en cualquier momento un disparo, o, lo que era peor, sentir cómo una daga le desgarraba la carne.

Pero no ocurrió nada.

Alrededor de la hoguera, a pesar del disparo en el brazo, el Boxeador había conseguido detener la hemorragia del alemán.

Aunque había perdido mucha sangre, estaba vivo.

Entre los dos le arrastraron hasta el carro, apoyándole de espaldas a los bloques de paja. Tras aquel parapeto, Terra se sintió más seguro y logró controlar el pánico. Aquella fue la primera vez que vio a su enemigo correr entre los árboles.

Y esta vez, no dudó.

De los dos disparos que le dio tiempo a efectuar, escuchó cómo el segundo se hundía en carne. Recibió el lamento ahogado de Neudorf como una sinfonía; y una sonrisa salvaje acudió a su rostro.

Recuperaba, por fin, algo de la iniciativa.

Le entregó al Boxeador la escopeta del fallecido Bernat y le señaló un conjunto de tres encinas no muy altas, a unos veinte metros al otro lado del fuego. Este aferró el arma hasta que los nudillos se le quedaron blancos y asintió.

Tenía los ojos encendidos. Ya no había ninguna sonrisa en sus labios.

Terra disparó dos veces en la dirección de Neudorf y, mientras este se cubría, el Boxeador aprovechó para atravesar a la carrera la explanada. A pesar de la herida en el brazo, consiguió encaramarse en la rama de la encina más alta.

Y todo, de pronto, se detuvo.

Ajeno a aquel último movimiento, Felipe apoyó la espalda en un tronco y utilizó la punta de la segunda daga de Cosimo para extraer la bala. Aunque la herida no era muy profunda, ya no podía correr.

Se vendó la pierna con los dientes apretados y se puso en pie, probando su peso.

—Me han dado más veces en Mallorca que en la guerra —masculló, contrariado.

Y era verdad, los italianos solo lo habían alcanzado una vez en el brazo.

Sacó el cargador de la Colt y contó tres balas.

En algún lugar de aquel bosque había otras ocho que se le habían caído del bolsillo mientras corría. El Bowie lo había dejado atrás, clavado en el cuello de uno de los alemanes. La primera daga de Cosimo estaba en el suelo, junto al fuego.

Quedaban vivos dos hombres y medio.

Y tenía una daga y tres balas.

Tendrá que valer, suspiró.

Empuñó la Colt con la derecha y la daga con la izquierda, y entrecruzó las manos en un movimiento que había aprendido de los *arditi*. No había mejor técnica para la lucha cuerpo a cuerpo. Y, al pensarlo, esbozó una sonrisa triste.

No había nadie mejor en el combate cuerpo a cuerpo que Cosimo.

Pero ya no estaba allí.

Y él tenía que vengarle.

Ignorando el dolor de la pierna, con la pistola y la daga en alto, abandonó la protección del árbol y avanzó en línea recta hacia a los bloques de paja que protegían a Terra y a sus otros dos secuaces.

Este lo vio cuando estaba apenas a cinco metros. Alzó su revólver, pero Neudorf disparó antes, alcanzándole en la mano. Terra soltó un alarido y se dejó caer tras los fardos. El Boxeador, al otro lado de la explanada donde ardía el fuego, encaramado en la rama de la encima, se llevó la culata de la escopeta al hombro, guiñó un ojo y contuvo la respiración.

Felipe, exhausto y herido, con ganas de acabar con todo, avanzó con rapidez hacia Terra.

Ignorando que lo estaban esperando, abandonó la protección de la oscuridad.

Entonces lo vio.

La reluciente espada de acero fuera de su vaina oxidada.

El oficial que había asombrado al mando español en África; y que había abandonado el Ejército al descubrir su ineptitud. El hombre que con su inteligencia había permitido un desembarco y, al mismo tiempo, descubría la posición de un enemigo. El soldado que había sido respetado por sus adversarios. La leyenda de un hombre que no se rendía. Que luchaba hasta el final.

Neudorf vio cómo Donato Levi, al otro de la casa, le indicaba con una seña que se tirase al suelo y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer.

Un disparo de escopeta retumbó en la noche y los perdigones rozaron su nuca.

Y mientras rodaba, sin entender del todo quién le estaba disparando, vio cómo el *batle* clavaba una rodilla en tierra, dirigía su fusil hacia un conjunto de encinas y apretaba el gatillo.

El Boxeador atravesó las ramas y cayó al suelo con un disparo en la frente.

Lo único que Neudorf alcanzó a pensar es que la falta de un ojo no comprometía su puntería.

Se incorporó algo desorientado y, casi como un espectador ausente, contempló cómo Terra saltaba aquella barricada improvisada con la mirada desquiciada y lo apuntaba con el revólver.

Levi cargó con habilidad el fusil y volvió a disparar.

Por segunda vez aquella noche, todo volvió a quedar en silencio.

Felipe avanzó cojeando hasta los bloques de paja mientras Terra, con dos disparos en el cuerpo —uno en la mano y otro en el costado— se arrastraba hasta el pequeño porche de la casa y apoyaba la espalda en la pared. Desarmado y vencido.

Neudorf apuntó con la Colt al alemán moribundo que le devolvió una mirada cansada.

—Por Cosimo —murmuró.

Y apretó el gatillo, volándole la cabeza.

Terra, en el porche, comenzó a reír y a sollozar. Neudorf subió los dos escalones, lanzó lejos la Colt y empuñó la daga.

Terra lo observó con los ojos desencajados.

—Nunca quisimos matar al italiano —gimoteó—. Fue un accidente.

Neudorf se acuclilló y le puso la daga en el cuello.

—Eso ya no importa —declaró con frialdad—. ¿Por qué mataste

al padre Bernardo Martorell y a Margalida Basabe? —preguntó—. ¿Qué sabían de Juan Horrach?

Terra frunció el ceño, tosió y trató de cambiar de posición, pero Felipe le clavó la daga en la pierna, arrancándole un alarido animal.

—¡No lo sé! —jadeó—. ¡Lo hice y punto! ¿Desde cuándo se le dan explicaciones a un verdugo?

Neudorf dejó escapar un gruñido.

Tenía sentido.

Aquel hombre no disponía de respuestas.

Aun así, tenía más preguntas.

—¿Por qué Horrach le costea la vida a Algaida?

Alzó la daga, pero esta vez no hizo falta que la hundiese en la carne. Terra levantó las manos, pidiendo tiempo.

—El conde descubrió algo el día del asesinato de Catalina —farfulló—. Algo relacionado con el embarazo.

—¿El qué? —insistió.

—¡No lo sé! —repitió el secretario, desesperado—. ¡Nunca me lo dijo!

Neudorf se mordió el labio, pensativo. Se giró para mirar a Levi y este asintió. Terra apreció aquella duda que no entendía del todo e insistió.

—¡De verdad! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡No sé nada más! ¡Tenéis que creerme!

Felipe dejó escapar todo el aire que contenía en los pulmones y le dedicó una sonrisa cansada. La pierna le ardía y las manos le temblaban. Su cuerpo estaba al borde del colapso.

—Te creo —murmuró.

Y apoyó la daga en su garganta y la hundió hasta la empuñadura.

Capítulo 45

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—Natura non facit saltus.
—¿La naturaleza no da saltos? —tradujo Neudorf.
Babenburg asintió.
—Epicteto lo formuló de otra manera: nada importante se produce pronto.

Valldemossa, 1919

Levi lo había salvado.
Neudorf pensaba en ello mientras Janto volvía a recorrer el camino que serpenteaba hasta la colina donde descansaba la casa del conde de Algaida. Encaramada en lo alto del cerro como el nido de un águila.

Aunque todo había ocurrido la noche anterior, el recuerdo le resultaba lejano. Como si hubiesen pasado días. Sentía aún cierto temblor en las manos, pero no le preocupó.

Siempre, tras cada asalto, venía aquel extraño sopor. Un cansancio difuso que desdibujaba la realidad y le llenaba los sentidos.

—La victoria es seguir vivo —murmuró en voz baja.

Y, en gran parte, era así gracias a Levi.

Cuando recibió el disparo, se preocupó de ponerse a cubierto y perdió de vista el campo de batalla. En el conflicto la información es crucial.

Conocer, a cada instante, la posición del enemigo.

Frunció el ceño y se reprendió internamente. No había previsto la emboscada. Un error como ese solo podía llevar a una cosa: la muerte. Para un soldado como él, acostumbrado a observar el tablero por encima de su propia seguridad, era un fallo inexcusable.

Pero bueno, se dijo, quitándole hierro, la vida sigue.

Lo único que le habría dolido perder es un día más con Carmen. Por lo demás, todo le daba igual. Ahora se daba cuenta de que Cosimo dejaba en su vida un hueco más grande de lo que pensaba. Cuando abandonaron la finca de Horrach y volvieron a Valldemossa, heridos y cansados, Levi le había preguntado si estaba preparado.

—¿Para qué? — preguntó Neudorf.

Levi tenía treinta y cuatro años, pero su mirada —la de su ojo sano— había envejecido más de la cuenta. Extrajo una petaca de una de las alforjas de su caballo, le dio un trago largo y sediento y se la pasó a Neudorf. Era *scotch*. El fuego del alcohol lo reconfortó un poco.

El *batle* dejó que pasara un rato antes de responder.

—Has perdido a tu padrino y a un compañero de armas en menos de un año, Felipe, querido —explicó—. El duelo aún no ha llegado. Y te aseguro que no va a ser fácil.

Él no contestó.

Continuaron hasta Valldemossa y cuando se despidieron, aquella letal disposición de Levi se había disuelto. Volvía a ser el *batle* apático, indolente y despreocupado de siempre. El soldado harto de su pasado que bebía para olvidar.

La casa de Algaida apareció tras el último recodo y Neudorf sintió que podía caérsele encima en cualquier momento. Se llevó la mano instintivamente a la pierna y comprobó que ya no sangraba.

Dejó escapar un suspiro mientras Janto alcanzaba el arco de piedra que flanqueaba la entrada.

Estaba cansado de las heridas. Estaba cansado de la tensión y de las mentiras.

Bernardo Martorell y Margalida Basabe estaban muertos. Cosimo también. Vicente Lerena había sido detenido tras confesar, involuntariamente, el asesinato de Catalina ante su propio comandante. Matías Posse se había pegado un tiro tras caer en la trampa que le habían tendido. Terra y los dos alemanes habían sido ejecutados por el propio Neudorf como venganza por la muerte de Cosimo.

Pero aún quedaban flecos. Detalles que no encajaban. Cuestiones que no entendía.

Estaba decidido a enfrentarse a Juan Horrach, a irrumpir en su casa y extraerle como fuese una confesión, pero antes necesitaba apretar a Francisco de Cardona, el conde de Algaida.

Un criado salió a recibirle y empezó a articular una excusa para disculpar al noble. Pero él descabalgó, le entregó las riendas e, ignorando sus protestas, se adentró en la casa.

Recordaba de su primera visita el antiguo recibidor y el largo pasillo con el suelo ajedrezado. Olía a madera mojada y a tela vieja. Como si hubieran sacado la casa del mar.

Recorrió el pasillo hasta el final y encontró al conde en la misma sala donde los había recibido —a él y a Cosimo— hacía más de un mes.

Algaida dormitaba en su butaca, frente al fuego. Tenía una manta sobre las piernas y sus manos estaban hinchadas. Neudorf observó con repugnancia cómo la carne de los dedos crecía alrededor de los anillos como las ramas de un árbol. Su rostro estaba colorado. Vestía con una camisa blanca y un chaleco de lana gris. Una corbata de un color indeterminado, con el nudo mal hecho, le rodeaba el cuello como una soga. Aparentaba mucho más de los cuarenta y pocos años que tenía.

Neudorf cerró con un portazo y giró la llave. Dejando al criado fuera, aporreando la madera. El estruendo despertó al conde.

—Qué... ¿qué hace usted aquí? —preguntó Algaida, desubicado.

El ambiente estaba cargado y Felipe apreció varias gotas de sudor en el labio superior del aristócrata. Se dejó caer con indolencia en la butaca que había frente a él.

—He venido a darle una última oportunidad.

El desconcierto de Cardona dio paso a una mirada cargada de divertido desprecio.

—¿Usted? ¿Una oportunidad a mí? —exclamó—. No me haga reír.

Había olvidado la gangosidad de Algaida.

La manera como había pronunciado «reig» habría hecho sonreír a Cosimo.

Neudorf ignoró su arrogancia y decidió ir al grano.

—¿Por qué le mantiene Juan Horrach?

El rostro del conde se encendió aún más y Felipe temió que llegara a explotar.

—¡Cómo se atreve, bastardo! —bramó—. Usted no sabe nada de negocios. Ni sabe nada de la vida. ¡Lárguese de mi vista!

Pero él no se inmutó. Y los ojos de Algaida apreciaron aquella peligrosa indiferencia.

—Ya sabe lo que pasó la última vez que vino a amenazarme en mi propia casa —masculló con ojos salvajes—. Sabíamos que volvería.

Neudorf no respondió.

Supuso que Horrach había ordenado a sus hombres que vigilasen la casa del conde; pero ahora estaban todos muertos.

Además, quería ver hasta dónde llegaba el orgullo del aristócrata. Hasta dónde se elevaba.

Cuanto más alto, se dijo, más dura la caída.

—Sé quién es usted —masculló este con un alegre odio contenido —. Un don nadie. Un bastardo sin más arraigo que una abuela analfabeta y un austriaco asesino.

Felipe se encogió de hombros, impasible ante sus ataques.

Aquella indiferencia, espoleó a Algaida.

—Cuentan que durante la guerra se escondió en la retaguardia. Que además de un inútil, es usted un cobarde... Y se atreve a venir aquí a cuestionar mis negocios. A insultarme con sus preguntas de ignorante. ¿Sabe usted lo que es la educación, señor Neudorf? ¿Lo ha sabido alguna vez?

Una sonrisa a medias, escéptica y provocadora, apareció en los labios de Felipe.

—Y encima se ríe —escupió Algaida—. Además de inútil y cobarde, es usted un inconsciente.

Se giró hacia la puerta e hinchó a duras penas los pulmones, sonando como un fuelle en mal estado.

—¡Señor Terra! —llamó.

Él se inclinó hacia delante, interponiéndose entre la puerta y Cardona

—Se lo voy a preguntar por última vez —murmuró con una voz tan profunda y decidida que el conde enmudeció por un instante—. ¿Cuál es el secreto de Juan Horrach?

Algaida tragó saliva, pero se rehízo.

—Váyase al diablo —masculló, con los dientes apretados.

Neudorf se dejó caer en la butaca e inspiró profundamente.

—¿Ha oído hablar del desastre de Vittorio Veneto, conde? —El aristócrata lo miró como un carnero. Neudorf continuó—: Solo un año después de la ofensiva de Caporetto, depusieron al general que había dejado al Ejército austriaco a cien kilómetros de Venecia, y trajeron a un idiota llamado Arthur Arz von Straussenburg. Más que un general,

aquel tipo era un político. Un engreído que no tenía ni idea de lo que era una guerra.

Algaida abrió los ojos, pero no dijo nada.

—En tan solo ocho meses, no solo perdimos la iniciativa, sino que perdimos la guerra. Dejando, tras las líneas enemigas, a miles de austriacos abandonados a su suerte.

La tensión en la habitación se podía cortar con un cuchillo.

O con una daga.

Habían dejado de escucharse los golpes del criado en la puerta.

—Yo fui uno de ellos —explicó Neudorf—. Le conozco perfectamente, señor conde. Llevo conociendo a la gente de su calaña toda la vida.

—¡No le permito...!

Felipe se incorporó y le cruzó la cara.

La bofetada resonó en la habitación como el chasquido de una goma elástica al romperse. Algaida exhaló un gemido y se llevó las manos a la mejilla, asombrado y temeroso.

—Yo... Yo... —tartamudeó con ojos impotentes y llenos de lágrimas.

—Usted —susurró el soldado con calma— es un fantoche y un cretino. Un fanfarrón medio retrasado que no ha conseguido nada en la vida, salvo dilapidar un dinero que no ha ganado. Y todavía se atreve a despreciar a los demás. A los que trabajan... A los que pelean.

Algaida consiguió contener las lágrimas y volvió a armarse de valor.

—¡Señor Terra! —clamó, desesperado.

Se planteó darle otra bofetada, pero decidió que no merecía la pena.

—Miquel Terra está muerto —explicó ante la mirada horrorizada del conde—. Lo maté ayer por la noche con mis propias manos. A él y a sus dos alemanes. Deje de llamarlo, porque no vendrá. Es su última oportunidad: ¿qué esconde Juan Horrach?

Las lágrimas desbordaron los ojos de Cardona y le atravesaron las mejillas como las gotas de lluvia recorren las ventanas.

—No sé nada... —musitó en un hilo de voz—. Por favor... —suplicó—. Me estaría condenando a mí mismo.

Estaba temblando y Neudorf leyó en sus ojos que estaba decidido a no contar nada. Y entendía sus motivos.

Se llevó las manos a la cintura y dejó que la tensión se disipara.

Tenía que hablar directamente con Horrach.

Pero, por si no averiguaba nada, necesitaba aquella vía libre.

—El otro día, mi abuela, a la que usted llama analfabeta, fue al Banco de Sóller con una maleta llena de dinero —comenzó.

Algaida se limpió las lágrimas y trató de recomponerse.

—En la maleta había medio millón de pesetas —explicó—. Algo más de lo que usted, tras sus magníficos negocios, inexplicablemente quebrados, le debe al banco.

El noble se incorporó en su butaca con un rictus de odio. Neudorf continuó.

—Gracias al poder de convicción de mi abuela, analfabeta a más no poder, el banco accedió a venderle su deuda.

Extrajo un documento doblado, firmado ante notario, que explicaba la transacción, y se lo tendió a Algaida.

—Es una copia —explicó ante la mirada atónita del noble—. Puede quedársela.

Felipe se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta. Hizo girar la llave en la cerradura y la abrió.

A su espalda, el aristócrata lo observaba con una mezcla de miedo y resentimiento. Se disponía a irse, pero recordó su siguiente paso. El mejor ataque es el que el enemigo no espera.

Necesitaba coger al empresario desprevenido.

—Espero que no le informe a Horrach de nuestra conversación —añadió Neudorf—. Si no... tendrá que intercambiar su título por una capa para protegerse del frío.

Algaida le dirigió una mirada de huérfano en un día de lluvia.

—Adiós, señor conde —se despidió con una sonrisa taimada—. Ahora que soy su acreedor... supongo que nos veremos más a menudo.

Capítulo 46

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

> —Hay que pelear siempre, Felipe. Aunque no sepas cuándo llegará la recompensa.

Hospicio de la Santísima Trinidad, 1919

Los pasillos del Trinidad estaban igual de desangelados que siempre, pero sin la presencia de Cosimo eran aún más altos y lúgubres. Más amenazadores.

Neudorf sintió una creciente ansiedad en los pulmones, así que cerró los ojos y trató de respirar con calma. Tenía frío y cojeaba. Tras evitar las preguntas de la abuela Luisa, había cogido un bastón de Babenburg para andar mejor. La herida era relativamente superficial, pero tenía tocado el músculo y no quería forzar de más.

Todo estaba acabando.

El eco sistemático de la madera golpeando el empedrado del suelo parecía resonar en todo el hospicio. Y el sonido le recordaba a Neudorf que por dentro estaba hueco. Que le faltaba algo.

—Me falta Cosimo... —murmuró para sí mismo.

A pesar de que ya no había ningún peligro, se sentía más expuesto que nunca. A pesar de haber apresado al asesino de Catalina, había algo que no terminaba de encajar. ¿Por qué habían matado al padre Martorell y a Margalida? ¿Por qué Horrach mantenía al conde? ¿Qué había descubierto el noble?

Con Cosimo a su lado, todas esas preguntas las habría formulado en voz alta. Las habrían discutido. Habrían planteado hipótesis y descartado despropósitos. Pero, ahora, se tenía que conformar con discurrir en silencio.

Manosear las ideas como si fuesen una masa de pan, sin poder compartirlas con nadie.

Estaba, también, el tema de Salomé. Tomeu había acudido por la mañana a Son Galcerán para comunicarle que su barco estaba en Valencia. Tras la siguiente escala en Ibiza, llegaría en los próximos dos días.

Neudorf se detuvo un segundo y soltó un suspiro. Tenía enfrente uno de los claustros del Trinidad. La luz caía en el patio como si fuese lluvia fina. El verde de los setos descuidados contrastaba con el gris humedecido de las piedras. Apoyó la espalda en la pared y sacó la pipa del bolsillo del abrigo. Solo le quedaba un Moeris y no quería malgastarlo.

Quería fumárselo cuando detuviesen a Salomé en el puerto.

Llenó de tabaco la cazoleta y encendió una cerilla. El humo se mezcló con la neblina inusual del mediodía.

Miró hacia los lados, pero no vio a nadie, y sintió cierta inquietud en su el pecho. Por lo general, Xisca siempre aparecía en cuanto pisaban el Trinidad. Siempre sabía que estaban allí. Pero aquel día no había ni rastro de ella.

Neudorf se llevó la pipa a la boca y mordió la caña, intranquilo.

No sabía cómo contarle a una niña de cinco años que nunca más vería a Cosimo.

Retomó el camino hacia el ala de los Extraviados. Subió las escaleras, atravesó varias puertas y cuando llegó, todo estaba en su sitio. Como si aquel lugar estuviera a salvo del paso del tiempo. En el gran salón que tenían reservado para ellos, sobre una mesa larga de madera oscura, cuatro monjas ayudaban a comer a varios ancianos.

Y, aunque todo seguía igual, cada vez quedaban menos.

Neudorf contó a doce extraviados —todos hombres—, pero únicamente reconoció a siete. Los otros cinco eran jóvenes venidos de toda España, pero no tenían los ojos de soldado trastornado.

Tras servir en la Gran Guerra, sabía reconocer esas cosas.

Era una mirada vacía, carente de emoción. Como si no hubiese nadie ahí dentro.

Todos lucían un camisón a rayas blancas y azules, similar al que también tenía Xisca. Las monjas trataban de asearlos cada día, pero pocos se dejaban. El ambiente olía a comida, a sudor y a orín.

En una esquina, frente a su ventana de siempre, Antonia Fornés,

perfectamente vestida, ajena a todo el trajín que había a su espalda, con las manos sobre el regazo, contemplaba plácidamente el exterior.

—Buenas tardes, madre... —saludó Felipe.

Ella no reaccionó. Observaba el exterior como sin concentrarse en un punto en concreto, abarcando todo el paisaje con la mirada. Como si hubiese algo tras aquella ventana que solo ella era capaz de percibir.

Cuando se acercó, creyó percibir un ligero movimiento en su cabeza. Pero no le importó. No precisaba que lo escuchasen. Solo necesitaba hablar.

—Posse, el guardia civil, se ha suicidado —relató con voz queda —. Cayó en la trampa que le tendimos. También hemos detenido a Lerena, el carabinero. Fue el que asesinó a Catalina. Todo parece que ha salido bien, pero...

Inspiró profundamente. Le costaba verbalizar todo aquello.

—Pero el precio ha sido demasiado alto —concluyó—. Cosimo ha muerto. Lo han matado.

Ahora sí, su madre giró el cuello y lo observó sin decir nada. Le vibraban los ojos.

Neudorf trató de tragar saliva, pero un nudo en su garganta se lo impidió.

—Lo vengué... Anoche... Pero no ha solucionado nada.

Antonia abrió un poco la boca y emitió un sonido tenue. Él no trató de entenderla. Sabía que era imposible, pero sonrió. Lo estaba escuchando. Su madre estaba parcialmente de vuelta.

—Hay algo que no entiendo —le confesó, cogiéndole la mano—. Juan Horrach lleva años sosteniendo económicamente a Algaida. El noble descubrió algo del empresario... Algo que trataron de ocultar matando a Margalida y al padre Martorell —añadió—. Pero no sé qué es.

Antonia le apretó la mano de vuelta y, cuando Neudorf la miró sorprendido, sonrió a su hijo con los ojos.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó él, desconcertado.

Su madre se inclinó levemente hacia delante y Felipe acercó el oído a su boca.

—Hija... —susurró Antonia—. Azules...

Neudorf se incorporó sin entender del todo, repitiendo aquellas palabras como si en algún momento fuesen a encajar. Quiso zarandear

a su madre, preguntarle qué significaba aquello, pero ella ya se había instalado en su característica ausencia y contemplaba con placidez el paisaje tras la ventana.

—«Hija» y «azules» —murmuró Felipe en voz alta.

Siguió hablando con su madre durante casi una hora, pero Antonia no volvió a responder.

Más confundido que exasperado, le dio un beso en la mejilla y abandonó el ala de los Extraviados.

«Hija» y «azules», se repitió mientras recorría los pasillos hacia la salida.

El sonido del bastón resonaba rítmicamente en la soledad del hospicio. Sintió ganas de fumar otra vez, pero se contuvo. Recorrió el último tramo y cuando iba a empujar la gran puerta de madera para alcanzar el aire libre que sus pulmones necesitaban y que su cabeza le exigía, escuchó su voz.

—Hola, Felipe —murmuró Xisca a su espalda.

Por eso no se la había encontrado al llegar. Por la entonación, por la tristeza que destilaba, Xisca intuía que algo iba mal. Y había esperado hasta el último momento para hablar con él.

Neudorf dejó caer lo hombros, abatido, y se giró para enfrentarse a la niña.

Y cuando sus ojos se encontraron, lo comprendió todo.

Supo cuál era el secreto de Juan Horrach.

Capítulo 47

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—Si tienes algo importante que decir, susúrralo.

Valldemossa, 1919

Janto resoplaba mientras Neudorf contemplaba la casa. Los setos recién podados, el olor a hierba cortada y a rosas húmedas, la pulcritud de la fachada blanca, el tejado de pizarra con todas sus tejas, el agua resonando en la fuente de la entrada.

A plena luz del día parecía una casa distinta. Una casa discreta, luminosa y respetable.

Varias gotas de sudor resbalaron por su frente, pero se sentía fresco.

Todo estaba aclarado.

Descabalgó con cuidado, tratando de no mover mucho la pierna izquierda, y ató el caballo a la verja de hierro. Cuando se giró, se encontró a un tipo que no había visto nunca. Era fibroso y no muy alto, pero tenía una mirada nerviosa, cargada de adrenalina.

Horrach se sabía rodear de gente peligrosa.

—Usted —masculló al reconocer a Neudorf, con una mezcla de asombro e irritación.

Felipe sonrió mientras levantaba el dedo índice.

—Pero esta vez —dijo con calma— vengo en son de paz.

El otro frunció el ceño y esperó a que se explicara.

—Dígale al señor Horrach que tiene dos opciones: hablar conmigo ahora o con los carabineros esta tarde.

El tipo sopesó sus opciones y, al fin, asintió.

—Espere aquí —dijo antes de darse la vuelta.

Recorrió el camino de pequeñas piedras blancas que llevaba hasta la casa y desapareció tras una puerta secundaria. Su rostro cuadrado volvió a aparecer en menos de un minuto.

—Acompáñeme —le invitó desde la entrada.

Neudorf sintió cómo las piedrecitas del camino crujían bajo sus zapatos. El corazón le latía con fuerza, pero estaba tranquilo. Esta vez, él controlaba los tiempos. Con sus silencios y sus revelaciones.

El interior de la casa de Horrach era aún más elegante de lo que se había imaginado. El recibidor era amplio y tenía el mismo suelo ajedrezado que la residencia de Algaida, pero el mármol era de mejor calidad. Más reluciente y más nuevo. Las paredes blancas estaban adornadas con candelabros de oro viejo. A la izquierda, una gran escalera de piedra con un elaborado pasamanos de madera y hierro dejaba entrever un lujoso segundo piso. En el otro extremo, había una escultura de lo que parecía un dios desnudo con un casco griego. Varias plantas, estratégicamente colocadas, daban un toque fresco a la sobriedad de la vivienda.

Atravesaron el recibidor y llegaron a un pequeño salón, más recogido que la estancia anterior. Las paredes estaban cubiertas de libros y, en el centro, había un sillón enfrentado a dos butacas. En uno de los lados, un fuego ardía con discreción en una hermosa chimenea. Sobre ella, un cuadro de lo que parecía la Tramontana.

En una de las butacas estaba sentado Juan Horrach.

Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás. Cruzaba las piernas con soltura e iba vestido con una elegante chaqueta beige de lana, una camisa azul sin corbata y pantalones de pinza italianos. Apoyaba con displicencia unas manos grandes y enérgicas en el regazo. Su rostro contenía la misma belleza salvaje y mediterránea que debía de tener Catalina, pero irradiaba algo más.

Seguridad, dominio de sí mismo, pensó Neudorf.

Orgullo. Soberbia.

Apreció, también, una ferocidad controlada en sus ojos.

Aquel hombre se había abierto paso entre la Iglesia, la aristocracia y la corrupción. Sabía cómo funcionaba el mecanismo humano. Conocía el juego. Con sus reglas no escritas y las que había tenido que inventar sobre la marcha. Un juego en el que había ganado a todos.

Tenía cuarenta años, más o menos.

Neudorf lo despreció al instante.

—Encantado de conocerle, señor Neudorf —dijo sin levantarse—. Por favor, siéntese.

El aludido se obligó a respirar profundamente mientras el escolta abandonaba la habitación.

Aquellos hombres eran los peores.

Se nutrían de la debilidad. Aprovechaban cualquier situación para beneficiarse, sin importarles el daño colateral. Había lidiado con oficiales así. Militares ambiciosos, sin una pizca de humanidad, dispuestos a sacrificar a doscientos hombres en una colina con tal de poder decir delante del emperador que se había recuperado la posición. Y al día siguiente abandonarla.

Cretinos con poder.

Miró a los ojos a Juan Horrach y frunció los labios.

Te conozco bien, pensó.

—¿A qué debo el honor? —preguntó cuando Neudorf se puso cómodo en el sofá.

Le divertía aquella conversación. Y no lo ocultaba. Sentía curiosidad por aquel bastardo que se dedicaba a ajustar viejas cuentas.

La estancia estaba caldeada y olía a jazmín y a agua de colonia.

—Tiene usted una casa preciosa —dijo Felipe, ignorando su pregunta—. La fábrica de calzado debe de ir muy bien.

Horrach se frotó las manos y esbozó una sonrisa de dientes perfectos.

—Todo se reduce a trabajar a destajo —afirmó con fingida humildad.

Neudorf se permitió una mueca escéptica.

Sabía cuál era la fórmula del éxito de Horrach. Horarios inhumanos y sueldos de miseria. Calidad discutible, contratos con gobiernos europeos desesperados y precios desorbitados. Aunque, a su pesar, tenía que reconocerle el mérito. Nació siendo hijo de un humilde zapatero de Palma y, mediante trabajo y astucia, ahora era considerado uno de los mejores empresarios de la isla.

El éxito de la burguesía sin conciencia, pensó. El triunfo del fuerte sobre el débil.

—¿Usted trabaja a destajo? —preguntó Neudorf con una sonrisa taimada.

En la mirada de Horrach apareció un punto de admiración.

—¡El que más de la empresa! —exclamó sin perder la sonrisa—. Pero el dueño... Algún día lo entenderá, hijo... No se dedica al día a día. Su misión es expandir el negocio.

A Neudorf no le gustó aquella conmiseración. Trató de contenerse, pero antes de que pudiera reprimir las palabras que se empezaban a formar en su mente, se escuchó pronunciándolas.

—Sé cómo funciona su magnífico negocio, señor Horrach.

—Ah, ¿sí? —preguntó él, genuinamente interesado.

Felipe respiró profundamente. No había vuelta atrás.

—Calzados Horrach, ¿verdad? Hace dos años combatíamos en los Alpes Julianos, en pleno invierno, y llegó una remesa con sus botas. En tres meses, la mitad de mis hombres habían perdido algún dedo del pie por congelación. Suelas rotas, costuras desgastadas, cuero agrietado... Tuvimos que cambiarlas todas.

Horrach abrió las manos y le quitó importancia a todo aquello con un gesto.

—No puedo controlar las condiciones en las que se usan mis zapatos, señor Neudorf —explicó con naturalidad—. Seguramente, alguno de sus generales corruptos decidió ahorrar dinero... O simplemente pedir el calzado más barato. No puedo...

—Su producto era defectuoso.

Los ojos del empresario se oscurecieron.

—Le agradecería que no me interrumpiera, señor Neudorf —dijo con una calma antinatural.

Aunque sus palabras eran educadas, había una amenaza implícita en ellas.

—Cada uno recibe exactamente la calidad que paga —zanjó Horrach—. Probablemente, los responsables del fallido Imperio austrohúngaro no eran tan competentes como usted pensaba, señor Neudorf —añadió recuperando la sonrisa—. Al fin y al cabo... perdieron la guerra.

Y Babenburg y yo, junto a nuestros hombres, con ellos, pensó Felipe.

—Antes ha mencionado a los carabineros —preguntó el empresario—. ¿Qué es lo que quiere?

Neudorf recordó para qué había acudido allí.

—Vicente Lerena fue detenido ayer por la muerte de Catalina, su hermana. Supongo que está enterado.

Horrach le sostuvo la mirada.

—Así es —reconoció—. Tengo entendido que, en mayor parte, fue gracias a usted. Gracias por esclarecerlo.

Felipe sintió cómo un enfado espeso y peligroso se le empezaba a formar en el estómago, pero logró controlarlo.

—No le veo muy afectado —aventuró.

Este se encogió de hombros.

—El tiempo es sabio —dijo—. Difumina el dolor.

Él no pudo evitar pensar en Babenburg y en Cosimo. En el agujero que sentía en el pecho y al que no veía solución. Horrach cambió de posición en su butaca y esperó, paciente. Para ganar tiempo, sacó su pipa de madera, rasgó una cerilla y la encendió.

—Creo que la muerte de su hermana no le importa, señor Horrach.

El humo le hizo entrecerrar los ojos, pero pudo apreciar cómo el empresario fruncía imperceptiblemente los labios.

—Con todo el respeto, señor Neudorf —murmuró el aludido, con la mirada oscura y afilada—. Lo que usted crea me es del todo indiferente.

Esta vez fue Neudorf el que desplegó media sonrisa escéptica.

—No tengo ninguna duda —admitió.

Se llevó la pipa a la boca, le sostuvo la mirada al empresario y comenzó a contar hasta diez. Cuando llevaban seis segundos de tenso silencio, Horrach se inclinó hacia delante.

—Le agradezco que haya venido a informarme —declaró, mientras hacía un amago de levantarse—. Como comprenderá, tengo cosas que hacer.

Pero Neudorf no se movió.

—Había un secreto —murmuró, ignorando su última frase—. Lo mencionó, antes de morir, el padre Martorell. «La familia Horrach esconde un secreto terrible», dijo exactamente. ¿Sabe a qué podría referirse?

El empresario entreabrió los labios, descolgando una sonrisa aguda y peligrosa. Se acomodó con calma en la butaca y soltó un suspiro.

—El mundo está lleno de misterios inventados, señor Neudorf —aseguró—. La gente corriente hace eso. Imaginar leyendas sobre lo que no comprende —añadió con satisfacción—. Escándalos en familias

adineradas, tesoros de aristócratas austriacos... Usted ya me entiende.

Felipe le observó en silencio, mientras sentía el Bowie atravesado en el cinturón, a su espalda.

Llegada la situación, pensó, habría que salir de allí a base de tajos y cuchilladas.

Tenía que intentarlo.

—El día de la muerte de Catalina, el conde de Algaida descubrió su secreto —afirmó.

La sonrisa de Horrach desapareció.

Se levantó, se sirvió una copa de lo que parecía licor de hierbas y volvió a sentarse. No le ofreció una a Neudorf.

—¿Cuál de todos? —preguntó, tranquilo, mientras jugueteaba con el vaso de cristal.

Neudorf ignoró la pregunta.

—Tuvo que decidir entre la muerte o el soborno —prosiguió—. Y como buen empresario, llegó usted a un acuerdo.

—Me encanta esta historia —concedió Horrach—. Continúe.

Esta vez fue Felipe el que esbozó una sonrisa incisiva.

—Su silencio por dinero —reveló—. Durante el resto de su vida. Y, a cambio, tras su muerte, idealmente sin descendencia... el título cambiaría de familia. El condado de Algaida pasaría de los Cardona a los Horrach.

El empresario soltó una convincente carcajada.

—¿Está pensado usted en escribir una novela?

Neudorf se llevó de nuevo la pipa a la boca con aire reflexivo.

—Todo iba bien —murmuró Felipe, ignorando sus burlas—. Pero, tras cinco años de tenso equilibrio, surgieron dos problemas. Uno a consecuencia del otro.

Horrach esperó con verdadero interés. Casi instándole a continuar.

—Cosimo y yo volvimos a casa —explicó— y comenzamos a hacer preguntas. Aparte de Algaida y usted, había dos personas que sabían la verdad. Y, salvo el miedo a las represalias, no tenían ningún incentivo para no hablar. Dos cabos sueltos. ¿Sabe de quién hablo?

Él negó con la cabeza y, a pesar de su aplomo, Neudorf atisbó la duda al final de sus ojos.

—El padre Martorell y Margalida Basabe, la compañera de celda de Catalina antes de que la aislasen en los Extraviados.

Ante el silencio expectante del empresario, se levantó, se acercó al mueble bar y se sirvió una copa de la misma botella de cristal que había utilizado él. Se mojó los labios y, efectivamente, era licor de hierbas.

—Tenía al señor Terra y al resto de sus amigos... —prosiguió.

Horrach sonrió de nuevo pero su expresión no era tan convincente. Ni tan tranquila.

—... así que eliminó la amenaza.

El empresario se cruzó de piernas y dejó que su espalda resbalase por el respaldo. Había una estudiada indolencia en su actitud. Como si supiese que era intocable.

—Tiene usted una imaginación prodigiosa, señor Neudorf —admitió—. Es una historia muy inteligente... Pero una historia, al fin y al cabo —añadió con preocupación fingida—. De lo contrario, supongo que tendría usted pruebas de lo que está diciendo.

El tabaco se le había acabado, así que dejó la pipa, aún humeante, sobre la elegante mesa que había entre los dos. Parte de la ceniza desbordó de la cazoleta y se derramó sobre el cristal; y Horrach lo miró tratando de dilucidar si aquello había sido fortuito o a propósito.

Pruebas, reflexionó Felipe, mientras contemplaba la ceniza.

Conocía el mundo demasiado bien como para fantasear con la idea de que un empresario como Horrach acabase en la cárcel.

No estaba allí por las pruebas.

Quería mirarle a los ojos y decirle que conocía su secreto. Que sabía la verdad.

Que sabía quién era.

—Terra asfixió a Margalida en su casa —murmuró, atento a las reacciones del empresario—. Lo hizo por la noche y necesitaba descansar. Por eso no estaba en el grupito que vino a visitarme a Son Galcerán. Después, interceptó a Martorell antes de que pudiese contarnos por qué era usted, señor Horrach, un monstruo.

El empresario no se inmutó. Y, al cabo de varios segundos, sonrió.

—¿Por qué cree que sigue usted vivo?

Su curiosidad era sincera. Lo preguntaba como queriendo saber de quién era la culpa. A quién debía exigir responsabilidades.

Neudorf cruzó las piernas y le dio otro trago al licor de hierbas.

No era *scotch*, pero le ayudaba a controlar los tiempos.

—Su secretario lleva intentando acabar conmigo desde que llegué. Hace menos de una semana mató a mi amigo Cosimo Quadra —explicó—. Dos disparos en el pecho. —Felipe clavó su mirada en la del empresario—. Ayer maté a Miquel Terra. A él y a todos sus hombres.

La mención de la muerte de Terra hizo que Horrach abriera los ojos y se llevara la mano al mentón, pensativo. En su expresión había admiración, pero también prudencia. El hecho de que reconociese aquello significaba que no buscaba justicia. Que ambos habían elegido caminos alternativos a la ley.

—Antes de degollarle —continuó con cierta suficiencia—, aunque no sabía exactamente qué era, reconoció que su secreto tenía que ver con el embarazo de Catalina.

Los ojos de Horrach se habían convertido en dos pozos negros y profundos.

—Cuidado, señor Neudorf —advirtió.

Sintió aquellas tres palabras como tres detonaciones. Pero ya no podía echarse atrás. Su rival era lo más parecido a un lobo. Ante el más leve titubeo, se abalanzaría sobre él.

—¿Qué sabían el padre Martorell y Margalida Basabe para que usted ordenase silenciarlos? —preguntó con firmeza.

El empresario le devolvió una mirada vacía. Carente de inquietud. Como si estuviese decidiendo si era conveniente acabar con él en aquel instante.

—Sabe... —murmuró Neudorf, ignorando los ojos homicidas del empresario—. No le despreciaba, incluso podría decirse que admiraba su inteligencia, hasta que entendí varias cosas —explicó.

Ante aquella afirmación, Horrach, por fin reaccionó.

—Señor Neudorf —dijo—. Le doy una última oportunidad.

El tono de su voz era diferente al del resto de la conversación. Era aséptico y tranquilo. Nada amenazador.

Pero aquella ausencia de emoción era lo que le volvía aún más peligroso.

Felipe dejó el vaso vacío sobre la mesa y sonrió.

Lo único que temía era no volver a ver a Carmen. No sentir su cuerpo tibio entre las manos. Pero apartó el recuerdo en su cabeza. Cada vez era más evidente que tendría que salir de allí a cuchilladas.

Solo le quedaba una última baza.

—Lo que le voy a contar a continuación —reveló— está escrito en tres cartas iguales, las cuales están depositadas en tres notarios diferentes de Palma. Si, por cualquier circunstancia, falleciese, los tres funcionarios se las harían llegar al comandante Santa Ponsa. El responsable de los Carabineros.

Horrach esbozó la misma sonrisa de un felino frente a su presa.

—No le creo.

Él se encogió de hombros. Se llevó la mano a la espalda, extrajo el Bowie —con sus magníficos veinticinco centímetros de acero templado a doble hoja— y lo puso sobre la mesa; exactamente entre la pipa apagada y el vaso.

—No me importa —murmuró, mirando a Horrach a los ojos.

El empresario le sostuvo la mirada y, al cabo de varios segundos, soltó una carcajada.

—Me cae bien, señor Neudorf —dijo—. Tiene usted cojones. ¿A dónde quiere llegar?

Felipe dejó escapar el aire lentamente por la nariz.

—A Algaida dinero, a Martorell el Trinidad... ¿Cómo pagó a Salomé por su silencio? —preguntó.

Horrach volvió a dejarse caer en la butaca.

—Me da la sensación de que ya lo sabe.

Se había instalado una suerte de tregua entre los dos. Un pacto de caballeros.

El empresario había parecido entender que Felipe no quería justicia. Solo quería la verdad.

—Encerró a Catalina en el Trinidad para ocultar su embarazo, pero Babenburg la ayudó a escapar. Lerena la asesinó al enterarse de que no era el padre, pero el bebé sobrevivió. Salomé se negó a entregárselo. Aquel mismo día se lo llevó al Trinidad. Y nos mintió para protegerlo.

—Para protegerla —apuntó el otro.

Si hubiese podido, Neudorf se habría echado a llorar.

—Xisca —murmuró.

Horrach dejó caer la cabeza. Era el primer gesto natural que hacía.

—Y tendré que vivir con ello el resto de mi vida —completó.

—Seguro que sí —escupió Neudorf.

Cerró los ojos y contó hasta diez. Su cuerpo le pedía asfixiar a aquel hombre con sus propias manos.

Una nube cubrió el cielo y la estancia se oscureció.

Por un momento, recordó la solitaria belleza de aquella casa.

—Solo queda una pregunta por responder —afirmó.

Horrach abrió la boca para decir algo, pero le interrumpió.

—¿Quién es el padre?

Los dos hombres se observaron en silencio; y Felipe reconoció el azul oscuro de los ojos de la niña en la mirada de Juan Horrach.

—El padre de Xisca no es un marinero desconocido —murmuró Neudorf—. Es usted.

Un silencio espectral invadió la habitación. La expresión de Horrach era digna y circunspecta, como si estuviera esperando pacientemente a que Neudorf acabase.

—Usted violaba sistemáticamente a Catalina... A su propia hermana. Y fue usted quien la dejó embarazada —continuó, conmovido—. Por eso Salomé se llevó a la niña al Trinidad. Por eso Catalina se comportaba así; por eso quería huir. Por eso Babenburg quiso sacarla de esta isla... —Neudorf recogió el cuchillo y la pipa y se levantó—. Supongo que dirán de usted muchas cosas, señor Horrach —afirmó—. Que es un cretino, una persona triste y avariciosa, un explotador... Pero el padre Martorell tenía razón... —susurró, inclinándose hacia delante, hundiéndose en sus ojos azules—. Usted es un monstruo.

Capítulo 48

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—Todo pasa, Felipe. Por mucho que nos duela, nos entristezca o nos alivie, en la vida, todo acaba.

Son Galcerán, 1919

Aquella fue la primera noche que Felipe pudo dormir de manera ininterrumpida. El cansancio se había instalado en sus huesos como si se fuera a quedar para siempre. Cuando abrió los ojos, la luz del mediodía se filtraba por las cortinas como una amante sigilosa. Había dormido casi doce horas. Sin gritos ni fantasmas. Doce horas de completa oscuridad.

Se desperezó y bajó las escaleras sin prisa, disfrutando de la tranquila somnolencia que lo envolvía. Aquel sopor le recordaba a su infancia. A los días despejados sin preocupaciones. Pero el salón vacío y desordenado le recordó, inevitablemente, a la ausencia de Cosimo; y su corazón se convirtió, de pronto, en plomo y extravío.

Se sentó en el sofá exhalando un suspiro y cerró los ojos. Trató de pensar en que aquella noche había invitado a Carmen a cenar a Son Galcerán, pero el cielo estaba cargado de nubes y le dolía un poco la cabeza. Frunció el ceño y, a través del dolor, le llegaron las imágenes del día anterior. Especialmente, el rostro compungido de Juan Horrach.

—¿Qué quiere? —había preguntado el empresario.

Había comprendido perfectamente que Neudorf, a pesar de la repugnancia que sentía, no pensaba acudir a las autoridades. Que buscaba su propia venganza.

Felipe, por su parte, no sabía qué pensar. Salvo los ojos de Juan

Horrach y Xisca —aquel parecido que, cuanto más observaba al empresario, más encajaba— no había ninguna prueba de su paternidad. Tan solo su palabra. No quería reconocerlo abiertamente, pero, en el fondo, sabía que la justicia no iba a juzgar a aquel hombre como a Vicente Lerena.

Lo mejor era dejarlo marchar, se dijo a sí mismo. Y esperar a una ocasión mejor.

No podía tenerlo todo.

—Deje de pagar al conde de Algaida —murmuró Neudorf.

Los ojos azules de Horrach estaban encendidos y concentrados. El empresario había vuelto. Y sopesaba la utilidad y los inconvenientes de todo aquello.

—Solo hay tres personas que saben lo de Xisca —reflexionó con voz tranquila—. Algaida, Salomé y, ahora, usted. Si dejo de pagarle, ¿cómo sé que mantendrá la discreción?... Tiene que entender que dirijo una empresa. Mi reputación en la isla es lo más importante.

Neudorf trató de que la aversión que sentía por aquel hombre no se reflejase en sus ojos, pero no lo consiguió. Tras descubrir todas las cartas, la inquietud inicial de Horrach había dado paso a una serenidad admirable. Sabía pensar rápido bajo presión.

Sin duda, pensó, en el mundo de los negocios debía ser implacable.

—La semana pasada mi abuela compró la deuda de Algaida al Banco de Sóller —reveló—. Lo poco que queda de su fortuna, sus terrenos, su casa y su posición están en mis manos. Si dice algo, lo dejaré en la calle. El único problema que tiene usted —dijo sin mostrar ninguna emoción— soy yo.

Al recordarlo —y al evocar el asentimiento satisfecho de Horrach —, a pesar de las horas reparadoras de sueño, volvió a sentirse sucio.

Tenía el silencio de Algaida.

Pero a qué precio, murmuró en voz alta.

A su espalda dejaba algo mucho peor. Sabía que Horrach trataría de deshacerse de ellos en cuanto tuviese la ocasión. Lo había visto en sus oscuros ojos azules, tan despiadados como una tormenta en medio del mar. Aquel peligroso equilibrio no duraría demasiado.

Se levantó para hacerse un café en la cocina y cuando la cafetera comenzó a silbar, lo vio. Estaba sentado en la terraza, fumando, contemplando el mar. Neudorf sintió cómo el cansancio, que creía ya

vencido, volvía a crecer en su cuerpo. Sirvió dos tazas de café solo y abrió la puerta de la terraza, sintiendo el frío invernal en la cara. Se acercó a la mesa y dejó una de las tazas frente a Luis Fornés.

Su tío se lo agradeció con un gesto de cabeza mientras él se sentaba a su lado.

—No hay vistas en toda la isla mejores que estas —murmuró el contrabandista al cabo de varios minutos en silencio.

Neudorf asintió mientras perdía la vista en la inmensidad del Mediterráneo. Y se sintió algo traidor por tener una oportunidad más de contemplarlo y Cosimo no.

—¿Qué quieres? —preguntó, cansado de tantas mentiras.

Su mente solo pensaba en la detención de Salomé. Que probablemente tendría lugar al día siguiente. Todo lo demás estaba colocado, en su sitio. O eso creía. Pero había olvidado el trigo de Levi. Había olvidado que había engañado a Ausias May, uno de los contrabandistas más peligrosos de la isla. Y, probablemente, aquella era la explicación de que su tío estuviese sentado en su terraza.

—Echo de menos esta casa —suspiró Luis Fornés.

—Habla con la abuela —dijo Neudorf—. Aquí siempre hay un sitio para ti.

Fornés se encogió de hombros y sonrió. Felipe sintió un escalofrío. Si no fuese su tío, habría tenido miedo.

—El señor May me ha pedido que hable contigo —murmuró Fornés, distraído, sin dejar de contemplar el mar.

—¿Para qué?

Se giró para contemplar a su sobrino con un brillo admirado en los ojos.

—Resulta que Levi —mencionó despacio, casi arrastrando las palabras, sin dejar de observarle— ha conseguido el trigo. Y con él, el voto de los terratenientes del valle. El señor May tendrá que esperar otros cuatro años para entrar en política... —Dejó las últimas palabras flotando en el aire. Dio un sorbo al café y cambió de posición—. Como comprenderás, no está muy contento. Ni conmigo ni contigo. Sobre todo, después de regalarte dos caballos.

Neudorf contuvo el temblor que le subía por la tráquea.

—¿Qué tengo que ver yo con todo eso? —preguntó—. Soborné a aquel capitán francés e interceptasteis el trigo. Tendríais que haber evitado que Levi consiguiese más.

Fornés soltó una carcajada seca sin dejar de observar a su sobrino. Felipe pensó que su rostro afilado podía cortar.

—Puede ser... —reconoció el contrabandista—. Sin embargo, tiene la impresión de que se la has jugado. Y al señor May no le gusta que se la jueguen.

Neudorf tragó saliva, pero se mantuvo firme.

—No soy tan estúpido.

El café se le había enfriado en la taza y lo contempló con tristeza. Pensó en volver a la cocina y servirse más, pero no se movió. Su tío volvió a esbozar una sonrisa que helaba la sangre.

—¿Te acuerdas de Julio Maneu?

Recordó al gánster mal vestido que había tratado de impedir que se llevaran el material médico del almacén. El mismo que, al ser un hombre de Ausias May, había utilizado como señuelo delante de Lerena.

Fornés se terminó el café, recuperó el cigarro y clavó los ojos en su sobrino.

—Fue él quien revisó el cargamento que vino de Sicilia —explicó —. Es curioso porque resulta que, aparte del material médico, el italiano y tú llevasteis algo de comida al Trinidad. Legumbres por lo visto —enunció con satisfacción—. Concretamente, sacos de arroz.

Felipe le sostuvo la mirada en silencio.

—Pura casualidad —afirmó.

Su tío volvió a mirar al mar y él se permitió un suspiro apagado.

—Casualidad... —repitió el contrabandista, manoseando la palabra, como decidiendo si aquello era posible o no.

Se llevó el cigarro a los labios y le dio una última calada antes de apagarlo en la taza. La brasa emitió un breve chasquido en los restos que quedaban de café.

—Está bien —dijo de pronto Fornés, volviendo de la lejanía en la que se había instalado durante los últimos segundos—. De todas formas, el señor May me pidió que te dijese que cambiaba una traición por otra.

Neudorf se puso alerta. No quería que Salomé se le escapase.

—¿A qué se refiere con eso?

Fornés se encogió de hombros con una falsa inocencia en los ojos.

—También —añadió— quiere proponerte algo.

Felipe miró hacia Son Galcerán. En algún lugar de su cuarto

estaba el último Moeris que le quedaba. No sabía lo que su tío iba a proponerle, pero lo intuía sórdido y peligroso.

Y tampoco sabía cómo iba a decirle que no a Ausias May.

Ya tenía suficiente con pensar en qué hacer con Algaida y Juan Horrach. No necesitaba más frentes abiertos. El contrabandista ignoró su desconfianza.

—El señor May acaba de hacerse con el control de la Isleña Marítima. Una naviera que opera entre las islas Baleares y la Península.

Neudorf asintió. La conocía; y había oído hablar de aquella adquisición. Era la naviera para la que trabajaba el padre de Carmen. Creía recordar que su vapor era el Lulio, un barco que unía Palma de Mallorca con Barcelona. Aquello le picó la curiosidad y Fornés apreció el mal disimulado interés de su sobrino.

—Quiere que la dirijas —le comunicó Fornés, a bocajarro.

Aunque trató de evitarlo, sus ojos se abrieron de par en par. De todas las opciones que había barajado en su cabeza, aquella era la última. Para ganar tiempo, paseó la mirada por el cielo. Era el primer día, desde hacía mucho tiempo, que el día estaba despejado. La luz del sol era firme. Y la humedad comenzaba a disiparse.

Poco a poco, se abría paso la primavera.

—¿Por qué yo? —acertó a preguntar una vez recuperado.

Su tío se metió un dedo en la boca y, con la uña, trató de sacarse algo de entre los dientes.

—Eres joven, eres inteligente y sabes pelear —explicó—. Hablas italiano, alemán e inglés; y no te acojona ni morir ni matar. —Se levantó y Neudorf recordó en aquel instante lo alto y delgado que era. El movimiento hizo tintinear el cuchillo que llevaba a la espalda—. Supongo que está cansado de los gañanes de medio pelo como yo —concluyó con una de sus gélidas sonrisas.

Felipe se levantó para acompañarle y un latigazo de dolor le recorrió la pierna izquierda.

—Piénsalo... —le pidió mientras bajaban la cuesta que llevaba a la salida—. Y no sé de qué traición habla el señor May... Pero ya sabes dónde estoy —añadió poniéndole una mano en el hombro.

Los dos hombres se miraron a los ojos durante un segundo y, esta vez, el contrabandista le dedicó una sonrisa cálida. Neudorf recordó su infancia junto a su tío. La contraposición que le hacía a Babenburg.

Todo lo que le había enseñado.

—Gracias —dijo Neudorf, evitando el impulso de abrazarlo.

Solo le quedaban tres familiares vivos; y él era uno de ellos. Estaba cansado de perder gente a la que quería. Pero no lo dijo. Lo observó alejarse entre los olivos, colina abajo, mientras se preguntaba si el ser humano estaba condenado a perder y a resignarse.

Cuando volvió a Son Galcerán, su abuela ya estaba sentada en la terraza.

—Ese hijo mío... —masculló.

Felipe ocupó la silla contigua y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—En algún momento tendréis que reconciliaros —planteó.

La anciana dio un respingo y lo miró como si estuviese ardiendo.

—¡Lo primero que tiene que hacer ese zángano es pedirme perdón! —exclamó—. Luego... ya veremos.

Neudorf sonrió y lo dejó estar. Comieron juntos y pasaron la tarde en silencio al calor del fuego mientras fuera lloviznaba sin mucha intensidad. Él leía y su abuela hacía punto, preguntándole cada media hora que cuándo le daría bisnietos. Que no iba a durar mucho más y que le gustaría disfrutarlos un poco.

—¿Qué ha pasado con la hija del marino? —preguntó la anciana hacia las seis de la tarde.

El sol comenzaba a hundirse en el mar y la luz se extinguía en el horizonte. Fuera, el viento comenzó a soplar. Neudorf dudó si sincerarse con ella, pero, al final, razonó que era muy probable que lo acabase descubriendo. Al fin y al cabo, vivían en la misma casa.

—La he invitado a cenar —admitió con una sonrisa.

—¿Hoy? —exclamó algo revolucionada—. ¿Aquí?

Asintió, y la abuela Luisa se levantó de un salto.

—¿Y me lo dices ahora, desgraciado? —gritó, mientras comprobaba la hora en el reloj del salón—. ¿Lo sabe María Miquela?

Negó con la cabeza. No había querido decírselo a la criada para que descansase. Ya tenía bastante con atender a su abuela.

Además, quería cocinar él.

—No quiero que me vea con estas pintas —masculló ella—. ¡Me voy ahora mismo a mi cuarto!

Y antes de que pudiese convencerla de lo contrario, la anciana desapareció escaleras arriba y echó el pestillo como quien deja caer un

árbol. Media hora después, Felipe estaba por primera vez en su vida en la cocina, preparando una receta de María Miquela —un *goulash* acompañado de tomates frescos, aceite y pimentón— cuando alguien golpeó con suavidad la ventana con los nudillos. Se giró esperando ver a Carmen, pero, en su lugar, reconoció el rostro decidido de Tomeu.

Abrió la puerta acristalada e invitó al chaval a entrar, pero este se quedó clavado en su sitio. Había venido corriendo y estaba sudando.

—Mañana por la mañana —dijo mientras trataba de recuperar el aliento, apoyado en el quicio de la puerta.

Aunque sabía a qué se refería, Neudorf le pidió que especificase. La traición de la que hablaba Ausias May aún resonaba en su cabeza.

—Salomé Martí —balbuceó Tomeu—. Mañana, a primera hora, su barco atraca en el puerto de Palma.

CAPÍTULO 49

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—Penúltima lección, Felipe: la clave en la vida es saber cuándo hay que soltar.

Son Galcerán, 1919

A los veinte minutos de que Tomeu se perdiese en la incipiente oscuridad cargando con dos tarteras de hojalata llenas de *goulash*, Carmen llamó a la puerta de Son Galcerán.

Como si trajese cierta tregua con ella, el viento había dejado de soplar. Aunque insólito para una mujer, había venido a caballo. Llevaba pantalones altos, por encima de la cintura, y una capa de agua, convenientemente encerada, que le cubría por encima de las rodillas. Estaba despeinada y resoplaba, lo que le confería una belleza salvaje e indómita. Felipe había propuesto cenar en Valldemossa, pero no había lugares apropiados, lejos de miradas indiscretas, y Carmen había insistido en acudir a Son Galcerán.

—Buenas noches —saludó Neudorf mientras bajaba de dos en dos los peldaños de las Monedas.

Carmen le devolvió la sonrisa, descabalgó y lo acompañó mientras él guiaba el caballo hasta la cuadra. Cuando el animal estuvo en su pretil, ella le dedicó una mirada triste y profunda.

—Todo ha pasado muy rápido —murmuró, abrazándolo—. Siento mucho lo de Cosimo.

Neudorf sintió su cuerpo firme y cálido a través de la ropa. El vacío que había dejado su amigo era irremplazable, pero supo que, estuviera donde estuviese, en aquel instante estaba sonriendo. Cuando se separaron, sus labios se quedaron a escasos centímetros y Carmen sonrió antes de darle un beso fugaz. El estómago de Felipe se lanzó al

vacío.

—¿Qué hiciste con Balio? —preguntó, mientras rezaba por que la oscuridad hubiese ocultado su rubor.

—¿Con quién?

Neudorf comenzó a andar hacia las Monedas para respirar y rehacerse. Se arrepintió al segundo de haber hecho esa pregunta.

—El caballo de Cosimo... —explicó—. Su cuerpo.

Carmen alzó las cejas.

—Se encargó la Cartuja —murmuró—. No tienes por qué preocuparte.

Se lo agradeció con un gesto. Iba a cambiar de tema cuando alcanzaron las escaleras. Carmen observó admirada su tamaño y su inclinación; el mármol blanco y húmedo de sus peldaños.

—¿Significa algo? —preguntó, mientras pasaba la mano por los relieves de la balaustrada.

Él la miró admirado. Poca gente hacía esa pregunta.

—La construyó Babenburg —explicó—. Cuando cayó Constantinopla en 1453, su familia huyó a Austria. Durante siglos, los otomanos trataron de comprar a los Babenburg para que traicionasen al Sacro Imperio Germánico. Los círculos representan las monedas de oro que les ofrecían... Cada círculo, es un rechazo.

—Una familia con principios —observó Carmen—. Es una historia bonita.

Felipe asintió mientras contemplaba las dos barandas de piedra. Había nueve círculos en cada una, dieciocho en total. Las mismas que había en el escudo de los Babenburg.

—Cosimo llamaba a estas escaleras «las Monedas» —dijo, con ojos evocadores—. Más que una historia, es un recordatorio —añadió —. No siempre lo fácil es lo correcto.

La joven lo miró con curiosidad y él sonrió.

—O nos damos prisa o la cena se enfriará —anunció Neudorf.

Subieron las Monedas con cuidado y una vez arriba, Carmen admiró las vistas. El Mediterráneo estaba tranquilo y, a pesar de la oscuridad, se podía ver cómo sus olas plateadas recorrían el horizonte. Los pinos que rodeaban la casa descansaban altivos y silenciosos como centinelas centenarios.

—Eres afortunado, Felipe —susurró.

Él le dedicó una mirada rápida al paisaje y se adentró en la casa,

dejándola un poco de soledad. El mar, a veces, exigía esas cosas: contemplarlo en silencio con devoción ancestral. Sin comprenderlo del todo.

En la cocina, todo estaba listo. Neudorf apartó la cazuela del fuego y sirvió la comida. Cuando ella apareció en el salón, la mesa estaba puesta. La estancia estaba únicamente iluminada por un candelabro de plata con dos velas y un pequeño fuego en la chimenea. Lo primero que hizo Carmen fue admirar los tres cuadros de Sargent.

—Falta uno —murmuró, algo avergonzada.

Felipe sonrió.

—Todo está en su sitio.

Carmen se acercó al que había ocultado la llave de Babenburg y entrecerró los ojos.

—¿Eso es... la catedral Palma?

A pesar de la penumbra, lo había intuido nada más verlo. Neudorf se reprendió internamente por haberlo tenido siempre tan cerca y no haberlo descubierto antes.

Pero tenía sentido.

Todo lleva a ella, reflexionó. De una manera o de otra.

Había descubierto aquella oquedad cuando decidió regalarle el cuadro.

Pensó en contárselo todo.

El suicidio de Posse y la traición de Salomé. El tesoro de Babenburg. La llave que había encontrado. La puerta que abría y que aún no había localizado.

«La llave está bajo el puerto de Palma», recordó. «La cerradura bajo las ruinas de un imperio».

La llave ya la habían encontrado. Solo faltaba la puerta.

Ajena a aquellas preocupaciones, Carmen se acercó a la mesa, aspiró el aroma de la fuente de comida y dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Qué es?

—Una receta húngara con un toque mediterráneo —indicó él—. Carne guisada con pimentón, tomates frescos, romero y tomillo.

Neudorf descorchó un tinto de Bodegas Riojanas y sirvió dos copas.

Cenaron despacio, sin dejar de observarse, disfrutando del contraste de la carne caliente con la frescura del tomate. Bebiendo

vino, riendo, rememorando historias, manchando el mantel y olvidándose del resto del mundo.

Cuando acabaron, a pesar de que sabía que al día siguiente tendría que enfrentarse a Salomé, por primera vez, Felipe se abandonó a la sensación de que todo había terminado. Todo, por fin, estaba en su sitio. El efecto del alcohol le hizo sentirse audaz, pero controló su instinto. Pasaron a los sofás del salón y él cogió la botella de *scotch* y sirvió dos vasos. Mientras Carmen se mojaba los labios por primera vez, Neudorf tuvo que tomar una decisión.

—¿En qué piensas? —quiso saber ella.

Y Neudorf se preguntó si era tan fácil leerle. Si con Carmen podría, algún día, tener secretos.

—Es una cuestión de tabaco —murmuró, con media sonrisa—. Solo me queda un Moeris —explicó, mostrando la pitillera abierta—. Y tengo que elegir bien el momento... Mientras tanto, utilizo la pipa.

Carmen reflexionó un segundo mientras se mordía la uña de un pulgar.

—Cuando llegue, lo sabrás —sentenció.

Felipe había llegado a la misma conclusión. Bebió un sorbo de *scotch* y preparó el tabaco en la pipa. A pesar de todo lo que le esperaba al día siguiente, se sentía bien. Se sentía en paz. Como un río que, tras los saltos y corrientes de las montañas, discurría por un tranquilo estuario vislumbrando, al final, el mar.

El alcohol comenzó a hacerle efecto. Notaba la cabeza embotada y los músculos relajados. Enfrente, ella dejó la copa en la mesa, cruzó la estancia, abrió las piernas y se sentó a horcajadas sobre Felipe. Antes de que pudiese decir nada, ya estaba pegada a él, mordiéndole los labios.

Neudorf la rodeó con los brazos y la atrajo aún más hacia sí. Ella alzó la cabeza y exhaló un gemido; y él aprovechó para lamerle el cuello. Carmen le agarró por la nuca y hundió su rostro entre sus pechos. Felipe sintió cómo una ardiente necesidad le recorría el cuerpo desde la ingle hasta los pulmones y le desgarró la camisa. Sus senos eran redondos y proporcionados; le lamió los pezones mientras ella cerraba los ojos y gemía, sin reducir la presión entre sus dos cuerpos. Carmen, entonces, se puso en pie y se deshizo en un movimiento rápido de sus pantalones mientras él se quitaba la camisa.

La joven se puso de rodillas, le desabrochó el pantalón y extrajo

su miembro, y, tras escupir sobre él, se lo introdujo en la boca. Neudorf sintió cómo el mundo se reducía a aquel instante. Carmen aumentó el ritmo sin dejar de ayudarse con la mano y cuando él creyó que iba a explotar, cambió de posición, le quitó las bragas de algodón y se introdujo con violencia en ella.

Carmen abrió la boca para gritar, pero Felipe se la tapó con la mano.

—Mi abuela —resopló, mientras indicaba al techo.

Ella entrecerró los ojos, se mordió los labios y sonrió. A pesar del silencio, estaba disfrutando. Se incorporó un poco sobre el sofá y pasó las manos por detrás del cuello de su amante, aumentando la cadencia. Ambos jadearon mientras su sudor comenzaba a mezclarse. Neudorf se empleó a fondo, incrementando el ritmo y, tras varias acometidas, Carmen arqueó la espalda y tembló, mientras él se derramaba en su estómago.

Los dos se derrumbaron en el sofá, desnudos abrazados y revueltos. Completamente exhaustos.

—Vas mejorando —susurró Carmen, tras darle un beso en la mejilla.

Después de varios minutos envueltos en un filosófico silencio, algo más recuperados, Neudorf cogió su pipa y la encendió con una cerilla. Ella se envolvió en una manta y lo miró con aquellos ojos suyos de fragua incendiada.

—Vamos fuera —propuso—. Quiero escuchar el mar.

Felipe, arrobado, cogió otra manta y desnudos salieron juntos a la terraza y se tumbaron en un diván.

La noche era fría pero agradable. No soplaba el viento y el cielo estaba despejado. La luna se reflejaba en el mar como si fuera un espejo; y las olas rompían a los pies de Son Galcerán como truenos lejanos, arrullándoles.

Durante un rato, consiguió olvidarse de todo.

De la muerte de Cosimo. De cómo había matado a Terra. Del horror al que había sometido Horrach a su hermana. Del miedo de Algaida. De la enfermedad de su madre. De la ausencia de Babenburg.

Todo, por un breve periodo de tiempo, le fue ajeno. Y para él tan solo existió el humo del tabaco que salía y entraba de sus pulmones, la piel caliente de la joven y su respiración; la brisa nocturna, el silencio del bosque y los embates del mar.

Hasta que ella, en sus brazos, se removió.

—Es curioso... —dijo de pronto.

—¿El qué?

Carmen se giró un poco más para contemplar Son Galcerán.

—Al entrar, imaginé que la casa sería más grande, más fría... Pero es perfecta.

Neudorf soltó una carcajada y sonrió extrañado.

—¿Por qué pensaste eso?

Carmen señaló las escaleras de las Monedas.

—Son algo desproporcionadas —apuntó—. Demasiado... —arrugó la nariz mientras buscaba la palabra y él controló el impulso de besarla—. Demasiado imperiales. Pensaba que al final habría un palacio inmenso, pero no. Son Galcerán tiene el tamaño perfecto —repitió.

Felipe se incorporó como un resorte.

—¿Qué has dicho?

Ella se llevó la manta al pecho, sorprendida.

—Solo que pensaba que Son Galcerán...

—No —la cortó—. Sobre las escaleras.

Carmen lo observó sin saber bien qué decir. Era la primera vez que Neudorf la veía tan cohibida.

—Que son algo desproporcionadas —susurró.

Pero él negó con la cabeza.

—Imperiales —murmuró como para sí mismo, mientras se levantaba del diván, desnudo como un dios griego—. Has dicho imperiales.

Frunció los labios, confundida y expectante.

—El linaje de los Babenburg se asentó en Austria cuando cayó Constantinopla... —reflexionó—. Tras la derrota del Imperio bizantino.

Sin añadir nada más bajó los peldaños de mármol y al llegar al final, giró a la derecha, dirigiéndose hacia la base de las escaleras. Carmen, envuelta aún en la manta, lo siguió a duras penas.

En los laterales había una densa enredadera que cubría la pared y Neudorf comenzó a, retirarla, rompiendo las ramas y apartando las hojas. Varias piedras se le clavaron en las plantas de los pies, pero no le importó.

—La llave está bajo el puerto de Palma —repitió en voz alta—.

La cerradura, bajo las ruinas de un imperio.

Siguió quitando ramas hasta que sus manos tocaron algo duro y frío. Diferente a la piedra que lo rodeaba. Los tallos rotos le arañaron la piel y la pierna izquierda le dolía, pero siguió apartando raíces hasta que la vio.

Una puerta de acero, grande y pesada. Sin ornamentos ni ventanas. Lisa como el agua de un lago. Algo oxidada pero sólida. Firme y eterna.

Neudorf dejó escapar el aire que retenía en los pulmones y sonrió con incredulidad.

Extendió el brazo y, a media altura, sus dedos rozaron una antigua cerradura.

Capítulo 50

Vittorio Veneto, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1918

—No estés triste, Felipe. Los finales son, simplemente, nuevos comienzos.

Son Galcerán, 1919

Aquella noche apenas pudo dormir. Cuando decidió levantarse, eran las seis de la mañana y el sol bañaba ya las copas de los árboles con una luz nueva, como recién conquistada. Y Neudorf contempló el cielo y pensó que era la primera vez desde que llegó que lo veía tan claro, tan elevado y despejado.

Carmen, dormida, respiraba profundamente a su lado.

No había sabido explicarle bien en qué consistía todo aquello. La noche anterior, ella, a su espalda, desnuda aún bajo la manta que la cubría, le había preguntado por aquella puerta oculta y Felipe no supo qué responder.

—La última voluntad de Babenburg —acertó a decir.

La joven le había dedicado una mirada extraña. El cobre apagado de sus ojos a medio camino entre el miedo y la desconfianza. Y Neudorf supo que, si quería conservarla a su lado, tendría que contarle todo.

Abandonó la cama con cuidado, se envolvió en su bata y bajó las escaleras sin prisa. Aún tenía tiempo. Sabía que Levi iría a buscarle en una hora. Preparó café y salió a la terraza, pero, antes de perder la vista en el mar como el resto de días, se quedó contemplando los peldaños de mármol de las Monedas.

Efectivamente, se dijo, eran unas escaleras demasiado anchas. Demasiado grandes. Del todo inapropiadas para la casa a la que se dirigían. Babenburg lo sabía. Pero necesitaba un gran hueco frente a

Son Galcerán para custodiar el legado de su familia.

Qué será, se preguntó mientras el café caliente le templaba el pecho.

Se imaginó joyas y piedras preciosas de los últimos cinco siglos. Monedas antiguas. Lingotes de oro. Reliquias de plata. Armas, manuscritos, mapas, instrumentos perdidos y tapices.

Todo eso se imaginaba.

Y también secretos, pensó. Verdades sepultadas por el poder y el tiempo.

Pero debía tener paciencia.

Introdujo la mano en la bata y acarició la llave de hierro. Volvió a entrar en Son Galcerán y, con un movimiento rápido, ocultó la llave en el hueco del marco de Sargent. Y decidió en aquel instante que, en cuanto regresase de Palma, se lo contaría a Carmen.

Cuando volvió a la terraza, ella ya estaba sentada en uno de los divanes contemplando el mar en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin girarse.

Neudorf caminó hasta ella y se sentó a su espalda.

—Hoy acaba todo —murmuró.

Y mientras hablaba, se dio cuenta de que había algo de súplica en su voz. Algo de miedo. Carmen se giró y derramó su mirada sobre él como si fuera lava.

—¿Hoy?

Felipe tuvo que buscar el apoyo del horizonte.

—He de ir a Palma —dijo con toda la firmeza de la que fue capaz —. Volveré al mediodía.

—Voy contigo.

Su estómago se encogió un poco. Aún le pesaban las palabras de Ausias May que su tío le había transmitido. Aquella misteriosa advertencia.

Una traición por otra, recordó.

Conociendo a Algaida y a Horrach, podía esperar cualquier cosa; y tener a Carmen cerca solo lo distraería.

—Tienes que quedarte aquí —resolvió—. A mediodía, toda esta angustia habrá terminado.

Un relámpago cruzó los ojos de Carmen. No era la clase de mujer que aceptaba con facilidad que le dijesen lo que tenía que hacer. No tenía la paciencia ni la resignación necesarias para sentarse y esperar.

Pero esta vez, pensó Neudorf, tendría que hacerlo.

Después, todo se aclararía.

—Prométeme que no te pondrás en peligro —exigió.

Neudorf observó sus manos y se dio cuenta de que le temblaban. Las cogió entre las suyas y se quedaron en silencio mirándose a los ojos. La mirada de Carmen brillaba y Felipe se inclinó hacia ella para darle un beso lento y sentido.

—Todo acaba —susurró.

Carmen ladeó la cabeza y le devolvió una sonrisa triste.

—Y todo empieza.

El sonido de la verja los sacó del trance. En la puerta, al final de los peldaños de las Monedas, Levi sujetaba a su caballo y los observaba con una sonrisa que amenazaba con darle la vuelta a la cara.

—¡Oh, el amor! —exclamó el *batle* de buen humor—. ¡Sobre todo en primavera!

Ató al animal a la entrada y comenzó a subir las escaleras. A pesar del camino hasta Palma que tenían por delante, vestía un delicado chaleco de terciopelo amarillo mostaza y un pañuelo de seda anudado al cuello. El parche era también de seda. Todo del mismo color.

—Odio ser yo el que interrumpa vuestra pasión —lamentó—. Pero, por favor, renunciad, aunque sea una mañana, a la piel y a las caricias. Pues algo antes del fin —recitó con voz grave— ha de hacerse todavía... ¡El día nos requiere dispuestos!

Carmen ofreció a Levi café mientras Neudorf subía a asearse. Durante el tiempo que estuvieron solos, hablaron de los Sureda, debatieron de pintura —especialmente sobre Sorolla, pintor que entusiasmaba al *batle*— e intercambiaron chismorreos sobre las parejas de Valldemossa. En ningún momento Carmen le preguntó qué iban a hacer ni Levi lo insinuó.

La abuela Luisa aún seguía dormida. Desde que había vuelto a Son Galcerán, no se despertaba antes del mediodía.

Al cabo de diez minutos, Felipe ya estaba de vuelta. Y los dos hombres descendieron por las Monedas bajo la atenta mirada de Carmen. Neudorf ensilló a Janto y, juntos, pusieron al galope a los caballos camino de Palma de Mallorca.

El buen humor del *batle* se disipó conforme se acercaban a la

ciudad.

—Esto no va a ser agradable —murmuró al pasar las primeras casas.

Neudorf no dijo nada. Había algo en todo aquello que le hacía echar de menos a Cosimo. Un hueco que no conseguía llenar. Y aunque se sentía acompañado por Levi, no era lo mismo.

Recorrieron la Rambla en silencio. Cada uno sumido en sus propias preocupaciones. A pesar de lo temprano que era, ya había algo de ajetreo en las calles. Se cruzaron con carros cargados de frutas y hortalizas, tenderos negociando con payeses y artesanos que empezaban a abrir sus comercios y talleres.

Cualquier día entre semana en Palma, pensó Felipe.

Llegaron al Borne y, al fondo, el mar brillaba bajo aquella luz que presagiaba ya la primavera. En el puerto, frente a la Comandancia, los esperaba el máximo responsable de todos los carabineros de las Baleares: Guillem Santa Ponsa. Vestía su uniforme azul marino de diario. Los botones dorados y el cuello rojo, así como el sable en el costado, lo distinguían de los diez hombres que lo rodeaban.

—Espero que hayan dormido bien —saludó el comandante.

—Ni una hora —respondió Neudorf.

Santa Ponsa sonrió con los labios, pero sus ojos se mantuvieron serios.

—Es la última pieza, ¿no?

Los dos hombres asintieron, pero no dijeron nada. El carabinero se giró hacia la bocana del puerto.

—Es ese barco —dijo, señalándolo—. Atracará en media hora.

Felipe dio un par de pasos hacia delante y analizó la embarcación. Era un vapor de la Isleña Marítima. Medía unos setenta metros y tenía una imponente chimenea por la que emanaba un humo negro como el carbón que consumía. Su casco era de acero y estaba pintado de azul oscuro, color que le recordó a los ojos de Horrach y de su hija Xisca. Dos grandes ruedas giraban en los laterales del barco, propulsándolo a través de las olas del mar. En la cubierta principal se podían ver amplios balcones blancos con detalles dorados desde donde los pasajeros contemplaban la bahía de Palma.

Una de aquellas figuras era Salomé Martí.

Y Neudorf se preguntó si la doctora se habría enterado de la muerte de Cosimo; o del suicidio de Posse, su cómplice. Se preguntó si

Salomé acudía a Palma siendo consciente de que un pelotón de carabineros la iba a detener en cuanto pusiese un pie en tierra.

Se preguntó, también, cómo iba a reaccionar ella, si descendería del barco compungida o airada, si serían capaces de sostenerse mutuamente la mirada.

El barco viró y redujo la velocidad para aproximarse a la dársena. Los marineros lanzaron los cabos y los prácticos de tierra los recogieron y, uno a uno, los fueron amarrando a los postes. Mientras tanto, los carabineros fueron tomando posiciones, dejando en primera línea a Santa Ponsa, a Levi y a Neudorf. Dos prácticos acercaron la escala y cuando estuvo acoplada al buque, se hizo un silencio espectral.

Arriba, en la regala, apareció el rostro afligido de Salomé. Sus ojos azules eran claros como un día despejado, como el cielo que los contemplaba. Llevaba un vestido verde oscuro, largo hasta los tobillos, una chaqueta corta y el pelo recogido en un pañuelo. Soltó la maleta y recorrió la pasarela con lágrimas en los ojos.

—¡Felipe! —exclamó mientras descendía con cuidado—. Me lo dijeron en Ibiza. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Salomé llegó a tierra y, sin ninguna explicación, se lanzó a sus brazos y comenzó a llorar. Excepto Neudorf, todos se volvieron espectadores. Aquella doctora que había roto todas las convenciones sociales estudiando y practicando medicina, que dirigía con mano firme el Trinidad, que pretendía arrancar concesiones al Gobierno y nuevas donaciones a las clases adineradas; aquella doctora, con todo su aplomo, se estaba rompiendo en sus brazos.

—Lo siento Felipe —murmuró entre sollozos—. Sé lo unidos que estaban... Lo siento muchísimo.

Neudorf inspiró profundamente y la separó con cuidado. Los ojos azules de Salomé lo miraron extrañados. Y su alma se quebró un poco.

—Soy yo el que lo siente, doctora —dijo con toda la firmeza que fue capaz—, pero está usted detenida.

Santa Ponsa hizo un gesto y dos carabineros se aproximaron por detrás, le cogieron los brazos y le colocaron las esposas de hierro. Ella se giró sin entender del todo. El llanto había dado paso al estupor.

—Pero... ¿Por qué? —acertó a preguntar.

Felipe dio un paso hacia atrás.

—Robó junto con Matías Posse las cartas de mi padrino, Mateo

de Babenburg. El día de la fiesta de los Sureda, asaltaron juntos Son Galcerán... y trataron de robar las pertenencias de mi familia.

Un gesto incrédulo apareció en el rostro de Salomé.

—¿Matías Posse, el guardia civil? ¿Y yo? Pero... Es una locura —balbuceó—. ¿En qué se basan?

Neudorf no esperaba aquella reacción y dudó. Levi acudió en su ayuda.

—Una de las monjas nos contó que una persona influyente iba a verla al Trinidad... Y usted misma se lo confesó a Cosimo —explicó—. Matías Posse era un hombre de Ausias May, de quien sospechamos que es usted amante.

Salomé soltó una carcajada incrédula. Sus ojos se habían recuperado de la sorpresa y ahora refulgían, enojados.

—Al Trinidad me vino a ver un par de veces un abogado chueta —masculló, temblando de vergüenza e indignación—. Tiene el despacho aquí, en Palma. Pueden ir a comprobarlo. En cuanto a lo de Ausias May... esto es un disparate.

Neudorf dio un paso adelante. Aquella indolencia le estaba irritando, pero trató de serenarse.

—El día que asaltaron Son Galcerán —relató con calma—, usted abandonó antes de tiempo la fiesta de los Sureda. La casa la asaltaron un hombre y una mujer —añadió—. Posse se delató solo... A la mujer se le cayó una mascarilla de tela y olía al mismo perfume que utiliza usted.

Salomé paseó la mirada por Neudorf, Santa Ponsa y Levi, como evaluando su inteligencia. Y acabó de nuevo en Neudorf.

—Aquella noche, en la casa de los Sureda, una criada me comunicó que había una emergencia en el Trinidad —afirmó la doctora—. Pero cuando llegué era mentira. Una supuesta falsa alarma. Hasta cinco monjas pueden confirmarlo.

Felipe se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—Entonces, ¿cómo explica esto?

Tras la detención de Lerena, Neudorf le había pedido a Santa Ponsa que registrase el despacho de Salomé en el Trinidad.

Era una medida desesperada.

Pero, en el doble fondo de uno de los cajones, los carabineros habían encontrado el sobre de la carta de Babenburg. El lacre estaba roto y el nombre de Neudorf estaba escrito con la característica tinta

verde que su padrino siempre utilizaba. El notario había confirmado que era una de las dos cartas que habían desaparecido.

Aquello era la prueba definitiva.

—¿Qué es? —preguntó Salomé, confundida. Él no dijo nada y, al cabo de varios segundos, la doctora comprendió—. ¿Estaba en mi despacho?

—Así es —afirmó Neudorf.

La mirada de la doctora estaba cargada de desprecio y lástima. Una mirada de decepción.

—Qué ciegos somos cuando no queremos ver —murmuró como para sí misma.

Santa Ponsa se removió, incómodo.

Tras un suspiró, Salomé se cruzó de brazos.

—Una semana después de la fiesta de los Sureda volví a la Cartuja para atender a uno de sus hijos —explicó—. Pero antes, localicé a la criada que me había dado el aviso. Quería entender qué había pasado. —La doctora avanzó hacia Neudorf. Sus ojos azules refulgían de tal manera que el aire vibraba a su alrededor—. Fue Carmen Feliú la que le pidió que me comunicaran que había una emergencia en el Trinidad. Fue ella, probablemente, la que robó mi mascarilla para dejarla en Son Galcerán... Y ella la que escondió ese sobre en mi despacho.

La afirmación alcanzó a Felipe como un disparo.

Aquella noche Carmen también había abandonado la cena antes de lo previsto. El pretexto había sido atender a uno de los hijos de los Sureda.

Su tío le había avisado varias veces. Pero no lo había escuchado.

—No puede ser —trató de decir.

Salomé resopló, molesta.

—Claro que lo es —masculló—. Pero le ha podido la vanidad.

Antes de que la mujer terminara la frase, ignorando el dolor de su pierna izquierda, Neudorf ya había salido corriendo hacia la Comandancia. Montó a Janto y lo espoleó hacia la Tramontana. Cabalgó por los bosques de pinos con el corazón en la boca, sin apenas pensar en nada, pidiendo por favor a un Dios en el que no creía, que todo lo que acaba de escuchar no fuese cierto. Tardó apenas treinta minutos en recorrer el camino hasta Son Galcerán. Habían pasado casi cinco horas desde que Levi y él habían salido hacia Palma.

Las puertas de la entrada estaban abiertas de par en par. Subió de dos en dos los escalones de las Monedas y entró en la casa.

—¡Carmen! —gritó, tras mirar en la cocina y atravesar el salón—. ¡Carmen!

Un sonido ahogado le llegó del piso superior y se precipitó escaleras arriba. Alguien estaba aporreando la puerta del cuarto de su abuela. Neudorf hizo girar la llave y el pomo. La abuela Luisa salió de su cuarto gritando; María Miquela enarbolaba un atizador como si fuese una espada.

—¡Nos ha encerrado, Felipe! —bramó la anciana, aún con lágrimas en los ojos de rabia y desesperación—. ¡Esa desgraciada nos ha encerrado!

—¿Dónde está? —le preguntó con urgencia.

María Miquela lo cogió del brazo.

—Vino con más gente —comentó, acelerada—. Se han dejado de escuchar voces hace una hora.

Un oscuro temor se empezó a formar en la mente de Neudorf. Bajó las escaleras, salió de Son Galcerán y saltó por el mármol de las Monedas hasta su base. Giró a la derecha y contempló, durante un segundo, la enredadera destrozada y la puerta de hierro abierta.

Con el corazón encogido, ya casi sin urgencia, penetró por primera vez en aquella cámara que Babenburg había conseguido mantener en secreto hasta aquella mañana. Era un habitáculo de unos cincuenta metros cuadrados.

Lo primero que pensó Neudorf era lo sorprendentemente seco que estaba. Lo segundo, que lo habían saqueado.

Había monedas, pergaminos y fragmentos de astillas por el suelo. También varios baúles abiertos y vacíos, tirados de cualquier manera. Las estanterías del fondo estaban desvalijadas. Todo era desorden y desolación. Neudorf se adentró con el corazón encogido y las lágrimas bailándole en los ojos.

En el centro, sobre un pequeño banco de madera le esperaban un cuadro y una carta.

Reconoció el lienzo que había visto en el estudio de Carmen. Era el entierro de Babenburg. Y Neudorf sintió que apenas le quedaba aire en los pulmones.

Lo cogió y lo apoyó en el suelo; y recogió la carta con cuidado. Estaba doblada y, sin leerla, supo que era la carta que faltaba de su

padrino. La carta que Carmen había tenido, todo el rato, en su poder.

Imaginaba dónde estaba ella. Hacia dónde se dirigía.

Deshizo el camino y subió por las Monedas hasta la terraza, donde le esperaba su abuela. Se adentró un segundo en el salón y volvió con el catalejo. Lo colocó sobre su pómulo y, en medio del mar, surcando las aguas tranquilas del mediodía, alejándose con indolencia hacia el horizonte, apreció un barco. Un vapor.

Hizo girar las lentes para ampliar la imagen y con un vacío inmenso en el estómago, pudo leer el nombre del buque.

—Lulio — murmuró.

El vapor del padre de Carmen. Alejándose de la isla. Cargando en sus bodegas el tesoro de Babenburg. Llevándose con él un amor que nunca creyó merecer, pero por el que había luchado. Aquellos ojos color cobre que lo habían traicionado.

La abuela Luisa contempló junto a él, en silencio, cómo el barco se alejaba en la inmensidad y, tras ponerle la mano en el hombro, lo dejó solo.

Felipe se sentó en el diván sin perder de vista el vapor. Era de la Isleña Marítima.

Una traición por una traición, pensó, recordando las palabras que Ausias May le había encomendado a su tío.

Los rayos del sol incidían en las olas y, de vez en cuando, lo deslumbraban. Se llevó la mano al bolsillo del abrigo y sacó su pitillera de plata. La abrió y contempló con un desconsuelo insondable su último Moeris.

—Cuando llegue el momento —dijo entre dientes, repitiendo las palabras de Carmen— lo sabrás.

Lo extrajo con cuidado y lo contempló con calma. Sin prisa. Se lo colocó en los labios mientras buscaba con la mirada el vapor y, cuando lo localizó, encendió una cerilla. Cerró los ojos y aspiró lentamente el humo, llenándose los pulmones, saboreando los matices que ya nunca volvería a probar.

—Debilitados por el tiempo y el destino... —susurró viendo el barco alejarse, citando a Tennyson— pero con la voluntad decidida de combatir, buscar, encontrar y no rendirse.

Dejó escapar el humo y contempló de nuevo el mar.

El sol brillaba con intensidad. El cielo estaba azul, sin una nube. Los pájaros piaban con alegría en las ramas de los árboles.

—Y no rendirse —repitió mirando el Moeris.
Era, sin duda, el final del invierno. El primer día de primavera.

Epílogo

16 de noviembre de 1913
Son Galcerán

Querido Felipe,

No me andaré con rodeos: hay tambores de guerra en Europa.

A pesar de los esfuerzos de los diferentes imperios y reinos europeos, el equilibrio es cada vez más precario. Y temo que más pronto que tarde me veré obligado a acudir a la llamada a filas del Imperio austrohúngaro.

Debido a todo lo anterior, y aunque no me resulte sencillo, si estás leyendo esto es que he fallecido; por lo que me gustaría dejar determinadas cosas por escrito.

Llegué a Mallorca cuando el archiduque llevaba un tiempo instalado en la isla. Exactamente en 1892. Por aquel entonces yo tenía treinta años y, bajo los galones de capitán de la Kriegsmarine, actuaba como informador y confidente del Imperio en el Mediterráneo.

Recuerdo que era primavera cuando llegué a Palma. La idea era pasar varios meses creando mi propia red de contactos en el Mediterráneo; pero, ya conoces de primera mano el temperamento indómito de las mallorquinas. Irremediablemente, y pese a mi reticencia inicial, me enamoré.

Lo primero que tienes que entender es que yo era un espía al servicio del Imperio, un aristócrata con una trayectoria impecable y contactos influyentes desde Orán hasta el Líbano. No me podía permitir distracciones; ni mucho menos una familia.

Pero el archiduque —mi superior y mi amigo— comprendió mucho antes que yo que era cuestión de tiempo que el Imperio perdiese a un agente. Por lo que ideó la manera de conciliar los viajes por el Mediterráneo con largas temporadas en Mallorca.

Y, durante un tiempo, todo encajó a la perfección. Tenía mi

aventura, mi coartada y mi refugio. Todo cambió en 1898. En la vida, ya lo sabes, las cosas —ya sean buenas o malas— no suelen durar.

Aunque me recolocaron como oficial de caballería para no levantar sospechas, de manera informal, se tramitó mi baja del servicio de inteligencia. No fue una decisión fácil. Pero tenía claras cuáles eran mis prioridades. Quería cuidar de mi familia.

A pesar de todo, he de reconocerlo: no he tenido una vida plena.

La treta que ideó el archiduque funcionó demasiado bien; y, aunque lo intenté varias veces, nunca reuní el valor suficiente para revelarte la verdad. Y, conforme crecías, más menguaba mi determinación.

No eres un bastardo, Felipe. Eres mi hijo. Fruto del amor que tu madre y yo nos profesábamos. Cuando Antonia enfermó, lo abandoné todo para cuidaros a ambos. Para poder pasar tiempo con ella y para educarte a ti. Para crecer y envejecer juntos.

Entre otros títulos, el heredero de la casa de Babenburg ostenta siempre el condado de Neudorf. Esa es la razón de tu apellido. Sirva esta carta para confirmar tu linaje: tu nombre es Felipe de Babenburg Fornés.

No sé qué nos deparará el destino. Tan solo le pido que me dé tiempo. Tiempo para enmendar mis errores. Tiempo para transmitirte todo lo que sé. Tiempo para ver a Antonia una última vez.

Mediante esta carta dejo escrito y rubricado que eres mi legítimo heredero. Además de Son Galcerán, esto incluye el ducado de Hallstatt y el condado de Neudorf, con todas sus propiedades y terrenos; así como el legado de mi familia. Te daré instrucciones en otra carta para que sepas encontrarlo.

Por lo demás, espero que vivas, Felipe.

Espero que te enamores, que viajes, que confíes y que te traicionen; que surques las olas con el Nereide, que caigas y que te levantes, que te equivoques y que te perdonen. Espero, sobre todo, que vivas sin arrepentirte de nada.

Y espero, también, que algún día sepas perdonarme.

Con afecto,
Mateo de Babenburg

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño © de la ilustración de la portada, Riki Blanco © Leopoldo Salinas, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024
ISBN: 978-84-670-7388-1 (epub) Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

DANIEL FOPIANI
EL LINAJE DE LAS ESTRELLAS
ESPASA

El linaje de las estrellas

Fopiani, Daniel
9788467073935
344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un perturbador viaje que comienza en un mar de sangre y termina en el abismo del cielo nocturno

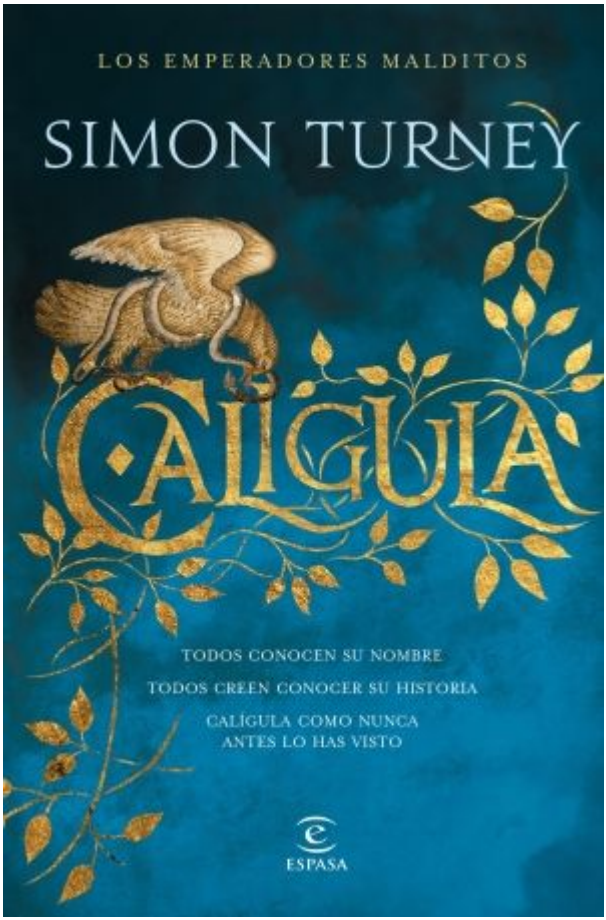
En el Panteón de los Marinos Ilustres de San Fernando ha aparecido el **cuerpo de un joven soldado salvajemente mutilado**. Una **esvástica** realizada con cortes aparece en el cadáver y el homicidio no tarda en acaparar la atención mediática cuando se filtra un dato aún más perturbador: el asesino dejó las tripas de la víctima a la vista, simulando con los intestinos un cordón umbilical.

Ezequiel Expósito, capellán castrense, inicia su propia investigación al tiempo que estrecha lazos con la madre del soldado, una venezolana llamada Natalia cuya vida ha estado sembrada de amarguras.

Este asesinato llevará a Ezequiel a descubrir la existencia de una **misteriosa secta**, pero también a redescubrir sus verdaderos orígenes y a una reflexión sobre lo que más le ha interesado en la vida además de Dios: el **universo**.

Con un estilo literario, lacerado, violento y visual, Daniel Fopiani nos ofrece su novela más original, con una ambientación exquisita y un protagonista memorable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


LOS EMPERADORES MALDITOS
SIMON TURNEY
CALÍGULA
TODOS CONOCEN SU NOMBRE
TODOS CREEN CONOCER SU HISTORIA
CALÍGULA COMO NUNCA
ANTES LO HAS VISTO
ESPASA

Calígula

Turney, Simon
9788467053951
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Roma, año 37 d. C. El emperador se está muriendo, nadie sabe cuánto le queda de vida. La lucha por el poder ha comenzado.

Cuando el moribundo Tiberius confía en la familia de Calígula la sucesión del imperio con el fin de restaurar el orden, el destino de Roma cambia y aparece uno de los tiranos más infames de la historia, Calígula. Pero ¿era Calígula realmente un monstruo? Olvídate de todo lo que crees saber y deja que sea Livilla, la hermana pequeña y confidente del emperador, quien te cuente qué es lo que realmente pasó: cómo su querido hermano se convirtió en el hombre más poderoso de la tierra y cómo, con mentiras, asesinatos y traiciones, Roma cambió para siempre… El primer volumen de una nueva serie sobre los emperadores malditos de Roma, aquellos que fueron borrados de la historia. Una novela magistral que muestra a Calígula como nunca te lo habían contado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

alpha

alberto ramos

ESPASA es POESÍA

alpha

Ramos, Alberto
9788467074345
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un libro sensible y descarnado sobre el primer hombre de nuestra vida: nuestro padre.

alpha es una exploración de las raíces de ese **amor que nunca tuviste**, del primer amor de nuestras vidas, y de cómo a veces nos pasamos la vida entera tratando de repetirlo (buscando un padre entre los hombres con los que nos cruzamos). *alpha* trata de **relaciones familiares**, sobre todo cuando no eres lo que esperan que seas. O no quieren, no pueden o no saben entenderte. Verte. Es un libro sobre la **sensibilidad masculina**, femenina, el poder de la verdad en el inicio y el final de la vida.

Esencialmente, alpha es un poemario sobre una infancia violenta. De muchas formas distintas. **Es una mirada retrospectiva al primer hombre de nuestras vidas: nuestro padre.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

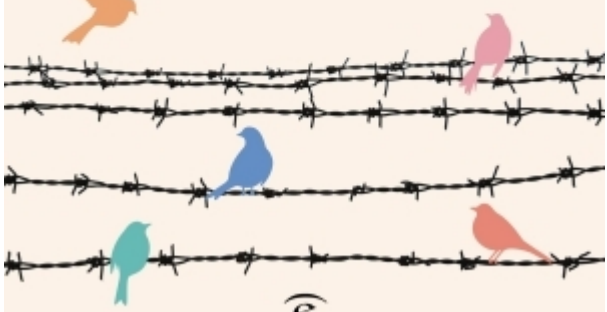
Disfruta el presente, supera el pasado y mira con ilusión el futuro

¿Eres consciente de que tu manera de gestionar los conflictos te puede predisponer a sufrir ansiedad o depresión, las enfermedades más frecuentes del siglo XXI?
Para la doctora **Marian Rojas Estapé** la felicidad consiste en vivir instalado de forma sana en el presente, habiendo superado las heridas del pasado y mirando con ilusión al futuro. Muchos de los trastornos que padecemos provienen de la incapacidad para gestionar nuestro presente. La felicidad no es lo que nos pasa, sino cómo interpretamos lo que nos pasa.
En *Cómo hacer que te pasen cosas buenas* entenderás la importancia de aprender a enfocar tu atención y descubrirás pautas para combatir los miedos, las angustias y cómo canalizar las emociones negativas que te llegan a bloquear física y mentalmente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

MAYTE CARRASCO

Cómo superar el miedo en todas las trincheras de la vida



ESPASA

Cómo superar el miedo en todas las trincheras de la vida

Carrasco, Mayte
9788467074321
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El conflicto y los miedos son parte inherente de nuestra vida. ¡Aprende a ser valiente con los consejos de una reportera de guerra!

La gestión del miedo es todo un desafío. Durante los últimos años todos hemos desarrollado miedos, paranoias, dudas o manías. Hay en la sociedad actual una necesidad de calma, y de ahí nace también la voluntad de la autora de dar a conocer sus **experiencias, anécdotas, trucos y consejos para poder enfrentarse al miedo** en todas sus manifestaciones: los miedos infundados, los miedos premonitorios, los miedos paranoicos, los maníacos, los miedos a la muerte, a la responsabilidad, a la toma de decisiones, a enfrentarse a las personas autoritarias, a las perversas y también el temor a enfrentar las inevitables injusticias sociales.

Ser valiente no siempre es el único antídoto contra el miedo; controlarlo y convivir con él para evitar la angustia por un posible daño real o imaginario está al alcance de todos si se trabaja y se entrena. Y la valentía no es algo con lo que se nace o no se nace, sino que **se aprende** y, por lo tanto, ¡se enseña!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)